
Jodi
Picoult
CON
CUALQUIER
OTRO
NOMBRE



De la autora más vendida de *The New York Times*, llega una nueva novela que narra la historia de dos mujeres, separadas por siglos, pero unidas por un destino común: verse obligadas a publicar su obra con cualquier otro nombre.

La joven dramaturga Melina Green acaba de escribir una obra de teatro inspirada en la vida de su antepasada isabelina Emilia Bassano. Sin embargo, su estreno resulta poco probable en un mundo teatral en el que las mujeres enfrentan condiciones desiguales. Mientras Melina se pregunta si se atreve a arriesgarse a fracasar de nuevo, su mejor amigo le quita la decisión de las manos y presenta la obra a un festival bajo un seudónimo masculino.

En 1581, la joven Emilia Bassano está bajo la tutela de aristócratas ingleses. Sus lecciones de idiomas, historia y escritura la han dotado de un agudo ingenio y de un don para contar historias, pero, al igual que la mayoría de las mujeres de su época, no se le permite tener voz propia. Entonces, comienza a urdir un plan para

estrenar en secreto su obra y para ello le paga a un actor llamado William Shakespeare para que la represente.

Contada en líneas temporales entrelazadas, *Con cualquier otro nombre* es una historia de ambición, coraje y deseo que nos invita a pensar hasta dónde debería llegar una escritora para que su historia sobreviva al paso del tiempo. Al igual que sus protagonistas, esta novela desafía el olvido y, basada en fuentes históricas primarias, contribuye a asegurar que el nombre de Emilia Bassano perdure en la memoria.

Jodi Picoult

Es una escritora estadounidense que vive en New Hampshire. A lo largo de su carrera, ha publicado más de 30 novelas, varias de las cuales han alcanzado el primer puesto en la lista de *bestsellers* de *The New York Times. Con cualquier otro nombre* es una de ellas. Traducida a más de diez idiomas y seleccionada entre las favoritas de los lectores en los Goodreads Choice Awards de 2024 en la categoría de ficción histórica, ha recibido reseñas en medios destacados, como *Kirkus Reviews*, *Publishers Weekly*, *USA Today* y *The Guardian*.

jodipicoult.com
Facebook.com/jodipicoult
X: **@jodipicoult**
Instagram: **@jodipicoult**
TikTok: **@jodipicoult**

Jodi Picoult

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE

EUROPA

Para Elyssa Samsel y Kate Anderson: hijas adoptivas, queridas colaboradoras, talentosas compositoras y, lo más importante, mujeres valientes.

NOTA: Los capítulos de Emilia están salpicados de referencias a obras y poesía reales de Shakespeare.

Se enumeran al final de esta novela, por si quieres verificar cuántas lograste captar.

Vengan, espíritus
que sirven a pensamientos mortales, despójenme de mi sexo aquí.
–Lady Macbeth, *Macbeth*

¡Oh Dios, si yo fuera hombre! Comería su corazón en la plaza.
–Beatrice, *Mucho ruido y pocas nueces*

¿Con quién debería quejarme? Si contara esto,
¿quién me creería?
–Isabela, *Medida por medida*

Mi lengua expresará la ira de mi corazón o,
de lo contrario, mi corazón, al ocultarla, se romperá.
–Catalina, *La fierecilla domada*

Que los maridos sepan
que sus esposas tienen sentido como ellos.
–Emilia, *Otelo*

MELINA

Mayo de 2013

Muchos años después de graduarse del Bard College, el curso que Melina más recordaba no era un seminario de composición ni un intensivo de teatro, sino una clase de antropología. Un día, la profesora mostró una diapositiva de un hueso con veintinueve pequeñas marcas en un costado.

–El hueso de Lebombo fue hallado en una cueva en Suazilandia en los años setenta y tiene alrededor de cuarenta y cuatro mil años –explicó–. Se trata de una fíbula de babuino. Durante años, fue considerado el primer calendario atribuido al hombre. Pero les pregunto: ¿qué hombre usa un calendario de veintinueve días? –la profesora pareció mirar directamente a Melina–. La historia –agregó– la escriben los que están en el poder.

En la primavera de su último año, Melina se dirigió a la consulta con su mentor, como hacía todas las semanas. El profesor Bufort escribió en los ochenta una obra llamada *Wanderlust*, que ganó un premio Drama Desk, se trasladó a Broadway y fue nominado a un Tony. Decía que siempre había querido enseñar y que, cuando el Bard College lo nombró director del programa de teatro, fue un sueño hecho realidad; pero Melina pensaba que el hecho de que ninguna de sus otras obras hubiera tenido el mismo éxito de crítica no era un dato menor.

Bufort estaba de espaldas cuando ella llamó y entró. Su cabello plateado le caía sobre los ojos y le daba un aire juvenil.

–Mi estudiante favorita de tesis –la saludó.

–Soy tu única estudiante de tesis.

Melina se recogió el cabello negro en un moño antes de buscar en su mochila dos botellas pequeñas de leche chocolatada de una lechería local. Costaban una fortuna, pero todas las semanas le llevaba una al profesor Bufort. La medicación para la presión alta le había robado sus vicios anteriores –alcohol y cigarrillos– y bromeaba diciendo que esta era la única diversión que le quedaba. Melina le entregó una botella y chocó la suya contra la de él en un brindis.

–Mi salvadora –dijo el profesor y dio un trago largo.

Como la mayoría de los adolescentes que habían acumulado producciones de *Las brujas de Salem* y *Sueño de una noche de verano* en su haber, Melina llegó a Bard con la idea de estudiar actuación. No fue hasta que tomó un curso de composición teatral que se dio cuenta de que la única cosa más poderosa que ofrecer una actuación prodigiosa era ser la persona que daba forma a las palabras que el actor pronunciaba. Comenzó a escribir obras cortas que eran representadas por grupos estudiantiles. Estudió a Molière y a Mamet, a Marlowe y a Miller. Analizó el lenguaje y la estructura de sus obras con la intensidad de un jugador de ajedrez que logra el éxito por su conocimiento del juego.

Escribió una versión moderna de *Pigmalión*, en la que el escultor era una madre de concursos de belleza y la estatua era JonBenét Ramsey, pero fue su versión de *Esperando a Godot* –ambientada en una convención política donde todos los personajes esperaban a un candidato presidencial salvador que nunca llegaba– lo que llamó la atención del profesor Bufort. Él la animó a enviar su obra a varios festivales de convocatoria abierta, y, aunque nunca fue seleccionada, tanto Melina como todos en el departamento sabían que ella iba a ser una de las pocas que conseguiría estrenar sus obras.

–Melina –le preguntó Bufort–, ¿qué vas a hacer después de graduarte?

–Estoy abierta a sugerencias –respondió, esperando que este fuera el momento en que su mentor le ofreciera algún trabajo

fabuloso.

No era tan ingenua como para creer que podría sobrevivir en Nueva York sin algún tipo de empleo y Bufort ya le había conseguido algunos antes. Había sido pasante un verano para un famoso director de la ciudad, un hombre que una vez le había lanzado un café helado a un diseñador de vestuario que no había ajustado un dobladillo y que la llevaba a bares, aunque fuera menor de edad, porque prefería beber a la hora de la comida. Otro verano había estado detrás de la caja registradora de una cafetería del teatro Signature y detrás de un puesto de *merchandising* en el Second Stage. El profesor Bufort tenía contactos. Todo ese negocio funcionaba a base de contactos.

–Esto no es una sugerencia –dijo Bufort, entregándole un volante–. Es más bien una orden.

El Bard College organizaría un concurso de dramaturgia universitaria. El premio era un lugar asegurado en el Festival de Obras Cortas Samuel French Off Off Broadway.

El profesor se apoyó en el escritorio, con las piernas a pocos centímetros de Melina. Dejó su leche chocolatada, cruzó los brazos y le sonrió.

–Creo que podrías ganar –dijo.

–¿Pero…? –inquirió ella sosteniéndole la mirada.

–Pero… –Bufort alzó una ceja–. ¿Tengo que decirlo? ¿Otra vez?

Melina negó con la cabeza. El único comentario negativo que había recibido alguna vez de su parte era que, aunque su escritura era limpia y convincente, era emocionalmente estéril. Como si hubiera levantado un muro entre la escritora y la obra.

–Eres buena –empezó Bufort–, pero podrías ser excelente. No basta con manipular las emociones de tu audiencia. Debes convencerlos de que hay una razón por la cual tú eres la que cuenta esta historia. Tienes que dejar un poco de tu sangre en la obra.

Y allí estaba el problema: no podías sangrar sin sentir el dolor del corte.

Melina empezó a jugar con el dobladillo de su camiseta, solo para evitar la mirada de Bufort. Él se apartó del escritorio y se ubicó detrás de ella.

–Hace tres años que conozco a Melina Green –dijo, acercándose–. Pero, en realidad, no sé nada de ella.

Lo que a Melina Green le gustaba de escribir obras de teatro era que podía ser cualquiera excepto ella misma, técnicamente una chica judía de Connecticut que había crecido siendo la persona menos importante de su hogar. Cuando era adolescente, su madre tuvo una enfermedad terminal y su padre se dejó llevar por el dolor de manera anticipada. Ella aprendió a ser callada y autosuficiente.

Nadie quería conocer a Melina Green y menos aún la propia Melina.

–La buena escritura cala hondo, tanto para el dramaturgo como para la audiencia. Tienes talento, Melina. Quiero que escribas algo para este certamen que te haga sentir... vulnerable –la instó el profesor Bufort.

–Lo intentaré –respondió Melina.

Las manos de Bufort se posaron sobre sus hombros, apretándolos. Se dijo a sí misma, como cada vez que él lo hacía, que eso no significaba nada; era solo su forma de mostrar apoyo, como cuando había movido contactos para conseguirle trabajos en la ciudad. Él tenía la edad de su padre; no entendía los límites de la misma manera que las personas más jóvenes. No debía darle demasiada importancia.

Como para subrayar la idea, de pronto él dejó de tocarla. El profesor Bufort levantó de nuevo la leche chocolatada.

–Muéstrame lo que te asusta –dijo.

Ese año Melina vivía en un apartamento sobre un restaurante tailandés con su mejor amigo, Andre. Se habían conocido en una clase de composición teatral en segundo año y habían conectado al coincidir en que *Nuestro pueblo* estaba sobrevalorada, que el musical *Carrie* estaba subestimado y que podías amar *El fantasma de la ópera* y encontrarla perturbadora a la vez.

Tan pronto como ella entró, Andre quitó su mirada de *The Real Housewives* para observarla

–¡Mel! Vota para la cena –dijo.

Andre era el único que la llamaba por un apodo. Melina, en griego, significaba dulce, y él decía que la conocía demasiado bien como para mentirle a la cara cada vez que la llamaba por su nombre.

–¿Cuáles son mis opciones? –preguntó Melina.

–Mayonesa, galletitas dulces o comida tailandesa para llevar.

–¿Otra vez?

–Tú eres la que quiso vivir sobre La Orquídea Dorada porque olía muy bien. –Cruzaron las miradas.

–Comida tailandesa –dijeron al unísono.

Andre apagó la televisión y siguió a Melina a su habitación. Aunque hacía ya dos años que vivían en el apartamento, ella todavía tenía cajas en el suelo y nunca había colgado ninguna obra de arte ni había puesto luces de colores en el respaldo de su cama, como Andre.

–No me extraña que logres cumplir con todo. Vives en una celda –murmuró.

Al igual que ella, Andre estudiaba composición teatral. A diferencia de ella, Andre nunca había terminado una obra. Llegaba al final del segundo acto y decidía que necesitaba revisar el primero antes de terminar, y después se quedaba atrapado en un ciclo interminable de reescritura. Durante el último semestre había estado trabajando en una nueva versión de *El rey Lear*, con una matriarca negra que trataba de decidir cuál de sus tres hijas merecía su receta secreta de gumbo. Había basado el personaje principal en su abuela.

Andre le entregó a Melina el correo, que ese día consistía en un sobre de papel de estraza dirigido a ella con la desordenada letra de su padre. La relación entre Melina y su padre se había deteriorado durante la enfermedad de su madre, hasta el punto de que resultaba demasiado doloroso ejercer cualquier tipo de presión sobre ella. Sin embargo, a su manera dulce y distante, él trataba de esforzarse. En los últimos tiempos, se había interesado en la genealogía y le había contado a Melina que, según sus descubrimientos, ella estaba relacionada con un general de la Unión, con la reina Isabel de España y con Adam Sandler. Rasgó el sobre.

Acabo de encontrar este antepasado del lado de mamá. Primera poetisa publicada en Inglaterra (1611). ¡Tal vez esto de la escritura está en tu sangre!

La nota estaba sujeta a una pequeña pila de papeles. Echó un vistazo a una imagen fotocopiada de una mujer de la época isabelina, que tenía una expresión severa y llevaba un rígido cuello blanco. Luego dejó el paquete en el desorden de su escritorio.

–Mi antepasada era una poetisa –comentó sin interés.

–Bueno, mi antepasado era Thomas Jefferson, y mira adónde me ha llevado eso –dijo Andre apoyándose en un codo–. ¿Cómo te fue con Bufort?

Melina se encogió de hombros como respuesta.

–¿Qué vas a presentar para el festival?

–¿Qué te hace pensar que voy a presentar algo? –repreguntó ella frotándose la frente, donde comenzaba a sentir un dolor sordo.

–Un festival de teatro en el Bard en el que tú no participes sería como Escocia yendo a la batalla sin Mel Gibson –señaló Andre después de poner los ojos en blanco.

–Ni siquiera sé qué quieres decir con eso.

–A decir verdad, él domina el maquillaje mejor que tú, lo que es casi un delito, porque nunca he conocido a nadie que tuviera unos ojos plateados tan raros como los tuyos, y, si supieras lo que es el rímel, podrías resaltarlos aún más –dijo Andre, mirándola desde la trenza desordenada hasta los pantalones cargo rotos y las zapatillas viejas–. ¿Alguien ha intentado darte limosna alguna vez?

Andre siempre insistía en que ella no le daba ninguna importancia a su apariencia. Era cierto que a veces estaba tan concentrada escribiendo que se olvidaba de ducharse o cepillarse los dientes, y que le gustaba usar mallas y jerséis peludos cuando sabía que tendría una larga noche frente al portátil.

–¿Qué vas a presentar tú en el concurso? –preguntó, cambiando de tema.

–No creo que tenga nada listo –titubeó Andre.

–Podrías –respondió Melina mirándolo directamente a los ojos.

–Pero vas a ganar –indicó él sin un atisbo de rencor. Esa era una de las razones por las cuales lo amaba. Estaban en el mismo programa y su relación no era de competencia, sino de apoyo mutuo. Sabía que Andre no dudaba en salir en su defensa (y lo había hecho) frente a otros estudiantes que estaban convencidos de que su éxito en el Bard no era merecido, sino que era el resultado de un romance con Bufort. Sería gracioso si no doliera tanto. Ni siquiera había besado a ningún chico en los cuatro años de universidad, mucho menos se había embarcado en un ardiente romance de mayo a diciembre.

–No sé sobre qué escribir –confesó Melina después de un suspiro.

–Mmm. Podrías intentar esa idea sobre lo que pasó en Las Vegas que no se quedó en Las Vegas.

–Siento que una comedia no sería tomada en serio –sostuvo ella.

–¿No es esa la cuestión?

–Bufort quiere que haga algo personal –añadió, pronunciando la palabra como si fuera una maldición–. Algo doloroso.

–Está bien –dijo Andre–, entonces escribe sobre algo que te duela.

Melina escribió una obra llamada *Reputación*, donde ninguno de los personajes tenía nombre. Eran la Chica. El Chico. El Mejor Amigo. La Némesis. El Padre.

La Chica tenía catorce años y era invisible. Durante años había estado desvaneciéndose, en relación directa con la enfermedad de la Madre. Después del funeral, desapareció por completo, marginada de la vista por el dolor del Padre. Hasta que un día, el Chico –de dieciocho años– la saludó. Estaba segura de que debía ser un error, pero no. Él la vio. Le habló. Y, cuando la tocó, pudo verse a sí misma de nuevo; borrosa, pero recuperando el foco.

El Chico era todo lo que ella no era: se hacía notar, conocía a todo el mundo, era imposible pasarlo por alto. Junto a él, se sentía más grande, sólida y vista.

Todo comenzó con besos. Cada vez que la boca de él tocaba la suya, se sentía un poco más llena de sustancia. Donde él la tocaba con sus manos, podía volver a ver el contorno de su cuerpo. Pero, cuando le levantó la falda y comenzó a desabrocharse los pantalones, ella lo empujó y dijo que no.

Al día siguiente en la escuela, el Mejor Amigo del chico estaba hablando de ella con algunos desconocidos.

–El Chico me contó que ella lo trepó como un árbol –dijo–. Estaba apretada como un puño.

–Sabía que tenía que ser una puta si él estaba interesado en ella –agregó su Némesis, que justo pasó por ahí junto a un amigo.

A la Chica le ardía tanto la cara que estaba segura de que la gente podía sentir su vergüenza, incluso aunque no pudieran verla. Encontró al Chico y le exigió saber por qué había mentido.

–¿No quieres estar conmigo? –preguntó él.

–Sí, pero…

–Tengo una reputación que cuidar –dijo él–. ¿Realmente importa lo que piensen los demás, mientras tú y yo sepamos la verdad?

Quería alejarse, pero él le tomó la mano, y como por arte de magia, volvió a aparecer.

La Chica también tenía una reputación ahora. Cuando estaba en la fila de la cafetería, sin ser vista, escuchó que la describían como fácil. Mientras se cambiaba en el vestuario para la clase de gimnasia, oyó que la llamaban desesperada.

La Chica pasaba cada vez más y más tiempo con el Chico, porque era la única persona que parecía saber quién era ella realmente. Y en privado, él era casi siempre amable y dulce. Pensó que tal vez ella veía una versión del Chico que también era invisible para todos los demás.

Una noche, él le levantó de nuevo la falda y comenzó a desabrocharse los pantalones.

–Todo el mundo piensa que lo estás haciendo –señaló él–. Así que da lo mismo si lo haces.

Esta vez, la Chica no dijo que no.

¿Acaso tuvo elección? ¿O cedió bajo presión?

¿Acaso importaba?

Porque en el momento en que el Chico penetró en ella, se manifestó por completo y de manera permanente, aunque solo fuera que como una nota al pie, desordenada y dolorosa, en la historia de alguien más.

El profesor Bufort amó la obra. La llamó cruda, reflexiva y provocativa. La pieza de Melina fue seleccionada como una de las tres finalistas del concurso, junto con la de un estudiante de Middlebury y otra de Wesleyan. El día de la evaluación, en la lectura de cada obra interpretada por estudiantes de teatro del Bard, Melina se pasó la mañana presa de los nervios y vomitando. Era la primera obra que había creado en la que ella misma era el personaje principal, aunque oculta bajo capas de lenguaje.

Si la obra no era suficiente para ellos, ¿eso quería decir que ella tampoco? No podía separarse del guion; no podía ver a los actores interpretando al Chico y a la Chica sin verse a sí misma a los catorce años, perdida y sin rumbo tras la muerte de su madre, aferrándose a la única persona que parecía querer su compañía. No podía escuchar las palabras que había escrito sin recordar aquel otoño perdido, cuando no tenía voz, y otros llenaron el silencio con mentiras sobre ella que se convirtieron en verdades. Como si eso no bastara, había alterado la obra solo un poco, añadiendo una escena que se incluiría en la lectura final, y de la que el profesor Bufort no tenía idea. Hasta donde sabía, podrían descalificarla por eso. Pero la obra no estaba terminada; no sin el epílogo, que la hacía relevante en la actualidad.

El auditorio estaba lleno. Andre le había guardado un asiento en un lugar demasiado expuesto para su gusto, a solo unas pocas filas del escenario. Se disculpó en voz baja mientras pasaba por encima de las personas que ya estaban sentadas.

–Tuve que decirle a la gente que tenía mononucleosis para que no se sentaran aquí –dijo Andre.

–Llego tarde con estilo –retrucó ella con los ojos en blanco.

–No. Solo llegas tarde –sentenció él mirando desde su moño despeinado hasta sus Crocs.

El profesor Bufort subió al escenario.

–Gracias a todos por asistir a las lecturas que constituyen la ronda final del primer Concurso de Dramaturgia del Bard College. Ha sido difícil mantener en secreto a nuestro juez de este año –dijo Bufort–. Lo conocen por sus críticas incisivas y su cobertura de la industria teatral en general. Por favor, denle la bienvenida al crítico de teatro del *The New York Times*, Jasper Tolle.

Andre y Melina se miraron.

–¿En qué dimensión estamos? –susurró Melina–. ¿Jasper Tolle va a juzgar mi obra?

Todos lo conocían, incluso personas que no eran del medio. Lo consideraban un prodigio, que el *Times* contrató con tan solo veintiséis años, y que luego, con su crítica afilada y mordaz, había logrado atraer a un público que lo odiaba o lo amaba. En tres años, pasó de cubrir producciones de teatro en Nueva Jersey a Off-Off-Broadway y a obras seleccionadas para millenials, como *Agonía y éxtasis de Steve Jobs* y *Murder Ballad*.

Jasper Tolle tenía la mitad de la edad del crítico senior del periódico. Tenía cuentas de fans en Instagram y Facebook. Había logrado que el teatro –una forma de arte que generalmente era abrazada por un público canoso– fuera algo *cool* otra vez.

–Dios santo –exhaló Andre–. Es muy *hot*.

Lo era, supuso Melina, para alguien de treinta y pico. Tenía un pelo rubio casi blanco, con un remolino en la nuca, y, detrás de sus gafas de carey, sus ojos, de un azul intenso, brillaban como un cristal tallado. Era alto, delgado y parecía molesto, como si esto fuera algo que había puesto en su calendario meses atrás y ahora lo lamentara.

–Parece un Voldemort sexi –murmuró Andre.

–No vuelvas a decir eso jamás.

Bufort le pasó el micrófono al crítico, que se aclaró la garganta con las mejillas enrojecidas.

«Interesante», pensó Melina. Era un crítico que prefería esconderse detrás de sus palabras. No muy diferente de un escritor de teatro.

La lectura de Melina sería la tercera de las tres. Después de cada una, Tolle subiría al escenario y daría su reacción, para elegir un ganador después de la última presentación. La primera obra, escrita e interpretada por un estudiante de Wesleyan, era un monólogo sobre el multiverso. La segunda, escrita por un estudiante de Middlebury, ponía a los Avengers de Marvel en terapia de grupo.

Cuando los estudiantes actores entraron para interpretar *Reputación*, cada uno con una silla y un atril en el que colocaron sus

guiones, el corazón de Melina se aceleró. Si se desmayaba, Andre tendría que despertarla para que pudiera escuchar los comentarios de Jasper Tolle sobre su obra. Estaba a punto de decírselo cuando vio al profesor Bufort inclinarse hacia el crítico y murmurar algo.

Se imaginó que le decía a Tolle que Melina era su estudiante, quizás incluso su protegida. Tragó saliva y entrelazó los dedos con los de Andre.

En los ensayos, su obra duraba veintiocho minutos, lo que estaba dos minutos por debajo del tiempo asignado para cada lectura. Pero eso había sido antes de que entregara un epílogo de dos páginas a los actores en el último ensayo de la noche anterior.

Mientras Melina observaba la lectura, sentía que el diálogo le salía como si fuera arrancado de su propia garganta: doloroso, familiar, áspero. La audiencia se rio en los momentos planeados. Guardaron silencio cuando el narrador describió cómo el Chico tironeó de la ropa de la Chica. Al escuchar la última línea de la versión que había enviado al festival, oyó un solo y estruendoso aplauso desde la primera fila y se dio cuenta de que era el profesor Bufort tratando de provocar una ovación.

No sabía que la obra no había terminado.

–Ocho años después –dijo el narrador. Todos los actores se sentaron, excepto la Chica y el narrador, que se colocó detrás de la silla de ella.

–Es diferente a tus otros trabajos –señaló con un tono juguetón, convirtiéndose en un personaje que ya no era un observador, sino un participante.

–Sí –respondió la Chica.

–Hace tres años que te conozco, pero no te conozco en absoluto.

El narrador puso las manos en los hombros de la Chica y los masajeó. La actriz se congeló.

–¿Profesor? –susurró.

–Muéstrame qué te asusta –dijo el narrador inclinándose cerca de su oído.

Ahí terminó la obra.

–Maldita sea –murmuró Andre.

Hubo unos aplausos dispersos e incómodos. ¿Cómo aplaudir el acoso? Pero Melina apenas se dio cuenta. Estaba concentrada en el perfil del profesor Bufort, en la rigidez de su mandíbula.

Quería decir: «Lo siento».

Había sido Bufort quien había querido que ella sangrara en la página. Y, cuando desenterró el recuerdo de secundaria de ser manipulada por un villano que la había convencido de que era un héroe, Melina comprendió que la historia se repetía.

Jasper Tolle subió al escenario, balanceándose sobre la punta de los pies, completamente ajeno a que la última autora había hecho pedazos su carrera académica.

–Bien –empezó, mirando su pequeña libreta negra–. ¿Melina Green? ¿Dónde estás?

Cuando ella no se movió, Andre le agarró la muñeca y le levantó la mano.

–Ah –dijo Tolle–. Bueno. Eso fue... mucho. Supongo que deberíamos discutir el mayor obstáculo aquí...

Melina vio manchas negras frente a sus ojos.

–... es decir, que esta es una historia iniciática, lo que la sitúa en la categoría de Teatro para Jóvenes Artistas.

Teatro para Jóvenes Artistas, o sea, teatro infantil. La cara de Melina ardió. ¿En qué mundo perder la virginidad en circunstancias moralmente ambiguas se consideraba material para niños?

–Eso no es cierto –soltó.

–¿Perdón? –Jasper Tolle literalmente dio un paso atrás.

–*R-Recuerdos de Brighton* –balbuceó–. *Billy Elliot. Equus. Despertar de primavera*. Todas son historias iniciáticas.

–Sí, pero esas obras tienen mérito crítico –respondió él. La mandíbula de Melina se cayó ante el ataque–. No parecen... pequeñas.

–¿Porque tratan sobre personajes masculinos? –preguntó Melina. Por primera vez, se dio cuenta de que era la única finalista femenina. No se le había ocurrido que sería como correr una carrera con obstáculos extra.

–Porque sus personajes principales no son desagradables. No me malinterpretes, hay una escritura realmente impresionante aquí,

pero ¿es realmente una historia con la que una audiencia puede relacionarse de una manera más general?

Ella apretó los dientes. Por Dios, una de las otras obras era sobre superhéroes en un hospital psiquiátrico.

–Se supone que la obra debe incomodar –dijo Melina.

–Bueno, lo hizo, pero no por las razones que tú crees. Fue demasiado sentimental. Armarlo todo como un preludio para la última escena, que, por cierto, parecía añadida al final, te hace cuestionarte si la Chica realmente aprendió algo.

–Ese –masculló entre dientes– es el asunto. –Melina estaba tan enfadada que temblaba. Sintió la mano de Andre deslizarse protectora sobre su rodilla.

–¿Puedo preguntar si esta obra se inspiró en algo que te ocurrió a ti? –dijo Tolle después de hacer una pausa para evaluarla.

Melina no quería responder, pero asintió.

–En el futuro –sugirió Jasper Tolle–, aléjate de esos temas. Si te afecta tanto la crítica porque una obra es muy personal, no vas a llegar lejos como dramaturga.

Ella abrió la boca, pero él levantó una mano. Literalmente, levantó una mano, como si pudiera bloquear lo que estuviera a punto de salir de su boca.

–¿Tienes cuánto? ¿Veintiún años? Te falta mucho por aprender. Discutir no te hace parecer provocativa. Solo… difícil.

Melina agarró su bolsa y pasó por encima de las filas llenas de rodillas, piernas y mochilas hasta llegar al pasillo. Salió por la puerta del auditorio justo cuando Jasper Tolle anunciaba que el ganador del Concurso de Dramaturgia del Bard era el estudiante de Middlebury, por su innovadora exploración de Iron Man con trastorno de apego.

A Melina no le importaba quedar como una mala perdedora. No le importaba si Jasper Tolle pensaba que era una insufrible. Había intentado plasmarse a sí misma en una de sus obras, pero claramente no había ficcionalizado lo suficiente su experiencia. Lección aprendida.

Unos momentos después, la gente comenzó a salir del auditorio, sumergida en un mar de conversaciones. Se dio la vuelta cuando Jasper Tolle y el profesor Bufort pasaron junto a ella, sin prestarle

atención a la chica que acababa de encender la mecha para hacer estallar su futuro.

Un brazo se deslizó por sus hombros. Melina se dejó caer contra Andre y, finalmente, se permitió llorar.

–Solo Voldemort –recapacitó él, dándole unas palmaditas en la espalda–. Nada sexi.

Melina sintió que una risa le subió por la garganta como una burbuja.

–Me pareció increíble, Mel –dijo Andre, alejándola un poco para poder mirarla a los ojos–. Y lamento mucho si una pizca de eso realmente te sucedió en la vida real.

Justo por eso lo había escrito. Tal vez había otra chica en ese auditorio que se sentiría fortalecida para decir no cuando la presionaran a decir que sí. Tal vez había alguien en una posición de poder que se detendría antes de cruzar una línea.

Tal vez hacían falta más historias como esta, no menos.

–Al carajo con Jasper Tolle –soltó Melina.

–Me sacaste las palabras de la boca –respondió Andre mientras la conducía fuera del auditorio.

La semana siguiente, le escribió al profesor Bufort para pedirle una reunión. Como él no respondió, fue a la oficina en su horario de visitas. En la puerta cerrada, había un sobre pegado con cinta que tenía el nombre de Melina escrito.

Dentro estaba la calificación de su tesis. Había entregado cinco obras, incluida *Reputación*. En su carrera, nunca había recibido menos de una A en ninguna asignación.

«C+. Requiere demasiada suspensión de incredulidad».

Cuando llegó a casa, el piso estaba vacío. Andre debía estar en clase, probablemente, y Melina agradeció eso. Caminó hasta su austero dormitorio y se dejó caer de bruces en la cama.

Se graduaría sin una recomendación de su director de tesis. Otros profesores en el departamento de teatro la tildarían de problemática. Los estudiantes que consideraba amigos la evitarían, por si el rechazo era contagioso. Se había convertido en una persona *non grata.*

Andre era el único en el campus que la defendía. Insistía en que nada había cambiado; se mudarían a Nueva York después de graduarse como estaba planeado, para intentar convertirse en escritores de teatro. Pero Melina no sabía si tendría el valor para enfrentarse a otra humillación pública. Si no querías quemarte, era mejor apartar el dedo de la llama.

Y sin embargo, Bufort le había dicho una vez que los verdaderos escritores no pueden dejar de escribir.

Miró las pilas de papeles sobre su escritorio. Tomó la portada de su obra condenada y la arrugó en su puño. Su rabia se convirtió en un motor. Agarró más páginas, y las rasgó y las lanzó como confeti, hasta que el suelo se convirtió en un mar de papeles impresos.

Entonces su mirada se posó en una imagen impresa en blanco y negro de una mujer. Los ojos de la dama parecían seguirla. La nota de su padre aún estaba sujeta a una esquina.

Emilia Bassano. Su antepasada. La poetisa.

El historiador A. L. Rowse, en 1973, llamó a Emilia Bassano la «dama oscura» de los sonetos de Shakespeare, una mujer de cabello negro, judía y de virtud dudosa. Aunque esto fue desmentido, merece reconocimiento por sus propios méritos como la primera poeta femenina publicada en Inglaterra, en una época en la que a las mujeres se les prohibía escribir para una audiencia pública.

El pecho de Melina se aflojó al darse cuenta de que no era la primera en su familia en luchar para encontrar su lugar como escritora.

Pasó las páginas del paquete genealógico de su padre, rastreando las generaciones desde Emilia Bassano hasta ella misma.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE – GUION DE ENSAYO

EMILIA está sentada en un banco tallado, bajo el abrazo de un frondoso sauce esmeralda. A sus pies, una casa de hadas. ENTRA LA MUJER.

LA MUJER

Un teatro.

EMILIA

Una audiencia.

LA MUJER

Una comedia.

EMILIA

Una tragedia.

LA MUJER

Érase una vez una niña que se volvió invisible para que sus palabras no lo fueran.

EMILIA

Érase una vez una niña. Un principio y un fin.

EMILIA se convierte en su yo más joven.

LA MUJER

Había una historia, sin importar si otros decidían escucharla o no.

EMILIA

(coloca un rey de ajedrez en la casa de hadas)

Saludos, Oberón, rey de los elfos.

LA MUJER

Emilia lo nombró así por el rey elfo de un poema francés que había traducido.

EMILIA

(coloca una reina de ajedrez en la casa de hadas)

Y tú serás su reina.

LA MUJER

El poema no mencionaba a una reina. No era tan importante como para ser registrada.

EMILIA

¿Cómo llamar a la más grande reina de las hadas?

EMILIA, LA MUJER

Titania.

EMILIA

1581

Emilia tiene doce años.

A los doce años, Emilia Bassano sabía que la mayoría de las personas solo veían lo que esperaban ver. Pensaba en esto mientras estaba tendida boca abajo, con las faldas amontonadas bajo ella y el mentón apoyado en un puño. Con la mano libre, construía una casa de hadas. Las piedras más blancas del camino de entrada de Willoughby House rodeaban una alfombra de musgo. Sobre ella, había creado un pequeño hogar de ramitas entrelazadas con largas briznas de hierba y rematado con un techo de corteza de abedul. Capullos de rosa hacían de ventanas; campanitas y caléndulas adornaban la entrada. Añadió un hongo rojo salpicado de blanco que había encontrado en el bosque, un trono perfecto.

Había tomado un rey de obsidiana pulida del juego de ajedrez de Peregrine Bertie. También conocido como el barón Willoughby, era el hermano de la tutora de Emilia: Susan Bertie, la condesa de Kent. Fue una discusión entre ellos lo que le había hecho huir al exterior. Colocó la pieza de ajedrez cerca del hongo. «Lo llamaré Oberón», pensó Emilia, nombrándolo así en honor al rey de los elfos del poema francés «Huon de Bordeaux», que había estudiado la semana anterior con la condesa.

–Su Majestad –dijo Emilia–, aquí está su esposa. Extendió la mano para tomar una segunda pieza que había sacado del juego de

ajedrez, una reina de marfil suave.

Si Oberón tenía una esposa en el poema, no era tan importante como para que la mencionaran.

Emilia necesitaba un nombre que la hiciera inolvidable. «La más grande reina de las hadas», reflexionó.

–Titania –pronunció.

Finalmente, colocó la tercera pieza de ajedrez entre el rey y la reina. Un pequeño peón oscuro.

Aún podía oír la discusión entre el barón y la condesa, tan clara como el día.

–No puedo llevar a Emilia conmigo –había dicho la condesa, cuando, para empezar, Emilia ni siquiera sabía que iba a irse.

–Yo tampoco, Susan –había argumentado su hermano–, debo partir a Dinamarca pronto.

–Llévala contigo. Es una niña, no pólvora.

Ahora, Emilia acariciaba el peón con la yema del dedo y reimaginaba la historia. El peón era un niño. Un huérfano. «Tanto el rey como la reina te quieren», reflexionó. «No pueden dejar de pelear por quién se queda contigo. Te quieren tanto que su amor hará que el mundo entero se venga abajo».

–¡Aquí estás! –con un susurro de faldas, la condesa se sentó a su lado. No reprendió a Emilia por desaparecer ni le dijo que se mancharía la seda de su vestido con la hierba. Solo por eso, Emilia la adoraba. La condesa tenía apenas veinte años pero ya había enviudado. Para la mayoría de las mujeres, eso significaría libertad –no ser propiedad de sus padres ni de sus esposos–, pero la reina Isabel la había convocado de nuevo a la corte. A veces, cuando Emilia pensaba en la condesa, le venía a la mente la imagen de una loba dispuesta a morderse una pata para escapar de su trampa dorada.

No era extraordinario que una niña de medios limitados fuera entrenada para servir en un hogar aristocrático. La familia de Emilia, compuesta por músicos de la corte, había emigrado de Italia a petición del rey Enrique VIII, que los había escuchado tocar la flauta. El propio padre de Emilia había enseñado a la reina Isabel, entonces princesa, a tocar el laúd y a hablar italiano. Sin embargo,

aunque la familia de Emilia ahora tocaba para el entretenimiento de la reina, nunca serían nobles.

A Emilia la enviaron con la condesa a los siete años, cuando su padre murió y su madre dejó Londres para ir a servir a otra familia aristocrática. Sus padres no estaban casados, pero vivieron juntos mientras su padre estaba vivo. Emilia no recordaba mucho acerca de su madre, excepto que era joven, mucho más joven que su padre, y se hallaba tan perdida en sus propias ensoñaciones que, incluso de niña, Emilia sabía que no podía contar con ella. Baptista Bassano, su padre, tenía la misma piel aceitunada que Emilia, y la llamaba *passerotta,* «gorrioncita». Emilia recordaba las melodías que él tocaba en su flauta, algunas inquietantes, otras alegres; recordaba cómo las notas se enroscaban alrededor de ella. Recordaba a su madre diciendo, casi con pesar, que la música de su padre podía hacer descender las estrellas del cielo. Esos eran los únicos recuerdos que le quedaban de sus padres. Emilia los sacaba con regularidad, como si fueran piezas de plata que debía pulir para no perder los delicados detalles de sus patrones.

–¿Qué tenemos aquí? –preguntó la condesa, como si fuera perfectamente normal jugar en la tierra bajo los arbustos–. ¿Una casa de hadas?

–Otro mundo –confirmó Emilia. Consideró preguntarle a la condesa a dónde iba y suplicar que la llevara.

La boca de la condesa se inclinó hacia un lado.

–Qué pena que vivimos en este mundo, donde es hora de las lecciones –se desprendió del seto con más gracia que Emilia, no sin antes recoger las piezas de ajedrez–. Si el barón descubre que faltan, se convertirá en un oso.

Emilia imaginó una bestia salvaje vestida con el jubón y las calzas del barón, con un rígido cuello de encaje bajo su hocico erizado.

–Anímate, niña –dijo la condesa dándole un suave golpecito bajo el mentón–. Una vez que hayamos partido, tal vez las hadas vengan de verdad a vivir en la casa que les construiste.

Emilia siguió a la condesa. Se preguntaba si era tan simple; si algo se volvía posible cuando nadie miraba.

Emilia se sentó en el gran salón, la habitación donde la familia se reunía en la casa del barón. En su casa de campo en Lincolnshire, Grimsthorpe, había una habitación separada para las clases, pero en Londres el barón utilizaba la biblioteca. Emilia estudiaba idiomas, lectura, escritura y danza (la música fue eliminada después de que quedara claro que Emilia le podría haber enseñado más a su tutor de lo que él podía enseñarle a ella). Dado que la condesa había recibido educación –algo que no era nada común para una mujer–, ella supervisaba las lecturas de Emilia. La Biblia, por supuesto, pero también tratados sobre etiqueta y *La ciudad de las damas* de Christine de Pizan. Ese día la condesa había hecho que Emilia tradujera el lai *Bisclavret*, de Marie de France. Era sobre un barón cuya esposa se preocupaba por sus repetidas desapariciones. Para el deleite de Emilia, el esposo confesaba que a veces se transformaba en hombre lobo, y solo ponerse su ropa humana le permitía volver a ser un hombre. La esposa, asqueada, prometía dar su amor y su cuerpo a un caballero que había estado coqueteando con ella si robaba la ropa de Bisclavret, para asegurarse de que el barón no regresaría. Pero, cuando el hombre lobo juraba lealtad al rey, el plan de la esposa se desbarataba.

–Esto no puede ser correcto –dijo Emilia, dudando de su propia traducción–: «Más de una mujer en esa familia / Nació sin nariz para soplar, y vivió desnarizada».

–*Oui, parfait* –dijo la condesa riendo–. ¿Y cuál es el mensaje de este poema?

–Los hombres son bestias –respondió Emilia con frialdad. Imaginó de nuevo al barón con la cara de un oso.

–No, mi querida. Este es un poema sobre la lealtad –corrigió la condesa–. La esposa se vuelve en contra de Bisclavret y es castigada por eso. Bisclavret es leal a su rey y es recompensado por eso.

–Así que ambos son bestias –respondió Emilia.

–¿Deberían forzar a la esposa a permanecer casada con un hombre lobo? Y si no, ¿de qué manera podía librarse de ese vínculo? Los dientes y las garras son armas..., pero también lo son el cuerpo de una mujer y su amor –se encogió de hombros–. No puedes

culpar a Bisclavret por tener la maldición de ser hombre lobo. Pero tampoco puedes culpar a una mujer por estar maldita por su género.

–Pero ella pierde su nariz –señaló Emilia.

–La vida como mujer no está exenta de riesgos –dijo la condesa. Cubrió la mano de Emilia con la suya–. Por eso –añadió suavemente–, me voy a casar con sir John.

Emilia había conocido al hombre cuando estuvo de visita.

–Después, él me llevará a Holanda. Te escribiré –prometió la condesa mientras le acariciaba la mejilla.

Emilia sintió que sus ojos ardían. Pensó en el pequeño peón negro del tablero de ajedrez, movido según la voluntad de quien jugara. Sin embargo, había aprendido a mostrar a las personas lo que querían ver, así que sonrió hasta que se le formó un hoyuelo en la mejilla.

–Les deseo que sean muy felices –dijo.

Lo primero que se notaba de Londres era el hedor: olor a sudor, heces y vómito, mezclado con los olores de humo de leña y carne asada. Las calles estaban enredadas como si hubieran sido trazadas por un niño. Los vendedores ofrecían sus mercancías –desde plumas hasta jarras de leche y velas de junco–, mientras sus voces competían con el ruido de los cascos de los caballos y el traqueteo de las ruedas de las carretas. Emilia se apartó rápidamente del camino de los vehículos y de los ocasionales pájaros en picada; las aves buscaban alguna corteza mohosa o un pedazo de hilo para sus nidos. Sus botas de cuero resbalaban en los adoquines cubiertos de barro y desperdicios. Mendigos con trapos enroscados alrededor de sus miembros supurantes se sentaban en los umbrales de las puertas, y alargaban sus manos para tirar de las faldas de Emilia. Pasó junto a una pelea de gallos donde los hombres gritaban sus apuestas; y, cuando una pelea entre dos chicos flacos se trasladó hasta la calle, se metió en un callejón. Allí, una mujer ligera se estaba ganando una moneda rápida, con sus faldas levantadas hasta la cintura. Miraba a lo lejos con la vista perdida por encima del

hombro del hombre que la estaba penetrando, mientras Emilia pasaba deprisa.

Cuando estaba en Londres, Emilia visitaba a la familia de su primo Jerónimo para la cena de los viernes. Aunque había crecido fuera de las puertas de la ciudad, en Spitalfields, con su madre y su padre, el resto de sus primos ahora vivía en Mark Lane, en la comunidad italiana.

Mark Lane estaba repleto de casas de madera de dos pisos que se inclinaban de manera retorcida, lo que le daba la apariencia de una sonrisa de dientes desparejos. Antes de que Emilia girara la esquina, ya podía oír música saliendo de varias casas. Ella podía tocar casi cualquier instrumento, pero nunca sería tan talentosa como sus familiares. Sus primos enlazaban sin esfuerzo notas musicales –de la misma manera en que ella entrelazaba palabras– para tejer una melodía tan perfecta que era difícil imaginar que un momento atrás no hubiera existido.

El vientre rojo del sol rascaba el tejado de la casa de su primo cuando Emilia finalmente entró en ella. Los hijos de Jerónimo, Edward y Scipio, se lanzaron contra sus piernas para darle la bienvenida. La madre de los niños, Alma, rio.

–*Piccolini*, dejadla respirar.

Desde la esquina de la habitación más cercana a la chimenea, su primo levantó la mirada del laúd que estaba encordando y sonrió.

–¿Cómo va el mundo de la nobleza? –bromeó.

–Igual que ayer cuando estabas en la corte –respondió Emilia.

Jerónimo emitió un sonido dudoso. Ella sabía tan bien como él que el reinado de los Bassano como músicos de la reina Isabel duraría solo mientras ella los favoreciera, y que ese favor podía esfumarse en cualquier momento. Entonces, ¿qué sería de ellos?

Emilia alzó a uno de sus pequeños primos y miró alrededor de la pequeña casa. Sus parientes no eran tan ricos como la condesa y el barón, por supuesto, pero, gracias a sus roles en la corte, seguían siendo de la nobleza. Tenían cofres de madera tallada traídos de Italia y cortinas en lugar de simples postigos de madera. Pero, al mismo tiempo, poseían solo una cama grande, en la que dormían con los niños. Incluso si le pidiera a su primo que la acogiera una

vez casada la condesa, no habría espacio para ella. Era una sombra atrapada entre dos mundos, como las hadas.

–Cuéntanos una historia, Emilia –dijo el niño más pequeño, estirándose para alcanzar la trenza de su cabello. Cuando iba a Mark Lane, se vestía como una plebeya, con el cabello suelto y un vestido simple sobre su camisola.

Emilia se sentó en la chimenea con el pequeño en su regazo, mientras el hermano se sentaba junto a ella.

–¿Sabéis a quién he conocido hoy? –dijo–. A una reina hada.

–¿Era hermosa? –preguntó uno de los niños–. ¿Como tú?

Emilia sabía que la belleza era algo relativo. Su piel color oliva estaba muy lejos del tono pálido que estaba de moda en la corte; su cabello era más oscuro que la noche; sus ojos, de un plateado fantasmal. Tomadas por separado, sus facciones eran llamativas, extrañas. Pero, combinadas, llamaban la atención: se notaba en las miradas de los hombres y en los ojos entrecerrados de sus esposas.

–Más bonita incluso que la reina Isabel –dijo Emilia, y oyó a su primo ahogar una risa.

Alma le guiñó un ojo mientras abría un armario para sacar un cuadrado de lino doblado y bordado en los bordes. Era quizás el artículo más fino de la casa.

–La reina hada había prometido cuidar al bebé huérfano de un amigo, pero su esposo, el rey de las hadas, quería alejarlo de ella.

–¿Por qué? –preguntó uno de los niños.

Emilia consideró la pregunta. No podía recordar haber sido tan pequeña como sus primos segundos, cuando se tiene la seguridad de que nada en la tierra de Dios podría separar a un niño de sus padres.

–Porque el rey de las hadas temía que la reina amara tanto al niño que se olvidaría de él.

–¿Y qué pasó? –Los niños se inclinaron hacia ella, fascinados.

–El rey... quiso darle una lección a la reina. Así que le pidió a su sirviente que encontrara una flor púrpura capaz de hacer que alguien se enamorara de lo primero que viera. Y la pasó sobre la frente de la reina mientras ella dormía.

Alma estiró el lino bordado sobre la mesa de madera labrada que estaba en el centro de la habitación.

–Emilia, *cara* –dijo–, ¿los postigos?

Emilia se deslizó entre los niños y se puso de pie. Sacudió sus faldas mientras cruzaba hacia la ventana abierta que carecía de los vitrales que tenía el barón.

–Pero ¿de quién se enamoró? –preguntó uno de los niños sobre el sonido de una carreta tirada por un burro que retumbó afuera.

–Pues... ¡de un asno! –dijo Emilia, y los niños estallaron de la risa.

–Eso es suficiente –los reprendió Alma–. ¿Jerónimo?

El sol se había escondido tras el horizonte. Su primo se aseguró de que los postigos estuvieran cerrados y luego sacó una piedra de la chimenea. Detrás había un pequeño escondite, del que tomó un paquete envuelto en muselina y otra pieza de lino doblada. Desenrolló la muselina como si estuviera pelando una manzana, y reveló dos candelabros de bronce que colocó sobre la mesa. Alma puso velas en ellos y luego se cubrió la cabeza con el lino. Emilia tomó las manos de sus pequeños primos y los llevó a la mesa, inclinando la cabeza.

–*Baruch atah Adonai* –cantó Alma, encendiendo las velas con yesca de la chimenea–. *Eloheinu melech ha-olam asher kid'shanu b'mitzvotav v'tzivanu l'hadlik neir shel Shabbat*.

–Amén –respondieron los demás, en perfecta armonía.

Una oración secreta para una religión prohibida. Como los otros judíos conversos que habían venido de España e Italia, ahora los Bassano eran, a los ojos del mundo, cristianos que iban a la iglesia y rezaban a la Virgen y su Hijo Bendito.

La gente veía lo que quería ver.

Ir a la corte siempre le había parecido a Emilia una actuación. Aunque no tocaba la flauta ni el laúd junto a sus parientes masculinos en el gran salón, la habían llevado como una especie de aprendiz incluso cuando era muy joven. Conocía el agitado esfuerzo por aparentar una calma adecuada en el momento en que entraba la reina en la habitación; entendía cómo la música debía entretener

algunas veces y desvanecerse en el fondo otras. Ser un cortesano no era tan diferente.

La reina y su séquito habían regresado recientemente al palacio de Whitehall desde St. James. Solía moverse entre esas propiedades y Hampton Court, Greenwich, Richmond y el castillo de Windsor. Había tantos confidentes y consejeros para Su Majestad, además de damas de compañía y visitantes de otras casas reales, que el palacio muchas veces se desbordaba y quedaba cubierto de desperdicios y basura. En esos momentos, todo el grupo se reubicaba mientras limpiaban y aireaban el lugar.

Vestirse para la corte era lo opuesto a vestirse para sus salidas a la comunidad italiana en Londres. Una sirvienta frotaba a Emilia con paños limpios y luego con perfume. Sobre una larga enagua de lino, llevaba un corsé doble: una capa exterior de brocado reforzada con ballenas verticales y una tablilla rígida que se encajaba entre sus pequeños pechos y terminaba en su vientre. El corsé se ataba firmemente en la espalda a través de ojales y llevaba mangas de adorno cubiertas de encaje y perlas. Capas superpuestas de faldas en blanco y negro –los colores de la reina– completaban el atuendo, hasta el punto de que Emilia no podía siquiera respirar sin hacer ruido. Su cabello iba recogido y un tocado le ajustaba la cabeza, lo que era garantía de una jaqueca antes de que terminara la noche. Parecía una versión en miniatura de la condesa, sin los voluptuosos escotes.

El barón también estaba presente, aunque eso no lo hacía feliz.

–Si Oxford está aquí –murmuró mientras esperaban para entrar en la multitud del gran salón–, no me haré responsable de mis actos.

–Si Oxford está aquí –respondió la condesa, riendo–, me comeré mi abanico.

El alma de la corte era el chisme y el conde de Oxford, Edward de Vere, había dado bastante de qué hablar esa primavera. En abril, una de las damas de honor de la reina, Anna Vavasour, había dado a luz al hijo de Oxford. El escándalo no era que Oxford ya estuviera casado, sino que el *affaire* había ocurrido sin el consentimiento de la reina. Ella los había encerrado a ambos en la Torre y se rumoreaba que Oxford había recuperado su libertad esa semana.

No había simpatía entre el barón y Oxford, quien era el hermano de la esposa del barón, Mary. El matrimonio del barón estuvo al borde de frustrarse porque a la reina no le gustaba cómo Oxford trataba a su propia esposa: la acusaba de adulterio y había declarado bastardo a su hijo. Él era simplemente impredecible.

Fueron arrastrados hacia delante en un resplandeciente mar de personas. La diversión iba desde mascaradas hasta peleas de osos y justas en el patio de armas, e incluía la favorita de Emilia: obras de teatro interpretadas por compañías patrocinadas por un noble. Había crecido con música llenando todos los espacios de su infancia y sabía que las notas correctas, en el orden correcto, podían llevarte a las lágrimas o hacerte sentir más ligera que el aire. Lo mismo podía ocurrir con las palabras adecuadas, dichas en el orden correcto, por el actor indicado.

Sin embargo, esa noche la diversión consistía en danzas. Emilia podía oír los animados acordes de los instrumentos de sus primos, pero el sitio de los músicos estaba en el otro extremo del salón, y, en medio de esa multitud, tenía tantas posibilidades de llegar hasta allí como de llegar al Lejano Oriente. La luz de la luna se filtraba por ventanas largas y angostas, y caía sobre aquellos que participaban de la vigorosa danza. Una enorme chimenea contenía brasas, aunque afuera hacía calor, por lo que la habitación apestaba a sudor y hollín. La música de esa noche era una gallarda, un baile de cortejo en el que los hombres perseguían a las mujeres. A veces, el hombre deslizaba su mano bajo el corsé de una dama para alzarla en el aire o levantaba un muslo para balancearla sobre él. Era impactante de ver, y aún más impactante de realizar, y por eso mismo la reina solía bailarla con su favorito, Robert Dudley, el conde de Leicester, antes de que él perdiera su favor. Ahora Su Majestad se encontraba en el centro del salón, bailando con sir Christopher Hatton.

Fue fácil para Emilia escabullirse, aunque sabía que sería mal visto (o algo peor). Se escurrió más allá de los guardias al borde del salón, en busca de un espacio menos concurrido y más fresco, solo para ser acorralada por lord Archley. Aunque no conocía a todos los nobles de la corte, había tenido ya la mala suerte de conocer a este.

Era casi tan ancho como alto, con una nariz roja como una granada y un cuello de encaje tan rígido que le inclinaba la cabeza hacia atrás. Al ver a Emilia, sus ojos brillaron.

–Ah –dijo, con un aliento rancio y fuerte–. La leona dejó escapar a su cachorra de su vista.

Era cierto que la condesa desalentaba a los cortesanos de acercarse demasiado a Emilia. Archley dejó caer un pañuelo, se inclinó y deslizó la mano bajo sus faldas para rozarle el tobillo. Emilia apretó la mandíbula y dio un paso atrás.

–Lord Archley –musitó, haciendo una reverencia. «Qué asno», pensó.

–Qué modales tan bonitos –dijo él–. En alguien tan radiante como el sol.

Emilia hizo un esfuerzo para no levantar la vista al cielo. Como todas las demás mujeres de la corte, se había empolvado el rostro de blanco en homenaje a la reina. Sin embargo, sobre su piel aceitunada el polvo parecía una máscara y solo hacía resaltar cuán diferente era de las demás.

–No soy en absoluto tan brillante –respondió con recato.

Archley se acercó tanto a ella que llegó a ver la comida atascada entre sus dientes.

–Y, sin embargo, haces que me levante.

Bien, él no era el único que estaba experimentando síntomas físicos con la situación, pensó Emilia, sintiéndose mareada de repente.

–Mi señora me llama –mintió e intentó pasar junto a él, pero Archley la tomó por la cintura. Pensó en los lugares que la condesa le había indicado, esos tejidos blandos que era posible golpear con la rodilla para reducir a un hombre por completo. Sin embargo, Archley llevaba una gruesa bragueta, así que, en lugar de eso, Emilia levantó el pie y clavó su taco en el empeine de él. Un momento después, estaba corriendo a ciegas. Giró en una esquina y chocó contra otro caballero.

–Por favor, discúlpeme, milord –jadeó Emilia.

El hombre la sujetó por los hombros para ayudarla a recuperar el equilibrio.

–No puedo –dijo–, ya que soy yo quien se ha cruzado en tu camino.

Era delgado y mayor, con el cabello plateado y ojos amables. Había hilo de oro en el brocado de su jubón, lo que indicaba que era un noble de alto rango, un consejero privado.

–Eres la protegida de la condesa Bertie –dijo él.

Emilia sospechó que quizá el extraño sabía más sobre ella que ella misma. Enderezándose por completo, miró al hombre directo a los ojos.

–Si le dice a Su Majestad que salí del salón –comenzó Emilia–, le diré que usted ya estaba fuera.

–¿Sabes…? Creo que lo harías –el hombre sonrió encantado.

Confundida, Emilia hizo otra reverencia y se dio la vuelta para regresar al gran salón, donde la danza estaba en su punto álgido. La multitud se movía como una gran bestia. Emilia distinguió a la condesa entre un grupo de mujeres y luchó para llegar a su lado.

–¿Y dónde estabas? –preguntó la condesa sonriéndole levemente.

–Visitando a mis primos –mintió y, aunque dirigió su mirada hacia el rincón de los músicos, sus ojos se encontraron en cambio con la mirada del caballero de la chaqueta de brocado dorado, que ahora charlaba con el barón mientras la observaba por encima del borde de su copa.

Después de que la condesa se volviera a casar y se mudara a los Países Bajos, Emilia fue enviada de un lado a otro entre Londres y Grimsthorpe con el barón y su esposa. Emilia sabía que a la baronesa no le caía particularmente bien y, cuando esta última quedó embarazada, se mostró aún menos dispuesta a hacerse cargo de la joven.

Así fue como Emilia se encontró en un galeón mercante de tres cubiertas, azotada por la lluvia, rumbo a Dinamarca, convencida de que iba a morir.

El barón había sido enviado en una misión diplomática y no tuvo más alternativa que arrastrar a Emilia con él. A diferencia de él, ella nunca había estado en un barco y mucho menos en medio de una

tormenta. Emilia pasó la primera mitad del viaje luchando contra el mareo. Después de una semana, se había acostumbrado al balanceo del mundo bajo sus pies, pero aun así pasaba la mayor parte del tiempo en su diminuta cabina. A veces le escribía a la condesa, usando una caja de escritura que esta le había dado como regalo de despedida («Escribe tus historias, Emilia, y envíamelas»). Otras veces leía libros de normas de etiqueta, con la esperanza de poder hacerse lo más invisible posible en la corte danesa. Los sábados encendía una vela sobre su pequeña mesa de luz y recitaba en silencio una oración en hebreo y rezaba en el templo secreto de su propia mente.

Eso era, de hecho, lo que estaba haciendo cuando el barco se inclinó tan bruscamente que la vela cayó y rodó por el suelo de madera de la cabina. Emilia se lanzó a atraparla, pensando que no habría nada peor que un incendio en un galeón. Mientras la llama se apagaba en un charco cada vez más grande, comprendió lo equivocada que estaba.

Emilia supuso que una fuga era algo de lo que el capitán debía estar al tanto. Se colocó una bata sobre su ropa de dormir y abrió la puerta de la cabina.

Fue como atravesar el umbral del infierno.

Una ráfaga de agua salada la azotó en el rostro, haciéndole arder los ojos. En esa parte del barco, el agua le llegaba a los tobillos, y seguía entrando por la escotilla, que conectaba con la tercera cubierta del galeón. La madera crujía, estirada al máximo. Un estrépito como el de un árbol astillado rugió en los oídos de Emilia y luego un golpe sacudió todo el barco.

Ella se quedó en el mismo lugar, con el calzado empapado, hasta que el galeón se inclinó de nuevo y la lanzó con fuerza contra la pared. Se frotó la cabeza en el lugar donde se había golpeado con la madera, justo cuando uno de los jóvenes marineros pasó corriendo a su lado, cargando rollos de cuerda.

–¡Regrese abajo, *milady*! –le gritó.

Se imaginó atrapada en la pequeña habitación mientras el barco descendía en una lenta danza hacia el fondo del océano. Entonces

giró hacia la escalera por la que el muchacho se había deslizado, se recogió las faldas entre las piernas y comenzó a subir.

El centro del barco era la tercera cubierta, la expuesta a los elementos. Emilia había dado un paseo por allí en días más tranquilos, pero esto era un mundo distinto. Cada relámpago iluminaba el caos: uno de los tres mástiles se había roto en pedazos y había aplastado una barandilla del costado de la nave. Grandes pliegues de velas de lona flameaban libremente al viento, mientras la tripulación libraba una batalla perdida para recogerlos. Las órdenes llegaban en silbidos del contramaestre, ahogadas por los vientos. Un marinero, empapado y con los ojos desorbitados, estaba atado a un mástil que aún seguía en pie y escudriñaba la oscuridad con un catalejo.

Emilia gritó cuando una ola se levantó, la derribó y la hizo deslizarse por la cubierta. Arañó el suelo con las uñas y logró agarrarse a una cornamusa de hierro. Oyó su nombre, desgarrado como un trozo de pergamino, y levantó la vista para ver al barón luchando junto al timonel para sostener el timón. El barón llevaba solo su ropa interior de lino y unos pantalones, pegados a su cuerpo por la lluvia torrencial.

–Emilia –gritó, ronco–. ¡Ve abajo!

La lluvia y el agua del mar parecían sellarla a la cubierta inclinada hasta que sintió que un brazo la levantaba bruscamente. El contramaestre, un hombre corpulento que una vez le había dejado tocar su flauta de hueso tallado, la llevó a su lado. La arrastró y prácticamente la lanzó por la escotilla, donde cayó hecha un ovillo al pie de la escalera en medio metro de agua estancada.

Temblando, dolorida, Emilia se arrastró de vuelta a su pequeña cabina. El silencio, después del aullido del viento, lastimaba sus oídos. Se subió a la lona que hacía de cama y dobló las piernas.

A medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad de la cabina, vio que sus uñas estaban rotas y que tenía las palmas de las manos llenas de astillas de la madera de la cubierta. Pero lo que le llamaba la atención era la mancha oscura que se extendía en su camisa de

dormir mojada. Emilia se retorció, examinando su cuerpo para encontrar el origen del sangrado. Sentía dolor en lugares que más tarde serían moretones, pero no encontraba ni un corte ni un rasguño. No fue hasta que puso la mano entre las piernas y sus dedos volvieron manchados de sangre cuando comprendió que debía tener una herida interna grave.

Se recostó en el catre y cruzó los brazos sobre el pecho. Las lágrimas se escapaban por las comisuras de sus ojos. Sus labios se movieron en silencio, para rezar por segunda vez esa noche a su dios.

Moriría allí, ahogada en la tormenta o desangrada hasta quedarse sin aliento. Envolverían su cuerpo en una lona y lo lanzarían por la borda, junto a las sirenas y los dragones marinos. Ya no sería más un problema que resolver para nadie.

Pero el galeón no se hundió y Emilia no murió. Aunque tampoco se recuperó. Siguió sangrando de forma lenta pero constante, como el agua que se filtra con lentitud de un barril roto.

Días después, cuando el galeón llegó al puerto de Helsingør, Emilia se unió al barón y a su pequeño séquito para solicitar una audiencia con el rey Federico y la reina Sofía de Dinamarca en nombre de la reina Isabel.

Alzó la vista hacia el castillo de Kronborg, aún en construcción. Se elevaba imponente, con pálidos muros brillantes rematados con un techo de cobre reluciente. Era, en su opinión, mucho más bonito que el palacio de Whitehall de Su Majestad, que de blanco no tenía nada y estaba ennegrecido por el hollín y la mugre.

Les habían dado habitaciones para refrescarse, algo que era crucial, ya que sus ropas estaban casi destruidas por la tormenta. Emilia se sentó mientras una doncella que no hablaba su idioma le cepilló el cabello hasta que brilló como un ala de cuervo y lo trenzó en un intrincado diseño. Le dieron un vestido mientras secaban y planchaban su ropa de corte. Pero, cuando la doncella intentó ayudar a Emilia a ponerse su corsé de terciopelo, ella entró en pánico. En su ropa interior llevaba una tira de tela rasgada de una

camisola, que había estado usando de vendaje. Emilia agarró los bordes de la bata y los sostuvo con fuerza, pero la doncella dijo algo que no entendió, tironeó de ella y dejó a Emilia en su ropa interior de lino salpicada de sangre seca.

Las mejillas de Emilia ardieron. Mantuvo la mirada baja mientras le ajustaban los cordones, y luego salió a encontrarse con el barón, dando pasos rápidos y pequeños para no desacomodar la tela enrollada entre sus muslos. Su corsé era negro y sus faldas, blancas, y temía que la sangre las manchara.

El barón caminaba de un lado a otro en el pasillo frente a la sala del trono. Le lanzó una mirada evaluadora.

–Hoy representamos a la reina –dijo, con sus ojos pálidos fijos en ella–. Considera esto una prueba.

La boca de Emilia se abrió sin que pudiera evitarlo. ¿Para qué la estaban poniendo a prueba? ¿Para ver si era útil en la corte cuando regresara? ¿O acaso debía encantar a los monarcas daneses lo suficiente como para convertirse en su nueva responsabilidad?

En ese momento, las pesadas puertas de paneles se abrieron, y los hicieron pasar. El salón estaba flanqueado de cortesanos, vestidos con una exuberancia de terciopelo y brocados. Había otros enviados diplomáticos presentando rimbombantes discursos a los monarcas. Emilia se balanceaba de un pie a otro mientras ella y el barón esperaban su turno. La doncella le había ajustado los cordones tan fuerte que apenas podía respirar, y sentía su vientre como si alguien estuviera apretándolo con un puño. Cuando unas estrellas pequeñas comenzaron a aparecer en su marco de visión, trató de recordar cuándo había comido por última vez.

Se obligó a mantener la concentración mientras otros visitantes levantaban bolsas de especias aromáticas de un cofre incrustado con cabujones de gemas y ofrecían al rey de Dinamarca una espada ceremonial de un explorador español. Cuando llegó el turno del barón, avanzaron hacia los tronos acompañados de guardias que llevaban las joyas ceremoniales de la Orden de la Jarretera, una caballería honorífica para el rey Federico de parte de la reina. Esperaban, a cambio, recibir la promesa de Su Majestad de que los barcos ingleses no correrían peligro en aguas danesas.

El barón se inclinó y Emilia hizo una profunda reverencia. Por detrás de sus pestañas bajas, miró a los reyes. La reina Sofía era delicada, como una avecilla que una vez Emilia había visto hacer un nido fuera de la ventana de su dormitorio en Grimsthorpe. El rey Federico era mucho mayor, como solía suceder. Pero su mano descansaba en el brazo del trono de la reina, y sus dedos estaban entrelazados. Había algo inesperado en eso que hizo que el corazón de Emilia diera un vuelco.

El rey habló y el barón se irguió. Emilia hizo lo mismo, pero la sala le dio vueltas un poco y tropezó. Por el rabillo del ojo, vio la mandíbula del barón tensarse ante su error.

Entonces sintió una gota de sangre deslizarse por su pierna.

Conteniendo la respiración, movió el pie para cubrir la mancha roja que había dejado en la piedra e intentó borrarla con su calzado. Apretó con fuerza las piernas. Una gota de sudor recorrió la ballena entre sus pechos.

«Minutos», se dijo a sí misma. «Solo tienes que aguantar unos minutos, y luego podrás retirarte a tu cámara y morirte».

El barón continuó con su discurso en francés, y Emilia siguió las adulaciones que volaban hacia el estrado en nombre de la reina de Inglaterra. Finalmente, el barón hizo un gesto para que le entregaran al rey la caja de madera tallada que contenía la Estrella de la Jarretera. Un miembro del consejo privado danés llevó la caja los últimos pasos hasta el rey.

–*Vi acceptere denne ære fra den engelske domstol. Må Guds velsignelse overøse Elizabeth Regina* –entonó el rey Federico, al tiempo que señalaba el lugar de su capa de terciopelo donde quería que fijaran las joyas.

Emilia deseaba que lo hicieran rápido. Sentía un zumbido en sus oídos.

–*Et maintenant, nous célébrons* –el rey Federico cambió de nuevo al francés e hizo un gesto hacia la estrella.

¿Una celebración? ¿Ahora?

El barón comenzó a retroceder alejándose de los tronos, y esperaba que Emilia hiciera lo mismo, pero ella estaba aterrorizada

de moverse y revelar la mancha de sangre bajo la cubierta de sus faldas.

–*Attends* (Espera) –dijo la reina Sofía, poniéndose de pie. En francés, le preguntó a Emilia su nombre.

Emilia abrió la boca para responder pero se desmayó en el acto.

Cuando despertó, estaba en una cama desconocida, cubierta con una pesada colcha hasta el mentón. La criada que la había vestido estaba sentada en un banco y se puso de pie en cuanto Emilia intentó incorporarse. De inmediato, su desastre en la sala del trono volvió a su mente. Recordaba vagamente a un guardia alzándola en brazos y llevándola escaleras arriba mientras los susurros la seguían como la cola de un vestido de coronación. Gimió justo cuando la puerta se abrió y la reina Sofía entró, seguida de sus damas de compañía.

Emilia trató de ponerse de pie para hacer una reverencia, pero la reina le ordenó que descansara con un gesto.

–*Êtes-vous bien?* (¿Te encuentras bien?) –preguntó.

Mordiéndose el labio inferior, intentó no llorar. «Esto es una prueba», se recordó. Pero ¿acaso no estaba mal mentirle a la realeza? Emilia negó con la cabeza, mirando las sábanas de la cama.

–*Je pense que…* (Yo pensaba que…) –empezó, y luego tragó saliva–. *J'ai peur de mourir* (Tengo miedo a morirme).

Al oír eso, las damas de compañía soltaron risitas, y ocultaron sus sonrisas detrás de sus abanicos con plumas. Emilia pensó lo injusto que sería morir lejos de casa, rodeada de semejante crueldad.

Para su sorpresa, la reina Sofía subió al pequeño banco junto a la cama y se sentó en el borde.

–*Le baron a dit que vous n'avez pas de mère.* (El barón ha dicho que no tienes madre).

Hizo una señal a una de las damas detrás de ella, quien sacó lo que parecía ser una miniatura de almohada, una sobre la que soñaría un ratón. La reina se la entregó a Emilia. Era, en realidad, un pequeño saquito relleno de lo que parecía ser musgo seco.

–No te estás muriendo –dijo la reina, y le explicó lo que le estaba sucediendo; que de su capullo de niña estaba surgiendo su cuerpo de mariposa, que podía contar las semanas entre las descargas y que algunas hierbas ayudarían con el dolor sordo en su interior.

–Qué molestia –murmuró Emilia con el ceño fruncido.

Había hablado en su idioma, y la reina Sofía se volvió a una de sus damas para que le tradujera. Luego, la reina negó con la cabeza.

–*Mais non* –la corrigió–. *C'est un cadeau.*

–¿Un regalo? –Emilia resopló. ¿De qué?

Los labios de la reina se curvaron en la misma sonrisa que Eva había lanzado sobre su hombro a Adán, la misma que habían usado las sirenas en la antigua Grecia, y que Medusa ofrecía un momento antes de convertir a un hombre en piedra.

–*La puissance* –dijo. «Poder».

Semanas después, el mástil del galeón estaba reparado para su viaje de regreso, y el barón aprovechó el tiempo para ganarse el favor del rey. Como la reina Sofía había prometido, Emilia pronto se sintió lo suficientemente bien como para unirse a las celebraciones que el rey Federico había organizado para exhibir la riqueza y el poder de Dinamarca: banquetes de veinticuatro platos, obras de teatro, música y bailes estruendosos, y barriles de vino sin límite.

Había otros invitados presentes: artistas y científicos convocados para saciar la sed de conocimiento y belleza del rey. Una noche, en el enorme salón, Emilia observaba a unos actores interpretar la historia de un príncipe mítico, Amleth, quien parecía estar fingiendo locura. Emilia hacía un gran esfuerzo por seguir la trama, pero la obra estaba en danés y ya casi era medianoche. Disimuladamente, cubrió un bostezo.

Una voz habló a sus espaldas con un marcado acento en inglés.

–El nombre Amleth, como sabe, significa estúpido.

Sin darse la vuelta, ocultó una sonrisa.

–Adecuado, tal vez, ya que su plan no parece demasiado sensato –susurró Emilia.

La obra, adaptada del relato de Saxo, trataba sobre dos hermanos que gobernaban Jutlandia. Uno de ellos se casaba con la hija del rey, Gerutha, y tenía un hijo llamado Amleth. Por celos, uno de los hermanos asesinaba al otro, se casaba con su viuda y ascendía al trono. Amleth, convencido de que él sería la próxima víctima, fingía estar loco mientras tramaba su venganza.

Emilia se inclinó hacia adelante mientras enviaban a una mujer hermosa –en este caso, un joven actor con peluca y vestido– para seducir a Amleth y hacer que traicionara sus verdaderas intenciones. Cuando la mujer se puso del lado de Amleth, el público lo celebró.

Luego, el rey enviaba a un espía a escuchar en los aposentos de la Reina Gerutha cuando Amleth reprendía a su madre por su rápido segundo matrimonio. Amleth mataba al espía, desmembraba el cuerpo y lo dejaba para que lo devorara un jabalí salvaje.

–Menudo berrinche –murmuró el hombre detrás de ella.

–Señor, va a arruinarme la historia –respondió Emilia mientras reía por lo bajo.

–¿Se puede arruinar un relato que depende de cerdos salvajes para su trama?

El resto pasó rápidamente: el rey enviaba a Amleth a Inglaterra con una nota que pedía que lo ejecutaran y Amleth cambiaba la carta por una que indicaba que mataran a sus escoltas. Al regresar a Dinamarca durante su propio funeral, Amleth finalmente asesinaba a su tío y se convertía en monarca.

Un gran aplauso envolvió a los actores al final de la obra, quienes hicieron reverencias al rey y la reina. Llegó el momento de asistir a un suntuoso banquete que duraría horas, hasta que el cielo se tiñera de un rosa tímido.

–Insisto en tener su encantadora compañía durante la cena –dijo el hombre detrás de ella. Sonriendo, Emilia se volvió hacia él por primera vez.

Le faltaba la nariz. En su lugar, tenía un triángulo dorado pulido.

«*Bisclavret*», pensó Emilia con una punzada, recordando el poema medieval francés que había traducido junto a la condesa.

–Tycho Brahe, a su servicio –se presentó él con una reverencia.

Emilia sabía que todo estaba mal; que él era un favorito del rey danés y que ella era una simple plebeya, y que, por lo tanto, debía ser ella quien fuera presentada ante él para que él pudiera rechazar la conversación si no deseaba hablar. Pero el hombre no parecía atenerse a las formalidades.

–Emilia Bassano –se anunció ella, haciendo una rápida reverencia.

Él vestía con elegancia y tenía el cabello rojizo, además de un bigote con dos largas puntas como una V invertida bajo la prótesis.

–Una pelea de espadas –dijo él al tiempo que le ofrecía el brazo para acompañarla al comedor.

–¿Perdón?

–Se está preguntando cómo la perdí –levantó su mano libre, señalando su rostro–. En la universidad de Rostock. Mi primo y yo discutíamos sobre cuál de los dos era mejor matemático –lanzó una mirada hacia Emilia, sonriendo–. Él ganó… por una nariz.

–¿Así que es matemático? –preguntó ella.

–Astrónomo –corrigió él–. Y usted, supongo, es una amante del teatro.

–Amo las historias de todo tipo –respondió Emilia.

–Entonces debo saber qué le pareció nuestra obra.

–La encuentro sincera –dijo ella después de un momento para pensar su respuesta–, ya que raramente se considera al tonto como una amenaza. Y, sin embargo, la obra tiene defectos.

–¿Defectos? –el astrónomo se detuvo, con las cejas alzadas.

–La joven enviada para seducir a Amleth le salva la vida sin blandir siquiera un cuchillo. ¿No es un personaje intrigante? Y, sin embargo, nunca se la nombra, ni se la desarrolla por completo. Y Gerutha, la hija del rey danés, debería tener más rango que ambos maridos. Pero en la obra es un objeto, no un sujeto. Si se le hubiera permitido hablar, vaya –Emilia sonrió con picardía–, quizás habríamos tenido un primer plato antes del amanecer.

–Algún día leeré su versión de este relato, que, sin duda, superará a esta. –Brahe echó la cabeza hacia atrás y rio.

Entraron en el salón del banquete, en cuyo centro corría una larga mesa de madera, vestida con brocado rojo, con venado cocido en cerveza y platos de caballa, capones asados y pasteles de mariscos,

tartas de miel y budín de pan. Cada asiento tenía un plato de madera, y Emilia dejó que Tycho Brahe la guiara hacia uno. Él agitó la mano hacia dos caballeros sentados del otro lado de la mesa.

–Primos, permítanme presentarles a la señorita Bassano, cuyo ingenio y encanto fueron el mejor entretenimiento de esta noche.

Ella no era técnicamente una «señorita», ya que no era una dama noble. Pero se estaba divirtiendo demasiado para revelar la carta que daría por terminado el juego.

–Soy Rosenkrans, señorita –dijo un hombre rubio, haciendo una rápida reverencia.

El segundo, más alto y calvo, hizo lo mismo.

–Guldensteren.

Mientras cenaban, Emilia se volvió hacia el astrónomo.

–¿Qué es lo más glorioso –preguntó– que ha visto en el cielo?

–Hace casi diez años –empezó él después de pensar un momento–, observé una nueva estrella. Era más brillante que Venus y apareció en un punto más allá de la Luna, donde nunca antes había habido una estrella así. La llamé supernova, porque era nueva y brillante.

–¿Se puede ver todavía? –preguntó Emilia entusiasmada.

–Ya no, señorita. Pero aún se puede sentir. Verá, hasta ese momento, todos los eruditos y científicos creían que la armonía del mundo estaba asegurada por las estrellas, que eran fijas e inmutables. Pero mi estrella, mi supernova, demostró lo contrario. Significaba que los cielos podían cambiar y alterarse. Y si eso es cierto… entonces el mundo mismo puede cambiar.

Emilia pensó, inexplicablemente, en la mujer sin nombre de la obra y se preguntó qué habría sido de ella. Si también podría volverse loca al ser un peón en el juego de otro.

–¿Cree en algo así? –sus palabras fueron tan suaves que podrían haber pasado desapercibidas.

Pero Tycho Brahe era bueno viendo cosas invisibles para otros.

–Sin duda, milady –él asintió con solemnidad.

–Yo también lo creo –susurró ella y sostuvo la mirada de este hombre que había reescrito las estrellas.

El viaje de regreso a Inglaterra fue tranquilo. Allí, el verano sofocante se enfriaba hasta convertirse en otoño, y una carta de la condesa la esperaba. En ella le hablaba de un gato callejero que había adoptado su casa en Ámsterdam como su propio hogar. Al leerla, Emilia casi podía escuchar la voz de la condesa contando la historia, y la repasó una y otra vez hasta memorizar cada palabra.

Dos días después de su llegada, el barón fue a ver a la reina. Al regresar, mandó a llamar a Emilia. La indicación era que se preparara para viajar y se presentara en su estudio. Se detuvo en el umbral, dubitativa, y observó el tablero de ajedrez en medio de una partida sin terminar. Oberón, el antiguo rey de las hadas, estaba a dos movimientos del jaque mate.

El barón se encontraba de espaldas, con las manos cruzadas detrás del jubón.

–Hay algo de lo que tenemos que hablar, Emilia –dijo–. Entiendes que no sería correcto que te quedaras aquí.

–Sí, milord –asintió ella. Sabía que la esposa del barón pronto daría a luz y, naturalmente, se marcharían pronto a Grimsthorpe.

–No sería correcto que te quedaras conmigo –aclaró él–. Ya no eres una niña. Mi hermana se casó cuando tenía tu edad, después de todo. Le diste una buena impresión a Su Majestad en Dinamarca. La condesa te instruyó bien en conversación e idiomas –desvió la mirada.

Emilia se quedó quieta. ¿Acaso iba a casarse? Su mente se agitó. ¿Quién sería su pretendiente? ¿Sería apuesto? ¿Amable? ¿Rico? ¿Se habrían cruzado en una mascarada en la corte o en esta misma casa?

El barón se aclaró la garganta, con el rostro enrojecido.

–Solo te queda una habilidad por dominar –señaló–. Y no tengo duda de que traerás gran felicidad a un hombre.

El estómago de Emilia se revolvió mientras él la llevaba al carruaje que la esperaba. Temía demasiado preguntar al barón sobre su prometido, no fuera que la considerara desagradecida. No tenía dote, así que quizás la condesa o el propio barón le hubieran asignado una pequeña suma.

El carruaje traqueteó por los adoquines durante un tramo antes de que ella reuniera el valor para hablar.

–Milord –dijo en voz baja–. En caso de que luego olvide decirlo..., muchas gracias.

Antes de que él pudiera responderle, el carruaje se detuvo. El barón bajó y ayudó a Emilia, quien se quedó desconcertada en el camino embarrado. Estaban en St. Helen's Bishopsgate, un barrio de Londres lleno de extranjeros adinerados.

Emilia siguió al barón hacia un edificio angosto. Él golpeó tres veces, y una criada abrió la puerta. «Al menos son de la nobleza», pensó Emilia.

–Mi señor –saludó la doncella con una reverencia, haciéndolos pasar.

–Ah, tesoro, quizá no debería dejarte entrar, y así torturarte con mi ausencia como tú me has torturado a mí –la voz, con un leve acento italiano, pertenecía a la mujer que bajaba las escaleras hacia ellos. Debía haber estado durmiendo, aunque era mediodía. Estaba envuelta en una bata de seda sin nada debajo. Llevaba tres filas de perlas con un broche de rubí en forma de flor. Tenía los pechos más grandes que Emilia había visto y uñas como garras.

Como si eso no fuera lo suficientemente impactante, el barón dejó que ella se moldeara contra él y presionara su boca contra la suya.

Emilia soltó un leve suspiro. No era una sorpresa que tuviera una amante; la mayoría de los hombres en la corte la tenían. Pero nunca se había detenido a pensar en quiénes eran esas amantes, dónde vivían, qué hacían cuando no entretenían a los caballeros que las mantenían.

La mujer se separó del barón y se colocó frente a Emilia. Sus labios estaban pintados de rojo, el kohl remarcaba las esquinas de sus ojos. Era monstruosa y temible, y tan hermosa que Emilia no podía dejar de mirarla.

–Así que –dijo–, ¿esta es la chica?

–Emilia –dijo el barón–. Ella es Isabella. Te quedarás aquí para recibir su instrucción durante los próximos meses. Confío en que prestarás atención a sus enseñanzas.

Con un breve asentimiento, se marchó. Emilia escuchó el carruaje alejarse, como un trueno de cascos.

–Mmm –dijo Isabella, caminando en círculos alrededor de Emilia. Se sentía como una mosca atrapada en la seda de una araña–. ¿Qué voy a hacer contigo?

No era una pregunta, realmente, pero Emilia fingió que lo era.

–Me voy a casar –dijo, esperando que, al decirlo, se hiciera realidad.

La amplia boca roja de Isabella se abrió como una herida, y de ella salió una risa.

–¿Casarte? –exclamó–. ¿Con quién?

La imaginación de Emilia siempre había sido tanto una bendición como una maldición, y de repente se vio a sí misma en una bata como la que llevaba Isabella, con los pies descalzos, con la boca pintada. Nunca se casaría, no.

De pronto, sintió que podría vomitar sobre la gruesa alfombra que seguramente había comprado el barón. Murmurando excusas sin sentido, Emilia se dio media vuelta y salió corriendo de la casa, con el barro salpicando su dobladillo mientras corría por las calles. Se dirigió a Mark Lane, con lágrimas en el rostro. Cuando golpeó la puerta de la casa de su primo, estaba tan oscuro que los vagabundos eran sombras, y las sombras, pesadillas.

La puerta se abrió apenas un poco, y luego del todo.

–¡Emilia! –exclamó Alma, alarmada al ver su rostro deshecho.

–Me está vendiendo –soltó Emilia.

–Espera –dijo Alma con calma–. ¿Qué significa todo esto?

–El barón –sollozó Emilia–. Espera que sea la... amante de alguien. –Sobre la mesa estaban las velas del *sabbat*, ya encendidas, pero todo lo que ella podía ver era a sí misma estudiando con diligencia junto a su tutor de latín para dominar a Ovidio, y a la condesa enseñándole a navegar con cuidado el laberinto de la política social en la corte. ¿Para qué, si iba a terminar sobre su espalda con las rodillas separadas?

Cuando levantó la vista, Jerónimo estaba frente a ella, pero no la miraba a los ojos. Dos manchas de color ardían en sus mejillas.

–Te tratará bien, *piccolina* –dijo su primo, y en ese momento Emilia se dio cuenta de que no había sido el barón el que había negociado su futuro. Había sido su propio primo.

–Tú –dijo con furia–. ¿Tú elegiste esto para mí?

–¿Elegir? –se burló Jerónimo–. ¡Como si hubiera opciones! Ya no eres una de los nuestros, Emilia. Mírate, con tus ropas finas. Es un milagro que no te hayan robado de camino hacia aquí. Pero tampoco eres una de ellos, y nunca lo serás –suspiró.

El primo de Emilia le sacaba más de una cabeza, pero ella levantó el mentón y lo miró.

–¿Qué recibiste a cambio? –preguntó.

–Emilia...

–¿Qué recibiste? –repitió ella.

Él se frotó la nuca.

–Los Bassano seguirán siendo los músicos de la corte. Y Hunsdon nos permitirá traer una docena más de familiares de Italia para que se unan a nosotros.

Hunsdon. Un nombre. Emilia lo guardó en la memoria.

Había sido vendida por su familia, para su familia.

Se sintió frágil y vacía, como si una ráfaga de viento pudiera desintegrarla. Asintió, se dio media vuelta y abrió la puerta de la casa de su primo.

Salió a la noche, se envolvió en las estrellas como si fueran un manto, y se hizo mayor en lo que dura un latido del corazón.

Pasaron horas antes de que Emilia regresara a la casa de la cortesana del barón. Había sido un milagro que no la asaltaran, la acuchillaran ni la robaran; aunque, con su estado de ánimo, lo habría agradecido. Pero esa no fue su suerte esa noche, e Isabella misma la recibió en la puerta, con una copa de vino en la mano.

Sin decir una palabra, la mujer se echó hacia atrás y la invitó a entrar. Emilia pisó la gruesa alfombra del pasillo, sin que le importara el barro en sus zapatos. Le dolía la cabeza; se sentía desgarrada y en carne viva.

Isabella le tomó la mano y la llevó escaleras arriba. Emilia la seguía como un cordero atado. Se dejó caer en un diván de terciopelo color durazno que Isabella le señaló. La mujer cruzó hasta una mesa cerca de la enorme cama y sirvió una segunda copa de vino de un decantador.

–Bebe –le ordenó.

Isabella se dejó caer en el suelo frente a Emilia en un susurro de seda y tomó un largo sorbo de su propia copa.

–Francés –dijo, levantándola en un brindis–. Y muy caro. Verás, no todo es malo.

–¿Lo amas? –soltó Emilia de repente.

La pregunta tomó a Isabella por sorpresa.

–¿Eso importa? –preguntó a su vez–. Cualquier cosa que tenga peso en este mundo es una transacción comercial. Incluida mi relación con el barón. Y, para que quede claro, también su matrimonio con su esposa –se inclinó hacia adelante, conspiradora–. Hay una diferencia, Emilia, entre ser mantenida, como yo, y ser poseída, como una esposa. Esa diferencia es la libertad. Hago lo que quiero y voy a donde quiero, siempre y cuando esté disponible en algunos momentos.

El mundo comenzó a girar. Emilia no había comido en todo el día, había bebido el vino de golpe, y ninguna de las palabras de Isabella sonaba bien… aunque tenían sentido.

Isabella se levantó y le quitó la copa de las manos a Emilia.

–Ven –dijo. Luego le cogió suavemente la muñeca hasta que Emilia también estuvo de pie. Isabella caminó hacia un espejo, un gran rectángulo de vidrio pulido colocado junto a la cama. Emilia observó su reflejo mientras la mujer se situaba detrás de ella, poniendo las manos en sus hombros–. Estuviste en alguna mascarada, ¿verdad? –Emilia asintió–. Entonces sabes lo que es jugar a ser alguien que no eres. Todas somos actrices, *cara*. Solo hay una advertencia para aceptar este papel –dijo Isabella–. Debes asegurarte de que para ellos valga la pena mantenerte. Y para eso debes aprender a usar tu cuerpo como una herramienta. Un arma.

Emilia permaneció inmóvil mientras Isabella le quitaba las mangas, desataba las cintas de su corsé, lo deslizaba sobre su cabeza y

dejaba que sus faldas cayeran como una espuma en el suelo. Quedó en camisola, con la mano de Isabella en la base de su espalda.

–¿Qué ves? –preguntó Isabella.

Emilia catalogó lo que tenía ante ella. Una postura como un signo de interrogación. Piernas tan nudosas como las de un potro.

Pero, además, ahora había también curvas en su cintura, sus caderas. Pequeños y altos brotes de senos, sus pezones destacando contra el lino mientras observaba.

Cabello negro y espeso, y una piel que no era excesivamente oscura, sino apenas pincelada por sombras.

Una cabeza que guardaba el conocimiento de una biblioteca.

Una boca hecha para guardar secretos.

Como había dicho la reina Sofía, Emilia vio poder.

Las manos de Isabella comenzaron a amasar los hombros de Emilia, relajando los nudos, acostumbrándola al toque ajeno.

–Te enseñaré cómo dar placer a un hombre –dijo.

–¿Acaso no se da placer también a las mujeres? –en el espejo, Emilia vio cómo un rubor subía desde su pecho hasta su cuello y su rostro.

–A las mujeres no se les da nada –señaló Isabella con frialdad en la voz y chispas en los ojos–. Debes aprender a coger lo que quieres.

Después se movió a un lado para que Emilia pudiera ver también su imagen en el espejo. Metió los dedos entre las sombras de su propia bata y los deslizó entre sus muslos. Buscó la mirada de Emilia.

–Sabemos lo que somos –comentó Isabella–. Pero no lo que podemos ser.

Emilia siempre había sido una excelente alumna. Bajó su mano hasta su propio triángulo oscuro, visible a través de la delgada camisola. Presionó hacia abajo y jadeó.

Isabella sonrió en el reflejo del espejo.

–*Allora* –dijo–. Comencemos.

MELINA

Julio de 2023

Además de seguir siendo su mejor amigo y compañero de piso en Washington Heights, Andre también era el compañero de críticas de Melina. Después del fiasco de Jasper Tolle, durante dos años ella no había escrito nada más que listas de compras. Luego, intentó (sin éxito) escribir poesía y un piloto de televisión. Cuando finalmente se permitió comenzar una nueva obra, fue como si se rompiera una presa. La naturaleza siempre gana.

Escribió un puñado de obras mediocres y se las mostró a Andre, que trabajaba en una agencia de *casting* y no estaba escribiendo nada. Después de la universidad, él se sintió intimidado por la falta de oportunidades para escritores negros en el «mundo real», por lo que se convenció de que la mejor forma de entrar en el negocio era haciendo conexiones a través de su trabajo. Cuando Andre le daba *feedback* a Melina, era suave en sus comentarios, pero no dejaba de señalar que su forma de escribir, aunque era bonita, parecía demasiado precavida.

–Es como una inteligencia artificial muy buena –señaló–. Superpulida, pero sin corazón.

Tenía razón, pero era un efecto buscado. Lo único personal que había escrito, reescrito y que aún perfeccionaba –desde hacía años– nunca se lo había mostrado a nadie.

Hasta que Andre descubrió su secreto. Una mañana, unos años atrás, él se había metido en su habitación para coger su portátil y se había tumbado en el colchón.

–Mmm… ¿Hola? –dijo–. ¿*Con cualquier otro nombre*?

El título de su obra era una referencia a *Romeo y Julieta*, a la afirmación de Julieta de que una etiqueta importaba menos que el contenido. Incluso adormilada, Melina le había arrebatado el portátil.

–¿Qué haces con mi ordenador?

–Trato de reservar una cita para una pedicura, porque mi teléfono está muerto –explicó Andre–. Primero, tu contraseña nunca debería ser tu cumpleaños. Y segundo, ¿cómo es que estás escribiendo una obra tan buena y no me la dejas leer?

–No la he terminado todavía –se defendió Melina, y agregó en voz más baja–: ¿Te gusta?

La obra trataba sobre su antepasada Emilia Bassano. En los años que habían pasado desde que su padre le hablara de la poetisa, Melina se había vuelto una experta en Emilia, y, cuanto más aprendía, más quería darle una voz.

Sin embargo, no lograba terminar la obra.

Porque esa historia, la historia de Emilia, era la historia del corazón de Melina, esa a la que volvía una y otra vez, la que sentía que quizás estaba destinada a contar. Terminarla implicaba enfrentarse a una cruda verdad: ¿y si, después de tanto tiempo y pasión, al final no era tan buena?

Por otro lado, si Melina no la terminaba, nunca tendría que enfrentarse a esa posibilidad.

–Esta es *la* obra –predijo Andre mientras negaba con la cabeza.

–Ya mismo le mando un mensaje a mi agente –bromeó Melina después de poner los ojos en blanco–. Ah, cierto. No tengo agente.

Así comenzó la campaña de Andre para lograr que Melina dejara de esconder sus talentos. Le insistía para que enviara muestras a grupos de escritores emergentes. Dejaba folletos de concursos de escritura dramática y convocatorias para festivales independientes pegados en el espejo del baño. A veces, solo para que él la dejara en paz, Melina enviaba una de sus obras, una con menos cosas en juego.

Porque, cuanto más profundizaba en la investigación de su antepasada, más segura estaba de que Emilia Bassano no solo había

sido la primera poeta mujer publicada en Inglaterra, sino que también podría haber sido dramaturga.

La dramaturga, de hecho. La más famosa de la historia.

Durante un curso de Shakespeare de la universidad, el profesor de Melina había dedicado quince minutos a mencionar que algunos estudiosos creían que el hombre de Stratford podría no haber escrito sus obras. Después, el profesor había añadido con desdén que era elitista pensar que, solo porque Shakespeare no tenía educación formal y no era rico, no podía ser brillante.

La primera reacción de Melina había sido instintiva: por supuesto que Shakespeare había escrito sus propias obras. Era el Bardo, el más grande dramaturgo de todos los tiempos. Obtuvo un diez en el curso y se olvidó de la controversia.

Después de graduarse, en la época en la que se sentía paralizada para escribir, se dedicó a coger trabajos temporales para sobrevivir. Entre un empleo y otro, iba a la sala de manuscritos y archivos de la Biblioteca Pública de Nueva York, que era gratuita y tenía aire acondicionado en verano y calefacción en invierno. Allí empezó a indagar en la vida de su antepasada, y se dio cuenta de que Emilia Bassano merecía ser más que una nota al pie en la historia de otra persona.

Muy pocas personas habían oído hablar de Emilia, y si lo habían hecho era porque aparecía como una posible respuesta al misterio de la Dama Oscura de los sonetos de Shakespeare: la amante a quien se dirigían algunos de los poemas. Un día, Melina leyó en un tomo académico que Emilia podría haber sido no solo el tema de los sonetos, sino también la autora.

De pronto, Melina recordó a su profesor de Shakespeare hablando sobre las personas que cuestionaban la autoría de las obras. Descubrió que la primera de los antiestratfordianos –como a veces se llamaba a este grupo– había sido una mujer, Delia Bacon, y que con el tiempo se habían unido a ella autores de renombre, jueces de la Corte Suprema y actores aclamados, entre otros. En su mayoría,

los candidatos alternativos que sugerían eran hombres contemporáneos de Shakespeare.

En su mayoría. De manera ocasional, surgía el nombre de una mujer como candidata a «verdadera» autora. Mary Sidney, la condesa de Pembroke. La misma reina Isabel. Y Emilia Bassano.

Melina entabló amistad con una bibliotecaria de referencia que le enviaba enlaces a artículos académicos y le buscaba libros sobre la familia Bassano. Melina descubrió que su antepasada provenía de una familia de músicos que tocaban para la reina. Había sido educada por una condesa, y recibido un tipo de instrucción muy rara para una niña, en especial para una que no pertenecía a la nobleza. A los trece años, Emilia se había convertido en la amante del lord chambelán, el hombre que controlaba todo el teatro en Londres. Más tarde, fue la primera mujer en Inglaterra en publicar un libro de poesía.

Así que, sí. Ella había tenido una educación más clásica que Shakespeare, de quien ni siquiera se sabía si había asistido a la escuela primaria. Emilia había nacido en una familia creativa y vinculada a la música. Tenía acceso y estaba informada sobre cada una de las producciones dramáticas lanzadas a través de lord Hunsdon, el lord chambelán, que era responsable de aprobar todo el teatro que se representaba en la Inglaterra isabelina. Era una poetisa establecida en un momento en que ninguna mujer publicaba. Pero nada de eso era prueba de nada todavía.

Tres años después de llegar a Nueva York, Melina consiguió un trabajo como acomodadora en un teatro Off-Broadway donde representaban *Hamlet*. Mientras veía la obra noche tras noche, se preguntaba cómo Shakespeare sabía tanto sobre Dinamarca. Le preguntó a su amiga bibliotecaria de referencia y unos días después obtuvo su respuesta: no estaba claro, porque no había registro de que Shakespeare hubiera salido de Inglaterra, y mucho menos visitado la corte danesa.

Melina se convirtió en detective aficionada. Descubrió que, cuando Emilia tenía doce años, la condesa que la educaba se casó. Hubo un breve lapso de tiempo no registrado antes de que Emilia se

convirtiera en la amante del lord chambelán, cuando vivía en la casa del hermano de la condesa, un barón llamado Peregrine Bertie.

Ese barón era embajador en Dinamarca.

Durante una misión diplomática que emprendió mientras Emilia estaba bajo su cuidado, conoció a los monarcas de Dinamarca; se alojó en el castillo que inspiró el de *Hamlet*, y cenó con dos hombres llamados Rosencrantz y Guildenstern, personajes de esa obra.

Shakespeare no se movía en el mismo círculo social que el barón; hubiera sido muy improbable que se conocieran. Por otro lado, Emilia vivió con él. Podría haber escuchado sus historias de la corte danesa o, como estaba bajo su protección en ese momento y era tan solo una niña, podría haber viajado con él a Dinamarca.

Esa noche, cuando Melina vio a Hamlet enfurecerse y a Ofelia enloquecer, vio la obra bajo una nueva luz.

Lo que sabía: Shakespeare era actor, copropietario de un teatro y hombre de negocios. Había muchos documentos que lo probaban, pero ninguno que demostrara que él fuera el autor de las obras.

Lo que sabía: a las mujeres no se les permitía escribir para el teatro. Cuanto menos, escribir obras podría generar un escándalo y el repudio de toda la familia de una mujer. En el peor de los casos, podría llevarla a la cárcel.

Lo que también sabía: cuando se trata de historia, la ausencia de pruebas no es prueba de ausencia. El solo hecho de que Emilia Bassano no hubiera publicado bajo su propio nombre hasta 1611 no significaba que no estuviera escribiendo antes de eso... bajo otro nombre.

Habían pasado casi tres años desde que Jasper Tolle destrozara la autoestima de Melina, tres años desde la última vez que había escrito una obra de teatro... pero esa noche, después de terminar su turno como acomodadora, tomó el metro hacia su casa, abrió su portátil y escribió: *Acto I, escena I: un jardín cuidado en Westminster*.

Escribió: *Emilia está sentada en un banco tallado, bajo el abrazo de un frondoso sauce esmeralda.*

Vivir en Nueva York como escritora significaba tener un trabajo aparte o vender un riñón. Por el momento, Melina trabajaba de niñera para sostener su caro hábito de escribir teatro. Acababa de dejar en su casa al niño que cuidaba, Kingsley, de cuatro años, y tuvo que enfrentarse a la mirada furiosa de su madre por llegar tarde. Kingsley había tenido una audición que terminaba a las cuatro y cuarto, y una entrevista en la Escuela Episcopal a las cuatro y media, lo que era físicamente imposible de lograr. Al salir, escuchó a la madre de Kingsley decirle al padre que era difícil encontrar ayuda competente.

Cuando Melina llegó al apartamento que compartía con Andre, fantaseaba con una copa grande de vino rosado y su pijama. Pero, al abrir la puerta, Andre la estaba esperando, vestido demasiado elegante para una noche de viernes en casa.

–¡Mel! ¿Dónde estabas? Teníamos que estar en la cena de cumpleaños de mi madre hace media hora.

–Ay, Dios, Andre. Lo olvidé por completo. De acuerdo, vamos.

–¿Vas a ir vestida así?

–¿Qué tiene de malo? –preguntó después de mirar hacia abajo.

–Qué tiene de bueno sería la pregunta –Andre la agarró del brazo y la arrastró dentro del apartamento.

Melina se sentó en su cama mientras Andre detonaba una pequeña bomba en su armario. Emergió de allí con una camisa de hombre que Melina había comprado en una tienda de segunda mano y un pañuelo colorido.

–Desvístete.

Melina se quitó los pantalones cargo y la camiseta, se metió en la camisa y dejó que Andre creara un minivestido envolviéndole la cintura con el pañuelo.

–¿Por qué eres tan bueno en esto? –murmuró.

–Si voy a estar en el armario, al menos voy a aprovechar para hacer algo ahí –respondió él.

En los años que llevaban viviendo juntos, Melina había visto a Andre amar –y perder– a numerosos hombres: un jugador de tenis semiprofesional, el bajista de una banda *grunge*, un genio de los fondos de inversión. Si algo tenían en común sus enamorados era

que ninguno se parecía al anterior, salvo por el hecho de que también ocultaban su orientación sexual a colegas, fans o –como en el caso de Andre– padres.

–Andre –dijo Melina y le tomó la mano–. ¿Por qué no se lo dices de una vez?

–¿Por qué no envías tu obra de Emilia al congreso de verano de O'Neill? –dijo él mientras la miraba directo a los ojos.

–Voy a ponerme zapatillas –murmuró Melina, no sin antes lanzar un suspiro molesto en señal de que no pensaba discutir el tema.

–Como quieras –respondió él.

Melina había visto a los padres de Andre dos veces. Creían que era su novia, una mentira que él había fomentado a propósito.

–Están tan molestos porque salgo con una chica judía blanca –decía–, que, cuando finalmente les diga que soy gay, será un alivio.

Letitia, la madre de Andre, trabajaba para una agencia de seguros nacional y había ascendido hasta convertirse en una ejecutiva con cincuenta empleados a su cargo.

–Y luego –dijo, mientras terminaban el postre–, Recursos Humanos me informó que el *feedback* de mis colegas era que yo dominaba la conversación en las reuniones. Dominaba. ¿Podéis creerlo? –Letitia miró a su esposo, Darnell, que levantó las manos.

–Aprendí hace años que lo mejor es quedarme callado –apuntó él.

–En fin –dijo ella, lanzándole una mirada fulminante a su marido–. Empecé a contar el tiempo que hablaba en esas reuniones, y era mucho menos que el tiempo que hablaba cualquier hombre. De hecho, era una cuarta parte.

–Leí un artículo sobre eso una vez –dijo Melina–. Cuando las mujeres hablan un veinticinco por ciento del tiempo en una sala, la gente siente que es equilibrado. Si hablan entre el veinticinco y cincuenta por ciento, parece como que monopolizan la discusión.

–Quizás si los hombres fueran más inteligentes, no tendríamos que explicarles el otro veinticinco por ciento –bufó Letitia.

–Como dije… mejor quedarse callado –Darnell miró a Andre–. Que sea una lección, hijo, para cuando vosotros os caséis.

–Lo cual, sinceramente, ya debería haber pasado –añadió Letitia–. Lleváis una década juntos. Si voy a tener nietos antes de morir…

–Mamá, estás monopolizando la conversación –anunció Andre, y luego soltó lo primero que se le ocurrió para cambiar de tema–. Papá, ¡Mel está escribiendo una obra sobre Shakespeare!

Melina fulminó a Andre con la mirada y él se encogió de hombros a modo de disculpa.

–¡Shakespeare! –exclamó Darnell, encantado. Era profesor de literatura inglesa en una escuela secundaria de Brooklyn. Enseñaba una clase entera sobre Shakespeare y la raza, citando ejemplos de *Otelo*, *El mercader de Venecia*, *Tito Andrónico*, *Como gustéis*… Fue Darnell quien le dijo a Melina por primera vez la frase de Maya Angelou: «Shakespeare debe ser una chica negra». La sombría desesperación del Soneto 29 parecía extraña en un poeta en la cima de su fama… pero tenía mucho sentido si imaginabas al escritor como alguien que había experimentado racismo, pobreza o abuso sexual.

–Mi obra en realidad no trata sobre Shakespeare –explicó Melina–. Y en realidad acabo de empezarla.

–La empezó hace siete años –dijo Andre, y Melina le dio una patada por debajo de la mesa–. Llevas años trabajando en ella, amor –dijo él con énfasis–. Tal vez si empiezas a contárselo a la gente, dejará de ser una idea y se convertirá en una obra terminada.

Melina observó las caras expectantes y amables de Darnell y Letitia y abandonó la lucha.

–Quizás ya sabéis que hay personas que piensan que Shakespeare podría no haber sido el autor de las obras –comenzó.

–Oh, ¿te refieres a esas tonterías de que no fue a Oxbridge? –dijo Darnell, haciendo un gesto con desdén–. No fue el único poeta que vino de la clase trabajadora. El padre de Christopher Marlowe hacía zapatos.

–Pero Christopher Marlowe obtuvo una beca para Cambridge –dijo Melina–. Shakespeare tendría que haber sabido muchas cosas para escribir todas esas obras. Filosofía, historia, clásicos, astronomía, estrategia militar, un montón de idiomas: francés, italiano, español, latín, hebreo… –negó con la cabeza–. Incluso si de algún modo logró

educarse solo, hay temas en las obras de los que no podría haber escrito sin haberlos experimentado de primera mano.

–¿Como cuáles? –Darnell parecía escéptico.

–Conocimientos legales, para empezar. Como no había bibliotecas de leyes, tenías que ser invitado para estudiar derecho. O la geografía de Italia: no había guías que explicaran el sistema de canales del interior del país, pero eso aparece en *Los dos caballeros de Verona*. La ciudad de Bassano en Italia tiene un fresco que Iago describe en *Otelo*, pero no hay pruebas de que Shakespeare haya estado allí.

–Pero tampoco es como si hubiera registros de viajes en esa época...

–En realidad, sí existían. Hay todo tipo de registros sobre los viajes de personas tan famosas como Shakespeare.

–¿Así que piensas que, como no dejó documentación de sus viajes, es un fraude? –bufó Darnell.

–No –admitió Melina–. Creo que William Shakespeare fue un hombre que vivió en Stratford y Londres, que a veces actuaba y que invertía en compañías de teatro. Pero creo que la reputación de Shakespeare como escritor de teatro no tiene fundamento.

Melina aún no estaba lista para pronunciar el nombre de Emilia Bassano en voz alta. En cambio, dijo:

–¿Sabíais que en 1687 un dramaturgo llamado Edward Ravenscroft dijo que Shakespeare llevó el manuscrito de *Tito Andrónico* a una compañía de teatro, pero que lo había escrito otra persona?

–Si el mejor escritor de teatro de todos los tiempos fuera un fraude, ¿no se habría descubierto en estos últimos, digamos, cuatrocientos años? –dijo Darnell.

–Creo que un engaño puede parecer historia –respondió Melina–, si confundes mitología con verdad.

–Deberías casarte con ella, amigo. Es muy lista –dijo Darnell.

–A riesgo de monopolizar la conversación –intervino Letitia–, eso es justo lo que decía.

Melina le sonrió a Andre con dulzura.

–Sí, cariño.

Melina despertó de golpe y miró por la ventana de su dormitorio. Sus ojos se posaron en una estrella que brillaba a pesar de las luces de la ciudad, una que no recordaba haber visto antes, y le vino a la mente el pensamiento más extraordinario:

Los cielos pueden cambiar y alterarse.
El mundo mismo puede transformarse.

Melina apartó el enredo de sábanas de sus piernas y cogió su portátil. Lo abrió, y el brillo de su obra sin terminar iluminó sus rasgos. Sus pensamientos iban más rápido que lo que sus dedos podían escribir, y todavía estaba escribiendo cuando el amanecer incendió el horizonte.

–No he pegado ojo –se quejó Andre cuando entró a su habitación sin llamar–. O tomé demasiado vino o fue un exceso de padres, no estoy seguro.

Se dejó caer dramáticamente en la cama junto a Melina, que seguía inmóvil, leyendo, con la vista clavada en la pantalla. Como seguía sin responder, Andre la miró:

–¿Hola?

–Terminé. Terminé mi obra –una risita le subió por la garganta y se cubrió la boca con la mano, como si intentara contenerla.

–¿Y?

–Andre –susurró Melina mirándolo a los ojos–. Me encanta.

Mientras Andre leía su obra, Melina iba de un lado a otro. Intentó hacer una tostada (y la quemó). Se puso a tararear hasta que él le pidió que se callara. Finalmente, él dijo:

–¿Alguna vez te conté que suspendí historia estadounidense en secundaria?

–¿En serio?

–La odiaba. El Sendero de Lágrimas, la Guerra Civil, el asesinato de JFK, el asesinato del doctor King... cada cosa que aprendíamos era más horrible que la anterior. No entendía por qué teníamos que

estudiar cosas terribles que no tenían arreglo –miró a Melina–. Ahora lo entiendo.

–¿Qué quieres decir?

–Tu obra no trata de historia. Lo que le pasó a Emilia sigue sucediendo, todos los días.

–Sí –asintió Melina, sintiendo ese pequeño vuelco en el corazón que le indicaba que sus palabras habían comunicado exactamente lo que quería–. ¿Sabes que me rechazaron en veintidós grupos de escritores emergentes desde que me mudé a Nueva York? Diría que no soy tan buena, pero todos están dirigidos por hombres, que siempre eligen a más hombres que mujeres. Dicen que es porque escriben historias con las que ellos se sienten identificados. Pero, cuando siguen priorizando ese tipo de historias, el resultado es que muchas otras nunca se cuentan.

–Sí, chica –dijo Andre, asintiendo.

Ella sonrió. Si alguien entendía lo que era sentirse desplazado era Andre, que no solo vivía en un grupo marginado, sino en la intersección de dos de ellos.

–Sé que tú lo entiendes. Cuando me rechaza por enésima vez un hombre que tiene más poder del que yo nunca tendré, se supone que debo decir: «Está bien». Porque un hombre que se queja es ambicioso, pero una mujer que se queja es solo una loca.

Su ordenador sonó con la entrada de un mensaje. Los dos se acercaron y leyeron la nota de la agencia de niñeras: «Los padres de Kingsley pidieron una niñera diferente. Dijeron que eras «con seguridad "poco confiable"». Estaremos en contacto si surgen otras oportunidades».

–Genial –se lamentó Melina–. Me voy a la cama de nuevo. Despiértame en 2040 –se cubrió la cabeza con una manta.

–Esto es una señal –Andre le quitó la manta–. No deberías ser niñera.

–Eso ya era evidente para todos, incluso para mí.

–Debes dedicarte a escribir teatro, Mel. Si te van a llamar bruja de todos modos –dijo–, bien podrías ganarte el título.

–¿Qué se supone que quiere decir eso?

–En la oficina escuché sobre un festival alternativo. Creo que deberías presentar tu obra.

–Andre...

–¿Qué es lo peor que podría pasar?

–¿No me estabas escuchando hace un momento? –ella levantó las cejas.

–¿Y qué es lo mejor que podría pasar? –respondió Andre.

–Que alguien conecte con mi obra –arriesgó Melina mientras jugueteaba con la manta.

–No puedes quejarte de que faltan historias como la tuya en el mundo si ni siquiera intentas presentarla –señaló Andre con la cabeza inclinada.

Ella podría haber dicho lo mismo de él… pero Andre no se quejaba. Trabajando con agentes de *casting* y haciendo contactos a diario, él intentaba encontrar otra forma de entrar en un sistema que no valoraba de por sí las historias que él quería contar. En cambio, Melina *sí* se quejaba… y no había hecho nada para intentar cambiar las cosas.

Melina imaginó un futuro en el que terminaba haciendo trabajos horribles solo para pagar el alquiler. Toda la rabia que sentía hacia su profesión no era más que miedo, destilado en su forma más pura.

–Está bien –concedió.

Andre dio un salto, listo para discutir, y se detuvo en seco.

–Un momento, ¿qué?

–Sí –sonrió Melina–. Hoy podemos trabajar en la solicitud.

–Pero primero –la cara de Andre se iluminó con una sonrisa–, *champagne*.

Presentar una obra en un festival alternativo nunca es tan simple como enviar un correo con una copia del guion adjunto. Los organizadores piden de todo, desde tu currículum hasta recomendaciones y una sinopsis de la obra. Andre y Melina se sentaron hombro a hombro frente al portátil, intentando escribir resúmenes para su obra que se volvían cada vez más absurdos a medida que se iban terminando una, dos y hasta tres botellas de

prosecco. Para entonces, las letras bailaban en la pantalla y Andre había creado una carta de recomendación falsa de Horace J. Sneed, el ficticio director artístico de un teatro imaginario.

Después de varias horas, la solicitud estaba lista, al igual que Melina y Andre, que ya no podían quedarse sentados sin apoyarse el uno en el otro. Andre miró a Melina con su mano flotando sobre el ratón.

–¿Preparada?

–Espera, espera, espera –balbuceó arrastrando las palabras–. Déjame revisar otra vez por si hay algún error de teclado.

–Ya la leíste treinta mil veces –dijo Andre–. Deja de procrast... procastri... procas… Envíala de una vez.

Melina tiró del portátil hacia sus brazos y se dejó caer en la cama. Colocó el teclado bajo su mentón y, entrecerrando los ojos, revisó de nuevo la página de la solicitud. El festival alternativo era presentado por The Place, un espacio de teatro Off-Off-Broadway con fama de ser vanguardista e innovador, y su director artístico, Félix Dubonnet…

Maldito Félix Dubonnet.

–No –jadeó Melina, incorporándose tan rápido que dejó caer el ordenador sobre el vientre de Andre–. No, no, no, no, no.

–Ay –se quejó Andre, frunciendo el ceño–. ¿Se ha vuelto a colgar tu ordenador? ¿Nos hemos quedado sin *prosecco*?

–¿Conoces a Félix Dubonnet? –preguntó Melina.

–¿No es una bebida?

–Es un director artístico famoso por producir solo obras escritas por hombres. ¿Recuerdas cuando Theresa Rebeck escribió sobre la discriminación de género en el teatro en el *Times*? Él escribió una respuesta diciendo que había muchas mujeres haciendo teatro… sobre el escenario –Melina sacudió la cabeza–. Si él está a cargo de las solicitudes del concurso, me bajo, Andre. No voy a hacer esto.

–Cálmate, Mel –le pidió Andre, incorporándose con el portátil en sus rodillas.

–¿Tienes alguna idea de lo que es ser mujer? –Ella lo miró, recuperando la sobriedad.

–¿Es una pregunta capciosa?

–Es ser juzgada todo el tiempo. Por tu ropa. Por tus curvas. Es que te digan cada vez que enciendes la televisión que tienes que ser más delgada o más bonita. Significa hacer el mismo trabajo que un hombre y que te paguen menos. Significa que, si envejeces de forma natural, te estás descuidando, y si te haces un retoque, te estás esforzando demasiado –tomó aire con un temblor–. Ser mujer significa que te digan que alces tu voz en un momento y que te calles al siguiente. Significa luchar todo el maldito tiempo.

–Aunque en mi caso la historia es algo distinta –murmuró Andre mirándola con empatía–, creo que puedo saber algo sobre el tema.

Melina suspiró y dejó a un lado su ordenador. Estaba comenzando a entender por qué Andre ya no escribía; si no te exponías al rechazo, no podían lastimarte.

–Olvida el festival. No soy masoquista, aunque sea mujer.

–¿Y si no lo fueras? –Andre parpadeó.

–Genial, enseguida me pongo a trabajar en eso –dijo Melina, tambaleándose al salir del sofá–. Pero primero tengo que ir al baño. Sentada.

Con la habitación todavía girando, se tambaleó hacia el baño.

Andre miró la pantalla y la solicitud de Melina. Con un dedo, borró tres letras de su nombre, hasta que quedó solo su apodo. Mel. Hizo lo mismo en el guion, luego presionó enviar. «Ella me lo agradecerá», pensó ebrio; luego se recostó contra los almohadones y se desmayó.

Melina regresó y encontró a su mejor amigo roncando. Su portátil estaba cerrado sobre la mesa de café y la última botella de *prosecco*, vacía. Bostezando, se hundió en el sofá y cayó en un profundo sueño, sin saber que Andre había enviado su obra bajo el alias de un hombre.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE – GUION DE ENSAYO

(Las luces se encienden apuntando a **HUNSDON** y **EMILIA** sentados en un palco observando una obra).

EMILIA

Señor, ¿no nos conocimos en la mascarada de la reina?

HUNSDON

Sí, un recuerdo entrañable.

EMILIA

¿Por qué una mujer puede actuar con la reina, pero no en el escenario del Rose?

HUNSDON

Los puritanos creen que el teatro atrae a los paganos. Una mujer actuando por una ganancia sería indecente.

LA MUJER

Emilia también era una mujer que actuaba por una ganancia.

EMILIA

Si no pueden actuar... ¿las mujeres escriben obras alguna vez?

HUNSDON

Emilia, eres muy entretenida.

LA MUJER

El entretenimiento estaba en el menú esa noche.

(El palco de teatro se convierte en una cama. **EMILIA** monta a **HUNSDON**. Él alcanza el clímax, se queda dormido).

LA MUJER

Quizás, con algo de lectura, se sentiría tan cansada como para no recordar en quién se había convertido.

(El escenario sigue girando y revela el estudio de **HUNSDON)**.

EMILIA

(Lee el título de una obra).

«El reinado de un gran rey».

(Con un bostezo).

El diálogo es forzado. Los personajes son aburridos. La trama es sosa.

LA MUJER

Hunsdon dijo que las mujeres no podían escribir obras. Pero eso no significaba que no debieran hacerlo.

EMILIA

¿Quién ha escrito esta basura?

(Gira hacia el frente).

William... Shakespeare.

(Lo lanza al fuego).

EMILIA

1582

Emilia tiene 13 años.

Lo primero que vio Emilia fueron los pies. Unas botas sobresalían de las pesadas cortinas de brocado en la biblioteca, lugar al que en teoría había ido a practicar su parte en la flauta para la mascarada. Guardó su instrumento bajo el brazo, se acercó de puntillas hacia la ventana emplomada e intentó abrir la cortina de golpe, pero terminó enredándose en las largas alas de mariposa de seda que formaban parte de su disfraz y dejó caer la flauta. Sobre uno de los pies.

–Ay –se quejó una voz.

Emilia apartó la cortina y encontró a un niño sentado con la espalda contra la pared. Era más joven que ella y tenía una llamativa mata de cabello castaño rojizo. Llevaba su flauta en la mano y tenía lágrimas en sus brillantes ojos azules.

–Si eso te dolió –dijo ella–, entonces eres muy débil.

–No soy débil –respondió el niño–. Me estoy escondiendo.

–¿Tienes espacio para alguien más? –preguntó mientras se sentaba junto a él.

–¿De quién te escondes tú? –inquirió él mientras se secaba los ojos con el dorso de la mano.

–No de quién... sino de qué –dijo Emilia–. No me gusta tocar en público.

A diferencia del resto de su familia, ella no era una intérprete. Pero la reina Isabel había encargado esta mascarada sobre reinas guerreras famosas, y a ella le tocaba tocar al final, cuando todas bailaban. Por qué iba vestida de mariposa era un misterio.

–No quieres ser una mariposa –dijo el niño–. Yo no quiero ser un conde.

–Quizá podríamos intercambiar roles –sugirió Emilia y cruzó las piernas bajo sus faldas.

Él la miró esperanzado.

Había escuchado los rumores en la corte; este debía ser el joven Henry Wriothesley, el recién nombrado conde de Southampton. Tenía solo ocho años, por lo que había sido puesto bajo el cuidado de lord Burghley, quien se encargaría de su educación y de arreglar su matrimonio.

Al igual que en el caso de Emilia, no era él mismo quien decidía el rumbo de su vida. La diferencia era que, en algún momento, él podría tomar las riendas. Pero, en esos momentos, solo era un niño triste.

–Si yo voy a ser el conde y tú la mariposa, tienes que aprender a tocar la flauta –dijo Emilia–. Respira hondo y sopla así –ella le mostró cómo lanzaba un largo y constante flujo de aire.

El niño la imitó y luego ella levantó la flauta.

–Ahora cierra los labios alrededor de la boquilla y haz lo mismo.

–¡Genial! –el conde sonrió después de que una nota alta y prolongada se deslizara entre ellos.

–Esa nota es un si –Emilia le posicionó el pulgar y otros dedos, y él volvió a soplar–. Y esa es un sol.

–¿Forman un mensaje secreto? –su expresión se iluminó.

Ella tomó la flauta y la llevó a sus labios, empujando su lengua contra la boquilla para darle forma a las notas mientras sus dedos danzaban sobre la madera. La música era traviesa, una cascada de notas que la hacía pensar en gotas de lluvia persiguiéndose por un cristal. Emilia había estado tocando desde que tenía tres años, así que le resultaba fácil. Mientras sostenía la flauta dulce, pensó en sus lecciones con Isabella. Imaginó una vara de otro tipo, sus dedos tocando el miembro de un hombre como si fuera un instrumento, su

aliento caliente rodeándolo. Aunque hasta ahora todo había sido solo práctica, pronto sería real, y eso fue suficiente para hacer que soltara la flauta como si la hubiera quemado.

Sin embargo, el joven conde no notó su crisis existencial... solo vio su habilidad musical.

–¡Por Dios! –exclamó asombrado–. Eres un maldito ruiseñor.

–Más bien una mariposa –respondió Emilia con una débil sonrisa.

Hubo un ajetreo cuando la puerta de la biblioteca se abrió y entró una de las damas de compañía de la reina. Lady Leighton le lanzó a Emilia una mirada cansada y se detuvo justo frente a ella.

–Emilia Bassano. ¿Dónde te has metido?

–Aquí mismo –dijo Emilia al tiempo que se ponía de pie con velocidad.

Southampton se levantó, aunque tenía pocas opciones de ser su salvador.

–Perdón, milady. Me estaba dando una lección de música, ¿ve?

Lady Leighton frunció el ceño, suspicaz, pero ni siquiera ella podía ignorar a un conde, sin importar su edad. Hizo una reverencia al chico y luego enganchó su brazo con el de Emilia y la impulsó hacia adelante.

–La práctica hace al maestro, milord–dijo Emilia, con una sonrisa contenida.

Los ojos traviesos de Southampton se iluminaron y le guiñó un ojo. Cuando creciera, sería hermoso... y peligroso.

–Quizás un día te devuelva el favor y te enseñe algo.

–Lo espero con ansias –dijo Emilia, dejando que la arrastraran fuera de la biblioteca.

Realmente no culpaba a lady Leighton por haber entrado en pánico con su ausencia. Era una dama de la cámara privada de la reina, como lo había sido su hermana mayor, Lettice. Pero Lettice se había casado en secreto con el favorito de Su Majestad, el conde de Leicester, y lady Leighton probablemente asumía que estaba a un paso de ser desterrada de la corte también.

Más importante aún: el tío de lady Leighton era lord Hunsdon, el hombre con el que habían negociado a Emilia.

Había tratado de aprender todo lo posible sobre el hombre que sería su protector. Henry Carey, lord Hunsdon, era primo de la reina, hijo de Mary Boleyn y William Carey, aunque eso había sido tema de mucha especulación, ya que su madre también había sido amante del rey Enrique VIII. La reina lo había nombrado caballero y era lord chambelán, lo que significaba que estaba a cargo de todo el entretenimiento, desde las obras que se presentaban en la ciudad en el Teatro, el Curtain y el Rose, hasta el espectáculo que se presentaría esa noche, y de mantener a sus familiares como músicos de la corte. Era cuarenta y tres años mayor que Emilia.

También estaba separado de su esposa, que vivía en el campo. Ahí era donde Emilia entraba en escena.

–¿Tu tío? –preguntó Emilia–. ¿Estará aquí esta noche?

–Por supuesto –dijo lady Leighton–. Es su deber.

Emilia había tratado de averiguar con el barón cuándo sería trasladada a la residencia de lord Hunsdon, Somerset House, pero él había estado en el campo por el nacimiento de su hijo y acababa de regresar para los festejos de esa noche. La reina había solicitado la participación de Emilia porque la mascarada trataba sobre mujeres guerreras virtuosas, y no sería apropiado que un hombre interpretara el acompañamiento musical.

A Emilia le parecía que Su Majestad pasaba mucho tiempo tratando de convencer a todos de que una mujer podía gobernar un país tan bien como un hombre. Una vez, la condesa le había mostrado un poema escrito por la reina cuando estaba bajo arresto domiciliario durante el reinado de su hermana mayor, Mary. Lo había grabado en la ventana con un diamante:

De mí se sospecha mucho,
nada se ha probado en absoluto.
Dice Isabel, prisionera.

Emilia se preguntó si la mejor venganza contra aquellos que intentan borrarte era, simplemente, existir. Pasara lo que pasara, la reina Isabel seguía siendo la monarca, y actuaciones como la de ese día tenían la intención de recordárselo a todos.

Dos guardias abrieron una puerta y les permitieron entrar a una antesala donde otras damas de compañía ya se habían formado. La expectativa por la actuación era como el aire cargado que te avisa que se aproxima una tormenta.

Una cascada de velas proyectaba sombras sobre los rostros maquillados de las mujeres, incluida la reina Isabel, que, por supuesto, se interpretaría a sí misma.

–Ah –dijo la reina, con una ligera sonrisa mientras miraba a Emilia–. Nuestra pequeña mariposa emerge de su capullo.

La reina estaba sentada en una pesada silla tallada. Vestía una armadura color oro, con joyas engarzadas en el fino trabajo de metal. Su rostro era tan pálido como la nieve, lo más diferente posible al tono de piel de Emilia. Su cabello se enroscaba alrededor de un yelmo que tenía una corona de pinchos soldada en la parte superior. Parecía un ángel vengador: feroz, imponente, inalcanzable. Emilia inmediatamente se inclinó en una profunda reverencia, con los ojos bajos.

–Soy una mariposa, Su Majestad, pero jamás seré una monarca –bromeó.

–No, solo una doncella bien formada que pronto será tomada –respondió la reina, divertida con su juego de palabras.

Las dos damas que la atendían rieron tras sus manos y el rostro de Emilia enrojeció. Parecía que incluso la reina sabía de su inminente cambio de posición.

–Vamos –dijo la reina mientras se levantaba, y la sala quedó en silencio–. La espera terminó.

Emilia no sabía qué dramaturgo había escrito la mascarada, pero empezó de una forma poco ortodoxa: un grupo de actores vestidos de brujas serpenteaba entre la multitud, chocando contra los lores y haciendo gritar a las damas. Un actor soltó una vasija de fuego y un humo rojo se elevó en el centro del gran salón. Las brujas alzaron las manos hacia el techo, invocando a un dragón de fuego con alas tan grandes como el horizonte, para que viniera a incinerar a los impíos por sus pecados.

–Despierta, tú, espíritu impuro, manifiéstate... Ningún hombre tendrá el poder de reprimirte…

En ese momento, sonaron trompetas y las damas de honor disfrazadas se deslizaron una a una hacia la sala. Allí estaba Boudicca, liderando el levantamiento contra los romanos. Judith, con la cabeza cercenada de Holofernes en la mano. Zenobia, conquistando a los egipcios. Las guerreras giraron al unísono hacia el dragón de fuego, cuyo aliento ardiente surgía de algún dispositivo teatral colocado sobre el gran salón.

Esa era la señal de Emilia. Entró tocando su flauta dulce y precediendo a la reina, cuya llegada fue recibida con un estruendoso aplauso. Su majestad blandía una espada para matar al monstruo y salvar al país.

–Ningún hombre tendrá el poder de reprimirte... pero una mujer sí.

Emilia comenzó a tocar una pavana, y sus notas cayeron como copos de nieve, girando, espesándose, cubriendo la sala. Las damas de honor y la reina interpretaron una danza solemne y vencieron por fin al dragón de fuego.

Al final de la representación, la composición de Emilia se transformó en una rápida gallarda. Los otros músicos –sus primos– se unieron, y la multitud se acercó a los intérpretes para convertirse en parte del acto. Comenzaron a bailar la *volta*, mientras la reina permanecía a un lado y recibía los elogios de sus cortesanos.

Emilia bajó la flauta. Los músicos de la corte continuarían hasta entrada la noche, pero su papel en el entretenimiento había llegado oficialmente a su fin. Cuando levantó la vista, alguien conocido la observaba: el caballero mayor que la había salvado de lord Archley la última vez que había estado en la corte. Lo recordaba parado junto al barón, observándola desde el otro lado de la sala. Y, de repente, lo supo.

Mientras él se acercaba, el corazón de Emilia latía tan fuerte que estaba segura de que todos podían oírlo. Intentó imaginar las ilustraciones atrevidas que Isabella le había mostrado, pero superpuestas con el rostro de él. Se preguntó cómo sería su cuerpo bajo el jubón, y si sus piernas serían pálidas y delgadas bajo las calzas.

–Emilia –dijo una voz firme, y ella parpadeó al ver al barón a su lado. Él la agarró del codo para mantenerla erguida, sin mirarla de forma directa, sino señalando en la dirección del lord chambelán–. Lord Hunsdon, ¿me permite presentarle a Emilia Bassano?

–Querida –Hunsdon tomó su mano y le besó los nudillos–. ¿Me harías el honor de concederme un baile?

Él le quitó la flauta de las manos y se la entregó a un lacayo. Emilia se quedó inmóvil hasta que el barón puso su mano entre sus omóplatos y la empujó hacia aquel desconocido con quien compartiría lecho. «Es viejo», pensó. Inmediatamente se tambaleó hacia adelante y Hunsdon la atrapó.

–Las losas pueden ser resbaladizas –dijo él, y Emilia pensó que era amable.

La condujo hacia la multitud de bailarines, y juntos se unieron a la *volta*. Estos pasos también habían sido parte de las lecciones de Isabella. El trabajo de Emilia como cortesana no se limitaría a la alcoba, sino que se extendería también a la mesa del desayuno, a la corte o a cualquier otro lugar al que su protector decidiera llevarla. Su conversación debería ser tan brillante como el cristal. Tendría que dominar todas las normas de etiqueta y conocer los pasos de cada nueva danza. Era una pátina de brillo, creada para hacerlo destacar a él.

–¿Disfrutas del espectáculo? –le preguntó Hunsdon.

Qué pregunta. La respuesta era no, y sin embargo, ¿acaso su vida no era ahora una actuación?

–Prefiero ser la que sueña las historias –dijo Emilia.

–¿Y qué más te gusta?

No lo miró a los ojos. El contrato ya se había firmado y todo estaba arreglado. Esto no era un cortejo; era un hecho consumado.

–¿Qué importa eso?

–Importa –dijo él–. Y no es una pregunta tan difícil. Permíteme ir primero: encuentro placer en la jardinería. Y en la música.

«Y encontrará placer en mí», pensó.

–¿Y tú qué deseas? –intentó nuevamente.

–Desearía que fuéramos más extraños –soltó ella, y de inmediato se tapó la boca con la mano.

Pero, en lugar de molestarse, Hunsdon sonrió. Tironeó de la seda del ala de su disfraz.

–Quizás no seas una mariposa, sino una avispa.

Pese a sí misma, Emilia sintió una sonrisa asomarse a sus labios.

–Tenga cuidado con mi aguijón.

–Mi remedio será arrancarlo.

Emilia pensó en Isabella, que la había entrenado en el arte de la conversación íntima. Bajó las pestañas y se metió sin esfuerzo en su papel.

–Si el amor es duro contigo, sé duro con el amor. Si el amor te pincha, devuélvele el pinchazo.

–Tú –Hunsdon rio– eres una sorpresa deliciosa.

–No me conoce.

–Pero lo haré –él le apretó la mano y la alejó del resto de los bailarines. A pesar de lo llena que estaba la sala, Emilia sintió que el espacio se comprimía alrededor de ellos dos. Isabella llamaba a esto libertad, pero para Emilia era como estar encerrada.

–Di lo que piensas, Emilia –sintió el dedo de Hunsdon bajo su mentón, instándola a mirarlo.

A Emilia le sorprendió su insistencia por conocer sus pensamientos, ya que era de prever que fuera su cuerpo lo que él deseara.

–¿Por qué yo? –preguntó finalmente.

–Sé que debes estar inquieta –sus ojos se suavizaron–. Entiendo que, aunque yo cuento los días que estamos separados, tú los aprecias –tomó un rizo que caía sobre su hombro y lo enrolló en su dedo–. Sin embargo, desearía que algún día disfrutes de mi presencia, en vez de rechazarla.

–El curso del amor verdadero nunca fue fácil –admitió ella después de tragar saliva. Él le había dado la verdad; merecía lo mismo.

–¿Por qué tú? –repitió lord Hunsdon sonriendo, para finalmente responder a su pregunta anterior–. Porque tú me mantendrás joven.

Los dos globos fantasmales del trasero del hombre subían y bajaban, haciendo que la cama golpeara contra la pared. Sus manos

apretaban los pechos de la mujer que lo atendía, y las piernas de ella se enroscaban alrededor de su espalda. Ni siquiera se habían quitado los zapatos.

Emilia presionó su cara contra la pequeña rendija de la pared. Isabella estaba apretujada en la pequeña antesala también. No estaba mirando, pero, en verdad, ya lo había visto todo antes. Ya lo había hecho.

Emilia entendía la logística –qué iba dónde– y a esas alturas hasta le podría haber sugerido algunos trucos a la mujer de la habitación contigua si hubiera querido que su compañero durara más. Pero, por lo que Emilia podía ver, la prostituta solo quería que terminara lo antes posible.

Isabella había organizado este... «tutorial» con la madama de un burdel que conocía. Era lo más cerca que Emilia podía estar del sexo sin convertirse en una mercancía usada para lord Hunsdon. Isabella le había explicado que la inocencia era una mercancía. Emilia podía ofrecerla solo una vez.

–¿No está mal –susurró Emilia a Isabella– que estemos mirando, sin que él lo sepa?

–Cariño, hay hombres que pagarían extra por esto.

Emilia parpadeó. Justo cuando creía que lo estaba entendiendo todo, se daba cuenta de que no sabía absolutamente nada.

Con un arrebato de placer, el hombre terminó, bajó de la mujer y se subió los calzones. Se acomodó las puntas del jubón de cuero, sacó una pequeña bolsa y tiró una moneda al lado de la mujer sobre el lecho de paja.

–Gracias, querido –dijo ella, y bostezó.

Isabella deslizó la tablilla que cerraba la rendija. Salió del estrecho espacio, y Emilia la siguió.

–¿Y bien? –indagó Isabella, mientras otra mujer ligera de ropa pasaba, llevando a un hombre arriba.

–Es... desordenado. Y denigrante.

–La clave está en la cabeza –apuntó Isabella–. Tienes que mantener la tuya fría y lograr que el lord pierda la suya.

–Bueno, parecían una bestia con dos espaldas –respondió Emilia con el ceño fruncido.

–No te equivocas –repuso Isabella levantando los hombros, después de considerarlo un momento.

Al salir del burdel, Isabella le dio las gracias a la madama y luego condujo a Emilia a la claridad de un raro día despejado en Londres. Eso fue otra sorpresa: el hecho de que el acto sucediera a cualquier hora del día o de la noche, no solo antes de dormir. Mientras caminaba junto a Isabella, vio a un albañil girar la cabeza, y luego a un carretero. Dos mujeres bien vestidas en esa parte de la ciudad eran una rareza, pero esa no era la razón por la que los hombres las miraban. Era la figura exuberante de Isabella y su amplio escote, los ojos llamativos y el cabello oscuro de Emilia. Para esos hombres, ellas eran dulces en un estante fuera de su alcance.

En esos días, cuando Emilia pasaba junto a extraños en la calle, se preguntaba si ellos tenían relaciones, con qué frecuencia y con quién. Sentía como si le hubieran dado una contraseña para una sociedad secreta, aunque aún no la había usado. Miró al albañil, que estaba sudado, era corpulento y no mucho mayor de edad que ella misma. Él se quitó la gorra y se la llevó al pecho.

Con las mejillas ardiendo, Emilia se apresuró a alcanzar a Isabella, que sostenía un pañuelo sobre su boca.

–Este polvo –murmuró–. No sé qué es peor, esto o el lodo.

–¿A dónde vamos?

–A la herbolaria –dijo Isabella–. Para conseguir tus flores.

–¿Qué flores? –preguntó Emilia con el ceño fruncido.

Isabella se detuvo frente a una pequeña tienda. A través de la ventana, Emilia pudo ver grandes vigas de las que colgaban ramilletes de manzanilla, hipérico y lavanda. Las paredes estaban adornadas con cuerdas de ajo trenzado. En una mesa de madera marcada por el uso, una mujer con un delantal manchado molía con concentración en un mortero de bronce.

–Recuerdas –dijo Isabella– cómo se crean los bebés, ¿verdad?

Emilia puso los ojos en blanco.

–Hay un deber, y luego está el placer. Crear un heredero es un deber. La intimidad sin consecuencias es placer.

Isabella entró en la tienda, mientras una campanilla sonaba sobre su cabeza. La mujer le ofreció una sonrisa sin dientes.

–Querida –dijo, dejando el mortero a un lado–. Me preguntaba cuándo vendrías. Estás retrasada este mes.

–Solo en mi visita –replicó Isabella sonriendo–, pero no en lo que importa.

Se levantó la falda para mostrar una enagua roja, que usaba durante la semana de sangrado, para disimular posibles manchas.

La herbolaria se limpió las manos en su delantal.

–Te guardé lo que necesitas –dijo y se dirigió a la trastienda.

Emilia deambulaba y pasaba los dedos por las hojas quebradizas de las hierbas y flores que se secaban.

–Romero, pensamientos, hinojo… aquileas –murmuró y luego se giró hacia Isabella–. Eres una clienta regular aquí... ¿la gente no te acusa de ser bruja?

–¿Es que no lo somos todas las mujeres? –contestó Isabella riendo–. El error lo cometen los hombres, que piensan que lanzamos hechizos con ojos de tritón y piel de sapo, cuando todo lo que necesitamos son nuestros cuerpos y nuestro ingenio.

La herbolaria reapareció, sosteniendo dos pequeños ramilletes atados con hilo, coronados de delicadas flores amarillas.

–Hierba de la gracia –dijo–. Para intervención divina.

Isabella los tomó y le dio una moneda. Le tendió uno a Emilia.

–Un poco de ruda para ti, y un poco para mí.

–Es bonita –dijo Emilia.

Isabella, con un gesto juguetón, arrancó un tallo y lo colocó detrás de la oreja de Emilia.

–Puedes llevar la tuya con distinción –dijo–. Yo mezclaré la mía con mirto, laurel y vino.

Al salir de la tienda, Isabella entrelazó su brazo con el de Emilia. Esquivaron a un pescadero que discutía con un sirviente por el precio de una carpa y sortearon los escombros que un solador arrojaba desde las alturas.

–No entiendo por qué es tarea de la mujer proporcionar placer y evitar las consecuencias –confesó Emilia–. ¿Qué ganamos nosotras?

Isabella se detuvo en medio de la calle, dejando que la multitud fluyera a su alrededor.

–Seguridad. Compañía. Protección –respondió con rostro serio. Después se inclinó hacia ella y añadió en voz baja y severa–: Y puedes compartir esos pensamientos conmigo, pero procura guardarlos a partir de mañana. Esto no es un banquete donde puedas elegir tus platos. Tomas lo que te sirven o te quedas con hambre. Aprecia tu buena fortuna, no vaya a ser que acabes como la prostituta que acabamos de ver.

–¿Mañana? –susurró Emilia, como si fuera lo único que hubiera oído. Un escalofrío le recorrió la espalda.

–Mañana –le confirmó Isabella suavizando su expresión y acariciándole la mejilla.

La primera impresión que tuvo Emilia de su nuevo hogar fue que era un verdadero castillo. No tenía duda de que se perdería en esos pasillos y alguien encontraría su esqueleto momificado años después, en un armario o en una bodega de vino. Somerset House tenía una fachada de piedra de dos pisos frente a la calle Strand y un patio amurallado que daba al río. Parecía un palacio porque había sido un palacio: el hogar de la reina Isabel hasta que se lo regaló a lord Hunsdon unos años atrás.

La carroza que había venido a recogerla era el transporte más elegante en el que había viajado, con una suspensión tan buena que apenas se sentía el traqueteo de los adoquines bajo las ruedas de madera. En la puerta estaba pintado el escudo de armas de Hunsdon: un blasón de plata con una barra negra y tres rosas.

Cuando el transporte se detuvo, Emilia se alisó las faldas con las manos enguantadas y esperó a que le abrieran la puerta y un sirviente la ayudara a bajar. Levantó el mentón, pensando en Isabella, que antes de su partida la había abrazado fuerte y le había susurrado: «Compórtate como si fueras la dueña del lugar».

Iba vestida con su mejor ropa de corte, pero su cabello no estaba recogido como lo había llevado en Whitehall. Caía suelto por su espalda como el río Estigia y se rizaba más allá de su cintura. El cabello largo y suelto era la señal de una doncella intocada. Y, pensó Emilia, de las mujeres locas.

En la enorme puerta de la casa, miró hacia arriba. Encontró otra vez el escudo de armas, pero aquí también estaba el emblema de Hunsdon: un cisne, junto a su lema: *Comme je trouve* (Como lo encuentro).

Emilia reflexionó sobre eso. Hunsdon la había encontrado y ahora la tomaría.

La pesada puerta se abrió y reveló a un sirviente en uniforme. El hombre no la miró a los ojos cuando ella se adentró en la vasta habitación, con una escalera de piedra y más sirvientes. Algunos limpiaban o colocaban floreros, otros reemplazaban velas en los candelabros. El lugar le recordaba a las colmenas de Grimsthorpe, con todos sus habitantes demasiado ocupados para molestarse en mirarla.

Le habían enseñado la mejor manera de quitarse la ropa para tentar a un hombre, podía recitar poesía erótica en italiano, sabía componer melodías relajantes en el laúd para borrar las preocupaciones de un día difícil. Pero no sabía qué hacer en ese momento.

Emilia observó la luz de la tarde filtrarse por las ventanas arqueadas. Tal vez, si se quedaba lo bastante quieta, podrían confundirla con una estatua.

–¡Ah! ¡Señorita! –una mujer tan redonda como alta se apresuró hacia Emilia. Llevaba un pesado manojo de llaves en la cintura, lo que indicaba que era el ama de llaves principal–. Debe querer refrescarse tras su viaje –dijo, aunque la distancia desde la casa de Isabella hasta Somerset House era mínima. Quizás esa era su manera de decirle a Emilia que debía quedarse en su habitación hasta que le indicaran lo contrario.

El ama de llaves comenzó a subir las amplias escaleras y la miraba de reojo para asegurarse de que Emilia la siguiera.

–Es una chiquilla, ¿verdad? –murmuró. Emilia apenas la oyó; estaba demasiado ocupada mirando los cuadros en las paredes, hombres y mujeres con el mismo rostro largo y angosto que Hunsdon y una frente alta. Sus ojos parecían seguirla.

–Su Señoría preparó esta habitación –dijo la sirvienta mientras abría una puerta con la llave–. Los lacayos traerán sus baúles y Bess

será su dama de compañía. Puedo mandarla llamar si así lo desea.

Los ojos de Emilia fueron desde el techo abovedado hasta el pálido papel de seda de color crudo en las paredes, pasando por la cama: un enorme cuadrado con dosel y un cubrecama de terciopelo del color de la crema fresca. Había un cepillo de mango plateado en un tocador, botellas de perfume y un espejo de mano con filigrana. Había tanto aire y luz en la habitación que Emilia se sentía como si volara. Si esa era una jaula, era una hermosa jaula. Se dio cuenta de que la sirvienta esperaba su respuesta, así que sonrió y sacudió la cabeza.

–Gracias, pero me gustaría un momento a solas.

La mujer hizo una pequeña reverencia y salió de la habitación.

–Espere, ¿cómo se llama?

La mandíbula de la mujer se cayó, revelando un amplio espacio entre sus dos dientes frontales.

–Mary, señorita.

–Mary, soy Emilia –dijo ella. Podía ser la que dormía en esa impresionante habitación, pero, al igual que Mary, estaba allí para servir a Hunsdon. La distinción entre ellas era sutil.

Tan pronto como la puerta se cerró tras Mary, Emilia se quitó los guantes y miró por la ventana. Daba a un laberinto de oración y otros jardines, que en ese momento los sirvientes recortaban y moldeaban. Más allá de ellos se extendía el Támesis, oscuro y lento. Se dio la vuelta y, con los ojos brillantes, corrió hacia la cama y dio un salto para aterrizar extendida sobre el colchón. Estaba relleno de algo suave y perfumado. Se puso boca arriba para observar el dosel de seda plisada.

Se encontraba en una habitación literalmente digna de una reina. De repente, Emilia entendió lo que Isabella había tratado de explicarle: lo que ella obtenía de este pacto era igual a lo que Hunsdon obtendría. Ella sería otro objeto bonito en su hogar, y él le daría un hogar sin objeciones.

Hubo un suave golpe en la puerta, que se abrió un momento después. Hunsdon estaba de pie con la mano apoyada sobre la madera.

–¿Puedo entrar? –preguntó.

Ella se sentó, aturdida, y se deslizó desde el colchón hacia el suelo, un momento de gracia empañado por el hecho de que se había quitado las pantuflas y ahora estaba de pie en calcetines sobre la gruesa alfombra. Dobló un poco los dedos de los pies y se inclinó hacia adelante para cubrirlos con sus faldas.

–Milord –dijo, haciendo una reverencia–. Es su hogar. Está claro que puede ir adonde quiera.

Él dio tres pasos, lo que todavía lo mantenía a una distancia considerable de Emilia. Ella mordió su labio. ¿Sucedería en ese momento? ¿Justo en ese momento?

Sabía qué esperar, pero eso no significaba que no estuviera asustada.

–¿Estás satisfecha con la habitación? –preguntó.

–Sí, milord, muy satisfecha.

–Si necesitas algo, solo tienes que pedirlo.

Emilia asintió.

Podía escuchar la voz de Isabella resonando en su mente: «Estos hombres no quieren que seas pasiva, tener que hacer todo el trabajo ellos. Así son las cosas con una esposa».

Reuniendo valor, levantó el mentón y lo miró a los ojos. Él llevaba un jubón de damasco azul, con botones plateados y encaje en la cintura. Un rígido festón de lino cubría su cuello y muñecas. Sus calzas eran grises, y sostenía guantes de cuero en una mano, como si acabara de entrar. En su mano izquierda llevaba un gran anillo de rubí.

Su cabello era plateado, pero ella notaba que antes había sido rojo. Tenía la barba gris y corta. Sus ojos, decidió, eran la mejor parte de él. Eran de un color azul suave, como el de un vestido favorito: deslavado, pero repleto de los mejores recuerdos.

Emilia extendió la mano hacia los lazos que cruzaban su corsé. Tomó una profunda respiración y tiró de ellos para deshacer el nudo.

Hunsdon se acercó a ella tan rápido que su aliento se detuvo en su garganta. Cubrió sus manos con las de él. Luego, con movimientos lentos y cuidadosos, volvió a atar el nudo.

–Tenemos tiempo, ¿no es así? –la esquina de su boca se levantó.

Emilia tragó saliva.

–Me pregunto –dijo él, con las puntas de las orejas enrojecidas–, si te gustaría ver mi invernadero.

–¿Su... invernadero?

–Sí –sonrió–. Para mis plantas.

–Me gustaría mucho, milord –dijo ella.

Él esperó a que Emilia se calzara las pantuflas y luego la tomó de la mano. Ella se quedó quieta un instante, y luego, con decisión, entrelazó sus dedos con los de él. Hunsdon miró el lugar donde sus palmas se encontraban y presionó suavemente.

La guio escaleras abajo y más allá del gran salón hacia la parte trasera de la casa, a los jardines. Había rosas rococó y jazmines, pensamientos y lilas largas, setos bien cuidados de espino y enebro. La estructura de vidrio y madera estaba construida de tal manera que la luz del sol –cuando estaba disponible en la lluviosa Londres– entrara por todos lados. Cuando Hunsdon abrió la puerta y la invitó a pasar, una ráfaga de calor la golpeó en la cara, como el aliento de un dragón.

Dentro había naranjos y limoneros con brillantes manchas de fruta madura colgando de ramas frondosas. El olor era fresco y dulce.

Emilia tiró de su ropa, que se le adhirió a la piel en el calor húmedo, mientras Hunsdon recogía una regadera y la inclinaba hacia la base de barro de un limonero.

–Paso mucho tiempo aquí –admitió–. Me encuentro más en paz cuando mis manos están enterradas en la tierra.

–Y apuesto a que las plantas no requieren una conversación ingeniosa –añadió Emilia. Estar en la corte todo el tiempo debía ser agotador.

–De hecho, muchos de los brotes son muy buenos oyentes –sus labios se curvaron levemente.

Emilia caminó por el pasillo ordenado, más allá del banco de trabajo con su saco de tierra para macetas y palas. Hunsdon se le acercó justo cuando se detuvo frente a una fila de plantas medicinales: romero, perejil, salvia, menta.

–Cultivo eso para las criadas, con fines curativos –explicó.

–Consuelda –dijo Emilia, asintiendo y tocando la hoja con sus manos–. Y dedalera... y beleño –se volvió hacia él–. ¿No son

venenosas?

–¿Ya planeas mi muerte? –respondió él con una débil sonrisa.

Ella vio lo que parecía ser un sol flotando sobre un tallo alto y corrió por el pasillo para verlo más de cerca.

–¡Nunca vi algo así!

–Viene del Nuevo Mundo –Hunsdon entrelazó las manos tras su espalda.

–Qué apropiado –dijo Emilia, mientras el espeso y húmedo calor del invernadero se acumulaba sobre su piel–. Me siento como si hubiera llegado a la orilla de una isla tropical.

Se acercó a una celosía de madera que tenía una enredadera tejida a través de ella. Pequeñas esferas rojas latían en la planta, con una piel brillante y cálida al tacto.

–¿Y también cultiva corazones, milord?

–Estoy obligado. En el mismo instante en que te vi, el mío voló a tu servicio –dijo mientras sostenía el peso de una esfera en su palma–. Se llama tomate. Lo traje de un viaje a Italia. Muy bonito, pero venenoso.

Como si se le hubiera ocurrido un pensamiento de repente, volvió a la mesa de trabajo y recogió un cuchillo. Luego lo usó para cortar la flor más extraña que Emilia había visto. Anidada en el centro de un lecho de hojas espinosas había una forma amarillenta, cubierta como un basilisco, y rematada con una pequeña corona de espinas. Las espinas y los afilados puntos de toda la planta parecían advertir a cualquiera que intentara acercarse.

Pero Hunsdon la separó de su base ovalada y la llevó a la mesa. Con destreza, cortó también las espinas y las escamas mientras hablaba.

–Esta piña está lejos de parecer tentadora –dijo, partiendo la fruta por la mitad–. Pero, ¿qué significa el exterior, cuando es el interior lo que importa?

La pulpa de la fruta era vívida y jugosa. Hunsdon la cortó en pedazos más pequeños.

–Las buenas piernas caerán. Las espaldas rectas se encorvarán. Las barbas negras se volverán blancas –le ofreció un pequeño

triángulo de fruta a Emilia–. Pero un buen corazón, querida… Un buen corazón es el sol y la luna.

Hunsdon colocó el trozo en su lengua, que estalló en dulzura. Vino, azúcar y flores mezcladas, casi demasiado para soportarlo.

Esa noche, Emilia lavó y trenzó su cabello, y aplicó perfume en todos los lugares que Isabella le había indicado. Despidió a la criada y contempló la enorme cama, llena de preguntas. ¿Debería estar sobre la colcha? ¿Debajo de ella? ¿La querría desnuda o preferiría desenvolverla como un regalo? ¿Debería dejar una vela encendida o apagarla?

Decidió sentarse en la cabecera de la cama, con su camisa de dormir, y envolverse con las sábanas. Dejó que la luz de la mesita de noche derramara un resplandor por su regazo, donde sus manos, fuertemente apretadas, le dejaron marcas de uñas en la piel.

Emilia sabía qué esperar en cuanto a la mecánica. Isabella le había pellizcado el muslo, con fuerza, y le había dicho que no sentiría más dolor que ese. Solo se preguntaba si, después de eso, se sentiría diferente. Más adulta.

También pensó en lo que sucedería cuando Hunsdon apareciera ante ella sin ropa. Esta debía ser la actuación de su vida, había dicho Isabella. Debía hacer que él se sintiera como el hombre más viril que el mundo hubiera conocido. La adulación, le dijo Isabella, le abriría todas las puertas.

Emilia se recostó y luego se sentó de nuevo para quitar la cinta que ataba su trenza y soltar su cabello.

Esta vez, él no llamó antes de abrir la puerta. Vestía una bata de brocado, con un gorro en la cabeza y zapatillas en los pies. Sus pantorrillas estaban desnudas y la piel translúcida se estiraba sobre una red de venas azules que parecían ríos en un mapa desvaído. Llevaba una vela, que exageraba las sombras y huecos de su rostro, volviéndolo grotesco.

Emilia intentó relajarse, de veras lo hizo, pero sus manos se aferraron con fuerza a la colcha.

–Milord –murmuró.

–¿Estás bien? ¿Tienes todo lo que necesitas? –Hunsdon recorrió la habitación con la mirada.

Emilia asintió con un leve movimiento del mentón. Él se acercó a la cama, dejó la vela en la mesita de noche y se inclinó hacia ella.

Emilia cerró los ojos, con el corazón en un vuelco, y sintió las manos de él en su rostro. Secas, frías, como hojas de otoño.

Hunsdon besó su frente y se apartó, recogiendo su candelero. La llama osciló, mareada.

–¿No deseas…? –Emilia se mordió el labio.

–Es apenas tu primera noche aquí –dijo Hunsdon con una sonrisa, como si eso importara. Como si ella importara.

–¿Qué harás hoy? – le preguntó Hunsdon a Emilia al día siguiente, durante la comida del mediodía en el comedor. Habían retirado el primer plato de mazapanes, frutas escarchadas y manzanas al horno, y las sirvientas llevaron una gran ensalada, un escudo de jabalí con mostaza, un ganso asado y una tarta de aceitunas. Emilia había comido bien con la condesa y el barón, pero no de ese modo. Cada comida era un festín.

Ella levantó la vista del plato. No había pensado en moverse por su cuenta en la casa, en lo que haría cuando no tuviera que entretener a Hunsdon.

–Yo... no lo sé.

–¿Cómo pasabas el tiempo en Grimsthorpe? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Con lecciones –dijo Emilia–. Leyendo. Bailando. Tocando la flauta o el laúd.

«Inventando historias», pensó, pero seguramente eso se consideraría un pasatiempo de niña.

–Aquí puedes hacer todas esas cosas –dijo Hunsdon–. También quisiera que eligieras telas para nuevos vestidos.

–Tengo vestidos, milord.

–Por supuesto. Y ahora tendrás más –dijo él con una sonrisa.

Emilia no quiso arriesgarse a desairar su regalo, pero se sentía incómoda. Era… desequilibrado. Él no la había tocado, ni poseído, ni

mostrado interés en ello. ¿Era porque la encontraba insuficiente? ¿Estaba haciendo algo mal, a pesar de las lecciones de Isabella? Aun así, era un respiro.

Lo observó dejar el cuchillo y tomar un sorbo de cerveza. Quizá, realmente quería una compañera. Eso no le molestaba.

–¿Y usted, señor? ¿Cómo pasará el día?

Él pareció sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a rendir cuentas, o a ser de interés para alguien.

–Revisaré las obras que me enviaron –dijo Hunsdon–, y decidiré cuál se presentará ante la reina.

–Debe de ser un reto encontrar entretenimiento para Su Majestad, cuando todos ya están interpretando un papel en la corte. «Soy yo, tu dulce Robin, tu favorito» –murmuró Emilia, bajando la voz como el conde de Leicester y sacando pecho–. «Cabalgaremos hasta los confines de la tierra juntos en nuestros caballos veloces…», –luego sonrió con ironía–: «Hasta que en secreto me case con tu prima y me destierres».

Por un momento, Hunsdon se quedó inmóvil, y Emilia pensó que quizá había ido demasiado lejos. Una cosa era bromear en privado con Isabella sobre la política de la corte, pero el lord chambelán formaba parte de ese tejido. Pero entonces, una sonrisa curvó sus labios.

–Haz otro –pidió él–. ¿Walsingham?

Emilia estiró el cuello, apuntando con el mentón al techo, para imitar al secretario principal de la reina.

–Sabe, Majestad, que, cuanto más alto el cuello, más cerca de Dios.

Hunsdon soltó una carcajada y se puso de pie.

–Recuérdame, Emilia –dijo–, estar siempre a buenas contigo.

Cada noche, Hunsdon le besaba la frente y nada más. Cada día, Emilia vagaba por la inmensa casa con poco que hacer. A veces él pasaba el día encerrado en su despacho, leyendo. A veces estaba en su invernadero. Otras veces, en la corte.

De todas las cosas que la vida de una cortesana podía ser, jamás se imaginó que sería solitaria.

Después de un mes, Emilia había hecho amistad con las sirvientas de la cocina y los mozos de cuadra que cuidaban los caballos. Había hecho tantas preguntas a los jardineros que tuvieron que rogarle que los dejara terminar sus tareas para conservar su trabajo.

Una mañana, fue a las pajareras y encontró al halconero del barón sacando a una de sus aves de presa para una cacería. Nunca había visto a un halcón cazar, porque solo ciertos rangos de la nobleza podían tenerlos.

–Milady –dijo el halconero, quitándose el sombrero cuando ella se acercó.

John era mayor que ella, pero más joven que Hunsdon, con un cabello amarillo y esponjoso que recordaba a la cabeza de un diente de león. Un ave joven estaba posada en su mano enguantada, con una capucha de seda que le cubría la cabeza adornada con un pequeño penacho de plumas.

–Es hermoso –dijo Emilia.

–Hermosa, con su perdón, señorita –John se sonrojó furiosamente–. Los halcones son damas.

–¿Por qué debe mantenerse a oscuras? –ella se acercó más.

–Es lo que hacemos, hasta que sale la presa.

–¿Entonces cazará hoy?

–Eso espero –dijo John–. Estuvo herida y sanando. Se rompió un ala.

–Pobrecita –murmuró Emilia, y el halcón inclinó la cabeza–. ¿Ya está todo bien?

–Sí, le hice un injerto. Lo arreglé con una pluma de otro pájaro.

–¿Cómo? –Emilia lo miró con curiosidad.

–Se pone una aguja de hierro en el cañón de la pluma nueva y el otro extremo en el cañón roto, se amarra bien y se espera lo mejor. Hoy veremos cómo le fue.

–¿Puedo verla cazar?

–Claro –le sonrió a Emilia–. Tal vez quiera lucirse –cambió de posición para que Emilia pudiera ver las correas de seda que pasaban entre los dedos de John y se sujetaban a las correas de

cuero enredadas en su muñeca. En una de las patas del halcón había una pequeña campanilla.

–Hay que soltar a un halcón contra el viento o no regresa –dijo John girando hacia la brisa–. Muy bien, belleza –le murmuró al ave, mientras un grupo de aves más pequeñas pasaba por encima. Le quitó la capucha.

Un ojo negro y brillante se posó en Emilia por un instante antes de que el halcón se lanzara en dirección a las avecillas. Por un momento, el tiempo se detuvo mientras el gran pájaro levantaba sus alas y las batía antes de tomar vuelo.

Un segundo el halcón estaba allí y al siguiente, no era más que una silueta recortada contra una nube. Llegó a la cima, al cénit de su trayectoria, y luego se lanzó en picado a toda velocidad hacia un ave, y atrapó a la presa en sus garras.

John corrió al lugar donde el halcón había descendido, y liberó al ave muerta de sus garras.

–Buena chica –la elogió, mientras la posaba en su muñeca enguantada y le ponía de nuevo la capucha.

–¿No recibe nada por su arduo trabajo? –preguntó Emilia.

–Recibirá la cabeza de su presa –prometió John.

–Bien hecho –susurró Emilia tocando con cuidado el ala del halcón. Luego miró al halconero–: ¿Qué habría pasado si el injerto no funcionaba? ¿Si no podía cazar más?

–Bueno –John frunció el ceño–, no tiene sentido mantener a una chica que no puede cumplir su propósito, ¿verdad?

Esa noche, Emilia se acostó en su cama, mirando la roseta de seda, y en su lugar vio una capucha bellamente trabajada. Buscó la caja de escritura que la condesa Bertie le había regalado, sacó una hoja de papel y cortó una nueva pluma. Tomó el pequeño frasco de tinta. La pluma tocó el papel y las palabras brotaron de su mano.

Mi halcón hembra ahora está alerta y hambrienta,
y hasta que se lance no debe estar llena,
pues, si lo estuviera, el señuelo ignoraría.
Otra manera tengo de amansar a mi salvaje,
para hacer que venga y reconozca la voz de su guardiana,

y es tan solo observarla, como hacemos con aves más pequeñas, que aletean y forcejean, sin querer obedecer.

¿Era cierto?, se preguntó Emilia. ¿El halcón estaba contento solo con que le permitieran cazar? ¿Había estado en cautiverio tanto tiempo que ya no recordaba la sensación de libertad?

–Qué concentración –dijo Hunsdon, y Emilia levantó la cabeza. Por instinto, tomó la hoja aún húmeda y la guardó.

–No lo oí entrar, milord –respondió.

–Estabas absorta en tus palabras. ¿Escribías una carta, tal vez?

–Un poema.

–No sabía que escribías –él inclinó la cabeza.

–Es solo una distracción tonta –aseguró mientras abría la tapa de su caja de escritura y guardaba la pluma y la tinta.

–¿Compartirás tus versos conmigo?

–No hoy –dijo, con una ráfaga de calor en el cuello.

–Ah –asintió Hunsdon–. Entonces tengo algo que esperar con ilusión –hizo una pequeña reverencia–. Buenas noches, Emilia.

Él se dirigió hacia la puerta, y Emilia se encontró levantándose de la cama y cruzando medio cuarto.

–Espere.

Él se dio la vuelta, con la mano en el picaporte.

–Estoy agradecida por este cuarto, milord. Y esta casa. Y los vestidos y los banquetes y todo lo demás.

–¿Pero…? –Hunsdon se tensó.

–Pero me pregunto si podría llevarme a algún lado. A cualquiera.

–No sabía cuán… pública querías ser –respondió con los ojos iluminados–. Lo que quiero decir es: será un placer.

Emilia pensó en el halcón, devorando la cabeza de su presa sin saber que, en otra vida, podría haber tenido la comida entera. Recorrió los pocos pasos que la separaban de Hunsdon, se puso en puntas de pie y le dio un beso en la mejilla.

Él se llevó una mano al lugar donde habían estado sus labios, puso los ojos en blanco y se tambaleó, en un desmayo fingido. Emilia sintió una risa burbujear dentro de ella, y, durante un largo

rato después de que él cerrara la puerta tras de sí, se quedó mirando el lugar donde había estado.

La reina amaba los torneos, y, a pesar de que los caballeros se enfrentaban con lanzas modificadas, el combate era lo suficientemente arriesgado como para que fuera necesario tener médicos apostados en el campo de justas. Emilia se sentó en un gran pabellón en los terrenos de Whitehall al lado de Hunsdon, con el brazo entrelazado con el de él.

Se sentía tan alegre, liberada de Somerset House, que apenas prestó atención a las miradas de reojo y los susurros de los nobles que, con solo una mirada, habían captado la relación entre ella y Hunsdon. Solo un tonto sería incapaz de hacerlo; el lord chambelán se había puesto su mejor jubón de terciopelo negro con perlas, y el atuendo de Emilia combinaba con el de él a la perfección. Básicamente, su razón de ser se había convertido en garantizarle cumplidos y complementarlo al mismo tiempo.

Era una gloriosa tarde de domingo, el segundo día del torneo. El patio era una explosión de color: cada contendiente tenía su propia tienda de vivos colores, algunas bordadas con hilo de plata, todas con banderas que ondeaban en sus picos con heráldicas que hacían juego con los cubrecuerpos de sus corceles. Para Emilia, el espectáculo se parecía a los almacenes de los mercaderes, donde los rollos de tela se desplegaban sobre las mesas de trabajo como si fueran arcoíris.

Los dos retadores de ese fin de semana eran el conde de Arundel –que se llamaba a sí mismo Callophisus– y sir William Drury, el Caballero Rojo. Diecisiete defensores –algunos de los cuales le resultaban familiares a Emilia y otros no– también estaban en la competición. Cuatro condes –Leicester, Northumberland, Pembroke y Worcester– eran los jueces. El caballero que obtuviera la puntuación más alta después de los ejercicios de ese día recibiría una cadena dorada que el conde de Oxford había donado.

Emilia ya imaginaba los versos que escribiría al llegar a casa.

Oxford salió de una tienda de tafetán naranja, con el sol brillando sobre su armadura pulida. Caminó hacia un laurel que había sido dorado de arriba a abajo, de modo que cada hoja y tramo del tronco brillaban. Se arrodilló bajo el árbol, con su mano enguantada sobre el corazón, e inclinó la cabeza hacia la reina Isabel.

Luego se puso de pie, montó su caballo y lo acercó lo suficiente al pabellón, donde levantó su lanza y la sostuvo en alto, para pedir un favor.

Era una costumbre de los torneos medievales: los caballeros solicitaban a una dama una prenda u objeto –un velo, una cinta, una bufanda– y lo ataban a su armadura, como muestra pública de su lealtad.

La reina lo miró durante un largo momento –él seguía sin contar con su favor– y luego le indicó a una de sus damas de honor que le diera a Oxford una bufanda de seda. El paje del conde la ató alrededor de su muñeca, sobre la armadura.

–Ten cuidado, Oxford –dijo la reina–. Llevas mi corazón en tu manga.

Oxford dirigió al semental de manera que se enfrentara a una docena de estacas doradas enterradas una tras otra en una larga fila a lo largo del campo de justas. Luego levantó la lanza y espoleó a su caballo. Se lanzó por el campo en un borrón de cascos, polvo y destellos, y derribó las doce estacas. Un rugido se elevó en el pabellón, y Emilia se levantó de un salto, aplaudiendo.

Hunsdon le sonrió. Mientras el conde desmontaba y otro contendiente se preparaba, la voz de la reina Isabel resonó.

–¿Lord chambelán? Un momento.

Emilia observó a Hunsdon ir junto a la reina. Dos damas se acercaron a Emilia, como cuervos buscando un festín. Sin Hunsdon para protegerla, de repente se había convertido en presa fácil, en una corte que siempre estaba en busca de su próximo entretenimiento.

Emilia se dio cuenta de que había una razón por la que lo llamaban su protector.

Una de las damas era alta y esbelta, y llevaba la piel pintada del mismo blanco de moda que el de la reina. Miraba por encima de su

nariz larga, juzgando la piel marrón claro de Emilia y su pequeña figura.

–¿Quién hubiera creído que el lord chambelán podría caer tan bajo?

–¿Bajo? –respondió Emilia–. ¿Tan bajo crees que estoy, palo de mayo pintado? No estoy tan abajo que mis uñas no puedan alcanzar tus ojos...

Sus palabras cayeron en un silencio repentino, y Emilia se dio cuenta de que la reina, sir Walsingham, lord Hunsdon y todos los demás en el pabellón habían oído su comentario.

De repente, deseó que el caballero que entraba en el campo pudiera atravesarla con su lanza.

–Aunque sea pequeña, es feroz –reconoció la dama noble levantando sus delgadas cejas.

La risa que resonó hizo que las mejillas de Emilia se sonrojaran.

Sir Thomas Perrot, el Caballero Congelado, trotó hacia el pabellón para honrar a la reina. Pero, antes de que pudiera colocarse frente a la soberana, Emilia sacó una cinta de su cabello y se inclinó sobre la baranda, agitando el trozo de seda blanca.

–¡Un favor para ti, señor!

–¿Acaso esa niña se está burlando de mí, Hunsdon? –vociferó la reina de pie, vibrando de ira.

El rostro del lord chambelán palideció, y Emilia se dio cuenta de inmediato de su error. Distraer a un caballero que iba a rendirle homenaje a la reina no era solo una tontería. Era casi una traición.

–Es nueva en nuestro mundo, Majestad –dijo Hunsdon–. No se está burlando de vos.

–Entonces se burla de ti –espetó la reina Isabel–. Debes enseñarle a comportarse. Mímala como a una niña y se comportará como tal.

Los dedos de Emilia se apretaron en sus faldas. Era como si todos conocieran su secreto: se suponía que era una cortesana, pero seguía siendo una doncella que Hunsdon nunca había tocado. Seguía siendo la niña que todos pensaban que era.

Cuando finalmente tuvo el valor de levantar la mirada, el caballero ya iba por medio camino del campo de justas. La reina se había sentado. Y Hunsdon había desaparecido.

Emilia se despertó de un salto y se incorporó en su cama justo cuando la vela solitaria de su habitación se apagaba. Se había quedado dormida esperando a que Hunsdon regresara a Somerset House. Habían pasado horas, a juzgar por el cielo nocturno. Se puso su capa de brocado, se calzó las pantuflas y se deslizó por el pasillo hacia la alcoba de Hunsdon. Nunca la había invitado a entrar allí, aún.

Llamó, pero no hubo respuesta, y cuando giró el pomo y asomó la cabeza, vio solo un débil fuego y la cama vacía.

En el banquete posterior al torneo, Hunsdon se había sentado en un extremo de la larga mesa, a kilómetros de distancia de Emilia. Ella había mantenido una conversación educada con el tercer hijo de un conde que comenzaría en Cambridge el siguiente trimestre. A su otro lado se había sentado una viuda que se quedó dormida después del primer plato.

Solo había hablado una vez con Hunsdon, brevemente, al final de la comida. Él había dicho que su vuelta a Somerset House se vería demorada. Ella debía regresar sin él.

Emilia se movió con confianza por las habitaciones a oscuras. Sintió las lágrimas espesar su garganta. Había llegado a dominar Somerset House justo a tiempo para el momento en el que la echarían de allí.

La puerta del estudio del lord chambelán estaba entreabierta, y pudo oír el rasguño de su pluma antes de asomarse. La cabeza de Hunsdon estaba inclinada sobre su mesa de escritura, con papeles apilados y esparcidos en cada centímetro. La chimenea brillaba como la boca de un diablo; un candelabro goteaba cera sobre algunas de las páginas cerca de su mano izquierda.

–Tampoco podía dormir –dijo sin mirarla. Su pluma rayó varias líneas de texto–. ¿Sabes? A veces creo que trabajo mejor en la oscuridad de la noche.

Ella entró en la habitación, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella.

–Esto –continuó, como si ella le hubiera preguntado– es una obra encargada por los Hombres de Lord Strange. Antes de que puedan representarla, tienen que pasar en limpio el manuscrito del

dramaturgo y enviármelo para su revisión –escribió una nota en el margen–. Mi papel es el de otorgar licencias y censurar. Principalmente, hago cortes y sugerencias. Pero en algunas ocasiones he tenido que encerrar al dramaturgo en la Torre por crear algo problemático.

–¿Problemático? –Emilia dio un paso adelante.

–Obras que son traicioneras. Demasiado religiosas. Anticristianas. Incendiarias –se encogió de hombros–. El único texto que no puedo censurar es el discurso de un payaso, ya que por lo general el actor lo improvisa en el momento –Hunsdon levantó la mirada por primera vez desde que Emilia había entrado–. La palabra sin pensamiento puede ser bastante peligrosa, ¿no crees?

–Lamento mis acciones de hoy, milord –musitó Emilia, casi sin voz.

–Lo sé –la expresión de él se suavizó. Con un suspiro, trazó una línea a través de un diálogo.

Ella se acercó, cruzando la mesa, hasta que las yemas de sus dedos pudieron descansar sobre la misma hoja de papel.

–¿Por qué es tan amable conmigo? –inquirió.

–¿Qué razón tengo para ser de otra manera? –Hunsdon dejó su pluma mientras respondía.

«Es un buen hombre», pensó Emilia. No había sido un lugar terrible para aterrizar. Miró hacia abajo a las páginas esparcidas sobre la mesa de escritura de Hunsdon. Su vida podía verse como una tragedia, o podía ser una comedia. Era tan solo una cuestión de perspectiva.

Emilia dio otro paso hacia adelante, hasta quedar del mismo lado de la mesa que Hunsdon. Colocó sus manos a cada lado de su silla y luego recorrió con las palmas desde la punta de sus codos hasta la pendiente de sus hombros, para finalmente tomar su rostro entre las manos. Desde esa corta distancia, pudo ver la delicadeza de la piel alrededor de sus ojos, el brillo plateado en su barba. Se inclinó hacia adelante como Isabella le había enseñado, y lo besó.

Sintió cómo Hunsdon aspiraba aire de su cuerpo. No se acercó a ella, pero flexionó los dedos con fuerza sobre los brazos tallados de la silla. Emilia dejó que su lengua se moviera por los labios de él y giró hasta sentarse en su regazo.

Le dio un beso según las reglas. Se imaginó a sí misma como una actriz en un papel, como una mujer enamorada. *Gira aquí, muerde allá, ahora succiona*. Durante unos largos y lentos momentos, se concentró solo en la boca, al tiempo que le deslizaba los dedos por el cuero cabelludo, hasta que él comenzó a besarla de vuelta con urgencia. Entonces Emilia se levantó y tomó la mano de Hunsdon.

–Venga a la cama, milord –dijo suavemente, alcanzando el candelabro para guiar su camino.

Él la siguió como una sombra hasta su habitación. Emilia lo llevó hasta el borde de la cama y colocó el candelabro en la mesa de noche. Desató su bata y sostuvo ambos lados sobre sus pechos, sin moverse hasta que sus manos dejaron de temblar.

«El mundo entero es un escenario, y todos los hombres y mujeres meros actores», se dijo a sí misma. Emilia sabía que al final de una obra los actores se despojan de la piel de su arte y se convierten en las versiones más auténticas de sí mismos. Era lo mismo ahora. La verdadera Emilia, la de su corazón, estaba enterrada bajo capas y capas de artificio, pero no era simplemente una actriz en esta producción. ¿Podría ella escribir su propia historia?

Era la sensación más curiosa, ser parte de una escena pero no estar en ella. Emilia sabía objetivamente que estaba quitándose la túnica, que se había colocado frente a la chimenea para que la luz delineara su silueta, pero sentía como si todo eso le estuviera sucediendo a otra persona.

Mientras desnudaba a Hunsdon, pensó en la forma rítmica en que la respiración entraba y salía de él, como si fueran versos. La cortina de su cabello los cubrió a ambos mientras ella se sentaba sobre él con las piernas a cada lado de su cuerpo desnudo. Le puso la mano en la mejilla y cuando pronunció la siguiente frase había tal honestidad en ella que la frontera entre realidad y ficción se desdibujó.

–Aunque no es amor, hay algo que me dice que no quisiera perderlo, milord –susurró.

Él hizo que ambos giraran, de modo que quedó arriba, con su miembro presionado contra ella.

–Llámame Henry –la corrigió, y embistió.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Emilia. Mientras él se movía –una, dos, tres veces–, miró hacia arriba, al rosetón de seda del dosel. Sintió cómo el cuerpo de él se endurecía y terminaba en ella, para luego rodar hacia su lado. «Ya está hecho», pensó.

–¿Tú te encuentras bien? –murmuró él.

¿Cómo responder a eso? No a lo de «bien». Estaba bien, aunque un poco dolorida. Era la primera parte de la pregunta: el «tú». Ya no estaba segura de quién era ella.

Cuando lo escuchó roncar suavemente momentos después, dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Podría haberlas secado, o podría haberse levantado para limpiarse, pero no deseaba perturbar a Hunsdon.

Hunsdon se acostumbró a llegar a casa desde la corte para encontrar a Emilia en su estudio, absorta en una de las copias de las obras a limpio que le enviaban para revisión. Ella le daba un resumen y le decía qué obras eran aburridas y cuáles tenían versos que la dejaban sin aliento. A veces, le decía que la historia estaría mejor si una escena pasara del acto IV al acto II, o que cierto personaje no era auténtico. Para sorpresa de Emilia, a Hunsdon parecían importarle sus opiniones y no le molestaba que le hiciera preguntas.

El teatro, como todo lo demás, era un negocio. Las compañías –los Hombres de Lord Strange, los Hombres de Lord Pembroke– encargaban a los dramaturgos que escribieran algo que se adaptara a su elenco de actores. A medida que las compañías cambiaban, se disolvían y se reorganizaban, las obras se modificaban para poder mostrar mejor a un nuevo actor o una nueva escenografía. Para estos cambios, se contrataba a cualquier escritor, no necesariamente al original. Los guiones se escribían rápido y de manera descuidada, para consumo del público. En esto, pensaba Emilia, las obras eran como los carruajes. No importaba de qué estuvieran hechos, siempre que te llevaran de un lugar a otro. Y sin embargo, había una diferencia entre el carruaje que uno alquilaría para llegar a una

posada fuera de Londres y el que se hacía para la reina, tallado y dorado, adornado con plumas de avestruz.

Varios meses después de que empezara su nueva vida, la primera obra que Emilia había leído en el estudio de Hunsdon llegó al escenario. Como lord chambelán, Hunsdon asistía a todas las nuevas representaciones en Londres. Como amante del lord chambelán, Emilia también.

El teatro Rose se había construido en Bankside, lo que significaba que los espectadores tenían que cruzar el río en barca para asistir a una función. Pero las dos mil personas que se agolpaban en el patio del teatro sugerían que eso no era un impedimento. El edificio era un polígono de madera hecho de caña y yeso, con techo de paja. En la entrada, una mujer sostenía una caja de madera, una oficina portátil donde los que planeaban estar de pie pagaban su moneda por la entrada. También había asientos en el balcón y gradas con sillas acolchadas, pero Hunsdon llevaría a Emilia al palco privado de los nobles.

Las banderas negras que ondeaban al viento indicaban que la obra de ese día, *Maquiavelo*, era una tragedia. Hunsdon la condujo a través de la multitud, más allá de los hombres que orinaban contra el lateral del teatro, de una mujer que vendía ostras y naranjas, y de un puritano que condenaba el pecado del teatro desde lo alto de un cajón vuelto del revés.

Cuando estuvieron situados en su palco, Emilia se inclinó sobre la baranda para tener una mejor vista del escenario y los bastidores, desde donde alguien podría hacer una entrada volando, o donde podrían esconderse fuegos artificiales para simular escenas de batalla. Cuando leyó la obra en el estudio de Hunsdon, Emilia había visto una explosión de cañón real escrita en las direcciones escénicas. La obra trataba sobre los extremos a los que un gobernante podía llegar para garantizar la seguridad de su imperio, incluyendo el asesinato y el engaño. Esto había dado pie a una conversación con Hunsdon sobre la peor mentira que cada uno había dicho. Él le había confesado haberle dicho a Leicester años atrás que la reina ya no deseaba su compañía, con la esperanza de que, si su amante se hacía a un lado, cesarían los rumores de que la soberana

tenía un romance. En cambio, la reina había suspirado por la compañía de Leicester, se habían reconciliado, y habían pasado aún más momentos íntimos juntos.

Emilia le contó a Hunsdon sobre una vez en que, siendo pequeña, había roto uno de los instrumentos de su padre y culpado a su primo, quien había recibido el castigo. No era en realidad su peor mentira. Aunque le decía que era feliz cuando estaban en la cama, en realidad deseaba algo más.

–Ten cuidado, querida –dijo él, sujetándola por la cintura y apartándola de la baranda–. Podrías caerte tres pisos, ¿y entonces qué haré?

–Volver a montarme, ciertamente –dijo ella inclinándose y dándole un beso en la mejilla.

Hunsdon pasó su brazo por el respaldo de su silla acolchada. La observaba, y su propia sonrisa se ampliaba con la de ella. Emilia había notado que él hacía eso a menudo: la llevaba a lugares que la deleitaran solo para poder ver esos sitios de nuevo a través de sus ojos.

–Seguramente ya habrás venido al teatro antes.

–Sí –respondió Emilia–. Pero la vista desde aquí lo hace parecer nuevo.

Había asistido a funciones con la condesa y con sus parientes, quienes solían ejecutar los interludios musicales de las obras. De hecho, ahora divisaba a uno de sus primos afinando su laúd en el área cerca del escenario donde se sentaban los músicos.

Como era una obra nueva, costaba el doble que una obra de reposición.

–¿Qué pasará si la obra tiene éxito? –preguntó Emilia.

–Los Hombres de Lord Strange la incorporarán a su repertorio – Hunsdon se encogió de hombros.

Sabía que no había término medio. Si el público reaccionaba bien, la obra sería un éxito. Si empezaban a arrojar comida a los actores o abucheaban la función, nunca se volvería a representar.

Al oír el grito estridente de una mujer que vendía tabaco, Emilia miró hacia abajo. Había mujeres que ofrecían bocadillos abriéndose paso entre la multitud. También había mujeres maquilladas –que

probablemente trabajaban en lugares como el burdel que había visitado– en los brazos de hombres, haciendo de acompañantes. Casi la mitad de las personas apretujadas en el Rose eran mujeres.

–Milord –preguntó–, nos vimos por primera vez en una mascarada, ¿cierto?

–Un recuerdo entrañable –dijo Hunsdon, acariciándole el brazo.

–¿Por qué una mujer puede actuar para la reina, mejor dicho con la reina, pero no en el escenario del Rose?

–Porque no necesitamos darles más motivos a los puritanos para que ardan de indignación –explicó Hunsdon–. La corte es… bueno, un recinto seguro, alejado de miradas indiscretas.

Emilia pensó en el hombre sobre el cajón en el patio, que escupía mientras maldecía a quienes elegían el entretenimiento sobre la moralidad.

–Los puritanos creen que todos los aquí presentes estarían mejor trabajando o rezando –agregó él con la vista fija en el patio de butacas, donde dos hombres ebrios habían empezado a pelearse–. A sus ojos, el teatro ya atrae a paganos y deplorables. Que una mujer interpretara un papel sería aún más indecente.

Bueno, pensó Emilia. En cierto modo, ella también era una mujer interpretando un papel.

Vio a un joven entre bastidores, que probablemente haría uno de los papeles femeninos. Se colocaba un almohadón bajo su falda para simular un vientre de embarazada. Qué vida tan encantadora: jugar a ser mujer y luego quitarse el disfraz al final del día para andar por el mundo con los privilegios de un hombre.

–Milord –dijo Emilia–, si es indecente que una mujer actúe en público, ¿podría aportar en privado?

–Algunas damas tienen acciones de las compañías –admitió él–. Y las costureras crean los trajes y tocados que se usan…

–Sí, pero, ¿alguna vez las mujeres escriben las obras?

–Emilia, eres de lo más divertida –él parpadeó y luego rio.

Aquella noche, cuando Hunsdon fue a verla, ella llevaba un vestido que había comprado –a crédito de él– a una costurera que trabajaba

para un teatro. Era diáfano, con plumas de avestruz cosidas en el cuello y en los puños. No llevaba nada debajo, y Emilia observó cómo los ojos de él destellaron cuando notó la sombra entre sus piernas y las marcas oscuras de sus pezones.

–Tu escudo tiene un cisne, ¿no es cierto? –dijo ella, que ya no lo llamaba de usted, deslizando el vestido por sus hombros–. Quizás yo podría ser Leda, y tú podrías ser Zeus.

–¿Acaso Leda no rechazó al cisne?

–Entonces yo seré el cisne –propuso Emilia con una sonrisa–. Y moriré en la música –agregó sugerente, levantando una ceja.

–Una *petite mort*, espero –dijo Hunsdon, usando el término francés para referirse a un orgasmo. Que él ciertamente tendría y ella ciertamente no, aunque le haría creer lo contrario. De su bolsillo sacó un collar de rubíes engarzados en oro. Costaba fácilmente más que la casa de infancia de Emilia.

–Quizás, si mi cisne aceptara llevar un collar, podría hacer que se quede a mi lado.

–Henry –susurró Emilia–. Es hermoso.

–Como tú –dijo él.

Ella sostuvo el collar en sus manos y sintió cómo el metal se calentaba con su toque. Se lo colocó alrededor del cuello. Luego salió del vestido, completamente desnuda, y caminó hacia Hunsdon. A veces, la falta de disfraz podía ser un disfraz.

Tocó el collar y recitó los versos finales de un soneto de sir Thomas Wyatt, que se decía estaba inspirado en su trágico amor por la madre de la reina, Ana Bolena.

–«Y grabado con diamantes en letras claras –dijo Emilia, con voz ronca–, está escrito, alrededor de su hermoso cuello: "Noli me tangere", pues del César soy, y difícil de capturar, aunque parezca mansa».

Emilia deslizó sus dedos desde el cruce de sus muslos –y pasando entre sus pechos–, hasta el rubí que colgaba más bajo del collar.

–¿Me queda bien, milord? –preguntó.

Esa noche no pudo dormir, así que se dirigió al estudio de Hunsdon, con su pila creciente de copias pasadas a limpio de nuevas obras que necesitaban revisión. Se había puesto un grueso camisón de franela y su bata más pesada. Tenía la necesidad de cubrirse tras haber estado tan expuesta. Todavía llevaba el collar, que ardía como un hierro candente sobre sus clavículas.

Quizás leer un poco la haría adormecerse lo suficiente como para olvidar en quién se había convertido.

No era el sexo lo que la incomodaba. Emilia entendía ahora que su cuerpo era un instrumento. Su alma era la melodía, y le pertenecía solo a ella.

Era una música talentosa, lo llevaba en la sangre. Pero tocar las notas en el orden correcto no era lo mismo que componerlas. No había sido hasta esa tarde, en el palco de la nobleza en el teatro de la Rosa, cuando comprendió verdaderamente la magia de la invención, de poner algo nuevo en el mundo que echaría raíces en el oído del oyente. Qué poder tan increíble era crear algo de la nada.

Esa tarde, en un momento, había dejado de mirar la obra y había observado al público. Vio los gestos de asombro cuando un actor revelaba ser un villano, y las risas cuando el bufón aparecía en escena para romper la tensión. Escuchó gritos de advertencia cuando el público estaba tan conectado con los personajes que no quería que les sucediera nada malo. Escuchó los sollozos ahogados cuando, en el último acto, el personaje más virtuoso moría.

Un escritor había tomado una hoja fresca, en blanco, y con ella, había hecho sentir a tres mil desconocidos.

Miró hacia la mesa de escritura de Hunsdon. Había cuatro obras nuevas. *Una historia de Pompeyo*, *La bella doncella de Italia*, *Abraham y Lot;* la última se llamaba *El reinado de un gran rey*. La tomó y ojeó las primeras páginas. La escritura era rígida, los personajes aburridos, la trama tediosa. Emilia adelantó un poco para ver si mejoraba, pero eso parecía más una tragedia que historia, a juzgar por la pésima calidad de la escritura.

Emilia bostezó ruidosamente. Podría ser una obra terrible, pero estaba sirviendo como un excelente tranquilizante.

Incluso mientras se le cerraban los párpados, pensaba en cuánto podría mejorar la historia si se eliminara todo el segundo acto; si el personaje de Eduardo III estuviera casado con la reina Felipa, pero deseara a la condesa de Salisbury, cuyo castillo debía asaltar.

Eso sí era una historia.

Le había preguntado a Hunsdon si las mujeres escribían obras alguna vez, y, al parecer, no podían. Pero eso no significaba que no debieran hacerlo.

Emilia tomó el montón de papeles y colocó esa obra al fondo de la pila de Hunsdon, pensando en protegerlo de tener que leerla a primera hora de la mañana. Su mirada se detuvo en las líneas escritas en la parte superior de la página: el título de la obra y su autor.

«Podría hacerlo mejor que este hombre», pensó. Pero, cuando llegó a su habitación, ya había olvidado el nombre de William Shakespeare.

MELINA

Agosto de 2023

Una vez al mes, Melina y Andre dinamitaban una parte demasiado importante de sus sueldos en bebidas que costaban más de lo que valían en Sardi's. En un principio famoso por atraer a las estrellas de Broadway, el restaurante se había convertido en un imán para turistas y para las damas elegantes de las funciones de miércoles por la tarde, hasta que llegó a estar tan pasado de moda que volvió a estar *in* otra vez. Melina y Andre se sentaban en la barra del piso de arriba y pedían *Dirty Martini* con una porción extra de aceitunas rellenas de queso azul, que aprovechaban como su cena. Fingían ser grandes figuras del negocio: Andre hablaba de directores con los que trabajaba en la oficina de *casting* y Melina mencionaba nombres de productores que, en realidad, habían rechazado sus obras, y ambos miraban de reojo a ver si alguien les prestaba atención. Mientras tanto, susurraban y señalaban a Frank DiLella –el elegante periodista de teatro de NY1– mientras tomaba una copa al otro lado del bar y revisaba su teléfono, o a Tom Schumacher –gran referente de Disney Theatricals–, que lucía unas gafas rojas extravagantes y tenía una pequeña corte alrededor en su mesa de la planta baja.

Melina había llegado al restaurante a las cuatro, dos horas antes que Andre, por lo que se vio forzada a estirar un martini de quince dólares hasta su llegada. Había pasado el día revisando ofertas de empleo e ignorando deliberadamente su obra terminada sobre Emilia Bassano, que yacía en su portátil desde la noche en que decidió no

enviarla al Village Fringe Festival. De todas maneras, percibía su presencia de forma constante, como si emitiera radiactividad.

Finalmente, Andre se deslizó en la banqueta junto a ella.

–Santo cielo –dijo–. Soy más sudor que hombre –miró a Melina–: ¿Por qué no estás hecha un desastre?

–¿Porque llevo aquí dos horas?

–¿Llego tarde? –Andre tomó su bebida aguada y dio un largo sorbo.

–Sí, pero además yo llegué temprano.

–Adivina qué –dijo Andre, sacando un papel ligeramente húmedo de su bolsillo–. Te conseguí un trabajo de niñera. Solo es por una semana, pero es para una coreógrafa con un bebé de seis meses. Tiene audiciones de baile y la niñera tiene covid.

–¿Le juraste que no soy una asesina en serie y decidió creerte? –Melina le quitó el papel de la mano.

–Oh, no –dijo Andre, serio–. Quería específicamente una asesina en serie. Después de matar a su repartidor de UPS, puedes dejar tu obra en su mesita de noche.

–No hay coreografías en mi obra. No es un musical.

–Me encanta que esa sea la parte de la frase sobre la que tienes algo que objetar –dijo riendo mientras le hacía señas al camarero para que se acercara.

No era por el bebé. O al menos, eso era lo que se decía Melina a sí misma. Había tenido que llegar a las ocho de la mañana, porque Ulla, la coreógrafa, quería asegurarse de que su hija, Isadora, se familiarizara con Melina antes de que ella saliera a trabajar a las nueve. La primera hora consistió en que Melina jugara con la bebé mientras Ulla observaba desde la puerta, tomando café y vigilando cada movimiento.

Finalmente, Ulla se fue, y le dejó a Melina diez páginas de instrucciones sobre cómo cuidar a su hija. Isadora se quedó dormida media hora después, así que Melina la puso en su cuna y comenzó a leer el documento. Contenía notas de todos los comportamientos que Ulla había observado en las cámaras de niñera y que no le

gustaban y, por lo tanto, no permitía. Algunos, por supuesto, tenían sentido, como «No uses el móvil en nuestra casa» o «No dejes a la bebé desatendida».

Pero otros eran indicaciones como «No comas frente a Isadora; es injusto para sus sentimientos», «No dejes a la bebé en su cuna mientras usas el baño» o «No lleves a la bebé al baño contigo, porque no hay cámaras ahí».

Cuando Ulla regresó, Melina tenía tantas ganas de ir al baño que casi no podía estar de pie.

–Nos vemos mañana –dijo Ulla, con desgana.

–En realidad –dijo Melina con una sonrisa–, no podré venir. Lo siento mucho, pero me surgió una oportunidad de carrera que no puedo dejar pasar.

En el tren de regreso a la ciudad, Melina comenzó a repasar formas de decirle a Andre que había renunciado al trabajo que él le había conseguido. Estaba acalorada, cansada, olía a vómito de bebé, y tenía menos de cuatrocientos dólares en su cuenta. Con un suspiro, revisó los correos electrónicos en su teléfono. Uno era una notificación sobre un pago atrasado de su seguro médico, que eliminó de inmediato. Otro era del boletín de exalumnos del Bard. En la primera página estaba su antiguo asesor de tesis, el profesor Bufort, con un joven protegido que ya tenía una obra en producción en Broadway. Era la tercera vez desde que Melina se había graduado que uno de los estudiantes de tesis de Bufort –todos, inteligentemente, y con suerte para ellos, hombres– llegaba a las grandes ligas.

Como si necesitara que le echaran sal a la herida, el siguiente correo que abrió era del Village Fringe. Probablemente era una respuesta automática para recordarle que nunca había completado su proceso de solicitud.

Estuvo a punto de eliminarlo, pero entonces leyó el asunto: *Re: FELICITACIONES*.

Perdón por el retraso, el correo original nos vino devuelto y acabamos de encontrarlo en nuestra carpeta de spam. Por favor, ver debajo.

Melina escroleó hacia abajo.

Su obra ha sido seleccionada por Felix Dubonnet junto a otras cuatro para una lectura dramatizada en el Village Fringe Festival de este año. Por favor, acompáñenos en un cóctel en The Place Theater, el 7 de agosto a las 7 p.m. para conocer a los otros ganadores. RSVP: solo si no va a asistir.

¿Qué? Un error, claramente. No podía ser finalista en una competición en la que nunca se había inscripto para empezar.

Melina leyó el mensaje de nuevo. Esta vez, prestó atención al encabezado que había pasado por alto antes, apurada por llegar a lo más importante del párrafo.

Sr. Mel Green.

No Melina. *Mel.*

Señor.

Un frío escalofrío recorrió su espalda. «Andre, ¿qué demonios has hecho?», pensó.

Cuando Andre llegó a casa, Melina estaba sentada esperándolo.

–Hace tanto calor fuera, estoy sudando como una *drag queen* en un mítin de DeSantis... –se interrumpió y miró a Melina con más atención–. ¿Qué diablos te pasa?

–¿Qué me pasa a mí? –repitió Melina, soltando una risa–. Veamos. Primero, dejé el trabajo de niñera...

–¿Qué?

–Y, como soy una idiota, me pasé una hora en el tren pensando: «¿Cómo le voy a contar esto a Andre sin herir sus sentimientos?». Porque eso hacen los amigos, Andre. Aceptan las cosas. No van por detrás...

–Alto –Andre levantó la palma de la mano–. Está bien, está bien. Cuando te dije en la tienda de ropa de segunda mano que con ese suéter parecías Mary Berry fue porque lo quería para mí.

–No me importa el suéter –gruñó Melina. –¿Quieres explicarme por qué el Village Fringe me ha mandado un correo diciendo que mi obra está entre las finalistas?

–¿Qué? ¡Eso es increíble! –los ojos de Andre se abrieron de par en par.

–No, lo increíble es que ni siquiera sabían que yo había escrito una obra. Considerando que no la envié. ¿Recuerdas? *Prosecco*. Felix Dubonnet. Para qué molestarse.

–Sí, sí –dijo Andre, agitando la mano–. Tuve resaca durante cuarenta y ocho horas.

–Porque estabas borracho. Y los borrachos hacen estupideces.

–Creo que recordaría si... –la voz de Andre se cortó y cerró la boca–. Oh, mierda.

–Por el amor de Dios, Andre –Melina se desinfló como un globo pinchado.

–Pensé... Pensé... –se desplomó junto a ella en el sofá–. No pensé nada. Solo envié la solicitud.

–No te subestimes –dijo Melina–. Cambiaste mi nombre para que Dubonnet piense que soy un hombre. Felicidades. Funcionó.

–¿Y qué vas a hacer?

–Buscar un nuevo compañero de cuarto –dijo Melina– Pero antes les voy a responder para decirles que fue un error.

–Quizás deberías esperar –sugirió Andre.

–No puedo. Mañana hacen un encuentro en The Place.

–No respondas. Tengo una idea –dijo Andre.

–Estás bromeando, ¿verdad? –Melina levantó las cejas.

–Ya lo sé, ya lo sé, pero escúchame. En vez de enviar un correo, ve al encuentro y explícale el malentendido al director artístico –sugirió Andre.

–¿Por qué... debería humillarme frente a una audiencia? –preguntó Melina.

–Esa es la idea –explicó Andre–. Si hay una audiencia, tal vez Dubonnet no podrá decir que cambió de opinión sobre la obra solo porque fue escrita por una mujer. Quiero decir, tú te llamas Mel.

–Solo para ti.

–Irrelevante –interrumpió Andre–. Tal vez pensó que eras un hombre, pero tendrá que mantener tu obra en el festival, o parecerá un imbécil absoluto –cuando Melina dudó, Andre le apretó la mano–. Tu obra es muy buena, Mel –dijo suavemente–. Merece esa lectura. Tú mereces esa lectura. ¿Qué importa si pasó por encima de un

misógino por accidente? Puedes contarle eso al *Times* cuando te entrevisten por tu nominación al Tony.

–Gracias por ser mi fan número uno –Melina suspiró.

–Ahora mismo soy tu *único* fan, pero esta oportunidad podría cambiar eso.

–Está bien –dijo finalmente mirándolo a los ojos–. Pero vienes conmigo. Serás mi acompañante para el apoyo emocional. Y todo esto es culpa tuya.

–Con una condición –dijo Andre mirándola de arriba a abajo–. Dejas que yo te vista para la ocasión. Porque ahora mismo pareces una extra de *Los miserables* después de la barricada, y hueles a vómito de bebé.

–Casualmente, eso también es culpa tuya–suspiró Melina y se recostó hasta ser absorbida por el sofá.

–Mierda –Melina se torció el tobillo otra vez mientras perseguía a Andre por la calle hacia el teatro The Place–. Andre, espera.

–Tienes que moverte más rápido. Ya es muy tarde –respondió Andre mirándola por encima del hombro.

Sudando, llegaron al edificio y empujaron las puertas de cristal. Al entrar, los envolvió el frío del aire acondicionado, una música clásica suave y el murmullo de la gente que hacía contactos.

Por un momento, ambos se detuvieron, escaneando la sala. Había unos veinte invitados en el vestíbulo. Melina era la única mujer, excepto por las camareras que repartían miniquiches.

–Es como un... harén masculino –susurró Andre.

–Eso no existe –murmuró Melina.

–Estaba tratando de pensar en un lugar donde las mujeres no estén permitidas.

–Un monasterio –sugirió ella.

–Un monasterio es lo opuesto a un harén –indicó Andre.

Los ojos de Melina se aguzaron cuando vio al director artístico charlando con un grupo de aduladores. Se preguntó cuál de esos hombres sería su competencia.

–Vamos –dijo, agarrando a Andre de la muñeca.

Antes de que pudieran acercarse a Felix Dubonnet, sin embargo, él los vio. Miró a Andre, sonrió ampliamente y se dirigió hacia ellos. Ambos se quedaron paralizados.

–¿Por qué está...? –susurró Andre.

–No lo sé –murmuró Melina.

Felix Dubonnet era delgado y animado. Tenía ojos verdes y cautivadores, y la cabeza rapada. Melina no podía distinguir si tenía cuarenta o setenta años.

–¡Hola, hola! –exclamó–. El último de nuestro alegre grupo llegó por fin. Soy Felix Dubonnet –extendió la mano a Andre–. Y tú debes ser Mel Green.

Los ojos del director artístico ni siquiera se desviaron hacia ella.

–Hubo un error –dijo Andre–. Esto es...

–Es completamente normal tener el síndrome del impostor –lo interrumpió Dubonnet–. Especialmente, ya sabes, considerando... de dónde vienes.

–¿De Brooklyn? –Andre sonrió beatíficamente a Dubonnet.

Si el director artístico se dio cuenta de que Andre estaba señalando su racismo implícito, no dio señales de ello.

–Créeme. Cuando se trata de talento joven prometedor, no cometo errores. ¿Ya has tomado una copa de champán? –Dubonnet hizo un gesto a una de las camareras–. Dos, por favor, para el Sr. Green y su invitada.

Eso, finalmente, sacó a Melina de su aturdimiento.

–Sr. Dubonnet, si pudiéramos tener un minuto de su tiempo...

Antes de que él pudiera hacer algo más que sonreírle a Melina con indulgencia, un joven delgado se acercó a Dubonnet y le susurró unas palabras al oído.

–Ah –dijo el director artístico–. El deber me llama. Debo ir a buscar a nuestro invitado especial. Más tarde hablamos, ¿de acuerdo? –se volvió hacia la multitud y golpeó su propia copa con un bolígrafo–. Amigos –dijo–, por favor, tomen asiento en el teatro.

Todos se dirigieron hacia el auditorio, dejando a Melina y Andre con los camareros.

–¿Y ahora qué demonios hacemos? –preguntó Melina.

–Obviamente va a anunciar los nombres de los escritores y las obras allí... donde podremos corregirlo. Es aún mejor, porque habrá una audiencia cautiva y no podrá retractarse.

Melina vació su champán de un solo trago. Guio a Andre hacia el teatro, que tenía capacidad para doscientas personas. Sin embargo, como era una reunión íntima, los asistentes se sentaban en las primeras dos filas.

Una luz se encendió en el centro del escenario, y Felix Dubonnet entró desde el lado izquierdo.

–Es un honor darles la bienvenida a todos a The Place. Los finalistas de este año en el Village Fringe son los mejores que tuvimos jamás. Pero, antes de presentarles a los escritores, quiero anunciar una pequeña sorpresa. Este año, sus obras no solo serán leídas en una puesta en escena, sino que también recibirán una reseña en una columna especial que celebrará los diez años del festival, escrita por el estimado crítico de teatro del *New York Times*...

La sala pareció cerrarse alrededor de Melina.

–i… el mismísimo Jasper Tolle! –terminó el director artístico con un gesto grandioso, y, en ese momento, el enemigo de Melina subió al escenario.

Si había algo que Jasper Tolle odiaba, además de los insípidos musicales de gramola, era estar sobre el escenario. Prefería mucho más el anonimato del público.

Sabía cómo lo llamaba la gente. Jasper Troll, Jasper Tonto. Aunque era común que lo acusaran de no tener emociones (¿cómo podría ser tan quirúrgicamente destructivo en sus críticas, si no?), eso no era cierto, porque, cada vez que escuchaba uno de esos nombres, le dolía. Había una diferencia entre no tener emociones y tener dificultades para descifrar las emociones de los demás, y esa había sido la historia de su vida. De niño, le decían que era demasiado franco («No le digas a tu madre que se ve mal con ese vestido ni anuncies a tu maestra que tiene datos históricos equivocados»). A menudo lo ponían en un rincón para que «pensara en lo que había

dicho», pero, cuando lo hacía, nunca quería revisar sus palabras originales. Con el tiempo, aprendió a adivinar lo que la gente quería oír y lo que no. Pero ¿acaso una omisión no era igual de mala que una mentira?

Luego Jasper fue a la universidad; Princeton, porque tenía calificaciones perfectas, una puntuación SAT impecable y, además, tenía admisión por legado. A diferencia de su padre y su abuelo, no estaba en el equipo de remo ni se abría paso por el campus rodeado de amigos atléticos. De hecho, Jasper no tenía amigos. Su compañero de cuarto estaba generalmente drogado y apenas reconocía su presencia. Cuando Jasper deambuló hasta una reunión informativa para *The Daily Princetonian*, el periódico de la universidad, no se dio cuenta de inmediato de que había encontrado su vocación.

No sabía nada sobre ser periodista. El crítico de entretenimiento –que hacía reseñas de películas en la ciudad y de espectáculos en el Teatro McCarter– acababa de graduarse y había una vacante. «Todo lo que tienes que hacer es escribir tu opinión sobre lo que ves, Jasper», le dijo el editor en jefe. Así que lo hizo. El mismo comportamiento por el que lo regañaban de niño –decir las cosas como las veía– de repente se había convertido en su trabajo.

Cuando terminó la universidad, sabía que quería hacer eso para ganarse la vida y tenía un portafolio de reseñas que le consiguió trabajo en el *Times*. Su ascenso meteórico, sin embargo, no se debió a sus habilidades como escritor, sino a su brutal honestidad. Al parecer, a los lectores les resultaba entretenido cuando calificaba un espectáculo repleto de disfraces y decorados como «una pavlova» (bonita a la vista, pero que te deja con dolor de estómago); o cuando comparaba a una famosa diva de Broadway –conocida por desafinar– con las gaviotas que chillaban en Chelsea Piers. Decía las cosas que todos pensaban, pero que no expresaban por ser demasiado educados. Las conversaciones en la oficina sobre sus columnas iban desde susurros sobre los directores engreídos que Jasper había reducido a su tamaño hasta apuestas sobre cuánto tardaría en cerrar alguno de los espectáculos que él destrozaba. En 2020, cuando Ben Brantley se retiró como el principal crítico del

Times, Jasper superó a candidatos de más edad y más experimentados y se quedó con el puesto. Eso le valió un aumento, pero también lo libró de reseñar actuaciones vanguardistas menos ingeniosas de lo que creían ser, y parodias de programas de televisión que se presentaban en Off-Off-Off-Broadway *(¡Fuckcession, el musical!* y *Bridgertone, una comedia a capela en la Regencia*).

Jasper era una criatura de costumbres. Vivía en un apartamento del Upper West Side donde tenía exactamente siete plantas, porque había aprendido que no había suficiente luz solar para mantener viva una octava. Todos los días tomaba su café en el mismo local dominicano y tenía el mismo traje Ted Baker en varios colores porque se ajustaba bien a su figura esbelta; ¿para qué reinventar la rueda? Cuando estaba en la oficina, siempre almorzaba lo mismo: un sándwich de pavo con queso de cabra y brotes. Disfrutaba de las comodidades que su carrera le proporcionaba: una colección de pañuelos de seda de todos los colores, un martini helado con Monkey 47, y la posibilidad de asignar a sus subordinados las reseñas de espectáculos que él no quería ver.

Por todas estas razones y muchas más, no quería ser parte del Village Fringe Festival. No era uno de los festivales más conocidos, no estaba dirigido por un director artístico que le agradara y se celebraba en la parte de Manhattan que estaba fuera de la cuadrícula de calles numeradas, y eso aún le resultaba algo incómodo.

La única razón por la que Jasper Tolle estaba allí era porque lo estaban castigando por una reseña que se había vuelto infame.

Para ser justos, la actriz a la que mencionó había hecho un trabajo aceptable en su papel. Jasper solo había señalado la ineptitud del diseñador de vestuario. La cita textual era: *Dado que la Sra. Ogden es mucho más grande que las otras actrices en el escenario, uno habría esperado que el diseñador de vestuario, Dante Tigoletti, la hubiera vestido de manera más adecuada.*

Sin embargo, en lugar de que los lectores se enfocaran en el núcleo de su crítica –específicamente, que su vestuario era un desastre–, Jasper se convirtió en el blanco de una campaña de

desprestigio en redes sociales. La Asociación Nacional para la Aceptación de la Obesidad lo acusó de humillación corporal. Su editor, Don, le sugirió que se retractara, a lo que Jasper respondió por mensaje de texto: *Sobre mi (no humillado) cuerpo muerto.*

Lo siguiente que supo fue que lo habían asignado para cubrir el Village Fringe Festival.

Jasper oyó a Felix Dubonnet (un director engreído que nunca había tenido una idea original en su vida) anunciar su nombre. Con los dientes apretados, apartó el cabello que siempre le caía sobre la frente y subió al escenario entre aplausos. Le estrechó la mano a Felix, resistió la tentación de limpiarse la palma en los pantalones después, y entrecerró los ojos hacia la luz que le impedía ver a los finalistas y al resto de los asistentes. ¿Cómo lograban los actores hacer esto todas las noches y aun así conectar con los humanos en la audiencia?

–... ¿unas palabras?

Los pensamientos de Jasper se interrumpieron cuando se dio cuenta de que Felix quería que dijera algo inspirador a esos novatos. Carraspeó y miró hacia las luces deslumbrantes del escenario.

–Felicidades a los finalistas –dijo–. Espero impresionarme con vuestro trabajo.

Listo. Eso era cierto, ¿no? Aunque no fuera probable. Le lanzó una mirada a Felix antes de continuar.

–El buen teatro, por supuesto, es subjetivo, pero una buena historia es objetiva. Una buena historia hace que el público sienta algo. No dejéis que la práctica del teatro se interponga en vuestra narrativa.

Podía oír a los escritores devorando sus palabras como si fueran fruta madura y ellos hubieran pasado meses en ayunas. Eran halagadoras, pero también eran puro palabrerío. El mero hecho de que todos ellos se hubieran inscrito en ese festival sugería que ya habían bebido el elixir del mundo del teatro. Buscaban reconocimiento y eso les importaba más que su arte.

Pero, claro, tal vez solo querían pagar el alquiler. Forzó una sonrisa.

–Como escribiré sobre los productos finales y también sobre el proceso, quizá me verán en algunos ensayos –dijo–, pero en todo caso, finjan que no estoy ahí. –«Eso es lo que yo haré», pensó Jasper.

Melina no podía respirar. Estaba clavando sus uñas en la muñeca de Andre, pero él parecía igual de atónito de ver a Jasper Tolle.

–¿Estoy sufriendo un golpe de calor? –murmuró Andre.

Ella negó con la cabeza. Desde que había destrozado su obra en el Bard una década atrás, el crítico no parecía haber envejecido en absoluto. Seguía siendo alto y anguloso, con una cascada de cabello pálido que caía sobre su frente y lentes de carey que empujaba hacia arriba por la nariz de vez en cuando. Seguro que solo era su imaginación la que le hacía creer que él la miraba en forma directa.

–¿Rowan? –llamó el director artístico–. Vamos a iluminar la sala.

Las luces de la sala se encendieron. Jasper Tolle se quedó parpadeando. Mientras salía del escenario para tomar asiento, sus ojos pasaron por Melina sin mostrar ningún signo de reconocimiento. No sabía si se sentía aliviada o molesta. ¿Cómo podía una interacción que había marcado la última década de su vida haber sido tan olvidable para él?

–Así pues –dijo Felix Dubonnet, juntando las manos–, os llegará un correo con los detalles, por si tomáis demasiado champán y luego no recordáis lo que estoy a punto de deciros, pero el trabajo comenzará el lunes cuando representantes de la oficina de Tara Rubin hagan el *casting*. Después tendremos un taller de veintinueve horas con los actores, y los escritores serán los directores de sus propias lecturas dramatizadas. Las funciones se llevarán a cabo la semana del 5 de septiembre. ¿Alguna pregunta? –miró a su alrededor–. Ahora, permitidme presentaros entre vosotros. Adam Levant, ¿dónde estás? –un hombre levantó la mano–. La obra de Adam se llama *Quimera*.

Hubo aplausos educados. Melina miró a Jasper Tolle, que estaba escribiendo en un pequeño cuaderno negro.

–Dex McGalpin, cuyo espectáculo es *El océano vacío*... Wade Sugarman, *Enseñanzas de mi padre*...

Una calma se apoderó de Melina. No creía en el destino, pero quizás había una razón por la que Andre, borracho, había enviado su obra. Había una razón por la que Felix Dubonnet había supuesto que su apodo pertenecía a un hombre. Había una razón por la que el maldito Jasper Tolle estaba allí para escribir sobre los finalistas. Por supuesto, los últimos diez años de su vida la habían estado conduciendo a este delgado y afilado punto.

–Y por último, pero no menos importante, Mel Green, con la obra *Con cualquier otro nombre*.

Andre la miró, esperando que ella se levantara y dijera que era la autora, pero Melina le hundió las uñas en la rodilla.

–Levanta la mano –susurró ella.

–¿Qué?

–Levanta. La. Mano.

Andre levantó su brazo con timidez.

–¡Y ahí lo tenemos! –anunció Felix Dubonnet–. ¡Nuestros finalistas del Village Fringe 2024! Un enorme agradecimiento a nuestro invitado especial, Jasper Tolle. Y ahora, de vuelta al champán en el vestíbulo.

El público salió del teatro, y Andre y Melina se quedaron sentados a solas.

–¿Quieres contarme qué está pasando en ese cerebro de ardilla tuyo? –preguntó él.

–Dubonnet ya piensa que eres Mel Green –respondió ella–. Necesito que sigas fingiendo un rato más.

–¿Por qué? –Andre cruzó los brazos.

–Por Jasper Tolle. Pasé diez años paralizada por lo que dijo sobre mi escritura, y ahora tengo la oportunidad de demostrar que estaba equivocado.

–Todavía puedes demostrarle que estaba equivocado si le dices al director artístico que escribiste la obra.

–No, porque, si Tolle me recuerda, no será imparcial. Pero si ve *Con cualquier otro nombre* y se entusiasma con ella..., y luego le

digo que soy la autora..., tendrá que admitir que se equivocó sobre mi escritura.

–No puedo discernir si esto es ridículo o maquiavélico –Andre frunció el ceño.

–¿Por qué no ambos? –sugirió Melina.

–Te olvidaste de un detalle. Si yo soy Mel Green, yo estaré en la sala dirigiendo a los actores... no tú.

–Mierda –murmuró, y luego se iluminó–. Seré tu asistente personal... Andrea.

–Claro –él se rio–, porque los escritores hambrientos siempre tienen de esas.

–Eres ambicioso.

–Un maldito tonto, eso es lo que soy –murmuró Andre–. Por siquiera estar considerando esto.

–No tendrías que hacerlo si no hubieras presionado «enviar» –Melina levantó una ceja y añadió en voz baja–: Me lo debes.

–¿Cómo se supone que voy a faltar al trabajo para esto?

–Son veintinueve horas de ensayo. Podrías tener gastroenteritis –sugirió Melina–. Por favor, Andre. «Todas las ocasiones parecen volverse en mi contra y alimentar mi lenta venganza».

–¿*Macbeth*? –adivinó Andre.

–*Hamlet*.

–No puedo creer que estés citando a Shakespeare para convencerme –dijo Andre y negó con la cabeza.

–Estoy citando a Emilia Bassano –corrigió Melina.

–Piensa que hace dos semanas solo querías que te produjeran una obra –le recordó Andre–. Ahora quieres venganza bíblica.

–Soy ambiciosa –dijo ella.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE – GUION DE ENSAYO

EMILIA

¿Por qué estás aquí?

MARLOWE

Porque la mayoría de las personas me aburren, señora Bassano. Pero no usted.

(Le arrebata lo que está escribiendo y lo lee)

«Cariño», dice ella, «ya que te he encerrado / dentro del cerco de este pálido marfil, / yo seré un parque, y tú mi venado».

(Alzando la vista de la página)

No pensé que la parte más seductora de la cortesana del lord chambelán fuera su cerebro. Hunsdon es todo un diablo.

EMILIA

(Recuperando el papel)

Esto no es sobre Hunsdon.

MARLOWE

Cuéntame.

EMILIA

Venus desea a Adonis, pero no puede convencerlo de quedarse con ella.

MARLOWE

No se me ocurre ninguna obra literaria en la que no sea el hombre quien persuade a la mujer.

EMILIA

¿Es que las mujeres no tienen los mismos deseos que los hombres?

MARLOWE

Es aterrador pensar que vosotras podáis ser tan incontrolables como nosotros.

EMILIA le entrega a **LA MUJER** el papel. Se transforma en el poema impreso *Venus y Adonis*.

LA MUJER

(Leyendo, en tono de advertencia)

«Ya que en su plenitud la Muerte a mi amor destruye, / aquellos que más amen, no gozarán de su amor».

SOUTHAMPTON entra, escribiendo.

SOUTHAMPTON

Soñé contigo anoche; y luego recordé que no dormí en absoluto. Ocupas todas las horas que paso despierto.

EMILIA corre hacia él; se besan, mareados por el sabor del otro.

EMILIA

1588-1592

Emilia tiene entre 19 y 23 años.

Con el paso de los años, Emilia comprendió cómo era no encajar ya en su propio cuerpo. Sus piernas se alargaron, sus pechos maduraron, creció en esos enormes ojos grises y labios carnosos. Esos cambios no pasaron desapercibidos: ni para Hunsdon, ni para los cortesanos –que perdían el hilo de cualquier conversación al verla pasar–, ni para las nobles, que la miraban con celos. Pero nadie parecía darse cuenta de que también su mente estaba creciendo. Desde el balcón de su habitación, Emilia contemplaba las estrellas inconstantes de Tycho Brahe y se preguntaba cuánto debía cambiar el mundo para que uno sintiera el cambio en el universo. Podía llegar a las lágrimas por el azul perfecto de un cielo de verano; sabía que una cama compartida podía sentirse más vacía que dormir sola. A veces se sentía salvaje, llena de conversaciones que no tenía y sueños que no podía compartir.

Era la amante de un lord, una chica que había logrado ascender por encima de su posición y que tendría suerte de quedarse allí, si sabía mantenerse callada.

Los hombres creían que las mujeres debían vivir en los márgenes de sus vidas, en lugar de ser las protagonistas de sus propias historias. Pero ¿por qué Dios le habría dado una voz, si no fuera para usarla?

En público, Emilia jugaba el papel de objeto decorativo. En privado, cuando sentía que se desbordaba de emociones, inteligencia y esperanza, vertía todo aquello en páginas y páginas de poesía, fábulas y fragmentos de diálogo. Emilia escribía desde el punto de vista del ave de rapiña, deleitándose en esos breves momentos de libertad antes de que alguien tirara de las riendas. Escribía cuentos de hadas sobre princesas que bajaban de sus torres de ladrillo y se rescataban a sí mismas. Escribía acerca de personajes femeninos adorados tanto por su mente como por su belleza. Escribía ingeniosos intercambios con hombres que no temían a una mujer que pudiera pensar por sí misma. Escribía sobre lo que debía ser el sexo cuando tu alma estaba tan involucrada como tu piel. Escribía poemas de amor, donde a veces el amor era fuego, otras rutina y, en ocasiones, agonía.

Escondía cientos de páginas bajo el colchón.

No escribía finales felices. Como cualquier poeta real sabe, las mejores historias son aquellas que contienen un grano de verdad.

Wilton House, la residencia del conde y la condesa de Pembroke, era una enorme propiedad de estilo Tudor construida sobre los terrenos de una antigua abadía en Salisbury. Hunsdon había llevado a Emilia al campo en varias ocasiones a lo largo de sus seis años de relación; a todos lados excepto a Hunsdon House en Hertfordshire, donde su esposa, Anne, pasaba la mayor parte del tiempo. Era un gesto de respeto por la mujer que tenía su nombre, pero no su amor. El matrimonio era un contrato comercial: firmabas en la línea de puntos, producías un heredero, y luego buscabas la satisfacción en otro lugar.

La vida de Emilia también era una transacción. Apreciaba a Henry, aunque no se sentía particularmente atraída por él. Ella le entregaba su cuerpo y él le daba seguridad. Pero Henry también le daba la libertad de decir lo que pensaba, al menos dentro de los confines de su hogar. Le pedía su opinión acerca de las obras que le enviaban a él como lord chambelán para su revisión y que Emilia leía. No solo aplaudía la poesía que ella compartía de vez en cuando, sino que su

rostro entero se iluminaba de orgullo en esos momentos, como si él tuviera algo que ver con sus ingeniosas rimas y métrica. Era, en última instancia, su mejor amigo.

Y Emilia sabía que eso lo inquietaba.

Hunsdon estaba en sus sesenta; no estaría aquí para siempre. Aunque ella rezaba para que le dejara una suma en caso de morir, él también quería asegurarse de que hubiera personas en su círculo que la protegieran.

Esa era la razón por la que estaban en Wilton House. Mary Sidney Herbert, la condesa de Pembroke, no era mucho mayor que Emilia, y era una gran mecenas de las artes.

–Creo que tenéis mucho en común –le había dicho Hunsdon a Emilia–. Ella también es poetisa.

Mary Sidney organizaba una especie de salón literario, y los otros invitados de ese fin de semana incluían a Edmund Spenser, Michael Drayton y a un joven llamado Ben Jonson. Esa noche, todos estaban sentados en una sala, mientras un fuego crepitaba en la chimenea y proyectaba sombras sobre los cuadros que cubrían casi cada centímetro de las paredes, retratos de los condes de Pembroke y sus familias. Un cuadro de Mary Sidney con sus cuatro hijos colgaba sobre la repisa de la chimenea. Emilia estaba sentada al lado de Hunsdon, que bebía un cáliz de clarete. Los poetas se habían turnado para leer sus obras, y ahora Spenser se encontraba de pie, recitando un poema épico que estaba escribiendo. Daba la impresión de que tomaba palabras del aire y las trenzaba para evocar al Caballero de la Cruz Roja, que había sido robado por las hadas y criado por ellas, y a su amor, Una, traicionada por un mago que engañó al caballero para hacerle creer que ella no era casta.

Había magia en el lenguaje. Podía hacerte llorar, llevarte al borde de tu asiento, hacerte suspirar de alivio. Podía sacarte del mundo cuando necesitabas escapar, y, en otros momentos, actuar como un espejo de la realidad tal como era. De hecho, Emilia estaba tan absorta en la historia de Spenser que le tomó un momento darse cuenta de que Mary Sidney le había hablado.

–¿Señora Bassano? –repitió.

Las mejillas de Emilia se encendieron.

–Disculpe, milady. Me perdí en el laberinto de belleza creado por el señor Spenser, como el propio Caballero de la Cruz Roja.

–Como todos nosotros –dijo Mary Sidney–. Quizás usted también pueda llevarnos en un viaje.

Sintió la mano de Hunsdon sobre la suya, dándole un apretón. Al darse cuenta de que él debía haberle dicho a Mary Sidney que ella también escribía poesía, Emilia sintió que se le secaba la garganta.

–No podría presumir de compartir mis humildes palabras con hombres que son gigantes del oficio.

–Entonces compártalas solo con una mujer –respondió Mary Sidney levantando una ceja.

Ben Jonson se enderezó de repente. Había pasado la mayor parte de la noche bebiendo, molesto porque el poema de Spenser estaba recibiendo más aplausos que el suyo.

–Vamos, señora Bassano. Somos un grupo amistoso. No mordemos. –Entonces sonrió como un lobo–. A menos que una dama lo pida.

Emilia apretó la mandíbula. Era algo que alguien solo se atrevería a decirle a una cortesana, y le dio el impulso de enfado que necesitaba para levantarse de su asiento.

–Mi verso no es digno de comparación –dijo–. No deseo ofender con mis líneas sin pulir.

–Todo poeta comienza con un trazo en una página en blanco –dijo Spenser con amabilidad.

–Sí –convino Jonson–. Y con gusto le daremos consejos, si lo desea.

–E incluso si no lo desea –agregó Drayton. Una risa se esparció por la sala.

–Muy bien. No tengo una copia para leerles, solo lo que mi mente puede recordar –aclaró Emilia y de inmediato empezó a recitar.

El amor reconforta como el sol después de la lluvia,
pero el deseo se torna tormenta tras el sol.
La tierna primavera del amor siempre fresca se mantiene.
El invierno del deseo llega antes de que termine el verano;
el amor no sacia en exceso, el deseo muere como un glotón,

el amor es todo verdad, el deseo está lleno de mentiras forjadas.

Cuando terminó, todos los hombres la miraban. Se preguntaba qué esperaban de ella... Seguramente algo pastoral sobre una doncella con un cordero en un campo.

–Bien hecho, señora. ¿Es esto una oda al amor, entonces? –sugirió Jonson.

–En absoluto, señor –lo corrigió Emilia–. Es un elogio fúnebre. Pues describe algo que no existe.

–Es raro encontrar a alguien tan joven y tan cínica –respondió él.

–¿Cínica –replicó ella– u honesta? ¿A qué edad debo llegar para aceptar cómo funciona el mundo?

–Sin duda, una mujer puede ver mejor la disparidad entre lo que se desea y lo que se puede alcanzar –añadió Mary Sidney.

–Una mujer... o un poeta empobrecido –enmendó Jonson.

–Imagine ser ambos –dijo Emilia. Se sonrojó, temerosa de haber ido demasiado lejos. Se había acostumbrado demasiado a hablar libremente en el estudio de Hunsdon.

Pero Jonson rio. Cuando la miró de nuevo, cualquier rastro de embriaguez había desaparecido.

–Señora –dijo–, creo que hay más en usted de lo que parece.

No sabía si era un cumplido o una acusación, así que simplemente asintió y tomó asiento junto a Hunsdon.

–Muy bien hecho, querida –dijo él–. Spenser habló tanto de su reina de las hadas que ya es hora de que me retire.

Emilia de inmediato recogió sus faldas para levantarse e irse con él.

–Oh, milord, ¡debe quedarse! –dijo Mary Sidney–. Acabamos de empezar.

–No puedo, pero dejaré la mejor parte de mí –Hunsdon tomó la mano de Emilia y besó sus nudillos–. Quédate –agregó suavemente dirigiéndose a ella–. Esta es tu gente.

Los dedos de Emilia se aferraron a los de él. Hunsdon estaba cansado. La ejecución de María, reina de Escocia, había alterado la relación con el rey escocés, y la reina Isabel tenía a Hunsdon yendo y viniendo para recoger información sobre los movimientos e

intenciones del rey Jacobo. Él había estado fuera de Somerset House durante dos semanas, y al llegar a casa partió de inmediato hacia Wilton House... por Emilia.

Ella asintió, agradecida. Una vez que Hunsdon salió del salón y las copas de los presentes se llenaron con más clarete, Spenser se dirigió a Mary Sidney.

–¿Y nuestra mecenas? ¿Podríamos persuadirla de compartir algunos de sus versos?

El hermano de Mary había sido un cortesano y poeta bien conocido que murió en una campaña militar. Como traductora y poetisa consumada, ella estaba terminando el salterio en el que Philip Sidney había estado trabajando al momento de su muerte.

Para sorpresa de Emilia, sin embargo, Mary no leyó esa poesía. Se dirigió a un escritorio y sacó una pequeña pila de papeles.

–Ya que el lord chambelán se ha retirado –dijo–, tal vez podamos contar con la discreción de madame Bassano.

Mary dejó un pequeño folio, atado con una cinta, en la mano de Emilia.

Emilia se dio cuenta de que los demás tenían también folios, como los papeles que recibían los actores cuando se distribuía una copia pasada a limpio para una compañía.

–Asigné los roles según el sexo y la arrogancia –puntualizó Mary Sidney, sonriendo–. Yo, por supuesto, seré Cleopatra. Madame Bassano, usted será tanto Eras como Charmion, mis asistentes. Spenser, ya que fue el que nos cautivó más tiempo esta noche, será mi Antonio.

–¿Una obra? –dijo Emilia–. ¿Usted ha escrito esto?

En todos los años que había estado con Hunsdon, nunca había visto el nombre de una mujer en un manuscrito. Sintió su corazón latir con fuerza, una sola vez, en su pecho, como si estuviera aprendiendo un nuevo ritmo.

–Robert Garnier escribió el original: *Antoine* –explicó Mary Sidney–. Yo lo traduje.

No estaba permitido que una mujer tradujera obras para presentarlas en un escenario público, por lo cual Mary decidió

presentar esta obra como un drama de salón en su propia casa. Emilia se preguntó si, de saberlo, Hunsdon se opondría.

–Abrimos en el último día de la vida de Cleopatra. Antonio fue derrotado por César y sabe que lo honorable es quitarse la vida. Cleopatra se enfrenta a la pérdida de su reino y del hombre que ama –Mary Sidney miró a su alrededor–. ¿Comenzamos?

Si la poesía no estaba a la altura de las metáforas de Spenser, Emilia no lo notó. Lo que vibraba en las páginas era una sensación de pérdida, de asfixia. Cuando Cleopatra suplicaba al tutor de sus hijos que cuidara de ellos después de que ella se quitara la vida, ya era bien pasada la medianoche.

Mary Sidney extendió dramáticamente una mano.

–¡Ah, se me parte el corazón! Por sombríos bancos del infierno, por campos donde vagan los fantasmas solitarios... Por mi alma y la de Antonio, te lo suplico, Eufron, cuida de ellos.

Mary miraba directamente a Emilia, aunque Drayton era el que leía el papel de Eufron, el tutor.

–Que tu sabiduría evite que caigan en manos de este tirano –dijo, sin parpadear.

Era como un apretón de manos secreto. Parecía que Mary Sidney había diseñado toda la velada para que culminara de esta manera, y daba la sensación de que ya no hablaba de los hijos de Cleopatra.

Daba la sensación de que a Emilia le estaban confiando algo así de preciado: un sueño que Mary Sidney nunca vería realizado, pero que tal vez Emilia sí.

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Emilia subió de puntillas a la habitación que compartía con Hunsdon. Una doncella dormía sentada en el exterior de la puerta. Se enderezó sobresaltada cuando Emilia se acercó y la siguió dentro de la habitación. Pesadas cortinas de terciopelo ocultaban la cama de la vista, pero podía escuchar el leve ronquido de Hunsdon. La doncella le desató el vestido para que pudiera quitárselo.

–Eso es todo –murmuró Emilia, y la doncella asintió y se fue.

Corrió las cortinas e intentó deslizarse bajo las mantas sin despertar a Hunsdon. Pensaba en la escena final de la obra de Mary Sidney Herbert, donde Cleopatra se mataba en forma dramática y caía sobre el cuerpo del hombre sin el cual no podía vivir. No era la realidad que Emilia conocía. En su vida, cuando una mujer enfrentaba una nueva adversidad, enderezaba los hombros y decía: «Está bien, asumiré otra carga». La fortaleza era resistencia, no escape. Era mirar un pedazo de granito y notar destellos de oro de los tontos.

Miró a Hunsdon, con su cabello enredado y su cuerpo cediendo a la gravedad. Trató de imaginar el tipo de amor que llevaba al suicidio cuando tu amante ya no estaba en el mundo.

Hunsdon se movió y se acurrucó a su alrededor, con el brazo sobre su cintura. Le hizo cosquillas en el oído con sus palabras.

–¿Has aprendido mucho, querida?

–Sí –susurró. Las palabras de Jonson le vinieron a la mente. *Más en usted de lo que parece.*

Esa noche soñó con el halcón de Hunsdon, de huesos huecos y liviano. Emilia dio la orden y vio al ave volar desde el guante, dejando una estela de correas. Pero el cuero se soltó de la pata del halcón, y Emilia se quedó mirando el cielo, observando al ave alejarse, para volverse cada vez más pequeña y llegar a rozar la superficie del sol.

La mañana siguiente, después del desayuno, Emilia recorrió el laberinto de Wilton House hasta que escuchó un grito. Con las faldas en alto, se apresuró por el pasillo y abrió una puerta para encontrar a Mary Sidney detrás de una larga mesa de madera. La superficie estaba llena de todo tipo de frascos de vidrio y abrazaderas de hierro, así como de frascos con polvos y líquidos.

–Ah –dijo, levantando la vista–. Puede que sea la primera testigo de mi descubrimiento.

La luz de la mañana se filtraba por las ventanas, iluminando un frasco suspendido sobre una vela por un ingenioso brazo de metal, con un contenido burbujeante.

–¿El conde permite esto? –preguntó Emilia.

–Mi esposo no lo permite, pero lo ignora –dijo Mary Sidney–. Así no tiene que molestarse conmigo y yo no tengo que molestarme con él.

Emilia sabía que, al igual que Hunsdon, el esposo de la condesa era mucho mayor que ella. Quería preguntarle a Mary si amaba a su esposo, si creía que el afecto podría transformarse en pasión si se añadieran los ingredientes correctos.

Mary Sidney afiló una pluma y abrió un frasco muy pequeño que Emilia supuso que contenía tinta. Sumergió la pluma en el frasco y garabateó su firma en una hoja de papel: *Mary Sidney Herbert*.

–Mire –dijo Mary.

Ante los ojos de Emilia, la firma desapareció.

–¿Es magia?

–Es alquimia –corrigió la condesa–. A esto le llamo... tinta invisible.

Le tendió la pluma a Emilia para que lo probara.

Emilia sumergió la pluma en la tinta especial y escribió su nombre debajo del de Mary. Momentos después, la página estaba tan en blanco como si nunca se hubiera escrito en ella.

–¿Qué hará con esto? –preguntó Emilia.

–Estoy segura de que alguien en la corte le encontrará un uso –dijo Mary Sidney–. Y si no, disfrutaré de la brillantez de haber creado algo que no existía antes.

Su sonrisa se desvaneció un poco mientras pasaba la mano sobre la hoja en blanco.

–Esto es lo que preferirían los hombres, ¿verdad? Que lo escrito por una mujer desapareciera para siempre.

–No creí que usted pudiera ser alguien que hiciera aún más fácil borrar las palabras de las mujeres –dijo con delicadeza Emilia–. Es una gran mecenas. Es una condesa y, por lo tanto, intocable. ¿No podría dar su obra a una compañía de teatro?

–Precisamente porque soy condesa no podría hacerlo. Sería un escándalo. Una cosa es patrocinar el teatro. Pero si yo fuera la autora de una obra representada, avergonzaría a mi esposo, y él ya no podría ignorar eso –se encogió de hombros–. Demasiada gente

sabe ya que soy escritora, que organizo estos salones. Es la notoriedad lo que me impide ser anónima –tomó la pluma de las manos de Emilia–. Para que una mujer haga algo así, tendría que ser invisible.

–¿Qué significa eso? –preguntó Emilia–. Una mujer que se hace invisible, por definición, renuncia a su voz. Habla en acertijos.

Mary Sidney garabateó la palabra «invisible» en el papel. Vieron cómo se evaporaba.

–Tal vez algún día, Emilia –dijo–, usted los resuelva para todas nosotras.

Emilia, por supuesto, se había cruzado con su primo Jerónimo desde que él la hubiera entregado a lord Hunsdon. No podía evitarlo en la corte cuando él tocaba música para la reina. Pero nunca había vuelto a Mark Lane a celebrar el *sabbat*.

En cambio, tomó a escondidas dos candelabros y velas extra de la despensa de Somerset House. Cortó una camisa del lino más fino y la convirtió en un pañuelo para la cabeza, con dobladillos y bordados. Cada viernes por la noche, convertía su mesita de noche en un altar improvisado y recitaba la oración hebrea sobre las velas. Las apagaba antes de irse a dormir, para que Hunsdon no la descubriera. Se suponía que no debía soplar las velas, pero pensaba que Dios lo entendería.

Trató de observar otras festividades judías importantes según la época del año: Rosh Hashaná, el Año Nuevo, cuando las hojas comenzaban a cambiar de color; Yom Kipur, el Día de la Expiación, diez días después; Sucot, cuando las manzanas estaban maduras en los árboles del huerto de Somerset House; Janucá, justo antes de la Navidad; Purim, cuando los narcisos asomaban de la tierra descongelada; Pesaj, cuando los jacintos florecían.

Fue en octubre, al final de los Diez Días de Asombro, cuando Emilia ayunó por Yom Kipur. Era probablemente la festividad judía más importante. Se trataba de los días en que Dios escribía el nombre de los justos en el Libro de la Vida y condenaba a los malvados a la muerte. Sin embargo, la mayoría de las personas caía

en algún punto intermedio, y usaba esos diez días para el *teshuvá*, hacer las paces. Emilia no sabía cómo la juzgaría Dios al vivir como una cortesana. Pero, como no había muerto en ese primer año con Hunsdon, creía que Él había encontrado algo en ella que valía la pena preservar.

Los Días Santos eran un tiempo sombrío para los judíos, y ese ánimo coincidía con el de la corte. Casi un mes antes, el conde de Leicester había muerto. Aunque hacía años que se había acabado el auge del chisme sobre él y la reina, ella había tomado mal la noticia. Por eso habían hecho planes para distraer a Su Majestad el 10 de octubre, el día en que la viuda del difunto lo enterraría.

Emilia pensó que era mala suerte que Yom Kipur –y su ayuno– cayeran en el mismo día que se celebraba un enorme festín al mediodía en el palacio de St. James. Como estaban en la corte, una criada la había vestido con sus mejores galas, con el estómago rugiendo mientras su torso se ajustaba al corsé. Había logrado evitar a Hunsdon todo el día, porque él estaba ocupado con la reina, que estaba particularmente irritable. Cuando fue a buscarla para el festín, Emilia luchaba por mantener el autocontrol necesario para abstenerse.

La comida se había dispuesto al exterior en una larga mesa cubierta por una bóveda adornada con hojas rojas y amarillas que a Emilia le recordaban el *chuppah* usado en una ceremonia de boda judía. El lugar estaba decorado con plumas de pavo real, sobre las cuales descansaba una jaula con golondrinas vivas dentro, que tenían los picos y patas dorados. Había platos de ternera, faisán relleno, un muslo de venado y estofado de liebre. Había cuencos con salsas, ricas en hierbas y semillas de granada. Una pila de pasteles de pichón descansaba junto a capones aliñados, un esturión entero, huevos cocidos y una gelatina con cerezas suspendidas en su interior. Y este era solo el primer plato.

Emilia oyó que su estómago gruñía. No podría quedarse allí cinco horas –que era lo que podía durar el festín– sin llamar la atención sobre el hecho de que no probaba bocado. Apretó la mano de Hunsdon antes de que llegaran a la mesa.

–Milord –dijo–, temo que no me encuentro bien.

–Quizás unos pocos bocados de comida... –él la miró preocupado.

–Eso es precisamente lo que quiero evitar –dijo con un hilo de voz.

–¿Estás... enferma? –Sus ojos volaron a su vientre.

–Solo un malestar estomacal, milord –se apresuró a aclarar. Se dio cuenta de que, al fingir náuseas, había hecho creer a Hunsdon que podría estar embarazada.

–Daré tus excusas a Su Majestad –él le dio una palmadita en la mano.

Emilia huyó a la habitación que compartían en el palacio con el plan de distraerse escribiendo poesía hasta el atardecer, cuando podría volver a comer. Pero cada metáfora le hacía sentir más hambre: mejillas tan rojas como manzanas, palabras dulces como la miel. Frustrada, se puso un chal y salió de su habitación, en dirección opuesta a la de la celebración.

Emilia caminó rápidamente por el parque que rodeaba al palacio, tarareando para sí misma. Prefería la naturaleza salvaje de ese lugar antes que el orden militar de los árboles que marcaban el borde de la pista de bolos. En el pasado, cuando ayunaba por los Días Santos, había estado en compañía de otros que compartían su fe secreta. Se había regocijado con sus familiares cuando, por fin, podían cortar el pan y beber vino para celebrar la misericordia de Dios. Ser una judía oculta en Inglaterra siempre había sido peligroso, pero ahora también era solitario.

Los zapatos de Emilia empujaban nueces negras que habían caído de las ramas de los árboles, y se agachó para recoger algunas, usando su falda como una cesta. Las cáscaras eran tan duras que no podía romperlas sin herramientas y esfuerzo, así que no corría el riesgo de llevárselas a la boca.

Estaba tan concentrada en sumar nueces a su colección que casi chocó con un joven que estaba sentado bajo uno de los árboles, leyendo un libro.

–Perdóneme –dijo Emilia, dejando caer su falda, de modo que su tesoro se esparció por el suelo del bosque. Su corazón latía fuerte.

El hombre era joven –apenas comenzaba a afeitarse, si Emilia adivinaba bien–, pero de hombros anchos y figura atlética, con una

larga melena de cabello castaño rojizo y unos ojos tan azules que parecía que el cielo lo atravesaba. Estaba vestido como un noble y claramente era un caballero: se había incorporado de inmediato al verla. Pero, si era un noble, debería estar dentro de las murallas del palacio con la reina en el banquete. Aunque, para el caso, ella también debería estar allí.

De repente, sonrió, y Emilia sintió un pequeño tirón en el vientre. Esos ojos... no eran como el cielo, se corrigió a sí misma. Eran el centro mismo de una llama.

–Señora Bassano –dijo él, y ella dio un paso atrás.

–Me tiene en desventaja, señor –respondió Emilia.

–Me hiere –él se puso una mano en el pecho–. Aunque la conocí como una mariposa, cuando yo aún era un capullo..., así que quizá sea entendible.

Los ojos de Emilia se abrieron al recordar al joven conde de Southampton, y cómo se habían conocido. Fue, se dio cuenta, la misma noche en que le presentaron a Hunsdon. Ahora ella tenía seis años más y cien veces más experiencia. Calculó rápidamente: el conde debía tener unos dieciséis años.

–Ha recorrido un largo camino desde que se escondía tras las cortinas, milord –dijo Emilia.

–Al igual que usted –respondió Southampton.

–¿Estuvo practicando con la flauta?

–En cierto modo, pero no de una manera que discutiría con una dama –él se rio, mostrando unos dientes blancos y parejos.

–No lo he visto en la corte.

–Vengo de Cambridge. Me queda un año más de estudios en St. John's –dijo mientras cruzaba los brazos y se apoyaba contra el tronco de un árbol. Medía al menos una cabeza más que Emilia–. No hay mascarada en el palacio –dijo el conde–. ¿De qué escapa esta vez?

No podía contarle que estaba ayunando, pero se dio cuenta de que tampoco podía mentirle, no cuando la estaba mirando como si fuera la única otra persona en el mundo.

–De la comida –admitió.

–No parece una persona que necesite adelgazar –recorrió su cuerpo con la mirada–. En verdad, parece que llena su vestido bastante...

–¿De qué escapa usted? –lo interrumpió ella.

–Del matrimonio –respondió él con firmeza–. Lord Burghley no deja de emparejarme con niñas –dijo sonriendo con ironía–. Nadie como usted.

–¿Como yo? No tiene ni idea de cómo soy –respondió ella.

–¿No? –dijo él, empujándose del tronco del árbol y dando un paso hacia ella.

A esas alturas, seguramente él sabía que ella era la amante de Hunsdon. Había aceptado ese papel hacía tiempo, y con el paso de los años rara vez se avergonzaba de eso. Pero, ahora, sus mejillas se sonrojaron con intensidad.

–Olvida su lugar, milord –dijo ella.

–Mientras no me olvides a mí –murmuró Southampton dejando de lado las formalidades, y antes de que ella pudiera ver qué tramaba, se inclinó hacia adelante y la besó.

Casi de inmediato, él se apartó. Era difícil decir quién de los dos estaba más sorprendido. Emilia sintió que su interior daba vueltas.

–No debí hacer eso –dijo él en voz baja, todavía mirando sus labios.

–No –admitió Emilia.

Se dio cuenta de que era la mayor ahí, en edad y en experiencia. También se dio cuenta de que, aunque en el pasado la había besado un hombre que la deseaba, ella nunca había besado a un hombre que deseara. ¿Por qué no saciar su ansia? Después de todo, estaba muriendo de hambre.

Emilia miró a Southampton.

–No, no debiste hacer eso –dijo olvidando la formalidad como él y cerrando la distancia entre ellos–. Eso fue un asalto militar. Deberías haber hecho esto –dijo y se puso en puntas de pie para rozarle los labios con los suyos como una promesa–. Un beso no es un soliloquio, sino un diálogo. Te susurro... y me susurras de vuelta. Estamos intercambiando un secreto entre nosotros, como si fuera un

dulce –y con eso lo besó profundamente, tocando con su lengua la de él.

Southampton la apretó contra su cuerpo, usando su propio conocimiento en su contra. Ella, que conocía toda la coreografía del acto de amar, se dejó llevar a un estado casi salvaje. A pesar de saber que, aunque Southampton era una chispa para su paja, la atracción carnal era tanto el principio como el fin del juego. Él huía de un matrimonio político que ocurriría lo deseara o no; ella no podía arriesgarse a perder la protección que el chambelán le había dado. Tal vez eso era lo irresistible: verse reflejada en los ojos impresionantes de Southampton, sabiendo que ninguno de los dos tenía la libertad de elegir.

Cuánto tiempo permanecieron así, aprendiendo el sabor del otro, Emilia no lo sabía. Pero, cuando se estremeció, se dio cuenta de que el sol se había puesto. El banquete estaría terminando; Hunsdon podría ir en su búsqueda antes de asistir a los festejos nocturnos.

–Milord –dijo ella–. Debo irme.

–¿Me dejarás tan insatisfecho? –él dio un paso atrás, pero le sostuvo las manos.

–¿Qué satisfacción puedes tener esta noche? –preguntó Emilia con las cejas en alto.

–Espera –sintió sus dedos entrelazándose con los de ella. Ambos miraron sus palmas, presionadas cerca–. ¿Te volveré a ver?

–Las probabilidades son excelentes, milord, si vuelves a la corte.

–Eso no es lo que quiero decir, y lo sabes –dijo Southampton.

–¿Quién puede controlar su destino? –Emilia se encogió de hombros, pretendiendo indiferencia, y se soltó de él.

–¡Espera! –gritó el conde. Sus dedos le rodearon la muñeca. Ella se detuvo, y él sonrió tímidamente–. He olvidado por qué te llamé.

–Entonces me quedaré aquí hasta que lo recuerdes –dijo Emilia con suavidad mientras pensaba: «¡Diablos, lo cogeré!».

Ella se movió primero, o tal vez fue él, y entonces estaban nuevamente entrelazados. Las manos de él desacomodaban los alfileres de su cabello y las de ella buscaban la piel caliente debajo de su jubón. Él la presionó contra el tronco del árbol, y ella saboreó

la mordedura de la corteza. Era lo único que la mantenía anclada a tierra.

Cuando se separaron, el conde enmarcó el rostro de Emilia con sus manos.

–Él no puede saberlo –dijo Southampton.

Tal vez se refería a lord Burghley, tal vez a Hunsdon. Tal vez a ambos.

–Tu... –la voz del conde titubeó–. ¿Cómo lo llamas?

–Henry –dijo ella.

–Ese es mi nombre también.

Emilia lo miró desde debajo de sus pestañas.

–Sí, milord –dijo con intención, y se marchó.

La reina no mejoró su ánimo tras el funeral del conde de Leicester. Incluso en ocasiones se negaba a hablar con nadie y reprendía a aquellos que intentaban conversar con ella. Sus consejeros permanecían cerca, en parte para intentar animarla, y en parte porque temían no estar a mano cuando ella exigiera su presencia inmediata. Hunsdon permaneció en la corte día y noche, y envió a Emilia de vuelta a Somerset House. Como resultado, no había vuelto a ver a Southampton.

Se preguntó si el conde enviaría algún mensaje, y luego se encolerizó consigo misma. ¿Qué sentido tenía una correspondencia secreta? A estas alturas, probablemente él estaba completamente sumido en sus estudios en Cambridge. Emilia se reprendió por fantasear y se recordó a sí misma cuál era su lugar.

Pero –después de que Hunsdon finalmente regresara a casa, y a la cama de Emilia– se encontró haciendo algo que nunca había hecho antes. Comparaba. Pretendía. Deseaba.

Se sintió aún más culpable porque la reina estaba lo bastante bien como para haber enviado a Hunsdon de nuevo a Escocia, a calmar los ánimos del rey Jaime. Cuando Emilia se mostró distraída y soñadora, Hunsdon asumió que era porque no deseaba quedarse sola tan pronto.

Que el pensara bien de ella la hacía sentir peor todavía.

Decidido a pasar juntos el último día antes de su viaje, el chambelán le pidió que lo acompañara a la lectura de una obra que había sido aprobada por él mismo y por Edmund Tilney, el maestro de los festivales. Sabía que a Emilia le gustaban más las lecturas que las representaciones de las obras en sí, estar en la sala donde se implementaban los cambios y se perfeccionaban los personajes.

Hunsdon no se sentía bien antes de partir. Emilia se preocupó, pero él le aseguró que solo era otro episodio de gota. A diferencia de otras lecturas, esta iba a tener lugar no en una taberna, sino en una iglesia, porque la obra iba a ser representada ante la reina por una compañía de jóvenes actores de Londres: los Niños de la Capilla.

La lectura ya había comenzado cuando Emilia y Hunsdon llegaron. Como ya había aprendido a ser discreta cuando Hunsdon la llevaba a estos compromisos, se deslizó en un banco varias filas detrás del maestro de coro, que dirigía a los chicos.

Los actores eran dulces y pequeños; la mayoría de ellos no había cambiado su voz todavía. De repente, tuvo una visión de Henry Wriothesley cuando era niño, con los pies asomando debajo de una cortina de brocado. Luego sintió una ola de calor tan fuerte que le provocó un dolor entre las piernas.

El título de la obra era *Dido, reina de Cartago*. Recordaba esta obra porque estaba por encima de la mayoría de las que llegaban al lord chambelán para su aprobación. Escrita en verso blanco, era una reescritura de una parte de la *Eneida*: una historia en la que la diosa Venus hacía que Dido, una reina africana del norte, se enamorara de Eneas, un príncipe que había escapado de la destrucción de Troya. A Emilia a menudo le aburría la prosa de los aspirantes a dramaturgos, pero este autor –un tal Christopher Marlowe– era un poeta. Había suspirado en medio de una página cuando encontró un pareado que se dividía entre dos personajes, como si no solo las palabras, sino también la estructura misma del lenguaje los uniera. A ella nunca se le había ocurrido usar la poesía de esa manera.

Estaban en la escena en la que Dido rechazaba a su pretendiente, Iarbas, y se enamoraba de Eneas. Emilia escuchaba en busca de su

parte favorita –ese pareado– pero, antes de encontrarlo, Hunsdon se levantó de su lugar y regresó al banco donde estaba ella.

–¿Te encuentras bien, milord? –preguntó.

Hunsdon hizo una mueca.

–No tan bien como podría estar. Mis articulaciones se endurecen; debo estirar las piernas –ella se levantó, pero él la detuvo con un gesto–. Serás mis ojos –dijo Hunsdon, y se alejó renqueando.

Emilia volvió su atención al altar. El niño que hacía de Dido le suplicaba a Eneas por su amor.

–No, no, no –interrumpió el maestro de coro–. Debes ser más convincente.

–Si estuviera de rodillas –dijo una voz, mientras un hombre se deslizaba en el banco junto a Emilia–, su lengua podría ser más creíble.

El extraño no era mucho mayor que ella, y atractivo de una manera peligrosa. Tenía el cabello negro y espeso que le rozaba el mentón y unos ojos tan oscuros que no podía distinguir sus pupilas. La miraba con una ceja levantada, como si esperara que ella se desmayara en un ataque de vapores femeninos ante su comentario provocador.

–De hecho, quizás el joven Dido necesite una lección privada –añadió el hombre–. ¿Quién mejor que el escritor para enseñarle cómo moldear sus labios alrededor de... las palabras?

Así que este era Christopher Marlowe.

–Si cree que puede escandalizarme, maestro Marlowe –dijo Emilia–, no lo logrará.

Sabía que después de las representaciones en los teatros públicos, los niños que interpretaban papeles femeninos a menudo eran visitados por mecenas masculinos que los cortejaban como si fueran realmente damas. También sabía, por los chismes, que a Marlowe le atraían los hombres, no las mujeres. Se rumoreaba que era espía de su majestad, y también ateo. Claramente, no era un hombre que jugara a lo seguro.

–Estoy herido –dijo Marlowe dramáticamente–. La dama me pincha y sangro.

–Creo que no es mi pinchazo el que busca, señor –respondió Emilia.

–Tienes bastante boca para ser mujer –una sonrisa se extendió por su rostro ante el juego de palabras.

–Quizá deba prestar atención a mi oído.

–¿Tienes algo que decir sobre mi obra? –él se extendió en el banco y se recostó.

–Tengo pensamientos sobre muchas cosas, señor.

–Por supuesto, compártelos –dijo Marlowe. Continuó mirándola, pero ella vio en sus ojos un mínimo atisbo de incertidumbre (la misma que había sentido ella cuando se atrevió a leerle algo de su poesía a Hunsdon). Era asombroso cómo el más mínimo fragmento de duda en uno mismo podía convertirse en una lanza que atravesaba la confianza de un escritor.

–Esta es una obra sobre una mujer demasiado independiente, ¿no es así? –sugirió Emilia–. Dido es reprendida por los dioses por eso. Cuando Eneas la deja, sufre tanto que se lanza al fuego para acabar con su dolor.

–Sí –asintió Marlowe.

–¿Por qué debería ser Dido castigada dos veces? Primero por los dioses y luego por tu pluma. ¿Acaso no es el amor ya un castigo suficiente?

–¿Quién diablos eres tú? –Marlowe parpadeó y la observó como si fuese una especie que nunca había visto antes.

–Alguien mejor capacitada que usted para decir lo que merece Dido.

–Quieres decir, una mujer con una mente –una risa escapó de Marlowe.

–¿Le sorprende tanto? Ah, espere. Claro. Leí su trabajo, después de todo...

–Tu lengua es afilada –interrumpió Marlowe con una sonrisa–, pero es la lengua de una escritora.

Emilia se quedó inmóvil, con su bravura desaparecida. Incluso cuando había estado en compañía de verdaderos poetas en el salón literario de Mary Sidney, incluso cuando habían aplaudido su

pequeña estrofa, ninguno la había reconocido como una de los suyos.

–¿Piensa que soy una escritora? –preguntó.

Observó cómo el rostro de él se ablandaba. Quizá algo en él se identificaba con algo de ella. No era un caballero de nacimiento y había asistido a Cambridge con una beca. Sabía lo que era abrirse camino en una sociedad que nunca lo había querido.

–Pienso que eres alguien con mucho que decir –respondió Marlowe–, cuando pocos escuchan.

–Querida –la voz de Hunsdon cayó sobre Emilia como una red. Ella se giró para mirarlo, con una brillante sonrisa en el rostro.

–Lord Hunsdon –se puso de pie y tomó su brazo. Lo conocía lo suficiente como para notar el destello de dolor en su rostro.

–Disculpas, Marlowe, pero debemos retirarnos –Hunsdon hizo un gesto vago hacia el frente de la iglesia–. Esperamos ver la presentación en la corte.

Marlowe le hizo una reverencia y luego se inclinó sobre la mano de Emilia.

Ella podía sentir la mirada de Marlowe sobre sí misma mientras Hunsdon se apoyaba pesadamente en su brazo para salir de la iglesia. Nunca le había dicho a Marlowe su nombre, pero ahora ya no haría falta. Él sabría quién era Emilia y cuál era su papel para el lord chambelán. Todos lo sabían.

Pero, por un cuarto de hora, había sido simplemente ella misma. Y había sido divino.

No era la primera vez que Hunsdon sufría un ataque de gota, pero sí parecía uno de los peores. Emilia hizo que lo llevaran a su recámara y le elevó el pie dolorido. A continuación, lo envolvió con lana empapada en agua hirviendo, un remedio que se creía proporcionaba alivio. Se esperaba que lo cuidara, pues la gota no solo estaba asociada con excesos en la juventud, sino que también tenía fama de ser un afrodisíaco, que dejaba tras de sí un deseo que debía ser apaciguado.

El problema era que Hunsdon debía partir al día siguiente a Escocia otra vez, a petición de la reina, a quien no le importaba si él sentía que le apuñalaban el dedo con cuchillos.

Emilia se sentó al borde de la cama, y comenzó a leerle a Hunsdon en voz alta. Había cogido una de las obras de la pila sobre su escritorio y la estaba interpretando como un espectáculo de una sola mujer, dando voz a todos los personajes. Cuando miró hacia él, tenía los ojos cerrados y respiraba más fácilmente que cuando habían regresado a Somerset House. Con cuidado, dejó el borrador sobre el colchón, solo para sentir que él le tomaba la mano con fuerza. Ella le devolvió el apretón mientras él sonreía débilmente.

–¿Cómo te sientes, milord?

–Como si alguien estuviera pasando un carruaje por mis ojos –dijo Hunsdon–. Es una agonía moverme un centímetro.

–Entonces no te muevas.

–Quizá Dios tenga misericordia y me lleve en la noche –suspiró.

–No digas esas cosas –un escalofrío recorrió la espalda de Emilia.

–Sabes, espero, que cuidaría de ti –Hunsdon le apretó la mano con más fuerza.

Era la primera vez que abordaban la verdad: que ella probablemente lo sobreviviría. Él tenía esposa y familia, quienes serían los beneficiarios de su testamento. Pero ahora le estaba diciendo que no se quedaría sin medios cuando él ya no estuviera. Emilia sintió lágrimas agolparse en su garganta.

–Gracias, Henry.

Sus miradas se cruzaron. Ella había visto sus ojos llenos de pasión, de amabilidad, de frustración. Cuando entraba en su despacho, con una sola mirada sabía si él necesitaba una confidente o a una amante en su regazo.

–Me alegra que fueras tú –dijo simplemente. Cualquiera que hubiera sido el oscuro trato que había hecho con el primo de Emilia, Hunsdon no sabía realmente lo que estaba obteniendo. De niña, con su ingenio rápido, su imaginación y sus ojos brillantes, a menudo había sido demasiado para los adultos. Pero, para Hunsdon, era justo lo necesario. Su boca se torció con amargura–. No fue tan malo, ¿verdad?

–En absoluto, milord –ella llevó los nudillos a sus labios, para que dejara de moverse.

Se oyó un golpe en la puerta.

–Entre –dijo Emilia, y su doncella, Bess, hizo una reverencia, con una carta sellada en la mano.

–Señora –le indicó–, esto es para usted.

Emilia tomó la carta y despegó el sello de cera.

Con el debido respeto, señora

Anoche soñé contigo, y luego recordé que no dormí en absoluto. Ocupas todas las horas que paso despierto, cada uno de mis respiros. Si piensas en mí una fracción de lo que pienso en ti, acaba con mi tormento. Te esperaré en el Paris Garden al anochecer, en el puente junto al arroyo donde florecen las prímulas. Este brote de amor puede convertirse en una hermosa flor cuando nos reencontremos.

X

Southampton

–¿Emilia? –dijo Hunsdon–. ¿Todo está bien?

El calor inundó sus mejillas mientras doblaba la nota y la deslizaba en su corpiño.

–Sí, milord. Es solo... una noticia inesperada –lo miró a los ojos. Las mentiras fluyeron de sus labios con demasiada facilidad–: La esposa de mi primo está enferma. Me pidió que la visitara para levantarle el ánimo.

–Debes ir –Hunsdon cerró los ojos. Confiaba en su palabra.

–Sí, debo ir –murmuró Emilia. La carta era como una brasa contra su pecho.

Paris Garden estaba al otro lado del río, en Southwark, por lo que Emilia tuvo que tomar un bote desde el embarcadero de Blackfriars hasta las escaleras de Paris Garden. Llevó consigo a una joven doncella distraída, una de esas a las que sabía que podía sobornar con una moneda para que se distrajera en una taberna durante una hora o dos. Emilia se vistió con un vestido sencillo, como los que solía usar cuando visitaba la casa de su primo en Mark Lane, y se cubrió la cabeza con una voluminosa capa para ocultar su rostro.

Era casi el ocaso, y el jardín parecía dorado. Emilia se dirigió al puente que había mencionado Southampton. Un hombre perseguía entre risas a una mujer allí. Claramente, Emilia y el conde no eran la única pareja en busca de privacidad. Cuando sintió que unos brazos la rodeaban por detrás y le abrazaban la cintura, se giró para encontrarse con los ojos celestiales de Southampton. Él la tomó de la muñeca y la llevó a un lugar donde podían ocultarse.

–¿Y si no era yo? ¿Qué habrías hecho? –preguntó Emilia al tiempo que se bajaba la capucha de la capa.

–Dar muchas explicaciones –dijo Southampton, sonriendo. La miraba como si hubiera sido ella quien lanzó las estrellas al firmamento–. Has venido.

–He venido –susurró ella.

Él le apretó más fuerte la muñeca. Emilia enredó las manos en su cabello mientras él la besaba y la despegaba del suelo. Su sabor la mareaba, como un licor que burbujea en el cuerpo después del primer sorbo.

–¿Por qué no estás en Cambridge, milord? –preguntó Emilia cuando se separaron.

–Henry –corrigió él–, ¿y por qué te quejas?

Ella oyó voces, y Southampton la condujo más adentro en el jardín, lejos del camino principal, sobre una pequeña colina. Se detuvo en una hondonada al otro lado, donde las agujas de pino cubrían el suelo, apelmazadas en lugares donde seguramente habrían dormido ciervos rojos.

–No somos los primeros en acostarnos aquí –dijo él.

–¿Es eso lo que vamos a hacer? –Emilia arqueó una ceja.

Southampton le tomó una mano y la llevó hasta su pecho, donde el corazón le latía con fuerza. Ella se permitió pensar solo una vez en Hunsdon, pálido y enfermo en su cama.

–No puedo volver a mis estudios sin saber que tu favor está conmigo, como el mío contigo –dijo Southampton.

–No puedo decidir por mí misma qué hacer con mi favor –respondió Emilia.

–Si no puedo tenerlo todo, me llevaré un pedazo.

–¿Debería adivinar qué pedazo será? –ella sonrió.

–Este servirá –dijo él, tirando de uno de sus rizos. Luego levantó su mano y besó su dedo meñique–. O este –se inclinó hacia adelante y succionó el lugar donde su cuello se unía con el hombro hasta que ella jadeó–. O quizás este –luego se apartó y la miró intensamente, dejando atrás la jocosidad de sus palabras–. Nunca me he sentido así –dijo en voz muy baja–. Nunca imaginé que podría sentirme así.

Emilia no podía culparlo, porque a ella le pasaba lo mismo. Hasta ese momento, el sexo había sido una escalera para llevarla de un lugar a otro, una danza cuyos pasos había aprendido, una moneda en su bolsillo. Pero nunca había sido como ahora una marea, que embestía la orilla y movía el suelo bajo sus pies. Nunca había sido algo incontrolable y primitivo.

También sabía que el padre de Southampton odiaba a su madre y lo había separado de ella cuando era un niño pequeño. Él nunca había tenido una imagen del amor. Emilia, en cambio, sabía que sus padres se amaban, aunque la muerte de su padre había destruido a su madre.

Se dejó caer con un susurro de faldas, y Southampton se sentó junto a ella. No dejaba de tocarla: su muñeca, su brazo, su cabello.

–No puedo pensar cuando haces eso –dijo ella.

–¿Debes hacerlo? –preguntó él–. ¿Pensar? –él mordió su palma como si fuera una ciruela, y ella lo sintió entre sus piernas.

–Henry –susurró ella–, podrían descubrirnos.

–Sí. Pero ¿dónde más podríamos estar juntos? –él miró hacia la colina que apenas los cubría.

–No lo entiendes. Podrían descubrirnos.

Ella no podía –no quería– avergonzar a Hunsdon de esa forma. Y no podía imaginar lo que podría llegar a hacer Burghley si se enteraba de lo que Southampton sentía por ella. Emilia le tocó la mejilla aún suave. Por Dios, era apenas un hombre.

–No hay un final feliz aquí –dijo suavemente–. Quizás ni siquiera haya un mañana.

–Todo lo que pido –aseguró Southampton– es ahora.

Era lo único que Emilia podía ofrecer. Ella asintió, luego lo besó hasta que una fiebre los tomó a ambos. Él apartó su capa y la recorrió con sus manos todo lo que pudo.

–Demasiada... ropa... –jadeó Southampton, recogiendo puñados de sus faldas con su mano.

Cuando ella le bajó la ropa interior lo suficiente para tomarlo en sus manos, él tembló. Lo miró a los ojos.

–¿Ya hiciste esto antes? –susurró.

Él negó con la cabeza, en silencio.

Emilia sintió algo rugir en su interior, no solo lujuria, sino poder. Southampton era un conde y un noble, pero en este momento, ella era la que estaba en control.

–Debemos ser cuidadosos –dijo ella–. Yo tomo... precauciones, pero no puedes terminar dentro de mí. ¿Entiendes? –cuando él asintió, ella se sentó sobre él, con sus faldas formando un charco alrededor de sus piernas. Lo guio dentro de sí, conteniendo el aliento ante la juventud y la fuerza de su cuerpo.

Él exhaló lentamente y enredó las manos en su cabello.

–Pareces hecha a mi medida –dijo él.

Entonces, ella se movió contra él. Las caderas de Southampton reaccionaron de inmediato, y, cuando un momento después empezaron a tener espasmos, ella se incorporó para que él se metiera entre las piernas. La apretó contra él..

–Lo siento –jadeó–. No pude... fue tan... –la abrazó con fuerza.

–La próxima vez será mejor –prometió y le acarició la mejilla.

Él ya estaba endureciéndose de nuevo, algo que ella nunca había experimentado antes. Le pareció que era como recibir una ración extra de dulces. Southampton la rodeó con su brazo y la tumbó suavemente sobre su propia espalda. La besó y luego fue

descendiendo por su cuerpo hasta que su cabeza quedó bajo sus faldas. Emilia sintió su aliento sobre la piel, y luego la presión cálida de su lengua. Un grito escapó de su garganta y abrió los ojos por la sorpresa.

Sobre el monte de sus faldas, aquellos ojos azules insondables encontraron los suyos y sonrieron. Las palabras de él vibraron contra su piel.

–Nunca dije que fuera completamente casto.

Esta vez, cuando Southampton se movió dentro de ella, Emilia guio su mano entre ambos.

–Allí. Más fuerte. Ahora –hasta que dejó de recordar su rol de tutora, y en cambio se permitió aprender. Esta vez, antes de que él saliera de ella, sintió que galopaba hacia algo y por fin, por fin, se elevaba, hasta que sus oídos zumbaron y su visión se llenó de puntos negros. Una burbuja de pura alegría estalló en su garganta con una risa. Aunque sabía cómo darse placer a sí misma, aquello era diferente.

«Así que esto es lo que se siente», pensó, «cuando entregas no solo tu cuerpo, sino también tu corazón».

Southampton se recostó a su lado, con el pecho agitado, sus dedos aún entrelazados con los de ella.

–¿Estás bien? –susurró él.

–Estoy... –Emilia parpadeó mirando el cielo nocturno. A pesar de su vasto vocabulario de poeta, no encontró una sola palabra para describir cómo se sentía. Era una alegría que no cabía en una simple cadena de letras, era el temor a lo que estaba por venir.

Estoy. Se dio cuenta, sonriendo, de que esa era una oración completa. Una respuesta en sí misma.

La doncella la esperaba en el embarcadero cuando Emilia regresó a Westminster. Otra moneda compró su discreción. Cuando llegaron a Somerset House, Emilia despidió a la sirvienta y subió las escaleras de puntillas. Abrió con cuidado la puerta del dormitorio de Hunsdon. Una vela ardía junto a la cama, proyectando sombras sobre sus facciones relajadas.

Emilia vaciló en la entrada. Todavía podía oler a Southampton en ella y le parecía doblemente incorrecto entrar en la alcoba de Hunsdon con la sensación de otro hombre todavía adherida a su cuerpo como un moretón.

–Has vuelto –dijo Hunsdon, con los ojos aún cerrados–. ¿Cómo está la esposa de tu primo?

Emilia parpadeó. Por un momento había olvidado su excusa.

–Me temo que... estará aquejada durante algún tiempo –su mano se tensó en el borde de la puerta de madera–. Que duermas bien, milord –dijo.

Miró por un instante el cuerpo inmóvil de Hunsdon, tratando de imaginar los hombros de Southampton estrechándose con la edad, sus fuertes piernas sucumbiendo a la gota, sus mejillas ruborizadas arrugándose con el paso del tiempo. No tendría el privilegio de verlo cambiar de esa manera. Cuanto antes entendiera eso, mejor.

En su propia habitación, se despojó de su vestido y su camisa y se quedó desnuda. Pasó las manos desde su garganta hasta sus pechos, entre sus muslos. Intentó recorrer el mismo camino que había seguido Southampton. Sin embargo, no logró encenderse de la misma manera en la que él lo había hecho.

Emilia se puso su camisón de noche y deshizo la trenza que se había hecho después de rodar por Paris Garden con Southampton. Todavía había agujas de pino atrapadas en su cabello. Luego se acercó al escritorio, cortó una pluma nueva y destapó su botella de tinta. Miró la hoja de papel en blanco.

Pensó en toda la poesía que había leído sobre un hombre seduciendo a una virgen, a una inocente.

Pensó en su mano envolviendo a Southampton y guiándolo dentro de ella.

Nunca había leído un poema sobre una mujer que tomara lo que quería de un hombre más joven.

Emilia cerró los ojos y pensó en Southampton, un joven Adonis, con su brazo colgando sobre sus ojos, la luz violeta del crepúsculo convirtiéndolo en una obra de arte.

Adonis.

Él también había sido amado... y perdido. Con la condesa, Emilia había leído el relato de Ovidio sobre la mitología: Afrodita se había enamorado del hermoso joven, un cazador confiado que estaba seguro de que nada malo podría sucederle. Cuando Adonis fue herido por un jabalí, murió en los brazos de Afrodita.

Emilia sumergió la pluma en la tinta, sus pensamientos llegaban rápidamente y en desorden mientras garabateaba sobre el papel.

Mientras el sol, con el rostro teñido de púrpura,
se despedía de la llorosa mañana,
el Adonis de mejillas rosadas se adentró en la caza.
Amaba cazar, pero del amor se burlaba.
Venus, con pensamientos turbios, se apresuró hacia él
y, como una pretendiente audaz, comenzó a seducirlo.

«Tres veces más hermoso que yo misma», así comenzó,
«flor principal del campo, dulce sin comparación,
mancha de todas las ninfas, más hermoso que un hombre,
más blanco y rojo que las palomas o las rosas;
la naturaleza que te hizo, luchando consigo misma,
dice que el mundo terminará con tu vid».

Escribió, y escribió, y escribió. Tachó líneas y añadió otras. Escondió a Southampton en el hermoso rostro de Adonis y enterró su propia codicia egoísta por él en Venus, que seducía a un muchacho más joven e ingenuo que ella misma.

Escribió hasta que el amanecer que se filtraba por su ventana coincidió con los primeros versos de su poema. No lo terminó.

Emilia aún no sabía cuál sería el final. Solo sabía que no sería uno feliz.

Con Hunsdon en Escocia durante varios días, era más fácil intercambiar mensajes con Southampton sin miedo a ser descubiertos: declaraciones apasionadas de amor por parte de él, y recordatorios de su posición (o falta de ella) de parte de Emilia. Pero

él estaba desgastando su resistencia. Hizo planes para visitarlo en Paris Garden de nuevo, dos noches después.

Pasaba su tiempo recluida en Somerset House, vagando por los jardines, observando a los halconeros entrenar a las aves. Se sentaba durante horas bajo un espino en un banco de piedra, a añadir versos a su poema sobre Southampton. Cuanto más escribía, dejando que Venus rindiera homenaje a Adonis, más cercana al conde se sentía. Era como si ella misma estuviera creando su pecho firme, el desorden de su cabello, sus ojos sobrenaturales.

Estaba tan absorta en su imaginación que no escuchó la aproximación de unos pasos.

–Desearía que las palabras que fluyen de mi pluma lograran crear tal rubor en la mejilla –murmuró una voz. Emilia levantó la vista y vio a Christopher Marlowe, el dramaturgo, parado frente a ella.

–Este no es su lugar –dijo, por reflejo.

–Qué cálida bienvenida, señora –respondió él, arrastrando las palabras–. Seguramente no es así como tratas a quienes vienen a ver al lord chambelán.

–¿Es por eso que ha venido?

–¿Por qué otro motivo estaría aquí? –se hundió en el banco junto a ella–. Es, por supuesto, una mala planificación de mi parte, dado que lord Hunsdon no está en la residencia.

La forma en que Marlowe la miró sugería que sabía perfectamente que Hunsdon estaba de viaje. Si de verdad era un espía de la reina, Emilia imaginaba que serían pocos los asuntos políticos de la Corona que él desconociera.

–No me halagaría, maestro Marlowe, pensar que vino con la intención de encontrarme –dijo Emilia.

–Llámame Kit. Así me llaman todos mis amigos.

–¿Somos amigos?

–Aspiracionalmente –respondió él–. Y deberías sentirte halagada, pues esperaba precisamente hallarte aquí.

–¿Por qué? –Emilia giró para encontrarse con su mirada.

–Porque la mayoría de las personas me aburren, señorita Bassano. Y tú… no. No imaginaba que el lord chambelán tuviera una

cortesana cuyo órgano más seductor fuera el cerebro. Además, no habíamos terminado nuestra conversación.

–¿Ah, no?

–Estoy bastante seguro de que tienes más que decir sobre las debilidades de Dido –señaló Marlowe–. O sobre las mías.

–Estoy bastante segura de que hay muchos más calificados que yo para darle opiniones.

–¿Más calificados? Sí. ¿Más entretenidos? No –sonrió, estiró la mano y arrebató el poema de su escritorio.

–¡Deténgase! –gritó Emilia, tratando de arrebatarle el papel.

Marlowe se levantó de un salto y leyó en voz alta.

–Cariño, dijo ella, ya que te he encerrado / dentro del cerco de este pálido marfil, / yo seré un parque, y tú mi venado –levantó las cejas–. Hunsdon es todo un diablillo.

–¡Bruto atolondrado! –exclamó Emilia, furiosa.

Marlowe rio y continuó.

–Aliméntate donde quieras, en el monte o en el valle: / pasea por mis labios, y, si esos montes están secos, / desciende donde están las agradables fuentes –con una amplia sonrisa fingió abanicarse el rostro– Pequeña coqueta. Es casi suficiente para hacerme desear los placeres del cuerpo femenino –guiñó un ojo–. Casi.

–Esto no es sobre Hunsdon –dijo entre dientes–. ¿Acaso solo escribe sobre lo que ha vivido?

–Espero que no, o estoy mucho peor de lo que pensaba –respondió él, inclinando la cabeza–. Entonces, ¿sobre qué escribes?

–Si debe saberlo, sobre Venus y Adonis.

–Cuéntame –se sentó a su lado otra vez y le devolvió el papel.

–Es lo opuesto a su Dido –dijo Emilia con resignación, colocando su escritorio en el suelo–. Cuando Venus no logra convencer a Adonis de quedarse con ella, él es el que muere.

–Qué… novedoso –los ojos de Marlowe brillaron.

Emilia se echó hacia atrás, sin estar segura de si él se burlaba de ella o hablaba en serio.

–No bromeo –dijo él–. No puedo pensar en ninguna obra literaria donde no sea el hombre quien persuade a la mujer.

El año anterior, Emilia había leído un poema de Marlowe, «Del pastor apasionado a su amada». Era, por supuesto, lo que uno esperaría: un hombre tratando de convencer a una joven de acostarse con él.

–¿Por qué no puede ser al revés? ¿Acaso las mujeres no tienen las mismas esperanzas, miedos y deseos que los hombres?

–Qué terrorífico imaginarlo –rio él–. Pensar que vosotras podríais ser tan incontrolables como nosotros.

–Ese es el punto de mi poema: invertirlo todo. Revertir lo que hemos visto. Sugerir que una mujer puede desear, y que un hombre podría ser quien pague el precio –mordió su labio–. Como en su obra, la mujer fuerte y poderosa se enamora, y el hombre heroico muere. Pero, a diferencia de Dido, Venus no se arroja al fuego. No queda arruinada por el amor. En cambio, arruina el amor para todos los demás. –Pensó un momento–. «Ya que en su primavera mi amor destruye la Muerte, / aquellos que más aman no disfrutarán de su amor».

–¿Dónde está esa parte? –Marlowe miró el papel.

–Todavía no la he escrito.

–Entonces hazlo. Antes de que se te escape de la mente –él le devolvió el papel.

Emilia lo cogió y escribió la línea en la parte inferior de la hoja. Apenas había levantado la pluma cuando Marlowe cogió el poema de nuevo. Movió los labios mientras leía en silencio. Luego chasqueó los dedos y extendió la mano.

–¿Pluma?

–¿Qué está haciendo? –después de pasarle la pluma, ella lo observó tachar una línea y hacer un comentario en el margen.

–Dejando notas –dijo Marlowe.

–¿Por qué?

–Porque –dijo sin levantar la vista, tan absorto estaba–, así es como se ayudan los escritores entre sí.

Kit Marlowe podría haber sido un espía, un renegado y un ateo, pero también se estaba convirtiendo en el mejor amigo que Emilia jamás

había tenido. Se escribían con frecuencia, aunque Emilia dirigía sus notas a la señora Padshaw, la casera de Kit en Durham House, que estaba dispuesta a guardar secretos –como el de Emilia o de cualquier hombre que Kit metía de manera furtiva en su habitación– a cambio de una jarra de hidromiel a la semana. Emilia le enviaba fragmentos de sus versos, que él le devolvía con sus críticas. Kit le hacía preguntas acerca de los fallos en el argumento de la obra que estaba escribiendo. Aprovechaban para pasar tiempo escondidos en los jardines de Somerset House, sabiendo que, cuando Hunsdon regresara, esa libertad se vería coartada.

Era esa sensación de escasez de tiempo lo que hizo que Marlowe sugiriera hacer una prueba para sacar a Emilia de Somerset House sin que nadie lo notara. Tenía asuntos que atender en Grocers' Hall y quería que ella lo acompañara; después planeaba llevarla a una taberna. Pero Grocers' Hall estaba en Princes Street, lo bastante cerca de Somerset House como para que Emilia pudiera ser reconocida. Así que Marlowe le había llevado un disfraz.

La estaba esperando en Little Drury Lane, tal como había prometido. Cuando ella se acercó, él silbó, y Emilia le dio un codazo en el costado.

–Me siento ridícula –susurró.

–Deberías sentirte preocupada –dijo Marlowe.

Ella miró su jubón, sus calzas marrones y las botas, ropa que pertenecía a un mozo de cuadras al que Kit había sobornado con una moneda. Su cabello estaba trenzado y oculto bajo un sombrero con plumas. Por donde se la viera, parecía un muchacho.

–¿Por qué?

–Porque es mucho más probable que te haga una proposición vestida así –rio Marlowe–. Vamos, Emile.

Ella gruñó mientras él la llevaba del codo hacia Princes Street.

–¿Cómo puedes andar así todos los días? –preguntó Emilia, que ya estaba más allá de cualquier formalidad con él, señalando vagamente sus piernas–. ¿No… te rozan?

Marlowe rio mientras esquivaban carros tirados por mulas y evitaban montones de estiércol humeante. Luego la miró.

–¿No tuviste problemas para salir?

Ella negó con la cabeza. Nadie le había prestado atención cuando bajó por las escaleras de servicio y salió por la puerta trasera. Siempre había chicos entrando y saliendo de Somerset House, transportando comida y carbón, o llevando mensajes.

–¿Cómo va Adonis? –preguntó él.

–Sigue resistiéndose –respondió Emilia. No había terminado su poema porque aún no sabía cómo debía acabar. Bueno, sabía lo que sucedería, pero no cómo. El arte imitando a la vida–. ¿Por qué necesitas ver a un tendero? –preguntó.

–Porque este actúa para los Hombres de Lord Strange –contestó Marlowe–. John Heminges solía estar con los Hombres de la Reina, pero, el año pasado, dos actores de la compañía tuvieron una disputa durante una gira y uno murió. Heminges se casó con la viuda, y supongo que las circunstancias fueron lo bastante extrañas como para pasar a los Hombres de Lord Strange.

–Es más incestuoso que la corte –murmuró Emilia.

Ella y Kit ya habían formado ese tipo de amistad que los envolvía, impulsada por la extraña sensación de que cada uno había encontrado en el otro la parte de sí mismos que les faltaba. Ambos eran ingeniosos, directos y observadores, cualidades indispensables para un escritor, pero, lo más importante, se alimentaban de la apreciación mutua por esas virtudes. Después de apenas una semana, Emilia sabía que él detestaba el color rojo y el arenque en escabeche, que prefería la cerveza al vino y la ciudad al campo, que su comida favorita eran los muñecos de jengibre y que, al comer uno, lo hacía con toda la insinuación sexual posible. Se rumoreaba que estaba destinado a ir al colegio católico en Reims, pero él confesó que preferiría cortarse la lengua antes que suscribirse a cualquier religión, incluida la Iglesia de Inglaterra. Emilia sabía que Kit había llegado a la universidad con una beca, por qué admiraba a Walsingham y con quién había perdido la virginidad. La única línea que él no había cruzado era hablarle sobre su trabajo para la reina, aunque no negaba hacerlo. De igual modo, Emilia le había contado sobre la muerte de su padre y acerca de que había aprendido a leer música antes que palabras; también sobre el trato que su primo había hecho con Hunsdon –en el que la había cedido a cambio de

seguridad laboral– y sobre sus lecciones con Isabella. No le había confesado, sin embargo, sus dos mayores secretos: su fe oculta y sus sentimientos hacia Southampton. El primero podía costarle la vida. El segundo era más complicado. Hasta ese momento había sido un deseo íntimo, solo de ella; temía que decirlo en voz alta fuera como lanzar una gota de sangre al océano: podría diluirse hasta desaparecer.

Pero, sobre todo, ella y Kit estaban unidos por las palabras. Después de una semana, ya podían terminar las frases del otro, por no mencionar los pareados de rima. Aún era una sensación embriagadora, y Emilia sabía que Kit valoraba su mente y no le importaba en absoluto el envoltorio bonito en el que venía.

Acababan de doblar la esquina y estaban a punto de subir los escalones del gremio cuando Emilia de repente se puso nerviosa.

–¿Y si alguien me reconoce?

–Eso no sucederá.

–Entonces, ¿cómo explicarás mi presencia?

–Querida, sería más llamativo que no estuviera en compañía de un joven –Marlowe sonrió con malicia.

Después de años con Hunsdon, Emilia sabía que había una especie de canal entre los gremios y las compañías de teatro. Los jóvenes que interpretaban papeles femeninos a menudo provenían de los gremios, donde trabajaban como aprendices de orfebres, tenderos o sastres. Muchos de los jóvenes actores terminaban contratados como actores adultos.

Heminges era un hombre corpulento con el rostro como una masa en plena fermentación. Cuando los dirigieron hacia él, estaba absorto en una conversación con otro hombre. Este era más delgado, con una línea de cabello en retroceso y una barbilla débil disimulada pobremente con una barba oscura.

–Haré la presentación –dijo Heminges–, pero no prometo nada.

–Un hombre que no promete nada solo puede decepcionarse a sí mismo –Marlowe se adelantó, sonriendo ampliamente–. Encantado, maestro Heminges.

–Marlowe –dijo el tendero, asintiendo.

–¿Marlowe? –el otro hombre se dio la vuelta–. Vi su *Tamburlaine*.

–Si ha decidido hablarme en lugar de salir corriendo, confiaré en que le agradó.

–Este es el maestro Shakespeare –dijo Heminges.

Shakespeare. Emilia se quedó callada, un paso detrás de Kit, intentando recordar por qué le sonaba ese nombre.

–Will –corrigió el hombre, asintiendo hacia Kit–. Yo también escribo para el escenario.

Ah, sí. Emilia recordó las obras que le había enviado a Hunsdon. «Malas», pensó.

–Will, permíteme presentarte a mi… amigo, Emile Hammersmith –dijo Kit, poniendo una mano entre los omóplatos de Emilia. Ella se puso de un rojo furioso, pero no se atrevió a abrir la boca. Si hablaba, la farsa se acabaría–. Emile es… mudo –sonrió Kit–. Eso significa que, si lo decepciono, no tendré que escuchar sus quejas.

Emilia sonrió dulcemente y le dio a Kit una patada discreta en la espinilla.

–El padre del maestro Shakespeare es guantero en Stratford –dijo Heminges–, y últimamente también se dedica al comercio de lana. Le gustaría contratar a algunos de sus aprendices para la compañía teatral de lord Strange.

–Qué coincidencia tan feliz –dijo Marlowe con una sonrisa educada–. Heminges, pensé que tal vez podrías mencionar a Henslowe en el teatro Rose que tengo una obra nueva en mente, por si le interesara financiarla.

–Yo también quisiera ofrecer mis obras –intervino Shakespeare.

–¡Vaya! –exclamó Kit y le lanzó una mirada a Emilia.

–¿Puedo preguntar el título de la obra, maestro Marlowe? –preguntó Heminges.

–*El judío de Malta* –respondió Kit, y Emilia se sobresaltó.

Kit siguió hablando, pero Emilia solo podía oír el latido ensordecedor de su sangre. Cuando finalmente la sacó del salón, le costó unos momentos enfocarse en sus palabras atolondradas.

–No es sorprendente que quiera entrar en el negocio teatral. El padre de Shakespeare tuvo problemas como tratante de lana y acabó en el tribunal por vender sin licencia. Estoy bastante seguro de que el joven Will quiere alejarse lo más posible de su padre. ¿Por

qué no el teatro? –murmuró Kit–. Todo el mundo cree que tiene el talento necesario para hacerlo.

–Él no lo tiene –dijo Emilia, regresando al presente–. Leí una de sus obras.

–Perfecto. Menos competencia para mí –Kit se echó a reír.

Volvieron a estar en la calle, la luz del sol la hacía parpadear.

–Tu nueva obra –dijo con cautela–. ¿Es sobre un judío?

–Sí, Barabas. Es el villano, un judío rico cuya fortuna está en peligro porque el gobernador de Malta quiere extorsionar a su gente para pagar a los turcos.

–Es el villano –repitió Emilia.

–Sí, sí, presta atención –dijo con impaciencia–. Por supuesto, Barabas se niega, y los cristianos le quitan su dinero y convierten su casa en un convento. Así que decide vengarse de todos, incluyendo al amante cristiano de su hija, y a su hija, a quien envenena.

Marlowe se dio la vuelta y empezó a caminar de espaldas para poder verla mientras seguía hablando.

–Finalmente, prepara una trampa, pero acaba cayendo en ella él mismo y muere en el caldero hirviendo que había destinado a los cristianos. Brillante, ¿no te parece? –se detuvo–. Apuesto que la odias –adivinó.

–No, yo… –Emilia se mordió el labio–. Soy una admiradora de la tragedia. Pero ¿no es ya trágico que los judíos reciban el trato que reciben?

–Hablas como si conocieras a muchos de ellos –Kit se mofó.

¿Qué podría decir Emilia a eso?

–Lo que quiero decir es que tal vez los villanos se crean, no nacen así. Quizás es el trato hacia Barabas como judío lo que le enseña a tratar a los demás con tanta crueldad.

Marlowe metió las manos en los bolsillos de su abrigo, pensativo.

–Toda religión es una ficción. Todo es maldad. Ese es el asunto –afirmó pasando un brazo por los hombros de Emilia–. Vamos. En lugar de ahogarnos en la desesperación ficticia, ahoguémonos en cerveza –dijo, mirando en la dirección de St. Paul–. Taberna Sirena, por allá.

–No me gusta la cerveza –murmuró Emilia.

–¿Ah, no? ¿Y te atreves a llamarte escritora? –bromeó Kit.

–No puedo, Kit –ella dejó de caminar.

Marlowe la miró en silencio por un largo momento. Sabía lo que era guardar secretos imposibles de revelar, desear vidas que nunca tendría, jugar múltiples roles: escritor a sueldo, libertino, agente encubierto de la Corona. Le levantó el mentón con un gesto cariñoso.

–Vamos, ratoncita –dijo, tratando de animarla–. Eres escritora, aunque nadie haya leído las palabras que pones en papel. Espero el día en que escribas tu propia obra sobre ese judío agraviado.

–Tal vez, algún día, lo haré –le contestó mirándolo a los ojos.

A medianoche, Emilia oyó algo golpear la ventana de su habitación.

Saltó de la cama, encendió una vela y se acercó a la ventana. En el jardín trasero de la casa, una figura encapuchada se inclinaba bajo la lluvia torrencial, recogiendo guijarros del camino. Incluso antes de que se quitara la capucha para mostrar su cabello brillante, sabía que era Southampton.

Luchó con el pestillo de la ventana, la abrió y se asomó por el umbral.

–¿Qué haces aquí? –siseó.

–Dejo que mis ojos beban el... –comenzó a decir él con los brazos abiertos.

–¡Shh! –interrumpió Emilia–. ¿Estás loco?

–¡Sí! Loco por ti...

Dios la salvara de los hombres ebrios. Emilia cerró la ventana, se puso un salto de cama y bajó volando las escaleras hacia el jardín. Southampton tropezó hacia ella, y Emilia lo arrastró a la sombra.

Él enterró el rostro en su cabello suelto y respiró profundamente. Su abrazo era mojado y frío.

–Te he echado de menos.

–No puedes estar aquí –Emilia lo empujó.

–Amor, no puedes romper un corazón que ya está roto. ¿Por qué no respondiste mis cartas?

–Porque era peligroso hacerlo –dijo Emilia. A pesar de que lo mantenía a distancia, a pesar de que estaba en pánico por si alguno de los sirvientes lo había visto o si alguien había presenciado su huida al jardín, su cuerpo se inclinaba hacia él–. Hunsdon regresará a casa en cualquier momento.

–Entonces déjame aprovechar los momentos que él no reclama –dijo Southampton–. No puedo regresar a Cambridge sin un último beso.

Emilia le apartó el cabello empapado y estampó sus labios contra los de él.

–Ahí tienes. Ahora, vete –pero, incluso mientras hablaba, él la acercó más.

Ella se derritió en él, y en todos los lugares donde sus manos le recorrían la piel, sentía fuego acariciándola. Casi esperaba que la lluvia que los golpeaba a ambos se convirtiera en vapor. Los dedos de Emilia se entrelazaron en el cabello de él y la boca de Southampton cayó contra su garganta. Como otras veces, en su mente escuchó un diablo que susurraba: «¿Por qué no puedes tener tan solo esto?».

–Lo que me haces... –respiró Southampton contra ella, su mano encontró la abertura de su bata y se deslizó adentro–. Dime que tú también lo sientes.

–No importa si lo siento –suspiró ella.

–Importa. Es todo lo que importa –dijo él tomándole el rostro entre las manos. La lluvia caía por sus mejillas y se le pegaban las pestañas.

–No aquí –Emilia tomó su mano y lo arrastró a lo largo del oscuro sendero entre los setos, hasta que apareció del invernadero. Abrió la puerta y entró veloz, para sellar la tormenta afuera.

En la oscuridad, las formas de las plantas parecían monstruosas. A través del cristal, la luz de la luna se derramaba. Southampton le quitó el salto de cama y luego le levantó el camisón empapado. Ella se quedó frente a él, bañada en la luz plateada.

Él desató su capa mientras ella desabrochaba los botones de su jubón bajo la tela hinchada. Cuando él también estuvo desnudo, ella le rodeó la cintura con las piernas, dejándose sostener mientras él

giraba y la colocaba en el borde de una mesa de jardinería. Mientras él se hundía en ella, Emilia inclinó su rostro hacia el techo de cristal, donde la lluvia golpeaba como si el mundo llorara por ellos.

Después, se recostaron sobre una lona debajo de un pequeño seto de naranjos en macetas. El cuerpo de Southampton rodeaba al de Emilia.

–Este es nuestro Edén –susurró él en su hombro–. Yo soy Adán, y tú eres mi Eva.

–Y no hay escapatoria del árbol del conocimiento –respondió ella girando hacia él.

–Encontraré una manera –juró Southampton.

Emilia nunca se había sentido tan vieja, ni Southampton había parecido tan joven. ¿Cómo sería ser rico y privilegiado y creer con total convicción que los obstáculos desaparecerían por sí mismos?

–Milord –dijo suavemente–, algunas historias están destinadas a ser trágicas.

–No la nuestra –insistió él–. Te escribiré todos los días.

–No lo harás. Es demasiado peligroso.

Justo entonces, escuchó que la llamaban por su nombre. Emilia se incorporó de un salto, colocándose el camisón sobre la cabeza. Le lanzó a Southampton su ropa.

–Vístete –susurró con fuerza–. Hay una puerta trasera por allí.

Señaló, esperando que él viera el pestillo en la pared de paneles de cristal.

–¿Emilia?

–¿Milord? –llamó ella, al escuchar que se abría la puerta principal del invernadero.

Hunsdon golpeó la piedra de yesca y encendió una vela, que debía haberse apagado con la tormenta. La pequeña llama iluminó un círculo donde él estaba, y dejó ver la puerta del invernadero aún abierta y la lluvia golpeando afuera. Cuando ella se acercó, el rostro de él se arrugó en una sonrisa.

–¿Es esto una aparición o un ángel?

Emilia se dio cuenta de que, con su ropa de noche voluminosa y la luz de la llama frente a ella, debía parecer realmente sobrenatural.

–¿Qué prefieres esta noche, milord? –preguntó, sonriendo.

Imaginó a Southampton, a pocos metros de distancia, escuchando ese intercambio. Sintió que sus mejillas se ruborizaban de vergüenza y esperó que Hunsdon lo interpretara como pasión. Él extendió la mano, y ella la tomó con la suya.

–No esperaba que llegaras tan tarde –dijo Emilia.

–Se rompió una rueda de nuestro carruaje –respondió Hunsdon–. Te busqué en tu habitación, pero no te encontré –giró levemente para mirar por encima de su propio hombro–. Tengo al personal buscándote por toda la casa. ¿Qué hacías en el invernadero después de medianoche?

Ella repasó las palabras en su mente, en busca de acusaciones, pero solo encontró preocupación.

–Es lo más extraño –dijo Emilia–. Debí haber caminado sonámbula, porque me encontré en los jardines sin saber cómo había llegado allí. Y luego, cuando comenzó a llover, me refugié aquí.

–Debemos secarte –dijo mientras pasaba la mano por su camisón mojado. Justo en ese momento, se escuchó un ruido en la parte trasera del invernadero–. ¿Qué fue eso? –dio un paso hacia el ruido.

–Probablemente alguna criatura pequeña en busca de refugio, como yo –respondió Emilia rápidamente, apoyando su mano en el abrigo de él–. Tú también estás empapado –dijo, bajando las pestañas.

Se aferró al cuello de Hunsdon y lo besó mientras se movía para que él quedara de espaldas al sitio donde Southampton debía haber golpeado una maceta.

–Tan mojado... –murmuró mientras lo empujaba contra la mesa de trabajo, se arrodillaba y le bajaba los pantalones–. Te eché de menos, milord –susurró Emilia, cerrando su boca sobre él.

Sintió las manos de él sobre su cabeza como una bendición. Mientras Hunsdon gemía, vio a Southampton, ya vestido, entrar en el pasillo. Cruzaron miradas por encima de la cadera de Hunsdon.

«Esto es lo que soy», hubiera querido decirle. «Necesitas saberlo».

Mientras Southampton giraba y se deslizaba sin hacer ruido por la puerta trasera del invernadero, Emilia cerró los ojos. No era un

ángel, ni una aparición.

Era un espectro, y todas las cámaras de su corazón estaban embrujadas.

Emilia no salió de su habitación al día siguiente, ni al siguiente, alegando un dolor de cabeza. Mientras Hunsdon estaba en la corte, rindiendo cuentas a Su Majestad, ella escribía.

Desgarró su poema de amor y lo volvió a montar.

Encontró las palabras para matar a Adonis y para permitir que Venus lo lamentara. Porque, no importa cuánto lo hubiera dilatado, así era como siempre iba a terminar.

Dedicó el poema a Southampton.

Luego lo pasó en limpio y lo envió a la casera de Marlowe dentro de un mensaje simple y doblado: «Ayúdame», decía.

Así fue como Emilia reveló uno de sus secretos a Kit Marlowe, quien respondió a su llamada de ayuda de todas las maneras: como editor de su poesía y como un hombro sobre el cual llorar. Lo veía una vez a la semana en el Falcon Inn en Southwark, un día diferente cada vez, para que Hunsdon no sospechara. Le había dado a la joven sirvienta tanto dinero para asegurar su silencio ininterrumpido que, a ese paso, probablemente la mujer podría comprarse una casa en el Strand.

Pasaron meses sin noticias de Southampton, algo que Emilia había esperado, dado el modo en que se despidieron. Le contó a Kit cómo había logrado alejar por fin a Southampton, a lo que el poeta no respondió nada, sino que abrió los brazos y la sostuvo mientras sollozaba.

Pasó un año y, aunque seguía pensando en Southampton, Emilia enterró sus recuerdos. Las pocas veces que escuchaba que el conde estaría en la corte, se aseguraba de fingirse enferma. Decidió considerarse afortunada de haber tenido un gran amor en su vida, y más de una década de consuelo con un hombre amable que se había convertido en su amigo. Se distrajo leyendo obras para

Hunsdon, entre ellas *El judío de Malta*, de Kit. Empezó otro poema, esta vez basado en una historia del *Fasti* de Ovidio, sobre una mujer violada por el mejor amigo de su marido soldado después de que este presumiera de ella. Era una historia oscura, devastadora y trágica, que reflejaba su estado de ánimo permanente en esos días.

El Falcon Inn no estaba muy lleno; era temprano por la tarde. Una camarera llevaba jarras a los clientes y, en una esquina, un hombre tocaba el laúd y cantaba. Emilia no tenía claro si lo habían contratado o tan solo estaba borracho.

–¿Sabes? –dijo Kit–. Antes eras divertida.

–Continúa, por favor. Intentaré fingir que me interesa –Emilia usó sus brazos cruzados como almohada y apoyó allí su cabeza.

Mientras ella había pasado los meses lamentando la pérdida de Southampton, Kit los había pasado causando problemas. Se había mudado y, tras una pelea mortal con sus vecinos en Norton Folgate junto al poeta Thomas Watson, pasó dos semanas en la prisión de Newgate. Hacía solo un mes, Kit había estado en los Países Bajos, envuelto en un plan de falsificación relacionado con católicos que aún aspiraban al trono. Lo enviaron ante Lord Burghley, el tesorero de la reina, pero no fue acusado ni encarcelado. Cuando Emilia le preguntó en forma directa si era agente de la Corona, él se rio y respondió:

–Soy simplemente un agente del caos.

A Emilia le parecía que ambos tenían cavernas profundas y sin fin en su interior que intentaban llenar sin éxito: los días de Emilia estaban llenos de poesía dedicada al objeto de sus afectos y sus noches, dedicadas a Hunsdon; los días de Kit se ahogaban en cerveza y sus noches estaban llenas de peleas y misiones secretas que podrían matarlo en cualquier momento. Eran, pensaba Emilia, una pareja lamentable: siempre alcanzando el fruto en una rama demasiado alta, en lugar de encontrar satisfacción en las cosas al alcance de sus manos que podrían sostenerlos.

El laúd terminó su canción y, al ver a Kit, empezó una balada basada en uno de sus poemas. Kit gimió y llamó a la camarera para pedir otra bebida.

Estaba leyendo un panfleto que Robert Greene acababa de publicar, *Groats-worth of Wit*, en el cual se hacía alusión a Kit (y a otros escritores).

–¡Qué tontería! Afirma que el trabajo de George Peele está a la par del mío. Yo tengo mucho más talento que Peele.

–Y mucha más humildad –sonrió Emilia.

–Ah, esta parte es más interesante –continuó Kit, ignorándola–. Dice que los actores son tan buenos como las palabras que les damos los escritores, por lo que nos deben. Y advierte sobre un actor poco confiable, un cuervo advenedizo que pretende ser escritor y se apropia de material de otros.

–¿Quién?

–Lo llama *Shake-scene* –respondió Kit encogiéndose de hombros.

–*Shake-scene* –repitió Emilia–. ¿No lo conocimos una vez?

–Ese era Will Shakespeare –corrigió Kit–. Ahora actúa para los Hombres de la Reina. Pero es un don nadie. Esto probablemente sea una referencia a Ned Alleyn, que destroza la escena en mi *Tamburlaine*.

–Bueno, quien sea. Si los actores están intentando escribir por su cuenta, parece que necesitan más dramaturgos –señaló Emilia, que había tomado el panfleto y ahora lo hojeaba.

Un dedo largo se enganchó en la página y la tiró de ella hacia abajo. Los ojos oscuros de Kit se encontraron con los de Emilia, chispeantes.

–No –dijo ella.

–Ni siquiera sabes lo que voy a preguntar.

–No me hace falta. Lo sé por tu mirada.

–¿Por qué no tú, ratoncita? –preguntó él.

Emilia hizo una mueca. Le dolía la cabeza por la cerveza que habían bebido, le dolía el corazón por Southampton, y no le importaba en lo más mínimo ese panfleto estúpido que tenía a Kit con los nervios de punta.

–¿Por qué no yo qué?

–¿Por qué no escribes una obra?

–Si no sabes la respuesta a eso, estás más despistado de lo que creía –miró su ropa de joven–. O tal vez olvidaste lo que hay debajo

de este jubón.

Pero, cuando Kit olfateaba una idea, no podía dejarla ir.

–Todo el mundo colabora –dijo–. De hecho, sería antinatural que un dramaturgo no tuviera la pluma de un amigo en su tintero.

–¿Es una broma sexual?

–Quizás. Pero también es cierto. La semana pasada, Fletcher y Beaumont estaban en una taberna discutiendo una obra que escribían juntos sobre asesinar a un rey. Discutían la escena del asesinato y quién debía interpretar cada papel, y fueron arrestados por traición porque alguien asumió que estaban conspirando un regicidio.

–No bromees –Emilia entrecerró los ojos.

–No bromeo. Te digo que es perfectamente normal que más de un escritor colabore en una obra. Kyd y yo compartimos habitación, y él me ayuda con mis obras cuando llego al punto de querer arrancarme los cabellos. Si los Hombres de Lord Strange traen un nuevo aprendiz para interpretar a una doncella, pueden venir a pedirme que añada un soliloquio para una obra de Nashe. A veces se añade un bufón, a veces se quita. Se paga bien. Una obra es algo vivo, y crece o se reduce con el tiempo. Por eso los mejores dramaturgos colaboran entre ellos. Y, por los mejores, me refiero a mí.

–No puedo escribir una obra, Kit.

–No puedes poner tu nombre en una obra. Eso no es lo mismo.

A su pesar, Emilia se dio cuenta de que estaba inclinándose hacia adelante. Kit era la primera persona que tomaba su escritura en serio, más que como un pasatiempo. Dedicaba un tiempo valioso a trabajar en sus versos con ella y también pedía la opinión de Emilia sobre los suyos. La trataba como trataría a cualquier escritor hombre.

–Yo… no sé cómo escribir una obra de teatro.

–Ratoncita –dijo Kit con seriedad–. Eres una escritora consumada. Las palabras son palabras. Una obra de teatro es solo una forma diferente.

Solo el hecho de considerarlo le parecía como asomarse al borde de un acantilado. Emilia podía sentir el rugido del viento y el rocío

del mar y sabía que, con un paso, podría caer. Pero, por otro lado, tal vez pudiera volar.

–¿Me ayudarías?

–Hay pocas cosas que no haría por ti –dijo Kit, sonriendo–. Ahora, necesitamos una trama. –Golpeó la mesa con los dedos, pensativo.

El laudista comenzó otra balada popular, esta vez con la melodía de *Suerte o desgracia*:

–Ay de mí, vil desgraciado, que nací… Haciéndome objeto de burla para el mundo: y para mis amigos y parientes, una vergüenza, manchando su sangre con mi desgraciado nombre.

–¡Eso es! ¿Conoces esta melodía? –dijo Kit con un golpe en la mesa.

–¿No es sobre el asesinato de un esposo? –preguntó Emilia mientras asentía con la cabeza.

–Sí. Thomas Arden, asesinado por su esposa, Alice, porque ella quería estar con su amante. Sucedió en Kent hace cuarenta años. Ella contrató a dos cómplices para cometer el asesinato, pero necesitaron cinco intentos antes de lograrlo. Finalmente, quemaron a Alice en la hoguera por sus crímenes. Es perfecto –Kit sonrió–. ¿A quién no le encanta el derramamiento de sangre y el asesinato en escena? Y ya que siempre me dices que no sé escribir bien a las mujeres trágicas, esta es tu oportunidad de enseñarme.

–¿Y si ella no fuera trágica? –preguntó Emilia.

–Continúa.

–El matrimonio es un negocio y tiene poco que ver con el amor. Para que una mujer tenga estatus, debe estar casada. Sin embargo, una mujer casada lo pierde todo: su nombre, su cuerpo, sus bienes, su dinero. Todo le pertenece a su esposo. Una viuda, en cambio, recupera todo lo que legítimamente le pertenece –Emilia se encogió de hombros–. Es un milagro que no haya más maridos asesinados.

–A veces me asustas –Kit se estremeció.

–¿Porque digo la verdad? –preguntó Emilia–. ¿Quién sabe por qué Alice Arden quería matar a su marido o qué pasaba detrás de sus puertas cerradas? ¿Fue una necia por intentar liberarse… o increíblemente valiente? –miró al laudista, que ya no cantaba con la

voz de la pobre Alice, sino como un coro narrativo que advertía a otros para que no actuaran como ella.

–El amor es un dios –continuó Emilia–. El matrimonio no son más que palabras.

Kit chocó su jarra de cerveza con la de ella.

–Así me gusta –dio la vuelta al panfleto para ponerlo de la parte en blanco y señaló a la mesera otra vez, esta vez para pedir una pluma y tinta–. Ahora –dijo–. ¿Por dónde empezarás?

MELINA

Septiembre de 2023

Melina se sentía como si se estuviera mirando en un espejo. La mujer que le devolvía la mirada tenía ojos verdes, no plateados, pero brillaban con lágrimas, igual que los suyos. Su voz pronunciaba palabras que Melina conocía antes de que salieran de su boca. Estaban solas en la sala; todos los demás habían desaparecido: los otros actores, el director artístico, el público.

La actriz que interpretaba a Emilia Bassano dijo las últimas líneas de la obra de Melina:

–No importa si saben quién eres. Lo único que importa es que escucharon lo que tenías que decir.

Melina se preguntó si así se habría sentido Emilia Bassano al ver una de sus obras representada, rodeada de personas que no sabían que ella era la autora. Era extraño para Melina encontrarse ahora en la misma situación que su protagonista.

El vacío creado por el arte se rompió de repente y los sentidos de Melina se llenaron del estruendo de los aplausos, las reverencias de los actores y el apretón de Andre sobre sus hombros.

–Escucha –murmuró él en su oído–. Eso es para ti, Mel.

Casi de inmediato, la gente se acercó para estrechar la mano de Andre y felicitarlo. Melina sabía que ese era el momento en que debía revelarse como la autora de *Con cualquier otro nombre,* pero no tenía la energía para levantarse de la silla. Se sentía agotada, sin fuerzas. El taller de veintinueve horas había sido intenso. No había

tenido tiempo de procesar los cambios en su obra y si realmente habían sido para mejor.

Poco a poco, se dio cuenta de que Felix Dubonnet estaba hablando con Andre sobre la genialidad de un recurso usado en la obra, en el que un soneto se transformaba en un poema de pérdida de un hijo. Una chispa de enfado recorrió a Melina: no era un recurso; era una posibilidad. Su obra sobre la vida de Emilia Bassano no pretendía ser una ficción; quería ser la resurrección de una omisión, como la revelación de la tinta invisible de Mary Sidney Herbert. El hecho de que los libros de historia no incluyeran esta versión de los hechos no la hacía menos cierta; solo subrayaba quién había controlado la narrativa.

Conversaciones paralelas surgieron en la sala.

–¿Habías oído alguna vez de esta tal Emilia?

«Sí la conocen», pensó Melina. «Memorizaron sus palabras mucho antes de saber que las había escrito».

–Solo los locos cuestionan la autoría de Shakespeare...

«Y, sin embargo, están considerando la idea», se dijo Melina a sí misma.

Y una mujer, gesticulando efusivamente hacia su compañero:

–Fue tan... real. No tienes idea de lo que es hablar y saber que nadie te escucha.

–¿Qué? –respondió el hombre.

–Lo que más me impresionó –continuó Felix– fue la cuestión de si el arte es más importante que el reconocimiento. Esta obra se apoya en los hombros de Sondheim y Lapine, John Logan... Yasmina Reza.

–¿No debería ser al revés? Ya que Emilia Bassano fue primero –Andre tiró de la mano de Melina hasta que estuvo de pie–. Hablando de arte y reconocimiento...

–Señor Green –interrumpió una voz y Melina se giró para ver a Jasper Tolle con las manos entrelazadas a su espalda–. ¿Podríamos hablar en privado?

–Me encantaría –respondió Andre lanzándole una mirada a Melina.

Felix Dubonnet palmeó la espalda de Andre y la ignoró a ella.

–Les dejaré hablar. Buen trabajo, chico. Buen trabajo –captó la mirada de alguien al otro lado del teatro y comenzó a abrirse paso

entre los pasillos.

Jasper parecía excesivamente pulcro en su traje de lino. Llevaba su inseparable libreta sujeta en una mano. Sus ojos no eran ni azules ni verdes, sino una extraña combinación marina de ambos, y Melina se dio cuenta de que nunca había estado tan cerca de él como para notar ese detalle. También pudo ver una zona en su mandíbula, olvidada al afeitarse, y unos cuantos hilos plateados en sus sienes. Esto lo hacía tan humano que por un segundo olvidó cuánto lo despreciaba.

«Este es mi momento», pensó Melina. «Aquí es donde le diré la verdad».

Pero primero quería escuchar sus comentarios.

Jasper condujo a Andre hacia el escenario, donde un técnico estaba desmontando unas luces ahora que la función había terminado. Melina los siguió de cerca.

–No voy a andar con rodeos –dijo Jasper–. Me encanta tu obra.

–Gracias, pero... –Andre miró a Melina.

–No creo que comprendas con qué poca frecuencia digo esas palabras –continuó Jasper–. Y nunca he dicho lo que voy a decir ahora: quiero ayudar a que esta obra se estrene.

Melina se quedó helada, asombrada. Andre también estaba sin palabras.

–Es muy emocionante para mí ver a un hombre escribir desde la perspectiva femenina de forma tan clara y explicar de manera elocuente lo que se siente ser marginada por el género –dijo Jasper–. Definitivamente, pone en duda el debate de que solo aquellos que vivieron una experiencia deberían crear arte sobre ella.

–Nunca nadie impidió que los hombres escribieran sobre las mujeres –exclamó Melina–. Pero, cuando sus opiniones sobre lo que significa ser mujer ocupan espacios en los teatros que podrían ser ocupados por dramaturgas, eso es un problema.

–Lo siento… ¿quién eres tú? –dijo Jasper parpadeando.

Andre abrió la boca, posiblemente para presentar a Melina como la verdadera autora de la obra de teatro de la que Jasper hablaba con tanto entusiasmo. Pero, en ese momento, Melina se dio cuenta de dos cosas. La primera era que Jasper Tolle no la había reconocido

como la estudiante cuyo trabajo había destrozado en el Bard College. La segunda era que, si Jasper descubría que ella había escrito la obra en lugar de Andre, ya no la apoyaría.

Melina pisó –con fuerza– el pie de Andre y extendió la mano.

–Soy la asistente de Mel. Andrea.

–Entonces... ¿debería contactar contigo para organizar una reunión y hablar más sobre los próximos pasos para la obra? –Jasper frunció el ceño.

–¡Sí! Soy quien lleva su agenda –Melina miró a Andre, que aún parecía paralizado–. Él… no está en redes sociales y casi siempre tiene el teléfono apagado para que no interfiera con su... proceso.

–¿Ah, sí? –dijo Andre.

Melina lo ignoró, tomó el teléfono de Jasper Tolle y escribió sus propios datos de contacto bajo el nombre de Andrea Washington.

–¡Listo! –dijo, sonriente–. ¡Espero tu mensaje!

Jasper miró alternativamente a Melina y Andre, como si no pudiera entender bien la relación entre ambos. Luego se acercó a Andre.

–A mí también me desagradan estos eventos públicos –dijo, decidiendo al parecer que la incomodidad de Andre era ansiedad social. Jasper recuperó su teléfono–: Ya te contactaré.

Andre y Melina observaron cómo el crítico se alejaba por el pasillo. A través de sus dientes, Andre susurró:

–¿Qué diablos fue eso, Mel?

–Él quiere que se estrene. Que se estrene, Andre. ¿Te imaginas *Con cualquier otro nombre* en un teatro de verdad? ¿Generando ingresos reales? ¿Cuándo tendré esta oportunidad otra vez?

–Bueno, tú no la tendrás, porque al parecer soy yo el que tiene la oportunidad –explotó Andre–. ¡Lo acordamos! ¡Se suponía que ibas a confesarlo después de la función!

–Eso fue antes de saber que él quería ayudar a producirla –se suavizó–. Por favor, Andre. Eres mi mejor amigo, y de veras, de veras necesito este descanso. Sé que te estoy pidiendo mucho. Pero solo son unas semanas más.

–¿Y luego? ¿Cuándo se lo vas a decir? ¿Cuando gane un premio? ¿Cuando se estrene en Broadway? ¿O esperarás a los Tony? –Andre

sacudió la cabeza–. No puedo seguir interpretando un papel por ti, Mel. Tengo un trabajo de lunes a viernes.

–Lo sé. Por eso nunca tienes tiempo para terminar tus propias obras. Pero si Jasper Tolle lleva esto a un teatro de verdad, significa que me pagarán… algo. Tú puedes quedarte con el dinero y usarlo para tomarte unas semanas libres de la agencia de *casting* para escribir.

Lo consideró; Melina vio cómo se iba suavizando al pensar en el lujo de tener tiempo y dinero.

–Tu nombre no aparecerá en la cartelera –apuntó Andre.

–No importa. Mi obra estaría en el mundo –dijo Melina–. Podré preocuparme por obtener el crédito después.

–Los amigos no dejan que sus amigos arruinen sus vidas con trucos al estilo *Quiero a Lucy* que están destinados al fracaso –argumentó Andre.

–Los amigos no dejan que sus amigos los decepcionen cuando más los necesitan –dijo Melina mirando a Andre con expresión suplicante.

–Está bien –Andre frunció los labios.

–Gracias. Gracias –Melina lo abrazó con fuerza.

–De nada –suspiró Andre, despegándola–. Ahora ve a traerme un café.

–Ve a traerte tu propio maldito café.

–Más vale que cuides ese tono, Andrea –dijo, sonriendo–. Las buenas asistentes personales abundan en esta ciudad.

Cuando Melina era joven, su madre fue diagnosticada con cáncer. Llegaba de la escuela y se sentaba en la cama de su madre, esperando que despertara de su sueño agotado o de cualquier cóctel de químicos que le hubieran administrado para intentar erradicar la enfermedad. Cuando despertaba, su madre nunca le preguntaba: «¿Cómo fue tu día?». En vez de eso, le decía: «¿Qué desearías haber hecho hoy?».

En ese entonces, las respuestas de Melina iban desde lo mundano hasta lo esotérico: «Desearía haberle dado un golpe a Jimmy

Faraday en la nariz cuando me llamó cara de pizza durante el recreo», «Desearía haber sido una sirena para nadar alrededor del mundo».

Mientras la enfermedad de su madre avanzaba y retrocedía, Melina le hacía la misma pregunta. Las respuestas de su madre eran una lista de las cosas que ya no tenía la energía para hacer: esquiar en un día tan frío que, al respirar, las fosas nasales se te pegaban; zambullirse de espaldas hacia atrás en una piscina clara y fría; leer un libro entero de un tirón.

Melina sabía que la salud deteriorada de su madre no era realmente porque el cáncer estuviera ganando, sino porque, después de tanto tiempo, su madre ya no quería seguir luchando. Un fin de semana, cuando Melina tenía dieciséis años y hacía sus deberes de inglés, miró hacia arriba y vio a su madre inusualmente alerta.

–Ojalá pudiera –dijo su madre– ver las auroras boreales.

–Lo haremos –dijo Melina.

Su madre negó con la cabeza. Las palabras que no decía llenaban el espacio entre ellas.

–Melina –preguntó su madre–, ¿me sacarías a tomar aire?

Dejó los libros y acercó la silla de ruedas hasta la cama de su madre en el hospital. Pero, después de haberla llevado con la silla hasta el jardín de flores silvestres fuera de la instalación, su madre dijo:

–Sigue.

–¿A dónde?

–Al aparcamiento –dijo su madre–. Tu coche. Me sacas de aquí.

–Mamá –dijo Melina–, no puedo sacarte del hospital. ¿Y si llegas a...?

–¿Morirme? –interrumpió su madre. Estiró la mano hacia la de Melina–. Vamos a ver las auroras boreales.

Melina tenía un permiso de conducir provisional que no era legal fuera del estado. No tenía ni idea de dónde podrían verse las auroras boreales sin coger un avión.

–Está bien –dijo suavemente.

Con su madre manejando el GPS, Melina condujo hacia el norte. Estaba emocionada y aterrada, y no dejaba de lanzar miradas hacia

su madre en el asiento del acompañante.

No llegaron a Canadá. No vieron las auroras boreales. En lugar de eso, el padre de Melina las alcanzó en una estación de servicio justo al pasar la frontera en Vermont, después de haber rastreado su teléfono con el plan familiar.

–Melina –dijo él, furioso–, ¿en qué estabas pensando?

–Fue idea mía, Matthew –intervino la madre de Melina levantando la mano.

–¿Tienes idea de lo peligroso que es esto? Podrías haber perdido semanas de tu vida...

–Sigue siendo mi vida –dijo la madre de Melina–. No me quites eso también.

En ese momento, el padre de Melina se ahogó en un sollozo, luego se arrodilló junto a la silla de ruedas y abrazó a su mujer. Por un momento, Melina volvió a sentirse excluida por completo.

Luego empujaron la silla hasta el borde del aparcamiento, en una colina con el rugido de la carretera a sus espaldas. Melina y su padre se sentaron sobre una manta manchada de grasa de bicicleta que encontraron en el maletero de su coche. Miraban las estrellas hacer agujeros en el tejido de la noche. Melina, que apenas había visto a su madre despierta en esas últimas semanas, se sorprendió al ver la firmeza de su atención. La mujer tendió la mano para que Melina la tomara.

Ella sintió entonces los nudillos de su madre, la piel estirada sobre su palma. Pensó en lo extraño que era saber que, en algún momento, cuando tocara a su madre, sería la última vez. Miró hacia otro lado, porque temía ponerse a llorar, y parpadeó mirando al cielo.

Por supuesto, no hubo auroras boreales.

–Perdón por no poder hacer realidad tu deseo –dijo Melina.

–Lo harás –dijo su madre mirándola–, y más también.

Tres días después de la lectura de *Con cualquier otro nombre*, Melina despertó con un mensaje de texto de Jasper Tolle: *Productor*

interesado. 3 pm en el Glass House Tavern bar. Nos encontraremos con Mel allí.

Ella saltó de la cama y comenzó a golpear la puerta del baño.

Apareció Andre, con una toalla envuelta alrededor de su cintura.

–¿Qué tiene que hacer una chica para tener algo de privacidad por aquí? –murmuró.

–Tienes una reunión. Tenemos una reunión. Hoy –balbuceó Melina–. Con un productor.

–De acuerdo –él pasó junto a Melina envuelto en una nube de vapor.

–Es en el Glass House Tavern –Melina lo siguió a su dormitorio, observando cómo se metía en su armario y comenzaba a tirar ropa sobre su cama–. A las tres.

–Genial.

–Estás colaborando demasiado –ella entrecerró los ojos.

–Es que no voy a ir –dijo Andre sacando la cabeza del armario.

–Tienes que ir. Eres Mel Green –Melina cruzó los brazos.

–En realidad, tú eres Mel Green, pero entiendo lo confuso que debe ser –dijo él–. Mira, prometí hacerme pasar por el escritor de la obra, pero no dije nada sobre asistir a reuniones en medio de la jornada laboral.

–¿Y qué se supone que le diré al productor?

–¿Que eres Mel Green? –sugirió Andre. Ante la mirada fulminante de Melina, se encogió de hombros–. Eres escritora. Pensarás en algo.

Seis horas después, Melina salía del metro cuando su teléfono sonó con otro mensaje de Jasper:

No llego. Emergencia laboral. Me reuniré con Tyce más tarde y te aviso.

Tyce?, escribió Melina, con un vuelco en el estómago.

D'Onofrio. Perdón, ese es el productor.

Melina conocía a Tyce D'Onofrio. Se había reunido con él el año anterior, después de enviarle una de sus obras. Le había comprado un *venti* de Starbucks de diez dólares. A cambio, él le había dicho que era difícil identificarse con su personaje principal, porque tomaba decisiones cuestionables. En ese entonces, Tyce estaba

produciendo un revival de *Sweeney Todd*, sobre un barbero con problemas de control de ira que asesinaba a sus clientes.

Melina entró en el Glass House Tavern y se dirigió al bar. A esa hora, el restaurante estaba vacío. Solo había dos hombres en la barra, ambos con sus teléfonos. Tenía la boca completamente seca.

–Eh... ¿Tyce? Creo que me estás esperando.

Él levantó la vista y sonrió, abandonando el taburete.

–Definitivamente no eres Mel Green –dijo, sin una pizca de reconocimiento en sus ojos.

–Culpable –Melina inhaló profundamente y sonrió con brillo.

–Jasper dijo que Mel probablemente traería a su asistente. ¿Mel está en camino?

–No –dijo Melina despacio–. Ha tenido... una emergencia laboral.

–¿Corte de papel? –se rio, mostrando los dientes–. Como es escritor...

–Sí, lo he pillado –respondió Melina.

–¿Qué quieres tomar? –preguntó Tyce, señalando su bebida mientras se sentaba.

–Martini de Grey Goose. Doble –le indicó directamente al camarero y se sentó en un taburete junto al productor.

–Mel me pidió que siguiera con la reunión para poder responder a cualquier pregunta que tengas –dijo Melina–. Estoy... eh... está verdaderamente agradecido por tu interés en la obra. Entonces... ¿qué es lo que te emociona de *Con cualquier otro nombre*?

–Bueno... ¿por dónde empiezo? –Tyce se encogió de hombros–. Creo que es algo que realmente falta en el panorama teatral, ¿sabes? Los hombres como yo no pensamos en cómo sería ser borrado de la historia, porque nunca nos pasó. Pero una obra de arte creada por un hombre que te obliga a mirar a través de los ojos de alguien a quien nunca se le dio su propia voz... eso es una buena muestra de apoyo, ¿no? Es señalar el propio privilegio y denunciarlo al mismo tiempo –se metió un puñado de anacardos en la boca y siguió hablando–: También creo que es fascinante que un escritor negro hable sobre la lucha de las mujeres, ¿sabes? Por eso de que solo un marginado puede reconocer a otro. Aunque probablemente no debería decir eso en voz alta –dudó.

«No», pensó Melina. «No deberías».

El camarero le pasó el martini a Melina y ella se lo bebió casi todo de un solo trago.

–¿Sabes? Ya nos hemos visto antes.

–¿De veras? –Tyce D'Onofrio entrecerró los ojos.

–Tomamos un café. Te envié una de mis obras.

–¡Ah! –dijo Tyce, como cuando las personas fingen recordar y en realidad no recuerdan nada.

–Me dijiste que mi personaje principal era poco empático –respondió Melina, sonriendo con amabilidad–. Creo que usaste las palabras «emocionalmente implacable».

–Te felicito entonces por conseguir trabajo como asistente de Green –dijo Tyce–. Nunca viene mal tener un mentor con los mismos intereses.

–Solo por curiosidad, para mi propio crecimiento personal, claro –dijo Melina–, ¿qué tiene la obra de Mel que la mía no?

–La recomendación de Jasper Tolle. Si a él le gusta, será un éxito –Tyce respondió sin dudar un segundo. Luego empujó el pequeño plato de anacardos hacia Melina–: ¿Frutos secos?

–Sí –respondió mirando el plato.

De lo único que hablaban los presentadores de noticias era de la ola de calor que azotaba la ciudad. Melina había dormido inquieta, desnuda sobre las sábanas, con el ventilador oscilante soplando un aliento caliente sobre su piel. Como todos los que carecían del privilegio de tener aire acondicionado, solo quería encontrar un lugar fresco donde pasar el día sin tener que pagar veinte dólares o varios cafés para entrar.

Se dirigió a su refugio habitual, la sala de Manuscritos y Archivos de la Biblioteca Pública de Nueva York, donde había realizado la mayor parte de su investigación profunda sobre Emilia Bassano. Había encontrado muy pocas fuentes primarias que mencionaran a Emilia; la más notable era un registro de clientes de un astrólogo llamado Simon Forman, a quien Emilia había consultado tras varios abortos espontáneos. Emilia también aparecía como una nota al pie

en las vidas de isabelinos famosos, como Henry Carey –lord Hunsdon– y la larga lista de Bassanos que eran músicos de la corte de Enrique VIII e Isabel I. Luego estaban los registros fragmentados e incongruentes de la vida de Shakespeare, en los que Emilia no era mencionada en absoluto, pero donde los huecos evidentes en la cronología parecían tomar su forma.

El secreto que la mayoría de los neoyorquinos ignoraba era que, aunque no estuvieras en la sala de lectura para acceder a un libro raro, podías sentarte en su espacio fresco y silencioso.

Hoy había traído una novela de su casa –una novela de romance y fantasía que Andre llevaba un año tratando de que leyera para que pudieran discutir el giro final–, y planeaba quedarse en la sala con aire acondicionado hasta que su estómago empezara a gruñir y tuviera que salir a buscar comida.

Se apartó la camiseta del pecho, abanicándola mientras el aire fresco de la biblioteca hacía su magia. Apenas había abierto el libro cuando su teléfono sonó con un mensaje. De inmediato, seis pares de ojos se clavaron en Melina, y ella se estremeció.

–Perdón –susurró, y puso el teléfono en silencio.

–D'Onofrio a bordo –le decía Jasper Tolle–. Su oficina conseguirá el espacio para ensayos. Quiere programar una reunión con Mel sobre el elenco y el calendario.

Los pulgares de Melina se deslizaron por la pantalla:

–Chequearé su agenda.

En algún lugar detrás de ella sonó un teléfono. Bueno, al menos no era la única. Luego añadió:

–Mel quiere saber si tienes un teatro en mente.

Otro sonido de mensaje.

–Señor –dijo un bibliotecario, con tono despectivo–. Este es un espacio de silencio.

El teléfono de Melina vibró en su mano.

–Cherry Lane.

Un escalofrío recorrió su espalda. Se dio la vuelta en su asiento y se encontró mirando los ojos sorprendidos de Jasper Tolle, que estaba sentado a una mesa de distancia, con el portátil abierto frente a él. Se levantó y se acercó a él.

–¿Qué haces aquí? –susurró.

–Leo –respondió en otro susurro–. Es una sala de lectura.

–Nadie sabe de este lugar –insistió Melina, frustrada.

–Claramente –respondió Jasper mirando alrededor– eso no es así.

–Sssh –una mujer a su derecha le lanzó una mirada de desaprobación.

–¿Me has seguido? –dijo Melina.

–¿Por qué tendría que seguirte?

–Vengo aquí desde hace años y jamás te había visto.

–Qué halagador saber que estabas atenta a mi presencia –replicó Jasper con ironía.

–Señorita –dijo una bibliotecaria con voz de cuchillo–. Y señor. Me temo que si desean conversar, tendrán que hacerlo en otro lugar.

Ninguno de los dos miró a la bibliotecaria. En cambio, Melina se concentró en los ojos inescrutables de Jasper Tolle y en la línea de su mandíbula. Él, a su vez, la observó con frialdad. Luego cerró la tapa de su ordenador.

Melina se dio la vuelta para meter el libro en su mochila y colgársela en un brazo. Salió de la sala, sintiendo que Jasper Tolle estaba un paso detrás de ella.

Ninguno habló mientras atravesaban la majestuosa sala de lectura Rose, la sala de catálogo y la rotonda. Justo cuando llegaron a la escalera que llevaba a la entrada de la Quinta Avenida, Jasper dijo:

–Para que conste, la razón por la que me gusta la sala de Manuscritos y Archivos es porque todos los otros lugares están demasiado llenos.

–A mí me pasa lo mismo –ella lo miró de reojo.

–De pequeño, quería vivir en una biblioteca. Todo parecía tan ruidoso en mi cabeza, y las bibliotecas siempre eran tranquilas –confesó Jasper–. Fue devastador descubrir que los bibliotecarios no dormían en los estantes.

–¿Sabías que las bibliotecas públicas de Nueva York solían tener apartamentos para los celadores? –dijo Melina–. El de esta tenía siete habitaciones. Un tipo que vivía allí había sido diseñador de Thomas Edison. La biblioteca lo obligó a mudarse en 1941 porque

necesitaban renovar el espacio para convertirlo en una central telefónica y una sala de fumadores.

–¿Cómo sabes eso? –los ojos de Jasper brillaron con interés.

–Leo –explicó Melina–. En la sala de lectura.

–¿Sabías –retrucó Jasper– que la biblioteca tiene más de cuatro millones de libros, pero también el abrecartas favorito de Charles Dickens, las muletas de Jack Kerouac y una carta que Colón escribió en 1493 anunciando que había descubierto el Nuevo Mundo?

–«Descubierto» –bufó Melina–. Maldito Colón.

–Maldito Colón, sí –Jasper se rio. Luego deslizó una mirada hacia ella–. Yo también leo.

Salieron por las puertas principales de la biblioteca y chocaron contra una pared de calor sofocante.

–Entonces –dijo Melina–. ¿Cherry Lane?

–Si Mel está de acuerdo, claro. ¿Qué te pareció Tyce?

–Es… entusiasta –dijo por último Melina.

–Es un idiota –dijo Jasper con liviandad–. Pero resuelve las cosas. ¿Qué le pareció a Mel?

–Mel no fue –dijo Melina.

–Pensé que quería que su obra realmente se estrenara –Jasper se detuvo en seco en la calle.

–¡Sí queremos! Él quiere, es solo que… –buscó una mentira que sonara como verdad– está terminando una nueva obra. A los tipos creativos cuando les llega la inspiración no se les puede interrumpir…

–Estás mintiendo –dijo Jasper, aún inmóvil, entrecerrando los ojos–, y realmente no es necesario.

Melina pensó que no podría sudar más de lo que ya estaba sudando en ese calor infernal.

–La mayoría de los escritores nuevos tienen que trabajar en otras cosas –continuó Jasper–. No hay nada de malo en buscar cómo apoyar tu arte con una segunda carrera.

–¡Sí! –soltó Melina con entusiasmo–. Exacto.

–¿Qué hace él?

No podía decir que Andre trabajaba en una agencia de *casting*, porque Jasper conocía a demasiadas personas en el mundo del teatro. Así que Melina dijo lo primero que se le ocurrió.

–Es niñero. Por eso me necesita.

–Es un poco contradictorio tener que pagarle a alguien un sueldo cuando estás empezando –Jasper giró en la esquina.

–Oh, él no me paga. Lo hago por alojamiento y comida.

Jasper levantó las cejas.

–No de esa forma. ¡Por Dios! –dijo Melina, horrorizada–. Nos conocimos en la universidad –tomó una respiración rápida y decidió lanzarse al vacío–. Yo también escribo teatro.

El rostro de Jasper estaba en blanco, aún no mostraba ningún signo de recordar quién era ella o lo que él le había hecho.

–Y Manhattan es caro, así que aceptaste el trabajo en lugar de correr a casa de mamá.

–Mi madre está muerta –dijo Melina sin emoción, contraatacando como una víbora.

Todavía estaban esperando la luz verde. Jasper la miró, luego asintió.

–Aquí es donde dices que sientes mi pérdida –dijo Melina, incrédula.

–No la conocí, y no me gusta mentir –dijo con un estremecimiento.

El semáforo cambió, y Jasper dio un paso hacia adelante. Cuando Melina no lo siguió, se dio la vuelta.

–¿Vienes?

–¿Sabes? Eres un idiota –murmuró ella mientras comenzaba a caminar.

–Me lo han dicho.

Se dio cuenta de que se dirigían al Bryant Park. Jasper se detuvo en un quiosco y pidió un café y un cruasán, luego miró a Melina.

–¿Qué te gustaría?

–Oh, no...

–¿Leche o azúcar? –la interrumpió–. ¿Sin gluten?

–Leche y azúcar, por favor. Y todos los glútenes.

Le entregó un café y pidió un segundo cruasán antes de continuar por el gran césped del parque, cerca del escenario principal donde se presentaban las obras de Broadway in Bryant Park los jueves. Se

sentó en una mesa redonda con dos sillas, junto a una gran tablilla metálica en el suelo.

–¿Sabes qué es esto? –preguntó Jasper.

Melina leyó la dedicatoria a los benefactores del parque, incluidos los alcaldes David Dinkins y Ed Koch.

–¿Una placa conmemorativa?

–Sí, pero cubre una salida de emergencia. Debajo están los depósitos de la biblioteca. Son unos ciento treinta y cinco kilómetros de libros y necesitaban una salida de emergencia.

–¿Cómo lo...? –Melina sonrió encantada.

–Me gusta aprender sobre cosas que por lo general se pasan por alto –respondió Jasper encogiéndose de hombros.

–¡A mí también! ¡Por eso comencé a investigar...! –Melina se detuvo abruptamente, dándose cuenta de que casi había revelado su secreto.

–Escucha –dijo Jasper–, sé que tuviste una gran participación en *Con cualquier otro nombre.*

–Ah… ¿lo sabes?

–Los asistentes personales no suelen tener una opinión tan cálida sobre el trabajo de su jefe. Así que, ¿qué importa si investigaste a Bassano para Mel? Eso no disminuye en absoluto la belleza de su escritura. Y no deberías esconder tu contribución. Después de todo, el teatro siempre fue colaborativo –sonrió y le ofreció un cruasán de la bolsa para llevar–. Yo escribí mi tesis sobre Shakespeare y el código de conducta teatral. Es probable que por eso *Con cualquier otro nombre* me haya interpelado. ¿Por qué resonó contigo?

–Porque Emilia Bassano es mi antepasada, por parte de mi madre –explicó Melina.

–Tu difunta madre –repitió Jasper. Su ceño se frunció–. Lamento tu pérdida.

La mirada de Melina se clavó en él, para ver si se estaba burlando, pero parecía vacilante, nervioso, como si aún no estuviera seguro de estar diciendo lo correcto en el momento adecuado. Era casi como si... estuviera esperando su aprobación.

Sintió que un nudo dentro de ella se aflojaba ligeramente. ¿Qué había dicho antes? No le gustaba mentir. Pero Melina comenzaba a

darse cuenta de que no podía mentir. Lo que veías en Jasper Tolle era lo que había. Podía ser brusco y devastador, pero había algo refrescante en cortar con toda la falsedad en este negocio y decir la verdad en lugar de frases hechas.

Quizá no había estado de acuerdo con la verdad que él le soltó diez años atrás. Pero también era cierto que ella había preferido escapar en lugar de enfrentar la situación.

Durante mucho tiempo ella lo había considerado su enemigo. Había adquirido proporciones monstruosas y ocupado un espacio desmesurado en la energía emocional e intelectual de Melina, sembrando tantas dudas que opacaban cualquier otra cosa.

Melina había sido una de las personas que creían que era un idiota.

Jasper a menudo sentía que lo habían lanzado a un juego de mesa de tamaño real sin instrucciones. Si supiera qué esperaban de él, podría aprenderlo de memoria y actuar en consecuencia. De lo contrario, era imposible no cometer errores. Y no se trataba solo de tener que recordar todo el tiempo las pautas sociales que para la mayoría de la gente eran algo natural, como esa respuesta estándar que supuestamente se debía dar al escuchar que un pariente de alguien casi desconocido había muerto. También era preguntarse si las cosas que a él le interesaban también le interesaban a la persona atrapada en la red de esa conversación, o si la estaban aburriendo hasta la muerte.

Se había arriesgado al llevar a Andrea a la salida de emergencia del Bryant Park. Pero parecía que ella también era una coleccionista de información rara sobre la Biblioteca Pública de Nueva York, así que la llevó a ver la placa que escondía los estantes ocultos.

No estaba muy seguro de por qué quería o necesitaba impresionar a una mujer que era por lo menos diez años menor que él, y que tenía un trabajo de principiante que implicaba traer café y organizar la agenda de otra persona. Tampoco entendía por qué él, que apenas lograba retener información importante –como qué línea de metro iba hacia el sur–, sabía que Andrea Washington tenía ojos

plateados como relámpagos. Era evidente que ella era inteligente, demasiado inteligente como para estar desperdiciándose como asistente personal de un joven dramaturgo.

–Dijiste que el teatro siempre fue colaborativo –murmuró Andrea–. ¿No te preguntaste, cuando escribías tu tesis, por qué Shakespeare parece ser una especie de prodigio unipersonal?

Mientras comía, apoyaba los codos en la desvencijada mesa de metal, lo cual le encantaba a Jasper, porque esa era una regla que él había roto cientos de veces cuando era niño.

–Marlowe colaboraba –continuó Andrea–. Middleton. Kyd. Beaumont. Ahora todo está registrado y tiene licencia, y Dios no permita que se cambie una palabra. En aquella época, una obra era algo vivo, se revisaba todo el tiempo. Ni siquiera se molestaban en volver a llamar al escritor original. Un autor nunca pensaba que la obra estaba arruinada si otro escritor la revisaba. De hecho, hubiera sido muy muy extraño que un dramaturgo isabelino no colaborara. Pero Shakespeare, que además tenía un trabajo a tiempo completo como actor, ¿logró escribir casi cuarenta obras por su cuenta? Eso no solo es impresionante, es fantasioso.

–Bueno –replicó Jasper–, hay estudiosos que creen que colaboró con George Peele en *Tito Andrónico*, y sabemos que trabajó con John Fletcher en *Los dos nobles caballeros*...

–Eso es si escribió algo –dijo Andrea–. El testamento de Shakespeare era increíblemente detallado. Le dejó sus propiedades a su hija Susanna, un tazón dorado a su otra hija, Judith... Veintiséis chelines y ocho peniques a tres de los actores con los que trabajó para que compraran anillos de luto. Le dejó su ropa a su hermana, una espada al hijo de un amigo, diez libras para los pobres de Stratford y su segunda mejor cama a su esposa, pero no legó ningún manuscrito u obra inacabada. Cuando Shakespeare murió, no había ni una sola obra escrita de su puño y letra.

–No es cierto –dijo Jasper–. Dejó unas adiciones a la obra *Sir Thomas More*.

–Todo lo que sabemos es que la editó. No sabemos si la escribió. Su nombre ni siquiera aparece impreso en una obra hasta 1598. Hay

muchos documentos que lo sitúan en Stratford en esa época, solo que no en el mundo teatral de Londres.

Esos ojos plateados de ella parecían incandescentes; Jasper se inclinó involuntariamente hacia adelante.

–Las obras de Enrique y *Tito Andrónico* fueron rastreadas hasta la década de 1590 –dijo.

–Sí, pero no hasta Shakespeare en concreto. Se representaron en el teatro Rose. El dueño, Philip Henslowe, hacía un registro meticuloso de las obras que compraba; tenía un diario con los nombres de otros veintisiete dramaturgos que le vendieron obras, y anotó las obras de Enrique y *Tito Andrónico*, pero con un autor anónimo. Shakespeare ni siquiera aparece como actor en un recibo de pago de los Hombres del Lord Chambelán hasta 1594.

–Sabes que la mayoría de los antiestratfordianos son unos chiflados –dijo recostándose en su silla.

–No todos. Un juez de la Corte Suprema, John Paul Stevens, pensaba que había dudas razonables sobre si Shakespeare era el verdadero autor de las obras. También Mark Twain, Helen Keller, Sigmund Freud... ¡y Malcolm X!

–No me malinterpretes, sabes que adoro la obra de Mel. Pero, al final, sigue siendo solo una hipótesis –dijo Jasper.

–Yo diría que es una ficción más grande decir que Shakespeare fue el mejor dramaturgo de todos los tiempos y que trabajó solo –replicó Andrea–. ¿Qué lo hizo decidir de la nada escribir un montón de comedias de bodas italianas? ¿Por qué usaba italiano al escribir, y en su forma coloquial, aunque no hablaba el idioma? ¿Por qué sus obras tienen más alusiones a la música que cualquier otra de la época si ni siquiera tocaba un instrumento? ¿Cómo escribió sobre la corte si nunca fue cortesano, o sobre la ley si no era abogado?

–Libros –replicó Jasper.

–Pero no podía ir tranquilamente a la Biblioteca Pública de Nueva York a consultarlos, y tampoco tenía libros en su testamento cuando murió –ella lo miró, casi con timidez–. Lo que realmente me hizo pensar fueron sus personajes femeninos. Beatrice... Rosalinda... Viola... Portia. Eran feministas mucho antes de que hubiera un movimiento de mujeres. Pero Shakespeare, en la vida real, tenía dos

hijas a las que nunca educó. Ni siquiera sabían escribir sus propios nombres –Andrea negó con la cabeza–. Simplemente, no puedo creer que un hombre que creó mujeres tan icónicas en sus obras no quisiera que sus hijas tuvieran los mismos derechos.

–Por otro lado, Emilia Bassano fue la primera poetisa publicada en Inglaterra – Jasper cruzó los brazos.

–A sus cuarenta años –dijo Andrea, extendiendo la mano para tomar la otra mitad del cruasán de Jasper–. Es raro que un escritor aparezca de la nada, ¿no? Es mucho más probable que ella estuviera escribiendo antes, pero sin usar su propio nombre. Además, era muy educada, italiana, provenía de una familia de músicos y era la amante del hombre que controlaba todo el teatro en Inglaterra. Era judía y tenía que ocultar su religión. Todas las lagunas en la vida o conocimientos de Shakespeare que los académicos tuvieron que explicar, de alguna manera ella las llena.

–Lo único que recuerdo de escribir mi tesis es que, a menudo, el nombre de Shakespeare aparecía con un guion en los textos de la época –dijo Jasper–. Podría haber sido una cuestión de imprenta. Pero en aquel entonces, poner un guion también señalaba tradicionalmente un nombre inventado.

Andrea consideró esto y luego negó con la cabeza.

–No creo que fuera un seudónimo, porque sabemos que William Shakespeare sí existió. Hay documentos que leí en la sala de Manuscritos y Archivos, de hecho, que muestran que vendía malta a un precio muy alto en Stratford durante una hambruna. Otro documento muestra una orden de restricción contra él, y otros señalan que no pagaba sus impuestos. Las pruebas que tenemos de Shakespeare demuestran que..., bueno..., no era una gran persona.

–Puedes no ser una gran persona y aun así ser un dramaturgo extraordinario –señaló Jasper.

–Entonces pensarías que alguien más lo habría mencionado –dijo Andrea–. Su yerno, John Hall, tenía un diario...

–Que leíste en la sala de Manuscritos y Archivos –interrumpió Jasper.

–Sí –ella sonrió–. Y Hall nunca mencionó que su suegro escribiera obras. Su primo, que colaboraba con Shakespeare sobre prácticas de

cercamiento de tierras, que eran negocios bastante turbios para obtener más propiedad privada, nunca lo mencionó como dramaturgo. Sabemos que todos los grandes escritores de la época estaban conectados, porque era un mundo muy muy pequeño. Dios, Marlowe compartía cuarto con Thomas Kyd. Pero ninguno de ellos mencionó a Shakespeare como escritor. Y, cuando murió, nadie escribió sobre la pérdida de un gran escritor –Andrea lo miró a los ojos–. ¿Sabes quién es Francis Beaumont?

–No. ¿Debería?

–Era un escritor bastante desconocido que murió siete semanas antes que Shakespeare y aun así está enterrado en la Abadía de Westminster junto a Chaucer y Spenser en el Rincón de los Poetas.

Por un momento, su atención se desvió hacia una niña pequeña que había caído, y una madre que apareció como un halcón para llevársela. Luego negó con la cabeza.

–Simplemente, no tiene sentido –dijo Andrea con suavidad–. ¿Cómo puede un genio brillante, con empatía e imaginación moral, ser el mismo hombre que está documentado por sus prácticas comerciales deshonestas y su dudoso carácter? O tenía múltiples personalidades... o hay otra explicación. Eso es lo que yo... lo que Mel quería expresar en la obra. Creo que Shakespeare dejaba que la gente viera lo que quería ver, y solo unos pocos sabían que él no era el verdadero autor. Solo daba la cara por otros que usaban su nombre. Pienso que la comunidad teatral estaba al tanto. Cuando veían una obra firmada por Shakespeare, era una especie de broma interna. Pero, más de cuatrocientos años después, olvidamos el remate.

Andrea se detuvo de golpe, como si se diera cuenta de cuánto había hablado. Miró hacia la mesa, y sus mejillas enrojecieron.

–Mierda. Me he comido tu cruasán, ¿verdad?

–Está bien.

–A veces, cuando hablo de Emilia, me entusiasmo.

Jasper la miró. Recordaba que, de niño, estaba fascinado por los trenes. Los adultos, pensando que era un tema interesante para un niño, le preguntaban por la maqueta que tenía en el sótano, y él se ponía a hablar sin parar de vías y vagones, de un vagón plano de

veintiún metros de Pullman-Standard, de vías flexibles código 55 y de un vagón refrigerado de madera de doce metros de Bachmann, hasta que los ojos de sus interlocutores se vidriaban y se alejaban. Sabía lo que era estar obsesionado con un tema y sentir que nadie más en el mundo podía compartir tu interés.

Pero, cuando Andrea habló con tanta pasión sobre su antepasada, Jasper sintió que podría escucharla por siempre.

–¿Qué es esa mirada? –Andrea giró nerviosa el vaso de café vacío.

–Estoy pensando cuánto tendría que pagarte para que seas mi asistente –dijo Jasper.

–No va a pasar –Andrea sonrió.

–Espero que Mel se dé cuenta de lo afortunado que es.

–Dudo que ese sea el adjetivo que usaría.

Sus miradas se encontraron. Jasper sintió que el aire se le atascaba en la garganta. Quería decirle: «Cuéntame más. Sigue hablando. No te vayas». Podía entender perfectamente cómo había logrado que Mel Green escribiera sobre Emilia Bassano.

–¿Qué hora es? –preguntó Andrea, rompiendo el hechizo.

–Las tres –dijo Jasper mirando su reloj.

Los ojos de Andrea se abrieron y empezó a recoger los vasos de café vacíos y las servilletas, restos de su conversación.

–Lo siento. No tenía idea de que era tan tarde; tengo que... Mel me está esperando.

–Al menos déjame acompañarte... ¿A dónde? ¿Al metro? –preguntó Jasper.

–Estoy bien. Estoy perfecta. Estoy genial –su voz sonó demasiado aguda.

Jasper se puso de pie, metiendo las manos en los bolsillos mientras Andrea se daba la vuelta, con los brazos llenos de basura.

–Gracias por la comida –dijo ella.

–Gracias por la compañía –respondió él–. ¿Me mandarás una lista de horarios que le convengan a Mel para una reunión?

–Claro. Sí. Porque es mi trabajo –ella asintió, apresurándose a irse, aunque dio unos pasos y se dio la vuelta para mirarlo–. ¿Estarás en los ensayos?

Jasper no lo tenía planeado. Solo quería ser un intermediario: conseguirle a Mel un buen director y productor, establecer la obra en un teatro, y luego dar un paso atrás. Pero se encontró mirando a Andrea, con la mente chispeando de una forma que no sentía hacía años.

–No me los perdería por nada.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE – GUION DE ENSAYO

EMILIA

Recuérdame, ¿por qué confiamos en él, entonces?

KIT

Porque tienes algo que él quiere...: talento.

LA MUJER COMO MESONERA entra llevando una bandeja con copas de vino. **EMILIA** y **KIT** la siguen.

LA MUJER COMO MESONERA

(Sirviendo el vino)

No se levantó al verla entrar, lo que significaba que o no era un caballero, o no la consideraba una dama.

KIT

¡Will! Esta es la señora Bassano.

EMILIA

Mucho gusto, señor.

SHAKESPEARE

Señora.

(Toma un sorbo)

He oído que tiene una propuesta comercial.

KIT

(Saliendo)

Los dejo solos.

EMILIA

Señor Shakespeare. Desea escribir, pero no puede.

SHAKESPEARE

–Perdone..., ¿cómo?

EMILIA

Sus obras, señor. No tuvieron éxito.

SHAKESPEARE

No vine aquí para recibir insultos...

EMILIA

Yo también deseo escribir. Pero no puedo.

SHAKESPEARE

¿Y cree que puedo ayudarla?

EMILIA

Creo que podemos ayudarnos mutuamente. Usted desea que todos conozcan su nombre. Yo deseo que nadie conozca el mío.

(Brindan con sus copas)

EMILIA

1592

Emilia tiene 23 años.

De la noche a la mañana, parecía que los puritanos se habían multiplicado. Liderados por Philip Stubbs, siempre vestidos de negro absoluto, eran como una bandada de cuervos en una cruzada para hacer que la Iglesia de Inglaterra fuera aún más protestante. Una de sus misiones era cerrar los antros de perversidad conocidos como teatros. Esta campaña estaba afectando a lord Hunsdon. No solo tenía que calmar las preocupaciones de las compañías de teatro sobre las amenazas a su existencia, sino también hacer pequeñas concesiones a Stubbs y sus seguidores para mitigar sus incesantes ataques.

Los puritanos afirmaban que, si asistías al teatro, no podrías distinguir entre ficción y realidad. Un hombre podía ver a un actor joven vestido de mujer y creer que realmente era una mujer. Alguien que presenciara un asesinato en escena podría salir del teatro con sed de sangre y repetir el acto, esta vez en una taberna con un cuchillo de verdad. Una mujer recta podría ver una obra que representara la infidelidad y volverse una prostituta. Además, el teatro robaba tiempo que la gente podría usar para adorar a Dios.

Emilia entendía la verdadera motivación: una obra podía hacer que sus espectadores pensaran. Y, cuando las personas pensaban en lugar de seguir ciegamente el Evangelio, escapaban de su control.

Hacía todo lo posible para que el lord chambelán olvidara a los puritanos, pero era difícil cuando se congregaban fuera de las funciones, gritando insultos y repartiendo panfletos. También era difícil argumentar contra un grupo que afirmaba tener la voluntad de Dios de su lado. Emilia daba las mejores interpretaciones de todo Londres, en su alcoba, para una audiencia de uno. Como Sherezade, tejía historias escapistas para Hunsdon mientras acariciaba su cabello y le masajeaba las sienes. A veces se quitaba la ropa, prenda por prenda. Otras veces simplemente jugaba a los dados con él, usando uvas como monedas para las apuestas. Pero, sin importar lo que hiciera para distraer la atención de Hunsdon, nunca era suficiente, y él llevaba su frustración con Stubbs a la corte, a sus interacciones con los sirvientes, y a su cama.

Una noche, después de encender sus velas de *sabbat* en secreto, Emilia ideó una estrategia para ayudar al lord chambelán. Lo encontró en su estudio, con obras de teatro esparcidas sobre la mesa de escritura. Tenía unas ojeras oscuras bajo los ojos y no levantó la vista cuando ella entró. En silencio, rodeó la silla y clavó los dedos en los músculos tensos de sus hombros.

Hunsdon suspiró y cerró los ojos, cubriéndole la mano con una de las suyas.

–Eres demasiado buena conmigo, querida.

–No me gusta verte así. Estás a punto de caer de agotamiento.

–Ah, bueno –se quitó las gafas–, el día tiene una cierta cantidad de horas y Su Majestad cree que todas las mías le pertenecen. Y, sin embargo, los puritanos afirman que soy demasiado decadente para hacer un trabajo significativo.

–Precisamente por eso vine –dijo Emilia–. Deseo invitar a Philip Stubbs a cenar.

–¿Para envenenarlo, tal vez?

–No, para ganármelo –ella sonrió, deslizándose en su regazo. Cuando Hunsdon abrió la boca para responder, colocó los dedos sobre sus labios–. No puede odiar aquello que conoce, milord. ¿Qué mejor manera de convencerlo de que no eres un pagano que invitarlo a tu propio hogar, citar la palabra de Dios y pedirle que predique el Evangelio en tu propia capilla en el *sabbat* cristiano?

Luego, durante una comida sencilla y humilde, podrás convencerlo de que los mensajes que permites en el escenario están destinados únicamente a inspirar y reforzar la piedad en el espectador –Emilia sacó de su corpiño la cruz que llevaba en el cuello y que para ella no era más que un adorno–. Por supuesto, estaré a tu lado como tu fiel compañera.

–Es una idea interesante, querida –dijo Hunsdon–. Quizá podría surgir algo bueno de ello–. Sin embargo...

–Sin embargo... –repitió Emilia.

–No creo que un puritano consienta en cruzar el umbral de un hombre que comparte su lecho con una mujer que no es su esposa –suspiró.

Emilia sintió sus mejillas encenderse. Después de diez años con Hundson, ya no solía sentirse en conflicto por las características de su relación.

–Por supuesto –logró decir.

–Emilia... –Hunsdon le tomó la mano.

–Solo fue un pensamiento tonto –se apartó, incapaz de mirarlo a los ojos–. Perdóname, milord –dijo Emilia y huyó de la habitación.

Mientras trabajaba en la obra *Arden de Faversham*, Emilia le dijo a Marlowe que solo había una cosa en la que no cedería en su colaboración: que Alice, la esposa asesina, debía tener más líneas que cualquier otro personaje. Le dijo a Kit que era porque Alice tenía mucho que explicar al público... pero había algo más. Era como si el personaje al que daba vida en la página debía poder hablar con una libertad que la misma Emilia no tenía.

La trama se basaba en el asesinato real de Arden. Después de varios intentos fallidos, Alice y su amante, Mosby, contrataron a dos exsoldados, Black Will y Shakebag, para el trabajo, pero ellos también lo hicieron mal.

Esa tarde, Emilia estaba sentada en la posada Falcon junto a Kit, rogándole que leyera en voz alta una escena con la que había estado luchando. Entre ellos había jarras vacías, en su mayoría de Kit. Comprar una ronda tras otra lo ayudaba (según él) a entrar en

personaje. Él leía el papel del amante de Alice, Mosby, mientras Emilia leía a Alice. El tercer acto comenzaba con un soliloquio en el que Mosby hablaba de su plan para deshacerse de Arden. Pero luego su descontento se dirigía a Alice, el supuesto objeto de su afecto.

–Es peligroso dormir en la cama de una serpiente –leyó Kit–. Y me libraré de ella sin quedar comprometido.

–¿Ahora quiere matar también a su amada? –se echó hacia atrás y miró a Emilia.

–Sí –confirmó Emilia–. Continúa.

Siguió leyendo la parte de Mosby hasta que entró el personaje de Alice, con un libro de oraciones en las manos («ironía dramática», alabó Kit), arrepentida de su amorío y de sus pensamientos violentos.

–No es amor aquel que ama enfurecer al amor –leyó Kit.

–No es amor aquel que ama asesinar al amor –respondió Emilia.

Kit fingió sorpresa, como lo haría Mosby, pensando que Alice le había leído la mente.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Sabes cuán tiernamente me amaba Arden.

–¿Y luego? –dijo Kit.

–¿Y luego...?

–Esconde el resto, porque es demasiado malo / no sea que mis palabras se vayan con el viento y / se publiquen en el mundo para vergüenza de ambos.

–¿Sigues actuando como Alice o era la voz de Emilia? –Kit dejó el papel y le dio un golpecito en el mentón–. ¿Dudas sobre nuestro proyecto, ratoncita?

Ella no sabía qué decir. ¿Era una locura pensar que podía salir impune de escribir una obra que algún día podría representarse en público? ¿O estaba tentando al destino, como el personaje de Alice, al tratar de cambiar un conjunto implacable de reglas y expectativas?

Emilia sabía que Kit disfrutaba viviendo al límite del decoro. Probablemente recibiría con gusto un escándalo. Pero él era un hombre, podía resistirlo. Y seguir adelante con una nueva obra.

En cambio, Emilia sería rechazada. No importaría si creaba una obra maestra. Solo importaría que se hubiera atrevido a crearla.

No entendía por qué los logros de una mujer tenían que venir a costa del valor de un hombre, como si hubiera una cantidad limitada de éxito en el universo, como si permitirle a alguien entrar en ese espacio sagrado implicara que los que ya estaban ahí tuvieran que marcharse.

Por una vez, no pudo encontrar las palabras para responderle a Kit; en vez de eso, avanzó algunas líneas en el papel y tomó prestadas las de Alice:

–Una fuente una vez turbada ya no está espesa. / Vuelve a ser clara, y no te molestaré más.

Kit rodeó sus hombros con un brazo.

–No deberías preocuparte tanto –apoyó las manos sobre la mesa–. Ahora, ¿por qué desperdicias tu tiempo? No puedo soportar la idea de que esta escena quede sin terminar. ¿Cómo podré dormir sin saber si Mosby y Alice seguirán discutiendo o si fortalecerán su determinación de cometer un asesinato?

–¿Quizás ambas cosas? –Emilia se echó a reír.

–Ratoncita –Kit tiró del respaldo de su silla y la obligó a levantarse–. Ve a casa y escribe –le ordenó.

Durante meses, Emilia y Marlowe desarrollaron un sistema de comunicación en el que ocultaban sus mensajes con el horario y lugar de sus encuentros dentro de otros enviados por costureras, sombrereros y demás comerciantes que podían tener asuntos con la dama de Somerset House. Una mañana, recibió lo que pensaba que era otro mensaje de él, hasta que rompió el sello de cera y vio una caligrafía elegante y familiar que hizo que su corazón comenzara a latir más fuerte:

> Si clamas guerra, no habrá paz para mí; haré penitencia por haberte ofendido. Paris Garden, al anochecer.

Emilia derramó la copa de cerveza que estaba bebiendo.

–¿Querida? –dijo Hunsdon, levantando la vista de unos documentos.

–Solo es un mercader –mintió Emilia– para avisarme que llegó el rollo de tela que encargué.

–Debe ser de un color impresionante para provocar tal reacción –comentó él–. Espero con ansia verte vestida con ese lienzo.

Habían pasado casi tres años desde la última vez que Emilia había visto a Southampton, o, mejor dicho, tres años desde que él la había visto al servicio de Hunsdon.

–¿Vamos? –preguntó Hunsdon, poniéndose de pie y ofreciéndole el brazo a Emilia.

Era domingo, así que se dirigieron a la pequeña capilla de Somerset House. Emilia sabía cómo seguir el ritual; era solo otro papel que debía interpretar. Los anglicanos creían que el ser humano era perverso por naturaleza y que, sin importar el bien que hicieras en el mundo, siempre serías un pecador. La única forma de salvación era pedir la gracia de Dios.

Le resultaba extraño pensar en la existencia como un pozo del que nunca podrías salir.

Aunque quizá estos cristianos tenían razón. Porque, mientras escuchaba al sacerdote leer del Libro de Oración Común, estaba pensando en el conde de Southampton.

En ese momento, entendió por completo lo que había llevado a Alice Arden a matar a su esposo. El amor era una religión en sí misma, una que podía condenarte, salvarte o convertirte en un fanático.

Emilia bajó la vista al himnario en su regazo y pensó en Alice entrando con un libro de oraciones en la escena que había leído con Marlowe. Pensó en la nota de Southampton, y su mente comenzó a componer.

Si clamas guerra, no habrá paz para mí;
haré penitencia por haberte ofendido.
Y quemaré este libro de oraciones, donde aquí uso
la palabra sagrada que me había convertido.
Mira, Wriothesley, arrancaré las hojas,

todas las hojas, y en esta cubierta dorada
habitarán tus dulces frases y tus cartas;
y en ellas meditaré principalmente
y no tendré otra devoción que esa.

Que Southampton quisiera verla no implicaba que aún la amara. Pero tampoco significaba lo contrario.

Aunque Emilia estaba preocupada por cómo escaparse de lord Hunsdon, esa noche de domingo la reina lo convocó a la corte, así que salir de Somerset House resultó más fácil de lo que esperaba. Llevó a una sirvienta y le pagó una moneda para que la esperara en el embarcadero de Paris Garden en el Támesis tres horas después del atardecer. Luego se ocultó en los amplios pliegues de su capa y cruzó hasta el puente donde se había encontrado con Southampton años atrás. Casi pasó de largo sin verlo. Él le tomó el brazo, y el movimiento hizo que la capucha se le cayera del rostro.

–Señora –dijo.

Southampton ya no era un muchacho inexperto de dieciséis años. Tenía casi veinte, hombros anchos, y era una cabeza más alto que Emilia. Pero su cabello aún caía en ondas castañas sobre su frente, y sus ojos brillaban como el sol sobre el mar.

–No sabía si vendrías –dijo en voz baja.

–No pensé que me lo pedirías –respondió ella.

El recuerdo de su último encuentro la inundó de vergüenza. Nada había cambiado desde entonces. Ella seguía siendo una cortesana. Southampton seguía siendo un noble que tomaría una esposa de su rango. Estaban a centímetros el uno del otro, pero a kilómetros de distancia. El conde la soltó y unió sus manos detrás de la espalda.

–¿Caminarías conmigo?

–Por supuesto, milord –dijo Emilia, poniéndose a su lado–. ¿Cómo van tus estudios?

Cruzaron el puente, adentrándose en los campos pantanosos del jardín.

–Bien. Acompañaré a Su Majestad a Oxford –dijo Southampton.

–Qué honor –respondió Emilia, aunque su sangre le decía otra cosa: «Se va, justo cuando nos acabamos de reunir». Podía sentir su mirada sobre ella–. Los días han sido templados, ¿no? –dijo, mirando hacia adelante.

–Emilia –Southampton se detuvo–. Emilia –esperó hasta que ella lo miró–. ¿Es esto lo que seremos el uno para el otro?

–¿Qué deseas que seamos? –le ardía la garganta.

–No conocidos que hablan del clima –él le tocó la mejilla–. Conozco tu sabor. Conozco los sonidos que haces cuando...

–Todo sigue igual –ella se apartó de él.

–Ahí te equivocas –dijo Southampton–. Yo no soy el mismo –sonrió con resignación–. Digamos que soy un poco mayor, y quizá un poco más sabio.

Bajó la vista al suelo entre ellos y luego la miró otra vez.

–No puedes prometerme un futuro y no te pediré aquello que no puedes dar. Pero estamos aquí, y te he echado de menos, Emilia, mucho.

Se lanzaron el uno hacia el otro. Las manos de Southampton en su cabello liberaban las horquillas. La palma de ella se aplanó sobre el pecho de él y sintió su latido. Su beso fue una colisión. Él tenía sabor a hidromiel y desesperación.

–Aquí no –gimió Southampton, rodeándola con un brazo y llevándola más adentro del jardín.

La oscuridad se posó a su alrededor con un suspiro y él la guio hasta un manto espeso de musgo. Durante largos momentos, permanecieron recostados frente a frente, las faldas de ella cubriendo las piernas de Southampton, la mano de él acariciando a Emilia desde la oreja hasta la clavícula. Ella lo bebió, observando todos los cambios que habían sucedido en tres años. Cuando sintió que se ahogaba en el arrepentimiento, lo atrajo más y le robó el aliento. Finalmente, cuando hablaron, sus voces se enredaron y ambos rieron.

–Lo siento –dijo Emilia–. Por cómo terminamos.

–Yo también lo siento... –dijo él llevando los dedos a sus labios–, por haberte presionado –sus ojos se encontraron y ella asintió–. Tampoco puedo afirmar que he sido casto –dijo él.

Aunque sintió eso como un golpe, Emilia no esperaba otra cosa.

–Tampoco puedo afirmar que he sido casta –dijo ella, sonriendo.

Él sonrió, y sus hoyuelos se hicieron más profundos. Emilia se dejó caer de espaldas, con los brazos extendidos.

–¿Pasa algo? –preguntó él.

–No –dijo ella–. Es solo que... soy feliz.

–Podría hacerte más feliz –dijo él, inclinándose sobre ella.

–Reto aceptado.

Emilia le rodeó el cuello con los brazos. Se giró y se sentó sobre él. Había olvidado cómo, en sus encuentros, a menudo ella tomaba la iniciativa, no solo porque tenía más experiencia, sino porque Southampton era lo suficientemente seguro como para permitirlo y disfrutarlo.

Emilia intentó memorizar el ángulo de su mandíbula, la temperatura de su piel, la seda de su cabello en las manos. Estar en sus brazos era familiar y nuevo a la vez, como revivir un recuerdo y crear otro al mismo tiempo.

Después, con el corazón aún latiendo rápido, se recostó de espaldas para mirar el cielo nocturno, con sus dedos entrelazados con los de Southampton. La luna lo transformaba en una estatua de mármol, un caballero en reposo inmortal sobre una tumba. En otro lugar y en otro momento, quizá habrían podido vivir juntos. Casarse y tener hijos. Él habría estado sosteniendo su mano cuando tomara su último aliento y exhalara la declaración más verdadera de su vida: *Fuiste mi más grande amor.*

Sin abrir los ojos, él dijo:

–Puedo oír cómo tu mente se agita.

–Intentaré pensar más en silencio, milord –murmuró Emilia, con una sonrisa débil.

–¿En qué piensas, que te hace fruncir el ceño? –Southampton se apoyó en el codo y le tocó la frente con un dedo.

–En la muerte.

–¿La mía? –él escondió el rostro en el cuello de ella–. Entonces, déjame intentar complacerte mejor...

–La mía –corrigió Emilia.

–Entonces, también la mía, pues no hay vida sin ti.

Ambos sabían que no era cierto, pero ella siguió el juego.

–Cuando yo muera, entonces, te convertiremos en estrellas, y embellecerás el rostro del cielo de tal forma que todo el mundo estará enamorado de la noche.

–No necesito la adoración del mundo –dijo Southampton y la besó–. Solo la tuya.

Emilia creía que, en algún lugar profundo de sí misma, debía haber un defecto atroz. ¿Cómo explicar, si no, el hecho de que, aunque vivía en el lujo de Somerset House y tenía el favor de uno de los hombres más importantes del país, eso no le era suficiente?

Lord Hunsdon se quitó los anteojos y se frotó los ojos.

–Estos dramaturgos –murmuró– nunca parecen escribir con buena letra. Voy a quedarme ciego leyendo esto.

Emilia frunció el ceño ante el papel en su escritorio.

–Me temo que mi pluma no es más limpia.

–¿Qué escribes esta noche, Emilia? –preguntó Hunsdon–. ¿Otro poema?

Estaba trabajando en su obra, pero asintió.

–¿Tal vez acerca de este viejo hombre? –sus ojos brillaron.

Ella miró las líneas que acababa de escribir: *No me frunzas el ceño cuando nos encontremos en el cielo; en el cielo te amaré, aunque en la tierra no lo haya hecho*.

Era una línea de Alice, después de que su amante finalmente asesinara a su marido. O tal vez era solo la conciencia de Emilia.

–Sí, milord. Eres mi musa –respondió mirando a Hunsdon.

–Entonces retirémonos, para poder inspirarte –Hunsdon se puso de pie, la tomó en sus brazos y la besó. Por un momento, Emilia se quedó quieta. Había pasado mucho tiempo. A medida que él envejecía, se mostraba menos interesado en la intimidad sexual.

–¿Ocurre algo? –él se apartó.

–En absoluto –dijo Emilia. Enseguida le acarició la mejilla y lo siguió a su habitación. El amor no siempre era pasión; también era cariño.

Hunsdon la desvistió lentamente frente a la ventana. Luego la giró y la poseyó desde atrás. Ella miraba un cristal de la ventana, pensando en cómo solo retenía la última huella que lo había tocado, y borraba la marca de quien lo había hecho antes.

Un día, le llegó una nota de Southampton, en la que le pedía que se encontraran no en su lugar secreto en Paris Garden, sino en una nueva dirección en Cheapside. Llegó a Gutter Lane, donde una puerta se abrió para revelar a un hombre de cabello rizado y salvaje, vestido solo con una camisa blanca suelta y pantalones.

–Señora Bassano –dijo–. Pase, pase.

–No suelo entrar en las casas de extraños, señor –murmuró Emilia dando un paso atrás. Justo entonces, el brillante cabello de Southampton apareció sobre el hombro del hombre.

–Este no es un extraño –dijo él, con una sonrisa.

–Nicholas Hilliard, a su servicio, señora –el hombre hizo una pequeña reverencia.

–¿El pintor? –preguntó Emilia. Hilliard había retratado a la reina muchas veces, pero Su Majestad nunca lo había reconocido como el retratista real. Los chismes de la corte sugerían que, sin el favor de la reina, nunca alcanzaría cierto estatus y siempre estaría necesitado de fondos. Tenía un talento excepcional, pero cualquiera que pudiera pagar tres libras podía encargarle una de sus miniaturas.

Emilia lo miró con curiosidad. A pesar de su apariencia desaliñada, sintió una extraña afinidad con este hombre, que hacía lo necesario para sobrevivir.

–Me trae un regalo –dijo Hilliard, inclinándose sobre la mano de Emilia–. Mi arte apenas puede aproximarse a una belleza como esta.

–No entiendo –dijo Emilia.

–Deseo que pinte una miniatura de ti –explicó Southampton, bajando la voz para que solo ella lo oyera–. Ya te llevo cerca de mi corazón –dijo–. Esperaba llevar también tu imagen allí.

Emilia nunca había posado para un retrato. Las paredes de la casa de la condesa, así como las de Hunsdon y los palacios de la reina, estaban llenas de arte. Pero las personas que aparecían en esos

cuadros eran nobles, ricas, importantes. No había retratos de pupilas pobres, cortesanas o amantes prohibidas.

Una cosa era verse con Southampton en secreto y dejar París Garden sin más rastro que un parche de hierba aplastada y un recuerdo; otra era crear un objeto tangible de su amor, algo que podría dejarlos expuestos si alguien descubría el retrato de ella en el jubón de Southampton. No se arriesgaría a humillar a Hunsdon de esa manera.

–Henry –dijo con suavidad–. No puedo.

–Ya que no puedo tenerte –murmuró Southampton–, ¿me negarás también este reemplazo?

Dios la ayudara, pero era egoísta. Parte de ella quería mantener a Southampton a su lado aun cuando estuvieran separados. Se mordió el labio y asintió.

–Está bien –concedió–. Pero me dejas en desventaja, sin tener una imagen de ti.

Para su sorpresa, él se sonrojó.

–Me tomé la libertad –admitió Southampton–, con la esperanza de que desearas eso.

La condujo hacia una sala donde la luz entraba por las contraventanas abiertas. Otro pintor mezclaba colores en una paleta.

–Nos sentaremos juntos y el maestro Hilliard y su aprendiz pintarán cada uno una miniatura.

–Isaac Oliver, a su servicio, señora –se presentó el segundo hombre con una inclinación de la cabeza.

–Comencemos –apremió Hilliard–, antes de que perdamos la luz.

Emilia pensó que se arriesgaban a perder mucho más que eso.

Un mes después, cuando Emilia terminó el borrador de *Arden de Faversham*, envió el manuscrito a Marlowe, oculto en un panfleto de los puritanos que Hunsdon había desechado. Pasó una semana recorriendo los pasillos de Somerset House, a la espera de la opinión de Kit. Caminó por el laberinto de oración en los jardines de la casa, mientras los pensamientos daban vueltas por su mente. Visitó a los halcones y les dio ratones de comer. Asistió a una obra en el Rose

con Hunsdon. Fue a las tiendas del Royal Exchange y compró un tocado que no necesitaba. Pasaba el tiempo en el patio, bordando distraídamente y deshaciendo nudos en los hilos. Durante ese tiempo, recibió mensajes de lord Burghley y sir Robert Cecil, y uno de su amiga Isabella. Ya no era la amante del barón, pero vivía una vida de relativo confort gracias a los arreglos económicos que él había hecho tras el distanciamiento.

Finalmente, una mañana llegó un mensaje de Kit, en el que le daba instrucciones para encontrarse en el Falcon Inn a las seis y media. Emilia dejó una nota para decir que visitaría a su prima, se vistió con las ropas de joven que había tomado prestadas, se puso una gorra baja y salió por la puerta de servicio. Recorrió las calles de Londres, pasando por vendedores de frutas y ajo, encajes y ligas de seda, y almidón para aclarar la piel. Al llegar al Falcon Inn, Kit ya estaba ebrio. Coqueteaba descaradamente con un aprendiz.

–Emile –bromeó–, temí que me hubieras olvidado –le extendió una copa de vino y, sacando un fajo de papeles, dijo–: Bebe, querida. Lo necesitarás.

–¿Es terrible, entonces? –el corazón de Emilia se hundió y bebió la copa entera.

–Al contrario –dijo Kit–. Es excelente.

–Entonces, ¿por qué me haces beber? –ella le dio un golpecito.

–Porque ahora debes hacer algo con lo que escribiste.

–Pensé que tú harías algo ahora. Ese era el asunto de la colaboración.

–El asunto –Kit terminó su propia copa– era darte confianza en el talento que ya tienes. Si yo llevo la obra a Henslowe en el Rose, asumirá que la escribí yo.

–¿Y?

–Y que yo ya puedo publicar una obra. Esto se trata de que tú publiques una obra –la miró de reojo–. Si tan solo tuvieras la habilidad de dejar una copia anónima en el escritorio del lord chambelán.

Emilia palideció. Se imaginaba lo que sucedería si Stubbs, el puritano, descubriera que la amante de Hunsdon también escribía

obras; confirmaría cada teoría que tenía sobre la corrupción moral del teatro.

–No puedo hacer eso, Kit –susurró.

Si Hunsdon llegaba a descubrir que ella era la autora, el escándalo llegaría hasta la corte. Como mínimo, la echarían sin un centavo; en el peor de los casos, la reina la encarcelaría por escribir sobre una esposa que asesinaba a su marido. Tomó el manuscrito y lo envolvió nuevamente en el panfleto de los puritanos que gritaba «**ARREPENTÍOS**».

–Esto ha sido una terrible idea –dijo Emilia.

–¿Qué es esto? –Kit tomó el panfleto.

–Estás borracho –lo acusó Emilia.

–Y tú eres brillante –le dio un golpecito con el panfleto–. ¿Qué es esto?

–Basura de los puritanos.

–Solo si ves la portada –Kit levantó las cejas–. Ratoncita, solo necesitas una cubierta.

Cuando podía, Southampton enviaba a por Emilia. Cuanto más seguido se veían, más variaban sus lugares de encuentro. A veces se sentaban en su manto de musgo en Paris Garden, otras veces en los fosos de peleas de osos llenos de gente; una vez él llevó vino, pan y queso, e hicieron un pícnic en Pike Gardens, viendo a los peces nadar en los estanques. Caminaban, soñaban, reían, hacían el amor. Cada vez que Emilia cruzaba el Támesis en el ferry después de uno de sus encuentros secretos, se decía que probablemente esa había sido la última vez. Fingía que ese pensamiento la prepararía para la decepción.

Sabía que él llevaba siempre la miniatura que el aprendiz de Hilliard había pintado de ella. Estaba prendida a su jubón, y Emilia podía sentir el filo de sus bordes filigranados cuando se apretaba contra él. El aprendiz la había pintado sobre un fondo índigo, con el cabello oscuro recogido en alto sobre un elaborado cuello de encaje y una hilera de cuentas de cristal de Murano alrededor del cuello.

Southampton le pidió a Hilliard que no lo pintara sobre su fondo azul característico, sino sobre uno negro, con una mano en el corazón, como si pudiera protegerlo para ella. En el reverso de la pintura, en su carcasa de marfil, había una pequeña imagen del seis de corazones, la carta del alma gemela, símbolo de un amor que se está destinado a tener... y a perder.

Southampton no solo le había dado su imagen; le había dado toda la historia de su relación agridulce. Ella no podía arriesgarse a llevar la miniatura de Southampton encima, por lo que hizo un corte en su colchón y la escondió allí, donde era lo primero que veía al despertar y lo último que tocaba antes de dormir.

Una noche, después de hacer el amor, Southampton la ayudaba a vestirse en Paris Garden cuando se detuvo al atarle los cordones.

–¿Qué tal si pasamos la noche juntos?

–Pasamos muchas noches juntos.

–A menudo te doy las buenas noches –dijo Southampton–, pero nunca los buenos días.

Trazaron un plan. Ella solo mencionó a Hunsdon que Isabella estaba enferma y no tenía quien la cuidara; se vistió con una falda sencilla y botas de paseo. Como le indicó Southampton, fue a Gray's Inn, una de las posadas de la corte donde se formaban los abogados, y encontró un caballo atado a un poste, que golpeaba el suelo impaciente, y a un hombre junto a él. No fue hasta que este se dio la vuelta que pudo reconocer al conde, vestido con ropa de andar por casa en lugar de sedas y terciopelo, y con una gorra que le ocultaba el rostro.

–Casi no te reconocí –dijo ella.

–Esa, querida, es la idea –sonrió él, asegurando su pequeño bolso antes de ayudarla a montar. Se subió a la montura detrás de ella, y el caballo partió al trote.

Cuando llegaron al Gran Camino del Norte, el caballo se lanzó al galope. Los edificios dieron paso a los campos, algunos con ovejas pastando y otros salvajes, cubiertos de flores silvestres. Las pezuñas del caballo salpicaban las piernas de ambos con barro. Emilia había aprendido a montar cuando era niña en Grimsthorpe, pero nunca fue más que una amazona aceptable. En esta ocasión, se dejó mecer en

el abrazo del cuerpo de Southampton mientras cabalgaron durante varias horas.

Él le cantaba con una encantadora voz de barítono. ¿Había algo en ese hombre que no fuera hermoso? Le contó historias de cómo un acróbata que visitó la corte le había enseñado a montar de pie sobre la silla cuando era un adolescente. Le contó cómo, de niño, se cayó de un árbol y se rompió el brazo, y ahora siempre sabía cuándo iba a llover por el dolor en el codo. Lo que no le decía era su destino. Cuando por fin se detuvieron en una posada llamada El Toro, Emilia no sentía su trasero, y se deslizó directamente del caballo a los brazos de Southampton. A través de la puerta abierta podía oír a otros viajeros en la taberna, comiendo o descansando.

–¿Hemos venido aquí por la cerveza, milord? –bromeó Emilia.

–No soy tu señor –dijo él con suavidad–. Solo tu esposo.

Al oír esas palabras, sintió un nudo en el estómago. Él la llevó a través de la puerta y se acercó al posadero.

–¿Tiene una habitación disponible esta noche para mi esposa y para mí?

–Sí, señor –respondió el hombre. Guardó las monedas que Southampton le dio y los guio por una estrecha escalera. Abrió una puerta y reveló una cama pequeña, una mesa con sillas y un fuego bajo.

–Muy bien –dijo Southampton–. ¿Podrían traer una bandeja para la cena?

Emilia se preguntó cómo el posadero podía no darse cuenta de que Southampton era un noble. Estaba en el tono de su voz, su porte, su confianza. Cuando el posadero se fue, con la promesa de enviar a su hija con comida y cerveza, Southampton le desabrochó la capa y la dejó sobre una silla.

–¿Es este nuestro destino, entonces? –preguntó ella.

–No –dijo él–. Al igual que todos aquí, estamos en medio de un viaje.

–¿A dónde?

–No importa a dónde, sino cuándo –la besó–. Un momento en el que solo soy Henry, y tú solo eres Emilia.

Se separaron al oír un golpe en la puerta, y Southampton abrió para recibir la bandeja. La puso sobre la mesa y volvió a ella, para rodear su cintura con los brazos.

–¿No comeremos? –preguntó Emilia.

–Tengo más hambre de mi esposa.

–Ah, pero tu esposa está cansada de cuidar tu casa, remendar tu ropa y cocinar tus comidas. Merece cenar como una dama, ¿no? –ella sonrió.

Él la tiró sobre la cama en una ráfaga de risas y cuerpos. Emilia valoraba esto por encima de todo –su juego– pues ella nunca había tenido el lujo de una infancia.

–Qué tonto de mi parte –accedió él–. Estás agotada de tanto cuidar a nuestra prole.

–¿Tenemos hijos? –algo dentro de Emilia se suavizó.

–Sí –dijo Southampton–. Una niña que se parece a su madre.

–Y un niño de ojos como el mar –Emilia le enmarcó el rostro con sus manos.

Mientras él le quitaba la ropa y ella hacía lo mismo con él, Emilia se dio cuenta de que nunca habían estado verdaderamente desnudos el uno con el otro. Cuando se encontraban para sus citas, estaban en lugares públicos, así que se unían de manera furtiva y apresurada. Pero este despojo iba más allá de sus cuerpos. Despojados de sus títulos y roles, podían empezar de nuevo. Podían ser solo el uno para el otro.

No fue sino hasta después, cuando Southampton le secó las lágrimas con el pulgar, que se dio cuenta de que había estado llorando.

–¿Qué ocurre, amor?

–Es solo que estoy repleta de felicidad. Tanto que no tiene por dónde más escapar –Emilia se obligó a sonreír.

Era solo una verdad a medias. No era felicidad lo que sentía. Pero era cierto que las emociones tendían a desbordarse cuando el corazón ya no podía contenerlas. Podías amar a alguien incluso cuando estabas lejos de él. Podías sentir duelo antes de perderlo.

Marlowe se encontró con Emilia en el Bear Garden, donde su conversación pasaría desapercibida por completo entre las hordas de espectadores que habían ido a ver la pelea de osos. Después de que Kit hiciera su apuesta, se sentaron en un banco de granito. Observaron a una bestia famosa por su longevidad y su fuerza, un oso llamado Sackerson. Lo llevaron al foso y lo encadenaron de la pata a una estaca.

–Hace un tiempo que Oxford está escribiendo obras –le dijo Kit.

–¿El conde de Oxford? –preguntó Emilia, sorprendida.

–¿Ves? No eres la única autora escandalosa, ratoncita. Más allá de eso, también maneja un pequeño grupo de escritores que quieren permanecer anónimos por distintos motivos.

–¿Como quiénes?

–Si te lo dijera, no sería muy bueno guardando secretos, ¿verdad? –dijo Kit–. Es casi como un *scriptorium* de tiempos antiguos; todos colaboran, pero no pueden vender las obras bajo sus propios nombres, así que tienen a alguien más que las presenta por ellos.

–¿Quién?

–Un empresario convertido en actor que trabaja con los Hombres de Lord Strange, siempre en busca de hacer una ganancia rápida. Al parecer, tiene delirios de ser escritor, pero no es particularmente talentoso. Aun así, Oxford le paga para vender las obras a varios dueños de teatros. Como es una persona real, que trabaja en esa industria, parece menos sospechoso –Kit volvió su atención al ruedo cuando apareció una manada de bulldogs listos para atormentar al oso en cuanto los liberaran–. Su nombre es Shakespeare.

–Shakespeare –repitió Emilia–. Lo conocimos en el gremio.

–Mmm –Kit consideró las palabras de Emilia con el ceño fruncido–. Así es. Bueno, está claro que no dejó una gran impresión. Y eso significa que, en efecto, debe ser perfecto para los propósitos de Oxford –afirmó. Y luego añadió mirándola a los ojos–: Quizá podrías convertirte en parte de su grupo de escritores. Podría organizar una reunión.

Emilia se estremeció. No necesitaba que la presentaran al conde de Oxford; él sabía perfectamente quién era ella. El barón era su

pariente lejano, y ella se había sentado frente al conde en Somerset House cuando él había cenado allí.

Y fue a la hija de Oxford a quien Southampton se había negado a desposar.

–Podría llegar a oídos de Hunsdon –dijo Emilia–. Es demasiado arriesgado.

Desde el foso se escucharon los rugidos del oso y los ladridos frenéticos de los bulldogs mientras desgarraban al animal encadenado.

–Entonces sugiero que vayamos directo a la fuente –dijo Kit.

–¿A Shakespeare?

–Aceptó representar las obras de otros. ¿Por qué no las tuyas?

–De otros hombres –puntualizó Emilia.

–Por lo que he oído sobre este tipo, el dinero pesará más que cualquier otra cosa.

Uno de los bulldogs sangró y el oso lo golpeó. La multitud rugió.

–Si deseas ocultar tu feminidad –dijo Kit–, Shakespeare parece la elección perfecta. El nombre ya suena como un seudónimo, ¿no? *Shakespear,* «sacude lanza», –se golpeó el pecho–. Qué fálico.

En ese momento, el oso ya había matado a dos de los bulldogs y el resto estaba gimiendo en un extremo del foso. Sackerson viviría para luchar otro día. Kit vitoreó y se puso de pie para recoger sus ganancias. Miró por un momento a Emilia, que todavía pensaba en su sugerencia.

–Vamos, ratoncita. ¿Qué tienes que perder?

Emilia miró al oso. Lo conducían fuera del foso, herido y sangrante, aún encadenado. Miró a Kit.

–Sí –dijo–. Reunámonos.

Las palmas de Emilia sudaban. Estaba vestida como correspondía a una dama, algo que nunca sucedía cuando se encontraba con Marlowe. Este no era su lugar habitual de reunión, sino el White Hart. Ella se encontraba bajo los aleros del edificio, protegida de la lluvia torrencial, en un patio empedrado donde a veces se

representaban obras. Kit estaba dentro con William Shakespeare y, cuando estuviera listo, saldría a buscarla.

Se secó las manos en la seda de su falda. No se había puesto ninguna joya, porque Kit decía que los ricos no tienen argumentos sólidos en una negociación. Pero deseó tener sus cuentas de vidrio, aunque solo fuera para jugar con ellas.

La puerta se abrió y apareció Kit, poniendo los ojos en blanco.

–Este es un zopenco. Si tengo que escuchar un poco más de sus necedades, me ensartaré con mi propia daga.

Emilia sonrió, sintiendo un enorme agradecimiento por su mejor amigo, quien –lo sabía– intentaba hacerla sentir menos nerviosa.

–Recuérdame por qué confiamos en él, entonces.

–Porque tienes algo que él quiere –aseveró Kit–. Talento.

La llevó al interior de la posada, lejos de las miradas de los bebedores en el salón principal y hacia una pequeña habitación privada que había reservado al fondo.

–Recuerda, le darás una parte por el uso de su nombre, pero, como eres la que aporta el producto, tienes la ventaja.

Emilia asintió y tragó saliva. Entró por la puerta como si se estuviera presentando en la corte: con la cabeza erguida, los hombros rectos. En una mesa, bebiendo de una copa de vino, estaba Shakespeare.

La última vez que se vieron no le había prestado mucha atención, pero ahora se permitió observar sus ojos oscuros y hundidos, sus cejas demasiado finas, su línea de cabello en retroceso. Tenía un bigote espeso y unos pocos hilos intentando ser una barba. Llevaba un cuello de encaje en la parte superior de su jubón, manchado con lo que parecía ser salsa. No se levantó cuando ella entró, lo que significaba que: o no era un caballero, o no la consideraba una dama.

–Will –dijo Kit–, ella es la señora Bassano. La escritora.

–Mucho gusto –dijo Emilia.

–Señora –respondió Shakespeare, inclinando la cabeza–. Me dijeron que tiene una propuesta de negocios.

Era directo; eso tenía que reconocerlo. Y podía ser que su orgullo de escritor no estuviera justificado, pero eso no significaba que no

fuera un negociador astuto.

–¡Estupendo! Los dejo a solas –Kit juntó las manos. Tras la espalda de Shakespeare, le dedicó a Emilia una sonrisa alentadora y luego se marchó, cerrando la puerta de la sala privada al salir.

Su pulso se aceleró. ¿Era una completa insensatez confiar en un hombre al que no conocía?

–Marlowe habla muy bien de usted –dijo Shakespeare, y ella notó un destello de celos en sus ojos.

–Es un buen amigo y un mejor maestro –dijo al tiempo que asentía con la cabeza.

–Entonces tiene suerte de estar a su sombra.

–Prefiero las sombras, señor –confesó.

–Habla como alguien que nunca se ha inclinado ante un público lleno –él sonrió.

–Crecí en una familia de artistas. La fama es efímera, algo del momento. El verdadero arte es crear algo que perdure en la mente del público.

–Precisamente, es por eso que aspiro a ser dramaturgo y actor.

–Leí parte de su trabajo, señor Shakespeare –Emilia lo miró a los ojos. Por un momento, él le sostuvo la mirada–. Usted quiere escribir –continuó–. Pero no puede.

–¿Perdón? –él levantó las cejas.

–Sus obras, señor –dijo con suavidad–. No tuvieron éxito.

–No vine aquí para recibir insultos... –Shakespeare empezó a levantarse de la silla.

–Yo también deseo escribir –lo interrumpió Emilia–, pero no puedo –no necesitaba explicar por qué, era evidente–. Creo que podemos ayudarnos mutuamente –dijo después–. Usted desea que todos conozcan su nombre, yo deseo que nadie conozca el mío.

Ser dramaturgo no era una carrera prestigiosa, pero la fama no era lo importante. Era el trabajo. Los dramaturgos masculinos que escribían sobre mujeres –¡Kit incluido!– no les daban la profundidad que Emilia podía lograr. Según ella, las palabras escritas por una mujer sobre las mujeres permitirían que el público las viera con mayor plenitud, que se diera cuenta de que tenían pensamientos, sueños y valor.

El hecho de que tuviera que tomar prestado el nombre de un hombre para hacerlo era un precio pequeño a pagar.

–Si presenta mi trabajo, puede reclamar la autoría –ofreció Emilia–. A cambio, yo recibiría la mitad de las ganancias.

–Una obra puede venderse por cuarenta chelines –contestó Shakespeare–. Le daría diez.

–Veinte.

–Quince –dijo–. Al fin y al cabo, mi nombre está en la portada, en caso de que no sea un éxito.

Con un chelín era posible comprar un pan… o el silencio de una sirvienta cuando te escabullías a Paris Garden para encontrarte con un conde.

–Es un trato –aceptó.

–No del todo –dijo Shakespeare con cautela–. Me gustaría probar el producto antes de venderlo.

–No entiendo, señor.

–Entrégueme una obra... Intentaré venderla de forma anónima. Si resulta popular, la siguiente llevará mi nombre.

–Estamos de acuerdo, entonces –dijo Emilia.

De la bolsa que llevaba, sacó el borrador de *Arden de Faversham*. Entregarlo a Shakespeare fue antinatural, como si estuviera cortando una parte de su propia carne.

Pensó en su madre, en el día en que la entregó como pupila a la condesa. Su madre la había empujado hacia la dama y se había alejado sin mirar atrás. Emilia había sentido dolor ante esa falta de emoción, pero quizás su madre solo estaba obligándose a ser estoica, como lo hacía ahora Emilia.

Recordó el consejo de Mary Sidney: para tener éxito como mujer, una debía volverse invisible. Emilia extendió el manuscrito hacia Shakespeare antes de poder detenerse a sí misma.

–¿De qué trata? –preguntó él, hojeando las primeras páginas.

–De una mujer que mata a su esposo para poder estar con su amante –dijo Emilia.

–¿Recibe castigo? –preguntó Shakespeare.

–Sí. Con la muerte.

–Mmm –dijo él–. A la gente le gustará eso –se levantó, dobló los papeles, los guardó dentro de su jubón para protegerlos, y salió de la pequeña habitación.

Solo entonces Emilia se permitió exhalar. Sus manos, que habían estado apretadas en su regazo, temblaban como hojas de álamo.

La puerta se abrió de golpe y Kit se acercó a ella.

–¿Y bien? –preguntó.

Emilia abrió la boca... y vomitó a sus pies.

La primera muerte por la peste en Londres ese año ocurrió en agosto, pero no era la primera vez que la enfermedad devastaba la ciudad. Como en 1563, la reina y su corte abandonaron Londres en septiembre rumbo a Hampton Palace. Los ricos escapaban a casas de campo. Los pobres morían.

Treinta años ante, se había atribuido la causa de la enfermedad a la posición en el cielo nocturno de Saturno, que atravesaba partes de las constelaciones de Cáncer y Leo. Ahora, el mismo patrón se encontraba en los cielos, y no había quien pudiera creer que Londres se libraría de la peste.

Los teatros habían cerrado en junio debido a un motín, pero permanecerían así por temor a la infección. Como resultado, los actores y dramaturgos recorrían el campo, a la espera de evitar la enfermedad y encontrar público. Hunsdon estaba ocupado hasta altas horas de la noche lidiando con el caos, mientras las compañías de teatro se disolvían y se reorganizaban, para intentar mantenerse a flote financieramente. El lord chambelán planeaba llevar a Emilia a Hampton antes de que terminara la semana.

Ella lo encontró en su despacho, con las manos y la manga de su camisa manchadas de tinta, firmando papel tras papel para otorgar permisos a esos nuevos y amorfos grupos teatrales.

–Henry –dijo Emilia con suavidad–. Descansa un poco.

–En un momento –murmuró él.

–Te debilitarás y caerás enfermo –lo reprendió.

–¿Y si tienen razón? –levantó la pluma y miró desalentado el desorden frente a él.

–¿Quiénes?

–Stubbs y los puritanos –aclaró Hunsdon–. Ellos sostienen que la peste es la podredumbre del teatro infestando la ciudad.

Los piadosos veían la enfermedad como un castigo de Dios. Pero era difícil seguir esa lógica cuando los sacerdotes –quienes eran a menudo los únicos que atendían a los enfermos o moribundos– también se infectaban.

Oyeron un pequeño golpe en la puerta, y Emilia miró por encima del hombro para encontrar a Kit junto a un sirviente.

–Perdone, mi señor, pero el caballero insistió en verlo.

–Marlowe –dijo Hunsdon–. Pensé que ya se habría ido.

–Parto mañana, milord –respondió Kit, lanzando una mirada hacia Emilia–. Señora.

Emilia asintió, fingiendo también que eran extraños. Pero se sentía mal al pensar que Kit se marcharía. Había enviado mensajes a Southampton sin recibir respuesta y temía por su salud. No soportaba la idea de perder a todos los que amaba.

–Solo porque debo partir de inmediato me tomé la libertad de venir a verlo en privado –dijo Kit–. Espero que mi nueva obra pase la revisión del censor a tiempo para ser representada apenas reabran los teatros.

–¿Una nueva obra? –preguntó Hunsdon, recostándose en su silla.

–La llamo *Doctor Fausto*.

Emilia había leído múltiples borradores de la obra mientras Kit la escribía. Era sobre un hombre que hacía un pacto con el diablo. Sus sugerencias editoriales lo hicieron enfocarse no solo en la ambición de Fausto, sino en el coste del pecado, el cual siempre deberías pagar, sin importar cuánto intentaras evadirlo. Ella lo sabía bien.

–Os dejo trabajar, milord –dijo Emilia, haciendo una leve reverencia a Hunsdon antes de salir. Pero, en lugar de dirigirse a su aposento, salió por la puerta principal de Somerset House y esperó en la sombra bajo una hilera de árboles, sabiendo que Kit no se iría sin verla.

La calle Strand estaba inquietantemente tranquila; ya habían comenzado a recorrer las casas de Londres en busca de enfermos. El trabajo recaía en mujeres mayores, prescindibles, que ganaban

alrededor de cinco peniques por cada víctima de la peste que identificaban. Después, marcaban la puerta de la casa con una cruz roja y la sellaban, con enfermos y sanos dentro, hasta que la peste pasara o hasta que todos estuvieran muertos. Algunos de los más enfermos eran trasladados al hospital de apestados, pero, si ingresabas allí, lo más probable era que salieras como un cadáver. Las calles que antes estaban llenas ahora eran un desierto, por temor al contagio.

–¿Terminaste tus asuntos? –preguntó Emilia cuando Kit apareció, a los pocos minutos.

–Podría haberle enviado el borrador por mensajero, ratoncita –bufó Kit–. Mi asunto era contigo.

–¿Realmente tienes que irte? –su expresión se suavizó.

–No todos tenemos el privilegio de escapar en compañía de la reina –bromeó Kit.

–Pero podría pasar mucho tiempo antes de que vuelva a verte.

–Lo sé. Por eso vine –Kit deslizó su mano en las aberturas de su jubón y sacó un panfleto impreso. Se lo entregó.

La lamentable y verdadera tragedia de M. Arden de Kent.

Ella ahogó un grito, llevándose una mano a la boca.

–Kit –susurró mientras leía el resto de la página de título.

Quien fue asesinado de la manera más vil por su esposa desleal y lujuriosa, quien, por el amor que le profesaba a un tal Mosbie, contrató a dos rufianes desesperados, Black Will y Shakebag, para matarlo.

En donde se muestra la gran maldad y disimulo de una mujer perversa, el deseo insaciable de lujuria vil, y el final vergonzoso de todos los asesinos.

–Revelaron el final –ella levantó la vista.

–¿Eso es todo lo que tienes para decir? –Kit rio.

–Esto es… ¿es real?

–Edward White lo imprimió –él sonrió–. Lo que me recuerda… –rebuscó en un bolsillo hasta sacar una pequeña bolsa de cuero y se la dejó en la mano, con las monedas tintineando en su interior–. Aquí tienes tu paga.

Emilia tomó el dinero, pero no podía apartar la vista de su obra. Su obra.

–Los Hombres de Lord Strange también van al campo –dijo Kit–. Shakespeare no podrá reunirse contigo durante un tiempo.

–Prométeme que no enfermarás mientras viajas –Emilia miró a Kit con seriedad.

–Soy demasiado hosco para que la muerte me lleve –le besó los nudillos–. Hasta que volvamos a vernos, ratoncita –dijo Kit y luego frunció el ceño–. Me temo que ya no puedo llamarte así, porque ahora encontraste tu voz.

–¿Entonces cómo me llamarás? –Emilia sonrió.

–Escritora suena bien, ¿no? –Kit guiñó un ojo y se alejó tarareando una canción de taberna.

–¿Señora? –dijo una criada–. ¿Querrá llevar las alfombras turcas?

Emilia miró las pequeñas alfombras tejidas sobre la mesa de roble.

–Sí, por favor –dijo, y la mujer hizo una reverencia y desapareció.

La casa era un hervidero de actividad, los sirvientes empacaban los baúles que acompañarían a Hunsdon y Emilia a Hampton. Una doncella la estaba vistiendo para la corte, un proceso que llevaba horas. Ya se sentía sofocada y aún no le habían ajustado el corsé de su capa exterior. El sudor le recorría la espalda entre los omóplatos y el parloteo de Bess le estaba dando dolor de cabeza.

–¡Señora! –llamó otro sirviente–. En la caballería quieren saber si el señor desea viajar en carruaje o a caballo.

–Tendrás que preguntárselo a él –respondió Emilia e hizo una mueca de dolor cuando una segunda criada tiró de su cabello al trenzarlo.

–Señora, disculpe, pero el mayordomo desea hablar con el señor antes de…

–Señora, ¿deberíamos poner las sábanas sobre los muebles en el comedor?

–Señora, ¿era la bandeja de plata la que deseaba como regalo para Su Majestad, o la sopera?

Señora.

Señora.

Señora.

–¡Emilia! –la voz de Hunsdon cortó el zumbido de los demás. Ella dio un giro rápido para verlo de frente, con tanta velocidad, que uno de los alfileres que Bess estaba usando la pinchó en el pecho.

–¿Milord? –respondió, y luego todo se volvió negro.

No solo se desmayó. Durante varios días, había tenido el estómago revuelto y estaba agotada. Se quedaba dormida en su silla mientras leía las pésimas copias de las obras de Hunsdon.

Él había enviado un mensaje diciendo que se retrasarían para ir a Hampton. No podían correr el riesgo de que Su Majestad enfermara. La reina era meticulosa con las enfermedades; durante la última epidemia de peste, había construido una horca y el personal tenía instrucciones de colgar a los visitantes que se aparecieran sin invitación.

Desde su cama, donde estaba recluida, Emilia oía a las criadas susurrar. Nadie mencionaba la palabra «peste», pero de todos modos resonaba en sus oídos. No tenía los bultos característicos en el cuello ni bajo las axilas, pero sí tenía fiebre, se sentía aturdida y era incapaz de mantener la comida en su interior. Le habían dado tisanas con melaza y pólvora con la esperanza de que sudara la enfermedad. La obligaron a comer un plato de mantequilla, porque eso eliminaba las toxinas del cuerpo. Después de eso, pronto devolvió el contenido de su estómago. Como el humo podía ahogar los malos olores que propagaban la enfermedad, quemaban en su cuarto (con las ventanas cerradas), un tabaco que sir Walter Raleigh trajo de manera reciente a Inglaterra. Todo olía a fuego y a quemado, y, cada vez que Emilia respiraba, tosía incontrolablemente. Con la intención de que sudara la enfermedad, la privaron de comida y agua, y vacilaba entre un agotamiento total y el delirio.

En la tercera noche de su confinamiento, al despertar encontró a Hunsdon sentado junto a su cama, sosteniéndole la mano y rezando.

Qué inútil sería, y qué apropiado dada la trayectoria de su vida, que Emilia muriera antes de que su obra pudiera representarse ante el público. Cada vez que se había permitido tener esperanza, se había visto de nuevo lanzada al desagüe de la realidad.

En la cuarta noche, soñó con su padre. Él estaba al pie de su cama tocando su flauta. Al abrir los ojos, él le entregaba el instrumento. «La música*, piccolina*, debes tocar», le decía. Ella obedecía y colocaba la madera en su boca, pero estaba cerrada en el extremo inferior, y no tenía agujeros para los dedos. No importaba cuánto lo intentara, no podía producir ni una sola nota.

En la quinta noche, encontró a un monstruo que la sujetaba en la cama al despertar. Respiró agitadamente y luchó, solo para escuchar la voz de Hunsdon.

–Shh, Emilia, cálmate.

El monstruo presionó en el suave tejido de su cuello y sus pechos, mientras Hunsdon observaba. Se dio cuenta de que se había equivocado: no era un monstruo, sino un hombre con una máscara de cuero y un pico largo y puntiagudo. El hombre-pájaro habló.

–Quizás podría darnos algo de privacidad, milord –dijo.

Después de que Hunsdon se fuera, el hombre levantó su bata de noche y le separó las piernas.

–Esto tardará solo un momento –dijo detrás de su máscara, mientras sus dedos la exploraban por dentro.

«No», gritó, pero se había convertido en la flauta, y no emitió sonido alguno.

Cuando Emilia abrió los ojos, supo que estaba muerta. Podía escuchar el canto de los pájaros, y había aire fresco entrando en la habitación. El cielo era azul, como el de los nomeolvides, con nubes difusas.

–¿Dónde... dónde estoy? –susurró, y cuando las patas de una silla rasparon sobre el suelo de madera, se giró para encontrar a Hunsdon sentado junto a la cama. Sus ojos estaban inyectados en sangre, y profundas marcas rodeaban su boca.

–Estás aquí. Estás bien –dijo, buscando su mano y luego, en el último momento, apoyando la suya sobre la colcha, unos centímetros por encima de la de ella–. No tienes la peste.

Pensó en sus pesadillas, en el hombre-pájaro, y se dio cuenta de que había sido un médico de la peste, llamado para examinarla. Pero... estaba viva. No estaba enferma. ¿Acaso eso no era un alivio?

Sin embargo, Hunsdon no le sonrió. De hecho, parecía como si hubiera recibido la peor de las noticias.

Emilia tragó, con la garganta tan seca como muselina.

–Milord –logró decir–. ¿Estás bien?

En ese momento, Hunsdon cerró los ojos y negó con la cabeza.

Ella se apartó la colcha, decidida a levantarse de la cama.

Él negó con la cabeza.

–Emilia –dijo suavemente, deteniendo sus movimientos–. No irás a la corte.

Sus palabras eran ásperas, la voz de alguien que lamenta una pérdida.

Ella se quedó quieta. Quizás no tenía la peste, pero eso no significaba que no estuviera afectada por alguna otra enfermedad fatal: viruela, la enfermedad de la pérdida de peso, la disentería. Recordó, avergonzada, la mano del hombre entre sus piernas, y pensó en otras enfermedades que Isabella le había enseñado. *¿Qué habría descubierto el médico?*

–¿Henry? –susurró.

–No irás a la corte. No, no iremos.

El lord chambelán apartó su silla, separándose de ella. En sus ojos, vio un final.

–No tienes la peste –dijo Hunsdon–. Estás encinta.

MELINA

Septiembre de 2024

–Lo único que te pido –dijo Jasper mientras recorrían la autopista de Nueva Jersey– es que vayas a la reunión con la mente abierta.

Andre iba sentado a su lado en el asiento del copiloto del impecable Audi de Jasper. Desde el asiento de atrás, Melina podía pellizcar a Andre cuando creía que debía responder. Como ahora.

–¡Ay! –protestó Andre, retorciéndose en su asiento–. ¿No deberíamos considerar a una directora mujer? –este era el único punto sobre el que Melina le había insistido aquella mañana mientras desayunaban en la cocina, antes de que Jasper pasara a buscarlos.

–Tienes razón –concedió Jasper–. La imagen sería mejor. Pero las tres mujeres a las que contacté ya tienen otros proyectos.

–Seguramente hay más de tres directoras... –murmuró Melina.

Los ojos de Jasper se encontraron con los de ella en el espejo retrovisor.

–Sí, pero si Tyce quiere atraer inversores para *Con cualquier otro nombre*, necesita impacto. Una recién graduada de Pace que haya dirigido su primera obra de teatro experimental no convencerá a nadie para invertir su dinero.

–¿El nombre de Shakespeare no tiene suficiente reconocimiento? –preguntó Andre.

–No cuando estás diciendo que él no escribió sus obras –replicó Jasper–. En cambio, alguien como Raffe Langudoc llama la atención de la industria.

Raffe Langudoc había sido nominado a dos premios Tony a principios de los años 2000, pero no había tenido una obra en Broadway desde 2010, y su proyecto actual –según Melina– parecía cuestionable. Dirigía un espectáculo que viajaba como un circo, por todo Estados Unidos. *Por siempre Tucker, el noticiero musical de Fox* estaba protagonizado por Scott Baio. Kid Rock había compuesto las canciones. Dejando de lado la política, Melina simplemente no creía que en el teatro se debieran vender M&M's, vino en tetrabrik y balas.

–Raffe es el candidato perfecto –insistió Jasper–. Te necesita tanto como tú a él.

En la taquilla les esperaban asientos de cortesía para la función de sesenta minutos. Melina intentó seguir el argumento, que incluía una pelea de espadas con una actriz haciendo de Greta Thunberg y un final con águilas de peluche y cañones de confeti rojo, blanco y azul. El público enloqueció, con aplausos y silbidos.

Permanecieron sentados mientras la audiencia se retiraba. Al cabo de unos minutos, Raffe Langudoc cruzó el escenario cubierto de serrín y se dirigió hacia Jasper.

–Amigo mío –dijo Raffe, dándole una palmada en el hombro–. Gracias por venir.

–El placer es mío. Raffe, te presento a Mel Green, el escritor del que te hablé. Y a su asistente, Andrea Washington.

Andre y Raffe se dieron la mano. El director era un hombre de mediana edad, con el pelo rapado, un aro en forma de cruz y las largas piernas de alguien habituado a un elenco de baile.

–¿Qué os ha parecido? –preguntó.

Andre abrió y cerró la boca como un pez.

–Al público le ha encantado –respondió finalmente.

–Ahora que estamos tan divididos, creo que es muy importante escuchar la voz de todos, ¿sabes? –Raffe sonrió.

–¿Tuviste oportunidad de leer el guion que te envié? –preguntó Jasper.

–Claro –dijo Raffe–. Debo admitir que me emociona desafiar ese mito que es el gigante de Shakespeare.

–Sin duda, generará controversia –coincidió Jasper.

–Eso es porque, si eres un académico de Shakespeare y alguien pone en duda el tema, no solo invalida a Shakespeare, sino que te invalida a ti mismo –intervino Melina–. Shakespeare ya había sido canonizado incluso antes de que surgiera la literatura inglesa como campo de estudio en sí.

Raffe giró la cabeza hacia Melina, sorprendido.

–Como verás, Raffe –dijo Jasper–, Andrea es una asistente muy activa.

De alguna manera, logró hacer que eso sonara como un insulto.

–Tu guion me recordó a este espectáculo, de hecho –dijo Raffe, dirigiéndose a Andre–. *Con cualquier otro nombre* es la verdad nacida de la duda. Negacionistas del cambio climático, del covid, de la forma de la Tierra... todos cuestionan la autoridad. Lo mismo pasa con tu obra.

Melina sintió que las mejillas se le encendían. Defender la autoría de su antepasada era algo muy distinto a refutar la ciencia. ¿O no? Por primera vez, entendió por qué esos académicos de Shakespeare veían a los antiestratfordianos como insurrectos.

Y también comenzó a ver a Raffe Langudoc de otra manera. Quizás no era el payaso que ella había creído que era por asumir un proyecto como *Por siempre Tucker*. La verdad es que era muy astuto: había pensado en quién compraba entradas y por qué. Claramente, había algunos asistentes a *Por siempre Tucker* que amaban esa historia, que habían vivido esa historia. Otros la veían como una sátira. Era como *The Book of Mormon*, que había recibido elogios tanto de ateos como de mormones. El buen teatro ofrecía algo para todos. Quizás Raffe pensaba que podía moldear una producción que atrajera tanto a una audiencia que dudara de la autoría de Shakespeare como a otra que estuviera convencida de ella. ¿Era a esto a lo que Jasper se refería cuando decía que mantuvieran la mente abierta? Melina buscó la mirada de Andre y asintió. Él miró a Raffe.

–Creo que harías un buen trabajo con *Con cualquier otro nombre* –le dijo.

–Me alegra oírlo, porque me surgieron ideas para este espectáculo desde que lo leí –exclamó Raffe–. Como... ¿qué tal si lo hacemos

totalmente isabelino? Con un elenco masculino por completo.

Esta vez no hizo falta que Melina pellizcara a Andre para que hable.

–¿Quieres que un hombre interprete a Emilia Bassano? –preguntó–. ¿No crees que eso podría ser... contraintuitivo?

–Contraintuitivo, provocador. Depende de cómo lo veas –Raffe se encogió de hombros–. Solo era una idea. Tengo docenas. Cientos. Las tengo a montones –terminó diciendo en voz baja.

Melina sintió que Jasper la miraba, como esperando su aprobación, lo que era ridículo. Claramente, lo más importante era la opinión del escritor, o del supuesto escritor, en este caso.

–Creo –dijo Andre con cautela– que mientras recordemos que esta historia se debe contar desde el prisma de lo que significa ser llamado el sexo débil, cualquier idea es válida.

Melina quiso abrazarlo. Quiso chocar los cinco con él.

–No hablamos de los tiempos –apuntó Jasper–. Los ensayos comienzan la próxima semana y, como en el Cherry Lane cubrimos un espacio de una obra que se canceló, será intensivo. Dos semanas hasta el estreno.

–Puedo arreglármelas –dijo Raffe–. ¿Con quién debe hablar mi agente?

Melina se dio cuenta de que habían reunido a un equipo creativo compuesto únicamente por hombres, y un benefactor –si contabas a Jasper– para contar la historia de Emilia. Pero sabía que era la única forma en la que una obra como la suya podría tener éxito tan rápido. Cuando eras un dramaturgo novato, te daban el beneficio de la duda. Cuando eras una dramaturga novata, tenías que demostrar lo que valías antes de que alguien se arriesgara.

Se despidieron y volvieron al coche de Jasper.

–¿Y bien? ¿Qué opináis?

–La obra es horrible –dijo Andre.

Jasper se rio.

–En mi mente no paraba de escribir una reseña hipotética: «Es cierto que algunas canciones de *Por siempre Tucker* son pegadizas. Al igual que la clamidia».

Andre se deslizó en el asiento del copiloto.

–Pero supongo que tener a un director nominado a los Tony interesado en *Con cualquier otro nombre* no puede hacer daño.

Jasper se dirigió de nuevo hacia la autopista.

–Me alegra que lo veas así. Este encuentro era para comprobar si tú podías sentirte cómodo con él. Era obvio que él querría el trabajo.

–¿Por el material? –preguntó Melina, con un toque de orgullo.

–No –Jasper señaló el escenario desmontable vacío, cada vez más pequeño en el espejo retrovisor–. Porque claramente necesita el dinero.

El día que comenzaron los ensayos para su obra, Melina se despertó al amanecer. Cocinó huevos y tostadas, y preparó café. Finalmente, a las seis y media de la mañana, se lanzó sobre su cama.

–Es el primer día de escuelaaaaaa –dijo con un cantito.

–Estoy de vacaciones –gimió él–. Vete.

–No son tus vacaciones. Es tu trabajo falso, y yo soy tu asistente personal falsa –dijo Melina con una gran sonrisa–. Así que, si quieres, puedes tomarte esto como un falso despertar, pero con todo debes levantarte ahora.

–¿Acaso estoy muerto? –dijo Andre mirando al techo–. ¿Esto es el infierno?

Para conseguir tres semanas libres en la agencia de *casting*, Andre dijo que iban a operar a su padre, y pidió un permiso por familia no remunerado. Andre y Melina discutieron sobre esa excusa, que Andre consideraba desafiar a la suerte, pero finalmente aceptó que a Darnell le causaría gracia tener el papel principal en una farsa.

Como acordaron, Melina firmó el cheque de tres mil dólares a nombre de Mel Green por escribir la obra. Cualquier ingreso futuro serían *royalties* –un porcentaje de la taquilla– si la gente realmente iba a ver la obra y no cerraba tan rápido como se estrenaba.

–Te he hecho el desayuno –lo animó.

–Ya conozco tu comida –gruñó Andre desde debajo de la almohada–. El mismo infierno.

–Andre... –ella se sentó en la cama, ya sin tono juguetón–. Hoy un montón de actores de verdad se van a sentar en una mesa con un

director nominado al Tony para ensayar mi obra. Ensayar. Mi. Obra.

–Así es –respondió Andre quitándose la almohada de la cara y revelando una enorme sonrisa–. ¡Gran día, Mel!

–Eso es lo que estuve tratando de decir.

–¿Podrías haberlo dicho una hora después? –dijo Andre–. No tenemos que estar ahí hasta las nueve y media.

Pero la emoción de Melina era contagiosa. Andre se duchó y se vistió, y desayunaron juntos, mirando fotos del elenco para memorizar los nombres de todos.

–Necesitamos una señal –dijo Melina–. Para poder decirte cuando tenga una nota para los actores.

–¿Por qué no la susurras y ya?

–Se supone que soy una asistente. Me sentaré en algún lugar donde puedas verme, pero no en la mesa –reflexionó ella–. ¿Y si me tiro del lóbulo de la oreja como Carol Burnett?

–¿Quién es Carol Burnett?

–Eres un filisteo. Es una leyenda.

–Beyoncé es una leyenda –la corrigió Andre, y luego hizo una pausa–. Puedes usar perlas, como hizo ella en Houston en el Renaissance Tour, y si quieres mi atención, solo tienes que girarlas.

–No tengo perlas.

–Entonces usa las mías. O, mejor aún, siéntate a mi lado. Diremos que soy disléxico y que tú escribes por mí.

Podría funcionar, aceptó Melina a regañadientes. Cuando terminaron de desayunar, Andre metió el portátil de Melina en su bolso y la rodeó con el brazo.

–Vamos, Andrea –dijo.

La pequeña sala de ensayos parecía tan energética como claustrofóbica, posiblemente la peor combinación imaginable. Una gruñona encargada de escenario llamada Elaine los condujo hasta la mesa. Melina se sentó junto a Andre, con el portátil iluminando su rostro, y el guion abierto y listo para los ajustes. Miró alrededor de la sala, a los actores –que estaban animados y emocionados de estar

allí– y a la mesa de dirección del escenario, con pequeñas cestas de lápices, notas adhesivas y mini Hershey's.

¿Lo único que faltaba? Jasper Tolle.

–¿Dónde está Jasper? –susurró Melina a Andre.

–¿Por qué te importa? –susurró él–. ¿No es menos estresante cuando no está aquí?

Antes de que ella pudiera responder, la encargada de escenario dijo que estaban listos para empezar. Raffe se levantó de la mesa, donde había tenido una profunda discusión con su propio asistente.

–Hola, familia. Uso esa palabra adrede, porque somos una familia, durante las próximas semanas y mientras esta obra de arte esté en el teatro.

La puerta se abrió, y Jasper y Tyce entraron envueltos en un fuerte aroma a café. Se deslizaron hacia la parte trasera de la sala de ensayos, tratando de aparentar que no acababan de interrumpir al director.

–¿Sabéis qué? –dijo Raffe–. Pongámonos de pie. Hagamos un círculo –le hizo gestos a Andre, luego a Jasper y a Tyce–. Vosotros también.

–No pienso hacer esto solo –murmuró Andre y tomó a Melina por la muñeca para que se levantara.

Formaron un círculo pequeño y desparejo.

–Vamos a presentarnos en el círculo –dijo Raffe–. Decid a todos vuestro nombre, vuestro rol en la obra y un dato que nadie sepa sobre vosotros. Empiezo yo: soy Raffe, el director... y mi dato es que nací en Francia y me hice ciudadano estadounidense justo en 2019.

Luego fue el turno de los demás.

–Soy Josh, interpreto a Willie S. Una vez me equivoqué al tomar el tren, y me dio tanta vergüenza bajarme y tomar el tren para el otro lado que llegué hasta Buffalo...

–Soy Daya, tengo el honor de interpretar a Emilia. Tengo un erizo de mascota que se llama Quillary Clinton.

Eso desató una ronda de chasquidos con los dedos. Todos miraron a Andre.

–Soy... Mel Green, el dramaturgo –dijo–. Y nunca en un millón de años pensé que estaría aquí.

Todos en la sala exclamaron «Awww», excepto Melina.

–Soy Andrea Washington –dijo ella–. Soy la asistente de Mel y, eh, en realidad soy pariente de Emilia Bassano –hizo una pausa–. Y también, al parecer, de Ted Bundy y de Rasputín, así que no me envidiéis demasiado.

El último en hablar fue Jasper.

–Soy Jasper Tolle –dijo–, y tengo memoria fotográfica. Si me dais una fecha, puedo deciros el titular de ese día en el *New York Times*.

–No puede ser –se sorprendió Josh–. Cuatro de noviembre de 1964.

–Johnson aplasta a Goldwater –respondió Jasper de inmediato.

–Eso es como un superpoder, amigo –dijo Tyce.

Él se encogió de hombros.

–¿Cómo creéis que convencí al periódico para que me contratara?

Todos se rieron, y una actriz dijo:

–Sé cuál es tu trabajo diario, obviamente, pero ¿por qué estás en los ensayos?

La mirada de Jasper recorrió a Andre antes de detenerse en Melina.

–Es fácil –dijo–. Soy el fan número uno de Mel Green.

Al principio, Melina estaba tan inmersa en los ensayos que se le olvidaba darle notas a Andre, asombrada de escuchar cómo sus palabras pasaban de dos dimensiones a tres. Sentía como si un mago sacara una hebra colorida de frases y soliloquios de su mente con un movimiento de su varita.

De vez en cuando, se quitaba el asombro de encima y recordaba darle una patadita a Andre bajo la mesa. Él se inclinaba hacia ella, como si fuera él quien entregaba la nota, cuando en realidad ella era la que hablaba: *Esa línea no debería decirse con ira... más bien con desesperación.* O: *Quiero que probemos cambiar el orden de esas dos escenas.* O: *Maldición, acabo de darme cuenta de que no puede interactuar con Southampton ahí, porque se supone que él está en una misión militar.*

Para la segunda semana de ensayos, Raffe había hecho que todos se supieran sus líneas de memoria y estuvieran de pie. También había contratado a un laúd para las transiciones entre escenas, y –Melina tuvo que admitirlo– era una buena idea. Fiel a su palabra, Jasper aparecía y desaparecía de los ensayos sin interferir. La mayor parte del tiempo, Melina estaba tan concentrada que ni siquiera notaba cuándo él estaba ahí.

Bueno, eso era mentira. Ella sí lo notaba. Se daba cuenta porque se le ponía la piel de gallina, como si él fuera un viento invernal desagradable. Había comenzado esta farsa de cambio de identidad para vengarse de él, y todavía quería que tuviera su merecido, pero había largos momentos en que se olvidaba de eso. Hacía un comentario incisivo sobre una escena que se desviaba, y Melina tenía que admitir para sí misma que él tenía razón: era mejor con ese corte. A veces lo pillaba mirándola con tal intensidad que se preguntaba si no sabría quién era ella en realidad y solo esperara el momento de desenmascararla. La única otra razón por la que él podría estar tan involucrado en esta obra era porque realmente creía en ella, y eso no coincidía con el ogro en que ella lo había convertido.

Melina había comenzado a leer las antiguas críticas de Jasper Tolle, cuyas frases particularmente mordaces habían arruinado espectáculos enteros: «Lo más positivo que puedo decir de ver este musical es que nunca tendré que verlo de nuevo» y «Los actores menos acartonados en el escenario eran las marionetas».

Sus comentarios sobre *Con cualquier otro nombre* podían ser igual de despiadados. Le había dicho al diseñador de vestuario que el médico de la peste parecía un pelícano gótico; al actor que interpretaba a Marlowe le sugirió que fuera menos RuPaul y más Oscar Wilde. Pero Melina había pasado una década recibiendo halagos vacíos de personas que no tenían intención de producir sus obras, y eso había sido más doloroso.

Ese día, el elenco llevaba parte de sus vestuarios. Daya vestía una enagua para acostumbrarse a moverse con ella en el escenario. Tommy, su Southampton, llevaba un jubón y vaqueros. La mayor parte de la mañana la ocupó un coordinador de intimidad, que

trabajaba con dos actores en una escena de amor ambientada en Southwark, en la que debían lanzarse con pasión el uno sobre el otro, llegar hasta el suelo y simular sexo. Esto provocó muchas risas, un accesorio roto y una lesión menor: la dirección de escena tuvo que redactar un informe cuando Tommy tropezó con la falda de Daya y cayó con fuerza sobre su muñeca.

En un momento, Raffe apartó a Andre para hablar. No era apropiado que Melina se quedara cerca escuchando, pero le picaba la curiosidad cada vez que levantaba la vista y veía a Raffe y Andre en una conversación intensa. «Confías en Andre», se recordó. «Tú misma le pediste que hiciera esto».

Después de veinte minutos de ver a Raffe y Andre juntos frente a su ordenador, mientras Daya y Tommy se frotaban el uno contra el otro con una pelota de Pilates atrapada entre sus caderas, Melina se distrajo revisando TikTok. Estaba viendo una representación de *Orgullo y prejuicio* hecha por gatos cuando pasaron a una nueva escena: la primera reunión de negocios entre Emilia y Shakespeare.

Daya y Josh esperaron a que el equipo de escena colocara una mesa y sillas para poder sentarse. Hasta el momento, Daya había logrado captar a Emilia a la perfección: había una inquietud en su actuación que parecía natural. También era acertado que una actriz puertorriqueña interpretara a Emilia, quien, como judía italiana, no encajaba del todo en el paisaje blanco y pálido de la Inglaterra isabelina. Y Josh había conseguido darle a su Shakespeare un hambre de aprobación que lo hacía menos bufón y más un hombre ensimismado que no era consciente de sí mismo.

–Bien –dijo Raffe–. Vamos a leer esto primero y a ver qué tenemos.

Andre seguía cerca de Raffe al otro lado del salón mientras Daya se metía en el papel y clavaba su mirada en Josh.

–Quieres escribir –dijo lentamente–. Pero no puedes. Yo quiero escribir... pero no puedo –frunció el ceño y miró el guion–. Espera. ¿Así que Emilia le da su trabajo a este perdedor sin talento solo para que se conozca?

–¿Perdedor sin talento? –respondió Josh, acalorado–. ¿Qué tal si tiene una familia que está tratando de mantener y por eso se une

como actor a la compañía, y tan solo no tiene el tiempo que ella tiene para escribir?

–¿Estás sugiriendo –respondió Daya– que las dificultades de Shakespeare como hombre se comparan siquiera con las de Emilia como mujer?

Raffe levantó las manos en señal de tiempo muerto.

–Me encanta esta pasión, pero mantengamos el enfoque, ¿de acuerdo?

Daya volvió a meterse en el personaje de Emilia.

–Si presentas mi trabajo, puedes atribuírtelo como tuyo.

–¿Y qué gano con eso? –se burló Josh.

–Los elogios que buscas.

Daya salió del personaje de nuevo y miró a Andre.

–Lo siento, pero esto no está bien. Creo que Emilia lo confrontaría. Creo que diría «un banco».

Melina podía pensar en mil razones por las cuales Emilia no diría «un banco» como respuesta a la pregunta de Shakespeare, empezando por el hecho de que el término era anacrónico.

–Yo no le digo cómo actuar –murmuró Melina, justo cuando se dio cuenta de que Jasper Tolle había llegado al ensayo y estaba de pie detrás de ella. Podía oler su crema de afeitar: un toque de jabón, sin especias ni flores.

–Si tuviera un centavo por cada sugerencia de un actor que logró llegar al guion final –dijo Jasper–, podría comprarme un café. Un café, no un *latte*. Dile a Mel que él tiene la última palabra. Es el dramaturgo, y nadie más.

–Me aseguraré de que lo sepa –respondió Melina después de aclararse la garganta.

–¿Que sepa qué? –preguntó Andre, dejándose caer en la silla junto a ella y pasándole su portátil.

–Te lo diré luego –murmuró Melina, intentando alertarlo telepáticamente de que no quería hablar más del tema mientras Jasper pudiera escuchar.

–Raffe tiene ideas sobre el final –dijo Andre en voz baja.

–¿Qué tipo de ideas?

–Ah, y tu padre no para de mandarte mensajes. No deja de aparecer en la app de mensajería de tu portátil. Ha sido muy divertido cuando Raffe ha querido saber quién me llama «pastelito».

–Desde el principio –dijo Raffe.

Daya empezó a recitar sus líneas, pero se interrumpió de golpe.

–Lo siento, pero sigo teniendo problemas para entender por qué Emilia entregaría su trabajo así como así.

El director miró a Andre, esperando que diera una explicación a la actriz.

–¿Qué otra opción tenía? –preguntó Andre.

–Bueno, ese es parte del problema. No me parece creíble que Marlowe la animara a hacerlo. Como escritor, él sabe mejor que nadie lo que eso significa. Parece una traición a su amistad.

Andre se congeló.

–Seguro que tenía sus razones.

–Daya –suspiró Raffe–. Aprecio mucho tu compromiso con el personaje de Emilia. Pero creo que esto resonará con el público del teatro, teniendo en cuenta cuánto han avanzado las mujeres desde entonces.

Melina estuvo a punto de caerse de la silla. Antes de que pudiera abrir la boca, Andre le agarró la mano con un apretón mortal.

–Llegaremos tarde –le dijo abriendo los ojos, y luego se volvió hacia Raffe con tono de disculpa–. Una cita con el oculista. Se me olvidó por completo.

Antes de que el director pudiera objetar, se dio la vuelta y se llevó a Melina consigo.

Tropezando detrás de él hasta salir al pasillo, Melina preguntó:

–¿A qué viene esta salida apresurada?

–Es hora –dijo Andre– de que tú y yo tengamos una charla.

Andre la llevó a un bar y pidió martinis.

–¿Por qué estamos haciendo esto? –preguntó, sentándose y empujando un vaso hacia Melina.

–¿Beber de día?

–Todo este... plan. Me siento como un idiota: tú eres la ventrílocua y yo tu muñeco –tomó un largo sorbo de su bebida–. Daya tenía razón, y preferiría matar a un cachorro antes que admitirlo. Tu mejor amigo no te alentaría a poner el nombre de otra persona en tu trabajo.

–Primero, tú no me alentaste. Yo supliqué. Segundo, no es el nombre de otra persona. Es mi nombre. Más o menos.

–Sé que en su momento pensaste que era una buena idea, y yo fui lo suficientemente tonto como para estar de acuerdo –dijo Andre–. Pero la realidad es diferente, ¿no?

Melina miró su servilleta de cóctel, que había comenzado a destrozar en pedazos.

–Está bien, tienes razón, es diferente a lo pensé que sería. Pero todo esto sigue valiendo la pena... por Emilia. No puedo explicarlo mejor que eso.

–Otra razón más por la que deberías ser reconocida como la dramaturga –dijo Andre.

En los rincones más oscuros de la noche, cuando no podía dormir, Melina había ensayado en su mente cómo sería confesar la verdad. Pensó en las reacciones de los actores, de Raffe y, sí, de Jasper; imaginó sus ojos entrecerrándose, sus labios apretándose. El cierre de filas cuando se dieran cuenta de que los habían engañado.

Las probabilidades de que todos tomaran esto como una divertida locura eran mucho menores que las de que Tyce D'Onofrio retirara los fondos y cancelara la producción.

–No puedo deshacer lo que ya hice –dijo Melina–. Pero no soy la primera autora que finge ser un hombre solo para avanzar en su carrera. Las Brontë lo hicieron. George Eliot. George Sand. J. K. Rowling.

–Quizás por eso no entiende la cuestión del género –murmuró Andre–. Pero la cosa es, Mel, que ahora sabemos quiénes son esas escritoras. En algún punto se revelaron. Tú... tú te estás borrando a ti misma.

–Estoy en la sala. Solo estoy... interpretando un papel. Si fuera Melina Green, no me habrían elegido para ese festival alternativo. Jasper Tolle no habría asistido a la lectura. No querría tener nada

que ver con esta obra. Lo escuchaste: no fue el tema de Emilia Bassano lo que lo intrigó. Fue el hecho de que tú, un hombre, pudieras escribir bien sobre su experiencia –Melina sacudió la cabeza–. Al menos ahora tengo un lugar en la mesa. No tienes idea de lo que es ser mujer en el mundo del teatro.

Las cejas de Andre se levantaron hasta la línea de su cabello.

–¿De verdad le estás diciendo eso a un hombre negro gay? ¿Quieres saber cuántos chicos blancos recién salidos de la universidad ascendieron en mi agencia, mientras que a mí me costó tres años conseguir un aumento para cubrir el coste de la vida? ¿O cuántas veces algún productor blanco viene y me da la lista de pedidos de Starbucks en vez de pensar que soy el director de *casting*? De hecho, ¿sabes cuántos directores de *casting* negros hay? –apoyó las manos sobre la mesa–. La única razón por la que estoy invitado a esta fiesta es porque estoy fingiendo ser quien escribió la obra. Son las palabras las que importan, Mel, y tú las creaste. No ves a nadie rogándome que deje la agencia de *casting* para escribir.

–¡Eso es culpa tuya! –replicó Melina–, ¡porque tienes demasiado miedo como para intentarlo siquiera!

Inmediatamente, supo que había ido demasiado lejos. Se tapó la boca con la mano, y Andre se echó hacia atrás, como si lo hubiera golpeado.

–Muy bien –dijo en voz baja–. Al menos ahora sé lo que realmente piensas.

–Andre...

–No puedo hacer esto, Mel –dijo, y se marchó, abriendo la puerta del bar de un portazo.

Melina encogió los hombros y apoyó la mejilla contra la fría mesa de madera. Era una idiota y, peor aún, una pésima amiga.

Sacó su teléfono, donde el contacto de Andre no era su nombre sino los emojis de una reina y una abeja. «Lo siento», escribió. «Si quieres que mañana les diga la verdad a todos, yo…».

Su teléfono vibró con una llamada entrante: **PAPÁ**.

–Hola, papá –dijo Melina, llevándose el dispositivo al oído–. Perdón por no responder tus mensajes.

–Está bien –dijo su padre–. Yo solo quería... ya sabes.

–Perdón, te estás cortando...

–Ah, es que no hay buena señal en el hospital.

–¿El qué?

–Espera un momento... –podía oírlo moverse, con voces de fondo aumentando a su alrededor. Luego volvió a hablar–. Solo fue un pequeño procedimiento. Beth me trajo.

¿Quién demonios era Beth?

–Papá –dijo Melina–, ¿qué está pasando?

–Nada. Solo te echo de menos, es todo.

–Puede que tenga algo bueno que contarte –dijo Melina–. Pero no quiero estropearlo.

–Crucemos los dedos –podía oír la sonrisa de su padre en su respuesta.

–Papá –dijo, un escalofrío en la espalda–. Si no estuvieras bien me lo dirías, ¿verdad?

–Pastelito –respondió su padre–, ¿por qué te mentiría?

Hablaron durante diez minutos más y luego colgaron, después de que Melina prometiera que lo llamaría pronto. Cuando puso rumbo de regreso al teatro, Melina había olvidado por completo enviar el mensaje a Andre.

Andre no estaba en el teatro. Melina inventó una excusa sobre la conjuntivitis y se pasó el resto del día de trabajo incorporando las notas de Raffe al guion y entregando las nuevas páginas a los actores. Más tarde, esperaba encontrarlo en su apartamento, de mal humor.

–¿Andre? –llamó, recorriendo el pequeño espacio, solo para darse cuenta de que probablemente nunca había vuelto a casa.

Parte de ella se sintió aliviada. Escribió una nota adhesiva y la pegó en la puerta de su habitación: «Hablemos. Despiértame cuando sea».

Melina estaba a punto de quitarse la ropa sudada, ducharse y pedir sushi cuando su teléfono emitió una notificación. **LILLYS.**

Mierda.

Un grupo de mujeres del teatro que querían celebrar el trabajo de otras mujeres en la industria y promover la igualdad de género y raza había creado los Lillys en 2010. El nombre era en honor a Lillian Hellman, la dramaturga sin pelos en la lengua, y se otorgaban premios con los nombres más fantásticos y, a menudo, premios en metálico: el premio Stacey Mindich «Escribe una obra», el premio Daryl Roth al Espíritu Creativo, el premio Gigante del Teatro, el premio «Has cambiado el mundo»…

Melina siempre había querido asistir a la ceremonia, y finalmente encontró la manera de hacerlo: se postuló como camarera. No podía pagar una entrada, pero lo mejor después de eso era repartir champán a mujeres que sí habían logrado el éxito en la industria. Nunca se sabía con quién podría entablar una conversación.

El problema era que había olvidado por completo que tenía que estar en el lugar en cuarenta y cinco minutos. Este año, la ceremonia de mayo se había reprogramado tras una tubería rota en Playwrights Horizons, por lo que había perdido de vista la fecha. Se lavó bajo los brazos en el lavamanos, recogió su cabello en un moño y se puso pantalones negros y una camisa blanca.

En el lugar le dieron un delantal, una bandeja y las instrucciones, y los invitados comenzaron a reunirse en el vestíbulo. Reconoció a Theresa Rebeck, Lynn Nottage y Kristen Anderson-Lopez. Tuvo que usar todo su autocontrol para acercarse a ellas y ofrecerles una copa de champán en lugar de bombardearlas con preguntas sobre cómo empezaron, cómo perseveraron y cómo se mantuvieron amables en una industria tan dominada por los hombres.

Había más productores y directores hombres de lo que había anticipado. Circulaba entre la cocina y el vestíbulo, recogiendo copas vacías y trayendo bandejas llenas. Estaba acercándose a un pequeño grupo de personas –*¡Oh, por Dios!, ¿esa era Suzan-Lori Parks?*– cuando sintió que alguien le tocaba el hombro. Al darse la vuelta, vio a dos hombres ahí de pie.

–Bienvenido a los Premios Uvas Amargas –dijo el primero a su compañero, mientras tomaba una copa de su bandeja–. ¿Quieres un poco de champán para acompañar tus quejas?

–El que esté libre de pecado, Jack… –le advirtió alguien detrás de ella–. Vaya berrinche tuviste cuando el sindicato Local 802 protestó contra tu obra por usar pistas pregrabadas en lugar de músicos en vivo.

El rostro del hombre se puso rojo, murmuró algo y se marchó. Melina se dio la vuelta, sorprendida, y confirmó que efectivamente había sido la voz de Jasper la que había escuchado.

No estaba segura de quién se había llevado la sorpresa más grande: ella, al darse cuenta de que Jasper Tolle era el dueño de la voz, o Jasper, al verla con uniforme de camarera en los Lillys.

–Solo puedo asumir –dijo él– que ser la asistente de Mel Green no basta para comprar comida.

–El pan de dos días en la bodega de la esquina es bastante barato, y solo algunas veces tiene moho –respondió Melina–. ¿Qué haces aquí?

–No tengo opción –dijo, sin un rastro de ironía–. Es parte del trabajo.

–Yo cogí este trabajo solo para estar aquí –contestó Melina–. Es un honor estar con estas mujeres.

–A nadie le gustan las ceremonias de premios –él puso los ojos en blanco–. Son todas demasiado largas y terriblemente aburridas.

–Lo dice alguien que va a los Tony todos los años.

Sonó un timbre, llamando al público a tomar asiento. Jasper no se movió hacia el teatro.

–Hoy he ido a nuestra sala de lectura –dijo.

Nuestra sala de lectura. Melina sintió una pequeña descarga eléctrica recorrerle la columna.

–¿No quieres saber qué estuve leyendo? –una leve sonrisa apareció en sus labios.

Las luces titilaron dos veces. Melina se apresuró hacia el teatro. Dejó su bandeja de champán vacía sobre una papelera y se deslizó en el auditorio para quedarse de pie junto a la pared del fondo. En la oscuridad, sintió que Jasper ocupaba el lugar junto a ella, aunque obviamente tenía un asiento.

Marsha Norman, ganadora de un Pulitzer y nominada al Tony por *Buenas noches, mamá*, les dio la bienvenida a todos.

–Cuando comenzamos los Lillys en 2010 –dijo–, queríamos poner el foco en las mujeres.

Jasper se inclinó más cerca. Melina podía oler el jabón en su piel.

–Hoy aprendí que *La tragedia de Mariam* fue la primera obra escrita y publicada por una mujer en Inglaterra –susurró él–. Elizabeth Cary.

–No es cierto –murmuró Melina en respuesta–. *Arden de Faversham* se publicó veinte años antes. Solo que no llevaba el nombre de Emilia Bassano.

–No puedes probar que escribió *Arden*.

–No, pero puedo mostrarte cómo el libro histórico de Cary sobre Eduardo II se publicó con el nombre de su esposo y solo hace poco tiempo se le atribuyó a ella.

–Nadie necesita permiso para hacer teatro –continuó Marsha Norman desde el escenario–. Pero sí necesita apoyo. Y eso es lo que los Lillys esperan brindar. Desde que comenzamos La Cuenta, el porcentaje de mujeres dramaturgas ha aumentado del catorce por ciento al treinta y nueve por ciento. Es un progreso, pero no es igualdad.

–El hecho de que Elizabeth Cary sea la primera mujer cuyo nombre aparece en una obra publicada no significa que otras mujeres no estuvieran escribiendo teatro –susurró Melina con ferocidad–. El ochenta por ciento de las obras de la década de 1580 se registraron sin el nombre de sus autores, así que asumir que todas fueron escritas por hombres no es más que eso, una suposición.

Marsha Norman terminó su discurso.

–El hecho de que las historias de mujeres contadas por mujeres aún sean raras en el escenario es inaceptable. Cuando no se cuentan las historias de las mujeres, se sugiere que sus vidas no importan –miró alrededor de la sala–. ¿Sabéis qué importa? Que las mujeres se apoyen entre sí.

Entre los aplausos atronadores, Jasper se inclinó hacia ella otra vez.

–Es como cuando Emilia publicó el primer poema sobre casas rurales en *Salve Deus* en 1611, pero Ben Jonson se llevó el crédito

por ser el primero en 1616.

Melina se giró, a punto de responder, cuando se dio cuenta de lo que él había dicho.

–¿Leíste el libro de poesía de Emilia?

–Manuscritos y Archivos, señora –dijo, inclinando la cabeza–. Voy por la mitad.

En la penumbra, solo podía ver la curva de la mandíbula de Jasper y el brillo en sus ojos. No solo la había sorprendido con su curiosidad intelectual sobre Emilia Bassano. La había desconcertado.

Él inclinó la cabeza, estudiándola con tanto cuidado como ella lo estudiaba a él.

–Sé que viniste aquí a ver la ceremonia –dijo–, pero ¿hay alguna posibilidad de que... te escabullas y vayas a otro lugar conmigo?

Esa fue, sin lugar a dudas, la mejor ceremonia de premios a la que Jasper había asistido nunca. Estaba sentado del otro lado de la mesa de Andrea, en un rincón de su restaurante favorito. Compartían un plato de papas fritas y batidos de chocolate.

–Mary Wroth –decía ella, mientras continuaban bromando sobre las escritoras que se habían perdido en la historia–. Escribía sobre todo poesía, pero hubo también una obra que nunca llegó al escenario en alguna parte. Y Ben Jonson incluso le escribió un soneto, diciendo que su escritura lo había convertido en mejor poeta. Él no tenía miedo de darle crédito a una mujer, incluso si el resto de la sociedad no lo hacía.

Jasper se encontraba mirando su cabello negro como la medianoche y esos intensos ojos plateados: espejos que lo hacían verse a sí mismo con más claridad. Era un tipo demasiado nervioso para dejar de moverse; un hombre que actuaba más como un niño, tratando de impresionar a una chica que estaba fuera de su alcance.

Andrea Washington podría tener diez años menos que él, pero era inteligente, apasionada y no cedía ni un ápice. Sobre todo, no le tenía miedo. Él había cultivado una personalidad basada en sus críticas mordaces. La gente suponía que era un idiota por las columnas ácidas que escribía; él no los corregía. Para ser honesto,

esa suposición mantenía a los demás a distancia, y eso era por lo general lo que quería. Pero Andrea no dudaba en debatir con Jasper, en contradecir sus argumentos, en decirle que estaba equivocado. Era... liberador. Refrescante. Increíble.

Tuvo la necesidad de cogerle la mano, pero no estaba tan seguro de sí mismo, y, además, eran colegas de trabajo, así que esa era una mala idea; sin mencionar que sería una forma de acoso, ya que ella era una simple asistente y él era, bueno, quien era. Por lo tanto, en lugar de eso, intentó impresionarla con su conocimiento sobre autoras femeninas.

–Mary Sidney –dijo él.

–Eso es hacer trampa. Sabes de ella por la obra.

–Es verdad –dijo Jasper–. Katherine de Sutton.

–¿Quién? –la cara de Andrea estaba en blanco.

¡Triunfo!

–Una monja benedictina. Escribió y dirigió dramas litúrgicos en latín en el siglo XIV que se representaban en la abadía de Barking.

–Mmm… suena falso –dijo Andrea–. ¿La abadía de Barking?

–Te lo juro –dijo Jasper–. Y lo mejor es que las monjas interpretaban a hombres en el escenario. Entre los cuales estaba Jesús.

Andrea sacudió la cabeza, riendo, y Jasper vio cómo algunos rizos se soltaban de su moño. Bailaban en la línea entre su nuca y la curva de su hombro, y no pudo apartar la vista.

Su último noviazgo había sido dos años atrás. Todo había ido relativamente bien hasta que Yvonne se mudó a su apartamento. A Jasper le había dado tanta ansiedad ver sus prendas en el mismo cesto de ropa sucia y sus cepillos de dientes tocándose, que empezó a encontrar excusas para quedarse fuera de casa. Después de tres semanas, ella se mudó y lo dejó.

–Si no te conociera –dijo Andrea–, pensaría que eres profesor, no crítico. ¿Estudiaste literatura inglesa en la universidad?

–No. Teatro –dijo él, mirando hacia arriba desde debajo de la franja de cabello que siempre caía sobre su cara–. Nunca quise ser crítico –confesó–. Quería ser director.

–¿Qué pasó?

–Supongo que eso se perdió en el camino.

–Así que, en lugar de hacer teatro, te dedicas a señalar los defectos en la forma en que lo hacen los demás.

–Esa es una manera de verlo –Jasper se recostó contra el banco–. La otra es que las personas tienen tiempo y dinero limitados, así que yo los ayudo a guiarlos hacia lo más valioso.

–Pero ese enfoque es solo desde tu perspectiva –puntualizó Andrea–. Si una obra no es de tu particular agrado, ¿deberías tener derecho a crucificarla? ¿Debería cualquier crítico tener derecho a hacer eso, sin haber escrito o dirigido alguna obra él mismo?

–¿Cómo es que yo soy distinto a los turistas que hablan de una obra que han visto durante el regreso al hotel?

–Tú tienes el poder de cerrar una obra con tu opinión, y Joe de Iowa no –dijo Andrea–. Y tu gusto está sesgado por tu experiencia. Las cosas que te atraen a ti pueden ser diferentes de los temas que atraen a alguien negro, no binario o de género femenino, porque no viviste sus vidas. No hay muchos críticos de teatro negros, no binarios o de género femenino: la mayoría son hombres blancos.

–Que sea un hombre blanco no significa que no pueda reconocer un buen trabajo cuando lo veo –argumentó Jasper.

–No, pero sí significa que, si no te gusta algo, puede que no te des cuenta de que no estaba hecho para que te guste.

Jasper sintió como si alguien le hubiera disparado un arma cerca de la cabeza. Sus oídos zumbaban, y no podía concentrarse del todo. ¿Estaba tan ciego? ¿Alguna vez había desestimado una obra que «no le hablaba» no por un defecto en su ejecución, sino porque no resonaba con su experiencia personal?

Eso no podía ser cierto. En ese mismo instante, podía nombrar diez obras de dramaturgos de color y escritores LGBTQ que eran obras maestras. Pero, por otro lado, podía recordar una obra de una escritora negra que él había considerado «amarga». Un musical sobre la epidemia del SIDA que había llamado «melodramático». Una obra de una mujer a la que había llamado «empalagosa y emocional». ¿La culpa estaba en el material o en su propia distancia respecto a él?

–A pesar de lo que digan los críticos –apuntó Jasper–, tienes que admitir que el teatro se ha vuelto más diverso en los últimos tiempos.

–No estoy tan segura de eso –Andrea hizo una mueca–. Bueno, sí, hay más escritoras negras producidas. Pero ¿realmente les dan la misma plataforma? Casi todas las obras escritas por autores negros desde 2020 tuvieron malas fechas en la temporada de Broadway, ninguna publicidad y ningún intento de encontrar una audiencia.

–¿Es eso lo que piensa Mel también? –Jasper abrió la boca con incredulidad.

Ella dudó un momento, luego tragó saliva.

–Creo que Mel te diría –dijo Andrea con cuidado– que todavía hay trabajo por hacer. Y creo que estaría de acuerdo en que, cuando se trata de otros grupos minoritarios, como, por ejemplo, las creadoras mujeres, apenas están empezando a entrar al campo. Eso no es un cambio real. Es una inclusión simbólica.

–En los últimos cinco años, tres mujeres han ganado el Pulitzer de teatro –dijo Jasper.

–De esas tres, ninguna pudo presentar su obra ganadora del Pulitzer en un teatro de Broadway –dijo Andrea–. Pero los dos hombres que ganaron sí lo hicieron. De hecho, desde 2002, solo Lynn Nottage y Suzan-Lori Parks ganaron el Pulitzer y tuvieron producciones comerciales. Pero casi todos los hombres que lo ganaron sí las tuvieron.

Jasper pensó en los ganadores: James Ijames, Michael R. Jackson, Lin-Manuel Miranda, Tom Kitt, Tracy Letts, David Lindsay-Abaire. Mierda. Ella tenía razón.

–No tienes la culpa de haber nacido en ese cuerpo –Andrea lo miró a los ojos–, o de tener la educación que tuviste. Pero todos los tomadores de decisiones y formadores de opinión son hombres blancos –dijo ella, juntando las manos y apoyando el mentón sobre ellas–. Sabes quién compra entradas para los espectáculos.

Jasper asintió. Casi el setenta por ciento de las entradas vendidas en Broadway las compran mujeres.

–Entonces, ¿por qué hay tan pocas críticas, productoras, dueñas de teatro y escritoras? No es que los dramaturgos no sepan desde

siempre que atender a una audiencia femenina es sabio –dijo ella–: «Temo que todo lo bueno que esperamos escuchar de esta obra en este momento / solo está en la misericordiosa interpretación de las buenas mujeres. / A ellas se la mostramos: si sonríen y dicen que está bien, / sé que en poco tiempo todos los mejores hombres serán nuestros; / pues sería mala suerte que ellos permanecieran firmes cuando sus damas les piden que aplaudan».

–¿*Enrique VIII*? –arriesgó Jasper.

–*Todo es cierto* –corrigió Andrea, dando el título original de la obra en la que supuestamente colaboraron Shakespeare y John Fletcher en 1613.

–Casi lo adivino –dijo Jasper, sonriendo con amargura–. Bueno, eso me hace sentir aún más orgulloso de que *Con cualquier otro nombre* se vaya a estrenar. Y muy avergonzado de haberte sacado de una ceremonia de premios para mujeres.

–No me has secuestrado, he venido por mi propia voluntad –ella sonrió–. Aunque estoy bastante segura de que no me pagarán, porque me he ido antes de la limpieza.

Ella miró por la ventana mientras un caballo de carruaje trotaba por la Octava Avenida.

–¿Dónde dormirán de noche? –se preguntó distraída.

–En la calle 52, cerca de la Undécima Avenida. Tienen un establo.

–¿Cómo sabes eso? –Andrea lo miró sorprendida.

–Porque yo también me pregunté dónde dormían por la noche, y una vez los seguí.

Ella se dio la vuelta nuevamente para mirar por la ventana mientras el caballo desaparecía de su vista.

–Una vez tuve una cita, en la universidad. El chico me llevó a un restaurante de sushi cerca de Central Park. Eran como las once y media de la noche y un caballo con carruaje pasó justo cuando el semáforo cambió. El caballo se asustó, salió disparado, y un taxi lo atropelló.

–Dios mío –dijo Jasper–. Eso es horrible.

–Sí, lo fue. Lo vi todo a través de la ventana del restaurante.

–¿Y qué pasó?

–El caballo no sobrevivió –dijo Andrea–. La relación tampoco.

Vaciló, sus ojos plateados buscaron los de él, como si estuviera reuniendo el valor para decirle algo importante, pero no lo encontrara del todo.

–Jasper… –empezó a decir ella.

–Naturalmente… –dijo él al mismo tiempo.

Ambos dejaron de hablar, incómodos.

–Tú primero –la alentó Jasper.

–No, tú.

La mano de él rozó la de ella mientras él buscaba su agua y ambos se petrificaron.

–Solo iba a señalar que habría sido imposible superar un comienzo tan trágico –dijo Jasper, sonriendo–. ¿Qué ibas a decir tú?

Los dedos de Andrea se deslizaron lejos de los de él, al igual que su mirada.

–No lo recuerdo –dijo.

Su beso es una colisión. Las manos de **EMILIA** se apoyan sobre pecho, sosteniendo su latido.

SOUTHAMPTON

Mi amor.

(Se aleja un poco, abre su capa y se sorprende al notar su embarazo)

¿Es mío?

EMILIA

No lo sé.

Comienza a nevar.

LA MUJER

La nieve lo hacía brillar, como si estuviera encantado, y Emilia deseó que así fuera, que él pudiera agitar una varita o lanzar un hechizo y llevarlos lejos.

SOUTHAMPTON

Espero que lo sea.

EMILIA

¿Para qué, Henry? ¿Dónde está ese mundo de cuento de hadas en el que podríamos vivir?

SOUTHAMPTON

Crearemos uno. Te compraré una casa y…

EMILIA

(Interrumpiéndolo)

Estoy casada.

SOUTHAMPTON

¿Cómo... cómo pudiste?

EMILIA

–¿A quién debería quejarme, si contara esto? Nadie me creería.

SOUTHAMPTON

(Atragantándose)

¿Lo amas?

EMILIA

Nunca amaré a nadie como te amo a ti.

LA MUJER

Él deslizó su mano sobre el bebé en su vientre, con un gesto que era a la vez una afirmación y un deseo, más allá de la verdad.

SOUTHAMPTON

No digas eso. Él buscará tu cariño tanto como su padre.

EMILIA

1592-94

Emilia tiene entre 23 y 25 años.

De lo único de lo que hablaba todo el mundo era del elefante.

Era el antídoto perfecto contra los murmullos sombríos sobre el brote de peste. El rey Enrique IV de Francia había escuchado que la reina Isabel deseaba ver un elefante, así que se ocupó de enviar uno a Inglaterra. Un domador flamenco y su esposa acompañarían al animal en el viaje a Londres y lo acostumbrarían al clima inglés, a cambio de poder cobrar una tarifa a los curiosos londinenses que quisieran verlo.

Sin embargo, la reina no quería un elefante.

–Si dijera que deseo ver la Luna, ¿alguien la bajaría del cielo con una cuerda? –había refunfuñado.

Lord Hunsdon tuvo que resolver la situación, lo que implicó encontrar un nuevo hogar para la gigantesca criatura y asegurarse de que Su Majestad no tuviera que oír hablar de ella nunca más. Eso le dio una excusa conveniente para pasar todo su tiempo lejos de Emilia.

Ser la cortesana de un hombre de posición significaba ser discreta, y embarazarse no entraba en los márgenes de la discreción. Era responsabilidad de Emilia evitar un embarazo, aunque ninguna de las hierbas que tomaba era infalible. Era sorprendente que no hubiese ocurrido antes, en los diez años que había vivido con él.

Pero, aunque Hunsdon había desafiado las normas al pasearla por la corte y permitirle actuar como anfitriona en Somerset House, había un límite que no cruzaría: humillar a su esposa legítima con una segunda familia.

La conversación entre ellos había sido breve e incómoda.

–Estarás bien cuidada –le dijo Hunsdon al enterarse de su embarazo.

–Gracias, milord –respondió ella.

Estas son todas las cosas que no dijo en voz alta:

¿Qué significaba realmente que estaría bien cuidada?

¿Dónde viviría?

¿Quién era el padre de ese hijo?

Aunque había estado con Hunsdon una vez en el período que podría explicar el embarazo, había estado con Southampton con mucha más frecuencia. Al pensar en eso, las lágrimas brotaron de sus ojos.

–Lo siento tanto, Henry –susurró.

–Yo no –Hunsdon respondió mientras la abrazaba–. Un momento pequeño no puede envenenar una década.

Pero sí podía, y pondría fin a su relación.

Emilia le sujetó la muñeca, aterrada por lo que estaba por venir. A Emilia la habían arrancado de hogares y la habían llevado a otros cuatro veces en su vida ya, pero se había dejado engañar por la falsa seguridad que sentía con Hunsdon. Sabía que él era mayor y que no viviría para siempre, pero no había previsto que podría ser ella quien pusiera fin a esa relación.

–¿Estarás en Londres cuando me vaya? –le preguntó.

Hunsdon asintió, pero esa fue la última vez que lo vio. Después, comenzó a lidiar con el elefante. Mientras tanto, claramente el personal había recibido órdenes de algún tipo. Los sirvientes que antes la reconocían como la señora de la casa ahora no la miraban a los ojos. Al entrar en su habitación, encontraba a una doncella guardando sus vestidos en un baúl. La habían abandonado a su suerte, algo que en el pasado le habría parecido un regalo, pero con Marlowe ausente, sin noticias de Southampton y con la peste arrasando Londres, la dejaba sin lugar a dónde ir. Solo podía esperar

a que le indicaran algún sitio o a que sencillamente la echaran por la puerta, supuso.

Así que canalizó sus emociones a través de su pluma. Escribió poesía que descartó por demasiado sentimental y comenzó obras de teatro que rompió al darse cuenta de que había matado a todos los personajes antes del segundo acto. Escribió cartas para Kit (que envió) y para Southampton (que quemó).

Y entonces sintió el movimiento de su bebé, un pequeño aleteo en el abdomen, como el temblor de un pececito plateado.

Esta vez, al menos, no estaría sola.

A mi querido amigo Kit,

Tras mis más cordiales saludos, deseo compartir que nada es igual desde tu partida. Me encuentro en un estado delicado y no sé cómo expresar mi situación. Sin embargo, confío en que sabrás leer lo que no puedo poner en palabras aquí y entenderás que, cuando regreses, no me encontrarás en Somerset House. Te daría mi dirección, pero sigue siendo un misterio para mí; me siento como un pobre actor esperando que el dramaturgo le entregue las líneas para la próxima escena.

¿Es demasiado exagerado pensar en uno mismo como un mensaje en una botella, seguramente importante para quien lo envía pero desconocido hasta que llega a la orilla? ¿Es algo escrito realmente real hasta que otro lo lee? Me recuerda a una tinta que vi una vez, invisible hasta que se sostenía sobre el calor de una vela.

Quizás este calor en el que me encuentro ahora me haga imposible de ignorar también.

Tu amiga,

E.

Con la llegada de la nueva estación, quienes no habían logrado abandonar Londres contrajeron la peste a mansalva. Emilia evitaba acercarse a las murallas de la ciudad o a la prisión de Fleet, muy infectada. Sin embargo, en un último intento por forjar un futuro para sí misma, contactó con su vieja amiga Isabella en St. Helen's Bishopsgate.

No tenía manera de saber si Isabella ya habría escapado del Londres plagado de enfermedad o si recibiría la visita de una amiga cuya comunicación había sido esporádica. Hacía semanas que los sirvientes y el personal de Somerset House la ignoraban, y comenzaba a sentirse como un fantasma. Quería –no, necesitaba– que alguien la viera.

Cuando Isabella respondió a su mensaje, Emilia se calzó las botas de inmediato y salió a las calles desiertas de Londres, a pesar de que ya casi era de noche.

Emilia envolvió su rostro con una bufanda de manera tal que solo sus ojos quedaron visibles. Observó a un vigilante colocar comida en una canasta que bajaba desde el segundo piso de una casa en cuarentena. La mujer en la ventana tenía la piel pálida como la luna y profundas ojeras. Un carro de muertos tirado por dos caballos somnolientos estaba detenido frente a un edificio. Emilia vio a dos hombres sacar un cadáver y lanzarlo sobre otros cuerpos ya acumulados en el carro. Al final de su ronda, cerca del amanecer, arrojarían todos los cadáveres en la gran fosa de Aldgate. Para Emilia, estaba claro que la ración extra de alcohol que recibían esos trabajadores no podía compensar de ninguna manera el riesgo de estar todo el tiempo tan cerca de la muerte.

Rodeó el carro mientras los hombres regresaban al interior para recoger más cuerpos. La mujer que acababan de sacar no era mucho mayor que Emilia. En las zonas de su garganta y sus brazos que la manta que la cubría dejaba al descubierto, se podían ver bultos que supuraban sangre y pus. Sus ojos vacíos miraban al cielo.

De repente, un joven salió corriendo de detrás de unos barriles y casi derribó a Emilia en su prisa por subirse al carro de los muertos. Revolvió entre los bolsillos de los cadáveres y finalmente sostuvo un

pequeño anillo que brilló bajo la luz de la luna antes de saltar del carro y huir.

Emilia se apresuró a alejarse, murmurando una rápida oración a su Dios y al cristiano, pidiendo que todos sus seres queridos fueran protegidos.

Apenas había golpeado la puerta de Isabella cuando esta se abrió de golpe y fue arrastrada al interior, no por un sirviente, sino por la propia Isabella, quien la abrazó con fuerza.

–No dejo que cualquiera cruce ese umbral, *cara* –dijo Isabella.

–¿Estás bien? –preguntó Emilia.

–Tan bien como se puede estar en medio de una peste –respondió Isabella mientras desataba los lazos del manto de Emilia para quitárselo–. Vamos, siéntate.

Pero en cuanto la tela de terciopelo cayó, Isabella arqueó las cejas.

–Oh, Emilia –suspiró–. ¿Cuánto tiempo llevas?

–¿Cómo lo sabes? –Emilia miró su vientre plano.

–Tus pechos –respondió Isabella–. Ese vestido apenas los contiene.

–No sé cómo sucedió –los ojos de Emilia se llenaron de lágrimas.

–Me imagino que lo sabes perfectamente –Isabella sonrió con ironía. Luego la tomó de la mano y la llevó a su habitación, lujosamente decorada con bancos acolchados y con la cama más grande que Emilia había visto jamás. Isabella sirvió dos copas grandes de vino y le dio una a Emilia.

–Ahora, cuéntame.

–Tomé el té todas las mañanas, el herbal que me enseñaste, pero supongo que... no funcionó.

–Según mis cuentas, funcionó casi diez años –replicó Isabella–. ¿Qué dijo Hunsdon?

–Que no puedo quedarme con él.

–Bueno, no sería apropiado que el lord chambelán viviera con la madre de su hijo bastardo –murmuró Isabella.

–Puede que no sea su hijo –confesó Emilia después de tragar saliva.

–Bueno, bueno, mira a mi pequeña protegida –una sonrisa se dibujó en el rostro de Isabella–. Entonces, ¿de quién es?

–Southampton –admitió Emilia.

–No tienes sueños pequeños, ¿verdad, *cara*? –rio Isabella–. ¿Y él no te acepta?

–Él no sabe nada. Pero, aun así, no podría aunque quisiera. Tú sabes que personas como tú y yo... no estamos destinadas para gente como él.

Isabella miró los hermosos cuadros en las paredes, los gruesos tapices sobre las mesas y la colcha de seda que cubría la cama como un estanque inmóvil.

–¿Hunsdon no se encargará de ti?

–Lo hará –dijo Emilia con cautela–, pero no me dio detalles de su plan.

–Deberías alegrarte de que haya un plan. Muchos hombres te habrían echado a la calle. Y ahora mismo, Emilia, no querrás estar sin un hogar seguro.

Emilia pensó en los trabajadores del carro de muertos.

–Por eso vine a ti. Somos amigas, ¿no? Quizás podríamos envejecer juntas.

–Tienes veintitrés años, Emilia. Yo tengo veintiocho. Ninguna de nosotras está en su vejez –Isabella entrecerró los ojos.

–No, pero... podría pagarte por alojamiento.

Tan pronto como dijo las palabras, Emilia reconoció su error. No tenía garantía de que Hunsdon le diera algún dinero. Aunque William Shakespeare estaba distribuyendo su obra, esa fuente de ingresos también estaba interrumpida por la peste... y no podía admitir que esa era su posible entrada de dinero.

–*Cara*, sabes que esta no es solo mi casa, sino también un lugar de trabajo.

Oh. Oh. Emilia no había comprendido que Isabella tenía un nuevo protector.

–Es un consuelo tener esta residencia, sí. Pero la escritura de una casa no pone comida en la mesa ni leña en la chimenea. Todavía necesito apoyo.

–Yo... lo siento...

–No lo sientas. Es bueno conmigo. Es un joven noble, tercer hijo de un conde. Quiere que alguien lo encuentre atractivo, que elogie sus hombros y piernas y no su inmensa barriga. Siempre fui una buena actriz –dijo Isabella.

–No me interpondría –suplicó Emilia–. Me iría antes de que él llegara.

–Ni siquiera yo sé cuándo decidirá visitarme. ¿Cómo podrías predecirlo tú? –preguntó Isabella. Y enseguida señaló el vientre de Emilia–. Y no es bueno para el negocio, *cara*, que un hombre venga a la casa de su amante y se enfrente al recordatorio de que su visita podría terminar en un hijo bastardo.

–Por supuesto –asintió Emilia, desinflándose.

–Sabes que haré cualquier cosa para ayudarte.

Cualquier otra cosa, quiso decir. Emilia vació su copa de vino. Podía sentir la mirada fija de Isabella.

–Todo estará bien –dijo Isabella con brillo en los ojos–. Hunsdon es un buen hombre, ¿verdad?

Algo en esas palabras disolvió el nudo en el pecho de Emilia.

–Lo es –dijo en voz baja–. No se merecía esto.

–*Cara*, tú tampoco lo merecías –respondió Isabella apretando las manos de Emilia entre las suyas.

Querida ratoncita,

Yo, que desprecio los mismos principios de la fe, tengo fe en ti.

Los roedores sobreviven donde casi nadie más lo logra.

(Solo me refiero a tu apodo, no a tu personalidad).

(Espero que eso te haya hecho sonreír).

A tu servicio,

Kit

Un día, cuando Emilia regresó de un paseo por los jardines bajo una lluvia tenue y subió a su habitación para arreglarse el cabello y cambiarse las botas, encontró su cuarto despojado por completo de

sus efectos personales. Su cepillo de pelo, el perfume y su escritorio portátil habían desaparecido. Las alfombras que cubrían la mesa de roble, también. El armario de ropa estaba vacío. Incluso la cama había sido desmantelada: las sábanas y la colcha no estaban, y el colchón de plumas se encontraba enrollado, lo que dejaba expuesto el simple colchón relleno de lana.

Emilia parpadeó y retrocedió unos pasos, temiendo haber perdido la razón y entrado por error a otro cuarto. Casi chocó con la doncella que la había servido durante una década.

–Bess, ¿dónde están mis pertenencias?

–Ah, empacadas como pidió Su Señoría, señora. El carruaje ya está listo.

Aturdida, Emilia la siguió escaleras abajo. Los sirvientes estaban en movimiento, y no formados en fila como se habrían preparado para despedir a una verdadera dama. Algunos de ellos –la doncella de cocina, el mozo del gran salón, el bodeguero, el cocinero jefe– la miraban con verdadera lástima, pero no se despidieron de ella ni mostraron señales de reconocer que estaba ahí. Siguió a Bess hasta la puerta principal de Somerset House, y se detuvo en el umbral como si un rayo la hubiera golpeado.

–¿A dónde me enviarán?

Nadie respondió.

–¿Dónde está Hunsdon? –preguntó, notando el tono desesperado en su voz.

Él lo había prometido.

Alzando el mentón como había visto hacer a la reina cientos de veces, Emilia salió por la puerta principal de Somerset House como si hubiera sido su propia decisión.

–Su Señoría dijo que podía ir con usted –comentó Bess, sin notar la rigidez con la que Emilia permanecía en el carruaje.

–Su Señoría dijo que estaría aquí cuando me fuera –murmuró Emilia.

Semanas después, Bess –que se había encariñado con el mozo de caballos en Somerset House– se enteró, por él, de que el día en que Emilia partió, lord Hunsdon había enviado una nota para ella. Sin embargo, el mensajero se retrasó porque había quedado en

cuarentena en una casa afectada por la peste. Finalmente, el mozo entregó la misiva a Bess, que ahora se la dio a Emilia.

Hunsdon le deseaba lo mejor en sus nuevos emprendimientos. Había querido despedirse en persona, pero no pudo abandonar Hampton Court porque la reina seguía molesta por el elefante.

Emilia se dio cuenta de que ese elefante era un problema incluso más grande que ella misma.

El carruaje que condujo a Emilia lejos de Somerset House se detuvo frente a una puerta pequeña y familiar. La casa de su primo Jerónimo estaba igual que la recordaba, aunque hubiera pasado una década. Cuando la puerta se abrió y un joven la miró, Emilia tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de su primo más pequeño, que ahora era mayor que ella cuando la enviaron con Hunsdon.

–Prima Emilia –dijo sin sorpresa, lo que le indicó que la esperaban.

Hunsdon, una vez más, había negociado un trato con su familia.

Alma, la esposa de Jerónimo, la abrazó.

–Todo irá bien –le susurró en *yiddish*.

Emilia luchó por contener las lágrimas. Sin importar el beneficio económico que Hunsdon les hubiera ofrecido, nunca sería suficiente para que Jerónimo y Alma pudieran acomodar a dos personas más en su pequeña casa.

Observó cómo Jerónimo apilaba su baúl y el pequeño equipaje de Bess dentro del umbral, junto con su escritorio y las alfombras de su habitación. Todo parecía ridículo en ese espacio, como poner una corona a un mendigo. Bess permaneció incómoda detrás de ella mientras el carruaje se alejaba.

–Esto no será permanente –le prometió a su primo–. Tu obligación conmigo no debería pasar por encima de tu comodidad...

Antes de que pudiera continuar, Jerónimo la interrumpió.

–*Piccolina* –dijo–. No digas nada de eso. Eres de la familia.

La besó en ambas mejillas. Emilia sintió que se suavizaba, aunque solo un poco. Había empezado a creer que siempre sería una carga. Si su primo podía acogerla así, después de que ella lo hubiera

evitado deliberadamente durante tantos años, entonces ella también podía ceder.

Él hizo un gesto vago detrás de él, y Emilia se dio cuenta de que había alguien más en la habitación. Un hombre estaba de pie en las sombras cerca del hogar. Era delgado y apenas más alto que Emilia. Tenía cabello rojo y marcas de viruela en las partes del rostro que no cubría su barba. Pero tenía ojos oscuros como los de su padre y sus tíos, lo que le despertó una sensación de familiaridad.

–Hola –dijo, retorciendo su gorra entre las manos–. Es bueno verte de nuevo.

–¿De nuevo? –preguntó Emilia.

–¿No recuerdas a nuestro primo? –respondió Jerónimo dándole una palmada al hombre.

Emilia tenía un leve recuerdo de un niño pequeño que le había robado su canica azul celeste favorita cuando ella no era más que una niña. La hermana de Jerónimo, Lucrecia, se había casado con Nicholas Lanier, y este era su hijo, Alfonso.

–Sí, claro. Espero que haya aprendido a compartir.

–Supongo que ya lo veremos –dijo Alfonso. Por un brevísimo instante, sus ojos bajaron al vientre de Emilia.

Una vez, cuando Emilia era joven y vivía con la condesa Bertie, estaba en una lección con su tutor de latín y, de repente, toda la habitación pareció encogerse al tamaño de la cabeza de un alfiler. El aire serraba sus pulmones al entrar y salir y veía estrellas danzando frente a ella. Entonces supo –simplemente lo supo– que algo terrible iba a suceder. En el instante siguiente, su tutor se inclinó sobre la mesa, y con un chisporroteo de la vela su largo cabello se encendió. En cuestión de momentos, toda su cabeza quedó envuelta en llamas mientras gritaba y se golpeaba para apagar el fuego, pero no lo logró antes de que su piel se ampollara y se derritiera frente a sus ojos.

Nunca había tenido otra premonición como esa... hasta ese momento.

Una vez más, Jerónimo había decidido su futuro.

–Emilia –dijo él, al notar la expresión de su rostro–. Necesitas un esposo.

–Lo que necesito –dijo ella entre dientes– es que alguien me pregunte, por una vez, qué quiero.

–Lo que quieres importa poco cuando tienes pocas opciones –argumentó Jerónimo.

–¡Solo tengo pocas opciones por la primera decisión que tomaste por mí!

Estaban a centímetros el uno de la otra, gritándose. Alma y Bess se encogieron contra la pared. Su joven primo fingía estar fascinado por el grano de la mesa de madera. ¿Y Alfonso? Giraba su gorra en las manos como si fuera el timón de un barco.

–Alquilo una casa –dijo él–. A unas calles de aquí –tragó saliva–. Tenemos mucho en común.

–¿Cómo qué? –preguntó Emilia.

–Nuestra… familia.

–De la que preferiría no ser pariente. ¿Qué más?

–Nuestra fe –dijo frunciendo el ceño.

–Es difícil creer en un Dios que me obligaría a esto.

–Dios no te obligó, según me cuentan. Disfrutaste de la riqueza de ese hombre durante años –respondió Alfonso con el rostro enrojecido.

Emilia retrocedió como si la hubieran abofeteado.

–¿Cuánto? –preguntó con calma un momento después–. ¿Cuánto te pagó Hunsdon para casarte conmigo?

Alfonso pestañeó frente a ella y miró a Jerónimo, quien asintió.

–Setecientas libras. Y un puesto en el tribunal.

Emilia sabía que era apenas más de lo que el lord chambelán había gastado el año anterior en algunos jubones y tres capas. Asintió y salió de la casa.

Setecientas libras. Al menos ahora sabía cuál era su valor.

El 18 de octubre de 1592, Emilia Bassano se casó con Alfonso Lanier en St. Botolph’s Aldgate. El novio estaba borracho. La novia llevaba un vestido negro y el ceño fruncido.

Mientras Emilia permanecía ante un sacerdote que recitaba una bendición para un Dios en el que no creía, se decía a sí misma que

eso era una farsa. Y, sin embargo, sabía que legalmente no lo era. En el momento en que esa farsa de ceremonia terminara, pertenecería a Alfonso Lanier, como su laúd y su reloj de bolsillo.

Las setecientas libras que Hunsdon le había asignado a Emilia –en apariencia suficientes para que un plebeyo viviera una buena temporada, si se manejaba con cuidado– ya no eran suyas, sino de Alfonso.

Recordaba cómo Isabella le había explicado la diferencia entre ser mantenida como una cortesana y ser poseída como una esposa.

A pesar de los intentos de Hunsdon –para, bueno, aliviar su culpa con dinero, supuso Emilia– ahora tenía menos de lo que tenía cuando llegó, diez años atrás, a Somerset House. Había perdido su libertad.

Jerónimo y Alma fueron sus testigos, y después de la ceremonia volvieron a Mark Lane para encontrarse con un grupo desordenado de los Bassano, los numerosos hermanos y hermanas de Alfonso, además de otros parientes políticos. Tan pronto como Alfonso cruzó el umbral de la pequeña casa de Jerónimo, fue absorbido por un nudo de primos, quienes lo llenaron de más bebida.

Emilia se levantó de manera abrupta cuando Alma pasó junto a ella.

–Me gustaría irme –dijo en voz baja, y su prima política frunció el ceño.

–Pero no puedes –respondió Alma.

Emilia echó un vistazo a Alfonso, que estaba bailando algún tipo de *jig* desordenado mientras su padre tocaba la flauta.

–No es necesario que él me acompañe.

Antes de que Alma pudiera responder, el doctor Héctor Nuñez entró en la pequeña casa. Él también vivía en Mark Lane, y era el líder de facto de la comunidad judía portuguesa de allí, que, como los Bassano, asistían a la iglesia religiosamente, pero también mantenían rituales judíos dentro de sus hogares. Para quienes lo conocían en Londres, el doctor Nuñez era un médico. Pero, para los residentes de Mark Lane, era lo más cercano que tenían a un rabino.

El doctor Nuñez sacó un pedazo de seda de su jubón, señaló a cuatro de los familiares de Emilia y los colocó frente al hogar. Alma

rodeó a Emilia con su brazo y la condujo hacia la chimenea. Alfonso tropezaba junto a ella y tomaba su brazo en busca de apoyo. Los cuatro hombres escogidos por el rabino levantaron la seda, creando una *chuppá*, el dosel bajo el cual tendría lugar una boda judía tradicional.

Emilia se quedó congelada. Decir palabras que no creía en una iglesia cristiana era una cosa. Hacer una burla de los rituales de su propia religión era otra muy distinta.

Y sin embargo... ¿no era eso ya una burla?

Debería haber habido un *kiddushin*, un compromiso donde el novio le entregaba *kessef* a la novia, dinero o algo equivalente. En lugar de eso, Alfonso había recibido fondos para solucionar el problema en que Emilia se había convertido.

Se congeló cuando Alfonso tomó su mano y le colocó un anillo en su dedo índice derecho. Era demasiado grande, claramente un anillo de hombre, y se preguntó de quién lo habría tomado prestado o comprado.

–*Ke'dat Moshe ve'Yisrael* –estaba diciendo el doctor Nuñez. «Según las leyes de Moisés e Israel».

Su oído se enturbió mientras el rabino recitaba las siete bendiciones nupciales. Bebió de manera mecánica del vaso de vino que le ofrecieron. No fue hasta que escuchó el sonido del cristal romperse bajo el pie de Alfonso –lo que señalaba el final de la ceremonia– cuando de repente sintió que se sumergía en la acción, en lugar de ser una simple observadora. Sus familiares gritaron *mazel tov* y palmearon a Alfonso en la espalda.

El siguiente paso era que ella fuera llevada a una habitación sola con Alfonso para *yichud*, lo que simbolizaba la consumación del matrimonio. En cambio, él le tomó la mano y, ante los vítores de los demás, la llevó fuera de la casa de su prima y la arrastró por Mark Lane hacia otra vivienda.

Abrió la puerta con tanta fuerza que sobresaltó a Bess, que estaba en el umbral con los ojos muy abiertos.

–¿Señora? –dijo, dando un paso hacia adelante, pero Alfonso empujó a la sirvienta para pasar y se dirigió hacia la parte trasera de la casa, a un dormitorio.

Emilia pudo ver su juego de cepillos de pelo en una mesa y su mesa de escritura ajustada en un rincón antes de que Alfonso la arrojara sobre la cama. Sus manos fueron hacia los cordones de sus pantalones y Emilia luchó por sentarse.

–Primo –dijo.

–Esposo –la corrigió él.

Cayó sobre ella, aplastándola contra el colchón de paja. Olía a vino, sudor y rabia. Con una mano levantó su falda, y Emilia sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos.

–Por favor –suplicó–. No así.

Ella se agitó mientras Alfonso se tomaba a sí mismo con la mano para asestar entre sus piernas. Un grito salió de su garganta y él presionó la palma sobre su boca y nariz.

Emilia no podía respirar. Movió la cabeza, pero eso solo hizo que él empujara más fuerte mientras se movía dentro de ella. Su visión se oscureció por los bordes y pensó: «Así es como muero».

Lo mordió, con fuerza.

Alfonso lanzó un insulto y se movió, y al hacerlo, entró en contacto con la dura, redonda realidad de su vientre. Su embarazo era leve, pero estaba allí: sólido donde su carne debería haber sido suave, curvado donde antes había sido chato. Ella vio cómo los ojos de él caían hacia la hinchazón de su abdomen, y de repente perdió la dureza y se deslizó fuera de su cuerpo.

Emilia no se movió. Solo miraba su miembro, marchito y pequeño.

Él lo frotó hacia arriba y hacia abajo, pero no pasó nada. La ironía, por supuesto, era que Emilia tenía trucos bajo la manga para esa circunstancia. Isabella se los había enseñado; los había utilizado con Hunsdon cuando envejeció.

No le daría a Alfonso la satisfacción.

Literalmente.

Él se arrodilló de nuevo sobre la cama y la abofeteó tan fuerte en la mejilla que Emilia sintió el sabor de su propia sangre.

–*Puttana* –siseó. «Ramera».

Emilia giró para ponerse de costado, sosteniendo su cara, probando la mandíbula con suavidad. Escuchó la puerta cerrarse con fuerza y una llave girar en la cerradura.

Lentamente, se sentó. Acomodó su falda y balanceó sus piernas fuera de la cama. Temblando, se levantó y comenzó a caminar por su nueva habitación. No tenía cuadros ni alfombras. El mobiliario era robusto y funcional. El dosel sobre la cama no tenía cortinas. Era la habitación de alguien que tenía que trabajar para ganarse la vida, no de alguien que había nacido en la riqueza.

Habían colocado su baúl al pie de la cama. Lo abrió y sumergió sus manos en los terciopelos y brocados de sus vestidos. Apartó sus camisas y batas, los montones de correspondencia atados con cintas, los adornos de su vida anterior, hasta que sus dedos se cerraron sobre una pequeña caja de madera.

Dentro estaba su collar de cristal de Murano, un par de peines de oro que Hunsdon le había dado y su miniatura de Southampton. Cuando supo que eventualmente dejaría Somerset House, pero no cuándo con exactitud, lo había sacado de su colchón y lo había metido allí, para que la acompañara adonde fuera que se dirigiera.

Conteniendo un sollozo, presionó la miniatura contra sus labios. Luego usó un pequeño cuchillo para cortar la costura del colchón y la sujetó a la tela justo debajo de donde descansaría su cabeza.

Se arrodilló otra vez frente a sus pertenencias y buscó entre ellas hasta que encontró su posesión más preciada: la copia impresa de *Arden de Faversham*. Alfonso podría encerrarla, podría golpearla, podría quitarle el aire de la garganta, incluso podría matarla, pero había una cosa que no podría hacer.

Silenciarla.

Mi querido Kit,
Estoy casada. Me gustaría describirte las grandes
cualidades de mi esposo, pero no me gusta mentir.
Tuya,
E.

A medida que avanzaba el año, el número de muertos por la peste aumentaba con velocidad. Emilia se acostumbró a dirigir un hogar

con solo una sirvienta, lo que significaba que tenía que compartir el trabajo. Como nunca había aprendido a cocinar, dejaba esa tarea a Bess, mientras que ella se encargaba de limpiar, barrer y golpear la ropa de Alfonso dentro de una canasta de mimbre para intentar quitarle las manchas. El bebé dentro de ella crecía, consumiendo tanto de su aliento y energía que a veces tenía pesadillas en las que sentía que le rompería las costillas para escapar.

No le importaba, porque, cuanto más crecía, menos quería Alfonso saber de ella.

Él tomaba alcohol como otros respiraban aire. Lo habían suspendido temporalmente del grupo de músicos de la corte después de llegar al palacio tan ebrio que vomitó momentos antes de que la reina entrara. Como resultado, y decidido a encontrar una nueva carrera más lucrativa, apostó en inversiones que fracasaron, compró acciones de barcos de carga que se hundieron y, en cuestión de meses, malgastó trescientas libras del dinero de Emilia.

Ella vendió primero sus peines, luego sus cuentas de Murano. Necesitaba ingresos, una reserva de dinero propio, que pudiera esconder de Alfonso. Había intentado varias veces pedirle a Kit que encontrara dónde actuaban los Hombres de Lord Strange, con la esperanza de conseguir noticias de William Shakespeare, que se había vuelto imposible de encontrar.

Así que Emilia decidió sacar provecho de la desgracia. Visitó a la boticaria de la que conseguía sus hierbas anticonceptivas. Allí compró plantas secas que se creía prevenían enfermedades, y con ellas hizo tés para protegerse de la peste. Ella y Bess cosieron las hierbas trituradas en saquitos: milenrama, ajenjo y otras. Emilia recorría las calles entre Mark Lane y Spitalfields, donde cambiaba sus tisanas preventivas por peniques.

No sabía si sus remedios funcionaban. Solo sabía que, si no lo hacían, los muertos no regresarían a pedir un reembolso.

Una mujer se acercó, con el rostro tenso y las manos temblando por el frío.

–¿Tiene algo para mantener saludable a un niño?

Emilia asintió, y de inmediato sintió al bebé patear, como si la castigara por su mentira.

–Sí, pero cuesta cuatro peniques.

La mujer contó las monedas en su mano, y Emilia le entregó un paquete ligeramente más grande de ruda, hojas de zarza, hojas de saúco y salvia.

–Prepárelas en infusión con vino, agregue jengibre y el jarabe de azúcar más espeso que pueda conseguir, y haga que el niño beba la tisana al amanecer y al anochecer.

–Gracias –susurró la mujer–. Dios la bendiga.

Emilia golpeó el suelo con los pies y se calentó los dedos con el aliento. Había comenzado a caer una llovizna fría. Avanzó entre los edificios, que se alzaban sobre ella, usando las paredes irregulares como apoyo para no resbalar sobre el empedrado resbaladizo.

Cuando llegó a Mark Lane, a la casa de Alfonso, sus dientes castañeaban. Se desenrolló la bufanda que llevaba envuelta alrededor de su rostro cuando salía a vender y vio a Bess, con los ojos muy abiertos y nerviosa.

–Señora –dijo–, hay alguien aquí para usted.

Sobre el hombro de Bess, vio a un hombre desconocido, bien vestido.

–¿Señora Bassano?

–Lanier –corrigió ella–. Creo que estoy en desventaja, señor, pues no sé con quién tengo el gusto de hablar.

–Mis disculpas, señora. Soy Edmund Greaves, abogado.

Por un momento, su corazón se detuvo. Pensó: «Esta vez sí lo ha hecho, Alfonso se ha emborrachado hasta morir, y este hombre ha venido a decirme que soy viuda».

–Representaba los intereses de la señora Isabella Lucchino –aclaró el hombre tras ponerse de pie.

La mente de Emilia se detuvo en una sola palabra: «representaba». Tiempo pasado.

–Lamento informarle que la señora Lucchino falleció a causa de la peste –dijo Greaves.

Emilia sintió que las piernas se le aflojaban. Después de su boda, había visitado a Isabella y llorado en sus brazos, mientras le contaba lo que había sucedido cuando Alfonso llegó a casa tan borracho como para ignorar su vientre, pero no para ser impotente. Hablar

con alguien había sido un alivio. Isabella entendió que Emilia no había ido en busca de consejo o ayuda, sino tan solo para que alguien más supiera lo que estaba sufriendo. Ahora, Emilia pensaba en la profunda risa de Isabella y en su perfume de almizcle y rosas. Pensaba en la fuerza de su abrazo. Recordaba cómo Isabella le había enseñado a enderezar la espalda cuando el mundo la golpeaba.

–En su testamento, la señora Lucchino pidió que usted tuviera esto –el abogado le tendió un pequeño saco negro–. Lamento mucho su pérdida.

Emilia oyó a Bess abrir la puerta para dejar salir al abogado.

Isabella le había dejado el collar triple de perlas con el cierre de rubí que llevaba el día en que el barón la dejó en su residencia. Sin el calor de la piel de Isabella, las perlas estaban frías y duras.

Emilia las llevó en la palma hacia su cuarto, inclinándose para ver su reflejo en el espejo. Se pasó el cabello por un hombro y se puso las perlas alrededor del cuello. Las presionó con fuerza sobre la piel hasta dejar una marca.

Luego desabrochó el cierre y guardó las perlas de nuevo en su pequeño saco. Al día siguiente las llevaría a un joyero y vería cuánto dinero le darían por ellas. Isabella lo entendería. De hecho, probablemente por eso le había dejado las perlas a Emilia.

Cuando salió del cuarto, la piel de su pecho estaba suave e inmaculada, como si las perlas nunca hubieran descansado allí.

Mi querido Kit,

Soy más un globo que una mujer, en verdad. Si me vieras, sería motivo de burla y tú te doblarías de la risa. Yo, por mi parte, no puedo doblarme en absoluto, y no le encuentro nada de gracioso a la situación. A decir verdad, estoy melancólica y no puedo discernir si es por donde me encuentro, con quien estoy o por quien me falta.

Ojalá pudiera mantener esta vida dentro de mí un poco más. El mundo no es amable con aquellos que no tienen

armas para luchar.

En realidad, no sé por qué estoy tan triste. Me agota.

¿Hubo noticias de Shakespeare? De ser así, debería alegrarme.

Tuya,

E.

Seis semanas antes de la fecha prevista para el nacimiento de su bebé, Emilia debía entrar en reclusión. No podría salir de casa para ganar los escasos ingresos que obtenía vendiendo sus tés. Aun así, se esperaba que trabajara junto a Bess y se asegurara de que Alfonso tuviera una casa limpia, ropa remendada y comida en la mesa cuando él se dignara a regresar. A las ventanas cerradas para mantener fuera los malos humores que podrían afectar al niño, se sumarían tapices colgados para bloquear la luz, ya que se creía que demasiada luz podía dañar sus ojos. La casa se convertiría en un lugar tan oscuro y silencioso como un vientre.

Se preguntaba qué hacía que los hombres temieran tanto a las mujeres embarazadas, hasta el punto de que ni siquiera querían cruzarse con ellas en público. ¿Era porque muchas mujeres morían durante el parto y resultaba incómodo recordar esa realidad? Fuera cual fuera la razón, era cruel obligar a una mujer a permanecer en silencio durante semanas, enfrentándose a sus propios pensamientos sobre la mortalidad.

Durante la semana previa a su reclusión, Emilia hizo una lista de los recados que debía realizar. Se enrolló unas medias de lana en las piernas y dejó que Bess le pusiera el vestido sobre la cabeza. Ya no podía agacharse para atarse las botas, así que Bess también hizo eso por ella.

–Puedo acompañarla, señora –ofreció Bess, pero Emilia negó con la cabeza. Era algo que debía hacer sola.

Su primera parada fue All Hallows Staining, la iglesia en el extremo norte de Mark Lane. Se sentó en un banco a escuchar el servicio y esperar el momento en que pudiera levantarse para recibir

la comunión. Aunque no creía en el Dios cristiano, como cualquier soldado en batalla, prefería cubrir todas sus apuestas espirituales. Pero, más importante aún, tenía que asegurarse de que la vieran recibiendo la comunión, ya que se creía que durante el parto las mujeres eran más susceptibles a la brujería, y Emilia no permitiría que ella o su hijo fueran tildados de paganos.

Con la hostia aún disolviéndose en su lengua, se dirigió a London Bridge, donde los mercaderes tenían sus tiendas. Le llevó más de una hora llegar hasta allí a pie, con el viento silbando y helándole las piernas y las pestañas. Pero, al igual que los comerciantes cerca de su hogar habían cerrado durante la peste, los mercaderes de telas y sedas también habían cerrado.

Tienda tras tienda, las contraventanas estaban cerradas. Golpeó en una puerta..., luego en otra... y en una tercera..., pero nadie respondió. Emilia sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos. Era posible que esos mercaderes hubieran huido al campo, al igual que lo habían hecho nobles como Hunsdon.

No había pensado mucho en él. No se lo permitía, porque no tenía sentido. Hunsdon no había intentado contactarla, ni ella lo había esperado. Él había cumplido con ella, o al menos eso creía. Y, sin embargo, se preguntaba si él pensaba en este hijo, que probablemente creía suyo.

Emilia se limpió las lágrimas, que se congelaban en sus mejillas, y fue hasta una quinta puerta. Esta vez, al golpear, la puerta se abrió. Un hombre pequeño, con una nariz puntiaguda como la de un tejón y un par de anteojos apoyados en ella, observó a Emilia.

–No estamos abiertos –dijo.

–Por favor. Tengo dinero.

–No –el hombre comenzó a cerrar la puerta en su cara–. Regrese en otro momento.

–Pero no puedo regresar –dijo Emilia, con la voz quebrada.

–John –llamó una voz suave desde adentro–. Espera.

El hombre retrocedió y dejó ver a una mujer con un niño pequeño en la falda. Ella observó el vientre redondo de Emilia y le dio una palmada en el brazo al mercader.

–Atenderé a esta clienta –dijo.

El esposo se retiró, murmurando.

–Gracias –dijo Emilia–. Necesito... –las palabras se atoraron en su garganta– una mortaja.

No era la primera mujer que compraba su posible sudario, la sábana en la que su cuerpo sería envuelto si moría durante el parto.

La mujer asintió, y entre ambas pasó una conversación entera en silencio.

–Espere aquí –dijo.

Emilia pisoteó el suelo para evitar que sus dedos se entumecieran. Cuando la mujer regresó, ya no tenía al niño, sino un paquete envuelto en papel y atado con una cuerda.

–Dos chelines –dijo.

Emilia empezó a contar sus monedas con dedos temblorosos. Doce... quince... diecinueve. Dio la vuelta a la bolsa, pero no tenía los veinticuatro peniques que costaba la sábana. Su rostro ardió al encontrarse con la mirada de la esposa del mercader.

–Me confundí, señora –dijo la mujer con suavidad–. Tiene un descuento.

Contó doce peniques de la palma de Emilia y cerró sus dedos sobre el resto.

–Que Dios la acompañe –añadió, entregándole el paquete.

A Su Señoría, el conde de Southampton:

Con el debido respeto, espero que el Todopoderoso te conceda salud y prosperidad, y le ruego que continúe así por mucho tiempo.

Y, sin embargo, a menudo me atormento, despierta en la noche, por una visión que tuve de ti, con la piel pálida, el pecho inmóvil, durmiendo para siempre en una cripta. Rezo para que esta peste no entre en tu hogar y que Dios mantenga su mirada fija en ti.

Temo que yo tampoco permanezca mucho tiempo más en este mundo.

Espérame al otro lado, amor mío. Es el único lugar donde seremos iguales.

Desde esta residencia en Mark Lane, sigo siendo siempre tuya,

E.

Emilia sabía que, cuando las damas nobles se retiraban al confinamiento previo al parto, a veces escribían cartas a sus hijos no nacidos con mensajes de amor y consejos para el futuro. En el desafortunado caso de que la mujer no sobreviviera al nacimiento, su hijo al menos tendría algo de su voz. Y si, por la gracia de Dios, la mujer sobrevivía... la nota se arrojaba al fuego, para evitar atraer mala suerte.

Emilia pasó días tratando de decidir qué debería escribir en una nota para su bebé. Estaba convencida de que tendría una hija, y le parecía aún más importante transmitirle la sabiduría que había acumulado a lo largo de los años.

«Puede que no viva para verte», comenzó, «así que esto es lo que deseo que sepas sobre mí».

Pero luego se quedó atascada. ¿Quería que su hija supiera que la propia madre de Emilia la había abandonado, que esto era algo que corría por sus venas? ¿Quería hablarle de cómo la poesía y la prosa podían transportarte? ¿Quería que su hija supiera que había amado a su padre, fuera cual fuera de los dos hombres? ¿Quería advertirle que se desvaneciera en el fondo y se moviera en silencio, para que Alfonso no reparara en ella?

Emilia no podía decir lo que más deseaba , por miedo a que esa carta fuera encontrada y leída cuando ya no estuviera.

Mi querida: fui una escritora publicada.

Mis palabras fueron pronunciadas en el escenario por hombres que no eran más sabios.

Mi cuerpo fue entregado al cuidado de un hombre gentil y bondadoso. Mi palabra fue vendida a un monstruo.

La única elección que hice por mí misma fue amar a alguien que me amó, por un tiempo breve.

A decir verdad, al principio no te deseaba. Ahora no puedo imaginar un mundo sin ti.

Y, si no estoy viva para tomarte de la mano y guiarte por este laberinto que representa ser mujer en un mundo de hombres, prométeme esto: no te culpes por llegar justo cuando yo me fui. Tu existencia no llegó a expensas de la mía.

De hecho, eres el poema que escribí desde el corazón y, como versos que nunca se olvidan, estabas destinada a sobrevivirme.

Emilia comenzó y dejó su nota muchas veces.

¿Qué más querría que supiera la pequeña, si no estuviera allí para transmitirle esa sabiduría?

Que no era inferior por haber nacido mujer.

Llegaría un día en que su hija se sintiera sofocada por su sexo, y por eso Emilia decidió comenzar allí: describiendo el cansancio, la frustración, y quizá incluso el alivio prohibido de enfrentar tu propia muerte cuando el mundo era una batalla cada día.

Cuando, en desgracia con la fortuna y los ojos de los hombres,
lloro a solas mi estado de marginal,
y molesto al cielo sordo con mis vanos lamentos,
y me miro a mí misma y maldigo mi destino,
deseando ser como quien tiene más esperanzas,
como quien tiene amigos, como quien es talentoso,
deseando el arte de este hombre y las posibilidades de aquel,
e insatisfecha con aquello que más debería alegrarme...

Emilia leyó lo que había escrito. Quizás había estado pidiendo demasiado. Quizás la insatisfacción era algo relativo, y este bebé era todo lo que necesitaba para llenar el vacío en su interior. Tal vez Emilia no tenía que contar sus historias al mundo; solo tenía que contárselas a su bebé.

«Que ambas sigamos sanas, Dios», oró en silencio, «y dejaré de desear lo que no puedo tener».

Tomó la pluma nuevamente y dirigió unas palabras a su bebé no nacido:

Mas en estos pensamientos en los que casi me desprecio,
felizmente pienso en ti, y entonces mi estado,
(como la alondra al amanecer, que se eleva
desde la tierra sombría) canta himnos en la puerta del cielo;
pues el recuerdo de tu dulce amor trae tanta riqueza
que desprecio cambiar mi estado por el de los reyes.

Emilia acababa de terminar el soneto cuando se oyó un rasguño en la puerta de la estancia. Bess asomó la cabeza. Llevaba una nota con un sello de cera.

–Señora, el hombre que trajo esto dijo que era urgente y que espera su respuesta.

Emilia tomó la misiva doblada y rompió el sello. Hacía casi un año que no veía la letra de Southampton ni recibía una invitación para encontrarse con él.

Alfonso no estaría en la corte esa noche. En algún momento volvería tambaleándose de los burdeles, y, si no la encontraba allí, pagaría caro su imprudencia.

Emilia miró a su doncella.

–Dile que sí –dijo.

Cuando Emilia se encontraba antes con Southampton, no era Bess quien la acompañaba desde Somerset House, así que primero tuvo que asegurarse de la discreción de su doncella. Apenas comenzó a pedirle silencio, la sirvienta le tomó las manos.

–Señora, desde que se casó, lavé sus cortes y puse cataplasmas en sus moretones. Si usted saliera mientras yo estoy ocupada, digamos, no se me podría pedir que diera cuenta de su paradero.

Emilia rodeó el cuello de Bess con los brazos y la abrazó con fuerza.

–Gracias –dijo.

Momentos después, cuando Bess fue a sacar el pan del horno, Emilia se envolvió en su capa más abrigada y salió de la casa sin ser vista.

Con las pocas monedas que le quedaban, contrató un coche que la llevara a Water Lane y a Blackfriars Stairs, donde podría tomar un ferry hacia Paris Garden. A diferencia de la última vez que se reunió con Southampton allí, el lugar estaba desierto.

Lo vio de pie junto al puente cerca de la corriente del molino y comenzó a caminar más rápido, aunque su embarazo dificultaba sus movimientos. Como si pudiera sentirla, él se dio la vuelta justo antes de que llegara.

–Mi amor –susurró él, mientras hundía las manos en su cabello y acercaba sus labios a los de ella. Emilia bebió de él como si fuera un elixir.

No podía saciarse de Southampton: su aroma a romero y humo de leña, el calor de sus manos y sus ojos, la certeza de estar exactamente donde debía estar. Se acercó más, y sintió los brazos de Southampton rodearla. Solo entonces recordó lo que se interponía entre ellos.

Él se apartó y abrió su capa. La redondez de su vientre estiraba la tosca tela de su vestido.

–¿Es mío? –Southampton la miró a los ojos.

–No lo sé –ella negó con la cabeza.

Se quedaron mirándose por un largo momento. Había comenzado a nevar, y los copos brillaban en el cabello de él como si estuviera encantado. Emilia deseó con desesperación que fuera cierto, que él pudiera agitar una varita o lanzar un hechizo para llevarlos tan lejos que nadie pudiera encontrarlos.

Con delicadeza, Southampton posó su mano sobre el vientre de Emilia.

–Espero que lo sea.

Emilia reunió todas sus fuerzas para dar un paso atrás.

–¿Para qué, Henry? ¿Dónde está ese mundo de cuento de hadas donde podríamos vivir?

Él le sujetó las manos con fuerza, recorriendo con los dedos los callos que ella había desarrollado lavando y remendando.

–Lo construiremos –prometió–. Te compraré una casa y...

–Estoy casada –soltó Emilia, y las palabras cayeron entre ellos como un filo.

–¿Cómo… cómo permitiste que eso ocurriera? –el *shock* en el rostro de él casi la hizo caer de rodillas.

–¿Con quién iba a quejarme si hubiera hablado de esto?

–Intenté contactarte antes de dejar la ciudad –él desvió la mirada–. Pero informaron a mi mensajero de que estabas enferma... y luego, cuando regresó por segunda vez, le dijeron que ya no vivías en Somerset House.

–No –susurró ella.

–Estaba frenético de preocupación, Emilia. Era como si hubieras desaparecido del mundo. Pensé que… –su voz se quebró–. Pensé que la peste te había llevado. Hasta que escribiste y mencionaste Mark Lane –Southampton titubeó–. ¿Por qué no enviaste noticias antes?

–¿Para qué? –replicó Emilia–. Lo hecho, hecho estaba.

Él asintió, tragando saliva.

–¿Lo amas?

Ella habría reído, pero estaba demasiado cerca de llorar. Con una mano, acarició la mejilla de Southampton.

–Nunca amaré a nadie como te amo a ti.

Southampton se inclinó para besarla.

–No digas eso –murmuró deslizando su mano sobre el bebé en su vientre, con un gesto que era a la vez una afirmación y un deseo–. Él buscará tu cariño tanto como su padre.

–Ella –corrigió Emilia, sonriendo contra sus labios.

Cerró los ojos y se obligó a decir lo que había ido a decir. Sí, necesitaba verlo sano y salvo, para dejar de torturarse con los peores escenarios. Pero también necesitaba darles a ambos la oportunidad de despedirse.

–Henry –comenzó–. No podemos...

Él presionó un dedo contra sus labios.

–Podemos. Podemos –dijo, tomando sus manos unidas y presionándolas contra su vientre–. ¿No es un milagro lo que hizo el amor?

Sintió que el bebé se movía en su interior, un lento rodar, como si también buscara acercarse a Southampton. Y Emilia comprendió que no necesitaba que él hiciera magia.

Ya la habían hecho juntos.

Cuando Emilia rompió aguas, le dijo a Bess que se detuviera en la casa de Jerónimo cuando fuera en busca de la partera. Debía pedirle a Alma que fuera de inmediato, para que Emilia no estuviera sola.

Estaba extrañamente tranquila, considerando que, en pocas horas, podría estar muerta. El dolor recorría su columna vertebral y se extendía por su abdomen, haciendo que cayera de rodillas. Le costó tres intentos llegar a su habitación, y, cuando lo logró, Alma ya había llegado.

–Ya estoy aquí, querida –la tranquilizó Alma, ofreciéndole el brazo a Emilia mientras una fuerte contracción la apretaba–. Vamos a ponerte en la cama.

–No –jadeó Emilia–. Hay... un paquete...

–Lo buscaré cuando te acomodes –dijo Alma.

Emilia negó con la cabeza.

–Las sábanas... cámbialas.

Alma dudó, pero luego tomó el paquete de la mesa donde descansaba. Rompió el hilo y desplegó el lino inmaculado, mientras Emilia se deslizaba por la pared.

¿Cómo hacían las mujeres para soportarlo? ¿Cómo había siquiera alguna superviviente?

Alma tendió la sábana sobre la cama y luego ayudó a Emilia a ponerse de pie.

–Cúbreme con ella –jadeó Emilia.

–Nadie morirá hoy –dijo Alma. A continuación, le quitó a Emilia la ropa y la dejó solo con su camisa.

–Tómalo. Me trajo suerte y salud con los niños –le dijo mientras le entregaba un fragmento de jaspe.

Emilia asintió, sosteniendo el amuleto. Las mujeres en trabajo de parto tenían todo tipo de amuletos supersticiosos: pedacitos de estaño, queso o mantequilla que supuestamente las calmaban.

Cuando Bess regresó con la partera, Emilia estaba empapada en sudor y retorciéndose sobre la sábana nueva. La mujer era baja y robusta, con cejas que se encontraban en el centro de la frente y un

lunar velloso en el mentón. A los ojos cansados de Emilia, parecía una bruja, pero, como otras parteras de Londres, había jurado no robar el cordón umbilical ni la placenta ni nada que pudiera venderse a un practicante de magia.

–Muy bien, querida –dijo la partera–, vamos a ver qué tenemos, ¿de acuerdo?

Inclinó las rodillas de Emilia y palpó entre sus piernas, murmurando para sí misma.

–¿Cuánto tiempo lleva de parto?

–Desde el mediodía –Alma respondió en nombre de Emilia.

–Querido Señor –dijo la partera–, pon tu mirada y tu mano sobre el vientre de la señora Lanier. Dale un parto fácil y protege la vida de su bebé. Santa Margarita, ruega por ella. Amén.

–Amén –dijeron Emilia y Alma, y luego se miraron.

El tiempo pasó en una mancha de dolor que se extendió por el cuerpo de Emilia como tinta derramada. Bess le llevó *caudle*, una bebida alcohólica a base de huevo que debía aliviar el sufrimiento. Al amanecer, Emilia ya no podía mantenerse en pie sin que sus piernas se desplomaran debajo de ella, y dormitaba entre los dolores que la desgarraban. Cuando una ola de fuego en su interior la despertó, oyó a Alma y a la partera susurrando.

–La presentación no es normal –dijo la partera.

Emilia estaba apenas consciente cuando sintió que unos brazos fuertes la levantaban y comenzaban a balancearla arriba y abajo, como si el bebé debiera salir con las sacudidas.

«No», pensó. «Basta».

De repente, olió tomillo silvestre y vio a la partera frotándose un ungüento en los brazos y dedos. Solo un momento de confusión pasó antes de que la mujer le metiera la mano entre las piernas.

Emilia ni siquiera reconoció el sonido de su propio grito. Nunca había hecho un ruido así. La estaban partiendo en dos. Su mano buscó la de Alma. La presión cambió y de repente sintió un ardor entre los muslos.

–Eso es, señora –dijo la partera, levantando a Emilia en cuclillas. Sintió un chorro de fluido caliente y luego una humedad de carne

cuando el bebé salió de su cuerpo. Un momento después, se oyó un llanto.

Emilia cayó hacia atrás, mirando al techo. Su visión se nubló. Alma la ayudó a sentarse, y la partera colocó un pequeño paquete envuelto en sus brazos.

–Señora Lanier –dijo–, tiene un hijo fuerte y saludable.

Un niño.

¿Un niño?

–Oh, Emilia –susurró Alma, apartando la manta de la cara del bebé–. Es tan hermoso.

Emilia miró hacia abajo. El cabello del bebé estaba mojado, pero era rojo.

Hunsdon, antes de ponerse canoso, era pelirrojo. Los rizos de Southampton eran de color castaño rojizo.

Bueno.

Sabía que un bebé no podía tener dos padres, y, sin embargo, tal vez este pudiera ser la excepción a la regla. Esperaba que Hunsdon lo hubiera bendecido con compasión y que Southampton le hubiera dado espíritu. Compartiría el nombre de estos dos hombres.

–Henry –susurró, y el bebé abrió los ojos y los posó directamente en ella. Eran plateados, como los suyos.

Emilia había olvidado que su hijo podría tener algunos de sus propios rasgos. Puso un dedo en la suave luna de su mejilla. Esperaba haberle transmitido resistencia, para que este bebé, como ella, pudiera sobrevivir a cualquier obstáculo que se le pusiera en el camino.

Cuando la puerta de la casa se abrió de golpe en medio de la noche, Emilia se sobresaltó. Sus movimientos despertaron a Henry, que se había quedado dormido en el hueco de su brazo después de amamantar. Lo abrazó con fuerza.

Escuchó la voz de Bess y la de Alfonso más fuerte, y algo tambaleante. Hubo un estruendo, un chillido y luego pasos pesados.

La puerta del dormitorio se abrió y Alfonso se paró en el umbral, frotándose los ojos como si no pudiera creer lo que veía. Bess se

apresuró a ponerse junto a él. Para una criatura tan delgada, Bess era ferozmente protectora con Emilia.

–¡Maestro Lanier! –dijo nerviosa–. ¡Qué buen hijo ha traído al mundo la señora!

Emilia nunca había hablado con Bess acerca del motivo de su salida de Somerset House. Imaginaba que la criada ahora lo sabía; podía contar los meses como cualquiera. Pero la verdad sobre la paternidad del bebé nunca se había hablado en voz alta, y la expectativa siempre había sido que la aceptación del matrimonio por parte de Alfonso (y el dinero) significara que él criaría al bebé como propio.

Sin embargo, aunque lo presentara como suyo en público, eso no garantizaba cómo trataría al niño en privado.

Emilia vio que sus ojos se humedecían, y por un momento pensó: «Tal vez esto cambie las cosas. Tal vez lo cambie a él».

–Alfonso –dijo suavemente–. ¿Te gustaría... verlo?

Él caminó lentamente hacia la cama y miró al bebé. Extendió un dedo como si fuera a tocar el pequeño puño y luego lo retiró como si no confiara en sí mismo.

El bebé comenzó a llorar. Emilia intentó calmarlo llevándolo a su pecho, pero no quería amamantar. Su manta estaba mojada.

Bess se lanzó hacia la cama.

–Lo envolveré en un paño limpio –dijo, tomando al bebé–. Y luego querrá comer, señora.

Salió apresuradamente de la habitación, dejando a Alfonso junto a la cama.

Parecía estar masticando sus palabras.

–¿Estás bien?

–Sí –respondió Emilia–. Aunque no es una experiencia que me gustaría repetir.

Se dio cuenta de su error de inmediato, incluso antes de que los ojos oscuros de Alfonso brillaran.

El llanto del bebé se hizo más urgente mientras Bess lo cambiaba en la habitación contigua.

–¿Cómo llamaste al bastardo? –preguntó Alfonso.

Tal vez fue por la palabra que usó o el aliento pesado a alcohol que exhalaba. Tal vez fue por la rabia de estar atada a Alfonso tan estrechamente como el bebé lo estaba en su pañal. Emilia lo miró directamente a los ojos.

–Henry –respondió.

Debería haberlo visto venir. El puño la golpeó en un costado de la cabeza, haciéndola girar. El segundo golpe partió su mandíbula. Ella se encogió, tratando de alejarse de la paliza de Alfonso, pero no antes de escuchar el crujido nauseabundo de un hueso quebrándose en su nariz y el sabor de la sangre corriendo por su garganta.

Después de eso, no sintió nada.

Querido Kit,

Te necesito. Por favor, ven a casa.

Como los bares seguían cerrados, cuando Kit envió un mensaje a Emilia, no pudieron encontrarse en el Falcon Inn. Él le envió la dirección de su alojamiento en Norton Folgate.

Si la casera de Kit se sorprendió al ver a una mujer con un bebé en su puerta, no dijo nada. Emilia llevaba una capa sobre la cabeza, su rostro oculto en las sombras. Acunaba al pequeño Henry en sus brazos, pero él era un buen bebé, como si hubiera nacido sabiendo que llamar la atención solo traía desastres.

Un momento después, Kit apareció en la puerta, y las lágrimas apretaron la garganta de Emilia.

–¡Ratoncita! –exclamó, abrazándola, apenas desconcertado por el pequeño bulto humano entre ellos–. ¿Qué es esto de que necesitas ayuda? Si es un consejo sobre cómo encontrar una nodriza, deberías saber que yo me mantengo lo más lejos posible de los pechos de una mujer...

Su charla irreverente se detuvo cuando Emilia apartó la capa de su cabeza y reveló su rostro. Su nariz rota ya se había curado, pero aún tenía dos profundos ojos morados, una mandíbula sensible y una herida curándose en la frente. El rostro de Kit reflejó todas las emociones posibles: sorpresa, lástima, furia. Cuando la cogió por los

hombros y ella gritó –uno de los moretones más tiernos aún florecía allí– pensó que él retrocedería y atravesaría la pared de yeso con el puño.

–Lo mataré –dijo Kit sin inmutarse.

–Tal vez podríamos no tener esta conversación en la calle. –Ella sonrió un poco.

Kit pareció darse cuenta por primera vez de la puerta abierta. La atrajo con suavidad hacia el interior del edificio y le indicó que subiera las escaleras delante de él. Emilia sabía que Kit había vivido con Thomas Kyd allí; no se había dado cuenta de que iba a mantener el apartamento al regresar del campo. Si Kit todavía tenía compañero de cuarto, no estaba en casa. El pequeño apartamento estaba sorprendentemente ordenado y despojado, sin rastros de la exuberante personalidad de Kit. Pensó en su supuesto trabajo secreto para la Corona y se preguntó si la decoración tan discreta era intencionada.

Un fuego ardía en la chimenea; los cuartos estaban caldeados. Emilia intentó desabrocharse la capa, pero no pudo hacerlo con una sola mano. Extendió el bebé hacia Kit, quien sostuvo a Henry como si estuviera hecho de pólvora. Miró el pequeño rostro del bebé, la suave pelusa rojiza de su cabeza.

–¿Cómo se llama?

–Henry –respondió Emilia, quitándose la capa–. Tiene el nombre de su padre.

–¿Hunsdon? ¿O Southampton?

–No lo sé –reconoció ella.

Kit maldijo y le devolvió el bebé.

–Está bien –dijo–. Cuéntamelo todo.

Durante tres cuartos de hora, ella habló sin parar. De vez en cuando, Kit parecía olvidarse de respirar, y una vez incluso gruñó, pero no la interrumpió.

Empezó con el momento en que se enteró de que había quedado embarazada y terminó con la herida en su frente que Bess le había cosido horas después del parto. Cuando terminó, Kit le sirvió una jarra de cerveza. El bebé despertó y ella se desabrochó el vestido para darle de mamar.

–¿Eso es todo? –preguntó Kit.

–¿No es suficiente? –ella parpadeó.

–Lo mataré –repitió Kit.

–¿A Alfonso? No puedes.

–Entonces te llevaré lejos y te ocultaré –dijo él, mirando al bebé–. A los dos.

–Kit –dijo ella–. Soy su esposa. Legalmente, le pertenezco.

–Como si alguna vez me hubiera importado un comino la ley –se burló Kit. Comenzó a caminar de un lado a otro, pasándose las manos por el cabello como lo hacía a veces cuando se había metido en un callejón sin salida con su escritura y necesitaba encontrar una forma de salir. Era tan familiar que Emilia quería llorar–. Te traeré aquí y vivirás conmigo.

–Seguro que un bebé llorón será música para los oídos de tus jóvenes amantes –ella sonrió.

Kit se arrodilló frente a ella para estar a su altura.

–¿Crees que me importas menos que mi vida amorosa? –dijo Kit con ferocidad–. ¿No eres consciente de que estás más cerca de mí que mis propias hermanas?

–Lo sé –ella tocó su mejilla–. Por eso acudí a ti. No puedo hacer esto sola.

–Dime –suplicó Kit–. ¿Qué necesitas?

–Dinero –dijo Emilia de manera directa–. Necesito mis propios ingresos, que mi esposo no pueda tocar, para que no pueda arruinarme.

–Ojalá pudiera, ratoncita, pero estoy lejos de ser un hombre rico. ¿Southampton te negaría el dinero?

–Fui una cortesana, Kit –el color se desvaneció del rostro de Emilia–. Nunca una prostituta.

Avergonzado, él asintió.

–Entonces, ¿cómo puedo ayudarte?

–Encuentra a Shakespeare –le pidió mirándolo a los ojos.

En abril, el epicentro de la plaga fue la prisión de Fleet, por donde la enfermedad había arrasado como un incendio. Un mes después, el

clima se volvió tan caluroso que toda la ciudad apestaba. Londres estaba peleando con el mismísimo infierno.

Emilia pasaba sus días cuidando de Henry y escribiendo en los momentos en que él dormía o se quedaba tranquilo en la cuna. Dedicaba las noches a evitar a Alfonso. Southampton estaba atrapado en la corte; la reina se había negado a dejar salir a sus cortesanos por temor a que trajeran la plaga de vuelta al castillo. Aunque Kit le había prometido que rastrearía a Shakespeare, Emilia sabía que eso le llevaría tiempo. Lo medía en hitos: la primera sonrisa de Henry, la primera vez que sostuvo su cabeza, el día en que pudo darse la vuelta y quedar panza arriba.

Bess se había convertido en la aliada más fuerte de Emilia. No conocía el contenido de las notas que Kit o Southampton le enviaban –no sabía leer–, pero siempre llevaba los mensajes directamente a Emilia en lugar de dárselos a Alfonso, para que ella pudiera quedarse con las misivas que le pertenecían. Se ocupaba de Henry sin que Emilia tuviera que explicarle por qué estaba ausente durante varias horas por la noche. Nunca preguntaba por qué Emilia escribía en forma tan frenética durante horas, cuando la mayoría de las damas apenas tenían correspondencia que atender. Había cuidado las heridas de Emilia después de que Alfonso la golpeara. Así que, el día en que Kit finalmente envió la noticia de que Shakespeare iría a Norton Folgate, Bess no cuestionó por qué Emilia deseaba usar uno de sus viejos atuendos de la corte en lugar de su tosco vestido actual, ni por qué tenía una cita que la mantendría separada de Henry toda la tarde.

Emilia cogió toda la obra en la que estaba trabajando y la guardó en una bolsa de cuero. Besó a Henry en la frente.

–Sé un buen niño para Bess –dijo, y salió apresurada a la calle.

Cuando llegó al apartamento de Kit, Shakespeare ya estaba allí. Ambos estaban bebiendo, y al parecer, llevaban un rato con eso. Emilia sintió una inmensa gratitud hacia Kit, pues estaba segura de que lo último que querría era socializar con Shakespeare, quien no paraba de adularlo y buscaba asociarse con él con la esperanza de que se le pegara algo de su fama.

–Ah –dijo Kit–, ¡la señora Bassano al fin llegó! –y, en un susurro para Emilia, añadió–: Y justo a tiempo. Estaba considerando ahorcarme con mi gorguera.

Los labios de Emilia temblaron en una sonrisa.

–Señor Shakespeare –dijo ella–. Qué placer encontrarlo.

–Buenos días, señora –Shakespeare se puso de pie e hizo una reverencia.

Emilia se sentó y sacó sus escritos de la bolsa. El dolor de sus pechos era un recordatorio de que solo tenía un tiempo limitado antes de que la leche brotara de ellos y manchara la fina tela de damasco.

–La última vez que nos vimos, acordamos términos provisionales –dijo Emilia–. Sin embargo, con la venta de *Arden de Faversham* he demostrado que mi escritura es un bien rentable –dejó que su mirada se deslizara hacia Kit, quien asintió, alentándola–. Me gustaría que cumpliera con su parte del trato.

–No sé qué significa eso, señora –respondió Shakespeare.

–Me dijo que presentaría mis escritos a cambio de usar su nombre en ellos –dijo Emilia. Levantó un montón de páginas–. He estado trabajando en una obra sobre el matrimonio y la obediencia; se llama *La fierecilla domada*. Es una comedia...

–No puedo vender una obra –dijo Shakespeare–. Los teatros están cerrados.

–¿No se están presentando con los Hombres de Lord Strange en el campo?

–Sí, pero con repertorios antiguos. Ningún empresario de teatro se arriesgaría a invertir en material nuevo mientras el negocio mismo está en peligro. Es por eso que me veo forzado a ganarme las monedas como actor.

Emilia pensó que estaba forzado a actuar porque su escritura era pedante y torpe, pero sabía que insultarlo no le haría ningún bien en ese momento. Sonrió con amabilidad.

–Imagino que eso debe ser devastador para usted.

–En efecto, el teatro Rose estaba en medio de las representaciones de mis obras históricas de Enrique VI cuando se promulgó el edicto que cerró los teatros –dijo Shakespeare.

Kit le guiñó un ojo. Esas obras históricas habían salido del *scriptorium* de escritores de Oxford. Pero Emilia no podía enfadarse con Shakespeare por apropiarse tan hábilmente del mérito; ¿no era eso exactamente lo que deseaba que hiciera con sus propios escritos?

–Lo siento, señora, pero no estoy interesado en obras por ahora.

–Si tan solo hubiera entretenimientos que pudieran disfrutarse en la privacidad de la propia casa, a salvo de la peste –intervino Kit con astucia–. ¿No le mencionó la señora Bassano que es una poeta consumada?

Emilia se quedó boquiabierta mientras Kit revolvía sus papeles y sacaba el poema *Venus y Adonis*, que había escrito para Southampton.

–¿Es cierto? ¿Esto también es obra suya? –consultó Shakespeare con el papel en la mano.

–Sí, señor –dijo Emilia.

Pasó las páginas, y recorrió su letra con los ojos.

–Un poema no tendrá el mismo precio que una obra de teatro. Tal vez veinte chelines.

–Ella mantendrá el mismo acuerdo que hizo con *Arden* –dijo Kit.

Shakespeare se acarició la barba delgada.

–Es importante mantener mi relación con los impresores en una época en la que los productos escasean. ¿Ha leído este poema?

–En efecto –dijo Kit.

–Podría darle una copia limpia... –Emilia se mordió el labio.

–No hace falta. El impresor lo pondrá en limpio –Shakespeare cruzó la habitación hasta una mesa pequeña. Levantó una pluma que estaba sobre una hoja de papel –un texto sobre el que Kit debía estar trabajando– y se inclinó un poco para leer la prosa en curso. Con una mueca, Kit arrebató el papel. Shakespeare se encogió de hombros y sumergió la pluma en el tintero. Luego firmó debajo del título de *Venus y Adonis*.

–Tomaré la palabra del maestro Marlowe –dijo Shakespeare a Emilia–. Como dijo, su trabajo es una mercancía conocida para mí, por lo que cualquier tema sobre el que escriba debería vender, ¿no es así?

Emilia asintió, sin confianza suficiente para hablar.

–Me pondré en contacto con usted después de la venta –dijo Shakespeare.

–Mi casera puede tomar el mensaje –intervino Kit–. Ella sabrá cómo llegar a la señora Bassano, aunque yo no esté en Londres.

Shakespeare tomó su capa y su sombrero, luego levantó el poema y salió del apartamento de Kit.

–Kit –susurró Emilia–, ¿en qué estabas pensando?

–Que mi ratoncita necesitaba dinero y que no iba a dejar que ese hombre se fuera de aquí sin llevarse algo suyo para vender –vaciló–. Pero también, en serio, que si se quedaba en esta habitación un cuarto de hora más, podría haberlo lanzado por la ventana.

–El poema que le diste es el que dediqué a Southampton.

–Lo sé.

–También trata sobre una mujer seduciendo a un hombre más joven. Es bastante... erótico.

–Repito: lo sé –Kit se encogió de hombros.

–Shakespeare puso su nombre sin dejarme modificar la dedicatoria.

–Southampton es un mecenas de las artes. Otros le dedican obras.

–Sí, pero cuando la gente vea el nombre de Shakespeare en esto, junto con este tema en particular... –Emilia frunció el ceño–. ¿No asumirán que podría tener... sentimientos carnales hacia Southampton?

–Querida –Kit levantó una ceja–, mi tribu no quiere apropiarse de ese vanidoso y superficial idiota. Tu gente puede quedárselo. Aunque estoy deseando ver cómo todos cuestionan las preferencias sexuales de Shakespeare cuando el poema empiece a circular.

–Le diste ese poema a propósito –Emilia se llevó las manos a las caderas.

–Un caballero jamás revela ese tipo de detalles –respondió él con un brillo en los ojos.

La última semana de mayo, Bess le trajo dos misivas en un solo día. La primera era de Kit. Le informaba que Shakespeare le había

entregado sus ganancias y la invitaba a ir a Norton Folgate esa semana para celebrar su nuevo éxito como poetisa.

La segunda era de Southampton. Le pedía que se encontrara con él ese mismo día.

No lo veía desde antes de dar a luz a Henry, así que, desde el momento en que sacó una hoja nueva de su caja de escritura para responder, sabía que tendría que disculparse con Kit.

Sin embargo, Alfonso vigilaba sus pasos. El mismo miedo a la peste que había mantenido a Southampton recluido con la reina la había llevado a rechazar la entrada de los músicos de la corte al castillo. Esto significaba que Emilia tenía que encontrar una excusa para escapar sin que su marido sospechara.

Al final, usó la única herramienta que tenía: su cuerpo.

Desde su primer intento fallido de consumación en su noche de bodas, Alfonso no había vuelto a intentar nada con Emilia. Cuanto más crecía su vientre, más la evitaba. Pero, ahora, Henry tenía casi tres meses. Su cuerpo se había curado. Así que, días antes de su encuentro con Southampton en las escaleras de Paris Garden, Emilia sirvió la cena a Alfonso, pero le apoyó la mano en el hombro mientras lo hacía. Horas después, al amamantar a Henry, en lugar de cubrir su pecho, dejó caer su chal y observó cómo los ojos de su marido se deslizaban hacia ella. La noche antes de su encuentro con Southampton, esperó a que Alfonso entrara en la recámara.

–Tal vez ya es hora de tener un verdadero matrimonio, señor –dijo con voz tímida.

Era todo lo que él quería: su sumisión. No se dio cuenta de que ella estaba orquestando toda la experiencia. No sabía, mientras gruñía y se introducía en ella, que Emilia no estaba allí, que se encontraba completamente absorta en sus pensamientos, tan inaccesible como un fantasma. En cambio, imaginaba el toque de Southampton, la boca de Southampton, borrando la mancha de Alfonso.

A la mañana siguiente, Alfonso se pavoneaba como un cuervo. Tal como ella había anticipado, no podía esperar para compartir con sus amigos más cercanos cómo había domado a la fierecilla de su esposa.

–Esposa –anunció–, tengo que encontrarme con gente. No sé cuándo estaré de regreso.

–Por supuesto, Alfonso –dijo Emilia con suavidad–, no es necesario que me informes de tus movimientos.

–Es bueno que hayas visto el error de tu forma de comportarte, Emilia. Prefiero esta versión de ti –respondió mientras asentía con la cabeza.

Tan pronto como Alfonso cerró la puerta tras él, Emilia puso a Henry en los brazos listos de Bess.

–Yo también prefiero esta versión de mí –murmuró al tiempo que se cubría con la capucha para ocultar su rostro. Besó a su bebé en la frente y se deslizó fuera de la casa.

Se apresuró para llegar al ferry, porque su marido había tardado más en irse de lo que ella esperaba. Incluso cuando el barco se acercaba, pudo ver al conde –alto y corpulento– dibujado por el sol, como si su forma tuviera que ser rellenada con color y luz. Emilia se encontró riendo, y la alegría desbordaba por las comisuras de sus labios. Él la cogió por la cintura y la hizo girar. Su capucha cayó para dejarle el rostro al descubierto mientras él la besaba.

–¿Estás bien? –preguntó Emilia, enmarcando su rostro con las manos.

–Soy yo quien debería preguntar eso –dijo Southampton–. ¿El bebé...?

–Es tan hermoso –suspiró Emilia.

–Pensé que quizás lo traerías.

No podía leer, por su tono, si él estaba decepcionado. De hecho, había considerado llevar al pequeño Henry al encuentro, pero la verdad es que era demasiado egoísta. Tenía tan pocos momentos con Southampton que no podía soportar compartirlos, ni siquiera con su hijo.

–Es muy demandante en este momento –dijo Emilia.

–¿Ah, sí? –murmuró Southampton mientras deslizaba una mano debajo de su capa y le apretaba el trasero.

Se abrazaron una vez más, robándose las palabras y el aliento. Se separaron solo cuando él la tomó de la mano para llevarla hacia el jardín. Cuando Southampton la condujo a las orillas musgosas del

arroyo donde habían hecho el amor por primera vez y extendió su capa sobre el suelo, Emilia se recostó de espaldas y miró al cielo, tan vívido como los ojos de él. Entre besos largos y perezosos, se pusieron al día sobre sus vidas. Emilia le contó que Isabella había muerto de peste; Southampton admitió con timidez que había sido seleccionado como Caballero de la Jarretera. Ninguno de los dos mencionó a Alfonso.

–Háblame de mi hijo –dijo Southampton.

Emilia lo pensó antes de hablar. Cualquier detalle que le diera no podía tener espinas que, en un momento de reflexión posterior, causaran algún tipo de dolor.

–Tiene el cabello rojo –comenzó–. Y a veces duerme con el brazo levantado, como si estuviera interpretando la gallarda –se giró sobre su costado para enfrentar a Southampton–. Cuando mama, hace pequeños sonidos, como un anciano tan cautivado por su comida que no puede evitar decir «mmm» mientras la devora.

Southampton se rio y rozó el monte de sus pechos, que se elevaba más allá del escote. Comenzó a bajar la tela, pero ella lo detuvo con la mano.

–Yo... no soy la misma –dijo, nerviosa de repente. Tenía líneas plateadas en el vientre. Sus pechos caían más. A veces, goteaban.

–Eres exactamente la misma –respondió él mirándola a los ojos–. Eres mía. No importa en qué envoltura vengas.

Emilia lo besó, y la mano de Southampton se deslizó bajo el escote, para pellizcar su pezón. Luego levantó su falda, agitando el satén entre ellos. Ella lo tomó en la mano y lo guio, con la cabeza echada hacia atrás y un grito que nunca había dejado escapar antes cuando estuvieron juntos. Que los vieran; que los atraparan. Si otras personas veían su amor, eso solo lo afianzaría; sería evidencia de que su conexión había sido real, por si llegaba el día en que no fuera más que un recuerdo.

Después, ella se recostó en los brazos de Southampton, con el cabello derramándose sobre el pecho de él como si fuera tinta.

–Te vas otra vez –adivinó.

–A Titchfield, por la mañana –la apretó con más fuerza–. ¿Cómo lo supiste?

No era algo que pudiera poner en palabras. Simplemente había sentido que Southampton no se entregaba a ella, sino que intentaba anclarse.

Se imaginó confesándole todo: que su esposo había roto su cuerpo y a veces su espíritu; que no sabía si Henry era suyo, pero deseaba con todo su corazón que lo fuera; que había un poema circulando con una dedicatoria para él que ella misma había escrito.

Él se sentó y rebuscó en su capa. Emilia estaba tan perdida en sus pensamientos que no se dio cuenta, por un momento, de que Southampton estaba presionando una pequeña bolsa de terciopelo en su palma. Sintió el movimiento y el tintineo de monedas dentro.

–Si no puedo estar contigo ni con él, entonces...

Emilia se sentó y dejó caer la bolsa como si contuviera una víbora.

–No aceptaré pago por lo que doy libremente, milord.

–No es un pago, Emilia...

–Entonces no aceptaré caridad –unas manchas brillantes de color quemaron sus mejillas. Le habían arrebatado mucho, pero su orgullo seguía intacto.

Southampton dejó las monedas entre ellos en el suelo y cerró sus dedos alrededor de los de Emilia.

–Estoy tratando de hacer lo correcto, amor –dijo con suavidad.

–Yo también –respondió ella.

Él fue el primero en apartar la mirada.

–Si alguna vez..., si alguna vez te encontraras en necesidad... –su voz se quebró. Ella sabía que intentaba ofrecerle un refugio seguro, pero apenas podía soportar la idea de presentarse en la casa familiar del conde vestida con ropa sencilla y un bebé en brazos, para que la condujeran a la entrada de los sirvientes y le dieran las sobras de las comidas del amo.

Southampton parecía tan derrotado que Emilia cedió. Aprisionó su mano y trató de aligerar el ambiente.

–Si alguna vez me encontrara en necesidad, supongo que podría recurrir a ti a través de la dedicatoria de un poeta...

–¿Lo has leído? ¿*Venus y Adonis*? –él se sonrojó y levantó una ceja.

–¿Quién no? –respondió ella diplomáticamente.

–No conozco a este tal Shakespeare –dijo Southampton–. Pero la forma de expresarse... es bastante buena. ¿Estás de acuerdo?

Ella hubiera querido decir: «Sí, sí. Yo lo escribí; y tú no estás presente solo en la dedicatoria, sino en el alma misma de los versos. ¿Te gustó? ¿De verdad?».

En lugar de eso, Emilia lo miró a los ojos.

–Disculpa, milord. No debí haber respondido así a tu amabilidad –dijo con ternura.

–Y yo debí haber pensado antes de hablar. No quise ofenderte.

–Lo sé. –Suspiró–. ¿Alguna vez sientes como si cada momento de tu vida fuera una transacción? ¿Como si tuvieras que entregar partes de ti mismo para preservar lo que te hace ser tú?

Sus ojos se fijaron en los de ella; sabía que él la entendía por completo.

–Temo que llegará el punto en el que habré dado tanto de mí que ya no recordaré quién soy –confesó Emilia.

–Entonces yo te lo recordaré –prometió Southampton, besándola. Con cada roce de su boca sintió cómo su melancolía esfumaba; sus lágrimas se secaban como si sus mejillas nunca hubieran estado mojadas.

–*El amor reconforta como el sol después de la lluvia.*

No se dio cuenta de que había pronunciado en voz alta una línea de *Venus y Adonis* hasta que Southampton se apartó para mirarla, extrañado.

–¿Memorizaste partes de ese poema?

–Puede que sí –dijo sonriendo contra sus labios.

Querido Kit,

Vamos, ya pasó una semana. No puedes seguir guardándome rencor porque no pude encontrarte.

Sigo en deuda contigo, suponiendo que aún tengas mi bolsa.

Tuya,

E.

Fue a través de Jerónimo como se enteró de lo que había sucedido, pero ni siquiera había sido la destinataria particular de sus palabras. Estaban reunidos en la mesa de Alma para una cena secreta de *sabbat*, y Alfonso había preguntado qué noticias tenían de la corte, que en ese momento se encontraba en Nonsuch.

–Su Majestad está considerando mudarse a Windsor –dijo Jerónimo– pero no permitirá que los artistas se unan a ella hasta que pase la peste.

–Ni pagará por canciones que no tocamos –Alfonso pinchó un trozo de carne con su cuchillo–. ¿Cuál es el sentido de ser músico de la corte si no hay música en la corte?

–Sin embargo, de lo que más se habla es de la muerte de Marlowe –agregó Jerónimo, como si hablara del clima, como si no hubiera dejado a Emilia completamente sin aire.

–¿Qué? –logró decir ella.

–El dramaturgo –dijo Jerónimo– ¿Lo conoces?

Ella se forzó a mover la cabeza.

–Apuñalado. El domingo pasado en Deptford Strand, por el pago de una comida compartida.

Emilia vio estrellas negras en el marco de sus ojos. Se apoyó con una mano en la mesa de madera y sujetó con más fuerza a Henry. Kit había muerto la tarde en que ella había estado recostada con Southampton sobre el musgo de Paris Garden, para citar su propia escritura.

«Algo me dice que tu pequeña muerte fue mejor que la mía, ratoncita», habría dicho él.

Si hubiera estado ahí para decirlo.

No.

Nonononononono.

Se apartó de la mesa, oyendo la voz preocupada de Alma, y pasó el bebé a los brazos de su primo antes de tambalearse fuera. Se presionó las palmas de las manos contra los ojos y respiró con fuerza. No podía imaginar un mundo sin su mejor amigo en él.

Baruch dayan ha'emet, «Dios es el verdadero juez», dijo en silencio mientras rasgaba el escote de su vestido. Era la forma

tradicional en que los judíos decían adiós al cuerpo de alguien que había muerto, reconociendo que el vínculo emocional perduraría.

No podía decir cuánto tiempo había pasado antes de comenzar a caminar por Mark Lane, sin capa, sin pensamientos claros. Escuchó el sonido de unas botas sobre los adoquines cuando Jerónimo la alcanzó.

–¿Prima? ¿Estás bien?

–Conocí a Marlowe... con Hunsdon –murmuró–. Debo rendir mis respetos.

–Fue enterrado al día siguiente, después de que el forense informara que el golpe fatal fue en defensa propia. Muy apresurado, si me preguntas –dijo Jerónimo, con voz baja–. Los hombres con los que estaba no eran dramaturgos, sino agentes del Gobierno. Sabes que había rumores de que Marlowe trabajaba en secreto para la Corona... pero me pregunto si la discusión fue acerca de que era un ateo declarado –su primo levantó una ceja–. Un buen recordatorio para todos acerca de lo que es prudente mostrar en público y lo que no.

Emilia lo miró con los ojos rojos y la cara surcada de lágrimas. «No pude despedirme de él», pensó.

–¿Te agradaba su obra, entonces?

–Lo amaba –dijo con firmeza–. Amaba a ese hombre.

Durante una semana, Emilia lloró en silencio, sin que nadie supiera de su duelo. Sentarse en *shivá* a la vista de todos era imposible, pero, cuando podía, buscaba el asiento más incómodo de la casa, un reflejo del dolor que sentía en su corazón. Recitaba el *kaddish* de duelo, sosteniendo las palabras de la oración en la punta de la lengua, en silencio.

No podía evitar sentirse responsable. Si tan solo hubiera pospuesto su visita a Southampton y se hubiera reunido con Kit en su apartamento, entonces él no habría estado en Deptford Strand, no habría cenado con agentes de la Corona, y no habría habido pelea.

Si tan solo, cuando Kit le preguntó cómo podía ayudarla, no le hubiera dicho que necesitaba dinero. Si en su lugar hubiera dicho: «Cuídate», tal vez él seguiría vivo.

Era evidente que nunca recibiría el pago por la venta de *Venus y Adonis*. Pero no extrañaba el dinero. Echaba de menos a Kit.

Con Southampton en Titchfield y Kit muerto, Emilia se convirtió en un espectro. Perdió kilos que no podía permitirse perder, y su leche se agotó, por lo que Bess tuvo que buscar una nodriza para Henry. Hablaba poco y, durante días, no se cambiaba de ropa ni se cepillaba el cabello. Alfonso parecía no darse cuenta. La esposa dócil que no respondía y se limitaba a tambalearse en la dirección en que él la empujaba parecía ser la que siempre había deseado. A veces, por las noches, él la tomaba como si no fuera más que un objeto. Si algo tenía de positivo sentirse tan adormecida, era que Emilia apenas lo notaba.

En octubre llegaron más rumores del castillo de Windsor: el doctor Rodrigo López, médico de Su Majestad, había sido condenado a muerte por conspirar para asesinar a la reina. Emilia lo había conocido en la corte cuando estaba con Hunsdon y había fingido no reconocerlo, aunque en realidad lo había visto años atrás en el *brit milá* de su primo, donde el doctor López ofició como *mohel*. Se decía que el doctor se había enemistado con el conde de Essex al contar que lo había tratado por sífilis («Una noche con Venus, una vida con mercurio», solía decir Kit, recuerdo que solo hizo que Emilia volviera a llorar). Pero, independientemente de la fuente de la acusación, tener a un converso portugués acusado de conspirar contra la Reina puso a Mark Lane, y a todos sus residentes, bajo escrutinio.

En noviembre, un paje del castillo de Windsor contrajo la peste y murió. Como Su Majestad se había mudado a Windsor para escapar de la enfermedad, esto causó pánico. Nada de esto interesaba a Emilia, salvo que el paje fallecido había servido a lady Scrope, hija de Hunsdon y su esposa Anne.

A principios de diciembre, Emilia soñó con Kit. En su sueño, adquirió el tamaño de un roedor. Bajó por las sábanas y, tras un encuentro angustiante con un gato, logró colarse por una grieta en

el suelo. Allí encontró una rata blanca, con una cola rosada y movediza y ojos rojos intoxicados.

–Ratoncita –dijo Kit–, has tardado mucho.

–No pareces tú mismo –respondió Emilia.

–Mírate tú –replicó él.

–No sé cómo dejar de sentirme así –admitió.

–Claro que lo sabes –dijo Kit–. Das el sentimiento a un personaje.

Habiendo probado el éxito, no sabía si podría volver a escribir sin que nadie leyera sus palabras. Antes de admitirlo, sin embargo, la rata la golpeó con su cola.

–Envíale un mensaje al vanidoso. Ahora eres rentable. Él vendrá a ti.

Cuando salió el sol, Emilia se sorprendió al encontrar a Alfonso aún roncando a su lado. Se vistió con ropa interior limpia por primera vez en días y se recogió el cabello. Escribió una carta al maestro Shakespeare, dirigida a la compañía de los Hombres de Lord Strange. En ella le informaba de su domicilio y le recordaba la necesidad de ser discreto. Luego, la selló y pagó a un mensajero para que entregara la nota en el campo.

En una semana, había organizado un encuentro con él en Falcon Inn Stairs.

–Dios esté con usted, señora Bassano –dijo Shakespeare–. Mis condolencias por la pérdida de nuestro querido amigo.

Ella apretó la mandíbula. No iba a responder. Dejaría que este hombre presumiera que Kit significaba para él siquiera una fracción de lo que había significado para ella.

–Para ir al grano, señor, deseo continuar nuestra sociedad –sacó otro poema largo de su bolsa: *La violación de Lucrecia*–. Cuando se venda –«cuando»–, puede escribirme a la dirección que le di por última vez y, por favor, siga presentándose como un guantero que hace entregas.

Esta vez, Shakespeare examinó la portada.

–¿Southampton otra vez? –dijo con ironía.

–Es un amante incomparable –respondió Emilia– de las artes.

A principios de 1594, el poema de Emilia se había vendido. Shakespeare también le entregó una obra en la que había estado trabajando: *Tito Andrónico*, y le pidió que la revisara. A Emilia no le gustaba reescribir obras ajenas, en especial una sobre un general romano, pero el dinero era dinero. Lo necesitaba más que nunca, ya que Alfonso no trabajaba. Por ello, trató las revisiones como otra tarea tediosa, como lavar ropa o vaciar orinales. Profundizó en el tema de la venganza y elevó el conteo de muertos a catorce, con muertes creativas y espantosas: decapitaciones, amputaciones y dos violadores horneados en un pastel. Añadió bromas subidas de tono. Como manera de dejar su huella en el texto, agregó personajes llamados Æmelius y Bassanius. Podía imaginar a Kit sonriendo ante eso.

Reescribir *Tito*, sin embargo, hizo que deseara escribir de nuevo sus propias obras.

En los primeros días de su matrimonio, había escrito *La fierecilla domada*. Decidió revisar su primer borrador. Un personaje que originalmente había llamado Alfonso se convirtió en Baptista, el nombre de su propio padre. El personaje de Emilia pasó a ser Bianca. Cambió la ambientación a Italia y la llenó de alusiones a la música e identidades falsas.

La trama era sencilla: cuando un pretendiente se acercaba a la dulce y dócil Bianca, su padre decía que su hermana mayor, la indomable y descarada Kate, debía casarse primero. Un hombre llamado Petruchio aceptaba el desafío, y toda la obra mostraba sus intentos de doblegar la voluntad de su terca prometida.

Una calurosa tarde de finales de julio, Emilia escribía el final de su obra revisada en la mesa de roble de su casa, cuando Alfonso entró.

–¿Dónde está la comida? –preguntó–. Estoy famélico.

Ya no ocultaba su escritura de Alfonso, quien, o bien creía que ella escribía correspondencia en verso blanco o realmente no le importaba.

–Sin duda, esposo –respondió Emilia sin mirarlo–. Un hombre tan fuerte como tú debe necesitar su sustento.

–¿No es eso lo que dije?

Desde la despensa, Bess asomó la cabeza entre los estantes.

–Por eso planeé una cena especial para ti, señor –continuó Emilia.

–¿Una cena especial? –Alfonso se acercó más.

–¿Qué te parece un buen mondongo asado?

–Me gusta bastante –dijo Alfonso.

–No, es muy pesado. ¿Qué opinas de un trozo de carne con mostaza? –continuó escribiendo mientras hablaba.

–Me encantaría degustar ese plato.

–Ah, pero no…, la mostaza es demasiado fuerte.

–Entonces –dijo Alfonso–, tomaré la carne. Y que la mostaza quede aparte.

–No podría vivir conmigo misma si sirviera a un hombre tan excelente como tú carne sin mostaza. Sería como admitir que mi propio señor y amo no sobresale en todo, si pudiera conformarse con una comida tan trivial –replicó Emilia.

–¡En verdad! –bramó Alfonso.

–¿Te das cuenta? Por eso no puedo soportar servirte el almuerzo hoy.

–Pero... –dijo él parpadeando.

–Quizás Jerónimo tenga algo para compartir en su mesa –ella le sonrió radiante.

Con un gruñido, Alfonso salió de la casa dando un portazo, probablemente rumbo a la de su primo.

–Señora, algún día le pegará por esto –se escuchó la voz de Bess desde la despensa, entre risas.

–Es muy probable –admitió Emilia.

Pasó las páginas hasta el final de su obra, que era el colmo del absurdo.

Después de haber prometido domar a Kate –su esposa arisca–, Petruchio finalmente la doblegaba hasta que ella demostraba su completa obediencia frente a los demás. Cuando Petruchio la llamaba, ella acudía.

Pero, cuando su nuevo esposo llamaba a Bianca, la hermana de Kate que seguía las normas, esta se resistía.

Bianca, que en un borrador anterior se llamaba Emilia. Le gustaba eso, aunque ella fuera la única que sabría tal detalle. Pensó en Alfonso, jactándose ante sus amigos de tener una esposa sumisa.

Pensó en cómo lo engañaba todos los días, como acababa de hacerlo.

Me avergüenza profundamente que las mujeres sean tan elementales como para declarar la guerra cuando deberían rendirse por la paz, escribió Emilia, poniendo palabras en boca de Kate. *O que quieran control, supremacía e influencia, cuando están destinadas a servir, amar y obedecer. ¿Por qué nuestros cuerpos son suaves, débiles y lisos –impropios para los trabajos y problemas del mundo– a menos que nuestro carácter y corazón sean igual de dóciles?*

Se detuvo. ¿Qué más desearía escuchar su esposo?

Mi mente solía ser tan arrogante como la tuya, mi corazón igual de grande, mi razón quizá incluso mayor. Solía responder palabra por palabra y ceño por ceño. Pero ahora veo que nuestras espadas son solo hebras de paja, nuestra fuerza es poca, nuestra debilidad incomparable, de modo que parecemos ser lo que no somos.

Ante esto, Emilia esbozó una leve sonrisa. Era su pista para que el público leyera entre líneas.

Así que baja tu orgullo; no hay nada que puedas hacer. Coloca tus manos bajo el pie de tu esposo. Este deber mi mano está lista para cumplir, si él lo desea.

No había nada más ridículo que una esposa poniendo su mano en el suelo para que su esposo la pisara, evitando que la suave planta de su pie tocara el suelo. Salvo, quizá, leer tal frase como si fuera seria, en lugar de totalmente sarcástica.

Y para quienes prestaran verdadera atención: el discurso en el que Kate se declaraba silenciada claramente era el monólogo más largo de toda la obra.

¿Qué tenía la voz de una mujer que aterraba tanto a un hombre? ¿Era la idea de que una criatura inferior pudiera tener inteligencia o autonomía? ¿O era algo más simple? Si ella se tomaba en serio, otros podrían hacer lo mismo. Otras mujeres. Decenas de mujeres. Y eso podría erosionar el poder que los hombres siempre habían tenido sin esfuerzo alguno.

–¿Señora? –preguntó Bess, interrumpiendo su concentración–. ¿Qué serviremos para la cena, entonces?

–¿Qué importa? –respondió Emilia sonriendo.

En 1594, Londres renació. Los casos de peste disminuyeron hasta desaparecer. Las tabernas y los teatros reabrieron. El pequeño Henry ya caminaba y hablaba. Era un buen niño, que se sentaba feliz a los pies de Bess a mordisquear un pedazo de pan mientras ella preparaba las comidas. El niño tenía la calma segura de Hunsdon y la disposición alegre de Southampton. Emilia pasaba horas intentando captar un reflejo de la sonrisa de Southampton en su hijo, o la inteligencia de los ojos de Hunsdon cuando el pequeño Henry le preguntaba por qué el cielo era azul. Pero, sobre todo, cuando lo miraba, veía su mirada gris y cautelosa, un espejo plateado de la suya propia, aprendiendo a quedarse callado cuando Alfonso alzaba la voz, a ser invisible a la vista de todos.

Shakespeare vendió su obra a Philip Henslowe, el dueño del teatro que ahora trabajaba con la nueva compañía de los Hombres del Almirante y con los Hombres del Lord Chambelán. Planeaba presentar *La fierecilla domada* en Newington Butts –un teatro en Southwark– en una temporada que también incluiría la versión editada por Emilia de *Tito Andrónico*. Shakespeare mismo se había convertido en accionista de los Hombres del Lord Chambelán, lo que significaba que, si la empresa tenía éxito, él obtendría una mayor parte de las ganancias que un actor común.

–Pensé que estaría más feliz –admitió Shakespeare. Se encontraban en la posada Falcon, el lugar donde Marlowe los había presentado años atrás. Para Emilia, estaba lleno de fantasmas.

–Estoy feliz –respondió Emilia–. Será la primera vez que mi obra esté en un escenario. Solo que no tengo los medios para verla en el teatro.

Él frunció el ceño, señalando la pequeña bolsa de monedas en su mano, su parte del pago.

–Tiene más de un penique –observó–, el precio de entrada para ver la función de pie, en el nivel más bajo.

–No es tan fácil para una mujer, señor –dijo Emilia.

–¿Sabe? Podría acompañarla –dijo Shakespeare y se inclinó hacia ella.

–Señor –respondió Emilia, con formalidad–, ambos estamos casados.

–Trabajamos bien juntos. Sería interesante explorar los límites de eso, ¿no cree? –él cubrió su mano con la suya.

Emilia preferiría acostarse con el viejo tabernero antes que con este muñeco vanidoso. Retiró su palma de debajo de la suya.

–No mezclo negocios con placer, señor. Y, dado que necesito mantener mi anonimato como dramaturga, no sería prudente asistir al teatro juntos.

–Oh, no tiene que preocuparse por eso –dijo Shakespeare con liviandad–. Nadie jamás imaginaría que usted es una autora.

–Qué afortunada soy –murmuró. Una sonrisa tensa se dibujó con esfuerzo en su rostro.

Después de separarse de Shakespeare, Emilia caminó a casa reflexionando sobre quién podría acompañarla a la función en Newington Butts. Podría invitar a Jerónimo, pero seguramente le preguntaría por qué deseaba tanto asistir a una representación a casi dos kilómetros al sur de la ciudad, habiendo distracciones más accesibles. Podría llevar a uno de sus primos jóvenes, pero ellos informarían de todo a Jerónimo. Habría invitado a Kit; juntos habrían ido disfrazados de manera gloriosa, pero la idea de que eso nunca volvería a ocurrir le dolió tanto en el pecho que tuvo que detenerse en su camino.

Al final, solo había un hombre que podía llevarla. Y, aunque Emilia no tenía el menor deseo de pasar tiempo con su esposo, comenzó a idear una campaña de obediencia tan ajena a su naturaleza que tomó a Alfonso por sorpresa.

No sabía si era por la comida que había pedido a Bess que le preparara, sus atenciones en la cama, o simplemente por el hecho de asentir ante cada declaración idiota que salía de su boca, pero, cuando Emilia le pidió a Alfonso que fueran al teatro, él aceptó.

Unas semanas después, entraron en el patio del teatro junto a cientos de personas que asistían a la función de la tarde, arrastrados por el bullicio y el murmullo del entretenimiento. Alfonso no titubeó

al pagar la entrada, y, para su sorpresa, entregó monedas extra para que estuvieran en un nivel superior de las gradas y tuvieran almohadones en sus asientos. Este gesto conmovió a Emilia hasta que comprendió que no lo había hecho por ella, sino porque quería que lo vieran como alguien más prestigioso que los plebeyos de a pie.

Cuando empezó la función, Emilia dejó que su mirada se desviara de los actores en el escenario al público alborotado. Pronto estuvieron vitoreando y riendo a carcajadas.

«Les gusta», pensó, soltando el aliento que no sabía que contenía. «No. Les encanta».

Cuando Katherine y Bianca, las hermanas, entraron con su padre y Kate comenzó a rechazar a los pretendientes con su lengua afilada, Alfonso se inclinó hacia Emilia.

–Esa es la fierecilla –le explicó.

–Ah, gracias por señalarlo, esposo.

–¡Y mira! Su padre se llama Baptista, como el tuyo.

–Una coincidencia notable, sin duda –Emilia no apartó los ojos del público.

No había previsto lo que sentiría al escuchar sus propias palabras en boca de otros, al ver el efecto que su escritura tenía en el público. Esperaba con ansias ver si un chiste funcionaba, si una frase provocaba un suspiro, si el público captaba el sarcasmo cuando debía hacerlo. Para Emilia, el espectáculo no estaba en el escenario, sino en cómo los hombres reían cuando Petruchio arrancaba un vestido de las manos de Kate como forma de someterla, y en cómo las mujeres reconocían su propia frustración en el rostro de ella. Era una comedia, pero, quizás, cuando esas parejas abandonaran el teatro, dejaría de serlo. Quizás los maridos comprenderían que las esposas no debían ser domadas. Quizás las esposas creerían que tenían más valor.

La fierecilla domada no era una obra sobre cómo las mujeres debían ser dóciles. Era un comentario sobre lo frágiles que eran los hombres, incapaces de tolerar la idea de una mujer igual en ingenio y fuerza. Era embriagador pensar que podía cambiar el mundo bajo el disfraz del entretenimiento.

Emilia se dio cuenta de que esa era la verdadera razón detrás del cargo del lord chambelán y de la existencia de un Maestro de las Fiestas: era necesario revisar las obras de teatro para asegurarse de que no promovieran ideas radicales.

Mientras reflexionaba sobre esto, sintió una mirada fija en su mejilla. En el otro extremo del salón, en un nivel más alto, se encontraba Hundson.

Lucía un poco más delgado y su cabello ahora era blanco en lugar de plateado. Junto a él había una mujer con un tocado de perlas: ¿su esposa, quizás? Hunsdon llevó una mano al corazón y le dedicó una pequeña sonrisa.

Emilia le devolvió la sonrisa, tratando de transmitirle: «Estoy bien. Te echo de menos».

Al mismo tiempo, ocurrieron dos cosas: la mujer junto a Hunsdon se inclinó para susurrarle algo, y Alfonso notó que Emilia lo miraba.

A continuación, sintió que su esposo le agarraba la muñeca con tal fuerza que la hizo gritar.

–No lo mirarás –siseó Alfonso.

–No estoy...

–No permitiré que mi esposa me deshonre. ¿Crees que viviré con celos?

La escena en el escenario provocaba risas en el público, suficientes para ocultar la discusión entre Emilia y Alfonso. Petruchio señalaba el sol y lo llamaba luna, y forzaba a Katherine a estar de acuerdo con él.

Alfonso arrancó a Emilia de su asiento, y la llevó a rastras mientras otros espectadores protestaban por la interrupción. Ella tropezó con pies y faldas, pidiendo disculpas mientras su esposo la llevaba hacia las escaleras y al patio vacío.

–¿No deseas ver el final de la obra, señor? –murmuró Emilia.

–La obra –respondió él, incrédulo– ya terminó.

Entonces la abofeteó tan fuerte que Emilia escupió sangre. Cayó en el lodo mientras Alfonso la pateaba en el estómago, luego la tomó del cuello y golpeó su cabeza contra el suelo. «Ayuda», quiso gritar Emilia, o tal vez lo hizo. Pero, aunque hubiera podido hablar,

¿quién habría acudido en su auxilio? Era derecho de un marido disciplinar a su esposa por cualquier infracción.

Cuando Alfonso se marchó y la dejó en el charco frente al teatro, Emilia era exactamente el tipo de esposa que él deseaba: silenciosa e inmóvil.

Cuando recuperó la conciencia, la obra había terminado y el público salía. Emilia se arrastró hacia un lado del patio, con la boca cubierta de sangre seca y un dolor punzante en la pierna. Obligada a mendigar una moneda para el ferry, imaginó la reacción de la gente si supieran que había escrito la obra que acababan de ver.

Del otro lado del río, consideró su siguiente paso. Pensó en el joven Henry. Aunque no volviera a casa con Alfonso, estaba segura de que Bess protegería al niño con su vida antes de dejar que Alfonso se le acercara. Anteponer sus necesidades a las de su hijo le dolía como una daga en el corazón, pero Emilia sabía que, en su estado, no sería de ayuda para él. Necesitaba fuerza y un plan, y no podía encontrar ninguna de las dos cosas sola.

Nunca había estado en Southampton House. No estaba lejos de Somerset House, en el lado norte de una plaza con jardines y áreas verdes dispuestas en forma de cruz. Renqueó hasta la entrada de servicio, y llamó a la puerta con la mirada baja. Un hombre corpulento la recibió con desdén.

–Las sobras ya se acabaron –dijo.

–Por favor –susurró Emilia–. Conozco a su amo.

–Todos conocen a mi amo –respondió el hombre, riéndose de ella y cerrando la puerta en su cara.

No había pensado en lo que podría suceder si ni siquiera le permitían entrar en las habitaciones de servicio; había estado demasiado ocupada tragándose su orgullo. Avanzó tambaleando hacia la calle, solo para casi ser arrollada por un carruaje. Cuando el vehículo se detuvo, Southampton salió de golpe.

–¿Emilia?

Al acercarse, Emilia se desplomó contra él.

–Dios mío –susurró él, alzándola en brazos.

Dentro del carruaje, Southampton dio instrucciones al cochero. Emilia se debatió entre la conciencia y el desmayo, hasta que despertó en una cama estrecha con una manta áspera. Tocó con cuidado su garganta hinchada. Junto a ella, estaba sentado Southampton.

–¿Dónde estamos? –preguntó con voz ronca.

–En mi refugio de caza –respondió él, tomando su mano–. ¿Qué ha pasado?

–Debo volver a casa con Henry... –dijo Emilia al observar que la luna ya estaba saliendo.

–Mandé un aviso de que llegarías con retraso.

–Si no estoy allí, descargará su ira sobre el niño... –ni siquiera quería imaginar qué excusa habría dado.

–Lo eliminaré antes de que eso suceda –los ojos de Southampton se clavaron en los suyos con intensidad.

–No puedes matar a mi esposo –un músculo se tensó en su mandíbula.

–No sería la primera vez que un noble evita la horca.

–Si fueras capaz de matar –dijo Emilia en voz baja–, no serías el hombre al que amo.

–Podría preguntar qué provocó su furia, pero no creo que exista ninguna causa que lo justifique.

–Nos cruzamos con Hunsdon. Los celos son un monstruo de ojos verdes que se burla de la carne de la que se alimenta –Emilia encogió un hombro.

–Te prometieron siendo una niña –respondió Southampton, incrédulo–. Seguramente no puede culparte por un acuerdo en el que no tuviste nada que ver.

–La única elección que hice por mí misma, fuiste tú.

Él rozó sus labios suavemente contra los de ella, pero se apartó cuando vio que Emilia se estremecía de dolor.

–Perdóname –dijo Southampton–. No quise lastimarte.

–Eres lo único que me sana –ella lo atrajo más cerca.

A la mañana siguiente, Emilia insistió en regresar a casa, porque no podía poner en peligro a Bess al dejarla sola protegiendo al pequeño Henry. Southampton aceptó con la condición de llevarla en su carruaje y verla más tarde esa misma semana. Iría a Gray's Inn para consultar discretamente con abogados y encontrar una forma de protegerla dentro de las restricciones de su contrato matrimonial.

También le contó que, mientras ella dormía la noche anterior, había escrito una nota para que su cochero la entregara al conde de Oxford, declarando de forma inequívoca que no se casaría con su hija Elizabeth; ni dos años atrás cuando se sugirió la unión por primera vez, ni ahora, ni nunca.

–Te quiero a ti –le dijo simplemente–. Y, si no puedo tenerte, será porque tú me des la espalda... y no al revés.

Dolía demasiado albergar esperanzas, así que Emilia no respondió.

Regresó a una casa silenciosa y tranquila. Henry estaba jugando con piedras del río en el hogar, apilándolas hasta que se caían. Aplaudió al verla entrar, corrió hacia sus brazos y preguntó por qué tenía el cuello morado. Bess no preguntó; no necesitaba hacerlo. Emilia se dirigió a su doncella.

–¿Dónde está?

–No volvió a casa anoche, y qué bien, digo yo –Bess escupió.

Quizá se había ido a beber o a jugar a los dados después de dejarla en el barro. Quizá lo habían descubierto haciendo trampas y su oponente lo había apuñalado o lo habían arrojado al Támesis. Con suerte, era viuda y aún no lo sabía.

Su garganta seguía siendo un collar de moretones en forma de huellas de dedos al día siguiente, cuando Alma llegó con noticias: Alfonso había enfurecido a Jerónimo al abandonar inesperadamente el grupo de flautistas de la corte, decidido a hacerse un nombre como guerrero para que lo nombraran caballero. Estaba embarcándose hacia Brest con un batallón a petición de la reina para ayudar al rey Enrique IV de Francia en su lucha contra los españoles.

–Podría estar fuera durante meses –dijo Alma, permitiendo que su mirada rozara las marcas de Emilia–. Si necesitas comida o ayuda, debes recurrir a mí.

Un alivio recorrió a Emilia. Conseguir dinero y comida era un problema que ya había resuelto antes. Ella y Henry estarían físicamente a salvo. Y podría trabajar.

Después de todo, ahora que William Shakespeare era accionista de los Hombres del Lord Chambelán estaría aún más hambriento de contenido.

A finales del verano de 1594, Emilia vivió algunos de los momentos más felices de su vida. Era dueña de su propio hogar. El inútil de su marido estaba (así lo esperaba ella, al menos) siendo atravesado por una espada española en algún puerto de Bretaña. Emilia veía a Southampton una o dos veces por semana. Hacían el amor bajo un cielo estrellado y, a menudo, se quedaba dormida en sus brazos hasta el amanecer, cuando regresaba a casa para estar allí antes de que su hijo despertara. Ella y Bess llevaban al pequeño Henry a Paris Garden, donde la criada lo dejaba caminar con sus correas mientras Emilia escribía con fervor.

La obra que estaba creando era como una tormenta en su cabeza, parecida a aquella que había vivido años atrás en el barco rumbo a Dinamarca. Sus pensamientos y palabras se arremolinaban, y llegaron a crecer hasta el punto de que Emilia parecía vivir más en su mente que en el mundo real. Pensaba en quién había sido cuando su primo la presentó ante lord Hunsdon como un hecho consumado. Pensaba en Southampton y en cómo vivía de pequeños sorbos de él, como si eso fuera suficiente para mantenerla viva.

Emilia decidió escribir un romance, el más grandioso, terrible y condenado. La heroína, como ella misma, tendría trece años al comienzo de la historia.

En la obra, Julieta tenía padres que sabían que era demasiado joven para casarse. Cuando su pretendiente, Paris, argumentaba que *Madres más jóvenes que ella son felices*, su padre respondía: *Y también se marchitan pronto las que se casan tan temprano*. Cuando su madre le preguntaba si consideraría la propuesta de Paris, Julieta protestaba: *Me dedicaré a mirar, porque viendo se*

conmueve el amor, pero mis ojos no irán más allá de lo que tu aprobación me permita.

Pero, cuando Julieta entendía que la casarían sin su consentimiento, hacía algo radical: se enamoraba de la única persona con la que no podía estar.

En lugar de una brecha de clases, Emilia creó un conflicto entre familias enemistadas. Usó recuerdos de su amor con Southampton. Delineó a Romeo pensando en su imagen, mientras que la devoción de Julieta se derramó a la página desde su propio corazón. En esta obra, Emilia vertió verdades privadas que jamás podría decir en voz alta: que renunciaría al resto de su vida por cinco minutos más con Southampton, que no había sido el sexo sino el amor lo que la había convertido en mujer, y que el mundo nunca les permitiría estar juntos.

El día que terminó la obra, le pidió a Bess que regresara a casa con Henry para poder hacer un recado. Las calles estaban calurosas y malolientes cuando llegó a la botica que Isabella le había mostrado años atrás. La mujer que salió de la trastienda parecía la boticaria de antes, pero más joven. ¿Su hija, quizás?

–Señora –dijo la mujer, limpiándose las manos en el delantal–, ¿en qué puedo ayudarla?

Emilia avanzó entre las hierbas secas que colgaban del techo, buscando algo común.

–¿Tiene lavanda?

–Sí –respondió la mujer, llevándola a los tallos violáceos.

Emilia tomó un puñado, intentando que no le temblaran las manos.

–¿Eso es todo lo que necesita?

La miró directamente a los ojos.

–¿Tiene algo para... acelerar los términos? –susurró esto último, pues sabía que era un pecado.

Emilia se había dado cuenta hacía tiempo. Sus pechos estaban sensibles, su vientre se ensanchaba. No soportaba el olor de la carne cocida. Este bebé no podía ser de nadie más que de Southampton, ya que Alfonso llevaba meses en batalla. Lo que significaba que no tendría manera de convencer a su marido de que era suyo.

La boticaria, sin juzgarla, sacó una pequeña caja de madera de un estante.

–Primero haga una preparación vaginal con iris –dijo, mostrando los pétalos de una flor–. Luego hierva este enebro con vino y bébalo.

Emilia dejó unas monedas en la mesa de trabajo y guardó las hierbas en el bolsillo de su falda.

–Señora –la mujer dijo cuando Emilia se dio la vuelta–, que Dios la acompañe.

Durante dos días, Emilia sangró, tuvo calambres y sudó. Cuando pudo levantarse, levantó las sábanas y ayudó a Bess a lavarlas. Cuando no pudo, acunó a Henry en su regazo, imaginando cómo habría sido su pequeña hermana: con rizos rojizos y ojos plateados.

Southampton, increíblemente, le pidió verla la misma noche en que había abortado a su hijo. Ella envió un mensaje diciendo que no se encontraba bien. No le explicó la razón, ni tenía intenciones de hacerlo.

La tercera noche, soñó con la hija que nunca tendría. Sonrió, imaginando que la niña le daría un beso en la frente, o dejaría que Emilia besara la suya. Pero, en cambio, la niña abrió su pequeño puño cerrado para revelar una rama de enebro, y se la metió en la garganta a Emilia hasta que ella gritó todo un bosque.

Cuatro días después, se sintió lo suficientemente bien como para encontrarse con William Shakespeare en el Falcon Inn con el manuscrito terminado de *Romeo y Julieta*. Observó, de manera casual, que Shakespeare iba mejor vestido que antes. Bien. Su arreglo estaba funcionando bien para él.

–No pareces tú misma –comentó él.

–Es el calor –respondió ella con indiferencia.

–¿De qué trata esta? –él hojeó la obra.

–Es una historia de amor –respondió Emilia.

–Pero está subtitulada como *Una tragedia* –él frunció el ceño.

Emilia pensó en ver su obra representada. Recordó los dedos de Alfonso estrangulándola. Sintió pena por Julieta, por Romeo, por Southampton y por sí misma.

–Sí –dijo–. Exacto.

MELINA

Septiembre de 2024

Después de cenar con Jasper, Melina regresó a su apartamento a medianoche, lista para terminar su discusión con Andre, pero él todavía no había regresado. A la mañana siguiente, caminó descalza hasta la puerta de la habitación de Andre y vio que la nota que había dejado allí seguía intacta. La idea de tener que arreglar su amistad en el teatro, frente a los demás, le revolvía el estómago.

Era el primer día en que Andre y Melina no llegaban juntos al ensayo. En cambio, Melina llegó sola, sintiéndose desubicada. El diseñador de sonido ya estaba en el teatro, al igual que la asistente de Raffe. El ayudante de dirección dio el aviso de quince minutos, y los actores comenzaron a bajar del camerino o a llegar desde el exterior. Raffe apareció, pero no había señales de Andre.

Cuando Jasper entró en el teatro, fue directo a la fila donde Melina estaba sentada.

–*Salve Deus Rex Judaeorum* –anunció mientras se sentaba a su lado–. Explícame cómo la misma persona que escribió ese libro también escribió algunos de los soliloquios más bellos del idioma inglés.

–Buenos días para ti también –respondió Melina, aunque sintió cómo sus labios se movían para formar una sonrisa, como si él se la estuviera dibujando–. Supongo que no pudiste dormir anoche, si te quedaste leyendo la poesía de Emilia.

–Bueno, tampoco iba a dormir muy bien si dejaba la mitad sin leer, ¿no? –Jasper se encogió de hombros–. Si tuviera que reseñarlo, diría

que es estilísticamente plano. Tan diferente al lenguaje de las obras de Shakespeare que casi arruina toda la hipótesis de Mel en la obra.

–Hay académicos que compararon *Salve Deus* y las obras de Shakespeare con programas informáticos para buscar paralelismos –dijo Melina cerrando su portátil–. Hay frases en el libro de poesía que no existen en ningún otro lado, excepto en las obras. La expresión «escarcha canosa», por ejemplo, está en el poema de Cooke-ham de Emilia, pero también en *Sueño de una noche de verano*. O la mención de Dictima, la diosa de la Luna, en la carta de patrocinio al inicio de *Salve Deus*. La única otra mención que se hace de ella en toda la literatura inglesa está en *Trabajos de amor perdidos*.

–Los estudios de autoría son extremadamente cuestionables –dijo Jasper.

–Sí –admitió Melina–. Sobre todo porque nunca incluyen la escritura de mujeres en sus bases de datos, ¿verdad?

–Mira, no se puede negar que la poesía de Emilia es, en el mejor de los casos, aceptable. No se acerca al nivel de elegancia ni siquiera de la peor obra de Shakespeare –Jasper se encogió de hombros–. Si Emilia realmente fue la autora de las obras, ¿por qué habría deteriorado su estilo? ¿Por qué poner su nombre en una colección tan mediocre?

–Primero, dejemos de lado eso de «mediocre» –respondió Melina girando en su asiento–. Emilia era una mujer en la Inglaterra isabelina, así que merece puntos solo por lograr que imprimieran su nombre en algo. Y tal vez el estilo de escritura no fuera inexperto... sino completamente intencional.

–¿Estás diciendo que bajó el nivel de su propia poesía a propósito?

–Escúchame –dijo Melina–. Supongamos que decides escribir una novela de misterio de repente, pero no quieres que nadie sepa que eres el crítico que escribe reseñas mordaces para *The New York Times*. ¿Usarías el mismo lenguaje que usas al criticar una obra?

–Me aseguraría de que no se pareciera en nada.

–Exacto –respondió Melina–. Y, antes de que digas que los poemas son mediocres, recuerda el riesgo que asumió Emilia al escribir sobre la crucifixión de Jesús, siendo una judía oculta. Y no solo eso: dice

que los amigos hombres de Cristo lo abandonaron, mientras que las mujeres de su vida lo apoyaron. Eso no es solo escandaloso, es herético. Al igual que su visión de la Caída del Edén: que no fue culpa de Eva.

De reojo, Melina vio a Andre entrar al teatro y sentarse lo más lejos posible. Levantó la mano para llamar su atención, pero Andre se giró como si no la hubiera visto. Jasper, por supuesto, lo notó todo.

–¿Te equivocaste al pedir el café de Mel?

–No –dijo Melina–. No es nada.

Era *todo*.

–Escritores –dijo Jasper, haciendo que la palabra sonara como un insulto–. ¿Decías?

–En *Salve Deus* –continuó Melina forzándose a regresar su atención al asunto–, Emilia literalmente usa la propia basura del patriarcado para subrayar lo ridículas que son las expectativas de los hombres sobre las mujeres. Como ya había hecho antes, en una obra...

–¡*La fierecilla*! –adivinó Jasper.

Ella asintió.

–*La fierecilla*. Cuando Petruchio doma a Catalina, no es violento, aunque podría haberlo sido. Los hombres tenían permitido legalmente golpear a sus esposas, siempre que el palo no fuera más grueso que su pulgar. Él hace que pase hambre, la menosprecia.

El teléfono de Melina comenzó a vibrar, pero lo silenció.

–Otra vez –dijo–, el lenguaje en *Salve Deus* puede ser menos inspirado, pero su elección de contenido sigue siendo revolucionaria. Ya sea al mostrar misericordia por una judía, permitir que una abogada salve el día o al derribar al patriarcado.

Sus ojos se dirigieron hacia la parte trasera del auditorio, donde Raffe y Andre conversaban. Luego Raffe trotó por el pasillo y reunió a los actores para darles algunas indicaciones. Andre lo siguió, y al pasar junto a Jasper y Melina, ella extendió la mano para tirar de su manga.

–¿Tienes un momento, Mel? –preguntó.

–No lo tengo –Andre la miró, impasible.

El teléfono de Melina empezó a vibrar de nuevo. Miró la pantalla y vio que decía **PAPÁ**.

–Disculpad –murmuró, y contestó la llamada.

–¿Melina? –dijo una mujer.

Melina se apartó de Jasper y Andre, tratando de crear un espacio de privacidad.

–Sí... ¿quién habla?

–Soy Beth. Soy... eh, amiga de tu padre. Ha tenido un ataque al corazón.

Los dedos de Melina se paralizaron sobre el teléfono. Oyó a la mujer decir algo sobre enviarle la dirección del hospital por mensaje. En su mente, repasó la última conversación que había tenido con su padre: había ido al hospital por una prueba. Había dicho que no era nada.

–¿Andrea? ¿Estás bien? –preguntó Jasper, poniendo una mano en su hombro.

–Mi padre... está en el hospital –logró decir Melina.

–Deberías ir.

–Mel... ¿puedes cubrirme? –ella tragó saliva.

Andre sostuvo su mirada. «Dilo», le transmitió en silencio. «Diles la verdad».

Pero ese no era el momento.

Su expresión era indescifrable.

–No es como si tú fueras la autora –dijo, un permiso disfrazado de insulto, y luego se dio la vuelta.

Si a Jasper le sorprendió que el jefe de Andrea estuviera actuando como un imbécil, no lo dejó ver.

–¿En qué hospital? –le preguntó a Melina.

–St. Mary's. Está en Litchfield, Connecticut –leyó Melina de su teléfono.

–Yo te llevo –anunció Jasper poniéndose de pie.

Cuando pensaba en su infancia, Melina no recordaba un momento en que su madre no estuviera muriendo. En sus primeros recuerdos, su madre estaba débil por la quimioterapia, con un pañuelo brillante

cubriéndole la cabeza calva. Recordaba el día en que su padre se había afeitado la cabeza por solidaridad y la risa de su madre al ver la extraña figura de patata que formaba su cráneo. Su padre había dicho: «Bueno, no todos podemos ser tan hermosos como tú». Ella lo había atraído hacia sí para besarlo, y los dos habían olvidado por completo que su hija pequeña también estaba en la habitación.

Después de que su madre muriera, hubo un año difícil en el instututo en el que Melina y su padre tuvieron que adaptarse a ser una familia de dos. Habían tenido que reconstruir su relación desde cero, sintiéndose más como extraños compartiendo un espacio que como supervivientes de una misma guerra.

Él había tratado de completar las lagunas en su vida y contarle la historia de su madre al mismo tiempo.

Melina descubrió así que su padre había vivió en Alaska un año después de la universidad, antes de conocerla.

También que eso había sucedido mientras ella salía con el compañero de cuarto de su padre.

Que la madre de Melina había sido diagnosticada con cáncer de mama cuando acudió al ginecólogo tras descubrir que estaba embarazada de su segundo hijo. Que, como no podía recibir quimioterapia y conservar al bebé, decidió interrumpir el embarazo. Ambos apostaban a que tendrían tiempo para tener otro hijo después de que ella se recuperara.

Salvo que ese tiempo nunca llegó.

Melina siempre se preguntó cómo habría sido su vida con un hermano o hermana. Con la opción de buscar refugio para su soledad fuera, en vez de tener que replegarse en su interior. Con alguien a quien aferrarse en el momento en que su madre y su padre se aislaron de ella.

Tenía sentido, reflexionó Melina, que su padre fuera optometrista, ya que todo lo que sabía de él era lo que podía observar con la lente del pasado.

Todavía existía una distancia entre ellos. Su padre la cubría con mensajes tontos y datos curiosos de historia o genealogía, y Melina le respondía con historias bien seleccionadas sobre su vida en Manhattan. Pero había muchas cosas que Melina no le contaba,

especialmente sobre su carrera... o la falta de ella. No quería que él pensara que era una fracasada. No quería ser otra persona más a la que él tuviera que cuidar.

Y ahora se daba cuenta de que, probablemente, había muchas cosas que su padre tampoco le había contado a ella.

–¿Eres cercana a tu padre? –preguntó Jasper desde el asiento del conductor.

Melina saltó. Llevaban una hora viajando en silencio, y se había sentido aliviada de que él no mostrara la necesidad de llenar el aire hablando de trivialidades.

–Esa –suspiró– es una pregunta complicada. Cuando era niña, mi madre estaba muy enferma –Melina se giró para mirar por la ventana el tráfico que pasaba veloz–. Amo a mi padre. Él entregó su vida por mi madre mientras ella perdía la suya. Pero creo que los padres tienen una especie de «estante» para las emociones, y solo cabe cierta cantidad. Hubo momentos en los que mi padre, simplemente, no tenía espacio para mí.

Jasper la miró de reojo y luego volvió la vista a la carretera.

–No tienes que justificarlo.

–No lo hago –dijo Melina–. Es solo lo que pasó.

Él permaneció en silencio un momento, y luego dijo:

–Mi padre quería un hijo que fuera a pescar con él y que no se asustara al tocar un gusano o si las tripas de un pez ensuciaban sus zapatillas. También le gustaba ser el experto en, bueno, en todo. Cuando daba cátedra sobre «cosas de hombres», como el hockey, conducir o hacer asados, yo investigaba más y volvía con más información, y eso lo enfurecía. Solía pensar que el problema era yo.

–¿Y tu madre?

–Ella quería una hija –respondió Jasper, encogiéndose de hombros.

A Melina no le gustaba saber estas cosas sobre Jasper Tolle. Lo hacían demasiado... humano.

–Ahora mismo solo me preocupa no haber pasado más tiempo con mi padre.

Jasper no le dijo que tendría muchas oportunidades más en el futuro. Él había dejado claro desde el principio que no le gustaba

mentir.

–Apuesto a que él también lamenta no haber pasado más tiempo contigo –ofreció Jasper, mientras le apretaba la mano.

Melina miró el lugar donde sus palmas se tocaban. Era como si sostuvieran un pequeño sol entre ellas.

Luego él apartó la mano y la colocó con firmeza en el volante, como si se hubiera dado cuenta de que eso rozaba el límite de lo apropiado o de que no la conocía lo suficiente como para darle apoyo físico. Pero, durante un largo rato, Melina aún pudo sentir el calor de su piel.

Cuando llegaron al hospital, Melina irrumpió en el vestíbulo como un torbellino de culpa. Desde el mostrador de información la enviaron a una sala de espera de cirugía del tercer piso. Cuando se acercó a la recepcionista, Jasper se quedó atrás, para darle privacidad. Le informaron de que su padre llevaba dos horas en cirugía a corazón abierto y que se esperaba que estuviera allí varias horas más.

Al oír eso, Melina se detuvo en seco. Un corazón era un órgano muy pequeño; ¿qué podría estar tan mal como para requerir una cirugía tan larga?

Se dio la vuelta y se encontró con una mujer pequeña, como un colibrí, de pelo corto y decolorado, y manos nerviosas.

–Escuché que preguntabas por Matty –dijo la mujer.

¿Matty? Melina parpadeó. Su madre solo lo había llamado Matthew.

–Soy Beth –continuó la mujer–. Yo traje a tu padre al hospital.

Melina asintió de forma tosca. Quería detalles, pero no quería admitir que esta desconocida podía saber más que ella sobre la salud de su padre, así que mantuvo los labios apretados.

De repente, Jasper estaba a su lado otra vez.

–Soy Jasper –dijo, extendiendo la mano.

Melina se dio la vuelta. Había olvidado por completo que él estaba ahí.

–Deberías irte –le dijo ella–. Ya has oído, va para largo.

–Tengo mi ordenador. Puedo escribir una columna en cualquier lugar –dijo él, cruzando hasta una fila vacía de sillas en el fondo de la sala, como si supiera que Melina necesitaba espacio.

Beth estaba hablando de bloqueos y *stents*.

–¿Estabas con él? –preguntó Melina, tragando saliva–. ¿Cuando ocurrió?

Beth asintió.

–No pensé que nos conoceríamos de esta forma...

Le dolió confirmar que su padre también había guardado secretos. Se preguntó dónde se habrían conocido Beth y su padre. Si Beth tenía hijos, un ex, una historia.

–Bueno, ya estoy aquí –dijo Melina–. Puedes ir a casa.

–Si no te molesta, prefiero quedarme –dijo Beth después de un momento de silencio.

Una hora después, Melina ya había leído todas las revistas viejas de la sala de espera y estaba moviendo la pierna nerviosamente junto a Jasper mientras él tecleaba.

–Me estás molestando –dijo él, sin mirarla.

–Entonces distráeme. ¿En qué estás trabajando?

–Una reseña.

–¿De? –preguntó Melina.

–Te lo podría decir –respondió Jasper, imperturbable–, pero tendría que matarte. –Se estiró, girando los hombros, y se frotó el cuello–. Es broma. Es sobre la nueva obra del ciclo Shakespeare in the Park.

–¿*Hamlet*? –Melina frunció el ceño.

–Sí –dijo él, cerrando su portátil y presionándose el puente de la nariz–. Lo estoy improvisando.

–¿Por qué? ¿No fuiste?

Jasper negó con la cabeza.

–Fui. Pero, en lugar de concentrarme en la actuación, me di cuenta, por primera vez, de que Hamlet ocupa mucho espacio literario explicando cómo tocar la flauta, como lo hacían los Bassano. Y de cómo Hamlet miente sobre el tema de la obra dentro de la obra, diciendo que es sobre alguien llamado Baptista...

–... que era el nombre del padre de Emilia –terminó Melina.

–Antes disfrutaba Shakespeare, ¿sabes? –dijo Jasper pensativo–. Ahora lo estoy cuestionando todo. Sé que las preguntas sobre la autoría han estado circulando durante siglos, pero no me importaba hasta que *Con cualquier otro nombre* lo convirtió en que no se trata de si Shakespeare merecía los elogios, sino de si alguien como Emilia merecía ser despojada de ellos. Mel Green es un mago.

–Sí –dijo Melina, con la voz débil–. Lo es.

De repente, Jasper se puso serio, como si recordara por qué estaban allí.

–Lo siento. No debería estar hablando de mí. ¿Cómo estás?

Melina miró sus manos en su regazo. Estaba nerviosa y cansada al mismo tiempo, y podía sentir a Beth lanzándole miradas desde el otro lado de la sala.

–¿Me acompañas? –preguntó.

Jasper se levantó y metió el portátil en su bolsa.

–Café –dijo–. El café hace que todo sea mejor.

Al recorrer los pasillos atravesaron por todas las etapas de la vida: mujeres que salían de la sala de parto acunando a sus recién nacidos, un adolescente con muletas, hombres mayores arrastrándose hacia un consultorio de urología. En la cafetería, Jasper compró café y pudín, porque, insistió, si el café no mejoraba su estado de ánimo, el pudín seguramente lo haría.

Melina, que había insistido en que no tenía hambre, se comió todo su pudín. Jasper preguntó:

–¿Tienes miedo de que muera?

Melina parpadeó ante su franqueza –brutalidad, más bien– y se dio cuenta de que Jasper solo quería saber. Así que asintió.

–No dejo de pensar en eso. En si tendré que escoger un ataúd. En por qué nunca le pregunté dónde guarda sus papeles importantes o sus contraseñas. En qué diría en el funeral.

–Bueno –dijo Jasper, práctico–. Ya lo has pensado. Ahora guárdalo, como una caja con ropa de verano, y no lo saques hasta que sepas que lo necesitas.

Melina pensó de repente en un día en que su madre se encontraba lo suficientemente bien como para ir a la playa. Había

pozas de marea por todas partes, y su madre se sentó con el pañuelo cubriendo su cabeza desnuda. Melina jugaba a sus pies, observando los cangrejos ermitaños que habían crecido demasiado para sus caparazones y corrían como pequeños extraterrestres hacia su siguiente hogar.

Se preguntó si se sentían desnudos sin sus conchas.

Se preguntó si, antes de perderlas, los cangrejos siquiera se daban cuenta de que las llevaban.

–¿Crees que es peor tener décadas para despedirse de alguien –preguntó Melina– o no tener la oportunidad de despedirse?

Jasper abrió la boca para responder, pero su teléfono vibró entre ellos sobre la mesa. Miró el mensaje.

–Ya ha salido de cirugía –dijo.

Cuando el doctor salió, tanto Melina como Beth se pusieron de pie. Melina se encontró escuchando palabras clave: bloqueo, dos arterias, recuperación completa. No se dio cuenta de que Jasper estaba de pie detrás de ella hasta que el doctor terminó. Toda la adrenalina se le escapó y se tropezó, encontrándose con la mano de él en el codo...

Una enfermera la condujo a terapia intensiva para ver a su padre. Le habían advertido que estaría inconsciente, con un tubo de respiración en la garganta y cables conectados a varias máquinas, pero la advertencia no la preparó para verlo tan inmóvil y pálido. Melina dudó en la puerta antes de entrar y acercarse a la silla junto a la cama.

Desde que llegó al hospital, había estado pensando en cómo su madre siempre estuvo en primer plano en sus recuerdos, posiblemente porque lo que tenía de ella era solo eso. Sin embargo, ahora Melina estaba imaginando esos mismos momentos, pero desde otro ángulo. Su padre también había estado presente en la mayoría de esos recuerdos.

El invierno en que tenía diez años, fueron a Mohawk Mountain, una colina de esquí en Connecticut. Melina recordaba cómo el sol brillaba sobre la nieve como una lluvia de diamantes, y cómo su

madre se había sentado junto a una ventana en la cabaña, donde Melina podía saludarla desde la pista para principiantes. Lo que Melina no recordaba, hasta que estuvo sentada al lado de la cama de su padre, era cómo él le enseñó a esquiar. Su padre había sido quien la animó a bajar por la pequeña pendiente.

–La única regla –había dicho una y otra vez– es que no tienes permiso para hacerte daño.

Había estado temblorosa y con miedo a caerse. ¡La única regla! Como si la seguridad fuera algo que pudiera controlar.

Sentada junto a su cama, Melina tomó la mano de su padre entre las suyas.

–La única regla –dijo en voz alta– es que no tienes permiso para hacerte daño.

En algún momento, Beth preguntó si podía ver a Matty por un rato, y Melina salió de la habitación en busca de Jasper. Estaba enterrado nuevamente en su portátil, y ella se quedó de pie por un momento, observando sus largos dedos moverse por el teclado.

–Oh, eres tú –dijo cuando levantó la vista. Se empujó las gafas hacia arriba por el puente de la nariz–. ¿Cómo está?

–Sigue dormido –dijo Melina–. Jasper, en serio, deberías volver a la ciudad. Yo me quedaré en casa de mi padre esta noche y mañana tomaré un Uber al hospital. Volveré en tren después de que le den el alta.

–¿Se lo has dicho a Mel?

–Eh... lo haré –respondió Melina–. Más tarde.

–Claro. Obviamente no es una prioridad –Jasper cerró el ordenador. Su mirada se apartó de la de ella–. Sé que tienes una buena excusa, pero espero que puedas regresar antes de la primera representación con público. Hay... tanto de ti en eso.

Entendió que se refería a la investigación que él pensaba que ella había hecho, y al hecho de que Emilia era su antepasada. Si supiera…

Melina se dio cuenta de que quería ser honesta con Jasper. Su comportamiento en las últimas doce horas había sido muy diferente

del crítico que la había destrozado cuando estaba en la universidad. En ese entonces le había molestado que Jasper la juzgara tan mal; ahora, tenía la objetividad para admitir que ella había hecho lo mismo con él. «Es una historia algo graciosa», empezaría a decir ella, excepto que no sería graciosa, y no tenía la energía emocional en este momento para esa conversación. «Cuando vuelva, le diré la verdad», se prometió Melina.

–Fue realmente muy amable de tu parte traerme aquí.

Con las mejillas sonrojadas, él miró hacia abajo y asintió con rapidez.

–Está bien –dijo. Luego cogió sus cosas y se puso de pie.

–Conduce con cuidado.

–¿De qué otra forma podría conducir? –Jasper se burló, dio media vuelta y salió de la sala de espera de cirugía.

Melina soltó una risita suave. Para un extraño, ese intercambio haría parecer a Jasper un idiota.

Pero ella ya no era una extraña.

Varias horas después, el padre de Melina despertó. Su voz seguía áspera y débil después de que el equipo respiratorio lo extubara. Ella se sentó al lado de su cama, y él dijo:

–Sé lo que estás pensando.

–¿Que, si no te hubieras estado a punto de morir, querría matarte por haberme ocultado esto?

–No –suspiró su padre–. Que hay maneras más fáciles de hacer que vengas a visitarme.

–Pensé que te iba a perder también –ella tomó su mano.

–¿Sabes cuál es el problema con los cuerpos? –dijo él–. Son una traición constante.

Melina supo que pensaba en su madre. Tragó saliva.

–Papá, debí haber estado aquí.

–No debiste estar aquí en absoluto. Si hubieras estado, eso querría decir que habría fallado como padre. Ahora tienes tu vida, y se supone que debes vivirla.

–Entonces, al menos debí haber...

–Nada de lo que hiciste o dejaste de hacer hubiera cambiado nada, Melina. Créeme. Ya pasé por eso. Si tan solo hubiera hecho la prueba de radón en la casa antes, si tan solo le hubiera insistido cuando dijo que no quería hacer la quimioterapia una segunda vez... ¿habría cambiado el resultado? Incluso si aún vivieras en casa, no habrías sabido que había una bomba con el contador corriendo en mi pecho. Ni siquiera yo lo sabía –se esforzó por subirse un poco más sobre las almohadas–. Lo que sé es que tengo la sensación de que algo ha muerto en mi boca.

Melina sirvió un poco de agua de una jarra de plástico en un vaso con una pajita y observó cómo su padre bebía. Se prometió no estar tan concentrada en el futuro como para dejar de prestarle atención a lo que sucedía en el momento. Era el daño colateral de la ambición, pero se obligaría a reiniciar el cronómetro, desde ese mismo instante.

–No hay nada como ese primer sorbo cuando tienes mucha sed –dijo su padre con una expresión de completa felicidad en el rostro–. Lo habría echado de menos.

–Yo te habría echado de menos –dijo Melina, y se acurrucó en la cama junto a él.

Cuando Beth llegó para llevar a Melina de vuelta a la casa de su padre, él dijo:

–Esta es Beth.

Y eso fue todo. Al llegar a casa, Melina se sirvió un tazón de cereales y se dio una ducha. La única ropa en su cajón era de la secundaria, así que se puso una camiseta de Fall Out Boy y un pantalón deportivo con el logotipo de su mascota escolar, un dragón, en el trasero.

Se preguntó si Jasper ya habría llegado a casa. Estaba bien que se hubiera ido mientras su padre todavía estaba en cuidados intensivos, porque, si hubiera conocido a su padre, habría tenido que explicar por qué Jasper la llamaba Andrea. Además, ¿qué hubiera pasado si su padre reconocía el nombre del crítico que la había incendiado en la universidad?

Melina deslizó el dedo por sus mensajes hasta encontrar el nombre de Andre. «Papá está bien. Ha salido de la cirugía», escribió.

Inmediatamente vio tres puntos que giraban.

Melina esperó. Y esperó.

Los tres puntos desaparecieron y un emoji de pulgar hacia arriba apareció junto a su mensaje.

Se acurrucó de costado y se quedó dormida esperando un mensaje más largo de Andre que nunca llegó.

Melina pasó los siguientes seis días yendo y volviendo del hospital, registrando la lenta mejoría de su padre. Después de esos seis días, le dieron el alta y Beth los llevó de regreso a casa. Cuando ella salió al supermercado, Melina se sentó junto a su padre en el sofá.

–¿Podemos hablar del elefante en la habitación? –dijo.

–¿Beth? A ella no le gustaría que la llames así –respondió su padre levantando las cejas.

–¿Dónde la conociste?

–En una aplicación de citas –aclaró él.

–¿Estás en una aplicación de citas? –la mandíbula de Melina cayó.

–¿Y tú no?

–¡No! –dijo ella.

–Ah. Bueno. Ella también es viuda. Su esposo murió en 2020 durante la primera ola del covid. Creo que por eso nos llevamos tan bien –miró a Melina–. Teóricamente sabes que, cuando amas a alguien, en algún momento lo perderás o te perderá a ti. Pero hasta que no pasa y eres tú quien se queda atrás, realmente no entiendes lo que eso significa.

–Me alegro de que la hayas encontrado... –logró decir Melina, aunque sentía un nudo en la garganta.

–Pero ella no es tu madre.

Ella asintió, suspirando de alivio.

–Por eso no te lo dije. No sabía cómo –su padre se frotó el mentón–. Dios, amaba a tu madre. Pero estaba muy, muy enferma. Y aun así, no habría cambiado ni un solo momento de todo el tiempo que pasé con ella. Ni siquiera cuando vomitaba o cuando

lloraba hasta quedarse dormida. El amor no es como en las películas de Hallmark, Melina. Es como *Jeopardy!*, pero con categorías tan acotadas que solo dos personas en el mundo saben las respuestas: *¿Has visto mis gafas para leer? ¿Tengo una garrapata en la espalda? ¿Estarás allí para mí cuando llegue el momento de irme?* –sacudió la cabeza, riendo con amargura–. Dicho sea de paso, cuando la gente dice que esto es lo que tu madre habría querido para mí, no les creo ni una palabra. Tu madre habría venido hacia mí con un hacha si me hubiera visto con otra mujer. Pero... también creo que me perdonaría –una pequeña sonrisa cruzó su rostro–. Porque eso es lo que hacen los mejores amigos.

«Eso es lo que hacen los mejores amigos». De repente, Melina necesitaba hablar con Andre.

Su padre se estaba recuperando a la perfección y Beth cuidaría bien de él. Melina, por su parte, tenía algunos puentes que reconstruir y algunas confesiones que hacer.

–Papá –dijo–, voy a regresar a la ciudad.

–Ya era hora –respondió él–. No deberías estar aquí cuando Beth me dé un baño con la esponja.

–Nunca vuelvas a decir esas palabras. –Melina se estremeció y luego abrazó a su padre–. Se va a estrenar una de mis obras –susurró Melina, la primera vez que lo decía en voz alta–. Tienes que ponerte bien para poder venir. Lleva a Beth –añadió mirándolo a los ojos.

La noche antes del preestreno de *Con cualquier otro nombre*, el tren de Melina llegó a Penn Station a las ocho de la tarde, así que fue directamente al ensayo general. Se deslizó por la parte trasera del teatro y se sentó en la última fila. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo distinguir a Andre y a Raffe sentados detrás de una mesa improvisada: un trozo de madera equilibrado sobre una fila de sillas, con una pequeña luz de lectura iluminando la superficie. El diseñador de vestuario y el escenógrafo estaban en la primera fila tomando notas. Jasper no estaba en el teatro.

Los actores se encontraban en el escenario, con los trajes puestos y micrófonos, y, por un momento, Melina apenas pudo respirar. Era como ver un sueño tomar forma en tres dimensiones.

Supo, por el diálogo que se estaba interpretando, que estaban cerca del final de la obra.

Emilia caminaba con Marlowe, ambos vestidos con versiones blancas de sus atuendos. Detrás de ellos, en fila, estaban todas las personas que habían dejado huella en la vida de Emilia Bassano: la condesa Bertie, Mary Sidney, Bess, Hunsdon, Southampton, Henry, incluso Alfonso. Todos los que importaban, excepto Shakespeare.

Melina lo había omitido intencionalmente. Cuando Emilia daba su monólogo final, explicando que su escritura viviría mucho más que la escritora, Melina no quería que Shakespeare estuviera presente. Era lo mínimo que Melina podía hacer por su antepasada: permitir que la audiencia se fuera con la cara de Emilia en su mente por una vez, en lugar de la de él.

Se inclinó hacia adelante y sus labios repitieron en silencio las últimas líneas de Emilia. Excepto que la actriz dijo lo contrario.

En lugar de lo que Melina había escrito, Emilia estaba diciendo lo opuesto: que las palabras no importaban más que el escritor.

–¿Por qué tiene que ser uno u otro? –recitó Daya–. ¿Por qué no ambos?

Luego, la fila de actores en el fondo del escenario se separó para revelar a Shakespeare, el único actor vestido con un traje de colores vibrantes. Las luces se estrecharon hasta enfocarlo, mientras Emilia, en la oscuridad, decía:

–Había una vez una chica que se volvió invisible para que sus palabras no lo fueran.

El escenario se apagó. Melina sintió que se levantaba de su asiento, impulsada por la indignación.

¿Cómo se atrevía?

¿Cómo se atrevía, maldita sea?

Las luces de la sala se encendieron mientras Raffe aplaudía.

–¡Bien hecho, todos! Quitaos el vestuario y volvamos a reunirnos aquí en quince minutos. Josefina, ¿por qué el lado izquierdo del escenario sigue tan oscuro que no puedo ver las caras de los

actores? –mientras corría hacia la cabina de luces, pasó junto a Melina–. ¡Has vuelto! Mel me contó lo de tu padre. Espero que esté mejor.

Ella no confiaba en sí misma para hablar, así que asintió y pasó junto al director hasta llegar a Andre.

–¿Puedo hablar contigo? –dijo, tensa.

–Claro. Pero mejor que sea para darme las gracias. –Andre la miró.

Ella inclinó la cabeza hacia la puerta. Cuando llegaron a una salida de incendios que conducía a un callejón detrás del teatro, ella la abrió de golpe, sumergiéndolos en el calor de la noche.

–Ese no es el final que escribí –acusó Melina.

–Tú no estabas aquí –respondió Andre.

–¡Mi padre estaba en el hospital!

–¡Lo sé! Y lo siento mucho. Pero desapareciste durante una semana. Tú fuiste la que quiso que yo fuera Mel Green, así que no te pongas furiosa conmigo por hacer lo que me pediste.

Ahora estaban uno frente al otro, y la voz de Melina se elevaba en tono y volumen.

–Nunca te pedí que cambiaras mi obra. De hecho, confié en ti para que no lo hicieras.

–No estaba funcionando. –Andre cruzó los brazos.

–¿Así que la cambiaste sin preguntar?

–Tú. No. Estabas. Aquí. –Andre escupió las palabras–. Emilia Bassano está enterrada en una tumba sin nombre. ¿De verdad crees que le gustaría que nadie sepa quién demonios fue? Porque yo no. Raffe no. Daya no. El personaje que escribiste no estaría de acuerdo con eso.

–Vaya. Gracias por explicarme mi obra –dijo Melina.

–No te metas en el papel de la marginada –dijo Andre, con voz baja y letal–. No, a menos que yo pueda hacerlo también. *Spoiler*: sí importa que te den crédito por tu trabajo, Mel. ¿Quieres saber por qué estoy tan seguro? Porque llevo tres semanas aquí, haciéndome pasar por ti, cuando no puedo lograr que me produzcan una obra siendo yo.

–Cámbialo de nuevo. –Melina tragó saliva, con los ojos brillantes.

–Cámbialo tú –respondió Andre–, porque yo me voy.

–No puedes irte –murmuró Melina, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho–. Se supone que eres mi amigo.

–Se suponía que tú también lo eras.

Había algo en su voz, un atisbo de arrepentimiento o decepción, como un sabor en un plato que no se puede identificar.

Hizo a Melina a un lado y se alejó por el callejón.

–Andre –dijo, girándose. Su cerebro iba a cámara lenta–. ¡Andre!

Corrió tras él, pero un grupo de mujeres borrachas con una novia de despedida de soltera la interceptó. Miró a izquierda y derecha, pero Andre ya había desaparecido.

Tendría que volver dentro y explicarle a Raffe que Andre se había ido, pero que él no era Mel Green; ella lo era. Y el estreno de la obra estaba a solo unos días.

La casa de naipes que había construido comenzó a desmoronarse a su alrededor. Su plan había comenzado como una necesidad de justificar su talento, pero se había transformado en ambición.

Qué endemoniadamente shakespeariano.

Había intentado ser otra persona para darle una lección a Jasper Tolle, y, en su lugar, había aprendido que la verdadera Melina Green no era alguien de quien estuviera demasiado orgullosa.

–¿Andrea?

Como si lo hubiera invocado, Jasper estaba a un paso de ella. Él echó un vistazo a su rostro y frunció el ceño.

–¿Tu padre está...?

Antes de que Jasper pudiera terminar, Melina comenzó a llorar.

Jasper había estado pensando en Andrea ese día, después de una semana de ausencia, y entonces ella apareció como un fantasma de su imaginación. Había querido llamarla para ver cómo estaba su padre, pero analizó y sobreanalizó si era apropiado hacerlo en una relación de trabajo, y finalmente se convenció de que no lo era. Además, ella estaba ocupada. No necesitaba que alguien la distrajera de cuidar a un padre enfermo.

La echaba de menos. Era tan simple como eso. Le gustaba la forma en que discutía con él, y cuando sonreía, le gustaba como la mitad izquierda de su boca se levantaba antes que la derecha. Pero ahora no sonreía en absoluto. Estaba llorando, y él no tenía idea de qué hacer.

Le ofreció llevarla a casa, pero ella negó con la cabeza violentamente. Al mencionar sentarse un momento en el teatro para calmarse, comenzó a temblar tan fuerte que Jasper le agarró la mano y la arrastró a la estación de metro más cercana.

Y así fue como Andrea terminó en el sofá del apartamento de Jasper. Le dio una caja de pañuelos y en ese momento le ofrecía un trago de whisky.

–No me gusta el whisky –dijo ella.

–A mí tampoco –admitió Jasper–, pero en las películas es lo que le das a alguien que no deja de llorar.

–Debes pensar que estoy loca –ella se secó los ojos otra vez.

Él negó con la cabeza.

–Pienso que mi apartamento es realmente... gris –miró el sofá gris, las paredes de un gris más claro, la cocina monocromática. Andrea, con su camiseta de Fall Out Boy de colores primarios y el rostro rojo, resaltaba como una flor de invernadero.

–Yo –anunció ella– soy un maldito desastre.

Jasper no estuvo de acuerdo. Las lágrimas solo hacían que sus ojos se volvieran aún más claros, de un plateado brillante. Se sentó en la mesa de café (también gris) frente al sofá, para estar cara a cara con ella.

–Quiero decir, la camiseta de Fall Out Boy es cuestionable. Mejor Coldplay o nada, pero...

–Soy un maldito desastre –repitió Andrea–, por dentro también.

–¿Quieres... hablar de eso? –sabía que eso era lo que se esperaba que dijera, porque había estado en muchas situaciones antes donde no lo dijo y luego se dio cuenta de que había sido un error. «Por favor, no quieras hablar de eso», rogó en silencio.

–No quiero, pero tengo que hacerlo –dijo Andrea, con un nudo en la voz–. No soy quien crees que soy.

Él parpadeó, mientras su mente se sumergía en lo extraordinario: «Está en el programa de protección de testigos. Es de la CIA». Y «Debería haberme servido un poco de whisky yo también».

–Soy Mel Green –continuó Andrea.

Él frunció el ceño, preguntándose si ella había olvidado tomar sus medicinas, o estaba drogada, o si se había golpeado la cabeza antes de encontrarla.

–Melina, en realidad –corrigió ella–. Mi nombre es Melina Green. Y fui yo quien escribió la obra que tanto te gustó, la que querías ayudar a estrenar.

Jasper intentó retroceder en el tiempo a su primer encuentro. El nombre de la dramaturga se lo había dado el director artístico del Village Fringe. Dado lo competitivo que era este negocio, ¿por qué no habría reclamado ella la autoría de la obra?

–Fue un accidente –comenzó Andrea ¿o Melina? *Maldita sea*. Explicó cómo había intentado hacer producir una obra durante diez años, y cómo su mejor amigo la había enviado a un festival con un director artístico notoriamente sexista. Cómo habían planeado revelar que Melina era la verdadera autora de la obra en un acto público, para que Dubonnet no tuviera más opción que mantenerla como una de las ganadoras. Pero, luego, Jasper había aparecido.

–¿Por qué eso importaba?

–Porque –dijo Melina– tú y yo ya nos habíamos encontrado.

Jasper parpadeó. Dado el tirón visceral que sentía en su estómago cada vez que ella estaba cerca, le pareció imposible haberla conocido y no recordarlo.

–Creo que te equivocas.

–Oh, no –rio con suavidad–. Definitivamente, no. ¿Recuerdas dónde estabas en mayo de 2013?

Estaba trabajando para el *Times*, aún con poca experiencia. Ella debía ser demasiado joven para haber estado en el mundo del teatro por aquel entonces. ¿Acaso había sido camarera y el había olvidado dejarle propina? ¿O una estudiante de periodismo que le escribió una carta que él nunca respondió?

–Fuiste jurado en mi obra en el Bard College –dijo Melina–. Y para decirlo de forma delicada, no te impresionó.

Jasper recordaba vagamente el concurso en la que había sido juez. Había tomado dos martinis de antemano para calmar los nervios. Pero no había tenido ninguna duda de que todos deseaban escuchar sus opiniones sin filtro. No podía recordar de qué trataba la obra ni cómo se veía ella en ese entonces, si es que se había tomado el tiempo de mirarla bien.

–Dijiste que mi obra era insignificante –continuó Melina–. Y que yo era demasiado emocional para aceptar críticas. Me llamaste «difícil».

Con cada comentario, Jasper se estremecía.

–Eso suena... a algo que diría –admitió.

–Bueno, me lo tomé muy en serio. Pasé los siguientes diez años pensando que no era lo suficientemente buena como para ser escritora y acumulando rechazos que lo confirmaban. Luego llegó el Village Fringe. Cuando Dubonnet anunció que tú reseñarías las lecturas, pensé que podría reivindicarme. Sabía que mi obra era buena. Quería que la elogiaras y luego tendrías una gran revelación dramática donde descubrirías que la persona a la que le dijiste hace una década que nunca llegaría a nada en realidad era talentosa.

Melina bajó la mirada, tenía las pestañas húmedas y agrupadas.

–Cuando finalmente nos vimos cara a cara, ni siquiera parpadeaste. Yo había pasado diez años odiándote, culpándote, y tú... ni siquiera me reconociste.

Jasper hizo lo que lo había metido en este lío: actuó sin pensar. Acortó la distancia entre ellos y levantó el mentón de Melina. Esos ojos de mercurio se encontraron con los suyos.

–No puedo imaginar no haberte reconocido –dijo en voz baja–. Porque eres inolvidable.

Y entonces la besó.

Melina sintió cómo la verdad se arrancaba de su interior, como un diente dolorido, y cerró los ojos ante lo que estaba segura sería una avalancha de dolor. Jasper Tolle no era amigo de las mentiras. Manejaba el lenguaje como otros manejan cuchillos, y ella lo había puesto en una posición en la que tendría que admitir públicamente que lo habían engañado.

Sin contar que habían pasado horas y horas juntos, tiempo que Melina podría haber aprovechado para confesar.

Aquí era donde le decía que las mujeres adultas que querían ser dramaturgas no jugaban juegos.

Aquí era donde llamaba a Raffe y Tyce D'Onofrio y les decía que tenían un problema.

Aquí era donde, en lugar de llamar a *Con cualquier otro nombre* brillante y perspicaz, la calificaba de emocional y empalagosa.

Aquí era donde los defectos de la dramaturga eclipsaban los méritos de la obra.

Pero nada de eso sucedió. En cambio, sus dedos le rodearon el mentón, y su boca se encontró con la de ella. Sintió la presión de sus labios, el roce de su lengua, el sabor de él: menta, limón, deseo. Su beso fue una serie de preguntas: *¿Podríamos…? ¿Me dejarías…? ¿Serías capaz de…?*

Fue Melina quien se deslizó desde el sofá hasta su regazo. Hundió las manos en su cabello rubio mientras luchaba por acercarse más.

Pero, tan repentinamente como había comenzado, Jasper se apartó. Sus ojos se clavaron en los de ella, enormes tras sus lentes.

–¿Esto está bien? –preguntó.

¿Bien? Era justo lo que necesitaba. Después de la pelea con Andre esa noche, se había sentido completamente perdida, y Jasper era como un faro. Si él la quería, entonces debía valer algo. Tenía aún las manos enredadas en su nuca, y el pulso le latía con fuerza bajo los pulgares de él. Ella se acomodó y él emitió un quejido.

–¿No es obvio? –bromeó, acercándose más.

Pero Jasper no rio.

–No –dijo, completamente serio–. Para mí, no lo es.

Las manos de Melina se deslizaron de su cuello a sus hombros, y luego lo soltaron.

–Oh –dijo. Y luego, mientras lo entendía mejor–: Oh.

Tenía sentido: su indiferencia cuando sus críticas eran tachadas de crueles, su manera directa, que rozaba la brutalidad. No era desapego ni desinterés: era desconexión.

–A veces –dijo él, titubeante–, es como si hubiera una ventana borrosa entre el mundo y yo. No puedo verlos con claridad, y ellos

no me ven a mí. Neurodivergencia. Ese es el término, al menos.

Irónicamente, Jasper entendía a la perfección lo que era sentirse incomprendido por todos. Melina entrelazó sus dedos con los de él.

–Lamento mucho que te hayas sentido así –dijo.

Él llevó la mano de Melina a sus labios, y ella se maravilló de que alguien tan hábil con las palabras pudiera ser tan elocuente en sus silencios también.

–¿Quién eres? –murmuró ella.

–Sabes quién soy –respondió Jasper.

–No me refiero a tu nombre –Melina se frotó las sienes–. Durante diez años pensé que eras un idiota. Y resulta que no lo eres. Pero eso no significa que sepa quién eres en realidad.

–¿Qué quieres saber?

–Cualquier cosa –dijo Melina–. Todo.

–Mi helado favorito es el de menta granizada, pero el blanco, no el verde. Sé todas las líneas de la primera película de *Guardianes de la Galaxia*. Me rompí la clavícula tres veces en el mismo lugar: una vez jugando al fútbol, otra en un accidente de coche y una más durante una pelea en un bar.

–¿Tuviste una pelea en un bar?

–No tengo hermanos –continuó Jasper–, pero solía tener un amigo imaginario llamado Todd. Digo que soy alérgico a los hámsteres, pero en realidad no lo soy, solo les tengo terror. No aprendí a nadar hasta que estaba en la universidad. Tengo miedo a las alturas… Así que, por favor, Melina –volvió a tomar su mano, y esta vez la colocó sobre su corazón–, no me dejes caer solo –dijo suavemente.

Melina no estaba segura de quién se movió primero –si Jasper o ella misma–, pero ya estaba en sus brazos, pegada a él, con las manos quitando su camisa de los pantalones y deslizándolas por su espalda suave. Él tomó un puñado de su cabello, acercándola más, y deslizó la mano debajo de su camiseta.

–Fall Out Boy –se burló contra su boca, y sus labios se curvaron en una sonrisa contra los de Melina.

Cuando él torpemente intentó desabrochar el cierre de su sostén, ella pensó que iba a arder, y, un segundo después, ya estaba tendida en el suelo de la sala bajo él. Una de las manos de Jasper le

sujetaba sus propias manos por encima de la cabeza mientras su aliento le rozaba el abdomen. Sus dientes atraparon el nudo de su pantalón deportivo.

–Habitación –murmuró él, como si intentara convencerse a sí mismo, pero ella negó con la cabeza y cruzó las piernas detrás de su espalda para encerrarlo. Le quitó la camisa de un tirón por sobre la cabeza, pensando que era un crimen que ese cuerpo estuviera escondido tras las formalidades de un trabajo de oficina, mientras él le deslizaba los pantalones por las piernas.

–No es miércoles –dijo él, mirando la letra cursiva de su ropa interior.

–Era la única ropa limpia que tenía en Connecticut –logró decir ella, mientras él cerraba la boca sobre la tela, respirándola.

–Es confuso –murmuró él.

–Lo tendré en cuenta para la próxima –jadeó Melina, mientras la última barrera entre ambos desaparecía, y esa boca, esa lengua abrasiva y precisa, se movía sobre ella.

–La próxima –repitió Jasper con asombro, como si esas palabras acabaran de nacer en el mundo y él fuera el primero en escucharlas.

Hubo una siguiente vez, durante la cual Jasper se golpeó la cabeza contra la mesa de centro, razón por la cual, para la siguiente, se trasladaron a su habitación. Después, Melina salió de allí para usar el baño, y revisó las alacenas de su cocina. Solo encontró alimentos decepcionantemente saludables y, escondido detrás de la granola y los chips de kale, un glorioso paquete de galletas Thin Mints. Se lo llevó de regreso a la cama y observó cómo Jasper luchaba consigo mismo para no comentar mientras ella se metía bajo las sábanas para comerlas ahí.

–Pareces –dijo ella– como si estuvieras a punto de que te amputen un miembro sin anestesia.

Él se había quitado las gafas, lo que lo hacía parecer incompleto.

–Migas.

–¿Y si tengo cuidado?

–¿Y si eres una bestia bárbara?

–Oh –Melina sonrió–. Eso significaría que puedo saquear.

–Los piratas saquean –dijo Jasper–. Los bárbaros...

Ella se giró encima de él, dejando caer las galletas sobre las sábanas.

–Los bárbaros conquistan –dijo Melina.

Melina despertó con la luz del amanecer filtrándose en el cielo y Jasper apoyado sobre un codo, con las gafas puestas, mirándola.

–Hola –dijo ella con timidez.

–Hola.

No podía recordar la última vez que había tenido sexo tres veces en una sola noche. De hecho, no podía recordar la última vez que había tenido sexo. La hilera de preservativos que Jasper había sacado de su baño serpenteaba por su mesita de noche, detrás de su hombro. Se encontró alargando la mano para trazar la línea de vello que iba desde su pecho hasta las partes de él aún cubiertas por la manta, pero él tomó su muñeca suavemente antes de que pudiera ir mucho más allá.

–¿Quieres hablar de esto? –preguntó.

–¿De esto? –repitió Melina, señalando entre ambos–. ¿O del espectáculo?

–¿De las dos cosas? –él enredó los dedos en su cabello–. Podrías haberme dicho quién eras. No habría hecho diferencia.

–¿De veras? –ella arqueó una ceja–. ¿Te habría impresionado igual la obra si hubieras sabido que la escribió una mujer, en lugar de un hombre?

–Un buen trabajo es un buen trabajo...

–Pero incluso un nombre está marcado de prejuicios –rebatió Melina–. Sé honesto. Si hubieras visto la historia de Emilia sabiendo que la escribió una dramaturga, ¿la habrías desechado como otro alegato feminista? ¿Habrías querido que se estrenara? ¿O fue la novedad de que un hombre escribiera sobre esto lo que te hizo pensar que era tan profundo?

–Cuando critico una obra, miro la escritura, no el género del dramaturgo.

–Pero tampoco lo ignoras –dijo Melina con suavidad–. Ya estás influenciado por lo que piensa la sociedad.

–Lo que dices no tiene sentido –dijo Jasper.

–Cuando creé a Emilia, la hice de ideas firmes, manipuladora y sexual, a pesar de que los hombres siempre dicen que mujeres así no son empáticas. Pero lo que realmente significa es que las mujeres como ella los incomodan, y por nada del mundo se puede permitir que eso suceda. Así que las historias sobre hombres complejos y completos se llevan al escenario, mientras que las historias sobre mujeres igual de complejas no... Lo que refuerza la creencia de que los hombres, y sus experiencias, importan más. Se convierte en un ciclo –Melina lo miró de reojo–. ¿Lo ves?

–¿Ver qué?

–Te pone nervioso. Te molesta que te señalen un comportamiento que nunca te habías cuestionado.

–No me pone nervioso –insistió él–. Solo creo que estás generalizando mucho sobre lo que pasa y lo que no. La solución no debería ser una cuota de política de identidad... sino quién puede contar la mejor historia.

–Eso es exactamente lo que diría un hombre blanco heterosexual.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Que siempre hay alguien dispuesto a escucharte –explicó Melina–. Cuando las únicas historias que se cuentan son las de hombres blancos heterosexuales, se convierte en la norma. La gente asume que las únicas historias que darán ganancias son las de esa experiencia en particular, cuando en realidad hay audiencias enteras deseando verse reflejadas en el escenario. ¿Sabes lo gratificante que sería para más mujeres, personas negras, latinas, indígenas, trans o con discapacidades verse representadas en el teatro? La respuesta es que no, que no lo sabes, porque siempre te viste reflejado allí.

Esperó que él le dijera que estaba equivocada, y eso, claro, sería prueba de todo lo que estaba diciendo. Pero, en lugar de eso, Jasper frunció apenas el ceño. Era evidente que estaba haciendo una especie de cálculo mental sobre cómo había salido beneficiado por el cuerpo en el que había nacido.

Entonces, de repente, la tomó por los hombros y le estampó un beso.

–Eres brillante.

–Eso –dijo Melina– no era lo que esperaba que dijeras.

–Dos pájaros de un tiro –los ojos de él brillaban–. Revelas que tú eres la verdadera dramaturga de esta obra, y conseguimos atención mediática positiva por ello. –Jasper se recostó contra el respaldo de la cama, llevándose las sábanas con él, mientras Melina se incorporaba también–. Solo tienes que dejar que te ayude.

–¿Cómo? –ella entrecerró los ojos.

–En el *Times*. Te juro que puedo escribir un buen artículo sobre género y teatro. Hablará de Emilia y de cómo en más de cuatrocientos años nada cambió, demostrado por el hecho de que una dramaturga talentosa, magnífica y preciosa –esa eres tú– tuvo que esconder su género para conseguir que una obra sobre este mismo tema se produjera. La gente me lee –dijo Jasper. Era una afirmación, no un alarde–. Esto podría iniciar una conversación que el teatro necesita tener –la besó de nuevo–. Y sí, sé lo irónico que es que un crítico de teatro hombre tenga que captar la atención del mundo para algo que las escritoras vienen diciendo hace años.

Melina se mordió el labio inferior. Era posible que Jasper ofreciera esto desde una óptica de justicia. También era posible que solo quisiera proteger su reputación en el caso de que *Con cualquier otro nombre* fuera cancelada por un productor sin ganas de ser peón en un plan de venganza. Incluso si le daba el beneficio de la duda, había algo en esconderse tras el nombre y la influencia de Jasper que le resultaba derrotista.

–Confía en mí –dijo él suavemente–. Las únicas personas que realmente pueden criticar el teatro son las del teatro. Después del asesinato de George Floyd, se criticó al mundo del teatro por su falta de diversidad, así que hicieron espacio para un asiento extra. Solo un mísero asiento... cuando lo que realmente necesitaban era construir una maldita mesa más grande.

Melina pensó que quizás esa era la forma en que empezaban los cambios, una mente cada vez. ¿Qué tal si la espada lingüística que Jasper blandía en sus columnas esta vez se usara no para destruir,

sino para proteger? ¿Y si, por una vez, en lugar de asumir que estaba sola en esta lucha, aceptaba ayuda?

–Está bien –dijo ella–. Confío en ti.

Jasper dejó a Melina dormida, con el cabello negro desordenado sobre su almohada y las manos aferradas a sus sábanas. Sabía que, al despertar, ella estaría estresada por los siguientes pasos –no solo por esta nueva relación, sino también por la obra y su pelea con Andre–. Se lo había confesado en un momento de tranquilidad la noche anterior mientras se abrazaban: el contrato de alquiler de su apartamento estaba a nombre de Andre, y no estaba segura de sentirse preparada para enfrentarlo y pedirle su ropa, sus libros o siquiera su cepillo de dientes.

Podía leer toda la biblioteca de Jasper completa, y él le compraría un cepillo de dientes. En cuanto a la ropa, no le molestaría que no recuperara nada y se quedara desnuda en su cama para siempre.

Salió del dormitorio en silencio, agarró una bata (también gris, por el amor de Dios) y se la puso. Tenía miedo de despertarla moliendo café, así que se preparó un té con una bolsita de dudosa antigüedad, y eso que odiaba el té. Era una clara señal de lo rápido que esta mujer había puesto su mundo del revés.

Luego se sentó en un banquito junto a la barra de la cocina, abrió su portátil y empezó a escribir.

Desde 2020, Broadway enfrenta un proceso de revisión en torno a la inclusión y la diversidad. Aunque hubo algunos avances para ciertos grupos marginados, y más producciones de autores BIPOC y queer, las mujeres quedaron atrás. Ante los merecidos logros de estos otros escritores, las creadoras mujeres dudan, comprensiblemente, en decir que fueron relegadas –una vez más– porque hacerlo refuerza el estereotipo de que se quejan por todo.

Pero yo sí puedo decirlo.

Jasper se encorvó sobre el teclado y escribió con furia. Habló de la crítica que había escrito sobre el cuerpo de una actriz, avergonzándola, y de cómo eso lo había relegado a cubrir un festival de teatro alternativo. Habló de haber visto y amado *Con cualquier*

otro nombre. Habló de Mel Green, o de quien él pensaba que era Mel Green en ese momento, y de su joven asistente femenina. Luego se retrotrajo al Bard College, diez años atrás, y su primer encuentro con ella.

Escribió sobre la verdadera Emilia Bassano, y cómo era posible que durante más de cuatrocientos años sus obras se le hubieran atribuido a otra persona. Habló de cómo la sociedad le había impedido a Emilia escribir públicamente a menos que se escondiera detrás del nombre de un hombre.

Escribió sobre Melina Green, a quien le habían dicho que los temas sobre los que escribía eran demasiado pequeños, demasiado sentimentales y de escaso atractivo comercial. Y también sobre el hecho de que quien le había dicho eso había sido, en realidad, el propio Jasper; el mismo crítico que había amado su obra cuando no sabía que la había escrito una mujer.

Reconoció su propio sesgo inconsciente y, al hacerlo, invitó al resto de la comunidad teatral y a su audiencia a reconocer el suyo.

Finalmente, Jasper subió su columna para su editor. Añadió una nota: *No es lo que suelo hacer, pero llega en el momento justo. ¿Podemos publicarla ya?*

Como si lo hubiera oído, Melina apareció en el marco de la puerta del dormitorio, deliciosamente despeinada, con su sábana envuelta alrededor del cuerpo como el peplos de una diosa griega.

Todos sabían que la cuna del teatro era la antigua Grecia. *Drama* venía del griego clásico *δρᾶμα –acción* u *obra–* que a su vez evolucionaba de *δράω*: *yo hago*.

Yo hago.

Jasper no pudo evitar la ligereza que lo invadía, un segundo sol naciendo en su interior. Se levantó del banquito y flotó hacia ella.

–Ahí estás –dijo, como si la hubiera estado esperando desde hacía siglos.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE – GUION DE ENSAYO

EMILIA entra y encuentra a **ALFONSO** sentado a la mesa, rodeado de sus cartas de **SOUTHAMPTON** y **SHAKESPEARE.** Junto a él, una botella vacía de ginebra.

ALFONSO

(Con calma inquietante)

¿Dónde está tu laúd? Estabas dando clases de música, ¿no es así?

EMILIA

(Completamente atrapada)

Yo…

ALFONSO

(Leyendo)

«Estoy perdido sin ti. Tuyo, S.» ¿Un guantero? Lo único que está siendo «enguantado» aquí es su verga.

(Lanza una copia impresa de *Venus y Adonis* a **EMILIA**)

Qué descuido, Emilia. ¿Poesía, con su nombre impreso?

LA MUJER COMO BESS

Había confundido las cartas. No se dio cuenta de que la «S» era por **SOUTHAMPTON;** asumió que tenía un amorío con **SHAKESPEARE**… y que había guardado su poema. Pero lo peor: ella había escondido las cartas en la lana de su colchón, junto con el dinero que había ganado escribiendo. Y ahora, todo era de él.

EMILIA

Alfonso, espera…

LA MUJER COMO BESS

La tiró al suelo mientras ella intentaba respirar, solo para perder el aire cuando la punta de su bota golpeó su vientre una y otra vez. Intentó arrastrarse lejos de él, con sangre corriéndole por el mentón.

EMILIA

(Sollozando)

Por favor…

(A **LA MUJER COMO BESS**)

Asegúrate de que Henry no entre.

LA MUJER COMO BESS sale.

ALFONSO

Voy a sacarlo de ti a la fuerza.

ALFONSO abre bruscamente la bragueta de sus pantalones, inmovilizando a **EMILIA** contra el suelo. Levanta sus pesadas faldas mientras ella...

EMILIA

1596-1604

Emilia tiene entre 27 y 35 años.

Emilia estaba acostada boca abajo en la orilla del arroyo, con el pequeño Henry a su lado.

–¿Así, mamá? –preguntó él, levantando una pequeña piedra blanca del sedimento de la ribera en Paris Garden.

–Es perfecta, mi amor –respondió ella, besando su cabello cobrizo, allí donde el sol lo coronaba–. ¿Dónde la vamos a poner?

–En el trono de la reina –dijo Henry–. Porque el rey es muy travieso.

Emilia acomodó suavemente la piedra en la pequeña escena que habían creado. Era un jardín de hadas, como los que solía hacer cuando era niña.

Había momentos como ese –cuando la ciudad no era lúgubre y gris como de costumbre, y cuando podía pasar una tarde con Henry comiendo galletas con crema y contando historias– en los que Emilia se permitía imaginar otra vida.

Si su familia se hubiera quedado en Bassano del Grappa, ¿estaría casada con algún músico que conociera desde su infancia? ¿Habría considerado alguna vez la idea de escribir?

¿Qué habría pasado si la condesa no se hubiese vuelto a casar y, en cambio, la hubiese alentado a seguir estudiando? ¿Se sentiría incluso más frustrada de lo que se sentía ahora?

¿Qué habría sido de ella si nunca hubiese quedado embarazada y siguiera viviendo con Hunsdon, como un ruiseñor en la más bella de las jaulas?

Observó a su hijo meter otra vez su mano regordeta en el agua. Bueno. Sabía perfectamente lo que se habría perdido si esa hubiese sido su vida.

–¿Por qué el rey haría que su reina ame a otra persona? –preguntó Henry.

Era un niño tranquilo y sabio para su edad.

–A veces, la única manera de valorar el amor es perdiéndolo primero –respondió Emilia.

Le relató la vieja historia que solía contarles a sus primos pequeños una década atrás, sobre el rey de las hadas que quiso jugarle una broma a su reina. Pero, esta vez, Emilia añadió cuatro amantes en el bosque, enredados en la misma magia engañosa, de modo que dos hombres terminaron enamorados de la misma mujer.

Henry se dio la vuelta y quedó boca arriba.

–Pero es ridículo amar a un burro.

Bess, que había estado rondando cerca, le lanzó una mirada de reojo a Emilia.

–Es cierto, pequeño amo, que no es fácil estar casado con un asno.

Emilia se mordió la mejilla para no reír. Era fácil bromear sobre Alfonso mientras él estaba lejos, en alguna de sus campañas militares. No sabía cómo le estaba yendo ni le importaba. Y, en su ausencia, había creado otro tipo de familia.

–Cuando uno está enamorado, joven Henry, no hay nada ridículo en ello –dijo una voz profunda a sus espaldas.

Se dio la vuelta y vio a Southampton acercándose a grandes pasos.

–El aspecto de tu dama no importa, mientras puedas mirarla. De dónde viene no importa, mientras se esté dirigiendo hacia ti.

Se arrodilló junto a Emilia, entrelazando sus dedos con los de ella sobre las faldas de su vestido. Ambos eran cuidadosos con las muestras de afecto frente a Henry, porque era un niño y no se podía confiar en que guardara secretos, pero le habían presentado a

Southampton como un buen amigo de mamá. Siempre que podía, se unía a ellos en los jardines.

–Milord–murmuró Emilia, sonriendo–. ¿Me estás comparando con un burro?

–Solo si yo soy la carga de semejante bestia –él le apretó la mano.

Southampton se agachó junto a Henry. A veces Emilia encontraba similitudes entre sus perfiles, y otras creía que buscaba demasiado significado donde no lo había. Al final, no importaba. Southampton era la figura paterna que Henry merecía, sin importar cómo se hubiera dado.

–Milord, ¿has visto los osos? –le preguntó Henry, estirando el cuello para observar a la multitud que se dirigía a las fosas de osos cercanas.

–Los he visto, sí.

–Mamá dice que soy muy pequeño para ir.

–Tu mamá tiene razón. Pueden ser peligrosos. Una vez vi a un hombre entrar y luego salir de allí...

–Eso no suena peligroso... –Henry frunció el ceño.

–… con un oso tras él –agregó Southampton con una sonrisa.

Emilia observó cómo el rostro de Henry se iluminaba mientras Southampton narraba la historia. Las fosas de osos y toros no eran el único entretenimiento. El nuevo teatro, el Swan, estaba en sus últimas etapas de construcción, erigido por Francis Langley sobre los terrenos de la antigua mansión de Paris Garden.

En otra vida, ella y Southampton asistirían a una función en ese edificio majestuoso. Quizás, después de observar las emociones que sus palabras provocaban en él, le confesaría que ella había escrito esas líneas.

No era una idea más extravagante e imposible que otras. Southampton era un gran mecenas de las artes y tenía muchas más dedicatorias de las que había en el poema que ella le entregara a Shakespeare años atrás. A menudo hablaban sobre obras de teatro, pero Emilia nunca le había confesado que era autora de algunas de sus favoritas. Si Southampton se había reconocido en el personaje de Romeo, nunca lo mencionó.

Se hizo una nota mental: una historia sobre hadas, amantes y un hombre con cabeza de burro era demasiado específica para ser coincidencia. Si Southampton alguna vez la veía representada, podría sospechar. Emilia tendría que cambiar el cuento que le relataba a su hijo, para que no fuera idéntico a la obra que algún día le entregaría a Shakespeare.

–Joven Henry –dijo Southampton–, ¿me prestarías a tu madre por un momento?

Su hijo lanzaba piedras al agua y se entretenía viendo cómo se hundían. Con un gesto hacia Bess, Emilia permitió que el conde la ayudara a levantarse. Observó cómo su doncella se inclinaba junto a Henry, tomaba una hoja y la hacía navegar como un barquito, para absoluta felicidad del niño.

Caminaron un rato hasta quedar fuera de la vista. Entonces Southampton la atrapó en sus brazos y la besó, encajando en ella como una llave en su cerradura.

–No esperaba verte hoy –susurró Emilia en un suspiro. Se suponía que él estaría en la corte–. Es la mejor de las sorpresas.

–No creo que vayas a pensar lo mismo en un momento –murmuró Southampton contra su sien. La abrazó un poco más fuerte–. Está muerto, Emilia.

Su primer pensamiento fue: Alfonso. Sintió que flotaba, sostenida solo por los brazos de Southampton, pero él la sujetó contra sí.

–Hunsdon –dijo.

Emilia se quedó inmóvil. El lord chambelán era un hombre viejo; no era inesperado, pero eso no lo hacía más fácil. La lista de personas que la conocían y se preocupaban por ella se estaba reduciendo. Se preguntó cuánto faltaría para que pudiera contar únicamente consigo misma.

–Que su memoria sea una bendición –susurró.

–Quería que lo supieras por mí.

–Gracias –dijo simplemente, con una mano sobre su mejilla, y él asintió.

–Déjame acompañarte a casa.

Emilia negó con la cabeza. Él siempre se lo ofrecía, y ella siempre decía que no. Primero, un conde paseando por Mark Lane sería

demasiado llamativo. Segundo, era la casa de Alfonso, y él podía llegar en cualquier momento.

Desde que Southampton había rechazado a la hija del conde de Oxford, le habían sugerido otras posibles novias o las habían lanzado a sus brazos en los bailes. Emilia se imaginaba cómo él se escabullía de cada trampa con la gracia y el encanto que lo caracterizaban, de modo que la dama en cuestión ni siquiera se daba cuenta de que había sido descartada. Pero no sabía cuánto tiempo podría evitar el matrimonio. La reina querría que tuviera un heredero.

En otra vida, el joven Henry...

No se permitía ni pensar en eso.

Emilia sabía que Southampton no lo veía así, pero ella era la piedra que lo arrastraba hacia el fondo. Tarde o temprano, él se liberaría o se hundiría con ella. Tal como estaban las cosas, él intentaba salvarla de la tristeza, y ella no podía hacer otra cosa que causarle un eventual desconsuelo.

–Creo que me gustaría estar sola un rato –dijo Emilia–. ¿Avisarías a Bess?

Se dirigió hacia el río Támesis, acercándose al sitio de construcción del Swan. Parecía apropiado rendir homenaje a Hunsdon allí, en un lugar de teatro. Escuchó el golpeteo de los martillos e imaginó el refugio silencioso del estudio de Hunsdon: el crujir de las páginas en su escritorio, el sonido que profería a veces mientras tachaba una frase objetable. Recordó lo orgulloso que estaba cuando hizo crecer una patata a partir de una raíz traída por sir Francis Drake, y cómo habían probado el tubérculo hervido con ciruelas, remojado en vino y cubierto de ceniza, hasta que finalmente tuvieron que declararlo solo apto para alimento de gallinas.

Se imaginó las manos de Hunsdon sobre ella. No quitándole la virginidad, sino ayudándola a bajar de un carruaje como si fuera una verdadera dama, o limpiándole la frente cuando estaba febril. Había pagado por su cuerpo, pero había valorado su mente. Más importante, había hecho que ella misma la valorara, cuando hubiera sido más fácil creer que solo valía por el placer que su carne podía

brindar a un hombre. No era una figura paterna ni un amante, sino algo intermedio. Y había sido amable.

Se apartó del ruido de la construcción, llevó las manos al corpiño de su vestido y rasgó el escote. Apenas dos meses atrás había encendido lo que habría sido una vela de *yahrzeit* por el aniversario de la muerte de Kit.

El duelo era el impuesto por tener algo valioso.

Cuando regresó a la improbable estampa de una doncella, un niño común y un conde refinado soplando semillas de arce sobre el arroyo, Emilia ya había secado sus lágrimas y guardado sus recuerdos de Hunsdon. Se sentó junto a Southampton, cuya mirada perspicaz cayó sobre el desgarrón de su ropa.

–¿Qué te ha pasado?

–Una rama –mintió.

Southampton le había dicho al joven Henry que no había nada ridículo en el amor, pero sí lo había: su ingenua arrogancia.

Él solo podía amar las partes de ella que conocía. Pero Emilia nunca le diría que era una judía oculta. Una dramaturga. Que había concebido y abortado a su propio hijo. Y si él no sabía esas cosas, ¿amaba realmente a Emilia o solo a la persona que creía que ella era?

Southampton los acompañó hasta las escaleras de Paris Garden para tomar el ferry de regreso a través del Támesis. Revolvió el cabello de Henry, besó la mano de Emilia, rozando con los dientes el interior de su muñeca, y sus ojos fulgurantes se clavaron en los de ella cuando la ayudó a subir al bote. Un viento del norte ahuyentó el día templado y trajo una tormenta que sacudió la plataforma plana del ferry. Henry, asustado, se escondió en las faldas de Emilia, entre sus piernas.

Caminaron bajo la lluvia de regreso hacia Mark Lane, y, cuando Emilia abrió la puerta, los tres estaban empapados hasta los huesos.

En el interior del hogar, inclinado en una silla, con los pies desnudos y sucios apoyados sobre la mesa de roble, encontró a un

irreconocible Alfonso. Su cabello estaba rapado al ras y apestaba a alcohol, incluso a distancia.

Una pila de harapos –¿un uniforme?– se desparramaba en el suelo frente a la chimenea, que no se había molestado en encender. Cuando una sonrisa se deslizó por su rostro, ella vio que le faltaba un diente.

–Hola, esposa –dijo con voz arrastrada–. ¿Me extrañaste?

Hasta ese momento, Emilia no se había dado cuenta de que, cuando a tu paisaje le falta una pieza durante meses, puedes convencerte a ti mismo de que esa pieza nunca existió.

–Alfonso –dijo–. Qué bien verte.

Se dio cuenta de su error de inmediato: había saludado a su esposo como si fuera un extraño en su propia casa. Él se levantó, tambaleándose.

–Lo que quieres decir es: qué bien de mi parte dejar que te quedes en mi casa mientras yo no he estado aquí –dijo él.

–Sí, claro –dijo ella, buscando una moneda en su bolsillo. La presionó hacia atrás, buscando a ciegas a Bess, quien sabría qué hacer. Lo último que quería era que Henry saliera nuevamente bajo la lluvia torrencial, aunque fuera para comprar un dulce o cualquier soborno que Bess pudiera permitirse con la moneda que Emilia le había dado, pero… en realidad no. Lo último que quería era que Henry fuera testigo de lo que iba a suceder.

Oyó la puerta cerrarse detrás de ella, y suspiró aliviada.

–¿Estás... de permiso entonces? ¿De la batalla? –le preguntó.

–Podrías decirlo. Pero de manera permanente –dijo él, tropezando y derribando la botella de alcohol, que goteó de la mesa sobre la estera del suelo–. Ni siquiera pudieron probar que fui yo el que cazó sin permiso. Estaba lo suficientemente oscuro, me aseguré de eso.

Emilia cerró los ojos.

–¿Cazaste sin permiso? ¿En las tierras del señor al que se suponía que debías servir? –preguntó ella.

–Fue un maldito conejo –dijo Alfonso–. Si nos hubieran dado más comida, no habría tenido que hacerlo.

Se preguntó cuánto del dinero de su acuerdo había despilfarrado Alfonso. Se preguntó cuánto tiempo hacía que lo habían dado de

baja del servicio de la reina. Pero no podía encontrar una forma de hacerle esas preguntas sin enfurecerlo aún más.

Los ojos de Alfonso se fijaron en el rostro de Emilia mientras se acercaba, e, instintivamente, ella retrocedió hasta chocar con la puerta.

–¿Así es como se trata a un héroe inglés? –preguntó Alfonso.

–Debes estar exhausto –respondió ella.

–Tengo hambre –dijo él.

–Déjame ver qué tenemos para comer –ella se deslizó junto a él rumbo a la despensa.

–No de comida –Alfonso le agarró el cabello con el puño antes de que pudiera llegar al rincón de las estanterías. La empujó hacia abajo, de modo que su mejilla descansó en el charco de alcohol sobre la mesa y le levantó las faldas–. Espero que no hayas olvidado cómo hacer esto.

–No.

Emilia no se dio cuenta de que había dicho la palabra en voz alta hasta que Alfonso presionó más fuerte sobre su sien.

–¿Qué dijiste?

–No –susurró ella.

Tal vez estaba respondiendo a su pregunta. Pero ambos sabían que no era eso. Su respuesta fue empujarse contra ella, sudando y gruñendo contra su espalda, mientras ella cerraba los ojos, clavada por su peso. Todo terminó en segundos. Sintió cómo sus faldas rozaban la parte posterior de sus pantorrillas de nuevo, y luego sus piernas cedieron y resbaló al suelo mojado.

–Las rameras que seguían al campamento no actuaban como si estuvieran talladas en mármol –dijo Alfonso–. No podían esperar para acostarse conmigo.

–Les pagaban por acostarse contigo –murmuró Emilia.

Pensó que él la golpearía, pero Alfonso solo se rio.

–Como me pagaron a mí por acostarme contigo –señaló–. No es de extrañar que el viejo cabrón no pudiera esperar para deshacerse de ti.

Luego se enderezó y cruzó los brazos.

–Bienvenido a casa, Alfonso –anunció a nadie, y la dejó sumida en el desastre que él había provocado.

Maestro Shakespeare,
Que el Todopoderoso lo conserve en buena salud.
Le pido humildemente si podríamos acelerar nuestra próxima transacción de guantes. Se ha convertido en un asunto de urgente importancia.
Así, en deuda con usted,
Señora Lanier

Señora Lanier,
Temo que no puedo atender su solicitud de guantes ya que he regresado a Stratford indefinidamente. Mi hijo Hamnet ahora descansa entre los ángeles.
El resto es silencio.
Así, la encomiendo a la protección de Dios.
Wm. Shakespeare

Durante mucho tiempo, Emilia permaneció en su habitación, releyendo la misiva de Shakespeare. Sabía que él estaba casado y que su esposa vivía separada de él en el campo, pero no sabía que tenía hijos. De haberlo sabido, se habría preguntado cómo podía elegir una carrera que requería su ausencia cuando había tan poco tiempo para verlos crecer.

Pensó en la pequeña niña pelirroja con la que a veces soñaba, que nunca sería. Esta fue la primera vez que Emilia sintió algo por William Shakespeare que se parecía a la compasión.

Admiraba a Shakespeare por su singular pasión por ganar dinero. Le incomodaba la manera en que lo hacía, pero, consciente de sus opciones limitadas, había aceptado su asociación.

Cuando Alfonso entró en la habitación, ella le dio la espalda rápidamente.

–¿Qué tienes ahí? –preguntó él, y ella negó con la cabeza, ya con la carta guardada entre sus pechos.

–Solo las sábanas –dijo, arrancándolas de la cama en una nube y pasando de prisa junto a su marido hacia el lavadero de fuera.

Cuando se iba, vio por el rabillo del ojo a Alfonso levantar el colchón, buscando.

Durante las siguientes semanas, Emilia se enteró de que Alfonso había malgastado casi todo el dinero que Hunsdon le había asignado, reuniendo los materiales necesarios para formar parte del ejército de la reina y luego, tras ser echado ignominiosamente, curando sus sentimientos en Francia antes de regresar a casa. Parecía no querer tener nada que ver con Henry, por lo cual ella estaba agradecida, pero venía a exigirle sus derechos conyugales si aún estaba consciente después de un día completo en la taberna. Afirmaba que estaba haciendo negocios, intentando entablar relaciones con nuevos nobles que pudieran patrocinarlo para el título de caballero. También buscaba información sobre alojamiento, ya que no podía pagar más el alquiler en Mark Lane.

Emilia había recibido una vez noticias de Southampton y envió un mensaje diciendo que no era seguro para ella verlo.

No había recibido más mensajes de Shakespeare. Temía que, si no encontraba una forma de ganar dinero pronto, ella y su hijo terminarían en la calle.

Por esos días, se encontraba pensando en Christine de Pizan, la erudita cuyo trabajo la condesa la había obligado a estudiar cuando era joven. Emilia había memorizado el inicio de *El libro de la ciudad de las damas*, pero no fue sino hasta ese momento que realmente lo comprendió. *A duras penas encontraba una obra moral de cualquier autor que no dedicara algún capítulo o párrafo a atacar al sexo femenino*, había escrito Pizan. *Tuve que aceptar su desfavorable opinión sobre las mujeres, ya que era poco probable que tantos hombres eruditos, que parecían estar dotados de tal inteligencia y*

visión sobre todas las cosas, pudieran haber mentido en tantas ocasiones... Así que preferí dar más peso a lo que decían los demás que confiar en mi propio juicio y experiencia.

Emilia quería equilibrar un poco la balanza, crear un personaje femenino cuyo intelecto, como decía Pizan, fuera tan capaz de pensar en términos legales como el de un hombre. Emilia ya había escrito una heroína trágica: Julieta. Había escrito una reina de hadas engañada por su propio marido. Ahora quería crear una mujer que salvara el día.

Comenzó un miércoles soleado. A la orilla del río, con otras lavanderas, Bess había estado empapando las sábanas y ropas interiores del hogar en orina y había vertido lejía y potasa sobre ellas. Mientras Henry se sentaba a sus pies, dibujando en el barro con un palo, Emilia ayudaba a golpear las manchas y enjuagar y fregar. Después, las mujeres extendieron las sábanas en las colinas de césped de los campos de blanqueo para que se secaran.

Llevaba tiempo, y no era posible dejar las pertenencias allí sin riesgo de que las robaran, así que, mientras Bess llevaba a Henry a casa para su siesta, Emilia se quedó atrás. Colocó su caja de escritura en su regazo y cortó una pluma fresca, echando un vistazo a su mano.

Su piel estaba roja y áspera por la lejía. Como siempre que lavaba ropa, se había quitado el anillo de matrimonio. Esta vez, sin embargo, dejó su dedo desnudo en lugar de volver a colocarlo en su lugar. Lo sentía como un pequeño acto de resistencia.

Sumergió la pluma en la tinta: otro acto de resistencia.

Emilia utilizó como punto de partida una historia que había leído en el italiano original: *Il Pecorone*. Escribió sobre sus propias vulnerabilidades –ser mujer, inteligente, judía– y las distribuyó entre los personajes que probablemente serían juzgados por esas características. Dio su apellido de soltera al personaje de Bassanio, quien quería casarse con Portia, una heredera, pero no tenía los fondos para hacerlo. Bassanio le pidió dinero a su amigo Antonio, pero los recursos de Antonio estaban comprometidos en una empresa de navegación. Aun queriendo ayudar a Bassanio, Antonio acudió a otro prestamista –el judío Shylock– en busca de un

préstamo. Pero Shylock guardaba rencor contra Antonio. Aceptó prestarle el dinero, pero exigió como garantía una libra literal de la carne de Antonio si no pagaba el préstamo.

Emilia describió a Portia como una mujer feroz, inteligente e independiente, frustrada porque el testamento de su padre le prohibía elegir a su propio esposo. En cambio, los pretendientes de Portia debían elegir entre tres cofres –uno de oro, uno de plata y otro de plomo– uno de los cuales contenía su retrato. Quien escogiera el cofre que ocultaba su retrato obtendría su mano. Dos príncipes eligieron los cofres hechos de metales preciosos y fueron rechazados. Pero Bassanio eligió el cofre de plomo, que contenía el retrato y que –como la misma Portia– era más de lo que parecía.

Cuando llegó una carta de Antonio diciendo que sus barcos se habían perdido en el mar y que tendría que enfrentarse a Shylock en el tribunal veneciano, Bassanio partió de inmediato. El dinero de Portia sería suyo tras el matrimonio, y esperaba que Shylock aceptara eso como pago en lugar de la carne de Antonio.

Emilia comenzó a escribir frenéticamente, en la voz de Portia:

Pero ahora yo soy la dueña
de esta hermosa mansión, señora de mis criados,
reina de mí misma; y justo ahora, justo ahora,
esta casa, estos sirvientes, y esta misma yo,
son tuyos, milord. Te los entrego con este anillo,
que, si te deshaces de él, pierdes, o entregas,
sea augurio de la ruina de tu amor,
y mi ventaja para reprochártelo.

Emilia sacó su anillo de bodas del bolsillo. Ese pequeño aro estaba impregnado de tanto poder. Sin pensarlo dos veces, lo lanzó al Támesis y ni siquiera se molestó en ver cómo se hundía.

De repente, supo cómo quería que terminara su obra. Como mujer, Portia no tenía poder para ayudar a salvar a Antonio. Sin embargo, como hombre, Portia tenía voz.

Disfrazada de un abogado masculino llamado Baltasar, Portia le dijo a Shylock que tenía todo el derecho de exigir el pago de una

libra de carne... solo que no podía extraer una sola gota de sangre al hacerlo. Cuando Shylock retrocedió, pidiendo el dinero en su lugar, Portia insistió en que había sido su propia dependencia en el valor literal de la ley lo que lo había llevado a ese momento. La riqueza de Shylock fue confiscada porque había amenazado a un veneciano, y se le obligó a convertirse al cristianismo. Porque eso, por supuesto, era lo que el público consideraría un final feliz.

Escribió a Shylock como si todavía estuviera teniendo una conversación con Kit sobre su *Judío de Malta*. Hizo que su personaje judío fuera vengativo –al guardar rencor contra Antonio– y que fuera despreciado por su fe, como lo había sido el doctor López antes de que la reina ordenara su ejecución. Pero también lo hizo humano.

Soy judío, escribió, y el simple hecho de poner esas palabras en papel le provocó un escalofrío a Emilia.

¿Acaso un judío no tiene ojos? ¿No tiene un judío manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones?

Si nos pinchan, ¿no sangramos?

Si nos ofenden, ¿no nos vengaremos?

Era agotador –para Shylock, para Portia, para la misma Emilia– tratar de ser siempre más de lo que la sociedad creía que podías ser. Si mostrabas condescendencia, si actuabas por encima de tu posición o si respondías con rabia, era solo porque habías recibido ese trato de los demás.

La villanía que me enseñan, yo la ejecutaré, escribió Emilia con la voz de Shylock.

Cuando el sol comenzó a ponerse, las sábanas ya estaban lo suficientemente secas como para ser dobladas. Emilia alineó las esquinas sobre su pecho, y las plegó con cuidado antes de colocarlas en la canasta vacía. Mientras trabajaba, esbozó en su mente la última escena de su obra. Como pago por sus servicios legales, Balthazar/Portia exigiría que Bassanio le entregara el anillo de bodas que había jurado no quitarse nunca. Cuando volviera a casa sin él, Portia lo reprendería por haber entregado su anillo, y declararía que, al hacerlo, él había renunciado a su derecho a compartir su lecho y su cuerpo. De hecho, ahora ella estaba en su derecho de compartir su cama y su cuerpo con la persona a quien él había dado el anillo.

Eventualmente revelaría que ella y Balthazar eran la misma persona, pero no sin antes hacer que Bassanio sudara. Porque, después de todo, ¿cuál era el sentido de un anillo de bodas –un símbolo– si el voto detrás de él era superficial?

Cuando entró a su casa, Bess estaba sirviendo la cena. Henry estaba sentado a la mesa como un perfecto pequeño caballero, y su rostro se iluminó al verla. En la cabecera de la mesa estaba Alfonso.

–Disculpas –dijo Emilia, entrando apresurada–. La ropa tardó más de lo esperado en secarse.

–No pensábamos esperarte –aclaró Alfonso mientras cortaba un trozo de cordero con su cuchillo.

–No habría querido que lo hicierais –respondió Emilia–. ¿Cómo estuvo tu día, esposo?

–Fructífero –replicó él.

Emilia pasó junto a él para llevar las sábanas al dormitorio, pero Alfonso le agarró la muñeca, haciéndole perder el equilibrio. La canasta cayó al suelo y ella terminó en su regazo.

–¿No tienes un beso de bienvenida para mí? –gruñó Alfonso.

Obediente, ella se inclinó y presionó sus labios contra su mejilla.

–¿Dónde está tu anillo? –su mano se cerró dolorosamente sobre la muñeca de Emilia.

–No lo sé –contestó ella, mirando su mano como si su ausencia fuera inesperada.

–¡Vaca estúpida! –escupió Alfonso, empujándola fuera de su regazo–. Podríamos haberlo vendido para pagar un mes de alojamiento.

–Tienes razón, Alfonso –dijo Emilia, con los ojos bajos–. ¿Qué castigo debería recibir de tu mano? Deja que lo elija yo, por mi propia estupidez. Por el cielo, no volveré a tu cama hasta que vuelva a ver ese anillo.

–En efecto –respondió Alfonso, pero luego frunció el ceño, confundido–. Pero…

–Esposo, no es más ni menos de lo que merezco –Emilia recogió la canasta de sábanas y, con una humildad fingida, subió las escaleras al dormitorio. Allí, cerró la puerta detrás de ella.

Sabía que su respiro sería breve, que Alfonso podía exigir su cuerpo en cualquier momento. Pero aun así, Emilia sonrió.

Buena Dama,
Ruego que esta carta la encuentre con buena salud y ánimo tranquilo, ya que no deseo ofenderla al contrariar sus deseos.

Si no puede entregarme su respuesta en persona, le suplico sus pensamientos y palabras para saber que sus días son tan vacíos como los míos; un vacío que solo podría llenarse con alguien que tenga su forma.

Estoy perdido sin usted; ¿qué otra explicación podría haber para que no me haya encontrado?
Sigo siendo,
Suyo,
S.

Emilia se negó a encontrarse con Southampton, pues el riesgo de ser descubierta por Alfonso era demasiado alto. Pero, cuando Shakespeare finalmente le escribió, decidió arriesgarse a un encuentro porque necesitaba dinero para comprar comida.

Paseaba frente a un burdel, muy lejos de su habitual lugar de reunión, preguntándose por qué demonios Shakespeare había elegido ese sitio para encontrarse. Aún no era de noche, pero Emilia temía ser vista por alguien que la conociera a través de Alfonso, o por el mismo Alfonso. Estaba nublado, era un día de otoño que mordía como el invierno. Emilia ajustó más su chal y sostuvo su bolso con fuerza. Dentro de él llevaba un gastado manuscrito de *El mercader de Venecia*.

Cuando Shakespeare finalmente llegó, llevaba casi media hora de retraso. Una vez más notó lo finas que eran sus ropas y botas, una señal clara de que representarla a ella y a otros le estaba generando ganancias.

–Señora –dijo, asintiendo.

–Este no es un buen lugar para un encuentro –replicó Emilia con brusquedad.

–Ofrecí ir a su residencia... –él arqueó las cejas.

–Y ambos sabemos por qué eso no es posible.

–Sí. Es solo que... no puedo frecuentar mis lugares habituales –dijo Shakespeare, inclinando la cabeza–. Estoy en problemas con la ley.

Ella lo miró, parpadeando. ¿Estaba haciendo negocios con un delincuente?

–No es nada –desestimó él con un ademán–. Una orden de arresto emitida por William Wayte.

–¿Por qué?

–Langley y yo llegamos a un acuerdo sobre el uso del Swan para los Hombres del Lord Chambelán este verano. Wayte afirma que lo engañamos.

Emilia entornó los ojos, esperando que continuara.

–Como resultado, no puedo mostrar mi rostro en el dominio del alguacil de Surrey sin arriesgarme a ser arrestado –explicó, golpeando una bolsa de monedas contra su mano–. Wayte amenazó con involucrar a los puritanos. Supuse que preferiría recibir el pago por su obra de hadas a que yo languideciera en una celda.

Ella rebuscó en su bolso hasta sacar la nueva obra.

–Pronto no podrá encontrarme en mi alojamiento actual. Nos... estamos mudando.

–Yo también –suspiró Shakespeare–. Estoy en la lista de morosos de la parroquia de St. Helen, en gran parte gracias a usted.

–¿Es culpa mía que evadiera impuestos?

–Es culpa suya que tenga la riqueza para hacerlo –respondió él, tomando el paquete de páginas de sus manos–. ¿Y cuál es el tema esta vez?

–Un judío avaro y una mujer insolente.

–De verdad que debe aprender la definición de comedia, querida –afirmó Shakespeare negando con la cabeza.

Cuando comenzó a marcharse, ella le gritó:

–Si cambia de apartamento, ¿cómo lo encontraré?

–Seré yo quien la encuentre, señora. ¿O acaso duda de mi capacidad para hacerlo? –él sonrió, como un gato.

Ella no lo dudaba en absoluto. Ese era el peligro de hacer negocios con alguien dispuesto a guardar secretos: también tenía los suyos propios.

Desde el regreso de Alfonso, Emilia había logrado mantener a Southampton a distancia. Pero la amenaza de ser desalojada la hizo vulnerable, y, cuando Bess le deslizó una carta, Emilia corrió al armario para leerla.

En la letra inclinada y audaz de Southampton estaba escrita una dirección en Westminster: Holywell Street.

La única otra palabra en el papel era una fecha, una semana después, lo que le dio tiempo para idear una excusa para salir de casa. Le dijo a Alfonso que había sido contratada para enseñar a la hija de una noble a tocar el laúd. Emilia estaba dispuesta a sacrificar una moneda de su propio fondo si de esa forma podía encontrarse con Southampton.

–Complácelos bien –dijo Alfonso–. Tal vez así te contraten y dejes de ser un peso alrededor de mi cuello.

El día de la reunión, Emilia se vistió con uno de sus antiguos vestidos de brocado de la corte –más ajustado desde su embarazo– y se dirigió por las calles de Londres hasta la dirección. Era un edificio angosto en una calle lateral de Westminster, entre una iglesia parroquial con un pequeño cementerio y una carnicería. El olor metálico de la sangre la envolvió mientras veía al carnicero colgar una pierna de venado para que drenara en su tienda.

Golpeó la puerta y esta se abrió apenas una rendija. Una mano salió y la tomó de la muñeca; ella jadeó cuando la arrastró al interior.

Southampton la empujó contra la pared, enmarcando su rostro con las manos mientras la besaba. Ella se fundió en él. Él la levantó más alto, mientras ella le desataba las calzas y rebuscaba en la espuma de sus faldas para descubrirse. Se unieron como una reacción alquímica, de esas que se confunden con magia.

Momentos después, ambos yacían enredados en el suelo. El aire fresco que entraba por la ventaba secaba el sudor de su piel. Emilia observó a su alrededor. El lugar era pequeño, luminoso y animado. Había unos pocos muebles cubiertos por grandes telas blancas, como si fueran las velas de un barco que podría llevarlos lejos de allí.

Southampton apoyó una mano sobre el vientre de Emilia e hizo un dibujo sobre su hombro con la otra.

–Pensé que tal vez no vendrías –confesó él.

–No diste un horario de encuentro –respondió Emilia.

–Sabía que no te sería fácil salir. Y podría haberte esperado por siempre –le dijo mientras besaba su cuello.

«Por siempre». Era una expresión muy presuntuosa.

Escuchó cómo el carnicero le daba la bienvenida a un cliente y las campanas de la iglesia indicando que ya era mediodía.

–¿Quién vive aquí? –preguntó Emilia.

–Tú, si así lo deseas –respondió Southampton.

Ella se giró en sus brazos para mirarlo. ¿Le estaba proponiendo ser su amante? ¿Pensaba mantenerla allí, como el barón había mantenido a Isabella en su apartamento de St. Helen's Bishopsgate?

–Pero estoy casada –dijo con un hilo de voz.

–Necesitas un hogar, Emilia. Este lugar podría ser para ti, para Henry… –Southampton tragó saliva– y para tu esposo.

–¿Harías eso por mí? –susurró ella.

–Ya lo hice.

–¿Y cómo explicaré que de repente encontré una residencia? –ella se sentó, alejándose de él.

Él también se levantó, y Emilia pudo sentir sus ojos en la espalda.

–Dile que un pariente lejano falleció y te la dejó en herencia.

–En ese caso, le pertenecería de inmediato –murmuró Emilia.

–Entonces no le digas nada –dijo él.

Ella sintió los dedos de Southampton trazando las perlas de su columna. Giró la cabeza sobre el hombro para encontrarse con su mirada.

–¿Qué opción tenemos? –continuó él–. He hablado con abogados y procuradores, y no hay nada que hacer. Una vez que el matrimonio

ha sido consumado, no puede disolverse. El rey anterior tuvo que introducir una nueva religión para poder deshacerse de su esposa. No tengo esa clase de poder.

–Es su palabra contra la mía. Podríamos decir…

–No –la interrumpió Southampton con dulzura–. No podemos hacer algo que exponga al joven Henry.

Tenía razón. Anular su matrimonio condenaría a su hijo con el estigma de bastardo, algo de lo que nunca podría escapar.

–No puedes volver a casarte. No hasta que él muera. Pero, Emilia, puedes dejarlo. Y yo puedo protegerte –antes de que ella protestara, él puso un dedo sobre sus labios–. Nadie se sorprende cuando las parejas casadas se separan –argumentó–. Es más la norma que la excepción.

Por supuesto, ella ya lo sabía. Era la razón por la que la habían entregado a Hunsdon.

–Si no podemos vivir como marido y mujer –dijo Southampton–, al menos vivamos como una familia –levantó una ceja–. Y, antes de que digas que temes que Lanier tome represalias contra mí, permíteme señalar que no tiene el poder para hacerlo.

–Necesitas un heredero.

–Ya tengo uno: mi primo idiota. Lo que no tengo es a ti.

Sintió las manos de él sobre sus hombros, su mejilla presionarse contra la suya.

–Estoy embarazada –susurró Emilia.

Sintió cómo se tensaban sus dedos, y luego el silencio en el que él calculó las semanas que los habían separado. No era su hijo. No podía serlo.

Emilia lo había sabido desde hacía más de una semana: no había sangrado en dos meses y sus pechos estaban tan sensibles que dolían.

–Todavía no se lo he dicho a Alfonso –había esperado, aunque nunca había dicho esas palabras en voz alta, que la naturaleza resolviera ese problema por ella.

–No me importa –dijo Southampton–. Criaré al niño como si fuera mío.

Ese hombre. Oh, ese hombre.

–Sería un escándalo –dijo Emilia.

Él tomó su mano y le besó los nudillos, como si fuera una dama que había conocido en el palacio, no en esas circunstancias tan sórdidas.

–Piénsalo –le rogó–. No me des tu respuesta hoy.

–A veces creo que hay personas en este mundo que no están destinadas a ser felices –admitió Emilia.

–No te decepcionaría, amor –sostuvo Southampton mientras negaba con la cabeza.

Podía sentir las palabras en su lengua como estrellas afiladas: *No me conoces.*

Deseaba tener la convicción de revelarle sus secretos y saber que su ofrecimiento seguiría en pie si lo hiciera.

En cambio, besó a Southampton tan profundamente que no tuvo más remedio que tragarse esas confesiones.

–Pruébalo –dijo Emilia, con la voz entrecortada, mientras lo hacía caer de nuevo hacia atrás.

Se habían quedado dormidos. Cuando Emilia salió de Westminster, las lámparas ya comenzaban a encenderse en las calles, y se encontró apurándose de regreso a Mark Lane, esquivando borrachos y mendigos. La llave de los apartamentos que Southampton le había dado ardía como una brasa entre sus pechos.

Para su sorpresa, cuando entró en su hogar, estaba completamente a oscuras.

No había rastro de candelabros encendidos, ni de platos en la mesa, ni ningún sonido en absoluto. Emilia cerró la puerta tras de sí.

–¿Henry? –susurró–. ¿Bess?

Oyó el raspado de un pedernal y luego una llama surgió de una vela, iluminando a Alfonso.

–¿Dónde está tu laúd? –preguntó él.

–¿Perdón?

–Tu laúd –repitió–. ¿No estabas dando lecciones de música?

Los ojos de Emilia se posaron en la superficie de la mesa, llena de cartas con los sellos rotos. Había sido una tonta, pero no había

podido arrojar al fuego las cartas de Southampton. Las había escondido, junto con las copias publicadas de sus poemas, entre los pliegues de viejas camisas al fondo de su baúl de ropa.

–«Estoy perdido sin ti» –leyó Alfonso–. «Tuyo, S.»

Tomó otra carta, con el nombre de Shakespeare al pie.

–¿Un guantero? ¿Crees que soy tan estúpido como para creer eso? Lo único que está siendo enguantado aquí es su pene, por una puta como tú.

Le arrojó la carta y luego la copia impresa de *Venus y Adonis* con el nombre de Shakespeare en la portada.

En ese momento Emilia comprendió dos cosas. Primero, que Alfonso había confundido a Shakespeare con el autor de las cartas que había encontrado. No se daba cuenta de que «S» era Southampton; asumía que ella estaba teniendo un romance con alguien llamado William Shakespeare, lo cual también explicaba por qué tenía en su poder los poemas de él.

Segundo, si Alfonso había hallado el escondite de sus cartas, también había descubierto su reserva secreta de dinero.

–Alfonso –dijo Emilia, sin aliento–. Espera...

Él volcó la silla en su prisa por alcanzarla, la agarró del cuello y la estrelló contra la pared. Sus manos se cerraron con fuerza. Emilia babeaba y tosía, mientras sus ojos rodaban descontrolados.

–Voy a sacarlo fuera de ti con mi propio miembro –gruñó Alfonso, golpeando su cabeza contra la pared con cada palabra.

La arrojó al suelo mientras ella aspiraba aire desesperada, solo para perderlo de nuevo cuando la punta de su bota impactó contra su vientre una y otra vez.

Intentó arrastrarse, pensando en el hijo que Alfonso no conocía... y luego en el que sí.

–Henry –logró decir, con sangre corriendo por su barbilla.

Alfonso la detuvo tirando de su cabello.

–No puede oírte gritar –respondió, antes de golpearla directamente en la cara.

Emilia perdió el conocimiento dos veces.

Primero, mientras él seguía golpeando su cuerpo.

Después, cuando él ya había terminado, y sintió el rastro caliente de sangre entre sus piernas, justo como había deseado secreta y terriblemente.

Cuando el sol salió a la mañana siguiente, apenas podía abrir los ojos; estaban hinchados hasta casi cerrarse. Tenía la mandíbula rota, al igual que un brazo. Un mechón de cabello había sido arrancado de su cuero cabelludo. Sus faldas estaban endurecidas por la sangre seca.

Cuando vio a Alfonso mirándola fijamente, ella gimió y trató de alejarse de él como pudo.

–No puedo impedirte que lo veas de nuevo –dijo Alfonso–. Pero sí puedo impedir que él te vea.

–Me... matarías... –musitó intentando humedecer sus labios.

–No creo que ni siquiera esa amenaza pudiera detenerte –respondió él–. No, si alguna vez descubro que vuelves a hacerme cornudo, mataré al niño.

Se levantó, abrió la puerta de la casa y dejó que la luz la partiera como una espada. Luego salió, flexionando el puño.

No mucho después, Bess regresó con Henry. Al ver a Emilia, escondió al niño detrás de sus faldas y le dijo que cerrara los ojos. Luego corrió hacia ella y tocó con cuidado su cuerpo destrozado.

–Oh, señora, cuánto la han golpeado –murmuró Bess con dulzura.

«Sí», pensó Emilia con apatía. «Cuánto».

Le llevó una semana poder sentarse en la cama. Otra semana antes de que su mano fuera lo suficientemente fuerte como para sostener una pluma. A medida que el clima se volvía más frío y su cuerpo sanaba, buscaba en su mente qué podría decirle a Southampton.

Al final, le escribió un poema.

El mundo estaba patas arriba: se había perdido el honor, se traicionaba la alegría, a las doncellas las deshonraban y a los inocentes los calumniaban. El bien estaba derrotado, y la esperanza –que había tomado la forma de una llave y un hogar que podría haber sido de ambos– se había perdido literalmente en la refriega.

Cansada de todo esto, clamo por la tranquilidad de la muerte, comenzó.

El arte enmudecido por la autoridad...
y la necedad, como un médico, controlando la destreza,
y la sencilla verdad mal llamada simpleza,
y la bondad cautiva al servicio del mal comandante.

Dejó la pluma para secarse los ojos.
Cansada de todo esto, quisiera irme,
salvo que, al morir, dejo solo a mi amor.
Esta era su penitencia por haberlo amado: como había conocido la alegría, también sería capaz de reconocer su ausencia.
Un relato triste es lo mejor para el invierno, escribió. *No puedo elegir entre dos mitades de mi corazón. Él amenaza lo que he traído al mundo, y eso no puedo soportarlo.*
Él leería entre líneas y entendería que hablaba de Henry.
Si tu amor es verdadero, si deseas lo mejor para mí, entonces atenderás esta súplica: no ruegues, no grites, no quemes el mundo por mí. No sobreviviré a perderte dos veces.
–Bess –llamó. Su garganta seguía áspera, su voz era apenas un intento.
La criada apareció, y Emilia dobló la nota, la selló y se la puso en la mano.
–Debes llevar esto a Southampton.
–No puedo dejarla sola, señora...
–Ve.
Bess salió de la habitación apresuradamente, dejando la puerta entreabierta. Emilia apartó su caja de escritura y se dejó caer hacia atrás sobre la cama. Cerró los ojos, imaginando a Southampton. Su sonrisa al ver su letra.
Su rostro, al leer realmente la carta.
Sus ojos ardían, incluso cerrados. Tal vez Emilia escucharía hablar de Southampton, menciones de él entretejidas en futuras conversaciones de otros, y saber que estaba en el mundo haría de él un lugar soportable para terminar sus días. Tal vez rezaría para no

volver a oír su nombre jamás, porque nunca había sentido una agonía como esta. ¿Cuál era el propósito de luchar tan duro por estar aquí, si su vida sería más de lo mismo, ahora sin ningún destello de él?

Ser o no ser, esa era la cuestión.

Habría sido mucho más fácil si no hubiera despertado tras la paliza de Alfonso.

Emilia miró el cuchillo que usaba para recortar sus plumas. Sosteniéndolo firmemente con la mano no vendada, lo presionó contra la piel pálida de su muñeca. Empujó el filo hacia abajo, casi fascinada por la delgada línea de sangre que brotaba.

Un grito desgarró el silencio desde la otra habitación, arrancándola de sus pensamientos oscuros.

Se sentó de golpe, con su cuerpo protestando, y se arrastró fuera de la cama. Avanzó tambaleándose desde la cama hasta la pared, hasta la puerta, manteniéndose erguida con su brazo bueno y abrazando el roto contra su cuerpo como si fuera un ala.

Henry yacía en un colchón improvisado frente al hogar, atrapado en las garras de una pesadilla.

Ella se dejó caer sobre las piedras a su lado, apartándole el cabello húmedo de la frente. Sus ojos, tormentosos y plateados como los de ella, parpadearon al abrirse.

–Mamá –dijo.

El rostro de Emilia estaba hinchado, partido y ennegrecido. La sangre manchaba su muñeca, una herida hecha por su propia mano. Ya no se reconocía a sí misma. Pero Henry sí lo hacía.

Si ella misma no podía soportar perder a alguien que amaba, ¿cómo podría desearle ese destino a su hijo?

Le acarició la espalda hasta que se acurrucó como un gusano de seda, respirando con calma otra vez, dormido. Entonces, como no podía levantarse por sí misma, simplemente se acostó a su lado.

Al final, sí era posible tomar la libra de carne sin derramar sangre.

Podías arrancarte el corazón y aun así sentir sus pedazos rotos resonando en tu interior.

Para 1597, Emilia había perdido todas sus aristas y bordes. Había limado las astillas que quedaban, las partes de sí misma que sobresalían. Eso la dejó insensible, que era la única manera de atravesar sus días. Si no soñabas, si no sentías... no podías decepcionarte.

Medía el tiempo por su monotonía: hornear pan por la mañana, limpiar los pisos por la tarde, los paseos con Henry, los manoseos de Alfonso cuando le subía el camisón. No escribía. Apenas hablaba.

Le resultaba curioso que la gente viviera con miedo a la brujería, pero nadie parecía notar que ella era un fantasma que caminaba entre ellos.

Intentó calmar el dolor dentro de sí, pero no encontraba alegría en la música, la poesía ni en ninguna otra actividad que antes la había transportado. Henry era el único rayo de luz en su mundo. Le daba una flor aplastada como si fuera un tesoro, y ella sentía cómo sus labios se curvaban en una sonrisa oxidada; se acurrucaba en su regazo, y eso bastaba para hacerla sentir sustancial, en lugar de un espectro. Pensó que quizás el vacío de la pérdida se aliviaría si tenía otro hijo. Aunque no deseaba que Alfonso fuera el padre del bebé, ya no tenía otra opción.

Dios sabía que eso era inevitable, ya que Alfonso usaba su cuerpo con frecuencia para su propio placer. De hecho, quedó embarazada dos veces y dos veces perdió al bebé, y eso le confirmó que Dios nunca perdonaría sus pecados; peor aún, que nunca la olvidaría lo suficiente como para aliviar el castigo.

Sabía que Bess estaba preocupada. La criada había ido ocupando los espacios que Emilia dejaba libres mientras empequeñecía. Bess se encargaba de cocinar y de ir al mercado. Vestía a Henry y sugería que pasaran las tardes en casa de Alma para que comenzara a aprender las letras. En verdad, Emilia pensaba que Bess solo quería que alguien más fuera testigo de cómo su señora se desvanecía.

A veces, Henry se acercaba a su cara, ponía las manos sobre sus mejillas y la miraba fijamente a los ojos, como si buscara a su madre dentro de esos rasgos ahora lisos.

Esos eran los momentos en que Emilia empezaba a llorar.

Alfonso había conseguido alojamiento para ellos en Westminster, en Canon Row, en Longditch. No estaba lejos de Holywell Street, donde Emilia se había encontrado por última vez con Southampton. Cuando tenía que salir de la casa, lo hacía con la mirada baja, por si acaso se sentía tentada de buscar un cabello cobrizo, una mirada azul penetrante, el amor de su vida.

Shakespeare, como había prometido, la encontró con una carta en su nueva residencia. Su nombre había aparecido otra vez en una lista de deudores fiscales. Como siempre, estaba en busca de dinero, necesitaba una nueva obra. Emilia arrojó el papel al fuego sin molestarse en responderle a su nueva dirección en Bankside.

Cuando el conde de Essex buscó voluntarios para su viaje militar a las Azores, Alfonso se inscribió. Y, sin embargo, cuando finalmente zarpó esa primavera, el ambiente en la casa no fue más ligero. Emilia se descubrió sorprendentemente vacía de emociones, lo cual solo reforzó la sospecha de que Alfonso tenía razón. El problema siempre había sido ella.

Una tarde se encontró en casa de Jerónimo, cortando nabos para un guiso con Alma, mientras Bess remendaba ropa. Henry estaba a sus pies, tocando el laúd con torpeza. Las notas eran desafinadas y chocantes, pero Jerónimo sonreía como si el niño hubiera compuesto su propia sinfonía.

–De cualquier manera, te convertiremos en un gran músico, pequeño –dijo–. ¿No es así, Emilia?

Había visto a su primo decenas de veces desde que su esposo casi la matara a golpes. La primera vez, su rostro era una masa destrozada, y Jerónimo había intentado mirar lo que quedaba de su ojo sano y preguntarle cómo estaba.

Como si la respuesta no fuera obvia.

–Deberías presentarlo a la reina –le dijo Alma a su esposo, guiñándole un ojo a Emilia–. Nunca es demasiado temprano para que otro Bassano se convierta en músico de la corte.

–Su Majestad apenas quiere a los que ya tiene –respondió Jerónimo, ajustando la pequeña mano de Henry sobre el puente del laúd–. Está demasiado melancólica para la música. Todos sus

favoritos están en galeones luchando contra España con Essex. Suffolk, Raleigh, Southampton.

Southampton.

Estaba luchando en el mismo viaje militar en el que estaba Alfonso.

Emilia sintió que el cuchillo que sostenía se deslizaba y se hundía profundamente en la carne de su pulgar. Vio su sangre caer alrededor de los nabos. Era oscura y punzante, como una pesadilla. Quería ahogarse en ella.

–*Che cavalo!* –gritó Alma. Se lanzó hacia Emilia, le quitó el cuchillo y envolvió el pulgar herido con su delantal.

Emilia observó su mano, atrapada entre las de Alma. Sentía su pulso en la herida. Eso le interesaba más que cualquier otra cosa en mucho tiempo. Era prueba de que aún estaba entre los vivos.

Hubo un bullicio de comunicación en italiano, y Jerónimo sacó apurado al pequeño Henry afuera.

–*Tesora* –dijo Alma suavemente, colocando su mano sobre la mandíbula de Emilia–. Sabía que tu cuerpo estaba roto. No me di cuenta de que tu alma también lo estaba.

Emilia sintió como si estuviera en el fondo del océano, mirando hacia el sol, preguntándose cómo podría reunir la energía para alcanzarlo de nuevo. Y entonces, como un milagro, las palabras de Alma la envolvieron con tanta firmeza como sus brazos.

–¿Qué deseas, Emilia?

Oh, qué difícil era responder esa pregunta.

Había deseado tener alas y voló demasiado cerca del sol. No cometería ese error otra vez.

–Un bebé –escuchó que decía su propia voz.

Si Henry era toda la alegría que le quedaba y él ya estaba creciendo, necesitaría algo más donde depositar el legado de su amor.

Los ojos de Alma se clavaron en los suyos y no se apartaron.

–Entonces tendrás uno –prometió.

El doctor Simon Forman era un astrólogo que la esposa del primo de Alma había visitado cuando tuvo problemas para concebir. Emilia tenía la esperanza de que el médico pudiera corregir lo que estuviera fallando en ella, para que, cuando su esposo volviera de la batalla, pudiera llevar un embarazo a término con éxito. Esperaba que el bebé la anclara de nuevo al mundo del que seguía desvaneciéndose.

Forman era un hombre pequeño, con mechones de cabello fino como de bebé peinados hacia adelante para disimular el brillo de su calva. Su sala de consulta era oscura, con las cortinas corridas a pesar de que era mediodía y el sol brillaba. Emilia frotaba las palmas contra su regazo. Era un médico, lo que significaba que debía verla solo como paciente. Sin embargo, al llevarla a la habitación, su mano había tocado la parte baja de su espalda y se deslizó aún más abajo. Llevaba diez minutos observando el contorno de sus pechos sobre el vestido.

–Le ruego me disculpe, señor. No sé cómo comienza esto –Emilia se mordió el labio.

–Es una conversación, nada más y nada menos. Por supuesto, si no elige la honestidad, no podré ayudarla.

–Entiendo.

–¿Qué edad tiene, señora Lanier? –preguntó.

–Veintisiete –respondió.

–¿Está casada?

Asintió.

–¿Desea concebir un hijo?

–Sí. He tenido muchas... falsas concepciones.

–¿Su esposo desea que esté aquí?

–Mi esposo... ha sido severo conmigo –admitió Emilia–. Gastó y consumió mis bienes. No sabe que estoy aquí, ya que está al servicio del conde de Essex con la esperanza de obtener un título de caballero –hizo una pausa para reflexionar–. Usted lo sabría, ¿no es así? Si eso fuera a suceder.

–¿Lo pregunta porque desea convertirse en dama? –Forman arqueó una ceja.

–Lo deseo porque es el deseo de mi esposo –dijo Emilia.

–Si él desea que sea una dama –murmuró el médico, dándole un doble sentido a la palabra–, eso sugiere que no lo es ahora.

–Soy una esposa fiel, señor –el rostro de Emilia se tiñó con un rubor caliente.

–¿Es así? –dijo mientras tomaba su pluma y tocaba con la punta una pequeña marca en la base de su garganta–. Entonces, ¿por qué lleva la marca del Diablo?

–Tengo esa marca desde que nací, señor –ella cubrió su cuello con la mano.

El médico anotó algunas observaciones. Emilia intentaba leerlas al revés.

–Señora Lanier, debo informarle sobre mis métodos. Si creo que una clienta me oculta secretos..., especialmente secretos de la carne..., no dudaré en llamarla por lo que es: una ramera –afirmó, fijando sus ojos turbios en ella–. ¿Los nombres de sus padres?

Ella observó cómo dibujaba dos figuras astrológicas y escribía las palabras que pronunciaba: Baptista Bassano, Margaret Johnson.

En el margen, escribió Alfonso Lanier.

–Fui criada por la condesa de Kent –dijo Emilia–. Después de que mi padre muriera y mi madre se marchara. La condesa misma me educó, hasta que volvió a casarse.

–¿Y luego?

–Cuando tenía trece años –dijo Emilia–, me convertí en la amante de lord Hunsdon, el lord chambelán. Me mantuvo durante mucho tiempo, me dio joyas y dinero, y me asignó cuarenta libras al año...

–Sí, sí –interrumpió Forman–. ¿Cuándo tuvo su primer acto sexual?

Honestidad.

–Dos meses después de llegar a Somerset House –respondió Emilia.

–Como sospechaba –dijo el médico–. Y se enorgulleció de esa prostitución.

–No estaba orgullosa de que me forzaran a ser su amante, señor.

–¿No recibió una recompensa económica por compartir su lecho?

Emilia no entendía la astrología, pero asumió que este hombre creía que confesar su pecado desbloquearía su vientre.

–Fue el sexo lo que la llevó a esa relación, y estoy seguro de que fue el sexo lo que la sacó de ella –dijo–. Estuvo embarazada... en fornicación... *et sodomita* –el médico la miró–. Su esposo actual era consciente de esto.

–Sí –dijo–. El lord chambelán arregló mi matrimonio con él por apariencia. Pero le aseguro que mi esposo fue recompensado económicamente por compartir su lecho.

–¿Nunca le enseñaron a detener su lengua? –murmuró Forman, fijándose en sus labios–. O quizá le enseñaron a usarla de otra manera.

–Señor, no entiendo cómo sus acusaciones sobre mi pasado ayudarán a que conciba en el presente.

–No es para que lo entienda... solo para que acepte la vileza de su lujuria. Un jardín descuidado se llena de maleza; las cosas más groseras y corruptas lo poseen –Forman se inclinó hacia adelante. Su aliento agrio le rozó el rostro, mientras su mano descendía hasta su rodilla y la apretaba–. Qué afortunada es de que yo lo sepa todo sobre el arte de arar.

Emilia se encontró con Simon Forman por segunda vez en su casa, un mes después, a petición de él y en privado. Le sirvió al doctor cerveza, pan y un caro queso que Alma le había recomendado. Para poder hacerlo, Emilia había renunciado a su propia cena.

–¿Vio mi futuro en mi carta, señor? –preguntó.

Forman palmeó el taburete a su lado. Tras un momento de duda, Emilia se sentó. Lo observó arrancar un trozo de pan, envolverlo en queso y metérselo en la boca.

–Estas cosas llevan tiempo –respondió él.

–Estas cosas cuestan dinero y yo no lo tengo –admitió ella.

–¿Le preocupan los fondos?

–Me preocupa alimentar a mi hijo –corrigió Emilia.

–Pero me dijo que los nobles y Su Majestad la favorecieron.

–Así fue –dijo Emilia–. Y Alfonso gastó todo mi dinero.

Forman eructó.

–Las estrellas me dijeron que él volverá con honores, pero, antes de eso, estará en peligro de muerte.

–¿Será nombrado caballero, entonces?

–Esa es una pregunta para otro día.

–No podré reunirme con usted otro día –dijo Emilia–. No tengo cómo pagarle.

–Creo que sí tiene, señora. Una moneda con la que ya está familiarizada –Forman limpió su boca con la manga de su camisa–. No obligo a mis clientas a *halek*, pero si se ofrece de manera voluntaria...

–¿*Halek*?

El doctor tomó su mano y la puso entre sus piernas. Emilia sintió el delgado bulto en su palma.

–Así es como prefiero llamar a... la intimidad –explicó él mientras desenrollaba una carta astrológica sobre la mesa–. Podríamos tener más sesiones en el futuro para responder sus preguntas.

Él esperó.

Fue un duelo de voluntades.

Emilia observó la luz de la única vela encendida danzar sobre las líneas y arcos de la carta del astrólogo. No podía leer sus notas, pero eso no significaba que no entendiera.

Había sido entregada a un hombre cuarenta y tres años mayor como cortesana. Se había enamorado de un noble con el que nunca podría estar. La habían forzado a casarse con un holgazán que se lo había quitado todo, incluso su orgullo.

Pero nunca, nunca, se había sentido sucia hasta ese momento.

–No.

Emilia se levantó tan rápido que el taburete cayó al suelo. Sujetó los bordes de su vestido, cerrándolos alrededor de su garganta.

–No.

–Señora…

–Fuera de mi casa –gruñó Emilia, con una voz que jamás había escuchado salir de su propia boca–. Soy más que esto. No importa lo que usted vea cuando me mira, porque jamás me conocerá como yo me conozco. Y aunque sea la única persona en el mundo con ese conocimiento, no lo hace menos real.

Cuando hizo una pausa para tomar aire, pensó: «Pequeño hombre estúpido». Luego pateó el taburete de Forman, que quedó encogido en el suelo. Levantó el cuchillo que él había usado para cortar el queso.

–Por Dios, salga de mi casa –ordenó.

Un momento después, tras oírse el portazo, Emilia se sentó a terminar la comida que había pensado ofrecerle a Forman. Su mano temblaba mientras cortaba el pedazo de queso. Tal como Alma había dicho, era fabuloso.

Cuando Alfonso regresó semanas más tarde, lleno de falsa importancia a pesar del fracaso trágico de la misión naval, Emilia había superado su melancolía. Se encargaba de las tareas que antes hacía Bess cuando ella misma no podía ver más allá de su desesperación. Jugaba con el pequeño Henry. Para su sorpresa, Alfonso había enviado aviso de su pronta llegada, así que, cuando entró en sus habitaciones, ella estaba lista.

Había flores frescas en la mesa. La casa estaba limpia. Henry vestía ropas impecables. Y una comida humilde, lo mejor que podía permitirse, lo esperaba.

Él cruzó el umbral, polvoriento y desaliñado. Emilia estaba de pie, con las manos unidas. La última vez que él la había visto, su rostro estaba hinchado e irreconocible.

–Esposo –dijo, con tono sereno.

–Esposa –respondió él sin dar un paso más.

–Qué suerte tenemos de que Dios te haya traído a casa –dijo Emilia–. Debes estar hambriento.

Durante la cena, él la observó como quien mira a una serpiente en el rincón de la habitación: no necesariamente mortal desde esa distancia, pero sin quitarle la vista de encima. Habló de las Azores, de galeones y de las bajas que sufrieron. Hizo reír a Henry con historias de arena en sus botas. Cuando terminó de comer, Emilia recogió los platos.

–Bess –dijo–, estoy segura de que mi esposo querrá lavarse la suciedad del viaje. ¿Podrías calentar agua para la bañera, por favor?

Una vez que colocaron la bañera de madera frente al fuego y la llenaron, Bess se llevó a Henry a su habitación para que Alfonso pudiera bañarse en privado. Emilia esparció salvia, mejorana y manzanilla sobre el agua turbia para que oliera dulce. Sintió que él la miraba como si tratara de descifrar si las hadas habían reemplazado a su mujer arisca o si la última paliza le había acomodado el carácter.

–Permíteme ayudarte, señor –dijo ella, con una sonrisa dulce, y desabrochó cuidadosamente su jubón antes de arrodillarse para quitarle las botas y las medias. Él se hundió en la tina, salpicando agua por los bordes.

–¿Puedo frotarte la espalda, esposo? –preguntó Emilia, situándose detrás de él.

Él la miró por encima del hombro y asintió, extendiendo los brazos por el borde de la bañera. Emilia tomó un paño de lino y lo sumergió en el agua.

–Emilia –dijo Alfonso, aclarándose la garganta–. He tenido tiempo de reflexionar durante nuestra separación.

–Yo también, señor.

Él miró las llamas, mientras las manos de Emilia le lavaban el cuello y se curvaban hacia su pecho.

–Quiero comenzar de nuevo –continuó Alfonso–. Creo que, con algo de trabajo, podrías ser una buena esposa. Una verdadera compañera. Parece que ya has llegado a esa conclusión tú misma.

–¿Conclusión? –repitió Emilia, con el vapor elevándose alrededor de su rostro–. Podría decirse que he llegado al final, señor.

Y, al decir esto, su mano se cerró alrededor del miembro de él, levantándolo lo justo para presionar el filo de un cuchillo contra sus testículos. Los ojos aterrorizados de Alfonso se encontraron con los de Emilia.

–No volverás a tocarme. Ni por lujuria ni por ira. Si lo haces, te lo advierto, vendré por ti. Si me lastimas, sanaré por pura fuerza de voluntad. Si me matas, volveré de la muerte como un espectro y te cortaré mientras duermes, para que tu pluma quede partida por siempre. Puedes vivir en mi presencia. Es lo único que te permito hacer.

Alfonso trató de moverse, pero Emilia presionó el cuchillo hasta que un hilo de sangre se enroscó en el agua.

–¿Crees que bromeo? –murmuró.

Él negó con la cabeza.

–Yo también quiero empezar de nuevo –dijo Emilia.

Retiró el cuchillo de entre sus piernas y lo deslizó por la abertura de su falda, donde lo llevaba atado al muslo, cada hora del día.

–Buenas noches, Alfonso. Vacía la bañera cuando termines.

Emilia durmió en la habitación de Henry, acurrucada junto a él como un helecho enrollado. No le molestaba cederle su propia cama a Alfonso, si eso significaba que no tenía que dormir con él.

Cinco días después del regreso de Alfonso, Emilia visitó la tienda de apotecarios donde Isabella la había llevado años atrás. La joven propietaria escuchó atentamente cuando Emilia explicó lo que necesitaba: una pócima para dormir, una fuerte, que dejara a su esposo insensible. No quería que Alfonso la tocara, pero aún deseaba tener un hijo. Simplemente planeaba ser ella quien controlara el proceso.

Armada con lengua de serpiente y *dwale* –una mezcla de lechuga, vinagre y raíz de nueza con cicuta y beleño–, Emilia preparó un té para Alfonso. Le habían asegurado que lo haría dormir, pero que sus partes seguirían funcionando.

Alfonso apenas logró terminar su cena antes de que los párpados se le cerraran. Pasada la medianoche, cuando Emilia dejó la habitación de Henry y fue a visitarlo, lo encontró desplomado en la cama, aún vestido. Roncaba con tanta fuerza que Emilia sentía las vibraciones en su columna vertebral.

Subió al borde de la cama, vacilante, pero Alfonso no se movió. Tiró de la cintura de sus calzas hasta que quedaron atrapadas en la unión de sus piernas. Miró su miembro con indiferencia y comenzó a frotarlo como si estuviera desgranando una mazorca de trigo. Mientras él se endurecía en su mano, sus ojos se movían bajo los párpados cerrados, pero no despertó.

Cuando estuvo lo suficientemente rígido, Emilia alzó sus faldas y se hundió sobre él. Se balanceó a modo de prueba, sin sentir placer, enfocada solo en lograr lo que necesitaba.

Soltó un grito cuando las manos de Alfonso de repente sujetaron sus caderas. Emilia se encontró mirando directamente los ojos aturdidos de su esposo.

–¿Eres...? –dijo él, con la voz pesada–. ¿Un ángel?

«Sí», pensó ella. «Un ángel vengador».

Se inclinó hacia adelante hasta que sus pechos rozaron el torso de él. Su mano se deslizó entre ambos, ahuecándose.

–Termina –susurró sobre sus labios.

Y él lo hizo, con tres breves sacudidas de cadera.

Emilia permaneció sobre Alfonso como una silla de montar hasta asegurarse de que estuviera profundamente dormido otra vez. Luego salió del dormitorio y regresó junto a Henry, que se agitó mientras ella lo abrazaba. Cerró las piernas con fuerza y rezó.

Alfonso despertó a la mañana siguiente con el vago recuerdo de un sueño extraño, la boca seca como muselina y el olor de Emilia en su piel.

Emilia despertó embarazada.

Era finales de agosto de 1598 cuando Emilia vio al fantasma.

Estaba en Newgate Street, en el mercado de Cheapside, donde los carniceros vendían cortes de carne de animales sacrificados en las cercanías. Había ido a comprar una pierna de cordero que podría durar varias comidas: hervida como sopa, luego convertida en estofado y finalmente prensada en un puré. Tenía que hacer que cundiera, para que su hijo tuviera suficiente para comer.

Y su hija.

Colocó la mano sobre la curva de su vientre. Estaba segura de ello; esta era la niña que la había visitado en sueños, dándole una segunda oportunidad.

En su cesta de mercado ya tenía unos nabos, grasa para cocinar y sal. Compraría huevos y harina antes de regresar a casa.

–Señora –dijo el carnicero, entregándole el cordero envuelto.

Le pagó las monedas, se dio la vuelta, y allí estaba él, con su cabello brillando como una corona y sus hombros iluminados por el sol.

Emilia dejó caer la canasta y sus compras rodaron por la calle.

Sabía que lo estaba imaginando porque hombres como Southampton no compraban en el mercado de Cheapside. Estaba tan fuera de lugar allí, con el hilo plateado de su jubón atrapando la luz, sus botas de cuero pulidas hasta brillar y las joyas adornando sus dedos. La multitud se apartó a su paso, formando un túnel a su alrededor. Algunos lo miraban boquiabiertos, otros se inclinaban, y algunos más le imploraban por una limosna.

Él no notó nada de eso. Se arrodilló en los adoquines, sin preocuparse por la mugre, y recogió los artículos de su canasta.

–Emilia –dijo con suavidad–. ¿Caminarías conmigo?

Ella asintió y lo siguió como una sombra. Con el pulgar frotó el lugar entre sus pechos donde sentía como si una herida se hubiera reabierto.

Southampton la llevó a un pasaje estrecho con una abeja tallada en su arco. Un poco más adelante estaban los puestos de miel, pero él se detuvo antes de llegar. Sus ojos la devoraron.

–¿Estás bien? –susurró, bajando la mirada a su embarazo.

–¿Por qué estás aquí? –soltó ella de golpe.

–Porque los jueves es cuando vienes al mercado –respondió simplemente. Después de un momento suspiró–. No fue difícil encontrar tu hogar. Tu esposo estaba en mi galeón, después de todo. No puedo decirte cuántas veces pensé en tirarlo por la borda y acabar con él.

–La conciencia nos convierte en cobardes a todos –respondió Emilia.

–Le pagué a un chico para que observara tus movimientos –confesó Southampton–. Necesitaba hablar contigo en privado.

¿No entendía que la vida de su hijo estaba en juego?

–Te pedí que nunca...

–Estoy casado –dijo Southampton, y Emilia sintió que las rodillas le fallaban.

Apoyó las escápulas contra la pared del edificio detrás de ella.

–Que el cielo te dé muchos días felices –murmuró ella.

–Emilia.

–Te deseo salud y felicidad con tu esposa.

–Emilia.

Él la tocó entonces, y ella vibró como la cuerda de un laúd. Podía oírlo; estaba segura de que esa frecuencia era única para los dos.

–Me dijiste que... nunca podríamos estar juntos.

Ella respiró hondo y contuvo el aire. ¿Podía culparlo por respetar sus deseos, por encontrar una manera de vivir sin ella?

–La única forma en que pude permitirme creer eso fue actuar como si fuera cierto –dijo Southampton–, y rezar para que mi corazón se acomodara a mis acciones.

Apartó la mirada de la de Emilia.

–Elizabeth es una de las damas de honor de Su Majestad. Hace unos meses tuve un altercado con Ambrose Willoughby por una partida de primero cuando él la despreció… y durante un tiempo perdí el favor de la reina. Pero luego supe que mi Elizabeth estaba esperando un hijo. No podía permitir que el bebé naciera sin la protección de mi nombre.

Mi Elizabeth. Emilia escuchó esas palabras repetirse una y otra vez, como un canon.

–La Reina no sabe que nos casamos sin su permiso… así que esta noche parto hacia Francia.

Emilia se preguntó si él regresaría para el nacimiento de su hijo. Se preguntó por qué le importaba.

–¿Eres… feliz? –preguntó Southampton fijando la mirada en el vientre abultado de Emilia.

Ella contempló los amados ángulos de su rostro, la luz del sol que jugaba con su cabello, como solía hacerlo ella.

–¿Alguien lo es? –respondió.

–Te amé una vez –él le sonrió con tristeza.

–En verdad, milord, me hiciste creerlo.

–No debiste haberme creído –dijo Southampton–. Quizás ahora no conocerías tal dolor.

–Quizás ahora tú no conocerías tal alegría.

–Esto no es alegría, Emilia –soltó con vehemencia.

Tomó su mano, y ella permitió que lo hiciera, solo para darse cuenta de que él presionaba algo contra su palma. Al mirar hacia abajo, vio su propio rostro: el retrato en miniatura que él había hecho pintar de ella. Era un reflejo de sus rasgos, y, sin embargo, no lo era. El retrato mostraba a una mujer que guardaba un amor secreto. Ahora Emilia era una mujer que lo había perdido todo.

Ella cerró los dedos de él alrededor del marco filigranado.

–Quédatelo –dijo suavemente–. Aunque sea para saber que algo de nosotros sobrevivió.

Observó a Southampton deslizar el retrato dentro de su jubón, sobre su corazón.

–Si alguna vez me amaste –aventuró Emilia, respirando profundamente–, ¿me harías un último favor?

–Cualquier cosa –juró Southampton.

–Cierra los ojos –pidió ella.

Él lo hizo, sin vacilar. Emilia lo miró por un latido de su corazón, pensando en lo fácil que sería alzarse sobre la punta de los pies y besarlo. Pero, en lugar de eso, se dio la vuelta y dejó el callejón de Honey Lane. No podía soportar verlo alejarse de ella; tenía que ser ella quien se fuera.

También sabía que nunca tendría la fuerza para irse si él la miraba. Emilia levantó el mentón, pensando en Orfeo ascendiendo desde el inframundo, escuchando los pasos de Eurídice tras él. Pensó en cuán desesperadamente debió haber intentado no volverse a mirar a su amor, sabiendo que ese era el camino más seguro al infierno.

Emilia no estaba hecha para el confinamiento. Las partidas de bolos que se podían jugar con Henry, usando una pequeña pelota de trapo y piñas aún más pequeños, tenían un límite.

Atrapada en la casa, no podía escapar de Alfonso, y, a menudo, cuando Bess acostaba a Henry, Emilia se encontraba en un lado de la chimenea, inclinada sobre su mesa de escritura, mientras Alfonso se sentaba al otro lado tallando madera o tocando algún instrumento.

Una noche, sintió los ojos de su esposo sobre ella mientras componía sus pensamientos.

–¿Qué escribes? –preguntó.

–¿Importa?

Él pareció considerar su pregunta, luego se encogió de hombros.

–Solo es cortesía. Conversación.

Casi se echó a reír. Él le había roto la mandíbula; el discurso educado ya no era parte de la ecuación.

–No son cartas –murmuró Alfonso–. Son demasiado largas para eso.

–Escribo una historia para el bebé, si lo quieres saber –Emilia sostuvo su mirada.

Esto no era del todo mentira. Era una obra de teatro, no un cuento de hadas, pero tenía supersticiones sobre qué tema elegir. No quería que los malos humores que corrían por su sangre afectaran el crecimiento del bebé dentro de ella.

–Compláceme –pidió Alfonso.

Emilia dejó su pluma.

–Es sobre una mujer que desea que el hombre que ama la trate bien. Se disfraza de hombre para que él escuche sus consejos.

–¿Crees que la ropa hace al hombre? –Alfonso se rio–. Has dormido sola demasiadas noches.

–Yo misma podría pasar por un hombre en todos los sentidos –dijo Emilia.

–Pero te falta el corazón de uno.

«Tú careces de cualquier corazón», pensó Emilia.

–Bueno –dijo Alfonso con desdén–. Tu historia está bien para un niño, ya que ningún adulto consideraría posible esa premisa.

–¿No? ¿No crees que las diferencias entre hombres y mujeres son solo un capricho, esposo? Por ejemplo, en el teatro no es costumbre darle a la dama el epílogo, pero no es menos decoroso que se le dé al caballero el prólogo.

–No es costumbre porque no se hace. Una mujer no tiene la última palabra.

–Cierto, esto sería verdad, ya que un muchacho interpreta a una mujer en cada escenario, y la audiencia lo cree. ¿Por qué no podría

aplicarse lo mismo si una mujer interpretara el papel de un hombre?

Emilia vio cómo Alfonso intentaba seguir el hilo de su razonamiento. Hizo una nota mental de añadir un bufón a esta obra.

–Ninguna mujer podría disfrazarse de hombre sin que un hombre lo notara –dijo finalmente–. ¡Tan solo por la palabrería! Eres una mujer. Cuando piensas, debes hablar.

–Sin embargo, una mujer ocupa el trono de Inglaterra. Cuando habla, ¿es porque es mujer y no puede guardar silencio? ¿O es porque es una gobernante y sus palabras son ley?

Alfonso frunció el ceño, arrinconado.

–¿Cómo se llama esta historia?

–*Como gustéis* –respondió Emilia.

–¿De verdad? ¿*Como gustéis*? –preguntó Alfonso–. ¿Deseas ser el hombre en este matrimonio?

Emilia lo escrutó a la tenue luz. Su pregunta no era despectiva. Tenía… curiosidad.

–Debí haber sido mujer con pleno derecho –dijo Emilia–. Y, sin embargo, ¿existe una mujer que no sea doncella, viuda o esposa?

Él señaló su escritorio con un ademán.

–No me gusta la idea de que llenes la cabeza de mi bebé con estas tonterías.

–Entonces quizás deberías pasar noche y día con ella cuando nazca. Al fin y al cabo, la tengo para mí sola durante nueve meses.

–Uno de nosotros –dijo Alfonso– debe mantener a esta familia.

–Por supuesto, esposo –respondió Emilia con suavidad–. ¿Crees que todavía te convertirás en caballero?

–¿Lo dudas? –Alfonso dejó de tallar el trozo de madera.

Emilia negó con la cabeza.

–Creo que nunca tuviste a alguien que te diga que lo que deseas es imposible.

–Eso no es cierto. Tú lo has hecho. Cuando sugerí que empezáramos de nuevo.

Alfonso se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

–No fui un esposo perfecto. Pero soy el esposo que tienes.

–Peor aún.

–Esa boca tuya –dijo Alfonso. Se levantó de la silla, se acercó y le enredó la mano en el cabello. Su pulgar rozó su labio–. Ojalá estuviera mejor empleada.

Sus ojos se clavaron en los de él. Emilia rodeó su dedo con la lengua y lo chupó, luego lo mordió con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre. Alfonso dio un salto hacia atrás y casi cayó al fuego.

Emilia se puso de pie con esfuerzo.

–Como pediste –dijo, haciendo una reverencia, antes de encerrarse en la habitación de Henry por el resto de la noche.

El día que nació Odyllia Lanier, en diciembre de 1598, los aullidos de Emilia fueron más fuertes que los de la tormenta de hielo que rugía afuera.

El día que murió, diez meses después, el aire inmóvil y helado quedó envuelto en un silencio inquietante. Las aves habían desaparecido, prácticamente de la noche a la mañana, al emprender vuelo hacia el sur por el invierno. Las barcazas en el Támesis se movían con lentitud, y las campanas de las iglesias no sonaban.

Mientras Emilia realizaba los preparativos para enterrar a su hija en el cementerio de St. Botolph's Bishopsgate, pensaba en todo lo que enterraría junto con Odyllia. Su oportunidad de ser madre nuevamente, para empezar. El parto había sido difícil, como el de Henry, y la partera le había dicho que otro podría matarla. Además de eso, había yacido con Alfonso solo esa vez, como un medio para un fin. Nunca volvería a concederle la invitación a su cuerpo.

También enterraría la risa. No había juguete que Odyllia adorara más que su hermano mayor, cuyos juegos arrancaban carcajadas que llenaban todo el espacio vacío en su hogar.

Y, supuso Emilia, enterraría la falsa satisfacción con la que se había engañado: que ser madre calmaría todos sus anhelos. A veces, cuando sentía la necesidad de escribir, en su lugar hacía saltar a Odyllia sobre sus rodillas y le enseñaba una canción sencilla. Se había dicho a sí misma que, cuando Henry derribó accidentalmente un frasco preciado de tinta, la opresión en su

garganta no había sido por el miedo de perder su voz, sino más bien el intento de una madre de no regañar a su hijo.

Odyllia yacía sobre la mesa de roble, envuelta en un sudario limpio. Sus párpados translúcidos eran violetas. Su pecho estaba inmóvil. Durante la última semana, cuando Emilia había visto a su hija luchar por respirar, cuántas veces había deseado que Odyllia dejara de toser.

Debería haber aprendido ya, se dijo, a tener más cuidado con sus plegarias.

Emilia sacó de su bolsillo un pequeño trozo de papel en el que había volcado su dolor. Lo alisó sobre la mesa, cerca del pie de Odyllia, y luego tomó un cuadrado de muselina que sumergió en un cuenco con agua que había calentado en la tetera junto al hogar, aunque la temperatura no marcaría ninguna diferencia.

–*¿A un día de verano he de compararte?* –susurró Emilia–. *Eres más hermosa y apacible* –pasó la muselina entre los pequeños dedos del pie derecho de su hija–. *Los vientos fuertes sacuden los tiernos brotes de mayo, y el verano tiene un plazo demasiado corto*.

Pasó el paño por la pierna de Odyllia.

–*A veces brilla con demasiado calor el ojo del cielo, y a menudo su dorado rostro se aplaca. Y en todo lo bello alguna vez la belleza declina, por azar o por el curso cambiante de la naturaleza*.

Quizás era mejor así, que Odyllia no conociera nada en su vida más que amor. Que nunca llegara a la edad en la que quedaría atrapada por las expectativas de los hombres.

Emilia comenzó a envolver a su hija con el paño, ajustándolo como si la estuviera preparando para enfrentarse a la noche más fría.

–*Tu verano eterno no se desvanecerá* –prometió–, *ni perderá posesión de la belleza que te pertenece* –tiró del otro extremo del sudario, envolviendo a Odyllia hasta que solo quedó visible su rostro pálido y perfecto–. *Ni la muerte presumirá de que deambulas bajo su sombra, cuando crezcas en eternas líneas hacia el tiempo.*

Finalmente, enrolló con cuidado el poema y lo deslizó entre los pliegues del sudario. Como quien lleva monedas para cruzar el río Estigia, su hija llevaría esas palabras en su viaje.

–*Mientras los hombres puedan respirar o los ojos puedan ver* –dijo Emilia, besando la frente fría de su hija–, *esto vivirá, y esto te dará vida*.

–Mamá.

Emilia dio un respingo y se giró para ver a Henry de pie, unos pasos atrás, observando su trabajo.

–¿Dónde está Bess? –preguntó.

–Se ha quedado dormida –dijo Henry, acercándose, su cabeza apenas a la altura de la cadera de Emilia. Extendió un dedo y tocó a Odyllia. Luego levantó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas–. ¿Y si Bess tampoco despierta?

Emilia se arrodilló y envolvió con los brazos la figura robusta de su hijo.

–Henry –dijo–, Odyllia no está dormida. Está muerta.

–Muerta significa irse para siempre –repitió él, usando las palabras que Emilia había empleado para explicarle la partida de su hermana.

–Sí. Una vez que Odyllia esté en el cementerio, ahí se quedará.

–¿Es porque no la dejé tocar el laúd que me dio el primo Jerónimo? –el labio inferior de Henry tembló.

–No, cariño –lo tranquilizó Emilia–. Es porque Odyllia estaba enferma y su cuerpo no pudo recuperarse.

Lágrimas gruesas surcaron las mejillas de Henry.

–Yo quería que dijera «Henry». Estaba tratando de enseñarle.

–Lo sé.

–Mamá –dijo Henry, presionando su rostro contra el hombro de Emilia–. ¿Tú vas a morirte?

–Algún día.

–No quiero que te vayas para siempre –él sacudió la cabeza

–Henry –Emilia enmarcó su rostro con las manos–, no tendré que dejarte hasta dentro de muchos, muchos años –prometió.

Entonces desgarró el lado derecho del pequeño chaleco de Henry.

–*Baruj atá Adonai Eloheinu melej ha'olam dayan ha'emet* –dijo. Luego agregó, en voz baja–: Te voy a contar un secreto. Esto se llama *kriah*. Las personas como nosotros rasgamos nuestra ropa para que todos sepan que hay un desgarro igual en nuestro corazón.

Henry observó cómo Emilia sujetaba su propia túnica. Apenas tuvo que tirar antes de que la tela se rompiera. Después de tantas pérdidas, la costura cedió con facilidad, como si el dolor ya formara parte de su tejido.

Cada momento después de la muerte de Odyllia era como una elección: ¿cumpliría Emilia su promesa a Henry o sería ese el día en que no saldría de la cama? ¿Pondría un pie delante del otro o se dejaría hundir nuevamente en el agujero donde había caído cuando Alfonso casi la mata? ¿Recordaría alimentarse y sonreír, o vagaría por el mundo como un espíritu libre de ataduras?

Entonces, después de meses sin haber tenido contacto alguno, William Shakespeare le pidió que se reunieran en St. Mary-at-Lambeth tras la oración vespertina.

Después de dejar a Henry con Bess, Emilia cruzó el río y se deslizó en un banco cerca del fondo mientras el coro comenzaba el introito. Recordó su infancia, acostada frente al fuego mientras su padre y sus primos practicaban piezas de flauta para la corte: una nota menor que la hundía, una séptima mayor que la lanzaba hacia las estrellas.

Emilia se encontró prestando especial atención a las palabras del «Magnificat», el himno final del servicio, que era un canto. Celebraba el anuncio de que María daría a luz al hijo de Dios. Emilia pensó que tanto ella como la madre de Cristo habían perdido un hijo.

–Es hermoso, ¿no es cierto?

Escuchó la voz de Shakespeare antes de verlo. Se había deslizado al banco detrás de ella, mientras los demás fieles abandonaban la iglesia.

–¿El dolor? –aclaró. –No, no lo creo.

–Hmm –dijo él–. ¿Acaso no todos los artistas parten del sufrimiento?

Emilia se giró en el banco de madera para mirarlo. Parecía más delgado, más viejo.

–¿Cómo encontró mi nuevo alojamiento? –preguntó.

–Me gusta mantenerme informado sobre la gente con la que hago negocios.

Sonó siniestro. Probablemente lo había dicho con esa intención.

–Pues veo que solo escribe cuando las cosas están en calma –dijo Emilia, sin emoción.

–He estado... ocupado con otras cosas –respondió Shakespeare–. El Consejo de la Reina hizo un censo de las reservas privadas de grano y determinó que excedía la cantidad permitida de cebada malteada, como si eso fuera posible.

Ella entrecerró los ojos. La escasez de cosechas de grano en los últimos años había causado hambruna, revueltas... y especulación por parte de quienes buscaban lucrar con el hambre ajena.

–¿Ya no puede desplumar a sus vecinos para obtener ganancias?

–Es una cacería de brujas –él bufó–. Simplemente calculé mal los impuestos debidos a la Corona.

–Los eludió, querrá decir –ella lanzó una carcajada.

–Eludido, mal calculado... –movió la mano entre ambos–. Son solo palabras.

–¿Quiere que le diga lo que pienso? –dijo Emilia–. Pienso que las palabras son la verdadera razón por la que me pidió que nos viéramos aquí. Pienso que se encuentra, una vez más, en necesidad de dinero.

Él apoyó un codo en el respaldo del banco que los separaba.

–¿Y usted, señora? ¿También está necesitada de fondos?

¿Necesitaba algo? Pensó en Odyllia, en un cementerio al otro lado de la ciudad. A veces Emilia despertaba y se encontraba de pie fuera, descalza en el rincón más frío de la noche, sosteniendo una manta y un pensamiento nebuloso: «Debe estar temblando».

Emilia se dio la vuelta por completo para sostener la mirada de Shakespeare. Pasó la mano por el respaldo pulido del banco, que liberó un aroma a cera y limón.

–Su hijo, Hamnet –dijo, tragando saliva–. ¿El dolor... se alivia alguna vez?

Él se quedó quieto. Emilia se preguntó cuánto tiempo había pasado desde que alguien pronunciara ese nombre frente a él.

–Cambia –respondió con cuidado–. A veces deja de tirar, como un punto de sutura. Pero luego, mientras hago algo, como cruzar un campo donde solía llevarlo sobre mis hombros, me encuentro de rodillas, sollozando –Shakespeare carraspeó–. Lo llaman pérdida, pero está mal dicho, ¿no le parece? Siguen con nosotros.

Con timidez, él le dio una palmada en la mano que descansaba sobre el banco.

–Dele palabras al dolor, señora –la instó.

Shakespeare era un charlatán, pero esta vez decía la verdad.

En su escritura, ella había examinado el amor, la ira y el deseo. Había torcido la justicia para comprender mejor a la misericordia. Había desafiado la religión hasta que esta le devolvió la afrenta. Había usado la comedia para desentrañar la tragedia de ser mujer en un mundo dominado por hombres.

¿Por qué no tomar la muerte, el duelo y los celos, y girarlos como gemas en un caleidoscopio? ¿Por qué no ver qué patrones surgían?

–Tengo una idea para una nueva obra –dijo.

La primera escena transcurría entre soldados, describía una estrella brillante y su posición en el cielo. Recordaba bien la supernova de Tycho Brahe, tal como él la había descrito años atrás durante la cena en la corte danesa. Ambientó la historia en el castillo Kronborg de Helsingør, salpicándola con sus recuerdos de los familiares de Brahe, Rosenkrans y Guldensteren, y de la obra que se había representado sobre Amleth, el hijo que vengaba el asesinato de su padre, y de cómo su incapacidad para tomar decisiones rápidas sería su perdición. Ocultó a su familia en el texto, haciendo que el príncipe danés describiera erróneamente la obra dentro de la obra como la historia de una mujer viuda llamada Baptista, y le hizo explicar detalladamente cómo tocar una flauta dulce.

Era una historia sobre lo que ocurría cuando el mundo se volvía del revés. Cuando, como había mostrado la supernova, los cielos podían cambiar. Cuando la muerte rompía un matrimonio. Cuando los padres sobrevivían a sus hijos. Cuando el dolor podía enloquecer a alguien.

Recordaba haberle dicho a Tycho Brahe en la cena que la obra de Saxo no hacía justicia a las mujeres. Así que, cuando Emilia la reescribió, hizo de Gerutha –ahora la reina Gertrudis– una mujer plenamente realizada, imperfecta. Le dio a la joven enviada para seducir al príncipe Amleth un argumento propio: encontrarse embarazada y sola.

La chica, como en la obra original, acabaría muriendo. Con su amante perdido y su padre muerto, acudiría a la reina en busca de ayuda. Pero, cuando Gertrudis no la ayudara, tomaría las mismas hierbas que Emilia había usado para abortar a su propio bebé. Luego, Emilia le dio a la chica el regalo de la locura, para que pudiera finalmente hablar sin ser silenciada.

Lo más importante, le dio un nombre: Ofelia. En su mente, escuchaba Odyllia. También cambió el nombre del príncipe trágico a Hamlet. En su mente, lo llamaba Hamnet.

Cuando le entregó la obra a Shakespeare, él miró dos veces el título. Le sostuvo la mirada y asintió.

Ella asintió de vuelta, en silencio.

Más tarde, Shakespeare le explicó sobre la primera función de la obra. Dijo que, cuando *Hamlet* se presentó en el nuevo Globe Theatre a comienzos de 1600, atrajo la atención del conde de Southampton, quien para entonces se había convertido en el más ferviente defensor del teatro en Londres.

El propio conde había buscado al dramaturgo para felicitarlo.

El 5 de febrero, Southampton ofreció a Shakespeare cuarenta chelines para que los actores representaran *Ricardo II*. Quería preparar la mente del público para la caída de un monarca. Era un prólogo para un intento de derrocar a la reina, que trató de llevar a cabo el fin de semana siguiente con el conde de Essex. El intento fracasó, fue condenado por traición, arrojado a la Torre y condenado a muerte.

Los chismes de la corte eran las noticias más rápidas en esparcirse, así que Emilia supo sobre el complot –y el destino de Southampton– casi tan pronto como ocurrió.

Entonces empezó a ir a la iglesia. No solo los domingos, sino todos los días de la semana. Caminaba por la ciudad sobre los empedrados helados y elegía una parroquia distinta cada vez. Luego se sentaba en un banco y ofrecía una oración para que la sentencia de Southampton fuera modificada.

El mundo simplemente no sería el mismo sin él.

Cuando su sentencia fue cambiada por cadena perpetua, Emilia dejó de ir a la iglesia y comenzó a caminar hacia la Torre de Londres. Sabía que Southampton no podría verla, ni siquiera sabría que ella estaba cerca o que pensaba en él, pero eso no importaba. Cuando el clima se volvió más templado, comenzó a llevar a Henry, sus libros de texto y un almuerzo empaquetado de pan y queso.

–Mamá –preguntó Henry, mientras esparcían migas para los pájaros–, ¿por qué venimos donde están los hombres malos?

–Incluso los villanos son los héroes de sus propias historias –respondió Emilia mirando hacia las imponentes murallas de piedra.

–No sé qué significa eso– dijo Henry, frunciendo el ceño.

–Significa que no hay nada ni bueno ni malo –dijo ella suavemente–. Sino que el pensamiento lo hace así.

Cuando la peste asoló Londres en 1603, los teatros cerraron de nuevo. Esta vez la enfermedad fue aún más mortal.

La muerte de la reina en marzo –no por la peste, sino por melancolía tras la pérdida de varios de sus confidentes cercanos– trajo el fin de una era. Isabel había gobernado durante cuarenta y cinco años. Emilia pensó en lo imponente que era la monarca en su trono, sentada recta, mirando por encima de su larga nariz a quienes iban a rendirle homenaje. Recordaba cómo la lengua de la reina podía cortar como una espada. Pensó que sentiría más tristeza, pero Emilia sintió lo mismo que cuando se enteraba de la muerte de alguien cuyo nombre conocía, pero a quien no había visto en persona. Habían pasado tantos años desde la última vez que hiciera una reverencia ante la reina, que esa parte de su vida parecía un sueño difuso.

Alfonso fue uno de los cincuenta y nueve músicos que tocaron en su funeral. Había logrado ganarse el favor de lord Burghley, lo que le permitió regresar como músico de la corte. Burghley también le había otorgado una renta –seis peniques por cada carga de heno y tres peniques por la paja pesada antes de entrar a Londres y Westminster–, lo que se convirtió en una fuente constante de ingresos.

Henry ahora tenía diez años. Su cabeza llegaba hasta el hombro de Emilia y era delgado, con cabello rizado rubio rojizo e inquietantes ojos plateados. Era callado y serio, y asistía a la escuela primaria, donde estudiaba a Plauto, Séneca y latín. Cuando las escuelas cerraron debido a la peste, Emilia comenzó a darle clases particulares de esos temas, además de literatura, historia, francés y música. Incluso a su edad, era mejor flautista que Alfonso.

Cuando Henry trabajaba en sus lecciones, Emilia escribía. Supo que, cuando el rey Jaime asumió el trono, liberó a Southampton de la prisión, y el conde volvió a ocupar su celebrado lugar en la corte. Se imaginaba que él iría al teatro cuando fuera seguro nuevamente; allí sus palabras lo abrazarían como ella deseaba hacerlo.

Cuando escribió *Medida por medida*, estaba pensando en la diferencia entre el amor y el deseo. Isabella, a punto de entrar en un convento, descubrió que su hermano iba a ser ejecutado por haber tenido relaciones fuera del matrimonio. Ella rogó por la vida de su hermano ante Angelo, el adjunto del duque, quien le dijo que concedería su deseo de clemencia... si ella se acostaba con él. *¿Con quién debería quejarme?,* preguntó Isabella. *Si lo dijera, ¿quién me creería?*

Las palabras reflejaban las que ella le había dicho a Southampton cuando le contó que se había casado y él preguntó por qué no había luchado contra ello. Esperaba que él lo recordara.

Cuando escribió *Otelo*, dejó que el personaje de Iago avivara los celos de su amo con imágenes de un fresco en la plaza del pueblo de Bassano del Grappa, de donde provenía la familia de Emilia. Se lo había descrito a Southampton una tarde lenta en Paris Garden, cuando él le preguntó sobre Italia. El friso mostraba instrumentos musicales y animales: una cabra y un mono. Había dos ventanas

pintadas debajo de ellos, con una mujer que representaba la Verdad en el centro.

La última vez que Emilia había estado allí era una niña, pero recordaba que el fresco estaba situado entre dos tiendas de boticarios, una llamada El Moro, y la otra dirigida por un hombre llamado Otelo.

En la obra, la esposa de Otelo, Desdémona, era asesinada por los celos de su marido. Su sirvienta –llamada Emilia– era la única persona lo suficientemente sabia como para advertirle a Desdémona que el matrimonio podía ser mortal.

Sabía que era un riesgo. Ninguno de los peligros que la habían mantenido en el anonimato durante una década había desaparecido. Pero ahora, cuando escribía, no era para Shakespeare. No era por dinero. No era por amor al arte.

Era para que Southampton pudiera escuchar una conversación que estaba destinada solo a ellos dos.

Al principio, Emilia no supo qué la había despertado.

Había pasado más de un año desde la muerte de la reina. Era una noche fresca, pero no helada, y la ciudad seguía cerrada bajo la amenaza de la peste. Estaba durmiendo en la habitación de Henry, y había pensado, antes de quedarse dormida, que él ya tenía casi la edad de ella cuando llegó a Somerset House. Tal vez fuera momento de compartir las habitaciones de servicio con Bess. El dormitorio principal, con Alfonso dentro, no era una opción y nunca lo sería.

Bajó descalza las escaleras y abrió la puerta. Fuera, la calle estaba inmóvil. Una rata correteó cerca; a lo lejos, se escuchaba una tos seca.

Cuando levantó la vista, se dio cuenta de que una estrella había perforado un agujero en el cielo nocturno. Brillante como una joya, colgaba casi tan bajo como para tocarla. Como cualquiera que soliera desear con fervor a las estrellas sabría, nunca había estado allí antes de ese momento.

Una pequeña risa escapó de su garganta. No sabría hasta años después que esa supernova había sido observada por Kepler, el

asistente de su viejo compañero de cena, Tycho Brahe.

De repente, volvió a tener doce años, y se vio sentada junto al astrónomo en el salón de banquetes del castillo de Kronborg, preguntándole sobre su nueva supernova.

–¿Sabes? –le había confiado, acercándose con su nariz dorada en forma de triángulo para susurrar–: No creo que sea realmente nueva.

–¿Entonces de dónde ha salido?

–Es solo una teoría, joven dama –había dicho Brahe–, pero creo que es simplemente una estrella que nadie se molestó en notar antes.

–¿Qué ha cambiado?

–Todo a su alrededor –había explicado–. Si esas fuerzas la comprimieron para que fuera más pequeña, más densa, para que ocupara menos espacio... Bueno, eso no podría durar mucho antes de que explotara y no solo fuera visible... sino imposible de ignorar.

Emilia salió a la calle y levantó el mentón hacia el cielo. ¿Cuánta presión debía soportar alguien hasta que ocurriera una explosión?

Emilia comenzó a girar con los brazos extendidos. Los edificios a su alrededor se movían como en un torbellino vertiginoso. Mantuvo su mirada fija en la supernova. Con seguridad, si alguien la viera pediría que la enviaran al Bethlem, junto con otras mujeres locas.

Pensó en Isabella, que ahora acompañaba a las estrellas: *Sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos llegar a ser.*

Imaginó polvo de estrellas disparándose desde la punta de sus dedos, luz brotando de su boca.

Se imaginó ardiendo tan intensamente que la gente no podría apartar la mirada.

MELINA

Septiembre de 2024

Jasper le preparó a Melina un café con leche, porque, por supuesto, tenía una máquina de *espresso*. Le cocinó huevos revueltos con tostadas y le cortó unas fresas frescas. Él leía el periódico en su móvil mientras ella comía y le lanzaba miradas furtivas, preguntándose cómo podía estar tan calmado en ese momento. Claro, él no acababa de destruir su carrera, casi perder a su padre y pelearse con su mejor amigo, todo en un mismo día.

Cuando lo pensaba así, lo de la noche anterior –lo que fuera que hubiera sido– parecía escurridizo y distante. Melina estaba agradecida por el hombro en el que llorar, el apartamento donde refugiarse y el sexo impulsivo (y alucinante). Pero ahora era el día siguiente y su vida seguía siendo el mismo enredo que había sido el anterior.

Se preguntaba si Jasper también estaría atrapado en los recuerdos de la noche pasada; no solo en los de sus manos provocando pequeños incendios a lo largo de su piel, sino también en las confesiones que surgieron en la oscuridad. Melina le habló sobre Beth y lo extraño que era ver a su padre con una mujer que no era su madre, y cómo se sentía egoísta por decirlo en voz alta. Jasper le contó que lo llamaban sabelotodo en la primaria, cuando seguía instrucciones literales. («La maestra dijo: "Toma asiento", así que, obviamente, levanté el asiento»). Melina confesó que un productor una vez le dijo que el problema con las dramaturgas era que escribían sobre emociones, mientras que los hombres escribían

sobre ideas. Jasper admitió que la primera chica que salió con él en la universidad le dijo que se moría por saber más de él, y él entró en una espiral depresiva pensando que ella solo tenía semanas o meses de vida.

Compartieron recuerdo tras recuerdo de cómo no encajaban en sus ambientes de trabajo ni en sus relaciones con otros; y al hacerlo, cada uno le hizo espacio al otro.

Jasper la miró con el ceño levemente fruncido. Melina se limpió la boca, preguntándose si tenía huevo en ella.

–¿Qué?

–Eres un desastre –dijo él.

–Ya sé. Todavía no sé cómo voy a arreglarlo todo.

–Me refería a que físicamente eres un desastre –aclaró Jasper aún con el ceño fruncido–. ¿Querías ducharte?

Era incluso más íntimo estar en el baño de Jasper que haber compartido su cama. Saber que usaba Aim y no Crest, oler el limón de su champú y darse cuenta de dónde venía ese aroma en su cabello, ver un frasco de Xanax junto al Advil y preocuparse por lo que le preocupaba a él. Melina sintió que le habían dado la llave para abrir una cueva de las maravillas. Cuando el pequeño baño de azulejos blanco y negro se calentó demasiado –ya fuera por el vapor del agua o por el deseo de Melina de que Jasper estuviera ahí con ella– abrió un poco la ducha para ventilar. Instantes después, él la sorprendió tocando el mango de su navaja de afeitar a través de la abertura. Sus ojos se encontraron en el espejo del baño.

–Te pillé –dijo él, con una sonrisa en los labios.

Melina giró la navaja entre sus dedos. El mango era pesado y de plata pulida.

–Solía mirar a mi padre afeitarse. No sabes cuánto quería afeitarme yo también.

–No sabes cuánto me alegra que no hayas tenido que hacerlo –respondió él, quitándole la navaja y dejándola en el borde del lavamanos–. ¿Todavía te preocupa?

–Sí –admitió Melina–. Significó mucho para mí... que me llevaras al hospital.

–Era lo correcto –Jasper metió las manos en los bolsillos de su bata.

–¿Siempre haces lo correcto?

–Lo intento –admitió él–. Pero claramente no soy perfecto: puedes tomar el fiasco del Bard College como ejemplo.

Una sombra atravesó a Melina.

–Entonces –dijo–, ¿cómo sigue esto?

–Esperamos a que se publique la columna que escribí sobre *Con cualquier otro nombre*. En cuanto mi editor la revise, saldrá. Y luego hablamos con Raffe y Tyce.

Hablamos. Melina registró el plural.

–¿Y mientras tanto?

–Tengo una sorpresa para ti –dijo Jasper.

Mientras Jasper se vestía, Melina llamó a su padre.

–Hola, pastelito –dijo él.

Justo en ese momento, Jasper salió de su dormitorio, vestido para el trabajo con pantalones de traje y una camisa de lino impecable. Su cabello estaba húmedo, más oscuro de lo habitual, y caía sobre sus ojos.

–¿Lista? –preguntó, y entonces notó que ella estaba hablando por teléfono.

–¿Es Andre? –preguntó su padre.

–No –respondió Melina–. Estoy en el apartamento de otra persona.

–¿A las ocho y media de la mañana?

–Solo quería saber cómo estabas –Melina negó con la cabeza–. Te quiero. No te esfuerces demasiado todavía.

–Yo también te quiero –dijo su padre–. Usa protección.

–¡Papá! –exclamó Melina, pero él ya había colgado.

Jasper se detuvo frente a ella, con la bolsa de su portátil colgando de su hombro.

–¿Estás lista?

–Probablemente no debería salir así en público –respondió ella, mirando sus pantalones de *jogging* y la camiseta del día anterior.

–Ayer saliste con esa misma ropa –señaló Jasper–. Además, no vamos a estar en público, salvo en el metro.

En realidad, no había algo más público que eso, pero Melina no quiso apagar el entusiasmo de Jasper. Lo dejó pasar su tarjeta en el metro y salieron cerca de la Quinta Avenida. Él se detuvo en las escaleras de la Biblioteca Pública de Nueva York, frente a los leones de mármol llamados Paciencia y Fortaleza (virtudes de las que Melina carecía en ese momento).

–Aún no está abierta –dijo ella.

–Para nosotros sí.

Jasper tomó su mano y la guio más allá de los pequeños grupos de turistas sacando fotos en las escaleras y del grupo de adolescentes vapeando. En la cima, golpeó la pesada puerta de madera, y un guardia de seguridad la abrió.

–¿Cómo anda, señor Tolle? –dijo el hombre, haciéndolos pasar con un gesto.

Melina pensó que jamás había estado en la biblioteca con tanto silencio.

–¿Esta es mi sorpresa? –preguntó–. ¿Tener la biblioteca para mí sola?

–No exactamente.

Jasper la condujo a la sala de Manuscritos y Archivos, donde los esperaba un hombre con un bigote demasiado entusiasta.

–¡Ulrich! –dijo Jasper, estrechándole la mano–. Te debo una.

–Consígueme entradas para la nueva obra de Audra McDonald –sugirió Ulrich.

–Haré lo posible –prometió Jasper. Puso una mano en la espalda baja de Melina–. Ella es Melina Green. Es dramaturga.

No pudo negar la emoción que esas palabras le provocaron.

Ulrich abrió la puerta de la conocida sala de lectura, que estaba completamente vacía. Olía a productos de limpieza, y había un libro esperándolos, abierto, sobre una de las mesas. Ulrich les pasó dos pares de guantes de algodón blanco.

–No hagan nada que yo no haría –dijo, y los dejó solos.

La mirada de Melina se posó en el papel amarillento, la encuadernación frágil, la conocida ilustración de Martin Droeshout

del hombre de Stratford, con su frente absurdamente alta y su cabello cayendo en cascada. En la página de la izquierda había un poema de Ben Jonson. En la página opuesta, el título: *Las comedias, historias y tragedias del señor William Shakespeare, publicadas según sus originales.*

Melina se puso los guantes y rozó ligeramente el delicado papel. Jasper se colocó detrás de ella, con su aliento rozándole la mejilla.

–¿Alguna vez viste el *Primer Folio*?

Impreso siete años después de la muerte de Shakespeare, era una colección de treinta y seis obras atribuidas al dramaturgo. En su momento, dieciocho de ellas nunca se habían publicado antes, y varias tenían cambios significativos respecto a versiones anteriores. Probablemente se habían impreso setecientas cincuenta copias, que era una tirada estándar para la época. Aún se conservaban doscientas treinta y cinco.

–Vi uno –susurró Melina–, pero no tan de cerca, y estaba detrás de un cristal. Me molesta que él siga llevándose todo el crédito –murmuró y rozó con la punta de su dedo el nombre de Shakespeare.

–Sí, pero quedó encadenado para siempre a ese retrato tan espantoso.

Melina se movió y sus labios quedaron casi rozando los de Jasper.

–Hay toda una teoría sobre esta ilustración. Que apunta a que Shakespeare no fue el verdadero autor.

–Cuéntame más –respondió Jasper, con los ojos fijos en su boca.

–Los otros poetas tenían emblemas en sus retratos. Coronas de laurel, escudos de armas, cosas así. El grabado de Shakespeare está extrañamente vacío. Y, teniendo en cuenta que él y su padre pasaron años presionando por un escudo familiar, uno pensaría que habría insistido en que apareciera en el grabado.

–Tu cerebro es muy... estimulante –los ojos de Jasper se oscurecieron.

–Entonces espera a escuchar sobre sus dos brazos izquierdos. ¿Ves cómo el grabado hace que parezca que su brazo está conectado al revés? Algunas personas creen que es una pista de que todo este folio es un engaño. Sin brazo derecho. Sin brazo para escribir. ¿Entiendes?

Jasper presionó su boca contra el cuello de Melina.

–Más –gruñó.

–Ben Jonson –jadeó Melina– odiaba a Shakespeare. Entonces, ¿por qué escribiría el poema introductorio del libro de su enemigo?

–Ni idea –murmuró él.

–Porque literalmente dice: *No miren su retrato, sino su libro*. Te está diciendo que ignores este retrato, porque el verdadero autor se revelará en su escritura.

–O autora –añadió Jasper.

Melina gimió cuando sus dientes presionaron suavemente su lóbulo.

–Y después, Jonson escribe un elogio a Shakespeare y dedica dieciséis versos a decirles a los lectores que no alaben al autor –suspiró Melina–. Advierte contra la ignorancia, el afecto ciego y la malicia astuta. Es una pista bastante grande.

–Afecto ciego –dijo Jasper, girándola y presionando la cadera de Melina contra la mesa con la suya–. Malicia astuta.

Él la besó mientras los bordes de la habitación parecían iluminarse, y ella tuvo que jadear para tomar aire. Jasper se inclinó hacia adelante de nuevo, pero Melina lo detuvo con una mano.

–¡No podemos hacer esto acá! –susurró, señalando el *Folio*.

–¿Porque nos está mirando?

–Porque es un libro de biblioteca.

–No estamos sacando un marcador permanente.

–No estamos sacando nada –dijo Melina, apartándose hábilmente de los brazos de Jasper–. Deberías haberlo pensado antes de traerme a mirar esto si querías toda mi atención.

–Puedo ser paciente –dijo con una sonrisa–. Si me recompensas después.

–Hecho –prometió ella mirándolo por encima del hombro.

Fiel a su palabra, Jasper la observó mientras ella pasaba las páginas con cuidado. La idea de tocar algo que Emilia había tocado –si no ese *Folio*, tal vez otro– era abrumadora. Melina se imaginó a su antepasada hojeándolo en un puesto de libros o quizás desembolsando los quince chelines que habría costado una copia sin encuadernar. Se preguntó si Emilia habría pasado las páginas hasta

Hamlet, Otelo, hasta líneas que había escrito ella misma. Era lo más cercano que Melina había estado de viajar en el tiempo.

–¿Crees que Emilia escribió todo esto? –preguntó Jasper.

–Creo que formaba parte de un grupo de dramaturgos. Probablemente Oxford era el líder, y tenía un equipo de escritores produciendo textos que Shakespeare firmaba.

–Es un secreto tremendo para que se mantenga durante cuatrocientos años.

–No sé si era un secreto. Quizá, para poetas y dramaturgos, William Shakespeare era una especie de palabra clave para los que estaban en el mundillo teatral. Tal vez por eso Ben Jonson deja todos estos pequeños acertijos en el *Folio*.

Dejó que su mirada cayera en un soliloquio del personaje Emilia en *Otelo*.

¿No tenemos nosotras afectos, deseos de diversión y fragilidad como los hombres?

No solo Ben Jonson había dejado pistas.

–Había escuchado que se mencionaba a Oxford como el verdadero Shakespeare –dijo Jasper–. Y a Francis Bacon. Incluso a Christopher Marlowe. Pero hasta ahora, ni siquiera sabía que Emilia Bassano existía.

–Casi nadie lo sabe –admitió Melina–. Ha pasado prácticamente desapercibida.

–Hasta ahora –él la miró a los ojos.

Melina quiso asentir, repetir sus palabras. Pero no podía, no hasta estar segura de que su propia imprudencia no había vuelto a silenciar la voz de Emilia.

Hubo un golpecito en la puerta, y Ulrich asomó la cabeza.

–Tienen dos minutos, y después tengo que esconder a Willie S. de nuevo y dejar entrar a los plebeyos.

Cuando cerró la puerta, Melina pasó las páginas del *Folio* con cuidado hasta dejarlo abierto en el retrato, tal como estaba cuando llegaron. Se puso en puntas de pie y besó suavemente a Jasper.

–Gracias. Nunca antes me habían seducido con un texto histórico.

–Claramente –dijo Jasper–, estuviste con los tipos equivocados.

Tiró suavemente de la trenza cosida de Melina. La biblioteca comenzó a zumbar como un motor alimentado por los visitantes. El sonido sacó a Melina de esa burbuja privada y la devolvió al mundo, donde sus acciones tenían consecuencias.

–No dormía una siesta desde que estaba en la universidad –dijo Melina, bostezando contra el pecho de Jasper mientras el sol se extendía con avidez sobre el desorden de sábanas.

–Entonces tienes una deuda pendiente –dijo él trazando pequeños círculos en su espalda.

Habían salido de la biblioteca con la intención de ir al norte de la ciudad para buscar ropa para Melina. Jasper había insistido en acompañarla, por si necesitaba apoyo emocional al hablar con Andre, aunque Melina no tenía idea de qué habría hecho Jasper en ese momento. ¿Desenfundar una espada? ¿Pararse entre ellos como un árbitro? Pero el vagón del metro estaba lleno, y Melina terminó pegada a Jasper, de espaldas a él. Él había puesto la mano sobre su vientre para estabilizarla, atrayéndola más cerca. Cuando lo sintió endurecerse, se giró entre sus brazos y se pegó a él. Sin decir una palabra, se bajaron en la siguiente estación, tomaron un taxi y terminaron otra vez en el apartamento de Jasper. Era evidente que Melina no era la única que estaba ansiosa por retrasar la realidad un poco más.

–Clark Kent –dijo ella, más para sí misma que para él–. Eso es.

–¿El qué?

–A quién me recuerdas. Las gafas. La imagen de reportero.

–¿No tenía el pelo oscuro Superman? –Jasper levantó una ceja.

–No dije que fueras Superman. Solo Clark Kent.

–Él también tenía el pelo oscuro –señaló Jasper–. ¿Y no preferirías estar con el superhéroe?

–No necesito que me rescaten. Y no confío en un tipo en mallas –Melina se encogió de hombros.

–Pero ¿confías en mí? –él la miró fijamente, abandonando la expresión juguetona.

Ella no supo cómo responder a eso. Quería confiar en él. ¿Eso era suficiente?

Como si Jasper se diera cuenta de que no iba a obtener una respuesta, aclaró su garganta y cambió de tema.

–Sabes que puedes quedarte aquí, si quieres.

–Gracias –dijo Melina suavemente–, pero en algún momento tengo que dejar de esconderme bajo las sábanas. Y, cuando les explique al productor y al director de mi obra por qué les mentí, preferiría no estar usando una camiseta de Fall Out Boy.

–Bueno, eso es válido por un montón de razones. Al menos actualízate a Paramore.

Melina le dio un suave golpe en el hombro, y él atrapó su mano mientras cantaba *Uma Thurman* desafinadamente.

–No dejes tu trabajo de lunes a viernes –ella rio, y él se giró sobre ella, atrapándola entre sus brazos.

–¿Estás diciendo que nunca voy a triunfar en Broadway? –preguntó Jasper.

–Tienes otros talentos –ofreció Melina, y él bajó su boca a la de ella justo cuando ambos teléfonos sonaron con mensajes.

Se giraron hacia lados opuestos de la cama para leer los textos. Era Elaine, la directora de escena, avisando que uno de los actores había dado positivo para covid. La compañía –y los ensayos– entraban en pausa mientras testeaban a todos los demás.

–Dios existe –murmuró Melina.

–Con un poco de suerte, puedo publicar la columna antes de que se reanuden los ensayos –comentó Jasper y se sentó en la cama–. Como mi editor sigue en silencio total, voy a perseguirlo en persona –se puso unos bóxer–. Te escribo cuando publique la columna.

Melina asintió. La lógica indicaba que, una vez que Jasper publicara la columna, Tyce no podría retirar los fondos y Raffe no podría abusar de su autoridad sin parecer misóginos. Pero intuía que no tendría tanta suerte como para escapar ella misma sin repercusiones, y mucho menos la producción.

–Voy a casa a cambiarme –dijo mientras se ponía la ropa.

Al abotonarse la camisa, Jasper mostró un gesto de indecisión. Ella pudo verlo intentando descubrir cómo estar en dos lugares al

mismo tiempo.

–¿Y si Andre...?

–Soy una mujer adulta, y ya es hora de que empiece a actuar como tal.

Quince minutos después, bajaban juntos al metro. En el punto donde dos túneles se bifurcaban, Melina fue invadida de repente por una oscura ola de aprensión. Desesperada, agarró la solapa de su traje de lino.

–¿Te he dado las gracias? Por el *Folio*. Por el desayuno. Por la columna.

–No deberías agradecérmelo –dijo él, con los ojos fijos en los de ella.

A lo lejos, se escuchaba el chirrido metálico de un tren alejándose, como una arpía arrastrando sus garras. La mirada de Jasper se desvió hacia el túnel.

–Deberías irte –dijo Melina.

Él se subió las gafas y asintió. Ella lo miró alejarse con sus largas piernas hasta que, con un giro, tomó el otro túnel. Al llegar al andén norte, miró al otro lado y vio a Jasper en la plataforma opuesta.

–¡Ey! –gritó él, llevándose las manos a la boca–. Pase lo que pase, no...

En ese instante, un tren irrumpió en la vía frente a él, deteniéndose con un chillido. Las puertas se abrieron con un suspiro.

«¿No qué?», se preguntó Melina.

Jasper recibió un mensaje de texto de su editor justo antes de que las puertas del metro se cerraran:

Necesito discutir la columna.

Ok, respondió Jasper.

El tren arrancó bruscamente.

Las mujeres siempre estuvieron en escena, escribió su editor.

Jasper puso los ojos en blanco y comenzó a escribir:

Claro, en obras escritas por y para hombres.

El vagón del metro tembló al tomar una curva y las luces se apagaron. La pantalla de su teléfono brillaba mientras su respuesta

se perdía en la pésima señal a sesenta metros bajo tierra.

Unos momentos después, la respuesta de Don apareció en su pantalla:

Pero hay una historia importante aquí…

El metro llegó a una estación, y Jasper escribió:

Sí. Publícalo de inmediato.

Observó a una mujer que subía con una enorme cantidad de bolsas de plástico y se dirigía al otro extremo del vagón. Dos adolescentes que deberían estar en la escuela entraron como hojas de otoño, revoloteando emocionados. Las puertas se cerraron con un siseo.

Miró los tres puntos suspensivos que flotaban en la pantalla, los siguientes comentarios de su editor atrapados en algún punto del éter entre ellos.

¿Sin cambios?

Aprovechando el pequeño instante de señal, Jasper envió un emoji de pulgar arriba. Esperó el sonido que indicaba que el mensaje se había enviado y guardó el teléfono en su bolsillo.

No fue hasta que Jasper llegó a su destino y salió a la superficie que todos los mensajes no enviados de Don y sus respuestas se desplegaron en su aplicación, completando la conversación inconclusa.

Necesitamos hablar sobre la columna.

Ok. ???

Esto no es una denuncia. Las mujeres siempre han estado en escena.

Claro, en obras escritas por y para hombres.

Pero hay una historia importante aquí… Una que tú te perdiste por completo: una mujer blanca se adueña del escenario de un hombre negro. Te he enviado un correo con mis sugerencias de edición, ¿las apruebas?

Sí. Publícalo de inmediato.

¿Sin cambios?



Sin embargo, Jasper no revisó su teléfono hasta que llegó a las oficinas del *New York Times* y se detuvo en la sala del personal para servirse café antes de ir a su mesa. Clarence Field, un editor negro de la sección de opinión, estaba allí.

–Jasper –dijo, con cautela–. Esa columna ha sido… inesperada.

«Ah», pensó Jasper. «Ya está publicada».

–¿En qué sentido? –preguntó, con indiferencia.

–Nunca te había visto abordar la opresión institucional en tus textos.

Jasper hizo un ruido de acuerdo mientras llenaba su taza.

–Ya era hora de que alguien blanco denunciara el racismo en el teatro –añadió Clarence, dándole una palmada en la espalda–. Bien hecho.

Cuando Clarence se fue, sus palabras hicieron eco en Jasper. Apurado, llegó a su escritorio y abrió la columna en línea. Comenzó a leer… palabras que nunca había escrito. En pánico, revisó su aplicación de mensajes y leyó toda la conversación que no sabía que había tenido con su editor.

Por Dios, la confusión era totalmente shakesperiana: como cuando el fraile Juan, en cuarentena por la peste, no podía entregar a Romeo la carta que explicaba que Julieta solo fingía estar muerta. Como cuando Marco Antonio recibía la falsa noticia de que Cleopatra había muerto e intentaba luego suicidarse.

–Mierda –murmuró Jasper, abriendo su correo de trabajo y revisando todos los cambios no autorizados que habían alterado completamente el enfoque y el mensaje de su texto.

Con el corazón latiendo con fuerza, Jasper irrumpió en la oficina de su editor sin golpear.

–¿Qué demonios, Don? Eso no es lo que escribí.

–Sí, es mejor –respondió su editor, recostándose en su silla.

–No quise dar permiso para tus cambios. Estaba en el metro y… Mira, olvídalo. Solo quítalo.

Don negó con la cabeza.

–Han pasado solo quince minutos y ya tiene más comentarios que tus tres últimas críticas. Comentarios positivos, debo añadir. El teatro está teniendo un ajuste de cuentas racial; es bueno que el *Times* refuerce eso.

–Sí, pero…

–De nada, Tolle. Sé que es un cambio para tus lectores no pensar que eres un idiota, pero lo vas a superar.

Don bajó la mirada a una pila de papeles en su escritorio, despidiendo a Jasper sin palabras. Jasper volvió a su mesa, frotándose las sienes, sudando mientras intentaba idear una forma de arreglar eso. Don estaba completamente equivocado. A Jasper no le importaban sus lectores; solo había una opinión que valoraba.

Melina leería esto y pensaría que era el mayor idiota que había pisado la tierra.

Porque Jasper la había destruido públicamente… otra vez.

La notificación del *New York Times* apareció en el teléfono de Melina justo cuando salía del metro. Su corazón ya latía con fuerza antes de que la columna de Jasper siquiera cargara. Comenzó a leer mientras la multitud la arrastraba hacia las escaleras y la luz del sol.

Se quedó inmóvil mientras el mundo giraba a su alrededor.

Melina Green presentó su obra al festival haciéndose pasar por un dramaturgo hombre...

... convenció a Andre Washington, un dramaturgo negro sin ninguna obra producida, de representar la obra sin darle ningún crédito.

... evidencia de la enorme desigualdad que sigue existiendo en el teatro para quienes están marginados...

–¡Eh! –le gritó un chico con auriculares Beats, que chocó contra ella–. ¡Avance, señora!

Y lo hizo. Con las piernas entumecidas y los dedos agarrando con fuerza el teléfono que sostenía la historia que la retrataba como una mentirosa, una racista, un fraude.

En la calle 181, se dejó caer contra una pared de ladrillos junto a una bodega, temblando de rabia, de sorpresa.

Había confiado en Jasper.

Le había creído cuando él dijo que la entendía.

Había dormido con él y, a cambio, él la había jodido.

Su mente se quedó atrapada en las palabras casi finales que Jasper le había dicho esa mañana, mientras estaban en lo más profundo de una estación de metro: *No deberías darme las gracias.*

Su teléfono comenzó a vibrar, y el nombre de Jasper apareció en la pantalla. Melina rechazó la llamada. Casi de inmediato, el teléfono volvió a sonar, así que lo apagó.

Jasper le había dicho que no mentía, pero eso tenía que ser falso, considerando lo que él le había dicho que estaba escribiendo. ¿Era tan obsesivamente leal a su reputación que no podía arriesgarse a hundirse con un barco que se estaba yendo a pique? ¿Había intentado salvarse publicando una exposición como esa mientras la producción que él mismo había catalizado se desmoronaba como un castillo de naipes?

O, peor aún, ¿Jasper había sido consciente desde el principio de que Melina era la misma dramaturga a la que había atacado en el Bard? ¿Sospechó algo cuando ella usó un nombre falso? ¿Se prestó a su engaño, fingiendo no recordar, para dar el golpe final antes de que ella pudiera dárselo a él?

¿Había estado jugando con ella todo el tiempo?

Melina se sintió joven, estúpida y traicionada. Por más conversaciones que ella y Jasper hubieran tenido sobre género y teatro, no eran más que palabras vacías.

Caminó hacia el Hudson. Pasó junto a corredores que sudaban con música silenciosa, niñeras empujando cochecitos y paseadores de perros sujetando manojos de correas llenas de caniches chillones. Nadie la miró dos veces.

Se sentó en un banco cubierto de maleza, con el puente George Washington a sus espaldas, como un dragón de metal humeando nubes. Sabía que tenía que hablar con Tyce, con Raffe y con todos en el ensayo. Pero también sabía que, si encendía su teléfono, Jasper no pararía de llamarla o enviarle mensajes hasta que respondiera.

Se permitió un momento de autocompasión y lloró antes de usar su camiseta para secarse los ojos. Luego encendió el teléfono.

Había diecisiete mensajes de voz de Jasper.

Melina, por favor, contesta, decía el primero.

Melina, ¿estás ahí? Déjame explicarte.

Eliminó el resto sin escucharlos.

Había un mensaje de texto de Raffe en el que decía que el actor que interpretaba a Alfonso tenía covid y preguntaba si sabía por qué Mel no respondía sus llamadas.

Había un correo de Tyce pidiéndole, de forma seca, que lo llamara para discutir «los recientes acontecimientos».

Casi podía escuchar la voz de Andre en su cabeza: «Bueno, mierda, Mel. ¿Qué pensaste que iba a pasar?».

Respirando hondo, Melina volvió a abrir la columna de Jasper en su teléfono y leyó sobre la mujer blanca, privilegiada y desubicada que había intentado engañar a la industria del teatro a costa de alguien con menos recursos aún que ella.

El acceso como dramaturga nunca debería haberse reducido a niveles de marginación. Si eras una mujer de color, estabas al final de la jerarquía. Melina se estremeció un poco al admitir que, a pesar de todas sus quejas, habría sido exponencialmente más difícil tener una oportunidad en este negocio si no fuera caucásica.

Leyó la crítica, bellamente redactada, que Jasper había hecho de su carácter: bajo su pluma, ella se convertía en una mujer blanca tan obsesionada con obtener reconocimiento que borraba los logros del hombre negro y gay al que había arrastrado a su engaño.

Por primera vez, se vio a sí misma desde esa perspectiva también. No como la dramaturga agraviada, sino como una persona tan ciega que no se daba cuenta de la posición imposible en la que había puesto a Andre. O él ayudaba a su mejor amiga o tenía que fingir entusiasmo por un logro sabiendo que sus propias obras –sobre ser BIPOC y *queer* en América– tenían las mismas pocas posibilidades (o incluso menos) de ser producidas.

Pensó en cómo ella y Andre habían pasado cinco horas aprendiendo toda la coreografía del video de *WAP*. Cómo hacían y entendían referencias de *The Real Housewives* que parecían

telepatía. Cómo una vez habían clasificado a todos los que conocían según el orden en que morirían en un apocalipsis zombi.

También pensó en cómo Andre a veces le llevaba galletas de vainilla con chocolate cuando estaba escribiendo como si tuviera un demonio en la espalda, porque sabía que era lo único que no podía rechazar. Cómo, cuando el último novio de Andre lo había engañado, ella le pagó al barista del Starbucks al que iba el idiota para que pusiera medio sobre de sal en su americano. Cómo pensaba que su relación había trascendido la raza y el género porque nada de eso importaba cuando encontrabas a tu mejor amigo.

No era el monstruo racista y egocéntrico que Jasper había retratado.

Pero Melina se dio cuenta de que tampoco era que no lo fuera.

La primera vez que Melina escribió una obra de teatro tenía siete años. La obra trataba sobre un pato y un pez que se conocían en un estanque y se convertían en mejores amigos. Escribió los diálogos para ambos personajes, recortó cuidadosamente el guion y lo pegó en dos libretos: uno para su madre y otro para su padre.

–Tú eres el pato –le dijo a su padre–. Y tú, el pez –le dijo a su madre. Luego se sentó en el suelo y esperó a que leyeran sus partes.

–Hola –leyó su padre.

–Hola –respondió su madre.

–Veo que eres un pez.

–Y tú –respondió su madre– eres un pato.

–Nademos.

Melina leyó las acotaciones:

–Y nadaron durante horas, hasta que el pato dijo…

–Eh, Pez, ¿por qué no vienes a cenar?

–Me encantaría –respondió su madre–. Nos vemos más tarde.

–Pero, cuando el pato se alejó nadando para prepararse, el pez pensó: «¿Y si yo soy la cena?».

Los padres de Melina se miraron entre ellos.

–Bueno –dijo su madre con una sonrisa–, eso es un gran giro dramático.

–¡Esa no es una de tus líneas! –se quejó Melina.

–Hola, Pato –leyó su madre–. Vine a cenar, pero me da miedo que me comas.

–Está bien –respondió su padre–. Me haré vegetariano.

–Y así fue como –concluyó Melina sonriendo de oreja a oreja– siguieron siendo mejores amigos para siempre.

Aunque todavía tenía las llaves del apartamento, Melina llamó a la puerta. Vio una sombra cruzar la mirilla y, un momento después, Andre abrió. Estaba usando la bata de seda de Melina sobre una camiseta de tirantes y unos shorts.

Ella supo, por su expresión, que había leído la columna de Jasper. ¿Quién no? Melina misma había leído mil setecientos comentarios. Un tercio aseguraba que el racismo en Estados Unidos no existía desde Obama. La mayoría decía que la columna era prueba de que las personas en el poder podían cambiar y que ya era hora.

Hubo un destello, una vacilación en los rasgos de Andre que le dieron a Melina el coraje para hablar.

–Lo siento –dijo de golpe, al mismo tiempo que Andre decía exactamente lo mismo.

Él negó con la cabeza.

–Estaba enfadado contigo, Mel, pero no quería que esto pasara –se dio cuenta de que Andre sostenía su teléfono–. Jasper me llamó cuatro veces.

–¿Qué te dijo?

–Que quería encontrarte. Le dije que no tenía idea de dónde estabas –respondió Andre.

Melina entró en el apartamento y se dejó caer en el destartalado sillón. La tele estaba encendida: *RuPaul's Drag Race*.

–¿Lo has visto sin mí? –dijo.

–Hasta donde sabía, nunca más me ibas a hablar –Andre se sentó a su lado–. No iba a perderme toda una temporada porque estabas siendo una perra.

–Lo sé –suspiró Melina–. Lamento mucho eso. De verdad, de verdad, lo siento, Andre. No me di cuenta de cuánto te estaba pidiendo al convencerte de seguir con este plan estúpido. Estaba tan concentrada en lo hostil que este negocio es conmigo que no pensé en lo hostil que es contigo. Y pedirte que fingieras que mi obra era tu obra fue simplemente… –se interrumpió, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

–¿Desgarrador? –sugirió Andre–. ¿Humillante?

–Ambas funcionan –admitió Melina–. También eres un escritor, y ayer actué como si no merecieras ni siquiera editar mi obra –lo miró otra vez–. Para que conste, todavía quiero que escribas mi discurso fúnebre cuando me muera.

–¿Recibiré esa confianza o tendré que fingir que solo estoy leyendo tus propias palabras?

–Me lo merezco –Melina hizo una mueca.

Andre cogió el mando a distancia y pausó a una *drag queen* que hacía un *death drop* mientras cantaba por su vida.

–Bueno, al menos tenemos algo en común. Yo presenté tu obra porque quería ayudarte. Tú me convenciste de mentir… porque querías ayudarte.

–Tienes todo el derecho a odiarme –Melina se encogió–. Mi gran oportunidad nunca debería haber sido a tu costa. Sé que tengo mayor acceso y privilegios por ser blanca. Pero, de alguna manera, este estúpido negocio teatral nos enfrentó entre nosotros –respiró hondo–. Quiero que seas endemoniadamente famoso –dijo Melina–. Quiero que tus historias salgan a la luz, sobre personas que no soy y vidas que nunca viviré. Pero también quiero que mi trabajo esté ahí. Sí al teatro negro, al teatro marrón, a los dramaturgos con discapacidades y a los musicales *queer*. Sí a todo eso. Pero… yo sigo aquí. Siento que me dicen todo el tiempo: «Hazte a un lado, todavía no es tu momento» –torció las manos en su regazo–. Pensé tanto en mí que me olvidé de ti… y de todos los demás. No sé cómo ser ambiciosa y, al mismo tiempo, ser una aliada, Andre –dijo–. No sé cómo defenderme como mujer sin sonar mezquina o pedante. Solo sé que el teatro es tan «posfeminista» como «posracial».

–La envidia es parte de ser humano, Mel –Andre la miró a los ojos–. Puedes estar celosa de alguien sin quitarle su logro. No tiene que ser un «o». Puede ser un «y». Además –dijo con una sonrisa resignada–, fui yo el que presentó la obra, no tú.

–Estabas borracho.

–Bueno, entonces, culpemos al *prosecco* –se encogió de hombros–. Sé que no intentabas hacerme sentir como una mierda. Solo querías vengarte de Jasper Tolle.

Andre no notó el color que subió por las mejillas de Melina porque empezó a escrolear en su teléfono.

–Supongo que puedo cambiar tu nombre de contacto de nuevo.

–¿Me eliminaste?

–No –respondió Andre–. Cambié tu nombre de Mel a Karen –tiró el teléfono entre los almohadones del sillón–. De verdad lamento que te estén hundiendo así, Mel.

–Bueno, fui yo quien te metió en esto –admitió Melina–. Y estoy más arrepentida.

–Siempre tan competitiva… –Andre puso los ojos en blanco.

–Odiaba que estuvieras enfadado conmigo –ella se lanzó hacia él y lo abrazó con fuerza.

–Yo odiaba más estar enfadado contigo –admitió Andre.

–Tengo que decirte algo –soltó Melina de golpe–. Me acosté con Jasper.

–¿Qué? –Andre se alejó un poco, genuinamente sorprendido–. No sé cómo ni por qué terminaste en la cama de Jasper Tolle, pero lo que sí quiero saber es si su apartamento está empapelado con programas de las obras que destrozó.

–No –respondió Melina–. Pero se hidrata todas las noches con las lágrimas de las actrices jóvenes cuyas carreras arruinó.

–¿Sabías que iba a...? –Andre se puso serio.

–No –contestó Melina, antes de que pudiera terminar la pregunta.

–¿Y qué pasa con tu obra? –preguntó él–. ¿Qué vas a hacer ahora?

–No lo sé –respondió ella.

–Aunque decirlo no sirva de nada, sé cuánto deseabas esto –Andre le apretó la mano.

–Lo necesitaba –corrigió Melina.

Necesitaba que la gente conociera a Emilia y lo que ella había creado.

Necesitaba escribir obras que fueran juzgadas por su propio mérito, algo que ahora parecía doblemente imposible después de la columna de ese día.

Quería estar de vuelta en el apartamento de Jasper, sintiéndose especial, no miserable.

Quería retroceder en el tiempo y retirarse del festival alternativo.

Había un abismo entre sus deseos y la realidad.

–Hay muchas cosas que quiero y no puedo tener –Melina miró a Andre–. Pero lo que quiero ahora es recuperar mi bata.

Andre tomó el mando a distancia y lo presionó. La *drag queen* se tiró al suelo de un salto.

–Eso ya lo discutiremos –dijo Andre, mientras reiniciaba el programa desde el principio.

Durante la primera semana de Jasper en el *Times*, el crítico principal de teatro se había asomado a su mesa.

–¿Puedo contar con tu cerebro un momento para resolver algo? –solicitó, en busca de ayuda.

–Absolutamente no –respondió Jasper, imaginándose una lobotomía primitiva–. Vete a la mierda.

De más está decir que la relación con su superior había sido complicada. Jasper había empezado a trabajar de forma remota mucho antes de la pandemia porque, a veces, sentía que era más fácil estar solo que tratar de comunicarse con otros.

Con el tiempo, había encontrado amigos en la ciudad que entendían sus peculiaridades. Se volvió competente en su trabajo, lo suficiente como para ganarse el respeto de sus colegas en lugar de su desprecio. Pero, en una isla con 1,6 millones de personas, Jasper a menudo se sentía aislado.

Y entonces se había encontrado con Melina Green, también conocida como Andrea Washington, en la Biblioteca Pública de Nueva York. Podía contar con los dedos de una mano las veces en su

vida en las que una conversación había fluido con tanta facilidad. Le encantaba cómo ella (al igual que Jasper) se apasionaba por un tema: en el caso de Melina, Emilia Bassano; en el suyo, el teatro en general. Eran dos bichos raros, pero de alguna manera encajaban.

Había luchado contra su atracción física hacia ella porque parecía inapropiado. Pero había sido como sostener una antorcha frente a una pila de leña y pretender que no se encendiera.

En las obras de Shakespeare, las comedias terminaban en matrimonio; las tragedias, con casi todos muertos. Jasper hubiera jurado que estaba viviendo una comedia, pero resultó ser toda una tragedia.

¿Y por qué? ¿Porque el metro no tenía wifi? Parecía una razón verdaderamente caprichosa para que su vida se desmoronara.

Su editor, Don, tenía razón. Jasper estaba siendo ensalzado por hablar de la falta de diversidad entre los creativos de Broadway, cuando, en su opinión, era ridículo aplaudir a un hombre blanco por reconocer tardíamente su privilegio.

Melina también tenía razón: nadie estaba hablando de la discriminación de género en el teatro.

Quería explicarle. Quería disculparse. Quería besarla otra vez.

Había repasado lo que diría, si pudiera, cien veces en su mente: mientras caminaba kilómetros por las calles de la ciudad, mientras se duchaba, mientras esperaba a que el sueño lo venciera. Tenía las palabras; lo que no tenía era la oportunidad. Cada vez que intentaba contactar a Melina, su teléfono estaba apagado. No leía sus mensajes. Con el paso de los días, ella no había vuelto al teatro, pero tampoco lo había hecho nadie más, ya que la mitad del elenco estaba en cuarentena por covid. Tyce también había desaparecido después de que saliera la noticia sobre la verdadera autora de la obra. Jasper nunca había ido al apartamento que ella compartía con Andre, así que no sabía dónde encontrarla. Andre había contestado su primera llamada, pero ahora las dejaba ir al buzón de voz.

No podía encontrarla: era una aguja de plata en el inmenso pajar de Manhattan. Así que Jasper decidió atraerla.

Se reunió con Tyce D'Onofrio en el bar Centrale, el espacio discreto y sin cartel situado encima de Joe Allen, un restaurante

popular. Tyce ya lo estaba esperando en un reservado cuando llegó. Llamó a un camarero para que Jasper pudiera pedir un martini.

–¿Dónde has estado escondido? –preguntó Jasper.

–En Oklahoma –respondió Tyce–. Acompañé a mi madre a mudarse a una residencia para personas con pérdida de memoria. Pero les dije a todos que fui a Positano. Parece mucho más misterioso, ¿no?

–Supongo.

–O lo parecía, hasta que tu columnita llegó a internet –Tyce frunció el ceño–. Ahora parece que estaba huyendo de algo. ¿Qué demonios pasó?

–Esa no era mi columna –dijo mientras se pasaba una mano por la cara.

–Hubiera jurado que sí.

–No puedes culpar a Melina por esto –insistió Jasper–. Tenía buenas razones para mentirte.

La razón, claro, era el propio Jasper, pero no lo mencionó.

–Es raro –dijo Tyce–. ¿Por qué no dijo simplemente quién era? Las mujeres escriben obras todo el tiempo.

–Nombra cinco –lo retó Jasper.

–¿Cinco qué?

–Cinco dramaturgas.

Tyce puso los ojos en blanco.

–Suzan-Lori Parks, Theresa Rebeck, Lynn Nottage –dudó–. La otra, la que escribió *Topdog/Underdog*.

–Esa también es Suzan-Lori Parks.

–¡Paula Vogel! –exclamó Tyce, triunfante.

Jasper esperó por un quinto nombre. Y siguió esperando.

–Bueno, da igual –dijo Tyce–. ¿Cuál es el tema?

–¿Crees que Melina Green es una buena dramaturga?

–Claro.

–Error –gruñó Jasper–. Es una gran dramaturga, pero nadie está dispuesto a arriesgarse a producir su trabajo.

–Bueno, no voy a ser yo –dijo Tyce–. Vamos, Jasper. Si no cancelo esta obra, voy a quedar como un idiota. Ahora mismo es un chiste. ¿Viste a Colbert anoche?

–No es un chiste –replicó Jasper entre dientes–. Cambia la narrativa, Tyce. Ten coraje y produce la maldita obra.

Dejaron de hablar cuando el camarero le trajo su bebida a Jasper. Este tomó un sorbo largo y fuerte.

–No puedo. No me conviene. Si lo hiciera, tendría a la Black Theatre Coalition respirándome en la nuca –Tyce apoyó las manos sobre la mesa–. Sin embargo, no estoy en contra de hacer limonada con estos limones. ¿Qué te parece si produzco una de las obras de Andre? Revisé algunos de sus textos de cuando era estudiante en el Bard; son algo desprolijos, pero era más joven en esa época. Y te digo que el tipo sabe escribir. Francamente, no entiendo por qué desperdicia su talento en una agencia de *casting*.

«Porque», pensó Jasper, «si no fuera por este desastre, quizá nunca te habrías molestado en leer una de sus obras».

–Además, sería genial como relaciones públicas –Tyce se encogió de hombros–. El tipo que fue ignorado recibe reconocimiento y aclamación. ¿A quién no le gusta una historia de Cenicienta?

Jasper pasó un dedo por el borde de su copa de martini. Estaba desesperado. Quizás, si encontraba una forma de elevar a Andre y su escritura, Melina lo vería como una ofrenda de paz.

Jasper asintió.

–Sigue hablando –dijo.

El verano se secó como una hoja de maíz, arrastrado por los vientos fríos y la llegada del otoño. En Central Park, los árboles ardían como una hoguera de colores contra un cielo azul cristalino. *The Broadway Briefing* publicó una noticia sobre la cancelación de la obra Off-Broadway de Tyce D'Onofrio. El contrato que Andre había firmado con la productora de Tyce quedó anulado. Era a todas luces tan inválido que ni siquiera fue necesario que los abogados del espectáculo intervinieran.

Melina consiguió un trabajo cuidando mellizos en Brooklyn. Jasper dejó de intentar contactarla con tanta frecuencia.

Ella leía sus columnas como si estuviera hambrienta y fueran un banquete. Trataba de escuchar las frases con el ritmo de su voz,

admiraba sus observaciones directas y sin artificios. Aun así, no lograba entender cómo un hombre incapaz de mentir había logrado engañarla.

Andre era su sombra. Estaba pegado a su lado, decidido a disipar cualquier idea de que se habían distanciado por lo que ella había hecho. Melina tenía planeado ir a Connecticut durante el fin de semana largo, y Andre había accedido a acompañarla, pero solo a cambio de un favor. Melina pensó que otra vez le pediría prestados sus aros Swarovski para salir de fiesta, pero lo que exigió fue algo mucho más caro.

Quería que volviera a montar después de haber caído del caballo.

Ese día, Melina había concertado dos reuniones con productores. La primera fue con una mujer que aún no había liderado ninguna producción, pero que había invertido en varias obras de Broadway. La señora, de unos setenta años, la invitó a su exclusivo club en Central Park West para un *brunch*. Todos la llamaban «señora Westenham», y, cuando Melina se sentó frente a ella en la mesa, notó que una de las enormes perlas del mar del Sur de su collar podría pagar el alquiler de su apartamento dos meses.

–Aprecio mucho que haya aceptado reunirse conmigo –dijo Melina, ofreciéndole su sonrisa más brillante–. ¡Tengo varias obras terminadas y listas para producir!

–Oh –respondió la señora Westenham–, no estoy produciendo activamente en este momento. Solo quería conocerte, después de esa columna –se inclinó hacia adelante, conspiradora–. Una de las chicas de mi club de lectura se sentó junto a Martha Stewart en un avión, pero eso fue antes de su delito, así que no cuenta mucho.

El segundo productor, Davey Gunn, resultó ser, para sorpresa de Melina, de su misma edad.

–Guau –dijo, sin poder ocultar su sorpresa–. No eres lo que esperaba.

El joven –elegante, de cabello oscuro, piel oscura y vaqueros oscuros– la miró, evaluándola.

–Tú tampoco –respondió ella.

Apuntó algo en un pequeño cuaderno y luego cogió su teléfono.

–¿Está bien si tomo una foto para Davey?

–¿No eres Davey?

–Claro que no –dijo el hombre–. Solo soy su asistente personal. Está en el set.

–En el set –repitió Melina–. Entonces, ¿es productor de cine?

–Sí. Me sorprende que la asistente administrativa no te lo dijera cuando agendó la reunión –dijo él–. Estamos trabajando en una serie sobre racismo inverso y cómo no se puede ni mencionar sin que te cancelen, y eso es prueba de que existe, ¿no? Tenemos confirmada a Rachel Dolezal y a una chica asiático-americana que está demandando a Harvard…

–No –interrumpió Melina, levantando la mano–. No me interesa. –Empujó la silla hacia atrás y se fue tan rápido del lugar que olvidó su paraguas.

Sabía que iba a ser un día de mierda, pero no esperaba que el universo se excediera tanto.

Con cualquier otro nombre se habría estrenado esa noche, en aproximadamente tres horas. En otra línea de tiempo, estaría vistiéndose con la ropa que le habría elegido Andre. La estarían fotografiando con Jasper, tomándole la mano frente a un *photocall*. Estaría viendo su obra con lágrimas en los ojos y se pondría de pie para una ovación al final. Se quedaría fuera hasta después de la fiesta y comería hamburguesas en una cafetería de madrugada con Jasper y Andre, esperando a que algún colega de Jasper publicara su reseña.

–Una maravilla –habría dicho él con orgullo–. Te lo dije. Ahora todos sabrán tu nombre –habría agregado antes de besarla.

–Conseguid una habitación –habría bromeado Andre.

En cambio, Melina estaba encontrándose con Andre en Grand Central para tomar el tren a la casa de su padre. Si ese escenario soñado no podía ser, al menos estaría con personas que amaba. Andre estaba bajo la constelación de Tauro en el techo abovedado de la estación, su lugar habitual de encuentro. Había cargado con el bolso de viaje de Melina para que no tuviera que llevarlo a las reuniones.

–¿Cómo te fue? –preguntó, dándole un vaso Venti de Starbucks.

–No quiero hablar de eso –Melina tomó un sorbo y abrió los ojos de golpe–. Andre, ¡esto es un *chai latte*!

–Lo sé.

–¡Cuestan como seis dólares! –exclamó. Ambos eran tacaños cuando se trataba de Starbucks y solían pedir café filtrado, si es que iban ahí para empezar. Lo miró entrecerrando los ojos–. ¿Por qué tantas atenciones?

–¿De qué hablas? –dijo Andre, pero ya parecía culpable–. De acuerdo.

Ella levantó las cejas.

–Tuve una reunión con Tyce D'Onofrio. Quiere leer mi obra –Andre se cubrió la cara con una mano y la miró a través de los dedos–. ¿Me odiarías?

–No –dijo Melina de inmediato–. No si eso hace que por fin la termines –se colgó de su brazo–. Al menos uno de nosotros va a estrenar su obra. Para que lo sepas, Andre, nunca podría odiarte.

–No te adelantes –murmuró Andre, señalando algo detrás de Melina.

Ella se dio la vuelta y vio a Jasper parado allí.

–Jasper también estuvo en la reunión –explicó Andre–. Me rogó que le dijera dónde encontrarte, Mel, porque no le atiendes las llamadas...

–¡Con razón! –siseó ella.

Su cara estaba caliente, sus manos temblaban. Un poco de *chai latte* se derramó sobre su muñeca.

–Cinco minutos –dijo Andre en voz baja mientras el quitaba el vaso–. Cinco minutos, y nunca más.

Ella alzó el mentón de un tirón.

–Si empeoras las cosas –dijo Andre acercándose a Jasper–, te saco el hígado y lo convierto en un monedero con brillos.

–Entendido –murmuró Jasper, aunque no apartó los ojos del rostro de Melina.

Él estaba exactamente como ella lo había guardado en su memoria: esas gafas con montura de carey que le daban un aire de búho, el mechón pálido de cabello cayendo sobre su frente; las piernas largas y los dedos inquietos, siempre en movimiento.

–Te echo de menos –dijo simplemente.

Ella había esperado un «¿Cómo estás?» o un «Lo siento».

Melina no habló. No confiaba en sí misma para hacerlo. Tenía miedo de que, si abría la boca, todo el dolor y la frustración se desbordarían como un enjambre de abejas.

–Esto no era lo que yo quería –comenzó Jasper–. Fue una comedia…

–Muy graciosa –lo interrumpió, dos disparos certeros.

–… de enredos –dijo él, inclinando la cabeza como un penitente.

–Me hiciste daño –dijo finalmente Melina después de masticar su respuesta.

–Lo sé –él alzó la mirada hacia la de ella–. Pero no fue culpa mía.

–¿De verdad? Era tu nombre el de la firma –replicó Melina–. No importa por qué lo escribiste; podrías haber publicado una retractación.

–Podría haberlo hecho –admitió él–. Quería hacerlo. Pero no habría cambiado nada. Una vez que algo se vuelve tan viral como ese artículo, ya está. Queda ahí para siempre.

–¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? –disparó ella.

–Dame una oportunidad para explicarte…

–No es una buena idea –ella cerró los ojos.

–Por favor, mírame –suplicó él–. Me cuesta leer tus expresiones si no lo haces.

–No quiero hablar contigo –articuló Melina mirándolo directo a los ojos–. ¿Ha quedado lo suficientemente claro?

Se giró para buscar a Andre, pero Jasper la detuvo. La presión de los dedos sobre su piel era como un cable en tensión.

–Dijiste que querías que un productor te diera el beneficio de la duda. Que viera tu potencial y asumiera el riesgo. ¿Por qué no estás dispuesta a hacer lo mismo conmigo?

–Lo hice. Hace diez años, cuando tenía estrellas en los ojos porque el gran Jasper Tolle iba a darme *feedback* sobre mi trabajo, a mí, una completa novata. Darle a alguien el beneficio de la duda después de que te avergüence públicamente es una cosa, Jasper. Hacerlo dos veces es patético.

–No te conocía la primera vez.

–Tampoco me conocías la segunda –dijo Melina–. Solo pensabas que sí.

–Quiero arreglar esto –dijo Jasper. Sus ojos brillaban en exceso, las líneas de su rostro estaban marcadas de cansancio–. Quiero solucionar esto.

De repente, Melina se sintió tan cansada que le pareció que no iba a poder mantenerse en pie.

–No puedes arreglar el problema, Jasper, cuando tú eres el problema.

–Mel –dijo Jasper, la primera vez que la llamaba así–, solo quiero ayudarte.

Ella se dio cuenta de que sus mejillas estaban mojadas.

–Si de verdad quieres ayudarme –dijo Melina–, déjame en paz.

Esta vez, cuando se dio la vuelta, él intentó detenerla de nuevo.

Esta vez, ella encontró la fuerza suficiente para soltarse.

Lloró a ciegas, hasta que Andre cerró los brazos alrededor de ella y pudo llorar contra su pecho. Él le acarició la espalda y el cabello, y dejó que se desahogara por completo.

Cuando anunciaron el tren, Melina siguió a Andre en silencio hasta el andén y subió al vagón. Dejó que él la acomodara junto a la ventanilla. Usó el borde de su ropa para secarse la nariz mientras Andre sacaba su teléfono de la bolsa, introducía el código de acceso y buscaba el nombre de Jasper. Bloqueó el número y luego borró el contacto por completo.

–Listo –dijo suavemente–. Todo resuelto.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE – GUION DE ENSAYO

EMILIA

(Empuja todos los papeles de la mesa)

Necesito aire.

(Se va)

LA MUJER

(Recogiendo los papeles)

Durante meses estuvo trabajando obsesivamente en sus poemas, buscando la perfección. Ninguna mujer había publicado jamás un libro de poesía. Estaba decidida a demostrarle a Shakespeare que no era el nombre de él lo que vendía sus obras: era la escritura de ella.

TRANSICIÓN a un mercado concurrido.

VENDEDOR DE LIBROS

¡Los sonetos de Shake-Speare! ¡Escritos por el famoso dramaturgo en persona!

EMILIA

¿Cuánto?

VENDEDOR DE LIBROS

Un chelín.

LA MUJER

Eran 154 poemas, incluyendo el soneto que ella había escrito para Odyllia.

EMILIA

Ese maldito traidor.

LA MUJER

Le llevó un año encontrar un editor dispuesto a reunirse con una mujer que no tenía un hombre a su lado.

RICHARD BONIAN entra, un titán detrás de su escritorio, amo y señor de su dominio.

BONIAN

(Leyendo el manuscrito)

Salve Deus Rex Judaeorum. ¿Ese es el título?

EMILIA

Sí. «Salve Dios, Rey de los Judíos».

BONIAN

¿Es un salterio, entonces?

EMILIA

No es un libro de salmos, señor. Es un libro de poesía.

BONIAN

Las mujeres no escriben poesía.

EMILIA

Lo que tiene en sus manos prueba lo contrario.

EMILIA

1604-1611

Emilia tiene entre 35 y 42 años.

Emilia sabía que no era la única persona que escribía para Shakespeare. Kit lo había mencionado años atrás, insinuando al conde de Oxford y otros. Sin duda, había obras que se producían con el nombre de William Shakespeare que Emilia no había escrito.

De vez en cuando, le había preguntado a Shakespeare a quién más... bueno, representaba, por decirlo de alguna manera. Él era esquivo. Decía que estaba obligado al silencio, tal como con Emilia misma. Una vez, le preguntó por qué le importaba.

–Cuando va al carnicero por un trozo de carne –le dijo–, ¿importa qué ama de casa la precedió o la siguió, mientras usted se lleve lo suyo?

Era, quizás, la única prueba que tenía del código moral de Shakespeare, por más turbio que fuera.

Sin embargo, Emilia se había preguntado sobre la referencia a las amas de casa. ¿No era ella la única mujer que él representaba? No podía decidir si esa idea la hacía sentir más competitiva o más satisfecha.

Era posible, pensó Emilia, que las obras adicionales que supuestamente había escrito Shakespeare fueran en realidad suyas. Pero él era actor a tiempo completo con los Hombres del Rey, además de accionista. Incluso si nunca dormía, Emilia tenía muchas

oportunidades de leer sus escritos cada vez que él le enviaba una carta. Ninguna de esas misivas contenía evidencia de la habilidad literaria en «sus» obras. Imaginaba que el trabajo de Shakespeare nunca había mejorado mucho más allá de su *Titus Andronicus*, que ella había embellecido para él. Si seguía escribiendo, tenía un editor, alguien que podía tomar el material en bruto que Shakespeare ponía en la página y convertirlo en oro. Pero, probablemente, él ponía su propia marca en las obras de otros.

¡Y sí que se había convertido en una marca!

Cuando Emilia comenzó a escribir obras para Shakespeare una década atrás, solo quería que sus palabras fueran escuchadas en un escenario público y asegurar un ingreso modesto. Necesitaba anonimato, así que tomó el nombre de un hombre que no era nadie.

Y, sin quererlo, lo hizo alguien.

Con la excepción de Kit y Ben Jonson, muy pocos dramaturgos eran marcas registradas. Los dramaturgos y los actores eran vistos como lo más bajo de la sociedad, hasta que la calidad de las obras se elevaba genuinamente. Una obra de Shakespeare estaba ahora en esta categoría. La gente se agolpaba en el Globe para verlas representadas; a veces incluso costaban un poco más. Ya comenzaban a surgir leyendas sobre él: «Solo lleva copias en limpio a los Hombres del Rey, nunca manuscritos, porque su trabajo no necesita revisiones. Inventa nuevas palabras mientras duerme».

Shakespeare no solo disfrutaba de la atención, la necesitaba tanto como el aire. El escudo de armas que él y su padre finalmente habían obtenido estaba estampado en cualquier lugar donde pudiera ponerlo; presumía ante Emilia de que no podía entrar a una taberna sin que un joven dramaturgo le ofreciera comprarle una pinta.

Cuando Kit propuso usar el seudónimo de Shakespeare, Emilia temió que no funcionara.

Ahora temía que hubiera funcionado demasiado bien.

Emilia le pidió a Shakespeare una reunión, pero él dijo que estaba ocupado preparándose con los Hombres del Rey para representar *Otelo* por primera vez. Los actores harían su lectura de la obra en la Posada del Halcón, en preparación para la representación en Whitehall para el rey Jaime.

Había practicado su discurso para él, pero, cuando llegó al patio de la posada, no pudo entrar. Había demasiados fantasmas dentro de ese edificio: de Kit, de su juventud, y ahora, de sus propias palabras leídas por los ruidosos actores dentro.

Después de haber pasado una hora temblando bajo el aire frío de octubre, los actores comenzaron a salir de la posada, agarrando sus partes. Algunos se empujaban entre sí, sumidos en conversaciones mientras pasaban cerca de ella. Otros tambaleaban, mareados por la cerveza. Shakespeare salió con Richard Burbage, el actor que protagonizaba la tragedia. Cuando vio a Emilia, levantó una ceja y luego le dio una palmada en la espalda a Burbage.

–Nos veremos en un rato –dijo Shakespeare.

Los ojos de Burbage se posaron sobre Emilia. Aunque ya no era una joven, aún atraía miradas lascivas.

–Así será, Will –dijo el actor, riendo mientras se dirigía al Globe.

–Debería haber entrado –dijo Shakespeare–. ¿No quería escuchar la obra leída?

–¿Burbage está interpretando al moro? –Emilia cruzó los brazos.

–Es el mejor de los Hombres del Rey –respondió Shakespeare.

–No es del color correcto –señaló Emilia.

–Hay maquillaje para eso –Shakespeare puso los ojos en blanco–. Ahora, ¿cuál es la razón de su visita? ¿Tiene una nueva obra para mí?

–No, y no la tendré hasta que lleguemos a un acuerdo –Emilia tragó saliva.

–Ya llegamos a un acuerdo, señora.

–Hace una década. Como hombre de negocios, debe reconocer que cuando el mercado cambia, también lo hacen las negociaciones.

–Hable con claridad –dijo Shakespeare.

–Me gustaría ser compensada en proporción al tamaño de su éxito –tragó saliva–. Treinta chelines, en lugar de quince, por cada obra vendida.

–¿Por qué demonios habría de ceder parte de lo que me toca? –el sonrió.

–Porque sin mí no tendría nada.

–Podría copiar el *Libro de Oración Común* –dijo Shakespeare cruzando los brazos–, poner mi nombre arriba y vender toda una semana de representaciones. La gente no va al teatro por sus palabras. Lo hace porque confía en el nombre de William Shakespeare.

–¿Qué cree que los hizo confiar?

–Tal vez al principio –admitió él–. Pero ahora… –se encogió de hombros–. Ellos consumirán lo que les sirva. Y hay otros cocineros capaces.

–¿Está tan seguro de que su público no notará un cambio en la obra? –dijo Emilia.

–¿Está tan segura de que sí lo harán?

Emilia tragó saliva. Podía oír las palabras que había escrito en *Como gustéis:* «Mi orgullo cayó con mi fortuna».

–Le deseo lo mejor, entonces, señor –dijo, con el mentón en alto.

–Así que eso es todo –dijo riendo–. No esperaba tal rectitud de una mujer práctica.

–Ese fue su primer error –respondió Emilia, quien recogió sus faldas, con la intención de alejarse.

–Jonson está hablando sobre sus obras –dijo Shakespeare–. Las llama sus «trabajos» e insinúa que quiere publicarlas como una colección. Tal vez yo haga lo mismo.

–No le pertenecen –dijo ella, con voz baja.

–Usted recibió su pago. La transacción está completa. Ahora son propiedad de los accionistas del Globe. De los cuales yo soy uno –sonrió–. Ha sido un placer hacer negocios con usted, señora.

Emilia apresuró el paso hacia las escaleras del Halcón y el embarcadero. No fue hasta que llegó al muelle que se detuvo para recuperar el aliento, tragando aire cargado con el olor a pescado podrido.

–Dios mío –susurró Emilia cerrando los ojos con fuerza–. ¿Qué he hecho?

Rápidamente se dio cuenta de que necesitaría un nuevo trabajo. Los ingresos de Alfonso rara vez llegaban a su mesa en forma de

comida; los despilfarraba en apuestas o alcohol. Aprovechando la educación que había recibido con la condesa, se reinventó como tutora.

La vida con Margaret Clifford, condesa de Cumberland, no era lo que Emilia había esperado. Su primera impresión se formó en cuanto llegó a la finca campestre para enseñar a Anne, la hija de catorce años de lady Clifford. Habían pasado dos días desde la muerte del conde de Cumberland, y, en señal de respeto, Emilia se vistió de negro. Al llegar, la condujeron a una habitación en el ala más alejada de la casa señorial, que le recordó al laboratorio que había usado Mary Sidney. Frascos de vidrio y tubos colgaban sobre velas, sostenidos por abrazaderas metálicas. Lady Clifford, una mujer alta con una nariz afilada y cejas demasiado depiladas, escribía notas en un papel junto a un brebaje burbujeante que olía a vinagre y tomillo.

–Páseme eso, por favor –dijo la dama, chasqueando los dedos y señalando algo que parecía una fina red de pescador.

Emilia se lo entregó, y lady Clifford vertió el contenido de un frasco a través del tamiz. Pequeñas partículas de hierbas quedaron atrapadas en la trama, mientras el líquido caía en un cuenco de plata. La condesa inspeccionó el resultado, tocó el líquido con su meñique y lo probó.

–Sigue siendo plateado. Qué decepción –dijo, recostándose y limpiándose las manos en su delantal–. Debe ser la tutora de música.

–Sí, milady –respondió Emilia, haciendo una reverencia.

–¿Sabe algo sobre asuntos alquímicos?

–Conocí a una dama, hace tiempo, que los estudiaba –Emilia parpadeó.

–Me interesan más la física, la cirugía y la destilación de medicinas –dijo la condesa–, pero la alquimia tiene su lugar.

Emilia supuso que intentaba convertir el cuenco de plata en oro. Levantó la vista y encontró a la mujer mirándola fijamente.

–Mis más humildes disculpas, señora –dijo lady Clifford–. No le he ofrecido mis condolencias por su pérdida.

–¿Mi... pérdida? –Emilia la miró confundida.

–Qué dedicada a su oficio debe ser para emprender este viaje en medio de su duelo –lady Clifford señaló la ropa oscura de Emilia con un gesto del mentón.

–Yo no... no he... –Emilia carraspeó–. Le pido disculpas, milady. Solo buscaba mostrar respeto por su pérdida.

–¿Mi pérdida? –lady Clifford la miró por un momento y luego lanzó una carcajada tan profunda que llenó el laboratorio iluminado–. Querida, la única pena que tengo por la muerte de George es no haber sido yo quien lo matara.

Margaret Clifford se había trasladado a su casa de campo años atrás, cuando su marido, George, comenzó a acostarse con cualquier mujer de la corte y a difundir la mentira de que la incompetencia de ella como esposa lo había llevado a buscar consuelo en otros brazos. En lugar de intentar limpiar su reputación, sacó a su hija Anne de Londres y decidió instruirla con la misma devoción que habría puesto en la educación de sus dos hijos, en el caso de que hubieran sobrevivido a la infancia. Si su hija estaba destinada, como le había sucedido a lady Clifford, a enfrentarse a un hombre, quería que estuviera armada hasta los dientes.

Londesborough Hall estaba en Yorkshire, por lo que Emilia tuvo que dejar a Henry atrás. Lo dejó al cuidado de Bess y Alma, con la tranquilidad de que lo mantendrían lejos de Alfonso durante su ausencia.

Cuando Emilia no estaba enseñando a Anne, era tratada como una invitada distinguida, no como una simple tutora. Al amanecer, Emilia, lady Clifford y Anne recorrían los páramos, con la niebla mordiendo sus botas de campo. Por las noches, después de la cena, Emilia tocaba algún instrumento para acompañar a Anne mientras cantaba o para entretener a lady Clifford mientras bordaba.

Le llevó varios días a Emilia darse cuenta de qué era lo que hacía tan diferente a esa casa. Sí, estaba dirigida por una mujer piadosa y educada que creía que su hija tenía el mismo derecho a una educación. Pero esa filosofía parecía impregnada en la comida que consumían y en las mismas paredes que las rodeaban. Había tanto

sirvientes hombres como mujeres en la casa, pero solo las criadas formaban parte del círculo íntimo. Era una suerte de paraíso femenino, una Themiscyra donde las Amazonas podían bajar sus armas y simplemente disfrutar de la compañía de sus hermanas.

–Es interesante, ¿no? –dijo lady Clifford una tarde, después de jugar a los bolos en el césped–, que no haya una palabra masculina para «ramera».

La mandíbula de Emilia se abrió.

–Hay tantos términos para describir a una mujer que se comportó igual que mi difunto esposo, después de todo –musitó lady Clifford–: puta, meretriz, cortesana, prostituta.

Emilia observó a Anne, que todavía era apenas una inocente, pero la niña asentía con entusiasmo.

–Zorra –añadió la pequeña–. Buscona. Ramera.

–Los hombres nunca son los fornicadores –dijo–. Solo los cornudos.

–Eso hace que una se pregunte con quién se están acostando esas mujeres –agregó Emilia.

–¡Precisamente! –exclamó lady Clifford, aplaudiendo–. Y por qué el idioma inglés tiene tantas formas de avergonzar a una mujer para someterla.

–Creo que se reduce a la obediencia –dijo Emilia–. Una mujer que habla cuando no se le pide o que entrega su castidad viola el orden natural de las cosas al afirmar su poder.

–Justamente. Siempre pensé que la razón por la cual a las jóvenes se les niega una educación clásica es porque, en igualdad de condiciones, los hombres se quedarían rezagados –lady Clifford se encogió de hombros–. Todo forma parte de lo mismo, ¿sabe? Los insultos, las restricciones al aprendizaje, esa idea de que una debilidad física implica necesariamente una debilidad de espíritu... Ah, me recuerda a aquella vez que el difunto conde se negó a correr un caballo contra uno de Leicester, a menos que le añadieran piedras como lastre.

–Y una mujer que desafía las normas debe, por fuerza, ser una bruja –añadió Emilia. Ambas mujeres se giraron bruscamente.

Margaret Clifford podía ser inusual, pero era una puritana devota, y Emilia se dio cuenta de que tal vez había cruzado un límite.

–¿Cree usted, señora Lanier, que Dios favorece al hombre sobre la mujer? –preguntó lady Clifford.

El corazón de Emilia latió con fuerza; aquello parecía una prueba.

–Creo que todos somos hijos de Dios –respondió con cautela–. Si fuimos hechos a Su imagen, ¿no deberíamos ser iguales ante Sus ojos?

Lady Clifford asintió, satisfecha.

–Las propiedades de los Clifford están vinculadas de una manera que sugiere lo mismo –dijo–. Las hereda el primogénito, sea hombre o mujer, y ha sido así desde la época de Eduardo II.

Emilia tardó un momento en procesar lo que decía lady Clifford. Se volvió hacia Anne, quien entonces era la presunta heredera de las propiedades de Cumberland, que incluían castillos en Skipton, Brougham y Appleby.

–Es cierto –dijo Anne–. Soy barón. Quizás el único en faldas.

Se levantó de un salto para volver a colocar los bolos en el césped.

–Probablemente seas el barón más bonito del reino, querida –dijo lady Clifford, observando a Anne lanzar la bola–. Pero también apostaría a que eres el más inteligente y justo, y mucho más capaz para administrar las propiedades que tu tío Francis.

–Es su turno, señora Lanier –dijo la joven, preparando los bolos de nuevo.

Emilia tomó la bola mientras lady Clifford continuaba:

–Mi difunto esposo, decidido a humillarme incluso después de su muerte, no dejó a Anne lo que le correspondía. Le legó el condado a su hermano. Anne heredó el título de barón de Clifford únicamente porque fue creado por decreto. Ah, y una suma irrisoria de quince mil libras.

El lanzamiento de Emilia salió desviado. «Irrisoria».

–Pero pelearé contra el rey, si es necesario, para darle a mi hija lo que por derecho le pertenece.

–Mamá no es ajena a este tipo de batallas –dijo Anne–. Señora Lanier, ¿conoce Beamsley? Es un asilo cerca de Skipton para viudas.

Mi madre comenzó su construcción en 1593 y, desde entonces, ha sido un refugio para mujeres de pocos recursos.

–Su caridad es un mérito que la honra, lady Clifford –dijo Emilia.

Margaret Clifford se levantó, lanzando la bola de una mano a otra mientras entrecerraba los ojos para apuntar a los bolos.

–Solo deseaba que mi buena voluntad me sobreviviera –dijo–. Pero llegará un momento en que ya no estaré aquí para expresar mis deseos. Necesitaba poder dirigir mi legado desde la tumba.

–Incluso dentro de cientos de años, esos edificios seguirán funcionando como un refugio para viudas –dijo Anne–. Está estipulado en la escritura.

–Así es –dijo lady Clifford, echando hacia atrás el brazo–. Nunca podrán ser vendidos ni tomados por otros. Un hombre no podrá decidir un día que los quiere para sí. Si deseas crear algo que los hombres no puedan desmantelar –añadió, dejando volar la bola–, debes vencerlos en su propio juego.

–¡Mamá! ¡Has derribado todos los bolos! –gritó Anne emocionada.

–Eso parece, ¿no? –dijo lady Clifford con una sonrisa.

Mi querido hijo:

Creo que te gustaría el lugar donde me estoy hospedando. Hay un páramo que parece querer tragarte los pies cuando caminas sobre él, y una casa que parece repleta de fantasmas. La joven que es mi pupila está aprendiendo rápido y, Henry, ¡es una dama y una baronesa! Sé que te parece imposible que esas dos palabras puedan coexistir, y, sin embargo, tales imposibilidades nos rodean: secretos a la vista de todos, dulces tristezas, guerras civiles.

Recibí noticias de la prima Alma de que te estás dedicando a tus estudios, como corresponde; también deberías prestar atención al primo Jerónimo en tu educación musical. Dice que compusiste una pieza para

flauta dulce; por favor, practícala para que pueda escucharla en cuanto regrese.

Lamento decirte, mi amor, que no estaré contigo en Navidad. La condesa de Cumberland me pidió que la acompañe cuando visite Cooke-ham, la propiedad de su hermano en Berkshire. Seguro que habrá un banquete como nunca haya probado antes.

Y aun así, estaré muriendo de hambre, porque tú eres lo único que me sustenta.

Tu madre que te ama

–Nunca me enamoraré –anunció Anne un día mientras caminaba junto a Emilia por los terrenos del bosque en Cooke-ham. La escarcha plateaba los árboles y sus pasos crujían sobre la nieve.

–No estoy segura de que eso se pueda decidir –respondió Emilia.

–¿Hablas desde la experiencia, entonces? –Anne se detuvo–. ¿Estás completamente dedicada a tu esposo?

Emilia levantó las faldas de su vestido y continuó andando.

–No creo que tu madre sea de las que te obligarían a casarte si no lo deseas.

–Oh, probablemente me case –dijo Anne, encogiéndose de hombros–. No veo cómo podríamos litigar sin el patrocinio de un hombre. Pero preferiría mucho más obtener lo que me corresponde como heredera que producir un heredero para la línea de alguien más –miró de reojo a Emilia–. Fui testigo del matrimonio de mis padres, señora. Sé que pocos se casan por amor.

–Es demasiado joven para ser tan cínica.

–¿Acaso no lo era usted a mi edad?

A la edad de Anne, Emilia llevaba dos años siendo amante de Hunsdon.

–No –respondió suavemente–. Era demasiado práctica para ser cínica.

–¿Qué se siente? –preguntó Anne–. Al amar.

Emilia apartó una rama baja mientras consideraba la pregunta.

–Creo que es como ahogarse.

–Y me llama cínica a mí –Anne esbozó una sonrisa burlona.

–Escuché decir que la parte más difícil es simplemente permitir que suceda. Que una vez que dejas de resistirte, es bastante... pacífico.

–¿Todos los muertos llegan a la orilla para contarlo?

–¡Pícara! Esto es completamente anecdótico –Emilia rio y tiró de la trenza de Anne.

–Si pretendes defender el amor, usar el lenguaje de la muerte para describirlo no parece el argumento más sólido.

–Y si pretendes eludirlo, puede que igual te tome por sorpresa.

–Exactamente eso –dijo Anne–. Es como pelear con la espada en alto mientras subes las escaleras de un castillo, dejando tu corazón expuesto. ¿Por qué hacerse vulnerable?

–Bueno, por la misma razón que su madre destila metales y espíritus. Hay ciertas reacciones alquímicas en las que dos elementos distintos se combinan para formar algo mayor que la suma de sus partes.

–La mitad de las veces, acaba explotando cosas sin querer –Anne se rio entre dientes.

Un crujido de rama las hizo levantar la vista. Una cierva las observaba desde un claro. Sus orejas se movieron antes de que desapareciera corriendo más adentro del bosque.

–Los ciervos no forman parejas de por vida –murmuró Anne–. Viajan por separado según su sexo y se juntan en el bosque solo cuando la cierva decide aparearse.

Era una simplificación, pero Emilia sabía que no estaba equivocada.

–Las madres crían a sus cervatillos sin que los machos estén cerca. Los varones cumplen su propósito... y luego se van.

–Es cierto –admitió Emilia–, pero usted no es una cierva.

–Qué lástima –respondió Anne, girándose hacia ella–. ¿Cómo saber que un hombre es... el indicado?

Emilia pensó en Southampton. Hacía años que no lo veía, pero no podía oler el primer pasto de la primavera sin recordar cómo era

estar con él a orillas del pantano en Paris Garden. A veces, todavía creía verlo entre la multitud, para luego parpadear y encontrar solo el sol en sus ojos. Podía repasar cada encuentro que habían tenido, como cuentas en un collar de perlas, puliendo cada momento en su memoria.

–Cuando estás con él –dijo Emilia con mucho cuidado–, no puedes estar en el momento porque ya estás pensando en qué sentirás cuando se haya ido. Y, cuando ya no está, extrañas la parte de ti que más te importa.

–Eso suena miserable –dijo Anne.

–También tiene su lado bueno –rio Emilia–, pero eso no es algo que deban saber las doncellas.

–Entonces, ¿una persona que te abruma como una marea, que te hace olvidarte de ti misma voluntariamente y cuyo amor hace que tu corazón lata más rápido, o algo así, es tu verdadero amor?

–En resumen, sí. –Emilia la miró de reojo–. ¿La convencí entonces de abrirse a ello?

Anne negó con la cabeza enérgicamente.

–No –respondió–, pero ahora sé qué evitar.

Lady Clifford decidió quedarse en la propiedad de su hermano después de las fiestas, y en unos meses, la primavera explotó en Berkshire. Cooke-ham brillaba como una tiara con estanques de zafiro, prados de esmeralda y flores de amatista brotando de los árboles de lilas. Mientras Emilia escribía ideas para un poema, Anne estudiaba teoremas de Euclides. La condesa de Cumberland, frustrada por no lograr fundir hierro con carbón, salió a unirse a ellas.

Era un Edén, pensó Emilia. Un jardín del conocimiento que, esta vez, no estaba prohibido para las mujeres.

Dulce Cooke-ham, donde por primera vez obtuve / gracia de esa gracia donde la gracia perfecta permaneció, escribió Emilia.

Si Emilia era Eva en ese paraíso, entonces la condesa de Cumberland era quien le otorgaba ese favor. Si tan solo pudiera garantizar un ingreso permanente allí, sin preocuparse de que

cuando Anne se casara volviera a quedarse sin dinero. Si tan solo no necesitara a Shakespeare para compartir sus escritos.

Nunca había imaginado que existiera una noble como Margaret Clifford, dispuesta a defender la igualdad no solo en la educación de su propia hija, sino también en un tribunal que le otorgara a Anne la herencia que le correspondía.

¿Y si había más mujeres como ella?

¿Y si Emilia pudiera encontrarlas?

Era común que los poetas dedicaran sus obras a benefactores nobles con la esperanza de obtener su apoyo. Si Emilia lograba el patrocinio de mujeres fuertes y educadas, tal vez nunca más tendría que depender de los hombres.

«Debes vencerlos en su propio juego», había dicho lady Clifford.

Emilia no podía escribir obras de teatro con su propio nombre. Pero no había razón para que no pudiera usar la poesía para hablar de la fe, la piedad y todas esas cualidades que los hombres deseaban en las mujeres. A Emilia no le importaba en absoluto Jesús –para ella, la Biblia terminaba en el primer tomo–, pero ¿quién se atrevería a criticarla si escribía sobre Cristo en la cruz?

Emilia levantó la vista de su escritorio y sonrió.

Lady Clifford atrapó su mirada.

–Parece como si hubiera descubierto la piedra filosofal.

–Quizás –respondió Emilia– haya más de una forma de alcanzar la vida eterna.

Otro brote de peste en 1606 obligó a Emilia a regresar a casa, mientras lady Clifford y Anne viajaban al extranjero para escapar del contagio. Estaba feliz de reencontrarse con Henry, pero se veía forzada nuevamente a permanecer cerca de Alfonso.

Pasaba horas sentada en la mesa de roble, escribiendo, mientras su marido caminaba dando pisotones por la casa. Su negocio de heno les daba un ingreso mínimo, pero la peste impedía a la gente ir y venir por la ciudad, con lo que el presupuesto para comida y alojamiento se redujo una vez más. Bess encontraba maneras de estirar las comidas, pero no había monedas provenientes de las

obras de Emilia para comprar hierbas con las que fabricar remedios o preventivos contra las enfermedades, como había hecho en epidemias anteriores. En cambio, Alfonso la observaba con ojos entrecerrados.

–¿No puedes encontrar otro empleo remunerado? –le exigía.

–Hmm –respondió ella, apenas prestándole atención–. Eso intento hacer.

Sobre la mesa estaban dispersos diez poemas dedicados a mujeres de gran prestigio y piedad: desde lady Clifford y su hija hasta la reina Ana, su hija la princesa Isabel, y Lucy Russell, la condesa de Bedford. Esperaba que estas damas se convirtieran en sus patronas. Si podía usar sus poemas para celebrar su devoción y piedad, confiaba en que le ofrecerían su apoyo. Sin duda, no hacerlo las haría parecer menos devotas y piadosas.

Escribir como ella misma resultaba más difícil que escribir como Shakespeare. Estilísticamente, no quería invitar a comparaciones; era demasiado arriesgado. El ritmo de su prosa debía ser diferente de lo que solía escribir. Se encontró forzando su estilo lírico natural para ajustarse a las expectativas básicas de lo que una poetisa femenina debía ser. Eso hizo que su escritura se volviera predecible y rígida.

Bess apareció con una bandeja.

–¿Señora? ¿Sirvo la comida?

–Por supuesto –dijo Emilia–. Estoy casi terminando esta… carta –miró a Alfonso–. ¿Sabes? Tú también podrías dar clases de música.

–Soy tan competente que no podría rebajarme a trabajar con principiantes –resopló él.

Que Dios la salvara de los hombres necios.

Bess colocó un cuchillo junto a ella y un pan envuelto en lino. Henry bajó las escaleras haciendo ruido, atraído por el olor de la comida.

–Querido –dijo Emilia, sonriéndole–. ¿Cómo va el *Cicerón*?

–Tedioso –respondió él. Se dejó caer en su asiento habitual en el banco largo. Con trece años, ahora era más hombre que niño: tenía un fino vello en el labio superior y una voz que se quebraba a mitad

de las frases. Estaba creciendo demasiado rápido, y ella sabía que pronto dejaría la casa.

Con más razón debía concentrarse en su libro de poesía. Era, de verdad, su última esperanza.

Hoy trabajaba en el poema más largo de la colección, una defensa de Eva. Los cristianos creían que el dolor del parto era el castigo por el pecado original de Eva, pero, Dios mío, todo lo que había hecho la mujer era ofrecer un pedazo de fruta a su compañero.

Pero ciertamente Adán no puede ser excusado.
Aunque la falta de Eva fue grande, la suya fue peor aún.
Lo que la debilidad ofreció, la fuerza podría haber rechazado,
siendo señor de todo, mayor fue su vergüenza.

Si el hombre era tan superior, ¿acaso no podría haber dicho simplemente que no tenía hambre?

–Esposa –ordenó Alfonso–. Deja de garabatear.

Emilia alzó la vista, dejó su pluma y recogió sus papeles.

–Sí, por supuesto –le entregó el montón a Bess y tomó una bandeja de sus manos a cambio.

–Esposa. Estás sentada en mi lugar.

Ella parpadeó, con aire inocente. Era cierto que en todos los años que habían vivido en esa casa, Alfonso había comido siempre en la cabecera de la mesa, donde ahora estaba Emilia. Henry se sentaba enfrente, y Emilia y Bess compartían el banco largo.

–¿Por qué este es tu lugar? –preguntó.

–Porque… –él frunció el ceño– porque es donde siempre me siento.

–Entonces, ¿tu posición se concede simplemente por hábito?

–Mi posición se concede porque soy la cabeza de esta casa –dijo Alfonso–. Porque soy el hombre de la familia.

Henry observó el intercambio mientras masticaba su comida.

–¿Por qué esa silla? –presionó Emilia.

–Es la mejor –respondió Alfonso, aunque no había nada especial en su silla; de hecho, tambaleaba bastante.

–Ah –asintió y se trasladó al banco largo–. Es curioso, esposo, que no elijas el asiento más largo. ¿Acaso lo más grande no es lo mejor?

Alfonso entrecerró los ojos, tomó su bandeja y la empujó hacia el lado de la mesa.

–Muévete –ordenó Alfonso, sentándose casi encima de ella antes de que Emilia pudiera regresar a la cabecera de la mesa.

–Para aclararme –dijo Emilia–, ¿ese es ahora tu asiento? No quisiera equivocarme de nuevo y causar molestias.

Alfonso gruñó, y Henry ocultó una risa con un falso ataque de tos.

–Entonces, resulta que la posición de un hombre no se concede por hábito –murmuró Emilia.

Alfonso empujó su bandeja y se levantó con un gruñido.

–Me amargas el estómago, mujer –rezongó, y salió de la casa dando un portazo.

Emilia tomó un sorbo de cerveza y arrancó un trozo de pan. Miró a Henry.

–¿Otra porción, querido? –preguntó, y le guiñó un ojo.

Durante los años siguientes, Emilia equilibró las tareas del hogar con su escritura, y se dedicó a perfeccionar su poesía. Un día, mientras estaba en el mercado comprando grasa para cocinar, pasó junto a un librero que exhibía sus novedades.

–¿Le apetece leer algo, señora? –le preguntó.

Antes de que pudiera decir que no, vio la portada: *Sonetos de Shakespeare. Nunca antes impresos.*

–¿Cuánto? –se escuchó decir.

–Un chelín.

Contó los poemas: 154, seguidos por una pieza larga llamada *La queja de un amante*. Caminó hasta encontrar un lugar donde sentarse a leer.

Varios de los poemas que ella le había vendido a lo largo de los años –incluido el soneto que había escrito para Odyllia– estaban incluidos. El resto, supuso, los habría comprado a otros poetas. Era indignante que alguien afirmara que la mísera suma pagada en el

momento de la venta incluyera el derecho de publicarlos nuevamente, y en mayor escala, sin compensación.

Ese maldito bastardo.

Olvidando el resto de su lista de compras, Emilia regresó presurosa a casa, donde sacó el montón de papeles que conformarían su libro de poesía religiosa. Llevaba demasiado tiempo refinándolo. En verdad, tenía solo una oportunidad de obtener el apoyo financiero de las diez mecenas a las que iba dirigido en sus dedicatorias.

Pero esto...

Esto era la guerra.

Le costó a Emilia más de un año encontrar un editor dispuesto a reunirse con una mujer.

Bess ayudó a Emilia a airear el único vestido de la corte que no había vendido durante la última década para poner comida en la mesa. Estaba terriblemente pasado de moda, pero seguía siendo de terciopelo fino, con perlas cosidas a la tela y un cuello y puños de encaje que pusieron al sol para devolverles su blancura. Bess la acompañaría a la reunión: una dama siempre debía estar asistida por su doncella.

Las oficinas editoriales de Richard Bonian no quedaban lejos de su casa, pero era un día caluroso y había caminado hasta allí con su pesado vestido. Estaba sonrojada y sudando, en parte por el clima y en parte por los nervios. Bess se sentó en una silla en la esquina de la habitación, con los ojos bien abiertos, mientras el maestro Bonian tomaba el manuscrito de Emilia con sus manos enormes.

–*Salve Deus Rex Judæorum* –leyó en voz alta.

–Sí, ese es el título –dijo Emilia–. «Salve Dios, Rey de los Judíos».

–¿Es un salterio, entonces?

Emilia negó con la cabeza.

–No es un libro de salmos, señor, sino un libro de poesía.

–Las mujeres no escriben poesía –dijo Bonian.

–Lo que tiene en sus manos prueba lo contrario –Emilia alisó su falda con las manos.

–¿Está casada, señora Lanier? ¿Y su marido apoya este extraño empeño? –él evaluó su elaborado peinado y su vestido pasado de moda.

–De hecho, él es la razón misma por la que estoy llamada a escribir –dijo Emilia.

Bess tosió. Bonian hojeó las páginas.

–*No llegaste al mundo sin nuestro dolor... Haz de eso una barrera contra tu crueldad. Si tu culpa es mayor, ¿por qué desdeñar que seamos tus iguales, libres de tiranía?* –alzó una ceja–. ¿Una defensa de Eva? ¿Desde el punto de vista de una mujer?

–Así es –respondió Emilia–. ¿Cómo más podría ver el mundo?

–Esto es herético –dijo Bonian–. Ningún hombre querría ser señalado como cruel o defectuoso.

–Las mujeres tampoco lo desean.

–Sí, pero ellas no compran los libros que publico.

–Aún no –Emilia se inclinó hacia adelante–. Usted es un hombre de negocios, señor. La mayoría de las damas nobles saben leer.

–Y lo hacen: la Biblia o el *Salterio* de Sidney.

–Porque hay poco más publicado que celebre su virtud y fe –argumentó Emilia–. Si el material no existe, naturalmente no pueden comprarlo.

Bonian tamborileó los dedos sobre su escritorio.

–Nunca podría pretender comprender los vaivenes del negocio –dijo Emilia bajando la mirada–. Hablo solo como una mujer, llamada por Dios a reflexionar sobre la piedad de quienes son mis superiores.

–Sería demasiado caro de imprimir. Redúzcalo a cinco poemas dedicados –Bonian frunció los labios.

–Me pide que elija entre mi mano derecha y mi izquierda. Sería imposible dejar fuera a cualquiera de estas mecenas.

–No puedo complacerla, entonces. El costo sería prohibitivo –el editor negó con la cabeza.

Emilia dudó. Si eliminaba cinco dedicatorias, serían cinco menos mujeres a quienes recurrir en busca de dinero.

–Entiendo –dijo, poniéndose de pie–. Gracias por su tiempo, maestro Bonian. Bess, vamos. El maestro Thorpe no querrá esperar.

Emilia trató de comunicarle a Bess en silencio que la siguiera en su juego, aunque no tenían otra reunión agendada. Estaba improvisando.

–¿Thorpe? –dijo Bonian–. ¿Thomas Thorpe?

–¿Lo conoce? –preguntó Emilia asintiendo.

No conocía a Thomas Thorpe. Solo sabía que su nombre aparecía como editor en el libro de sonetos de Shakespeare.

–Creo que recientemente publicó un libro de poesía –dijo Emilia–. Y está buscando más.

Observó cómo el rostro de Bonian se ruborizaba y pensó en lo maravillosamente predecibles que podían ser los hombres.

–Está bien –dijo él–. Publicaré su libro. Pero debe ser una tirada limitada si insiste en conservar todo el material preliminar. De lo contrario, sería una empresa demasiado arriesgada, y Thorpe le diría lo mismo. Usted no es Shakespeare.

–Por supuesto que no –Emilia sonrió y volvió a tomar asiento.

Nunca sabría realmente por qué su libro no tuvo éxito.

¿Fue porque insinuaba ideas peligrosas en esos poemas?

¿Porque no se atrevió a deslumbrar literariamente escribiendo bajo su propio nombre?

¿Fue porque los maridos de las mujeres que esperaba seducir como mecenas no les permitieron leer a una autora femenina? ¿Temían que las mentes de sus esposas, como lienzos en blanco, se llenaran con pensamientos que no giraban en torno a ellos?

De las diez damas que Emilia había esperado atraer como patronas de su escritura, ninguna dio un paso al frente. Ni siquiera Margaret Clifford o lady Anne, quienes –para ser justas– estaban enfrascadas en una batalla legal por recuperar la herencia de Anne de manos de su tío. Dolía. Había escrito una apasionada elegía en defensa de las mujeres, solo para que ellas le dieran la espalda.

Cuando el invierno se instaló ferozmente en Londres en 1611, no quedaba dinero. Henry trabajaba junto a Alfonso, tocando ocasionalmente en la corte para reemplazar a algún flautista o intérprete de flauta dulce, y todavía cobraban el dinero del negocio

de heno, pero Alfonso se lo bebía casi tan rápido como lo ganaban. Por primera vez en su vida, Emilia no tenía un fondo secreto al que recurrir. Hubo noches en las que se saltaron las comidas. Alma la visitaba con una canasta de sobras de mesa, diciendo que tenían más de lo que podían consumir, y, aunque las mejillas de Emilia ardían al aceptar esa caridad, su estómago dolía demasiado como para rechazar a su prima.

Una noche, Emilia no podía dormir. Desde que Henry había crecido, compartía cama con Bess, quien con gusto cedía la mitad de su diminuto cuarto a su señora. Con cuidado de no despertar a Bess, Emilia bajó las escaleras con una vela, escuchando cómo el viento silbaba a través de las grietas de la puerta.

A los cuarenta y dos años, tendría que reinventarse una vez más. Pero estaba muy muy cansada.

Encontró su escritorio donde Bess lo había guardado, cerca de la oscura chimenea. Ajustándose el chal sobre los hombros, sacó una hoja de papel y tomó la botella de tinta que ahora diluía con agua para que durara más.

Hizo un nuevo corte a su pluma y la apretó entre los dedos pero, por primera vez en su vida, no tenía idea de qué escribir.

Las palabras la habían transportado cuando era una niña atrapada por las circunstancias. Las palabras la habían ayudado a escapar de su prisión como mujer y habían reparado los huesos rotos como esposa. Las palabras habían construido el muro que empezó a erigir dieciséis años atrás, después de abortar el hijo del único hombre al que amaría.

–Un cuento triste –susurró suavemente– es mejor para el invierno.

Se había convencido de que el sufrimiento era soportable si al final significaba justicia. Pero ¿y si sus luchas no cambiaban la percepción de aquellos cuyas vidas había rozado su obra? ¿Y si no era más que una nota al pie, destinada al olvido?

Como lo que voy a decir debe contradecir mi acusación,
y no tengo testigos salvo a mí misma,
sería inútil decir «No soy culpable».
Mi integridad, siendo considerada falsedad,

será recibida como tal, sin importar cómo la exprese.
Pero, aun así: si los poderes divinos observan nuestras acciones humanas, como lo hacen,
no dudo que la inocencia hará que la falsa acusación se sonroje
y que la tiranía tiemble ante la paciencia.

Escribió en un torrente de conciencia, la súplica de alguien a quien ya habían declarado culpable, alguien que no tenía más armas con las cuales luchar.

Esta sería una historia sobre una mujer que no había hecho nada malo.

Caería en el exilio, estando embarazada, por culpa de los celos de su esposo. Dieciséis años más tarde, después de creerla muerta, él volvería a verla. ¿Reconocería entonces el marido su error y aprendería a confiar en aquellos a quienes amaba, o cualquier cambio en su comportamiento sería inspirado tan solo por el asombro de verla viva otra vez? Emilia no estaba segura. Pero algo era claro: ni el marido ni la esposa borrarían las pérdidas que habían sufrido.

Al amanecer, Bess encontró a Emilia dormida sobre la mesa. Tan pronto como Bess la sacudió suavemente para despertarla, Emilia supo lo que debía hacer.

La taberna Sirena estaba llena de gente con las copas bien cargadas. No había cambiado mucho desde la última vez que Emilia había visitado el establecimiento de Bread Street, con Kit. Era el primer viernes del mes, y los miembros de la Fraternidad de la Sirena –un club de bebedores– hacían ruido y bullicio, intentando superarse unos a otros en sus bromas obscenas.

Había vendido un anillo grabado para conseguir fondos y poder pagarle a un muchacho mendigo fuera del Globe para que le dijera dónde iba Shakespeare en busca de compañía y bebida. Ahora, estaba sentada con la espalda contra la pared, en un rincón, con su capa cubriéndole el rostro para permanecer lo más anónima posible. Reconoció a Ben Jonson de su reunión en el salón de poesía de Mary

Sidney años atrás; sus ojos pasaron sobre ella, como si encontrara familiares sus rasgos, pero no pudiera ubicarlos.

Una camarera le trajo a Emilia otra jarra de cerveza, junto con un plato de guiso. Entregó las últimas monedas que le quedaban. Caminaría de vuelta a casa, entonces; no habría carruaje para ella.

–Que no te manchen –dijo la mujer, señalando con la barbilla a uno de los hombres borrachos, que inexplicablemente llevaba ahora un calzón sobre la cabeza, atado bajo el mentón como un gorro de bebé–. En la última reunión, vaciaron una jarra en la cabeza de uno de estos idiotas para comprobar si sabía nadar.

Mientras se alejaba, el grupo alborotado comenzó a golpear la mesa y empujó hacia adelante a Shakespeare, quien derramó el contenido de su jarra sobre su jubón.

–¡Cuéntanos un chiste, Will! –gritó uno de los hombres.

Shakespeare se apartó el cabello de la cara con su mano libre y comenzó:

–Había una chica del bosque de Arden...

Arden. Era el nombre del bosque en *Como gustéis*, una huella que Emilia había dejado intencionalmente, un guiño al título de la primera obra que había escrito.

–... que andaba soplando a un muchacho en el jardín –continuó Shakespeare, y el público rugió de risa–. Él dijo: «No entiendo, parece que estás hueca»... ¡Y ella eructó y respondió: «Perdón por el gas»!

Hizo una reverencia tambaleante mientras los demás brindaban por él. Emilia se puso de pie, aplaudiendo, y cuando el resto de la multitud volvió a sentarse para vaciar sus vasos, ella permaneció erguida hasta que Shakespeare la vio.

Él se acercó y se sentó en su mesa.

–Señora. No sabía que frecuentaba la Sirena.

–No lo hago –admitió Emilia–. Esperaba encontrarlo.

Emilia respiró hondo.

–Vine a disculparme.

–Ah –dijo Shakespeare con una sonrisa burlona–. Pensé que esa era la única palabra del idioma que no conocía.

–Escribí una obra –dijo Emilia, sacando el manuscrito que había terminado, atado con una cuerda–. Es una especie de comedia.

–No he estado produciendo comedias –respondió él.

Era cierto; *El rey Lear, Macbeth, Antonio y Cleopatra* y *Timón de Atenas* –todas escritas en los años en que no habían hablado, presumiblemente elaboradas por otros dramaturgos cuyos trabajos él comercializaba– eran todo lo contrario.

–Por eso mismo es hora de una –dijo ella.

–No sé cuánto tiempo más podré seguir con esta farsa –él frunció los labios–. Cada vez deseo más retirarme a Stratford. Este negocio me agota.

Emilia no tenía el lujo del descanso.

–*Cuento de invierno* no es solo una comedia –aclaró–. Es una que nace de la tragedia al principio.

–¿Cómo es eso? –Shakespeare ladeó la cabeza.

Ella se inclinó hacia adelante.

–Un rey celoso, Leontes, acusa a su esposa, Hermione, de haberle sido infiel con su mejor amigo, aunque ella es inocente. El rey la encarcela, ella da a luz, y la bebé es escondida y criada por pastores. Cuando enjuician a la reina, su hijo muere de angustia, y, al saberlo, ella también muere.

–Eso suena miserable –dijo Shakespeare.

–No, porque pasan dieciséis años. El rey Leontes se da cuenta de que su juicio fue severo. Mientras tanto, su hija crece sin saber nada de esto. Perdita se enamora del hijo de un príncipe, cuyo padre no aprueba la relación por la diferencia de clase. Pero este príncipe resulta ser el hijo del mejor amigo de Leontes, y, cuando se descubre que Perdita es la hija perdida del rey, se permite el matrimonio. Todos se reencuentran, Leontes y su amigo se reconcilian, y Perdita puede casarse.

–Bueno –dijo Shakespeare–. Eso suena más alegre.

–Pero espere. Se presenta una estatua, una representación de Hermione, la reina agraviada. Leontes queda atónito por lo realista y hermosa que es... y luego cobra vida –Emilia sostuvo su mirada–. ¿Ve? El tiempo cura todas las heridas.

Ya no estaban hablando de la obra.

–Y, sin embargo –dijo él, con la voz fría–, las cicatrices permanecen.

–Se lo ruego, maestro Shakespeare. Necesito esto. Lo necesito a usted.

Por un largo momento, él la miró fijo. Emilia se sintió como un ratón en un campo con un halcón dando vueltas.

–Leí su libro –dijo finalmente.

Ella parpadeó; no había anticipado eso.

–Usted –dijo con ironía– y otras seis personas más en toda Inglaterra.

–No sonaba como usted. Es decir, no sonaba como yo.

–Eso esperaba –replicó Emilia.

–Nuestra sociedad es como un acertijo. ¿Qué crece más cuanto más se le quita? –preguntó Shakespeare mientras se rascaba la barba.

–Un agujero –respondió Emilia.

–O un hombre –dijo él en voz baja– que se lleva el crédito que corresponde a otro.

Era, pensó ella, lo más cercano a una disculpa que jamás escucharía de Shakespeare. Supuso que había un tipo de vacío diferente en saber que te alababan por un trabajo que no era tuyo. Qué extraño que hubieran sido dos los que compartieron ese nombre, y ninguno de ellos se sintiera completo.

–Siempre fue arrogante, señora –dijo Shakespeare–. Es interesante verla arrastrarse.

–No es lo que estoy haciendo –corrigió Emilia con un destello en los ojos.

–Ah –sonrió él–. Así que es usted, después de todo.

–Una última obra... por los viejos tiempos –le quitó los papeles de las manos y se puso de pie–. Sin embargo, los términos no pueden ser los mismos. Diez chelines.

Antes le pagaba quince.

–Sí –dijo Emilia, tragando–. Por supuesto.

No volvió a ver a Shakespeare, ni vio *Cuento de invierno* representada. Tenía diez chelines que debían durar, y ya no podía permitirse ir al teatro.

Enseñaba música por unas pocas monedas a la semana a los niños del pueblo; cosía hierbas en bolsas de muselina para crear tés que pudieran curar un dolor de cabeza, quitar lunares y erupciones, o prevenir la concepción. Su negocio se extendió de boca en boca, y operaba desde su casa siempre que Alfonso no estuviera cerca para enfurecerse. Las mujeres del pueblo que la visitaban sabían que, cuando colgaba una corona de lavanda en su puerta, estaba abierta para negocios.

Fue un día ventoso de septiembre de 1613, cuando Alfonso estaba en la corte, que Emilia preparaba una tisana para una partera en la menopausia.

–Tengo frío un momento y estoy hirviendo al siguiente –decía la mujer–. Casi no sé si ponerme todas mis faldas a la vez o quitármelas y correr desnuda por la calle...

Cuando se escuchó un golpe en la puerta, Bess dejó su puesto junto al fuego, donde estaba pelando nueces.

–¡Maestro Jerónimo! –dijo en voz alta, advirtiendo a Emilia.

–Señora Sitwell –murmuró Emilia, empujando las hierbas sueltas dentro de una bolsa y entregándoselas–. Quizá podamos terminar nuestra conversación más tarde.

Al dar un vistazo a Jerónimo, que estaba en la puerta, con el sombrero en las manos, la partera asintió. Él se apartó para dejarla pasar y luego miró a Bess.

–Bess –dijo Emilia–. Danos un momento.

–*Piccolina* –dijo Jerónimo, tomando la mano de Emilia y llevándola hacia la silla junto al fuego.

–¿Alfonso está muerto? –No necesitaba escuchar las palabras para saberlo.

–Sí –su primo asintió–. Quería que lo supieras de mí.

–¿Cómo?

–Se fue a la cama y no despertó.

–¿A la cama de quién, Jerónimo? –Emilia entrecerró los ojos.

–De una cantante que acompañaba a la *troupe* de flautistas para el rey Jaime.

Una risa escapó de Emilia, y se tapó la boca con la mano. Se disolvió en carcajadas, abrazándose los costados.

–Bueno –dijo, finalmente–. Al menos se fue haciendo lo que amaba.

–¿Quieres que busque a Alma para que te acompañe? –Jerónimo retrocedió.

–No será necesario –dijo Emilia–. Te agradezco que hayas venido a contármelo.

Él caminó hacia la puerta y vaciló en el umbral.

–Sé, prima, que no siempre fue fácil para ti.

–No es necesario que hablemos de eso. Ya terminó –respondió Emilia con una sonrisa débil.

Esperó hasta que la puerta se cerró detrás de él. Había mucho por hacer: recibir el cuerpo, comprar un sudario, contactar con Saint James en Clerkenwell para que Alfonso fuera enterrado en el cementerio de la iglesia. Tendría que hablar con Henry, quien –en la corte– ya habría escuchado la noticia. Tendría que hablar con el hermano de Alfonso sobre la renta de heno para asegurarse de seguir recibiendo parte de los ingresos debidos. Estaba bastante segura de que Alfonso no había escrito un testamento. Aquellos que se creen invencibles rara vez lo hacen.

Sus manos fueron al cuello de su vestido para hacer la rotura habitual. Pero, en lugar de rasgar la tela áspera, acarició el espacio sobre su corazón.

Emilia caminó hacia la parte trasera de los apartamentos, donde estaba el dormitorio principal. Tiró la colcha de la cama y desnudó el colchón relleno de lana de las mantas y sábanas. Hizo una bola con ellas y las arrojó al otro lado de la habitación. Fue a la habitación de Bess, abrió cuidadosamente las costuras en la parte superior de la cama de plumas y deslizó los dedos para recuperar el retrato en miniatura de Southampton que había colocado allí cuando empezó a dormir en esa habitación. Lo llevó de vuelta al dormitorio principal, apretándolo en el puño. Luego se tiró boca abajo sobre el colchón

desnudo, con la mano alrededor de la imagen del hombre que había tenido su corazón, y durmió mejor de lo que había dormido en años.

«La calidad de la misericordia no se fuerza», pensó Emilia. Era imposible no pensar en el infatigable carácter de Portia mientras Emilia ahora se encontraba en un tribunal, frente a su cuñado, Innocent. Era la única mujer en un mar de hombres, y estaba tratando de obtener lo que le correspondía por derecho.

Como viuda de Alfonso, debería haber seguido recibiendo una porción de la licencia de heno que su marido había asegurado años antes, pero Innocent se había quedado con el dinero. Cuando no pudo presionarlo para que le pagara su parte, presentó la demanda ante los tribunales, donde el caso fue trasladado al Tribunal del Rey.

Había pensado muchas veces en lady Clifford y lady Anne, cuyas batallas de herencia solo se habían complicado más. Cuando un tribunal decidió que lady Anne tenía derecho a la mitad de la propiedad del viejo conde, ella se negó, diciendo que lo merecía todo.

Emilia se preguntaba si esas dos nobles se sentían más seguras entre los secretarios y abogados que se movían por Westminster Hall con sus túnicas oscuras. Pensaba en la afirmación de Christine de Pizan de que las mujeres y los hombres eran igualmente capaces de aprender la ley. Pensó en cómo, en su obra, Portia había jugado a ser hombre en la corte.

–Señora Lanier –dijo el juez principal frente a ella–. Le pregunto una vez más. ¿Está segura de que desea representarse a sí misma?

No podía permitirse un abogado.

–¿Quién mejor que yo para contar mi historia, señor?

El juez principal negó con la cabeza.

–Proceda.

–Baso mi argumento en el precedente establecido por el caso de Slade –dijo Emilia, levantándose–, a través de la acción por incumplimiento de contrato. Al no pagarme el dinero debido de la patente que me dejó mi esposo como viuda, Innocent Lanier cometió engaño y es culpable.

Se sentó otra vez, entre los susurros que volaban por la sala. Por el rabillo del ojo, vio al abogado de Innocent, un letrado de la corte real, inclinarse hacia él y susurrarle al oído.

–¿Tiene formación legal, señora? –el juez parpadeó al mirarla.

–Yo… leo, señor. Mucho.

–La defensa solicita una suspensión –dijo el abogado defensor poniéndose de pie–. No esperábamos que la demandante tuviera un conocimiento tan amplio de la ley del contrato inglés.

Hubo un murmullo detrás de Emilia.

–¿De verdad está afirmando –dijo una voz– que la defensa desearía haber preparado una defensa? No deberían haber supuesto que su demandante no era una adversaria digna.

El orador se acercó al juez principal.

–Milord –dijo el juez–. Nos honra con su interés en estos procedimientos.

Southampton se dio la vuelta. Su mirada pasó por Emilia y luego se posó fijamente sobre el abogado de Innocent.

–Bueno –dijo–, alguien tiene que hacerlo.

Se dirigió a Emilia, con el rostro impasible.

–Señora, ¿estoy en lo correcto al entender que la licencia de la que habla es la misma que mi antiguo tutor, lord Burghley, consiguió para su esposo?

–Sí, milord –respondió Emilia, con dificultad. Miraba su largo cabello, todavía rojo, aunque ahora con hebras grises. Sus ojos brillantes. La sonrisa que se curvaba más hacia un lado que hacia el otro.

–¿A cuánto asciende la deuda?

«Una vida», pensó ella.

–Dieciocho libras –dijo.

Su mirada estaba fija en la de ella. Dio un paso más hacia ella y luego se detuvo. Lentamente, se giró hacia Innocent.

–Y usted, señor Lanier, ¿qué derecho dice tener sobre la renta?

–Mi hermano dijo que podía hacer con ella lo que quisiera.

–¿Tiene prueba escrita de este derecho? –preguntó Southampton.

Había olvidado tanto sobre él. Que atraía la atención sin esfuerzo. Que una pequeña cicatriz atravesaba su ceja derecha, producto de

un juego con espadas de palo cuando era niño. Que había estudiado derecho en Gray's Inn y probablemente podría debatir mejor que cualquiera en esa sala.

–La tengo… en algún lugar –respondió Innocent.

–A menos que pueda presentarlo, creo que lo mejor para la corte es seguir la letra de la ley de patente tal como la dictó originalmente lord Burghley –dijo, sonriendo al juez principal–. Pero, por supuesto, este no es mi tribunal.

El juez principal no podía contradecir al conde de Southampton; como estrategia legal, lo que el conde decía era efectivo.

–En efecto, ese iba a ser mi fallo –dijo–. La demandante en este caso de acción por incumplimiento de contrato recuperará no solo los daños, sino también toda la deuda. El demandado deberá pagar a la señora Lanier veinte libras.

Los observadores en la sala estallaron en discusión mientras el juez pedía que se desocupara la sala. Innocent comenzó a acercarse a Emilia, pero Southampton se interpuso entre ellos.

–Señora –dijo en voz baja–. ¿Un momento de su tiempo?

La sala se vació hasta que Emilia quedó de pie, en un rayo de sol, con Southampton. Sintió el olor a sebo de las velas chisporroteando en los candelabros y el leve rastro de tabaco. Se alisó el cabello y bajó la cara, repentinamente consciente de que era trece años mayor que cuando se vieron por última vez.

Él tomó su mano.

–No… –murmuró Southampton. Miró los dedos de ella descansando en los suyos y los soltó de repente, como si fueran carbones ardientes.

–Gracias –dijo Emilia, simplemente.

–No podía dejar que siguiera atormentándote más allá de la tumba, ¿verdad? – sonrió él débilmente.

–¿Cómo lo supiste?

–Tu cuñado cruzó mi camino en una posada –dijo él–. Los hombres tontos se jactan cuando beben.

Ella se permitió mirarlo con detenimiento: las finas líneas alrededor de los ojos, los paréntesis marcados alrededor de su sonrisa

–¿Estás bien?

Él asintió.

–¿Y tú?

–Ahora estoy mejor –confesó.

–¿Cómo está él? –Southampton inclinó la cabeza.

Ella supo inmediatamente lo que preguntaba, y sintió florecer en su rostro esa oleada familiar de orgullo que la invadía.

–Henry es encantador –dijo Emilia–. Es amable, reflexivo, y su inteligencia tiene el filo de una espada. Es el mejor músico de mi familia.

–Lo escuché tocar una o dos veces en la corte –dijo Southampton–. Quería hablar con él. Pero no sabía... –sus palabras se secaron como polvo–. No sabía.

Emilia se preguntó si su hijo recordaría a Southampton. Era muy pequeño cuando pasaron tiempo juntos en Paris Garden, fingiendo ser una familia.

–Tengo dos hijas y dos hijos –soltó él, y ella se quedó helada.

–Lo sé.

Southampton dejó escapar su respiración como si fuera una piedra en caída libre.

–No sé por qué dije eso.

–Para recordarme –susurró ella– que nunca podrás ser mío.

–Tantas cosas han cambiado, Emilia –dijo mirándola a los ojos–, y tantas otras no.

Ella sintió que su garganta se apretaba y sus ojos se llenaban de lágrimas, así que se dio la vuelta.

–Debo irme.

Inmediatamente, él se apartó, con las manos detrás de su espalda.

–Si tu cuñado no te paga rápidamente, ¿tienes otro ingreso?

Por un breve y aterrador momento, pensó que podría sugerir contratarla de nuevo. Tal vez esta vez para sus hijas e hijos, como tutora. Pensó que, si pronunciaba esas palabras, ella dejaría el edificio y caminaría directo hacia el Támesis.

–Sobreviviré –dijo Emilia–. Siempre lo hago –tragó saliva, atrapada en el barro de los recuerdos–. ¿Te arrepientes? –preguntó,

agradecida por no poder ver su rostro.

El peso de su historia presionaba sobre ellos. Pensó que quizás no respondería, para no hacerle escuchar la verdad. Pero Southampton dijo:

–No creo que haya algo correcto o incorrecto. Solo hay elecciones y consecuencias –dudó–. *Lo que cambiamos fue inocencia por inocencia*.

Su corazón empezó a latir fuerte cuando citó *Cuento de invierno*. Ella se giró y dio un paso hacia él, terminando la línea:

–*No conocíamos la doctrina del hacer mal, ni soñábamos con que alguien lo hiciera*.

–Te gusta el teatro también –dijo Southampton–. Esa obra es mi favorita. Me ha dejado huella.

–¿De veras? –ella apenas pudo articular palabras.

–*Salió, perseguido por un oso* –dijo, citando una de las direcciones de escena, palabras que ella había escrito después de recordar la historia que él había contado al pequeño Henry en Paris Garden–. El tiempo apareció en el escenario como un personaje para marcar el paso de los dieciséis años en la obra. Y extrañamente, esa función fue dieciséis años después del verano más feliz de mi vida –Southampton tomó su mano y frotó su pulgar sobre la palma de Emilia–. Leí tu última carta tantas veces que se deshizo. Pero no importó, porque conocía las palabras de memoria. *Una triste historia es la mejor para el invierno* –citó.

Durante años, Emilia se había sentido como la única ocupante de un faro, enviando un rayo hacia él sobre el oscuro océano. Durante años no hubo respuesta. ¿Y ahora? ¿Saber que sus palabras no solo habían llegado a él, sino que lo habían guiado hacia ella?

Un leve gemido subió por la escalera de su garganta, y de pronto estaba en sus brazos, pegada a él, con sus bocas aplastadas una contra la otra. Sintió las manos de él hundirse en su cabello, esparciendo las horquillas como gotas de lluvia a su alrededor. Emilia se derritió como cera, moldeada contra él, rehecha.

Era una Emilia de veintitrés años, que lo miraba con el sol enmarcando su cabello como un halo, mientras él trazaba un mensaje sobre su vientre plano: «Mía». Una Emilia de veinticuatro,

tragando las hierbas que borrarían la prueba de aquello en su cuerpo. Una Emilia de veintinueve, tratando de mantenerse en pie mientras él le decía que estaba casado. Y ahora esto.

El tiempo entre ellos nunca había sido lineal; era un bucle, y estaban destinados a volver una y otra vez al inicio, sin llegar a ninguna parte.

Cuando finalmente se separaron, ella apoyó las manos contra el pecho de Southampton.

–¿Pensaste en mí cuando lo escribías? –preguntó él, con los labios rozando su sien.

–Sí –confesó Emilia–. Y también cuando no lo hacía.

Entonces se dio cuenta de lo que acababa de admitir.

–Milord –dijo, alarmada–. No puedes… No…

–Jamás lo haría –respondió él rápidamente–. Han pasado muchos años desde que fui el único que conocía tus secretos. No sería tan insensato como para renunciar a ese honor otra vez.

Emilia apoyó la palma de su mano en la mejilla de Southampton.

–Ay, Henry –dijo ella.

Él atrapó su mano una vez más y rozó sus labios contra los nudillos, un adiós.

Emilia cerró los ojos y le apretó los dedos, como si esta vez pudiera aferrarse a ellos. «No me dejes», rezó en silencio. «Solo un respiro más, un momento más, contigo».

Pero era una experta en decepciones.

MELINA

Junio de 2027

En los tres años que habían pasado desde la cirugía de *bypass* de su padre, él se había recuperado, y ella también. Melina se había mudado de vuelta a casa y había presenciado cómo florecía la relación de su padre con Beth. Él parecía vivir en un estado de asombro permanente, al encontrarse en una situación donde era el que recibía los cuidados, y no el que los prodigaba, y Melina no podía reprochárselo. Beth no era su madre, pero tampoco intentaba serlo. A veces la sorprendía con la pequeña caja de zapatos que guardaba en su armario, haciendo girar el anillo de bodas de su difunto marido alrededor de su pulgar. Había algo hermoso, pensó Melina, en saber que siempre habría una puerta cerrada para tu nueva pareja, un lugar donde guardar las partes de tu corazón que se habían roto antes de conocerte.

En su boda, Melina había llevado a su padre del brazo hasta el altar. Beth y él se iban de luna de miel a México –a algún complejo vacacional todo incluido para mayores– y Melina se había quedado sola en la casa con su perro, Typo, un Jack Russell terrier de seis años que había rescatado. Todas las mañanas se levantaba, se vestía, alimentaba a Typo y lo llevaba a caminar tres kilómetros hasta el centro del pueblo. Mientras lo hacía, recogía los diarios que la malhumorada chica del reparto arrojaba con desinterés a la calle, y los colocaba en las entradas de las casas. También arrastraba hasta la vereda el contenedor de basura del señor Chandrashakar, un hombre de ochenta y ocho años que vivía solo.

No era extraño estar de regreso en el pueblo de Connecticut donde había crecido. En todo caso, era terriblemente familiar. Melina sabía, al minuto, cuánto tardaría en llegar a la tienda general en el centro de la plaza. Sabía qué marca de café servían. Sabía que habría dos pilas de diarios a la venta: *The New York Times* y *The Boston Globe*, los de las dos ciudades mayores entre las cuales su pueblo se encontraba justo en el medio. Y sabía que compraría un ejemplar del *Globe* y lo leería en el porche mientras los pájaros se cantaban entre sí y Typo perseguía ardillas.

Melina no había leído el *New York Times* en tres años, y no tenía intenciones de hacerlo.

Desde que dejó Manhattan, había estado trabajando como escritora *freelance*. Resultó que lidiar con el lenguaje era tanto una herramienta como un arte, y se podía aplicar de muchas maneras. Escribía principalmente para revistas técnicas, aunque de vez en cuando alguna empresa le pedía que redactara un manual de instrucciones. Melina disfrutaba con esas tareas. Había algo atractivo en simplificar las cosas. En su pequeño mundo, creía que ayudar a otras personas a encontrar claridad equilibraría el hecho de que ella misma no la había encontrado.

Cómo montar esta mesilla de noche.

Cómo realizar un test de embarazo.

Cómo instalar una cerca eléctrica.

A veces, Melina despertaba de un sueño en el que había escrito su propio manual de instrucciones: *Cómo ser feliz*. Pero, cada vez que se asomaba al folleto, estaba en blanco.

La nueva obra de Andre era una versión renovada de *Casa de muñecas*, en la que el personaje principal (Neveah, en lugar de Nora) era una mujer negra que se casaba con un hombre de una familia blanca del sur. La obra ponía bajo la lupa el racismo –en especial la hipersexualización de las mujeres negras– y, cuando Melina leyó el primer borrador, supo que esa era la obra con la que Andre ganaría un premio nacional de teatro. La estaba desarrollando en Goodspeed Opera House y ese día iba de camino a visitar el set

en East Haddam o regresaba de allí, Melina no lo recordaba con exactitud. Pero venía a almorzar, así que había preparado una ensalada y una pizza con cebolla caramelizada y Gruyère.

Andre se sentó frente a ella, vestido con ropa que no habría podido permitirse tres años atrás, con el queso caliente colgando como una cuerda entre la corteza y sus labios.

–Estoy teniendo un orgasmo –murmuró con la boca llena.

–Cosas que Melina no necesita saber –respondió ella.

–En serio, ¿dónde conseguiste esto? Quiero comerlo todos los días de mi vida. Quiero comprar el restaurante y hacer al chef mi esclavo del amor.

–Voy a pasar –dijo Melina–, considerando que este es el restaurante y yo soy la chef.

–Hace tres años no podías ni servir cereales con leche –Andre se echó hacia atrás, sorprendido.

–Y ahora soy alguien que hace masa de pizza casera –respondió encogiéndose de hombros.

Habían hecho un plan. Melina iba a dejar Nueva York unas semanas, hasta que el escándalo se calmara. Pronto surgiría otro escándalo en la comunidad teatral de Broadway y el suyo quedaría en el olvido. Mientras tanto, se quedaría en Connecticut para ayudar a su padre con la rehabilitación. Pero, cuando las semanas se convirtieron en meses y Melina aún no había regresado, Andre consiguió un nuevo compañero de cuarto. Luego su obra pasó a Broadway, y él se mudó a un lugar más grande cerca del Lincoln Center, donde vivía solo. Hubo nuevos escándalos –Andre le contaba sobre ellos en sus videollamadas– pero, con el tiempo, dejó de preguntarle cuándo volvería.

–Tengo noticias –anunció Andre.

–¿Qué?

–Les dije a mis padres que soy gay –lanzó con las manos cruzadas sobre la mesa.

–¿Y ardió la casa? ¿Cayeron langostas del cielo?

–No digas: «Te lo dije» –advirtió Andre–. Es de mal gusto. De todos modos, no les importó, mientras siga planeando darles nietos.

–Apuesto a que tu orientación sexual tampoco fue una novedad para ellos –dijo Melina.

–Eso es porque les oculté lo más importante. Creo que ya encontré al futuro papá de mis hijos.

–¿Qué? ¿Quién? –Melina le agarró la muñeca.

–Se llama Josiah. Construyó el escenario del espectáculo de Goodspeed. Usa cinturón de herramientas sin ninguna ironía y tiene un estilo muy Village People.

–¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

–Seis meses –dijo Andre.

–¿Y me lo has ocultado durante medio año?

–¡Tenía que asegurarme de que iba a durar! –argumentó él–. Pero basta de hablar de mí. ¿Quién calienta tus noches últimamente?

–Te dije que no hay nadie en un radio de cien kilómetros con quien quiera salir –Melina negó con la cabeza–. Fui a una cita con un tipo de una funeraria que me preguntó si quería ver su colección de fotos de muertos. Otro tipo me robó la tarjeta de crédito y el dinero de mi billetera.

Andre frunció el ceño.

–¿Y qué pasó con el de los hoyuelos?

La última vez que Andre había estado allí, no se fue hasta que revisaron Bumble y lograron que Melina hiciera *match* con alguien.

–Buen tipo. Narcoléptico. Se quedó dormido dos veces durante la cena, lo que no ayudó mucho a mi confianza –dijo Melina.

–¿Y después?

–Después adopté un perro –Melina bajó la mano y subió a Typo a su regazo.

–¿No lo echas de menos?

–¿Tener sexo?

Andre negó con la cabeza.

–Hacer teatro.

Melina tenía cinco obras terminadas escondidas en un cajón de su habitación de infancia. Resultó que no necesitabas tener lectores para ser escritora.

–No –mintió–. Ni un poco, Andre.

–No te creo.

–Todavía escribo –apuntó Melina.

–Sí, manuales sobre cómo destapar un inodoro –se burló él–. ¿Cuál es el plan aquí, Mel? Cuando tu padre vuelva y estés viviendo con los recién casados…

–Técnicamente, ya he estado viviendo con ellos desde que me mudé de nuestro apartamento.

–Así que vas a terminar como esos árboles de California.

–¿Secuoyas? –Melina frunció el ceño.

–¡No! Los que se convirtieron en piedra.

–El Bosque Petrificado –corrigió Melina–. Está en Arizona.

–No me importa dónde está –dijo Andre–. Te vas a quedar aquí, desaparecida en Mayberry, Estados Unidos, durmiendo en la misma cama en la que dormías de niña.

–No estoy precisamente desapareciendo –dijo Melina echándose una mirada–. Estoy ocupada. Estoy bien.

Recordó noches de tormenta cuando era pequeña. Los relámpagos partían el cielo y los truenos sacudían toda la casa. Cuando gritaba aterrada, su padre no siempre podía acudir. Estaba con su madre: dándole medicinas, bañándola con la esponja, lo que fuera. Así que Melina se cubría hasta el mentón con las mantas y se decía: «Estoy bien».

Eso no hacía que los relámpagos fueran menos intimidantes ni que los truenos sonaran más suaves. Pero, si lo decía lo suficiente, seguramente se volvería verdad.

–Estoy bien –repetía ahora.

Andre tomó la última porción de pan árabe.

–El cabello está bien. Los Sharpies están bien. Idris Elba está bien. Tú –dijo– estás delirando.

Cuando Andre se fue, Melina se sentó en el porche con su portátil a trabajar en la edición de un artículo para una revista científica, mientras Typo saltaba en el jardín tratando de atrapar luciérnagas.

Un suave sonido le avisó que había llegado un correo a su bandeja de entrada. Tenía una página web muy sencilla para que los clientes pudieran ver muestras de su trabajo y, con suerte, contratarla.

Melina abrió el mensaje:

A quien corresponda,
Escribo en nombre del Athena Playhouse en Cape Elizabeth, Maine. Nos gustaría hablar sobre la producción de la obra Con cualquier otro nombre en nuestra próxima temporada. Por favor, contáctenos para organizar una reunión.
Si esta no es la Melina Green correcta, disculpe las molestias.
Saludos cordiales,
Katherine Marsh
Directora asociada, Athena Playhouse

Melina cerró rápidamente el correo. Apagó el ordenador, entró en la casa y se sirvió una copa grande de vino. Se la bebió entera, luego llamó a Typo y se fue a la cama.

Al día siguiente, no revisó ningún correo.

Al tercer día podía sentir el mensaje en su bandeja de entrada como una herida infectada.

Con un gruñido profundo, Melina abrió el portátil, hizo clic en *Responder* y empezó a escribir.

Estaba recogiendo fresas silvestres en el campo detrás de la casa cuando recibió la llamada.

–¿Melina Green? –dijo una voz femenina.

Melina se incorporó, entrecerrando los ojos bajo el sol. Typo daba vueltas entre sus pies.

–¿Sí?

–Soy Katherine Marsh. Soy la directora…

–Sé quién eres –la interrumpió Melina, y sintió que su cara se encendía. ¿Acaso había sido una ermitaña tanto tiempo que había olvidado cómo tener una conversación educada?

–Me alegra que respondieras. Me gustaría organizar una reunión en persona para hablar más sobre esto.

Melina pensó: «Claro que sí. Quieres asegurarte de que no te cancelen, como me cancelaron a mí».

–Puedo adaptarme a tus horarios. Y estaría feliz de cubrir los gastos del viaje si es necesario –respondió Katherine al silencio.

–Tengo coche –dijo Melina. Quería asegurarse de poder escapar rápidamente si no reunía el valor suficiente para cruzar las puertas de un teatro de nuevo.

–Si me permites decirlo… Nunca leí una obra como la tuya –dijo la mujer con entusiasmo.

Melina miró a Typo, que inclinó la cabeza. Su padre no estaría en casa durante una semana. El día siguiente era día de sacar la basura.

–¿Qué te parece el miércoles? –preguntó.

Explosivos.

Opioides.

Armas nucleares.

Nada de eso se compara con la esperanza, la mercancía más peligrosa del mundo.

Melina había despertado antes del amanecer; preparó un bolso para pasar la noche por si acaso y añadió una bolsa Ziploc con comida para perro y algunas botellas de agua. Ella y Typo cruzaron la frontera de Connecticut antes de que saliera el sol.

Como llegó a Maine varias horas antes de su reunión programada, se detuvo en una playa pública. Dejó a Typo suelto, se quitó las zapatillas y los calcetines, y se arremangó los vaqueros para caminar hasta donde las olas rompían contra la orilla rocosa. Aunque era junio, el agua estaba helada y saltó hacia atrás.

Typo ladró a un cangrejo que se escabulló bajo una roca. Parecía curioso y cómodo lejos de casa, mientras que Melina apenas podía respirar de la ansiedad.

Se obligó a meter los dedos de los pies en el agua nuevamente, y jadeó por la frialdad repentina.

«No te hagas demasiadas ilusiones», se dijo. «El teatro probablemente tiene siete asientos. O está dirigido por un fantasma

con máscara. O quieren montar la obra con marionetas».

Miró hacia el horizonte. El océano se fundía en azul con el cielo.

En algún lugar al otro lado del mar estaba el país donde Emilia Bassano había luchado, amado, perdido y sobrevivido.

Melina se dio cuenta de que sus tobillos se habían entumecido, o tal vez simplemente se había acostumbrado a la temperatura.

Era asombroso lo rápido que uno podía adaptarse.

El teatro era pequeño, pero encantador: 178 asientos distribuidos en tres lados de un escenario rodeado de paneles de madera pintados de blanco. El techo abovedado, cubierto con satén blanco para reducir el ruido, daba al lugar una sensación de carpa de circo, algo que a Melina le pareció adecuado para el espectáculo que estaba a punto de presenciar.

Hacía suficiente fresco como para dejar a Typo en el coche, con las ventanas entreabiertas, mientras se acercaba a la taquilla. Melina le dijo a la becaria de verano que trabajaba allí que tenía una cita con Katherine Marsh.

–Ah, claro –dijo la joven–. Se supone que debo llevarte al teatro.

Pero el teatro estaba vacío, las luces apagadas, y la única iluminación provenía de una única lámpara sobre el escenario. La becaria le dijo a Melina que se pusiera cómoda mientras buscaba a la directora artística. Melina se quedó frente al escenario, con la mano apoyada en las tablas desgastadas. Podía escuchar ecos de soliloquios, combates de espadas y pasos de claqué, como réplicas de las historias que se habían contado allí.

–No te vayas.

Melina se giró rápidamente y divisó una silueta al fondo de un pasillo. Antes de que el hombre entrara en el haz de luz que iluminó su cabello rubio y antes de ver las gafas sobre su nariz, ella ya sabía quién era. Podía saberlo por la forma en que se movía, por cómo el aire de la sala se había cargado como antes de una tormenta eléctrica.

–Tú no eres Katherine Marsh –dijo Melina a Jasper.

–No –admitió él–. Lamento decepcionarte.

–No sería la primera vez –replicó ella. Habían pasado tres años, sin duda el enfado que sentía hacia él se había disipado un poco. Sin duda podría comportarse como una adulta durante cinco minutos–. ¿Por qué estás aquí?

Él se acercó hasta quedar frente a ella, estudiando su rostro.

–Trabajo aquí –dijo Jasper–. Soy el director artístico. Katherine trabaja conmigo.

–¿Diriges un teatro? –Melina no pudo ocultar su asombro.

–Alguien me dijo una vez que un crítico no debería poder criticar sin ensuciarse las manos escribiendo o dirigiendo una obra él mismo –la boca de Jasper se curvó en una sonrisa.

–¿Y tu columna?

–Renuncié al *Times* hace tres años. Poco después de que nosotros… –su voz se apagó.

Ella no lo supo, porque evitó ese periódico con disciplina. Y Andre nunca se lo había contado, porque tenían un pacto de no mencionar nunca el nombre de Jasper Tolle.

–Fundé Athena porque te hice una promesa, y tenía intención de cumplirla. Solo montamos obras escritas por mujeres o personas no binarias –dijo Jasper.

La mandíbula de Melina cayó.

–Sé que no me crees –añadió Jasper rápidamente– y que quizá nunca lo hagas. Pero escribí el artículo que te dije que iba a escribir. Mi editor hizo esos cambios. Creyó que una historia sobre discriminación de género no tendría tantas visitas como una sobre discriminación racial. Y, al final, tenía razón. Eso obligó a muchos creadores teatrales blancos a dejar de poner excusas sobre sus decisiones.

Melina sabía que eso era cierto; Andre había sido uno de los escritores de color que se beneficiaron.

–Pero todo ese bien tuvo un coste significativo –Jasper se frotó la nuca, con el ceño fruncido–. Realmente quería que todos conocieran tu nombre. Solo que no de… esa manera.

La cabeza de Melina daba vueltas. Como disculpa, esta era una de las más grandiosas que había visto. Jasper había sido un nombre reconocido por el público, el crítico de teatro más famoso. Y ahora le

estaba diciendo que había dejado todo eso atrás por… ¿qué? ¿Culpa? ¿Responsabilidad?

¿Amor?

Sus labios se sentían como de madera, su lengua rígida.

–¿El correo fue solo un truco para hacerme venir en persona?

–No –Jasper negó con la cabeza–. Realmente quiero dirigir tu obra. Quiero que todo el mundo… bueno, al menos todo el sureste de Maine, sepa lo que escribió Emilia. Y quiero que todos sepan lo que tú escribiste.

Muy lentamente, Jasper tomó su mano.

–Construí una mesa más grande –dijo en voz baja–, y estuve guardando un asiento para ti.

Melina miró sus manos juntas.

La conversación inicial entre un escritor y un director suele explorar su visión conjunta para la producción. Los ojos de Melina se encontraron con los de Jasper. Hizo una pregunta que contenía docenas de otras dentro de sí misma.

–Entonces –dijo–, ¿cómo empieza esto?

Él sale, dejando a **EMILIA** sola.

Ella cruza el escenario y se sienta en un banco tallado bajo el abrazo de un frondoso sauce esmeralda. A sus pies, hay una casita de hadas.

LA MUJER

Un teatro.

EMILIA

Un público.

LA MUJER

Una comedia.

EMILIA

Una tragedia.

LA MUJER

Había una vez una niña que se volvió invisible para que sus palabras no lo fueran.

EMILIA

Había una vez una niña. Un comienzo y un final.

LA MUJER

Había una historia, sin importar si otros decidían escucharla o no.

Apagón

FIN

EMILIA

1618-1645

Emilia tiene entre 49 y 76 años.

Emilia no se enteró de la muerte de Shakespeare hasta un mes después de que ocurriera, en la primavera de 1616. El público se preguntaba si habría una última obra, tal vez incluso una inconclusa, en su testamento. Ella pensó en eso. Se preguntaba qué pensarían las personas de eso. ¿Cómo un dramaturgo que, según llegó a sus oídos, había dividido meticulosamente sus pertenencias, podría no tener ninguna de las herramientas del oficio en su posesión? Cuando Kit murió, lo único que quedó de él fueron los restos de su vida como dramaturgo; su casera incluso dejó que Emilia rebuscara entre las pilas de libros que usaba para investigar y tomara algunos. Cuando Nashe, Watson, Greene y otros poetas murieron, sus obras inconclusas se entregaron a sus mecenas o a otros escritores para que las terminaran.

Ella pensó en la mitología que se había creado alrededor de Shakespeare –su reputación de no haber tenido nunca que revisar sus obras, su habilidad para escribir éxito tras éxito comercial a pesar de ser también un actor a tiempo completo, su método poco ortodoxo de trabajar solo en lugar de colaborar como otros dramaturgos– y se encogió de hombros. Había algunas personas que estaban destinadas a pasar por el mundo con una pátina de invencibilidad brillando sobre ellas, y él era una de esas personas.

Y luego, razonó Emilia, había personas como ella.

Emilia serpenteó entre las mesas donde seis niñas estaban sentadas, inclinadas sobre un poema en francés original.

–Ahora –dijo–, ¿cuál es el mensaje de *Bisclavret*?

La pequeña Olivia, la más joven de sus alumnas y la más precoz, levantó la mano.

–Que deberíamos tener un perro en la escuela –anunció–. Sería muy útil para limpiar después de la cena.

Su hermana mayor, Caterina, la calló.

–Es un hombre lobo, no un perro, tonta. Y no podemos tener un hombre lobo en la escuela porque nos comería.

–¡No soy tonta!

–Niñas –interrumpió Emilia, antes de que eso se descontrolara aún más–. Me gustaría que cada una escribiera su interpretación de la obra, y luego las leeremos en voz alta.

Se giró mientras las niñas tomaban sus plumas.

–En francés –añadió, y ellas gimieron.

Era 1619 y ella se había reinventado una vez más. Henry pasaba más tiempo fuera que dentro de casa, ya que, como músico real, seguía al rey de palacio en palacio. Para mantenerse a sí misma y mantener a Bess, había decidido abrir una escuela en la que enseñaba a niñas que no podían acceder a la escuela local por su género ni a las tutorías privadas por los ingresos limitados de sus familias. Los padres a quienes había logrado convencer de pagarle una pequeña matrícula eran en su mayoría inmigrantes que vivían cerca de Alma y Jerónimo. Algunos eran músicos; otros, mercaderes; otros, sopladores de vidrio.

Para elaborar su plan de estudios, había usado las mismas obras que le habían enseñado a Henry cuando era niño en la escuela primaria, complementadas con los textos que la condesa le había dado a Emilia cuando era pequeña. Alquiló una casa en St. Giles-in-the-Fields que la albergaba tanto a ella como a las niñas. Era la propiedad más barata en una buena ubicación, y como resultado, había muchas cosas mal allí: desde la podredumbre en el umbral de

la puerta hasta una barandilla tambaleante en la escalera. Su casero, Edward Smith, le había prometido arreglar estas cosas dos años atrás, cuando alquiló el lugar, y aún no lo había hecho. Ella retuvo su alquiler; él la demandó por incumplimiento de contrato. Ella lo contrademandó, alegando que tenía derecho a deducir el coste de las reparaciones que él no había hecho.

–¿Señora? –una de sus estudiantes tiró de sus faldas–. ¿Hay algún otro lugar donde pueda sentarme?

Emilia miró el sitio donde estaba la niña y vio un chorro constante de agua que caía desde el techo, como solía ocurrir cuando llovía.

–Ven a trabajar aquí –suspiró, para luego llevarla a otro banco y pedirles a las demás que se apretaran para hacer espacio.

Su estudiante más antigua de repente tiró su pluma y salpicó tinta sobre la página de la niña a su lado.

–María –dijo Emilia con severidad–. Solo puedo suponer que eso significa que ya terminaste.

La niña se levantó con el rostro enrojecido.

–Esto es una estupidez –murmuró–. Todo esto es una maldita estupidez.

Empujó a Emilia y corrió hacia afuera bajo la lluvia torrencial.

María tenía dieciséis años y era un modelo a seguir para sus otras estudiantes. Emilia nunca había visto a la niña decir una palabra desagradable a nadie.

–Niñas –instruyó–. Seguid.

Encontró a María sentada en un pequeño banco junto a la entrada de la escuela, protegida de la lluvia por el alero del techo. La niña se frotó las manos por la cara y miró hacia otro lado, pero no antes de que Emilia viera que había estado llorando. Sin decir palabra, se sentó junto a María y esperó.

–¿Cuál es el sentido de aprender esto? –finalmente explotó María.

–¿*Bisclavret*?

–Todo esto –exhaló–. ¿Por qué aprender algo que nunca voy a usar? No importa si hablo francés con fluidez o si conjugo verbos latinos, cuando lo único que se espera de mí es que mantenga la casa y tenga hijos.

Emilia se echó hacia atrás, apoyándose en la pared del edificio.

–Tal vez hagas más cosas que esas.

–Te equivocas –expresó María–. Y lo peor es tener un poco de conocimiento que nunca vas a usar.

–Basta –dijo Emilia, tomando a la niña por los hombros y sacudiéndola–. Si dices eso, ya han ganado. Te han convencido de que tu vida es tan pequeña que ni siquiera debes esperar algo mejor.

Al ver la mirada asustada de María, flexionó los dedos para relajar el apretón.

–Cuando era niña, un pájaro voló dentro del palacio de la reina y se quedó atrapado. Podía ver hacia afuera a través del cristal, así que siguió volando contra el vidrio. Una y otra vez.

–¿Logró romperlo? –los ojos de María se abrieron.

–No, se rompió el cuello.

–Es una historia horrible –la niña frunció el ceño.

–Tal vez –dijo Emilia suavemente–. Algún tiempo después, el cristal de esa ventana se rompió. Debía haber tenido una grieta tan pequeña que nadie la vio. Se llamó a un cristalero para reemplazarla, pero el cristal nuevo también se rompió. Cada vez que se reparaba, unas semanas después, se fracturaba de nuevo. El daño debe haber creado un defecto estructural en el marco. Esa ventana estaba muy alta, y, eventualmente, se dejó abierta a los elementos.

Se giró hacia María.

–Escapar puede que no sea posible en mi vida. Tal vez soy como ese pájaro, golpeando contra la ventana en vano. Pero tú, o tu hija, o la hija de tu hija podrían ser la que vuele a través del agujero.

María se lanzó a los brazos de Emilia.

–Voy a casarme a fin de mes –sollozó–. Con un mercader de seda que podría ser mi padre. Lo único que le importa es si mis caderas son lo suficientemente anchas para sobrevivir al parto... no si leí a Ovidio.

Emilia no se sorprendió. Estas niñas serían casadas en alianzas que aumentarían el estatus, la riqueza o las conexiones de sus familias; ella solo esperaba que, antes de eso, estuvieran armadas con educación. Acarició el cabello de María.

–Probablemente él tampoco pueda conjugar latín –murmuró Emilia.

Eso al menos hizo que la niña esbozara una ligera sonrisa. Emilia se apartó y secó las lágrimas de María con el pulgar.

–¿No te cansas? –le preguntó María–. ¿De luchar?

–Todo el tiempo –admitió Emilia–. Creo que eso es ser mujer.

La lluvia caía como una cortina y las aislaba del resto del mundo.

–Creo –murmuró María– que eres una muy buena maestra.

–No siempre lo fui. Una vez –musitó Emilia mirándola a los ojos– publiqué…

… obras de teatro que todo el mundo amó.

Pero no podía contarle eso a María, porque solo serviría para darle la razón.

–Publiqué un libro de poesía. Que muy poca gente leyó –agregó, con ironía.

María reflexionó sobre esta información, algo que no sabía de su maestra.

–Quizás eso importe menos que el hecho de que lo hayas escrito.

Emilia ya era una mujer vieja. Sabía la diferencia entre idealismo y pragmatismo; sabía que aferrarse a tus principios no ponía comida en la mesa. Y aun así, era una superviviente. Esa era tanto la bendición como la maldición de la esperanza: transformaba un agotador «por qué» en un seductor «por qué no». Incluso cuando eras lo suficientemente sabia para entender las probabilidades de fracasar, lo único que veías era esa pequeña posibilidad de éxito.

Emilia podía ver a María tratando de resolver el rompecabezas de cómo existir en un mundo que preferiría borrarla. De todos los temas que había incluido en su plan de estudios, quizás esta fuera la única lección que realmente importaba.

Le apretó la mano a María.

–¿Volvemos a *Bisclavret*?

Un rato después, cuando las chicas ya estaban conjugando verbos en latín, sonaron violentos golpes en la puerta. Emilia miró por las rendijas de la ventana y vio a su casero bajo la lluvia torrencial, acompañado por un alguacil y un guardia.

–Chicas –dijo–, arriba. Ahora.

Los hombres se abrieron paso a la fuerza.

–Es ella –dijo Smith, señalando a Emilia con el dedo–. Es la que me debe dinero.

Emilia se cruzó de brazos.

–Solo puedo asumir que vino en medio de un diluvio para ver con sus propios ojos las reparaciones que no hizo en el techo.

–Vamos. Está arrestada, señora –el alguacil le agarró el codo con fuerza.

Un suspiro ahogado llegó desde la escalera. Emilia alzó la vista y vio a sus alumnas amontonadas en el descanso.

–No puedo dejar solas a estas jóvenes –dijo–. Soy su maestra.

–No si no paga por el aula –replicó Smith.

El guardia le estaba torciendo los brazos detrás de la espalda como si fuera una criminal común.

–Por favor. No pueden quedarse aquí solas.

–Pueden acompañarla a la prisión de Fleet –respondió el alguacil.

Emilia miró María y proyectó más calma de la que sentía.

–Ve a ver a la señora Wormheld, la costurera de la esquina. Pídele que entregue un mensaje a sus padres, explicando que estoy indispuesta y que la escuela tendrá que cerrar temporalmente. Por favor, diles que les escribiré para avisarles cuándo retomaremos las clases.

–Sí, señora –la chica tragó saliva.

Cuando saliera de la prisión por deudas, los padres de sus alumnas no estarían obligados a confiar en una maestra que había sido encarcelada. Se preguntó si volvería a ver a María antes de que la chica se casara.

–Ve –dijo suavemente Emilia.

María bajó corriendo las escaleras y golpeó el pasamanos en su prisa; este se tambaleó y luego se desplomó como un castillo de naipes.

El Ala de los Caballeros en la prisión de Fleet estaba destinada a quienes esperaban su castigo, pero no tenían dinero para sobornar a los carceleros y ser trasladados al Ala del Maestro, donde había

comida decente, ropa de cama limpia, algo de privacidad y la posibilidad de recibir visitas familiares. Emilia no tenía dinero; ni siquiera tenía forma de avisar a Henry, Alma o Jerónimo que la habían arrestado. Aunque no estaba en la peor parte de la prisión –esas eran las celdas fétidas del sótano llamadas Feria de Bartolomé–, la habían encerrado en una celda con otras seis mujeres: dos prostitutas que apenas se cubrían con sus vestidos, dos mujeres que parecían trabajadoras comunes, otra que no había dejado de rezar y una mendiga a la que le faltaba un pie.

–Hola, querida –le dijo una de las prostitutas, cuyos pechos se derramaban por el escote de su vestido–. ¿Por qué te han pillado?

–Un malentendido –dijo Emilia–. Yo no debería estar aquí.

La mujer soltó una carcajada, dejando ver una boca sin dientes.

–No lo vas a creer, pero ninguna de nosotras debería.

No había días ni noches en la celda, solo velas que ardían y chisporroteaban afuera, y el ruido ocasional de una llave en una cerradura o de una cadena arrastrándose por el suelo. Además de las dos prostitutas, las trabajadoras habían sido acusadas de adulterio. La mujer que rezaba era una ratera, y la mendiga, muda.

Una vez al día, colocaban un balde de agua en la celda, con una capa de moho flotando en la superficie. Un guardia tiraba también un trozo de queso, y luego se reía al ver cómo las mujeres se atacaban unas a otras para conseguirlo primero. Emilia no se unía al caos. Se apoyaba contra la pared y cerraba los ojos, recitando sonetos en su cabeza.

Algunos días se encontraba en el bosque encantado donde Titania y Oberón habían peleado por el pequeño niño indio.

Otros, caminaba por el parapeto junto a los soldados del castillo de Elsinor, viendo al fantasma del viejo rey.

Corría por el bosque de Arden con Rosalinda, cambiando sus faldas por la libertad de unos pantalones masculinos.

Observaba a Desdémona mirar a su esposo con pura devoción, incluso mientras Otelo la asfixiaba.

Se insertaba a sí misma en media docena de escenarios diferentes, en cualquier lugar menos allí.

Varios días después de su encarcelamiento, las velas fuera de la celda se apagaron con un siseo, y las ratas salieron. Le treparon por los tobillos y arañaron las suelas de sus botas. Se quedó dormida y despertó con el chorro de orina de la mendiga cayendo en su mano.

Retrocedió a rastras y pateó sin querer a una de las otras mujeres mientras lo hacía. Por fin Emilia encontró el rincón donde la pared de la celda se unía a los barrotes de hierro.

–Shhh, querida –oyó un susurro junto a su oído–. No pelees tanto.

Emilia se giró y encontró a Southampton a su lado.

–No estás aquí –murmuró.

–Lo estoy si necesitas que esté –respondió él.

Sabía que estaba soñando, pero se obligó a mantenerse dormida.

–¿Recuerdas el día que fuimos a Paris Garden? –preguntó él–. Y un ave colorada descendió y se llevó tu ropa interior.

–Me sentí indecente durante todo el viaje de regreso en el ferry.

–Y yo pensé que era el pájaro más astuto, al haberse asegurado un tesoro semejante.

–Pasé días mirando hacia arriba, esperando que mi ropa interior cayera del cielo –sonrió.

–Yo también –respondió él, inclinándose un poco más cerca.

–¿Te parece que fue hace tanto tiempo?

–Me parece que solo han pasado unos instantes –dijo suavemente–. No parpadees.

Emilia lo miró a los ojos.

–No parpadees –repitió.

En verdad, bastaba con un tiempo de un latido para que el bebé en tus brazos se convirtiera en un joven a punto de formar su propia familia. Apenas un momento atrás había aprendido el poder de su cuerpo en casa de Isabella. Tan solo ayer había desayunado con Hunsdon, besado a Southampton, discutido con Kit. ¿Cómo podía el tiempo moverse tan lento y a la vez tan vertiginosamente rápido?

–Tú –dijo una voz, y los goznes oxidados de la celda chirriaron.

Emilia se sobresaltó; después de todo, había parpadeado. La visión de Southampton desapareció. Al tropezar hacia atrás, se apoyó en un codo y sintió un dolor agudo que subió hasta su hombro. El guardia la levantó de un tirón y la arrastró por el pasillo.

–Habla bien de mí, querida –dijo una de las prostitutas.

El hombre la empujó por unas escaleras con charcos en los huecos de la piedra gastada y la condujo a una habitación tan luminosa que quedó cegada. Le llevó unos segundos darse cuenta de que su hijo estaba de pie junto al carcelero, con el horror escrito en el rostro.

Henry pasó un brazo a su alrededor. Nunca dejaba de asombrarle cómo su hijo ahora era más alto que ella y tan ancho como para sostenerla si tropezaba. Mantuvo la boca apretada mientras la guiaba fuera de Fleet, más allá de las puertas, hacia el bullicio de las calles de Londres. Solo entonces se detuvo y la tomó de los hombros para evaluar si estaba herida.

–¿Estás bien, mamá? ¿Busco un médico?

–Estoy bien, querido. –Su rostro se suavizó–. O lo estaré, una vez que me quite el hedor de la celda.

–No lo sabía –dijo él, con los ojos llenos de lágrimas–. Vine tan pronto como me enteré.

Había estado en Nonsuch, tocando la flauta para el rey. Emilia no tenía idea de dónde había conseguido el dinero para pagar su deuda y lo que fuera necesario para liberarla.

–Lamento que hayas estado ahí tanto tiempo.

Ella quiso preguntarle cuánto tiempo había sido. Como no había comido en días, había empezado a perder la noción del tiempo. Pero pensó que eso podría asustarlo. Aunque él fuera más grande y más fuerte que ella, siempre sería su hijo, y haría lo que pudiera para protegerlo.

–Tuve compañía –dijo Emilia.

La última persona que Emilia esperaba encontrar al abrir la puerta era Ben Jonson.

–Señora Lanier –dijo el escritor, quitándose el sombrero–. Un placer encontrarla.

Cinco años atrás, Jonson había reunido todas sus obras en un folio. Antes de eso, ningún dramaturgo había considerado los simples guiones como gran literatura; el teatro era un tentempié para consumir, no un banquete para dignatarios. Jonson había

tenido la audacia de referirse a sus obras y mascaradas como si fueran parte de un cuerpo de trabajo. Más sorprendente aún: su folio se había vendido bien.

Ahora era 1621, y el trabajo de Jonson era famoso. Emilia, en cambio, no había escrito una obra de teatro en años, desde la muerte de Shakespeare. Había perdido su acceso al negocio; estaba atrapada tierra adentro, sin puerto al cual llegar. ¿Qué podía querer Jonson de ella?

Emilia, que rara vez se quedaba sin palabras, no sabía qué decir. ¿Debería fingir que desconocía su vínculo? ¿Qué probabilidades había de que él recordara a la tímida cortesana de Hunsdon leyendo la tragedia de Mary Sidney a escondidas? ¿O la vez que se cruzaron en una taberna, él borracho y ella arrastrándose para tratar de recuperar el favor de Shakespeare?

–Disculpe, señor –dijo Emilia, decidiendo asumir que él no recordaba nada de eso–. ¿Nos conocemos?

Sintió que Bess entraba en la habitación, curiosa por el extraño en la puerta.

–Mis disculpas –respondió Jonson–. Soy Ben Jonson. A menudo olvido que las palabras de un poeta son más reconocibles que su rostro.

Emilia sintió un hilo de sudor correr por su espalda.

–Bess –dijo, girándose–, ¿podrías traer algo de cerveza para el señor Jonson?

La sirvienta desapareció en la parte trasera de la casa. Emilia condujo a Jonson a la sala principal y lo invitó a sentarse junto al fuego.

–Espero que no sea muy presuntuoso asumir que conoce mi trabajo –dijo él.

–Señor, dudo que haya un alma en Inglaterra que no conozca su obra –respondió ella.

–También es poeta.

Bess colocó una bandeja entre ambos. Emilia apretó las manos para calmarlas antes de servir una taza de cerveza para Jonson y entregársela.

–Recuerdo que al ver su libro pensé: «¿De dónde ha salido esta mujer?» –Jonson soltó una risita–. Y luego la recordé, en el salón de poesía de la condesa de Pembroke. En ese momento, me pregunté: «¿Adónde se fue?» –se inclinó hacia adelante, equilibrando la jarra sobre su rodilla–. Me pareció extraño que una escritora con tanto potencial juvenil simplemente desapareciera durante años antes de aparecer impresa.

–Fui esposa y madre –Emilia entrelazó las manos sobre su regazo.

–Ninguna de esas cosas excluye el tomar una pluma –replicó él.

–No sé qué busca aquí, maestro Jonson –ella sostuvo su mirada, firme–. ¿Por qué insiste en resolver un misterio que no existe?

–¿Conoce las obras de Shakespeare? –Jonson se reclinó en su asiento, observándola.

–¿Quién no? –respondió ella.

–¿Y por casualidad, ha visto mi obra *Cada hombre fuera de su humor*?

Emilia negó con la cabeza. Había salido hacia 1600, cuando no tenía monedas para ir al teatro.

–Hay un bufón, Sogliardo –explicó Jonson–. Pretende ser poeta, pero en realidad roba poemas o contrata a otros para que los escriban. Tiene dinero, pero no sabe cómo lo obtuvo. En la obra, Sogliardo desea un escudo de armas más que nada en el mundo.

Igual que Shakespeare. Cuando finalmente le otorgaron el escudo, el lema decía *Non Sanz Droict*, «No sin derecho».

–A Sogliardo le sugieren que su lema sea: «No sin mostaza».

Emilia rio.

–¿Sabía que la mayoría de los dramaturgos comienzan como actores, o viceversa? –Jonson la miró fijo–. Es bastante claro para qué rol está hecha una persona. Como actor, yo, por ejemplo, no valgo el precio de la entrada al teatro... pero puedo escribir. Shakespeare comenzó en este negocio como dramaturgo, uno mediocre, si se me permite decirlo, y luego se subió al escenario. Siempre me pregunté cómo superó su ineptitud literaria para convertirse en un poeta tan celebrado. Simplemente no cuadraba. Esa ha sido la raíz de mi rivalidad, por así decirlo, con él.

–¿Entonces busca enterrarlo aún más profundo? –preguntó Emilia.

–No. Vengo a contarle una conversación de hace algunos años.

Emilia apretó los labios.

–Estuve en Stratford en la primavera de 1616 –dijo Jonson–. Mi amigo Michael Drayton, quien por entonces escribía para los Hombres del Almirante, me llevó a celebrar la publicación de mi folio con unas copas. Shakespeare estaba en la taberna y se unió a nosotros –le dirigió una mirada rápida a Emilia–. Bueno, el hombre no toleraba bien la cerveza. La bebida le soltó la lengua, y la conversación derivó en temas que no esperaba. Comentó cómo habría publicado su propio folio antes que el mío si no se le hubiera agotado la fuente de su escritura.

–Entonces, ¿no lo visitaba su musa? –Emilia tragó saliva.

–No era la musa lo que le faltaba –replicó Jonson–. Era el conde de Oxford, y otros, quienes le proveían el trigo que molía en grano. Muchos formaron parte de la alegre banda de escritores de Oxford: Kyd, Nashe, Middleton, Bacon… Por diversas razones, Oxford y Bacon buscaban el anonimato; los otros simplemente querían suficiente dinero para comer. Una obra firmada con el nombre de Shakespeare era una venta rápida y asegurada. Cuando Oxford murió, aún quedaban algunas obras y unos pocos dramaturgos de ese grupo continuaron proveyendo material, pero luego Shakespeare mencionó a alguien que no pertenecía a ese círculo. Un trato aparte, supongo. Dijo que Emilia había sido –y cito textualmente– su gallina de los huevos de oro.

Emilia giró hacia el fuego con el corazón acelerado.

–Por supuesto, quería saber a qué se refería. Emilia es un nombre particular. Lo escuché por primera vez cuando la conocí en el salón literario de Mary Sidney y luego lo volví a oír repetidas veces en las obras de Shakespeare. Cuando mencioné esto, Shakespeare me dijo que, cuando Fletcher le dio *Los dos nobles caballeros* para vender, él renombró al objeto del afecto de los hombres como Emilia, un mensaje en código que esperaba convocara a la mujer que había escrito para él años atrás. Entonces, le pregunté directamente: «¿Colaboras con una mujer?». Y Shakespeare respondió: «Colaboraba».

Jonson la miró fijamente.

–Pocos días después, murió de fiebre.

–¿Por qué está aquí? –dijo Emilia cortante.

Jonson dejó su taza sobre la mesa.

–¿Sabía que estoy editando un folio de las obras atribuidas a Shakespeare? Es una tarea hercúlea. Ni siquiera puedo decir con exactitud por qué la estoy emprendiendo, considerando mi antipatía hacia él. Pero, al parecer, mi rivalidad nunca fue una contienda justa: yo era un solo hombre... –hizo una pausa– contra una multitud. Y creo que, tal vez, por eso asumí este proyecto –vaciló un momento–. Thomas Middleton modificó *Macbeth*, añadiendo las brujas de algunos de sus trabajos anteriores. Ahora escribe para los Hombres del Rey y está adaptando *Medida por medida* para que encaje mejor con la compañía. Eso me hizo preguntarme si podría acercarme a los escritores originales de las llamadas obras de Shakespeare y permitirles, por así decirlo, hablar por sí mismos.

Sacó un rollo de papeles de su bolso y se los entregó a Emilia. Ella desató la cinta que los sujetaba y encontró varias obras. Encima de todo estaba el manuscrito de *Otelo*, probablemente la última usada en una representación.

–Por si quisiera hacer algunos cambios –dijo Jonson.

Emilia sintió que todo su cuerpo vibraba de tensión; se sorprendió de que ningún atisbo de preocupación resonara en el aire a su alrededor.

–¿Qué nombre aparecerá en ese folio? –preguntó.

–El que usted y otros hicieron famoso –respondió Jonson–. Pero sus textos merecen sobrevivir más allá del hombre que los comercializó –se levantó y se puso el bolso al hombro–. Le agradezco su hospitalidad, señora. Y sus historias. Siempre me pregunté cómo Shakespeare parecía saber tanto sobre lo que significa ser mujer.

–Primero somos humanas –respondió Emilia–. Eso era lo único que quería compartir.

–Piense en eso –dijo Jonson con una sonrisa– cuando revise.

¿Qué dices cuando sabes que esas palabras serán las últimas?

Volver a *Otelo* era como invocar a Alfonso de vuelta a la vida: había tanto de él en esa historia de un marido celoso, de la esposa que asesinó. Emilia también se había incluido en el texto, eligiendo nombrar a un personaje como ella misma: Emilia, la esposa de Iago. Una mujer lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a Otelo después de que él matara a Desdémona. Emilia amenazaba con revelar el rol de su propio marido en la tragedia. Y luego, como Desdémona, era asesinada por su esposo: otro hombre que no quería escuchar la verdad.

Cuando Emilia escribió la obra por primera vez, no podía imaginar un final feliz para esas mujeres.

En el presente tampoco podía.

Pasó las páginas hasta encontrar el lugar donde su homónima, Emilia, describía a los hombres mientras hablaba con Desdémona:

Son solo estómagos y nosotras solo comida;
nos devoran con ansias, y cuando están llenos,
nos eructan.

«Y luego nos culpan de su indigestión», pensó Emilia.

No importaba que Desdémona no hubiese sido infiel a Otelo. Si él lo creía, entonces debía ser cierto. Pero tampoco importaba que Emilia sí hubiera sido infiel a Alfonso. Porque, en algunos casos, la traición es indistinguible de la supervivencia. Una mujer infiel podía tener cientos de razones ocultas para serlo.

Pasó las páginas hasta una escena posterior entre Desdémona y Emilia, en la que ambas hablaban sobre la infidelidad. Según lo había escrito años atrás, Desdémona se escandalizaba por la confesión de Emilia de que había circunstancias en las que ella habría sido infiel.

¿Cometerías tal acto por todo el mundo?, preguntaba Desdémona.

El mundo es algo enorme. Es un gran precio por un pequeño vicio, respondía su doncella.

Ahora, Emilia mojaba su pluma en la tinta.

No podría discutir con Dios acerca de las decisiones que había tomado. No podría convencer a la sociedad de que no era una

pecadora.

Pero su homónima, sí.

Agregó ciento sesenta líneas más en su revisión, y le dio muchas de ellas a la sirvienta audaz, Emilia.

Creo que es culpa de los maridos
si las esposas caen. Supongamos que descuidan sus deberes
y vierten nuestros tesoros en regazos ajenos;
o que, de lo contrario, estallan en celosos arranques,
imponiéndonos restricciones. O supongamos que nos golpean,
o nos niegan por despecho lo que antes nos daban.
Pues bien, tenemos agallas, y aunque tenemos algo de gracia,
también tenemos algo de venganza.

Dudó por un momento y luego una amplia sonrisa se desplegó en el rostro de Emilia. De repente, supo exactamente qué escribir.

Que los maridos sepan
que sus esposas tienen sentido como ellos. Ven y huelen,
y tienen paladar tanto para lo dulce como para lo amargo,
igual que los maridos. ¿Qué es lo que hacen
cuando nos cambian por otras? ¿Es diversión?
Creo que sí. ¿Y lo provoca el afecto?
Creo que también. ¿Es fragilidad lo que yerra así?
También lo es. ¿Y no tenemos nosotras afectos,
deseos de diversión y fragilidad, como ellos?
Entonces, que nos traten bien. De lo contrario, que sepan
que los males que hacemos son instruidos por los suyos.

¿Qué era lo más aterrador que se le podía decir a un hombre? Que los sueños, esperanzas, deseos, defectos y debilidades de una mujer no eran distintos a los suyos.

Que hombres y mujeres eran iguales.

Se reclinó en su escritorio –el viejo escritorio escolar de Henry– y dio a Desdémona y a Emilia un adecuado entierro literario, añadiendo líneas para Desdémona. Cuando había escrito la obra por

primera vez, apenas había mencionado la canción que cantaba la criada de la madre de Desdémona, Bárbara, mientras moría:

Mi madre tenía una criada llamada Bárbara.
Estaba enamorada, y aquel a quien amaba enloqueció
y la abandonó. Ella tenía una canción del sauce,
era algo vieja, pero reflejaba su fortuna,
y murió cantándola. Esa canción esta noche
no se va de mi mente...

Ahora, sin embargo, Emilia creó la melodía y la letra para Desdémona. Mientras su pluma rasgaba los márgenes, pensó en su padre, tocando su flauta, y en cómo la actitud de su madre cambiaba como si él fuera el encantador y ella la serpiente. Pensó en Jerónimo y sus primos en la galería de músicos de la corte de la reina, y en cómo los bordes afilados de un tenso enfrentamiento político podían suavizarse con el floreo de un madrigal o una animada pavana.

Pensó en las audiencias que se lamentaban con acordes menores y se elevaban con arpegios.

Emilia cerró los ojos y tarareó la melodía que rondaba los bordes de su mente, acercándola hasta que la melodía se desplomó, subió y tomó forma:

La pobre alma se sentó suspirando junto a un árbol de sicómoro,
cantando todo un sauce verde.
Su mano sobre el pecho, su cabeza sobre la rodilla,
Cantando sauce, sauce, sauce.
Los arroyos frescos corrían junto a ella y murmuraban sus lamentos,
Cantando sauce, sauce, sauce.
Las lágrimas saladas caían de ella y ablandaban las piedras...

Se detuvo, interrumpiendo la escena y la balada. Quedaría sin terminar hasta el final de la obra, cuando Emilia moría en manos de Iago, y recitaba el estribillo.

¿Qué presagiaba tu canción, dama?
Escucha, ¿puedes oírme? Yo seré el cisne
y moriré en música.

–Moriré en música –dijo en voz alta, llenando todo el espacio en la habitación vacía.

Al igual que el personaje de Emilia, esta sería su canción del sauce.

¿Qué dices cuando sabes que tus palabras serán las últimas?

Estuve aquí.

Mi vida tuvo importancia.

Emilia miró las páginas impresas que estaban sobre la mesa alargada, que aún olían a tinta y estaban húmedas al tacto. Habían pasado dos años desde que Jonson se le acercó para hablar sobre el folio de las obras de Shakespeare, y ahora se estaba haciendo realidad. No sabía si había invitado a otros autores a ver el trabajo en proceso, pero se sentía honrada de que la hubiera invitado a ella.

Los editores eran Edward Blount e Isaac Jaggard. El padre de Isaac, William, iba a ser el impresor, pero había muerto durante el tiempo que llevó compilar el enorme libro, así que ahora Isaac dirigía la producción material. Jonson se lo había presentado a Emilia cuando llegó, antes de que fueran a examinar las copias de la portada.

Él le entregó una página con una ilustración de Shakespeare dibujada por Martin Droeshout, un grabador.

–¿Qué opina? –preguntó Jonson.

Emilia dudó. No quería desmerecer al artista, pero conocía a William Shakespeare, y esa imagen de él era ridícula. Su frente era tan alta que parecía deformada, su cabello desigual. Su jubón parecía estar puesto al revés, y tenía dos brazos izquierdos.

–Si yo fuera recordada así después de mi muerte –dijo Emilia–, volvería para perseguirlos.

Él echó la cabeza hacia atrás y rio.

–Eso es exactamente lo que quiero lograr –dijo Jonson, con el dedo índice flotando sobre el dibujo–. Marca esta doble línea en el cuello, como si estuviera usando una máscara.

–Ingenioso –apuntó Emilia.

–No puedo imaginar que alguien que conociera al hombre pudiera ver esto y no comprender el mensaje entre líneas, pero solo por si acaso…

Le ofreció la página que estaría frente a esta extraña ilustración: un poema de Jonson, presentando al lector la obra.

Esta figura, que aquí ves puesta,
fue hecha para el gentil Shakespeare,
en la que el grabador tuvo una lucha
con la naturaleza, para superar la vida.
¡Oh, si él hubiera podido dibujar su ingenio
tan bien en bronce como ha logrado captar
su rostro, la impresión entonces superaría
todo lo que alguna vez se escribió en bronce!
Pero, como no puede, lector, no mires su imagen, sino su libro.

–No podrías haber dicho de manera más directa que el verdadero escritor no está en esta imagen, sino en el texto –dijo Emilia, impresionada.

–Sí, bueno, eres una dramaturga –Jonson sonrió–. Sabes que a veces el público parece tener arcilla en la cabeza. Bien –unió sus manos con un aplauso–. Entonces, lo siguiente será una carta de Heminges y Condell.

–¿Los actores de los Hombres del Rey?

–Los mismos.

–¿Pero aún no la han escrito? –preguntó Emilia.

–Nunca se les pidió que lo hicieran –dijo Jonson–. Toda esta recopilación es una farsa. Además, ¿cuándo supo de actores que pudieran escribir algo coherente? No son más que heraldos que gritan lo que el castillo quiere que se sepa. Todavía estoy trabajando en sus falsos cumplidos, pero los haré tan desmedidos que será imposible pensar que este es el trabajo de un hombre en lugar del

de un dios –explicó Jonson, y a continuación detalló–: *Su mente y su mano iban juntas, Apenas hemos recibido de él una mancha en sus papeles…* Toda esa tontería.

–¿No es demasiado, señor? –preguntó Emilia–. Su intención es sembrar la duda, no causar un alboroto.

–¿Acaso su *Hamlet* no sustituye una copia falsificada de la carta que Claudio usa para mandarlo ejecutar? –él levantó una ceja.

Emilia puso los ojos en blanco y tocó otra página suelta, esta titulada: *En memoria de mi amado, el autor Sr. William Shakespeare, y de su legado*.

–Es bastante inclusivo –dijo Emilia.

–Uno hace lo que puede.

Jonson comenzó a leer su poema:

Para no despertar envidia (Shakespeare) con tu nombre
es que soy tan generoso con tu libro y tu fama;
mientras confieso que tus escritos son tales,
que ni hombre ni musa, pueden alabarlos en exceso.

Emilia cubrió su boca con una mano, reprimiendo la risa.

–¿No es así? –desafió Jonson–. No puedes alabar obras que un hombre jamás escribió.

Pasó su dedo por la página.

–Este siguiente fragmento es para usted.

Es como si alguna infame ramera o prostituta
elogiara a una matrona. ¿Qué podría dañarla más?

Jonson insinuaba que los elogios falsos eran tan desagradables como que una cortesana se comparase con una esposa virtuosa. Una metáfora extraña para un poeta de la talla de Jonson, dado que los dramaturgos que se comparaban erróneamente con el gran Shakespeare eran todos hombres.

A menos, claro, que no lo fueran.

–Oh, esta es la mejor parte –dijo Jonson, lleno de entusiasmo.

Mi Shakespeare, levántate; no quiero colocarte junto a

Chaucer o Spenser ni pedir a Beaumont
que se mueva un poco para hacerte espacio.
Eres un monumento, sin tumba,
y sigues vivo, mientras tu libro viva,
y tengamos ingenio para leer, y alabanzas para dar.

Todo era cierto. Shakespeare no estaba enterrado en el Rincón de los Poetas de la Abadía de Westminster junto a Chaucer, Spenser o Beaumont, los grandes literatos. Y los cumplidos no se debían a él, sino a los textos en sí.

Era subversivo e inteligente, para los que entendían. Pero, si comprabas el folio sin leer con atención, simplemente pensarías que Jonson, como todos los demás, creía que Shakespeare era digno de templos en su honor, flores en el cortejo de su ataúd y dolientes arrancándose el cabello.

Jonson alisó los bordes del papel y lo volvió a colocar cuidadosamente sobre la larga mesa.

–¿Qué piensa?

–Lo que usted ha creado no es un conjunto de obras, sino una serie de acertijos –dijo Emilia.

–Culpable, señora –Jonson puso una mano sobre su corazón–. No soporto la idea de que ese necio sea coronado con laureles que otros cargaron.

–Fue nuestra elección –dijo Emilia suavemente. La alternativa habría sido permanecer en el silencio. Puede que hubiese usado el nombre de otro, pero las palabras eran suyas.

Miró a Jonson, que había plasmado sus propios demonios, arrepentimientos y celos en estos poemas.

–¿Cree que algún día alguien descifrará este enigma? Mucho después de que ambos hayamos partido.

–Con tiempo, reflexión y todas estas pistas –dijo Jonson mirándola a los ojos–, ¿cómo podrían no hacerlo?

No mucho después de que se imprimiera el *Folio*, Emilia notó algo diferente en su hijo. Henry podía estar en medio de una

conversación y, de repente, estallar en carcajadas, como si hubiera escuchado un chiste que nadie más entendiera. Empezó a faltar a las cenas y, más de una vez, Emilia lo sorprendió entrando a la casa de madrugada. Sus prendas tenían manchas de pasto y barro, algo poco común para un flautista, y ella no pudo evitar recordar los bordes de sus propios vestidos, marcados por las hierbas húmedas de sus encuentros con Southampton. Así que, cuando un día Henry presentó tímidamente a Joyce Mansfield, una joven de mejillas rosadas como caramelos, Emilia supo de inmediato que esa sería la mujer con la que se casaría.

El día de la boda de su hijo, Emilia se vistió con su atuendo más elegante: un vestido de seda roja que hacía que su piel luciera como miel dorada y su cabello como el negro azulado del ala de un cuervo. Joyce estaba en la casa de su familia; se encontrarían en la iglesia.

La ceremonia tendría lugar al mediodía, y, mientras el sol ascendía entre nubes dispersas, ella terminó de preparar el pan y las carnes que serían parte del banquete para su propia familia y los nuevos parientes de Henry. Por supuesto, Bess estaba invitada a la boda; ella había criado a Henry tanto como la propia Emilia.

–¡Henry! –llamó Emilia nuevamente desde las escaleras.

–Un novio nervioso –dijo Bess con una sonrisa–. Tal vez no quiere ser el centro de atención.

–Lo dudo. Ha tocado instrumentos frente a reyes y reinas. ¿Qué es ponerse de pie frente a un sacerdote?

–Es todo, cuando se trata del resto de la vida, señora. Cuando era niño, no tuvo precisamente un buen modelo de matrimonio.

Emilia miró a su criada, sorprendida de no haber pensado en eso antes.

–Bess, ¿por qué no vas a la iglesia y avisas que ya estamos en camino?

Subió las escaleras hacia el cuarto de Henry y tocó suavemente la puerta cerrada. Al no recibir respuesta, la abrió con cuidado.

–¿Henry?

Él estaba acostado en la cama, boca abajo, aún en camisa y calzas.

–¿Te sientes bien? –preguntó Emilia, sentándose en el colchón junto a él, con sus faldas susurrando. Puso una mano en su espalda, como hacía cuando era pequeño y despertaba de una pesadilla.

Henry se giró de costado, y para su sorpresa, tenía los ojos enrojecidos.

–Henry –dijo ella–, ¿has cambiado de opinión? Podemos… –buscó las palabras–. Hacer un equipaje, alquilar un caballo si es necesario. Podemos sacarte de Londres antes de que alguien sepa que rompiste una promesa…

–Mamá –la interrumpió Henry con calma–, ¿y si soy como él?

Emilia sintió el fantasma de Alfonso, allí mismo, en el aire frío detrás de su cuello, en el destello de luz del espejo.

–No hay ni siquiera un hueso en tu cuerpo que sea como él –respondió con firmeza.

–Entonces es verdad –Henry se incorporó, cruzando las piernas sobre el colchón.

Nunca habían hablado de su paternidad. ¿Qué madre le diría a su hijo que era ilegítimo, que ella había sido cortesana, que él era la razón por la cual había vivido tantos años como la vergüenza de otro hombre?

–Los niños pueden ser crueles –dijo Henry a modo de explicación.

Y entonces él vio desfilar las emociones en el rostro de su madre: miedo, vergüenza, dolor, resolución. Ella escogió las palabras con cuidado, como quien selecciona cerezas, buscando las más dulces para ofrecerle.

–Tu… verdadero padre… fue un buen hombre –dijo finalmente.

–Ojalá lo hubiera conocido –suspiró Henry.

Emilia comprendió algo en ese momento: que Henry asumía que Hunsdon era su padre, quien había muerto cuando él era un bebé. O tal vez era tan joven cuando se veía con Southampton que su hijo no recordaba el tiempo que habían pasado juntos.

Aunque, siendo sincera, Emilia no podía decir con certeza cuál de los dos hombres era el padre de Henry.

–Esto es lo que pienso –dijo finalmente–. No importa si tu padre fue un buen hombre. La chica que te espera en la iglesia se está casando contigo. Ella te ama, Henry; lo veo cada vez que entras a

una habitación y ella se gira para verte como una flor en busca del sol. Te ama porque tú eres un buen hombre.

Henry se quedó pensando en sus palabras, como si estuviera componiendo una canción y supiera que, con el esfuerzo suficiente, la melodía acabaría por manifestarse.

–Tal vez no sepa cómo ser un esposo –dijo pensativo–, pero sé cómo amar.

–¡Ten piedad de los oídos de tu pobre madre, Henry! No estoy segura de querer escuchar los detalles… –Emilia negó con la cabeza y rio.

–Me refiero a que sé poner a alguien primero, por encima de todo –él sonrió–. Eso me lo enseñaste tú. –Henry tomó su mano y la apretó.

Un año después, Emilia compartía vivienda con Henry y Joyce. Había iniciado un nuevo oficio: elaborar cerveza y venderla en una taberna al final de la calle. Una mañana, mientras regateaba en el mercado por un gran saco de malta, escuchó cómo dos mujeres mencionaban el nombre de Southampton mientras intercambiaban chismes de la corte.

–¿Te enteraste?

Southampton estuvo en los Países Bajos, dirigiendo voluntarios contra los españoles.

–¿Sabías?

Apenas llegó a Roosendaal, su hijo, Lord Wriothesley, contrajo una fiebre.

–Qué pena.

Cuando el joven murió, su padre llevó el cuerpo a Bergen op Zoom, pero también sucumbió a la misma fiebre.

Sus cuerpos regresaron a Inglaterra con una bienvenida de héroes.

–Imagínate perder a un esposo y un hijo.

Serán enterrados en Titchfield.

–Pobre esposa.

Un instante después, Emilia estaba caminando, con el corazón latiendo con fuerza y las manos temblando por el frío. Continuó hasta llegar a la orilla del Támesis y miró hacia Southwark, donde solía encontrarse con Southampton.

No había sabido nada de él desde que intervino en la disputa legal por la licencia del heno de Alfonso, que terminó siendo una victoria pírrica. A pesar de que el juez había fallado a su favor, jamás recibió un pago de Innocent. Había pasado más años lejos de Southampton que junto a él. Su distancia había sido una bendición, pues estaba convencida de que verlo solo intensificaría el dolor.

Pero también creía en un hilo invisible que unía su corazón al de él. Estaba segura de que, cuando lo recordaba en medio de una tarea cotidiana –amasando pan o barriendo el hogar– era porque él pensaba en ella en ese mismo instante. También creía que la razón por la que ella aún vivía, mientras tantos seres queridos no, era porque estaba destinada a compartir el mismo tiempo y espacio que Southampton, aunque no estuvieran juntos.

Siempre había pensado: «Si muero, él lo sabrá. Lo sentirá al montar a caballo, con un frío helado recorriendo su cuerpo. Perderá el hilo de una conversación o mirará por la ventana y sabrá que, aunque todo parezca igual, todo ha cambiado».

Había creído que lo mismo sucedería con ella si él fallecía primero.

Pero Southampton había muerto, y, si no hubiera estado comprando malta en ese preciso momento, quizás nunca se habría enterado.

Se dobló sobre sí misma, como si le hubieran golpeado en el estómago. Un único pensamiento daba vueltas en su cabeza: no había tenido la oportunidad de despedirse.

Emilia permaneció en la orilla del río hasta que sus lágrimas se congelaron en sus pestañas. Un agente de policía pasó junto a ella.

–¿Señora? ¿Está bien?

Estaba rota y vacía. Estaba sola.

Emilia miró al vigilante.

–Lo estaré –dijo.

Vendió las cervezas que tenía almacenadas en casa y negoció con el dueño de la taberna para venderle todos sus suministros de elaboración. Escribió una nota para Henry, que regresaría tras tocar para el rey antes de la víspera de Reyes. Emilia no sabía cuánto tiempo le llevaría, y no quería que su hijo se preocupara.

Compró un caballo, aunque nunca había sido buena amazona. Se abrigó con tres capas de faldas y dos capas de mantos, lo mejor que pudo contra el viento helado y la nieve. El primer día apenas logró avanzar ocho kilómetros antes de detenerse en una posada para descansar sus músculos doloridos. Nadie cuestionó a una mujer mayor que viajaba sola; no tenía nada digno de robar, ni posesiones, ni belleza, ni castidad.

Al tercer día, vendió el caballo a un posadero y pagó a un granjero y su esposa para viajar en la parte trasera de su carro, entre los troncos que transportaban.

El granjero era un hombre corpulento y taciturno, que probablemente había ido volviéndose más callado frente al incesante torrente de charla de su esposa. Al principio, Emilia conversó con cortesía: sí, era viuda. No, ella y su difunto esposo no habían sido bendecidos con hijos. Sí, se dirigía a Titchfield para las festividades navideñas, a visitar a su hermana. No, nunca había viajado tan lejos hacia el sur antes. Luego empezó a fingir que dormía, solo para tener un momento de paz.

A pesar del frío, se cruzaron con otros viajeros. Había pastores arreando ovejas y hombres que vendían cereales, cajas llenas de aves y cerdos. Dos veces, la carreta cayó en un bache y tuvieron que descargarla por completo para reparar una rueda, lo que dejó a Emilia con uñas rotas y astillas que tuvo que sacar con los dientes. En otra ocasión, un árbol caído bloqueaba el camino y tuvieron que cortarlo antes de poder avanzar. La nieve hacía que el viaje fuera desesperadamente lento.

El sexto día, el granjero y su esposa la dejaron en un cruce de caminos, y Emilia continuó a pie los últimos veinticinco kilómetros hasta Titchfield.

Cuando llegó al pueblo del dominio de Southampton, se encontraba, literalmente, entumecida. Su cabello estaba blanco por

la nieve que caía; sus manos se encogían dentro de los guantes. Dentro de sus botas finas, no podía sentir sus pies.

Había llegado el 7 de enero, después de la Noche de Reyes, cuando las celebraciones navideñas habían terminado y el pueblo volvía a su rutina habitual. En eso tuvo suerte; seguramente toda la población habría estado en la iglesia solo un día antes. La iglesia de St Peter estaba en el centro, rodeada por un cementerio tan blanco como la túnica de una virgen.

Fue allí donde Emilia comenzó su búsqueda. Pero no había tierra removida, ni un hoyo en la tierra que hubiera sido recientemente excavado para acomodar un ataúd. Se dio cuenta de su error casi de inmediato: la familia Southampton, por supuesto, tendría una cripta dentro de la iglesia.

Las puertas de madera, gracias a Dios, no estaban cerradas. El interior era apenas más cálido. Emilia esperó que sus dedos ardieran y hormiguearan, una prueba de vida, antes de continuar.

La tumba fue fácil de encontrar, adornada con lirios y rosas blancas. Estaba separada de los bancos, la nave y el altar por una puerta de hierro negro. Cuatro obeliscos formaban las esquinas del monumento de mármol, con la figura tallada de la esposa del segundo conde tendida sobre una losa de piedra. Estaba flanqueada por las efigies de piedra del primer y segundo conde de Southampton.

Fue su madre amantísima, Mary, quien encargó la tumba. Ella había sido la hija del vizconde Montagu. Por eso Emilia usó ese apellido en *Romeo y Julieta*, la primera obra que escribió pensando en Southampton.

Emilia se encontró imaginando a Romeo en su lucha por entrar en la cripta hasta poder sostener en sus propios brazos lo que pensaba que era el cuerpo de Julieta.

Henry no estaría en esos ataúdes de piedra; su cuerpo estaría en una cripta en algún lugar debajo.

No tenía acceso a la cripta real. De hecho, la puerta que rodeaba la tumba permanecía cerrada con llave. Emilia miró a su alrededor, pero la iglesia estaba vacía. Se quitó el manto y dejó su bolso sobre el suelo de baldosas, luego levantó sus faldas en un nudo entre sus

piernas. Con un gesto de dolor por sus miembros rígidos, trepó la puerta de hierro y se dejó caer del otro lado, para acercarse al monumento de mármol.

Emilia dio vueltas alrededor del monumento de piedra, buscando una entrada a la cripta. Cuando no pudo encontrar ninguna, se arrodilló frente a un panel que representaba a dos niños rezando. Tocó con los dedos la mejilla suave del niño de mármol y pensó en su propio hijo, y en la hija que ella y Southampton habían concebido.

Tomó prestadas las palabras de Romeo.

–*Por mi amor* –murmuró.

Se tendió sobre el frío suelo, lo más cerca posible de la tumba. Había oído que, en las tumbas de la nobleza, los cadáveres se preservaban en miel, y esperaba que esto fuera cierto, para que su vida después de la muerte fuera dulce.

Deshizo los años, imaginando la sensación de la barba de Southampton al rozar su mejilla, el calor de sus brazos alrededor de ella. Recordó cómo sus ojos como gemas se oscurecían cuando la veía acercarse a él. Pensó en la vez que él intentó enseñarle a silbar, y rieron tanto ante su fracaso absoluto que no podían recuperar el aliento.

Luego cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño junto a Southampton por una última vez.

El invierno se ablandó hacia la primavera, luego maduró en verano. La esposa de Henry quedó embarazada y perdió al bebé. Luego permaneció tan enferma que a veces no podía levantarse de la cama. Estaba débil y pálida, así que Emilia consiguió manzanilla, jengibre y menta de la boticaria, con la esperanza de preparar un té que le permitiera a Joyce mantener la comida y recuperar fuerzas.

Tarareaba para sí misma al doblar la esquina de su casa, pero las notas se desvanecieron al notar que había un hombre noble parado frente a su puerta.

No exactamente un hombre noble. Más bien, un apuesto joven. No podía tener más de dieciséis años, pero estaba vestido con tanta

elegancia como un cortesano. Tal vez era un chico que esperaba que Henry tocara en una fiesta.

–Si vino a ver a mi hijo –dijo Emilia–, me temo que no está en casa.

–¿Señora Lanier? –dijo el chico, con el rostro iluminado al reconocerla.

La miraba tan intensamente que Emilia sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral.

–¿Señor? –preguntó–. ¿Nos conocemos?

–En cierto modo –dijo él. Miró calle abajo, donde una mujer golpeaba un colchón de plumas y los observaba con curiosidad–. ¿Tiene un lugar donde podamos hablar en privado?

Emilia asintió y lo invitó a entrar. Joyce estaba durmiendo, y Bess aún no había vuelto del mercado. Le ofreció cerveza, que él rechazó. Se mostró incómodo, como si no pudiera encontrar las palabras para explicar lo que deseaba.

Ella esperó, y luego suspiró.

–Estoy en desventaja, señor –dijo Emilia–. Usted me conoce, pero yo no lo conozco a usted.

–Soy Southampton –dijo el chico, y ella se echó atrás como si la hubieran golpeado.

El cuarto conde de Southampton no se parecía a su padre. Tenía el cabello negro, los ojos oscuros y rasgos más angulosos. Probablemente el joven sintió la mirada de Emilia recorriendo su rostro, y ofreció una pequeña sonrisa.

–Se dice que me parezco a mi madre –dijo.

–Lo siento por su pérdida, milord –dijo Emilia.

–Lo siento por la suya –respondió él. Sacó un pequeño saco de terciopelo del interior de su jubón. Alargó la mano hacia la palma de Emilia y derramó allí su contenido. Su propio rostro, en miniatura, la miraba.

–Esto estaba entre sus pertenencias personales, cuando… cuando su cuerpo nos fue devuelto –dijo el joven conde–. Siempre lo llevaba consigo. Cuando era solo un niño, lo encontré una vez en su tocador, y me golpeó por solo tocarlo. Fue la única vez que me prestó atención, en realidad –dio un paso atrás, como si supiera que había

dicho demasiado–. Creo que debería quedárselo, señora. No desearía que mi madre tropezara con esto y sufriera su pérdida por segunda vez.

Emilia asintió y cerró las manos alrededor del pequeño broche. La filigrana del marco le mordió la piel. Se preguntó a quién le habría mostrado el joven la miniatura para identificarla por su nombre. Si el cortesano habría dicho al verla: «Oh, sí, esa era la antigua pieza de Hunsdon».

–Gracias, milord –logró decir Emilia.

–Llámeme Thomas, por favor –él la miró durante un largo momento–. ¿Fue feliz con usted?

¿Cómo responder? Ella no conocía la historia del joven que tenía frente a sus ojos y no lo merecía. ¿Había sido Thomas el producto de un matrimonio que no era más que una transacción comercial? ¿Nunca vio el amor en su hogar? ¿Se había preguntado qué hacía que su padre fuera distante, qué parte de él nunca tendría?

–Creo que sí, por un tiempo –dijo Emilia suavemente.

Él levantó el mentón, como si hubiera tomado una decisión.

–Me alegra saberlo –se dio la vuelta, preparándose para partir.

–Espere –llamó Emilia–. Él también era joven cuando se convirtió en conde –quiso darle un regalo, como él se lo había dado a ella–. No lo disfrutó.

–Tal vez sí tengamos algo en común, después de todo –Thomas sonrió con amargura.

–Muy pocos de nosotros conseguimos la vida que deseamos –dijo Emilia.

El chico dejó que las palabras se asentaran entre ellos.

–Por eso –dijo suavemente– es aún más importante encontrar esos pocos minutos en los que somos felices.

Se dirigió hacia la puerta.

–Que Dios esté con usted, señora.

Cuando se fue, Emilia permaneció en el silencio, mirando a la mujer que solía ser. Se dio la vuelta y entró en su dormitorio. Ya no guardaba la miniatura de Southampton escondida en su colchón de plumas; ya no tenía razón para hacerlo. En su lugar, estaba en una pequeña caja de madera con las cosas más preciosas que poseía: su

primera publicación, una cinta que Kit había usado como marcador, un corazón de madera que su hijo le había tallado.

Metió la miniatura dentro, junto al óvalo de marfil con el retrato de Southampton.

–Ahí está –dijo Emilia, tocando suavemente con las yemas de los dedos ambas pinturas.

Eran pruebas tangibles de que, alguna vez, la habían amado. De que ella había amado también.

Le gustaba pensar que Southampton, dondequiera que estuviera ahora, la estaba observando. Que él también sabía que, finalmente, estaban juntos.

Cuando Emilia era más joven, a veces llamaba la atención de una manera que no deseaba, debido a su piel oscura, sus ojos claros y sus labios carnosos. Fue su belleza lo que atrajo a Hunsdon, lo que hechizó a Southampton, lo que enfureció a Alfonso. Pero, a medida que envejecía, sus rasgos se fueron desvaneciendo.

Cuanto más viejas eran las mujeres, más invisibles se volvían. A medida que el capital de su rostro y figura se reducía –las únicas partes valiosas de una mujer para la sociedad–, ella también desaparecía. Tal vez, cuando una mujer envejece, su cuerpo y su mente toman la decisión inconsciente de vivir más en el pasado que en el presente, y por eso Emilia casi nunca parecía estar realmente presente. Incluso en su propia casa, ahora ocupada por Henry, Joyce, la pequeña Mary de tres años y el bebé Harry, Emilia a menudo se sentía sola. Ese día, la familia conversaba sobre cuándo Henry volvería a la corte y si Harry ya estaba por tener un diente. Emilia se dio cuenta de que habían pasado horas desde que había pronunciado una palabra... y nadie echaba de menos su contribución.

–Bueno –dijo Henry, apartándose de la mesa donde había roto el ayuno–, si quiero montar con los demás, no puedo llegar tarde.

Ahora era flautista oficial del rey, lo que le daba seguridad e ingresos, y viajaba con la familia real de palacio en palacio. Emilia había perdido el hilo de adónde se dirigían ese día.

Él rodeó con los brazos la cintura de Joyce desde atrás. Ella gritó, sonriéndole por encima de su hombro. Si había algo de lo que Emilia estaba orgullosa, era de que Henry había encontrado una pareja a su altura. El pequeño Harry golpeaba una cuchara contra la mesa sentado en el regazo de Bess, quien intentaba darle de comer una especie de puré que salía de su boca tan rápido como ella lo introducía. Mary levantó los brazos para que Henry la alzara.

–Papá –gritó–, no quiero que te vayas.

Él se apartó de su esposa y levantó a su hija en el aire.

–Pero –le recordó– siempre regreso, ¿no?

En su silencio, desde los márgenes, Emilia observó la escena como la espectadora en que se había convertido. «Una comedia», pensó. Henry había creado su propio final feliz.

De repente, un grito. Mary cayó con un gran impacto sobre el suelo de piedra. Comenzó a llorar, y Joyce corrió a su lado para consolarla. Harry estalló también en lágrimas al escuchar el ruido y distrajo a Bess, por lo que solo Emilia vio lo que había sucedido.

Un momento antes, su hijo había lanzado a su pequeña al aire con una gran sonrisa y al siguiente, se desplomó como un trapo, su cuerpo se dobló mientras se agarraba el pecho con la mano.

–¡Henry! –gritó Emilia, saltando de la mesa para arrodillarse a su lado. Él había caído sobre su estómago. Ella lo giró y vio cómo la sangre brotaba de donde se había golpeado la nariz. Tenía la mano aún temblando sobre el pecho. Sus ojos estaban desorbitados, llenos de miedo, y su color plata brillaba como un rayo.

–Mamá... –La piel de su garganta se estiró, su rostro retorcido de dolor.

–Henry, estoy aquí. –Emilia le tomó la mano.

En ese momento, Joyce se dio cuenta de que él estaba en el suelo. Se lanzó sobre su cuerpo, llorando, hasta que Emilia la agarró con fuerza de los hombros.

–Lleva a los niños afuera –dijo, con la voz baja y feroz–. Necesitamos encontrar un médico.

–¿Papá? –dijo Mary, con el rostro hecho un óvalo blanco y tenso.

–Joyce –ordenó Emilia, y su nuera reaccionó al instante, levantando a la pequeña y tomando al bebé del regazo de Bess.

–Voy a buscar al médico –dijo Bess, y atravesó la puerta corriendo.

Emilia escuchó a Joyce subir a los niños por las escaleras, pero no apartó los ojos del rostro de Henry. Él la miraba de la misma forma en que lo hacía cuando era niño, cuando las tormentas sacudían las vigas del techo, cuando las pesadillas lo asaltaban desde debajo de la cama: como si su cercanía fuera lo único que mantenía el peligro a raya.

–Estoy aquí –susurró Emilia de nuevo, apretando su mano.

–Mamá –trató de tragar, luchando, jadeando. Su cuerpo estaba más tenso que las cuerdas de un laúd. Sus dedos se cerraron en un puño sobre sus propias costillas, y Emilia supo –aunque no era médica– que era eso lo que se había apoderado de él.

Una apoplejía.

El corazón de Henry, la única constante en su vida. Había latido por ella, había sangrado por ella, había sido lo suficientemente grande como para cargar con sus errores. ¿Cómo no había anticipado que se rompería bajo el peso que había soportado durante tantos años?

Joyce regresó y cayó de rodillas al otro lado de Henry.

–Estarás bien, mi amor –dijo, con una sonrisa pegada a su rostro surcado de lágrimas.

Henry la miró, luego volvió a mirar a Emilia.

–Mamá, promé... –su voz se cortó, y su mirada se apagó.

Emilia no pudo hablar. Su garganta estaba bloqueada.

–Ámalos –logró musitar Henry, y la luz en sus ojos se apagó.

Un año después de que Henry muriera, fue el turno de Joyce.

A los sesenta y seis años, Emilia criaba a Mary y Harry. Ella, que siempre había querido más hijos, ahora tenía dos de los más dulces bajo su cuidado.

Les leía, les daba de comer, los mimaba, les cantaba. La canción de cuna que más les gustaba era la melodía que ella misma había escrito para Desdémona en la revisión de Otelo: *Sauce, sauce, sauce*. Se había convertido en la historia de su vida. Incluso cuando

las ramas del árbol eran arrastradas por el viento, la lluvia o el hielo, nunca se rompía. Cedía justo lo suficiente para sobrevivir.

A medida que el dinero que había recibido por su parte del *Folio* se fue agotando, Emilia se encontró luchando para mantener a sus nietos. Su primo Jerónimo había muerto ese año, así que no podía recurrir a él. Cuando Emilia estaba desesperada por conseguir ingresos para cubrir los gastos de su hogar y el de Alma, demandó al otro hermano de Alfonso, Clement, quien había tomado la licencia del heno tras la muerte de Innocent.

Se sentó en la sala del tribunal de la Corte del Rey en Westminster Hall, para enfrentarse una vez más a un pariente de Alfonso: ya había interpretado esa escena antes. Cuanto más envejecía, más sentía que su vida era así. Se encontraba en la mesa con las manos cubiertas de harina y la pequeña Mary a su lado, modelando un ratón de masa que sería horneado en las cenizas del hogar, tal como su padre lo había hecho con Emilia a su edad. Sostenía a Harry en sus brazos al cruzar el Támesis en una embarcación, mientras señalaba las salpicaduras de los remos y le contaba historias de monstruos marinos que vivían en las olas y las sirenas a quienes amaban; y al hacerlo se sentía transportada a un viaje similar con Henry en sus brazos.

A veces, Emilia se sentía muy vieja. Otras, tenía veintitrés años y el rostro ruborizado por el sol y el amor, con toda su vida extendida ante ella como un vibrante pedazo de seda. Era una extraña quimera: la forma de una anciana enroscada alrededor de los sueños de una joven. En ese entonces, creía que cada acción, cada paso, la acercarían más a Dios. Ahora sabía que así era, pero de una manera mucho más literal. Cuando sabías que pronto te irías, ¿qué cuentas debías saldar antes de partir?

Sabía que ya había dicho esas mismas palabras a un juez principal sobre los acuerdos y deudas pendientes.

Miró por encima de su hombro, esperando ver un fantasma.

–Tengo dos nietos a quienes mantener –le dijo al juez principal. Al menos esa última frase era nueva.

–Está diciendo, señora Lanier, que, aunque se le debían veinte libras durante estos años, solo recibió ocho libras, ¿es correcto? –el

juez principal empujó sus gafas hacia arriba por la nariz.

–Eso es correcto, señor.

–¿Qué tiene que decir? –preguntó el juez observando a Clement.

Como todos los hermanos de Alfonso, tenía rostro de zorro: ojos negros, nariz movediza.

–Es la primera vez que oigo hablar de esto –dijo.

–Miente –espeto Emilia.

–No se puede culpar a un hombre por lo que no sabe –intervino el sargento que representaba a Clement mientras hojeaba unos papeles.

–¿Por qué no? –dijo Emilia–. A las mujeres nos sucede todo el tiempo.

Hubo un suspiro colectivo en la sala del tribunal, y, por un momento, Emilia se preguntó si se había excedido. Conocía a mujeres que, tras decir palabras menos provocadoras, habían sido arrojadas a prisión bajo la presunción de brujería.

Pero el juez principal se rio.

–Señora, espero que sus nietos le hagan caso, no sea que se enfrenten al filo de su lengua. Maestro Lanier, deberá pagarle a la señora Lanier las doce libras restantes.

Emilia se quedó sentada un momento, mirando sus manos como si fueran las de una extraña: las manchas marrones de la edad, las finas arrugas. Ya no eran los dedos gráciles de una cortesana, y hacía mucho tiempo que no lo eran. Eran las manos de una mujer que había trabajado duro para sobrevivir. Habían arañado su camino hacia la seguridad, tomado deseos, mezclado, horneado, blanqueado, barrido, sacudido y consolado, sostenido a su hijo y al hijo de su hijo, derramado tinta. Contaban su historia.

Emilia miró por encima de su hombro nuevamente, deseando ver a Southampton, pero esta vez no estaba allí.

Esta vez, Emilia se había rescatado a sí misma.

La novia estaba desaparecida. Henry Young estaba en el altar con el sacerdote, moviéndose incómodamente de un lado a otro. La madre

y el tío del novio echaban miradas furtivas hacia el banco donde Emilia estaba sentada junto a su nieto.

–¿Abuela? –susurró Harry–. ¿Dónde está Badger?

Su voz se quebró al decir el apodo que usaba para su hermana, el apodo con el que solía burlarse de ella cuando eran pequeños. En ese entonces, era la forma en que el pequeño Harry lograba hacer reaccionar a Mary, casi cuatro años mayor que él y propensa a ignorarlo. Ahora la palabra cargaba todo el cariño que sentía por su hermana, y su preocupación. A los catorce años, Harry apenas estaba tomando la forma de la masculinidad, los hombros estrechos comenzaban a ampliarse y un vello cubría su labio superior, pero sus instintos protectores ya eran firmes.

–¿Crees que ella está bien?

Emilia no sabía cómo responder. Ella y Harry habían dejado a Mary, con su vestido más bonito y una corona de flores en el cabello, en el vestíbulo al fondo de la iglesia. La chica parecía esperanzada, feliz.

Emilia se levantó, sonrió y puso la mano sobre el brazo de Harry.

–Déjalo en mis manos –dijo.

La familia Young empezó a susurrar; Emilia sabía que ya sentían que Henry se estaba casando por debajo de su rango, y esto era otro golpe contra Mary. Emilia se inclinó hacia Harry y murmuró:

–Tú evita que haya derramamiento de sangre.

Cuando llegó al vestíbulo, tocó suavemente la puerta. Esta se abrió bajo su mano, pero la habitación estaba vacía.

Emilia miró hacia el novio y el clérigo, y luego salió en silencio al patio de la iglesia y se adentró en la calle, pensativa. ¿Dónde podría haberse ido Mary?

Se dio cuenta de que no se dirigía hacia su alojamiento, sino hacia la parte de la ciudad donde habitaban cuando su hijo y su esposa aún estaban vivos. Emilia se había mudado varias veces desde entonces con sus nietos y Bess. Pero ese primer conjunto de habitaciones –donde se había quedado viuda, donde Henry había traído a su nueva esposa, donde Mary había nacido– guardaba los fantasmas más felices. Cuando pensaba en esos apartamentos,

escuchaba la música de la flauta de Henry, el crepitar del fuego y las risas de los niños. Era la sinfonía de la familia.

Tal vez Mary sentía lo mismo.

Ahora vivían nuevos inquilinos en esas habitaciones, pero había un pequeño trozo de bosque no muy lejos, un jardín que había pertenecido a un gran señor y que había vuelto a la naturaleza. Emilia se adentró en un matorral que le desgarraba sus medias hasta que encontró el árbol de olmo que ella misma había enseñado a sus nietos a trepar. En la hierba crecida junto a su base, había una corona de flores. Emilia levantó la vista y vio dos pies con botas colgando de una rama superior. El rostro de Mary estaba oculto por hojas y ramas.

–Bueno. Ya no puedo subir ahí, así que será mejor que bajes.

–Me has encontrado –dijo Mary al tiempo que su rostro emergía de la vegetación.

–Siempre –prometió Emilia.

Esperó a que la niña bajara y aterrizara ligera como un gato a su lado.

–¿Todos me odian? –preguntó Mary, con los ojos húmedos.

Emilia pasó su brazo por el de su nieta.

–Nadie te odia –dijo–. ¿Quieres hablar de eso?

–¿Y si no quiero?

–Entonces nos sentaremos aquí –dijo Emilia–, hasta que el sol se ponga y vuelva a salir.

–Tendremos hambre –una pequeña risa escapó de Mary.

–Bueno, eso es cierto –admitió Emilia y le acarició el cabello a la niña–. ¿Qué pasa, pequeña?

–No puedo soportar casarme con él –explotó Mary.

Emilia esperaba esa respuesta.

–Aún eres joven –Mary tenía solo diecisiete años–. No tienes que apresurarte.

–¡Pero lo amo!

–Si él te ama –respondió Emilia–, esperará a que estés lista.

Mary se recostó contra el tronco ancho del árbol, con el ceño fruncido.

–Cuando te casaste, abuela –preguntó–, ¿tenías miedo?

¿Cómo responder? Emilia se había sentido furiosa, humillada, rota. No quería a Alfonso; habría corrido hasta los confines de Inglaterra para escapar de él, si hubiera sido posible.

–Lo que sientes es lo que siente toda novia –dijo finalmente.

–Entonces entiendes lo aterrador que es preocuparse tanto –Mary pareció aliviada, pero otra lágrima recorrió su mejilla–. ¿Y si también pierdo a Henry?

Esto no era lo que Emilia esperaba. Mary no estaba dudando. En cambio, sufría de un exceso de buen juicio: una vez que tienes todo lo que siempre deseaste, no puedes evitar temer el momento en que ya no lo tendrás.

Abrazó a su nieta. Los padres de Mary habían muerto uno tras otro. Emilia no podía hablar sobre amar a un cónyuge de forma tan absoluta, pero sabía lo que era entregarse completamente a alguien, solo para que te deje atrás. Ese tipo de amor se llevaba las mejores partes de ti cuando se iba.

–Oh, pequeña –suspiró–. Ese es el precio de encontrar a tu alma gemela.

–Si no me caso –dijo Mary, obstinada–, entonces nunca tendré que preocuparme por vivir sin él.

–¿De verdad crees que tus sentimientos por Henry desaparecerán solo porque no pongas tu nombre junto al suyo en el registro de la iglesia? Si él es el adecuado para ti, y eliges no pasar tus días con él por miedo a amar demasiado, solo te estás castigando a ti misma. Él te adora, Mary –Emilia sonrió con dulzura.

–Lo sé.

–Hay tanto en el mundo que puede hacernos sentir pequeños. Si encuentras a alguien o algo que te haga sentir más grande que la vida, cariño, agárralo fuerte con ambas manos. Puede que caigas al suelo en algún momento. Puede que te rompas en pedazos –Emilia tocó la mejilla de su nieta–. Pero, oh, Mary... qué viaje.

Mary buscó su corona de flores y la hizo girar en sus manos como una rueda.

–¿Aunque duela? –preguntó, con la voz pequeña.

Emilia miró los ojos de la niña. Eran plateados; sus ojos, los ojos de su hijo. Mary se casaría con Henry Young y tendrían una hija

algún día con los mismos ojos inusuales. Esa hija tendría una hija, y así sucesivamente, y pasarían la mirada que brillaba como una hoja pulida, que podía cortar con la misma limpieza. Pero los rasgos de Emilia no serían todo lo que se transmitiría a través de las generaciones. Imaginó a Mary diciéndole algún día a su propia nieta que una vida llena de amor era una vida bien vivida.

–Aunque duela –repitió Emilia, asintiendo.

–Desearía que mis padres pudieran estar aquí en la boda –confesó Mary.

–Estarán –prometió Emilia. También lo harían Southampton y Hunsdon, Jerónimo y Alma, Odyllia, todas las personas cuyos hilos estaban tejidos en la historia de esa joven sensible y hermosa. Tal vez esa era la lección que Emilia había estado luchando por aprender todo ese tiempo: que ser recordado por muchos es mucho menos importante que ser recordado por unos pocos que realmente importan.

De repente, Mary giró hacia ella con una mirada de pánico.

–¿Qué excusa voy a dar?

–Que olvidaste avivar el fuego.

–Pero es junio. No hay fuego en la chimenea.

–Un esposo sabio –dijo Emilia, sonriendo– sabe que no debe contradecir a su esposa.

Tomó la corona de flores y la puso sobre el cabello rojo de su nieta.

–Ahí está –pronunció–. Perfecta.

Como si la corona la hubiera transformado, Mary dio un salto hacia adelante. Cualquier duda persistente se evaporó como la niebla. Se zambulló en los arbustos que cubrían el suelo del bosque.

–Vamos, abuela –se burló–. ¡Estamos llegando tarde!

–Sí, sí –dijo Emilia riendo. Luego corrió unos pasos hasta que una tos la sacudió y tuvo que luchar para recuperar el aliento.

–¿Abuela? –preguntó Mary dándose la vuelta–. ¿Estás bien?

Emilia se llevó una mano al pecho y la otra descansó sobre su cadera. Tomó pequeños sorbos de aire.

–Mi nieta se está casando –dijo con alegría–. Nunca estuve mejor.

Había comenzado con la tos, y se había convertido en un mal que incluso los niños sufrían, que Emilia misma había contraído y superado más de una docena de veces a lo largo de sus setenta y seis años. Sentía su piel arder, demasiado sensible para cubrirse siquiera con la ligera manta que Bess intentó poner sobre ella. Se maravillaba de haber sobrevivido a múltiples brotes de la peste en Inglaterra, y que una simple gripe fuera a ser lo que la derribara.

Pero no había sido algo común. La tos no había hecho más que empeorar: seca y desgarradora. El escozor en el fondo de su garganta se había convertido en algo pustulento e inflamado. Luego llegó la fiebre, que trajo consigo una extraña neblina que difuminaba la línea entre la vigilia y el sueño.

No creía que faltara mucho tiempo ya.

Bess intentaba darle cucharadas de cerveza fresca, pero Emilia apartaba el líquido con sus gestos.

–Tráeme… –murmuró con voz ronca. Levantó una mano temblorosa y señaló la pequeña caja de madera con cierre que descansaba junto a su cepillo de cabello.

–Sí, señora –dijo Bess, soltando su mano solo para hacer lo que le pedía. Bess, quien había estado tanto tiempo a su lado.

Comenzó a toser de nuevo, y Bess la ayudó a incorporarse un poco más para que pudiera respirar mejor. La caja de madera descansó en su regazo, con la manta arrugada a su alrededor. Emilia intentó abrir el cierre, pero, como no lo consiguió, Bess lo hizo por ella.

El corazón de madera que su hijo había tallado para ella años atrás ya no estaba; se lo había entregado a Harry cuando fue a visitarla ese día… ¿O había sido el anterior? Le había dado a Mary el listón que una vez había pertenecido a Kit. Sentía alivio al saber que todo estaba en orden. Mary y su esposo cuidarían de Harry hasta que él decidiera emprender su propio camino.

Sabía que la recordarían como la abuela que los había criado, la que los sostenía cuando estaban enfermos. La que les enseñó a abrir con el pulgar las semillas de arce y dejarlas caer desde lo alto para que descendieran como si volaran. Les había contado cómo el ala rota de un halcón podía arreglarse con la pluma de otra ave,

uniéndolas como nuevas. Les había descrito cómo un trozo de piña explotaba en la lengua, dulce y ácido a la vez. Y les había contado muchas historias, de amantes condenados, hadas celosas y mujeres ingeniosas, interpretando todos los papeles a la vez.

–Guarda esto por mí cuando ya no esté –Emilia empujó la caja hacia Bess.

La mujer miró dentro. Dos miniaturas la observaron, rostros que Bess reconocería con facilidad.

–Señora, no puedo…

–Quizá llegará un momento en que debas cambiarlas por dinero –interrumpió Emilia–. Cuando lo hagas, solo te pido que las vendas juntas.

Bess asintió, mientras rozaba suavemente con sus dedos el óvalo de marfil del retrato de Southampton y el borde más áspero del de Emilia. Debajo de ellos, amarillenta y doblada en cuatro partes, estaba la primera obra que Emilia había escrito. *Arden de Faversham* se curvaba en los bordes, acolchonando el fondo de la caja como el papel de periódicos que forra una jaula de pájaros. Bess, que nunca había aprendido a leer, tal vez pensaría que no era más que un relleno para mantener las miniaturas seguras y secas.

Quizá eso era todo para lo que servía, después de todo.

Podía oír los sollozos suaves de Bess y extendió la mano para tomar la de ella.

–Siempre fuiste mi constante –susurró Emilia–. Me alegra que seas tú quien esté conmigo al final.

Deseaba poder decir más. Deseaba que hubiera suficientes palabras para agradecerle a Bess. Deseaba disculparse por haberla sacado, hace tantos años, de la relativa comodidad de Somerset House y condenarla a un servicio en el que una vez tuvo que compartir cama con su señora para asegurarse de que Emilia no muriera a manos de su esposo.

Emilia cerró los ojos.

«De acuerdo, Dios», pensó. «Estoy lista».

Un momento, Emilia estaba aferrándose al borde de la manta con fuerza, y al siguiente, ya no.

Estaba de pie, temblando en su camisón, pero no era la mujer que había sido esa mañana. La maraña gris de su cabello volvía a ser una trenza negra que caía hasta la mitad de su espalda. Sus brazos eran suaves, su rostro no tenía líneas. Sus ojos veían tan claro que los bordes de la puerta frente a ella parecían más afilados que un cuchillo.

Conocía esa puerta. Era la que conducía del estudio del barón a los jardines detrás de Willoughby House. En aquel entonces, Emilia había luchado para abrir esa pesada puerta y escapar a los setos, donde podía crear mundos imaginarios.

Ahora, cuando Emilia cogió la manija, esta se abrió con facilidad.

Sin embargo, no la condujo al exterior. Se encontró en un espacio blanco, sin paredes, techo ni suelo. Solo había luz, como si hubiera parpadeado y se encontrara en la brillante superficie de la luna.

–Hola.

Al escuchar la voz de un hombre detrás de ella, Emilia se giró tan rápido que casi tropezó. Su corazón golpeó con fuerza contra sus costillas. «Por favor, que sea él quien viene a por mí».

Pero cuando sus ojos se ajustaron, no era Southampton. Era Kit, con los brazos cruzados, impaciente, como si hubiese estado allí esperando un buen rato.

–Oh –exclamó Emilia–. Te he echado de menos.

–Resulta que la muerte es un excelente movimiento profesional –dijo Kit con los ojos brillantes–. Pero, ratoncita, todos estuvimos esperándote.

–¿De veras? –ella dio un paso hacia adelante y se dio cuenta de que nada la retenía.

–No creías que empezaríamos sin ti, ¿verdad?

Había tantas cosas que quería preguntar. Sin embargo, se escuchó decir:

–¿Sabrán quién soy?

–Hiciste mucho más de lo que la mayoría de las mujeres podría –Kit suavizó su expresión.

–No creo que haya marcado ninguna diferencia –sus ojos se llenaron de lágrimas.

–¿De verdad no? Aunque tú no sientas la sombra del árbol que plantaste, otros lo harán.

–Pero ¿y qué hay de quien plantó la semilla? –ella lo miró.

–¿Eso es más importante que lo que produjo?

–¿Por qué debe ser una cosa o la otra? –lo desafió Emilia–. ¿Por qué no ambas?

–¿Ratoncita? –Kit extendió su mano.

Ella la tomó, y comenzaron a caminar. Como todo era dolorosamente blanco, Emilia no podía ver cuánto avanzaban.

–Sabes, se necesita un siglo para que un río cambie de curso por los depósitos de sedimentos o piedras bajo la superficie –dijo Kit–. Nadie ve lo que lo causa, pero, un siglo después, el agua fluye en una dirección distinta. Nadie puede negar el cambio.

Emilia reflexionó sobre esto. Los hechos, vistos desde diferentes ángulos, podían ser descartados como ficciones, y viceversa. Había una razón por la cual la historia se contaba, al igual que los cuentos.

–¿Cuánto falta para llegar? –miró el querido y familiar rostro de su amigo.

–Eones –respondió Kit.

Emilia miró hacia abajo y vio algo bajo sus pies, un rizo negro de humo que presionaba cada planta del pie cuando daba un paso. No, no era humo. Eran palabras. Una por cada pisada. Comenzó a unirlas, pronunciándolas en voz alta con dificultad.

–Desde… aquí… tu recuerdo… la muerte no podrá arrebatar… Aunque de mí cada parte será olvidada… Tu nombre, desde ahora, tendrá vida inmortal…

Kit se detuvo.

–Aunque yo, una vez que me haya ido, moriré para el resto del mundo –continuó él con una sonrisa–. Ese me gustaba bastante.

Había sido un soneto, uno que ella había intercambiado con Shakespeare como un guisante mágico de un cuento de hadas, con la esperanza de que la mayor recompensa fuese para ella.

La poesía perduraría. El poeta, no.

Emilia tragó saliva, porque sabía que Kit estaba usando su poema para decirle que era el momento, el final. Sus ojos se enfocaron más allá de Kit, esperando ver lo que venía después. Pero lo que divisó

era desconocido: edificios que perforaban las nubes, chicas vestidas como chicos, carruajes impulsados por la magia.

Por un instante, creyó reconocer algo.

Un teatro. Una audiencia. Una mujer de ojos plateados. Una comedia, una tragedia.

Había una vez una chica que se volvió invisible para que sus palabras no lo fueran.

Se giró para preguntarle a Kit sobre esa visión, pero él había desaparecido, y ella ya no se encontraba en el espacio blanco. Estaba sentada en un banco tallado bajo el abrazo de un frondoso sauce esmeralda, con un relato en la punta de la lengua.

«Había una vez una chica», pensó Emilia. «Un principio y un final».

Había poesía que, una vez dicha, no podía ser ignorada.

Había una historia, sin importar si otros decidían escucharla o no.

MELINA

Diciembre de 2027

–Había una vez una chica –dijo el narrador, de pie en un estrecho haz de luz–, que se volvió invisible para que sus palabras no lo fueran.

La actriz que interpretaba a Emilia dio un paso al frente.

–Había una vez una chica. Un principio y un final.

Se tomaron de las manos.

–Había una historia –concluyó el narrador–, sin importar si otros decidían escucharla o no.

Oscuridad total.

El momento más extraordinario de cualquier espectáculo era ese pequeño intervalo entre la última línea y los aplausos. Bastaba el tiempo de un latido para que el público abandonara el mundo de la obra y recuperara el equilibrio en este, pero, oh, esos segundos eran preciosos. Era la prueba de que habían emprendido un viaje y de que regresaban transformados.

Melina estaba sentada en la primera fila del Athena Playhouse, escuchando la frase final de la obra que había escrito.

La noche del estreno de *Con cualquier otro nombre* se habían agotado todas las entradas, como se agotarían el resto de la temporada. A su izquierda, Melina sintió a Andre levantarse de un salto, y silbar con entusiasmo al elenco de pie sobre el escenario.

Ella había decidido mantener el final revisado por Andre porque él tenía razón. Que te nombraran era importante. Te daba crédito por el trabajo que entregabas al mundo, pero también te hacía

responsable de tus palabras y actos cuando herías, aunque fuera sin querer, a las personas que amabas. En el programa, Andre estaba reconocido por haber contribuido con material adicional.

A su derecha, su padre soltó la mano de Beth para aplaudir frenéticamente. Cuando vio que en la biografía de Melina que aparecía en el programa ella había dedicado esta obra a su madre, se le llenaron los ojos de lágrimas. Lanzó los brazos alrededor de Melina y la abrazó con tanta fuerza que ella apenas podía respirar.

No importaba. Si moría en ese momento, moriría feliz.

Los actores hicieron otra reverencia mientras Jasper salía desde el lateral derecho del escenario para recibir otra ronda entusiasta de aplausos. Llevaba un enorme ramo de rosas en una mano.

–Esta noche tenemos el honor de contar con la dramaturga entre nosotros –dijo, mirando a Melina.

Ella negó con la cabeza, paralizada. La noche anterior, Jasper le había suplicado que subiera al escenario. En verdad, se había mostrado incansable en su creativa búsqueda de formas de hacerla aceptar. Ella apenas podía pensar con claridad al sentir las manos de él en su cuerpo; ¿realmente le había prometido que subiría al escenario?

Andre tomó la decisión por ella: la hizo girar y le dio un empujón hacia las escaleras que llevaban al lateral izquierdo. Melina surfeó la ola de una ovación de pie mientras subía los escalones y se deslizaba detrás del telón. Pudo ver la sonrisa radiante de Jasper y las sonrisas exhaustas pero brillantes de los actores.

Para su gran sorpresa, había una actriz en las bambalinas que bloqueaba su camino.

La mujer llevaba un vestuario de época, probablemente era parte del elenco. Melina odiaba la idea de que una de las intérpretes no hubiera llegado al escenario a tiempo para recibir los aplausos.

–Deberías estar ahí afuera –le dijo, por encima del estruendo de los aplausos. La actriz se dio la vuelta.

Melina se encontró mirando unos ojos plateados, agudos y astutos.

Tan plateados como un metal que nunca sería igual de precioso que el oro.

Tan plateados como el rayo de esperanza que se oculta en una nube.

Tan plateados como los suyos propios.

Melina sintió un fuerte empujón entre los omóplatos y tropezó hacia el escenario. Miró por encima del hombro, pero el lugar donde la mujer había estado un momento antes estaba completamente vacío.

Jasper la estaba esperando. También la compañía que había dado vida a sus palabras. Y todas las ideas futuras que todavía tenía para expresar.

Había una vez una chica, pensó Melina, mientras daba un paso al frente, *a la que sí vieron.*

NOTA DE LA AUTORA

Como estudiante de literatura inglesa en la década de 1980, me habían presentado la cuestión de la autoría de Shakespeare solo de manera tangencial, ya que la mayoría de los profesores que viven de enseñar a Shakespeare tienen poca inclinación a morder la mano que los alimenta. Decidí investigar un poco sobre los registros históricos que tenemos del hombre de Stratford, y lo que encontré sacudió mis creencias por completo.

¿Qué sabemos sobre William Shakespeare? Era hijo de un guantero. Tenía tres hijos: una hija, Susanna, y luego gemelos, uno de los cuales, Hamnet, murió de la peste. No recibió educación formal. Actuó en varias compañías teatrales, y hay recibos de pago que lo prueban. Era accionista en los Hombres del Lord Chambelán, que luego se convirtieron en los Hombres del Rey. Él y su padre estaban obsesionados con obtener un escudo familiar, algo que finalmente lograron.

También era un tipo algo desagradable.

Se casó con Anne Hathaway después de dejarla embarazada. Evadió impuestos, dos veces, y tuvo una orden de restricción en su contra por parte de sus colegas. Fue multado por acaparar grano durante una hambruna y subir los precios para estafar a sus vecinos.

De lo que no hay registro en la vida de Shakespeare es de que fuera autor.

Es cierto que la documentación de hace cuatrocientos años no es abundante. Pero otros dramaturgos y poetas de la época hacían referencia unos a otros. Sus nombres y autorías estaban escritos en los libros de los dueños de las compañías teatrales. Recibían

homenajes públicos cuando morían o se los enterraba en el Rincón de los Poetas en la Abadía de Westminster. Dejaban libros y manuscritos en sus testamentos.

Además, aunque todos los demás dramaturgos de la época colaboraban –no existían los derechos de autor en ese entonces, y quien estuviera disponible para adaptar las obras según la evolución de las compañías teatrales se encargaba de la tarea–, aparentemente Shakespeare no lo hacía. De hecho, existe el mito de que Shakespeare logró escribir treinta y siete obras solo, mientras al mismo tiempo actuaba y producía a tiempo completo.

Sin embargo, otros escritores de la época cuestionaban la autoría de Shakespeare. En 1595, el poeta Thomas Edwards, en el epílogo de su poema *Narcissus*, publicado junto con *Cephalus y Procris*, se refirió al autor de *Venus y Adonis* como alguien que «se ocultaba astutamente entre / majestuosos grupos de vanidosos». En otras palabras, quienquiera que fuera el autor, se escondía detrás de una máscara literaria. Joseph Hall, en 1597, describió a un autor anónimo como un pez sepia, alguien oculto en «la nube negra» de tinta que trasladaba su fama «al nombre de otro». Aunque no estuviera hablando de Shakespeare, esto sugiere que usar un seudónimo era una práctica común en la época. En 1611, el poeta John Davies elogió a «nuestro Terencio inglés, Mr. Will: "Shake-speare"». Al parecer, esto es un cumplido, que compara a Shakespeare con el dramaturgo romano conocido por sus comedias. Pero, al mismo tiempo, era una creencia generalizada que algunas de las obras de Terencio fueron escritas por otros autores, como Scipio y Laelius, que renunciaron al crédito a favor de él.

No hay nada que sugiera que Shakespeare tocara un instrumento musical, aunque hay un par de miles de referencias musicales en sus obras. Humanizó a los judíos, en una época en la que el antisemitismo era la norma. Nunca pasó tiempo en la corte o en el ejército, aunque estos aspectos aparecen en su escritura. No era abogado, pero escribió extensamente sobre la ley. Nunca fue a Dinamarca, y, sin embargo, describió la distribución exacta del castillo de Kronborg en *Hamlet*, y usó los particulares nombres de Rosencrantz y Guildenstern, visitantes de la corte a quienes no había

conocido. Nunca fue a Italia, pero decidió escribir varias comedias italianas de bodas, y las llenó no solo con términos en italiano formal, sino también con expresiones coloquiales transliteradas al inglés. Aunque otros hombres famosos de su época documentaron religiosamente sus viajes, no hay evidencia de que Shakespeare saliera de Inglaterra. Sin embargo, sus obras mencionan cosas que no estaban en las guías turísticas de la época: sistemas de canales interiores italianos que se mencionan en *Los dos hidalgos de Verona* y que solo conocían los lugareños; un fresco en la ciudad de Bassano, Italia, que tiene un papel importante en *Otelo*; un bosque de sicómoros mencionado por Benvolio en *Romeo y Julieta* que es geográficamente muy específico y preciso.

Lo que realmente me perturbó (y se quedó clavado en mi mente como una astilla) fue que Shakespeare había creado algunos de los personajes más ingeniosos, feroces y protofeministas de toda la literatura –Portia, Beatrice, Rosalinda, Viola, lady Macbeth, Julieta, Katherine, Cleopatra– pero nunca les enseñó a sus propias hijas a leer ni a escribir. Ambas firmaban con una marca.

Yo. No. Me. Lo. Creo.

Como reflexiona Melina, el hecho de que falte evidencia no significa que haya evidencia de la falta. Me pareció lógico pensar que podrían haber existido otras explicaciones y otros escritores que fueron contribuyentes o autores de las obras atribuidas a Shakespeare, quienes, por una razón u otra, fueron borrados de la historia. Pero el ensayo de Elizabeth Winkler en *The Atlantic*, «¿Fue Shakespeare una mujer?», fue lo que captó mi atención. Ella escribió sobre Emilia Bassano –alguien de quien nunca había oído hablar– una judía conversa que se convirtió en la primera mujer en publicar un libro de poesía en Inglaterra.

Se sabe muy poco sobre la vida real de Emilia, pero los pocos hechos que tenemos provienen del diario de Simon Forman, el astrólogo/médico que ella consultó cuando esperaba concebir otro hijo. En *Evaluaciones astrológicas sobre la medicina*, Forman dice que, si una clienta tenía secretos sobre su pasado, especialmente los sexuales, él enfocaría su consulta en el sexo (MS Ashmole 363, ff. 138v–140v, párrafo 1930). La visita inicial de Emilia el 17 de mayo

de 1597 ilustra esta técnica (MS Ashmole, 226, f. 95v). Él la insulta y ella responde describiéndose a sí misma como una mujer sofisticada y de buen gusto. Él añade que «tuvo un hijo en fornicación... *et sodomita*» (el niño era ilegítimo y ella tenía ideas progresistas acerca de la sexualidad) y «era amante de mi viejo lord de Hunsdean que fue chambelán y la mantenía con gran orgullo y parece que estando embarazada fue por conveniencia casada con un trovador». También sabemos que Emilia fue criada por la condesa de Kent, y que Hunsdon «la mantuvo mucho tiempo». Forman concluye que Emilia necesita dinero y tendrá sexo con él a cambio de ello (usa el término *halek* para referirse al acto sexual). Según sus notas, ella nunca consintió.

Otros pasajes relevantes de los libros de casos:

13 de mayo de 1597: forman la llama Millia por error y le adjudica incorrectamente veinticuatro años cuando ella en realidad tiene veintisiete. Se menciona su dirección: Longditch en Westminster.

17 de mayo de 1597: la etiqueta como la hija de «Baptista Bassane y Margarete Jhonson [sic]». El nombre de Alfonso Lanier, su esposo, está escrito en los márgenes.

3 de junio de 1597: Emilia le pregunta a Forman si su esposo será nombrado caballero, y si quedará embarazada nuevamente. Forman dice «él lo será... pero primero estará desesperado por ello» y le dice que tendrá un aborto espontáneo. Emilia también discute su situación financiera con Hunsdon, quien la mantenía «en gran pompa» y le daba «cuarenta libras al año». Forman señala que ella es «de alta estima» y se jacta de su belleza. También observa que «ella tiene un hijo, su nombre es Henri [*sic*]».

16 de junio de 1597: Emilia pregunta nuevamente si Alfonso tendrá éxito militar; Forman responde que sí, pero que primero estará «en peligro de muerte».

2 de septiembre de 1597: Emilia admite que su esposo gastó todo su dinero. La entrada concluye con una observación física de «una verruga o un lunar en el hueco de [su] garganta».

10 de septiembre de 1597: Forman le pregunta a Emilia si va a *halek* con él.

11 de septiembre de 1597: Forman dice que fue invitado a la casa de Emilia, pero que «no pudo *halek*».

17 de septiembre de 1597: Forman no responde a la solicitud de Emilia de una visita, ya que ella rechazó sus avances; «parecía una amiga y no lo es».

También hay entradas en el diario del 29 de septiembre y 25 de noviembre de 1597, y del 7 de enero de 1600. En la última, él pregunta «si tiene intención de hacer más villanías o no». Además de ser un depredador, aparentemente no aceptaba bien el rechazo.

Estos hechos y otros sobre Emilia en mi novela fueron cuidadosamente recopilados a través de investigaciones en libros y entrevistas con académicos. Intenté ser lo más precisa posible, pero, debido a que se trata de una novela, hubo algunos lugares en los que decidí apartarme de los hechos:

1. Fletcher y Beaumont fueron arrestados por traición por discutir cómo matar a un rey ficticio en una obra escrita a cuatro manos, pero esto ocurrió en 1620, años después de que situara la conversación en la boca de Marlowe.
2. No sabemos dónde estaba Shakespeare en 1586. Es parte de los «años perdidos», pero se cree que podría haber formado parte de la compañía de los Hombres de la Reina después de que estos pasaran por Stratford y puede que desde allí se uniera a los Hombres de Lord Strange con el actor John Heminges. También sabemos que los Hombres de la Reina representaron historias que podrían haber llevado a las obras de Enrique y del rey Juan. Se cree ampliamente que para 1592, cuando teorizo que Emilia conoció a Shakespeare, él estaba actuando con los Hombres de Pembroke, y esa es, de hecho, la compañía que estrenó *La fierecilla domada*.
3. Nunca se relacionó al conde de Southampton de manera romántica con Emilia Bassano. Ellos podrían haber coincidido y viajado en los mismos círculos durante los diez años que Emilia estuvo con Lord Hunsdon. Se consideraba que él era muy apuesto y estaba mucho más cerca de su edad. Las aduladoras dedicatorias a él en los largos poemas *Venus y Adonis* y *La*

violación de Lucrecia desataron toda una corriente académica sobre si Shakespeare era bisexual. Esto, por supuesto, es posible... o tal vez los poemas fueron escritos por una mujer heterosexual y dedicados a su amante masculino; particularmente *Venus y Adonis*, que trata sobre una mujer mayor que seduce a un hombre joven e inocente. (Vale la pena señalar también que, aunque los académicos se apresuran a decir que Southampton era un gran mecenas de las artes y por eso Shakespeare le dedicó esos largos poemas, en aquella época era apenas un adolescente y probablemente todavía no era un impulsor del teatro ni la influencia en ese mundo que llegó a ser más tarde). También sabemos históricamente que Southampton desciende del vizconde de Montagu, el apellido de Romeo. Además, *Romeo y Julieta* es la única obra de Shakespeare en la que se menciona la edad de un personaje femenino varias veces (Julieta tiene trece años, la misma edad que Emilia tenía cuando se convirtió en amante de Hunsdon, y se discute mucho si está lista para el matrimonio). Finalmente, Southampton intervino legalmente por Emilia, en sus últimos años, para obtener el dinero que le correspondía por la licencia de heno de su difunto esposo. Me parecía que, si él estuvo involucrado con ella más tarde en su vida, probablemente habían tenido una conexión en su juventud. Vi suficientes hilos históricos para tejerlos en una relación. Además, quería que Emilia, en la ficción, tuviera un poco de felicidad. (Más sobre esto más adelante).

4. No sabemos con certeza si Emilia escribió *Hamlet*, pero estuvo en Dinamarca o en muy estrecha proximidad con el embajador danés, Peregrine Bertie, el barón en mi novela, que era hermano de la condesa de Kent, la guardiana de Emilia. Me pareció más realista atribuir ese texto a ella que a Shakespeare, quien nunca fue a Dinamarca y no habría tenido razón alguna para conocer los nombres de Rosencrantz y Guildenstern, o la mitología de *Amleth*, o las muy específicas referencias al tocador de flauta que Hamlet les da a los actores. Además, el nombre de Ofelia es tan parecido a Odyllia, la hija fallecida de

Emilia, que me pareció una inmortalización de ella en el texto, y sentí que, como madre en duelo, Emilia podría también haber querido inmortalizar al hijo fallecido de Shakespeare renombrando al héroe torturado del mito de Saxo (Amleth) como Hamlet (lo cual es estilísticamente equivalente al nombre del hijo de Shakespeare, Hamnet, en los años 1600, cuando la ortografía no estaba estandarizada).

5. No hay pruebas de que Alfonso haya golpeado a Emilia, pero sabemos que su matrimonio nunca fue feliz, y que él despilfarró todo el dinero que Hunsdon le había dejado cuando se separaron.
6. La carta de Emilia a Henry antes de nacer es ficticia, pero sabemos que era muy común que las mujeres embarazadas en esa época escribieran «legados de madre», en los que básicamente reconocían el peligro del parto. En estos legados, las mujeres le decían a su hijo no nacido: «Puede que no viva para verte, así que quiero formar tu personalidad con estas palabras que dejo para ti». Estas cartas son algunos de los únicos escritos documentados que tenemos de las mujeres de la época isabelina.
7. No sabemos con certeza si Emilia escribió alguno de los sonetos, pero sabemos que otros poetas escribieron elegías por la pérdida de un hijo, como *Sobre mi primer hijo* de Ben Jonson. El soneto que atribuí a Emilia después de la muerte de Odyllia suena muy diferente cuando se enmarca como una madre perdida en el duelo.

A lo largo de los años, las personas que son escépticas acerca de la autoría de Shakespeare se aferraron a varios autores potenciales. Propusieron como uno de los candidatos a Christopher Marlowe, pero él murió antes de que se escribieran todas las obras. El conde de Oxford es uno de los principales contendientes debido a sus viajes, su amor por el teatro y la música, su conocimiento personal de Italia, su bisexualidad, su educación extensa, su acceso a la corte y la vida militar. Como parte de la aristocracia, podría patrocinar compañías teatrales, pero habría sido escandaloso que se le

acreditara como dramaturgo. Sin embargo, Oxford también murió antes de que se completaran todas las obras. Francis Bacon es otro contendiente, pero no tenía conexión con el teatro y su trabajo para la reina le dejaba poco tiempo para escribir treinta y siete obras. Mary Sidney Herbert es una candidata que no murió antes que Shakespeare, y cuya vida amorosa refleja las relaciones en los sonetos: después de la muerte de su esposo, tuvo un romance con Matthew Lister, un joven doctor con quien no pudo casarse porque él no era noble. Mary Sidney Herbert también era una escritora conocida, que editó los libros de su hermano después de que él falleciera y creó dramas que presentaba en su casa de campo.

Y luego está Emilia Bassano. Hay elementos en la vida de Emilia –su judaísmo oculto, su posición como cortesana de un hombre mucho mayor, su belleza legendaria, su herencia italiana, el talento musical de su familia, las oscilaciones salvajes entre su vida de cortesana y su realidad como mujer que sobrevivió a sus hijos y fue enterrada en una tumba sin marcar– que me hablaron sobre lo que era ser una mujer con algo que decir, a quien nunca se le dio voz. Por esa razón, decidí convertirla en la protagonista de esta novela.

En realidad, Alexander Waugh probablemente tiene razón. Él propuso la teoría de que Edward de Vere, el conde de Oxford, organizó una especie de sala de escritores, y que Shakespeare era un alónimo que utilizaban todos ellos; que las obras y los poemas que acreditamos a un solo hombre fueron escritos por varios autores. Creo que, entre esos colaboradores, estaban Mary Sidney Herbert y Emilia Bassano.

¿Cómo podría Emilia haberse conectado con el conde de Oxford? Bueno, la hermana de Oxford, Mary de Vere, se casó con el barón Peregrine Bertie. Y, por supuesto, Oxford y lord Hunsdon habrían estado en los mismos círculos en la corte.

Recibo mucho correo de odio –es parte del trabajo cuando tus novelas abordan temas como el control de armas, el derecho al aborto y el covid, entre otros– pero espero que la animosidad por esta novela esté por las nubes. Cuando Elizabeth Winkler escribió el artículo en *The Atlantic* sobre otra posible autoría, recibió más correo de odio que nunca en su vida. Shakespeare no es solo un

dramaturgo; es prácticamente una religión. A pesar de los vacíos en su historia, muchas personas brillantes siguen sin estar dispuestas a considerar ninguna otra explicación excepto que el hombre de Stratford escribió esas obras en solitario. En su nuevo libro, *Shakespeare fue una mujer y otras herejías* (que no puedo recomendar lo suficiente), Winkler examina la transformación de Shakespeare de hombre a mito. Su lugar de nacimiento es una atracción turística –«¡Ven a ver donde comió! ¡Este es el lugar donde está enterrado! ¡Compra este paño de cocina con su cara!»– y, como resultado de esta bardolatría, Shakespeare se convirtió en una pequeña industria. Hay muchas razones para esta elevación de Shakespeare a un dios: desde la caída de la religión organizada en Inglaterra después de la reina Victoria hasta la creación de la literatura inglesa como materia para mantener ocupadas a las mujeres, pasando por el amor de Alemania por Shakespeare durante la Primera Guerra Mundial, que hizo que Inglaterra lo reclamara como un producto nacional. Cuestionar su autoría no es bienvenido; decir que el verdadero dramaturgo fue una mujer es algo completamente diferente.

¿Por qué las personas se molestan aún más al pensar que el verdadero Shakespeare fue una mujer? Porque no hay precedentes para eso, y requiere que reevaluemos todo lo que nos enseñaron. Durante años nos dieron una versión del trabajo de Shakespeare a través de una perspectiva patriarcal, y es difícil desaprender eso. Pero es sumamente importante intentar recuperar la escritura que las mujeres pudieron haber hecho en tiempos isabelinos, escritura que fue borrada porque no se consideraba importante. Además de los «legados de madre» –la mayoría de los cuales no sobrevivieron al paso del tiempo– sabemos que las mujeres hacían ciencia en sus cocinas: elaboraban medicamentos, probaban métodos de conservación, descubrían el balance de pH. Las mujeres injertaban raíces en sus jardines, hacían queso, cultivaban plantas raras. Y, a medida que los hombres aprendieron sobre estos esfuerzos y publicaron el conocimiento, los nombres de las científicas originarias cayeron en el olvido. De manera similar, los seguidores de Shakespeare dicen que no hay pruebas de que las mujeres

colaboraran en obras en teatros comerciales. Esto es cierto. Pero solo porque no tengamos evidencia escrita no significa que no haya sucedido. Sabemos que las mujeres escribían dramas para representaciones caseras. Sabemos que las mujeres eran socias de teatros, diseñadoras de vestuario, vendedoras de boletos. No mucho después de la muerte de Emilia, en los años 1660, Aphra Behn se convirtió en la primera dramaturga profesional. ¿Quién dice que una mujer isabelina no pudo haber descubierto cómo hacer llegar sus palabras a una audiencia de forma anónima antes de eso?

Me gustaría dejarte con el «Soneto 81», una pieza que los académicos lucharon por interpretar, porque fue escrito cuando el nombre de Shakespeare ya era ampliamente conocido y celebrado... y, sin embargo, revela a un autor que sabía que sería olvidado.

O viviré para escribir tu epitafio,
o tú sobrevivirás cuando yo en la tierra esté podrida.
Desde entonces tu recuerdo la muerte no podrá arrebatar
aunque en mí cada parte será olvidada.
Tu nombre, desde entonces, tendrá vida inmortal,
aunque yo, una vez que me haya ido, moriré para el resto del mundo.
La tierra puede darme solo una tumba común,
cuando a ti te entierren, en los ojos de los hombres reposarás.
Tu monumento será mi suave verso,
que ojos que aún no fueron creados leerán;
y lenguas que serán recitarán tu ser,
cuando todos los respirantes de este mundo estén muertos;
tú aún vivirás, tal virtud tiene mi pluma,
donde más respira el aliento, incluso en las bocas de los hombres.

Ahora imagina que esas palabras fueron escritas por una mujer brillante que fue silenciada por las restricciones sociales. Una mujer que pasó de una vida al brazo de uno de los hombres más importantes en la corte de la reina Isabel a una de casi pobreza. Una mujer que sobrevivió a sus amantes y a sus hijos. Una mujer que creció observando cómo las actuaciones musicales de su familia

podían mover a los hombres hasta las lágrimas e inspirarlos con valentía. Una mujer que se inmortalizó a sí misma y a aquellos que amaba en obras de teatro, al gran precio de perder el crédito por esas mismas palabras.

Para parafrasear el último pareado del soneto*: Una vez que me haya ido, me habré ido para siempre… pero tú no. Te construiré un monumento de palabras. El único poder que tengo está en mi pluma, así que vivirás donde la vida no tiene límite: en las bocas de los hombres.*

La vida no tiene límite, en las bocas de los hombres.

Ese soneto resuena de manera diferente… cuando imaginas a Emilia escribiéndolo.

Aunque no puedo probarte que Emilia Bassano escribió partes de las obras atribuidas a Shakespeare, tampoco nadie puede probarme que *no lo hizo*. Ciertamente, por mérito propio ella merece ser algo más que una nota al pie de la historia, debido al gran logro de publicar un libro de poesía en una época en la que las mujeres simplemente no hacían eso.

Más allá de todo, si no habías oído hablar de Emilia antes de leer mi novela, espero que ahora nunca la olvides.

Creo que a ella le gustaría.

Jodi Picoult, junio de 2023

Adenda, octubre de 2023

Después de escribir este manuscrito, fui a Londres por trabajo y contacté con las archivistas del Victoria and Albert Museum, donde se guarda la famosa miniatura de Emilia Bassano. Dos mujeres muy inteligentes, la doctora Adriana Concin y la doctora Rosalinda McKever, me mostraron el retrato de Emilia. Se cree que lo pintó Isaac Oliver, el alumno de Nicholas Hilliard, y la miniatura estaba colocada en una vitrina con otras obras acreditadas al estudio de Hilliard. A pesar de que era muy impresionante ver y sostener en mis manos el retrato de Emilia de hace cuatrocientos años, mi mirada se desvió varias veces hacia la miniatura junto a ella: un joven con largo cabello rizado y rojo, cuya mano se deslizaba entre los cierres

de su camisa con encajes para cubrir su corazón. A diferencia del resto de las miniaturas de Hilliard/Oliver, el fondo no era un campo azul brillante, sino negro. «¿Quién es ese?», pregunté a las archivistas, y me dijeron que el retrato era de un «hombre desconocido». Saqué mi teléfono y busqué una pintura del conde de Southampton, Henry Wriothesley, de veintiún años. La miniatura del «hombre desconocido» parecía una versión más joven del conde.

Las archivistas se emocionaron tanto como yo. Verificaron la procedencia de la miniatura y confirmaron que este «hombre desconocido» y la miniatura de Emilia fueron pintados aproximadamente al mismo tiempo, alrededor de 1590. Me dijeron que la miniatura del hombre era inusual debido al fondo negro, lo que definitivamente habría sido la elección de la persona que posaba para el retrato. En la parte posterior del pergamino sobre el que se pintó estaba la impresión de una carta de juego: el seis de corazones.

El seis de corazones, en la cartomancia (equivalente al tarot en la época isabelina), representaba el amor romántico, pero el tipo de amor que no podía durar. Era un amor condenado, un alma gemela que no tendrías para siempre, un romance efímero. Era una carta de romance, de transición, de pérdida. También tiene que haber sido decisión de la persona que encargó el retrato que el pintor incluyera eso.

No puedes imaginar lo atónita que estaba. No hay forma de saber, por supuesto, si Southampton y Emilia posaron para los retratos al mismo tiempo, o si cuando el «hombre desconocido» pidió al pintor que pusiera un fondo negro de desesperación detrás de su imagen y pintara el seis de corazones en la parte posterior de la miniatura, estaba enviando un mensaje sobre la imposibilidad de su relación. Pero las archivistas estaban tan intrigadas como yo y prometieron hacer más investigaciones.

Durante la edición de *Con cualquier otro nombre*, descubrí una pintura de John de Critz que mostraba a Southampton en su adolescencia. La imagen tenía una notable semejanza con la miniatura del «hombre desconocido» en el Victoria and Albert Museum. Esto me inspiró a encontrar la procedencia del primer

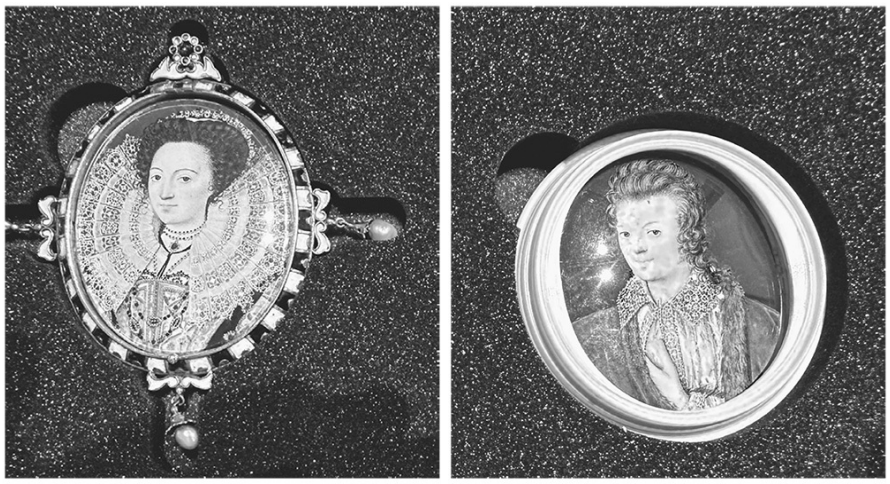
retrato de Southampton que había mostrado en mi teléfono a las archivistas. Resulta que es una miniatura de Southampton, pintada cuando tenía veintiún años, por Nicholas Hilliard, el mismo artista que creó la miniatura del «hombre desconocido» unos cuatro años antes. Sin embargo, en la parte posterior de esta miniatura posterior está la carta de juego del tres de corazones, que, en la cartomancia, es una advertencia.

Significa que otra persona entró en los límites de tu relación con un ser querido, alguien que podría arruinarla.

Esa miniatura posterior fue pintada en 1594, el año en que yo postulo, en mi relato ficticio, que su esposo golpea tan gravemente a Emilia, que esta acaba arrastrándose hasta la casa de Southampton en busca de ayuda.

Las archivistas del Victoria and Albert Museum aún están investigando para confirmarlo, pero coinciden en que su miniatura del «hombre desconocido» podría ser, de hecho, un retrato del Southampton adolescente.

De una manera muy rara, pequeña y hermosa, siento que podría haberle devuelto a Emilia al hombre que amaba. Tal vez la ficción sea un hecho; tal vez la historia embellecida que creé para ella realmente ocurrió. Pero más allá de todo, en los archivos del Victoria and Albert Museum, Emilia Bassano podrá pasar la eternidad junto al conde de Southampton, y hay algo en eso que, simplemente, me hace sentir bien.



Retrato de Emilia Bassano (izquierda), atribuido a Isaac Oliver, *ca*. 1590, en los archivos del Victoria and Albert Museum; retrato de un «hombre desconocido» (derecha), atribuido a Nicholas Hilliard, *ca*. 1590, con el seis de corazones impreso en su reverso, en los archivos del Victoria and Albert Museum.



Southampton en su adolescencia, *ca*. 1590. Atribuido a John de Critz.



Miniatura de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton, *ca*. 1594. Atribuido a Nicholas Hilliard. Vitela, con el tres de corazones en su reverso.

AGRADECIMIENTOS

A diferencia de quienes elevaron a Shakespeare como un genio solitario que escribió cada palabra por sí mismo, soy consciente de que la escritura nunca ocurre sin colaboración. Tuve la inmensa suerte, en este camino, de contar con muchas personas que me acompañaron, ofreciendo ayuda, conocimiento y apoyo.

Quisiera agradecer a las siguientes personas:

Por entretener mis teorías sobre Emilia y/o inspirarme con su maestría sobre Shakespeare: Alicia Andrzejewski, Deborah Harkness, Elizabeth Winkler, Emma Whipday, John Hudson, Wendy Wall, Will Tosh, Lotte Wakeham, Morgan Lloyd Malcolm y sir Mark Rylance.

Por compartir lo que significa ser mujer en el teatro: Theresa Rebeck, Natalie Margolin y Kristen Anderson-Lopez.

Por discutir las sutilezas de la raza y el teatro: Jiana Odland, Christine Pride, Jo Piazza y Nikki Payne.

Gracias a Saskia Nesja, a quien enseñé inglés en octavo grado y quien, décadas después, me permitió examinar un *Primer Folio* en Eton.

Gracias a la doctora Adriana Concin y a la doctora Rosalinda McKever del Victoria and Albert Museum, por dejarse cautivar por Emilia tanto como yo.

Agradezco profundamente a Clarence A. Haynes y Amber Salik por sus lecturas sensibles y matizadas del manuscrito, así como por sus sugerencias, que me permitieron hacer de este libro uno más inteligente y empático.

Por ser lectores tempranos, sistemas de apoyo o por responder mensajes al azar, como «¿Dónde puede desaparecer alguien dentro

de la Biblioteca Pública de Nueva York?»: Reba Gordon, Elyssa Samsel, Kate Anderson, Caroline White, Ashlee Latimer, Katie Desmond, Melody Wukitch, Michael Wagoner, Brigid Kemmerer y S. J. Arnegger.

Gracias, Samantha van Leer, por permitirme apropiarme de tu historia sobre el pez y el pato que se encuentran en un estanque. (Ella no la escribió como obra de teatro, sino como un cuento de veintidós páginas a los siete años).

Un saludo a Katherine Marsh, la presidenta y bibliotecaria de la Biblioteca de East Blue Hill en Maine, cuyos fideicomisarios ganaron una subasta para nombrar a un personaje y le consiguieron una mención en esta novela.

Timothy Allen McDonald es mi colibretista en todos mis proyectos teatrales, incluidos los fragmentos de guion de estos capítulos. No pasa desapercibido para mí que, en esta ocasión, un dramaturgo hombre es el compañero silencioso de una dramaturga mujer.

Por mantener vivo el «Jodiverso»: Laura Gross, Sanyu Dillon, Kara Welsh, Kim Hovey, Deb Aroff, Rachel Kind, Denise Cronin, Scott Shannon, Matthew Schwartz, Theresa Zoro, Paolo Pepe, Wendy Wong, Kathleen Quinlan, Corina Diez, Angie Campusano, Hope Hathcock, Kelly Chian, Susan Turner y Maggie Hart. Emily Isayeff y Susan Corcoran son la prueba de que las mujeres realmente dominan el mundo; me han apoyado durante años mientras escribía este libro. Jennifer Hershey es la mejor editora del sector y la mayor defensora de mi escritura; si Jennifer hubiera vivido en la época isabelina, habría hecho de Emilia un nombre conocido y estaríamos diciendo: «¿Qué Shakespeare?».

Finalmente, a Tim van Leer, el colaborador con quien creé mis tres mejores obras maestras: gracias por dar la bienvenida a Emilia a nuestro hogar mientras yo me obsesionaba con ella, y por amarla tan profundamente como yo. Southampton no puede compararse contigo.

REFERENCIAS SHAKESPERIANAS

A lo largo de la novela hay pequeñas sorpresas ocultas para aquellos que deseen ver cómo los eventos de la vida de Emilia, en mi imaginación, podrían haber inspirado los textos atribuidos a Shakespeare:

Titania y Oberon. En *Sueño de una noche de verano*, el rey de las hadas, Oberón, se pone celoso cuando su reina, Titania, se encariña con un pequeño niño indio. Oberón ordena a su sirviente Puck encontrar una planta mágica que, al pasarse por los ojos de alguien dormido, hace que se enamoren de lo primero que vean. Así, Titania se enamora de un actor ambulante, cuya cabeza Oberón convierte en la de un burro.

Ver **aquí**

Hamlet. En busca de venganza, el fantasma del rey de Dinamarca le pide a su hijo, Hamlet, que mate al nuevo rey, que es el tío de Hamlet. Para hacerlo, Hamlet finge estar loco. Él duerme con Ofelia, quien se suicida. El tío de Hamlet lo envía a Inglaterra con sus amigos Rosencrantz y Guildenstern, junto con una nota en la que ordena que Hamlet sea asesinado al llegar. Sin embargo, Hamlet frustra el plan e intercambia las notas para que Rosencrantz y Guildenstern sean asesinados en su lugar. Hamlet regresa al castillo y mata a su tío. Al final, todos mueren.

Hamlet está ambientada en el castillo de Helsingør (Elsinore). El nombre de Hamlet es una variación de Amleth, el protagonista del relato de Saxo que se menciona aquí. Rosencrantz y Guildenstern eran, en realidad, parientes del astrónomo Tycho Brahe, cuyas

teorías son mencionadas en varias obras de Shakespeare, aunque no hay evidencia de que Shakespeare conociera a estos hombres.

Ver **aquí**

Sabemos lo que somos, pero no lo que podemos ser.

–Ofelia, *Hamlet* (IV.v.47)

Ver **aquí**

¿Qué hay en un nombre? Aquello que llamamos rosa
con cualquier otro nombre olería igual de dulce.

–Julieta*, Romeo y Julieta* (II.ii.46–47)

Ver **aquí**

Petruchio: Vamos, vamos, avispa, en verdad eres muy irritable.
Katherine: Si soy avispada, será mejor que temas mi aguijón.
Petruchio: Mi remedio entonces será arrancarlo.

–*La fierecilla domada* (II.i.207–09)

Ver **aquí**

Si el amor es duro contigo, sé duro con el amor.
Pincha al amor si te pincha, y lo vencerás.

–Mercucio, *Romeo y Julieta* (I.iv.25–26)

Ver **aquí**

El curso del amor verdadero nunca fue fácil.

–Lisandro, *Sueño de una noche de verano* (I.i.137)

Ver **aquí**

Yo soy, señor, quien viene a decirle que su hija
y el Moro ahora están haciendo la bestia de dos espaldas.

–Iago, *Otelo* (I.i.106–07)

Ver **aquí**

Hamlet. Ofelia, al volverse completamente loca, reparte una variedad de flores con diferentes significados ocultos. Guarda para sí misma la ruda. Muchas estudiosas creen que lo hace porque es un abortivo, y, si interpretas la locura de Ofelia como originada por un

embarazo no deseado debido a sexo premarital con Hamlet, su desesperación parece muy real.
Ofelia: Hay romero, eso es para el recuerdo; te lo ruego, amor, recuerda. Y hay pensamientos, para lo que su nombre indica.
Laertes: Un documento en la locura, pensamientos y recuerdos adecuados.
Ofelia: Hay hinojo para ti, y acónitos. Hay ruda para ti, y aquí tengo un poco para mí; la llamaremos hierba de la gracia de los domingos. Oh, debes llevar tu ruda con distinción.

–*Hamlet* (IV.v.170–77)
Ver **aquí**

En el mismo instante en que te vi,
mi corazón voló a tu servicio.

–Ferdinand, *La tempestad* (III.i.71)
Ver **aquí**

Una pierna buena caerá, una espalda recta se encorvará,
una barba negra se volverá blanca,
una cabeza rizada se quedará calva,
un rostro hermoso se marchitará, un ojo lleno se vaciará;
pero un buen corazón, Kate, es el sol y la luna...».

–Henry, *Enrique V* (V.ii.159–64)
Ver **aquí**

Mi halcón hembra ahora está alerta y hambrienta,
y hasta que se lance no debe estar llena,
pues, si lo estuviera, el señuelo ignoraría.
Otra manera tengo de amansar a mi salvaje,
para hacer que venga y reconozca la voz de su guardiana,
y es tan solo observarla, como hacemos con aves más pequeñas,
que aletean y forcejean, sin querer obedecer.

–Petruchio, *La fierecilla domada* (IV.i.171–77)
Ver **aquí**

Llevaré mi corazón en la manga.

–Iago, *Otelo* (I.i.66)

Ver **aquí**

¿Qué tan bajo estoy, tú palo de mayo pintado? Habla,
¿Qué tan bajo estoy? No estoy tan abajo
que no pueda alcanzar tus ojos con mis uñas.
–Hermia, *Sueño de una noche de verano* (III.ii.296–99)
Ver **aquí**

Y aunque sea pequeña, es feroz.
–Helena, *Sueño de una noche de verano* (III.ii.342)
Ver **aquí**

Besas según las reglas.
–Julieta, *Romeo y Julieta* (I.v.122)
Ver **aquí**

El mundo entero es un escenario, y todos los hombres y mujeres meros actores.
–Jaques, *Como gustéis* (II.vii.146)
Ver **aquí**

Hay algo que me dice (aunque no es amor)
que no querría perderte.
–Portia, *El mercader de Venecia* (III.ii.4–5)
Ver **aquí**

Haré de cisne, y moriré en la música.
–Emilia, *Otelo* (V.ii.296–97)
Ver **aquí**

Está escrito alrededor de su hermoso cuello:
Noli me tangere, porque del César soy,
y difícil de capturar, aunque parezca mansa.
–Sir Thomas Wyatt, «Whoso List to Hunt» (Quien quiera cazar) (líneas 12–14)
Ver **aquí**

¡Todas las ocasiones parecen volverse en mi contra

y alimentar mi lenta venganza!

– *Hamlet* (IV.iv.34–35)
Ver **aquí**

El amor reconforta como el sol después de la lluvia,
pero el deseo se torna tormenta tras el sol.
La tierna primavera del amor siempre fresca se mantiene,
el invierno del deseo llega antes de que termine el verano;
el amor no sacia en exceso, el deseo muere como un glotón,
el amor es todo verdad, el deseo está lleno de mentiras forjadas.

–*Venus y Adonis* (líneas 799–804)
Ver **aquí**

Que tu sabiduría evite que caigan en manos de este tirano.

–*La tragedia de Antonio*, de Mary Sidney Herbert
Ver **aquí**

Romeo: ¡Oh, me dejarás tan insatisfecho?
Julieta: ¿Qué satisfacción puedes tener esta noche?

–*Romeo y Julieta* (II.ii.125–26)
Ver **aquí**

¿Quién puede controlar su destino?

–Otelo, *Otelo* (V.ii.316)
Ver **aquí**

Julieta: Olvidé por qué te llamé.
Romeo: Entonces déjame quedarme aquí hasta que lo recuerdes.

–*Romeo y Julieta* (II.ii.172–73)
Ver **aquí**

Si nos pinchan, ¿no sangramos?

–Shylock, *El mercader de Venecia* (III.i.59)
Ver **aquí**

Este brote de amor, con el aliento madurador del verano,
podría ser una hermosa flor cuando nos reencontremos.

–Julieta, *Romeo y Julieta* (II.ii.128–29)
Ver **aquí**

Mientras el sol, con el rostro teñido de púrpura,
se despedía de la llorosa mañana,
el Adonis de mejillas rosadas se adentró en la caza.
Amaba la caza, pero del amor se burlaba.
Venus, con pensamientos turbios, se apresura hacia él
y, como una pretendiente audaz, comienza a seducirlo.

«Tres veces más hermoso que yo misma», así comenzó,
«flor principal del campo, dulce sin comparación,
mancha de todas las ninfas, más hermoso que un hombre,
más blanco y rojo que las palomas o las rosas;
la naturaleza que te hizo, luchando consigo misma,
dice que el mundo terminará con tu vida».
–*Venus y Adonis* (versos 24–35)
Ver **aquí**

¡Esclavos brutos, atolondrados y maleducados!
–Petruchio, *La fierecilla domada* (IV.i.166)
Ver **aquí**

El poema de Emilia, basado en un relato de los *Fasti* de Ovidio, es la trama de *La violación de Lucrecia*, un segundo poema largo dedicado a Southampton.

Ver **aquí**

El panfleto *Groatsworth*, publicado por Robert Greene en 1592, incluía los términos «cuervo advenedizo» (*upstart crow*) y «Shake-scene». Investigaciones recientes sugieren que esto se refería no a Shakespeare, sino al actor Edward Alleyn. En ese momento, no había registro de que Shakespeare fuera actor, y mucho menos escritor.

Ver **aquí**

La «Queja y lamentación de la señora Arden de Feversham en Kent» es una balada inglesa del siglo XVII sobre el asesinato de Thomas Arden a manos de su esposa, Alice; su amante, Mosby, y varios otros en 1551, en la ciudad de Faversham. La historia era bien conocida y también fue descrita en las *Crónicas de Holinshed: la historia de Inglaterra*. La obra *Arden de Faversham* se publicó de forma anónima en 1592. Se le atribuyó a Marlowe, Kyd, Watson y/o Shakespeare por la calidad de la escritura, el contenido emocional y el carácter antihéroe de Alice, pero varias académicas especializadas en la época isabelina sugirieron que en realidad fue escrita por una mujer.

Ver **aquí**

El amor es un dios, y el matrimonio no son más que palabras.
–Alice, *Arden de Faversham* (I.101)
Ver **aquí**

Es peligroso dormir en el lecho de una serpiente, y me libraré de ella sin quedar comprometido.
–Mosby, *Arden de Faversham* (VIII.42–43)
Ver **aquí**

Mosby: No es amor el que ama enfurecer al amor.
Alice: No es amor el que ama asesinar al amor.
Mosby: ¿Qué quieres decir?
Alice: Sabes cuán tiernamente me amaba Arden.
Mosby: ¿Y luego?
Alice: Y luego... oculta el resto, pues es demasiado malo,
no sea que mis palabras se vayan con el viento
y se publiquen en el mundo, para vergüenza de ambos.
–*Arden de Faversham* (VIII.58–65)
Ver **aquí**

Una fuente una vez turbada ya no está espesa.
Vuelve a ser clara, y no te molestaré más.
–Alice, *Arden de Faversham* (VIII.147–48)
(Esta frase se repite casi literalmente en *La fierecilla domada*):

Una mujer movida es como una fuente turbada,
turbia, desagradable, espesa, despojada de belleza.
–Katherine, *La fierecilla domada* (V.ii.158–59)
Ver **aquí**

Si clamas guerra, no habrá paz para mí;
haré penitencia por haberte ofendido,
y quemaré este libro de oraciones donde antes usé
la palabra sagrada que me había convertido.
Mira, Mosby, arrancaré las hojas,
todas las hojas, y en esta cubierta dorada
habitarán tus dulces frases y tus cartas;
y en ellas meditaré principalmente
y no tendré otra devoción que esa.
–Alice, *Arden de Faversham* (III.v.114–22)
Ver **aquí**

Dame a mi Romeo, y, cuando yo muera,
tómalo y córtalo en pequeñas estrellas,
y hará el rostro del cielo tan bello
que todo el mundo se enamorará de la noche
y no rendirá culto al sol deslumbrante.
–Julieta, *Romeo y Julieta* (III.ii.21–25)
Ver **aquí**

No me frunzas el ceño cuando nos encontremos en el cielo; en el cielo te amaré, aunque en la tierra no lo haya hecho.
–Alice, *Arden de Faversham* (V.iii.10–11)
Ver **aquí**

He visto a Sackerson suelto veinte veces...
–Slender, refiriéndose al oso en *Las alegres comadres de Windsor* (I.i.293)
Ver **aquí**

Temo que todo lo bueno que esperamos escuchar de esta obra en este momento

solo está en la misericordiosa interpretación de las buenas mujeres.
A ellas se la mostramos: si sonríen y dicen que está bien,
sé que en poco tiempo todos los mejores hombres serán nuestros;
pues sería mala suerte que ellos permanecieran firmes
cuando sus damas les piden que aplaudan.

–Coro, *Enrique VIII* (V.v.3464–77)

Ver **aquí**

... los buscadores de la ciudad,
sospechando que ambos estábamos en una casa
donde reinaba la peste infecciosa,
sellaron las puertas y no nos dejaron salir,
de modo que mi carrera hacia Mantua se vio retrasada.

–Fray Juan, explicando por qué no entregó la información de que Julieta no estaba realmente muerta, *Romeo y Julieta* (V.ii.8–12)

Ver **aquí**

En verdad, no sé por qué estoy tan triste.
Me agota a mí, dices que te agota a ti.

–Antonio, *El mercader de Venecia* (I.i.1–2)

Ver **aquí**

Cuando, en desgracia con la fortuna y los ojos de los hombres,
lloro a solas mi estado de marginal,
y molesto al cielo sordo con mis vanos lamentos,
y me miro a mí misma y maldigo mi destino,
deseando ser como quien tiene más esperanzas,
como quien tiene amigos, como quien es talentoso,
deseando el arte de este hombre y las posibilidades de aquel,
e insatisfecha con aquello que más debería alegrarme...
Mas en estos pensamientos en los que casi me desprecio,
felizmente pienso en ti, y entonces mi estado
(como la alondra al amanecer, que se eleva
desde la tierra sombría) canta himnos en la puerta del cielo;
pues el recuerdo de tu dulce amor trae tanta riqueza

que desprecio cambiar mi estado por el de los reyes.

–Soneto 29
Ver **aquí**

¿Con quién debería quejarme si contara esto?

–Isabela, *Medida por medida* (II.iv.185)
Ver **aquí**

Emilia: Coloqué esas sábanas que me pediste en la cama.
Desdémona: Todo da igual. ¡Por Dios, cuán tontas son nuestras mentes!
Si muero antes que tú, te ruego que me cubras
con una de esas mismas sábanas.

–*Otelo* (IV.iii.23–26)
Ver **aquí**

El amor reconforta como el sol después de la lluvia.

–*Venus y Adonis* (línea 799)
Ver **aquí**

El personaje Æmelius es un noble romano en *Tito Andrónico*, y Bassanio está enamorado de Lavinia, la hija de Tito.
Bromas obscenas:
Demetrio: ¡Villano, qué has hecho?
Aarón: Lo que tú no puedes deshacer.
Quirón: Has deshecho a nuestra madre.
Aarón: Villano, yo lo hice con tu madre.

–*Tito Andrónico* (IV.ii.77–80)
Ver **aquí**

Grumio: ¿Qué te parece un trozo de panza de res bien asada?
Katherine: Me gusta. Buen Grumio, tráemelo.
Grumio: No sé. Temo que sea un poco pesado.
¿Qué te parece un trozo de carne con mostaza?
Katherine: Un plato que me encanta comer.
Grumio: Sí, pero la mostaza está un poco fuerte.
Katherine: Entonces, la carne, y deja la mostaza.

Grumio: No, no lo haré. Tendrás la mostaza o no tendrás carne de Grumio.
Katherine: Entonces, ambos, o uno, o lo que tú quieras.
Grumio: Entonces, la mostaza sin la carne.
Katherine: Vete, aléjate, esclavo falso y engañoso,
que me alimentas solo con el nombre de la carne.

–*La fierecilla domada* (IV.iii.20–32)
Ver **aquí**

Me avergüenzo de que las mujeres sean tan simples
para ofrecer guerra cuando deberían arrodillarse por la paz,
o buscar el poder, la supremacía y el dominio
cuando están destinadas a servir, amar y obedecer.
¿Por qué nuestros cuerpos son suaves, débiles y lisos,
incapaces de trabajar y luchar en el mundo,
si no es porque nuestras suaves condiciones y nuestros corazones
deberían estar de acuerdo con nuestras partes externas?
Vamos, vamos, vosotros gusanos tercos e incapaces.
Mi mente solía ser tan arrogante como una de las vuestras,
mi corazón igual de grande, mi razón tal vez más,
para disputar palabra por palabra y ceño por ceño;
pero ahora veo que nuestras lanzas no son más que hebras de paja,
nuestra fuerza es poca, nuestra debilidad incomparable,
parecemos ser lo más grande, pero en realidad somos lo menos.
Entonces cedan, damas, que no hay remedio,
y coloquen sus manos bajo el pie de su esposo;
como señal de este deber, si le place,
mi mano está lista, que le sirva de alivio.

–Katherine, *La fierecilla domada* (V.ii.177–95)
Ver **aquí**

¿Piensas que viviré con celos...?

–Otelo, *Otelo* (III.iii.208)
Ver **aquí**

¡Oh, cuidado, mi señor, con los celos!

Es el monstruo de ojos verdes que se burla
de la carne de la que se alimenta.

–Iago, *Otelo* (III.iii.195–97)
Ver **aquí**

Paris: Madres más jóvenes que ella son felices.
Capuleto: Y también se marchitan pronto las que se casan tan temprano.

–*Romeo y Julieta* (I.ii.12–13)
Ver **aquí**

Sale, perseguido por un oso.

–Acotación escénica, *Cuento de invierno* (III.iii)
Ver **aquí**

Pero ahora yo soy la dueña
de esta hermosa mansión, señora de mis criados,
reina de mí misma; y justo ahora, justo ahora,
esta casa, estos sirvientes, y esta misma yo,
son tuyos, mi señor. Te los entrego con este anillo,
que, si te deshaces de él, pierdes, o entregas,
sea augurio de la ruina de tu amor,
y mi ventaja para reprochártelo.

–Portia, *El mercader de Venecia* (III.ii.171–78)
Ver **aquí**

Soy judío. ¿Acaso un judío no tiene ojos? ¿Acaso un judío no tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? ¿No se alimenta con la misma comida, no sufre las mismas heridas, no está sujeto a las mismas enfermedades, no se cura con los mismos remedios, no siente el calor y el frío del mismo invierno y verano que un cristiano? Si nos pinchan, ¿acaso no sangramos? Si nos hacen cosquillas, ¿acaso no reímos? Si nos envenenan, ¿acaso no morimos? Y si nos ofenden, ¿acaso no nos vengaremos?

–Shylock, *El mercader de Venecia* (III.i.57–66)
Ver **aquí**

La villanía que me enseñen, la ejecutaré.
–Shylock, *El mercader de Venecia* (III.i.70–71)
Ver **aquí**

Por el cielo, nunca me acostaré en tu lecho hasta que vea el anillo.
–Portia, *El mercader de Venecia* (V.i.204–05)
Ver **aquí**

Cansado de todo esto, clamo por la tranquilidad de la muerte,
al ver al mérito nacer mendigo,
y la miseria vestida de alegría,
y la fe más pura perjurada con desdicha,
y el honor dorado vergonzosamente perdido,
y la virtud virginal toscamente prostituida,
y la perfección correcta con injusticia deshonrada,
y la fortaleza impedida por un poder rengo,
y el arte enmudecido por la autoridad,
y la necedad, como un médico, controlando la destreza,
y la sencilla verdad mal llamada simpleza,
y la bondad cautiva al servicio del mal comandante.
Cansado de todo esto, quisiera irme,
salvo que al morir dejo a mi amor en soledad.
–Soneto 66
Ver **aquí**

Un cuento triste es mejor para el invierno.
–Maximilio, *Cuento de invierno* (II.i.33)
Ver **aquí**

Ser o no ser, esa es la cuestión.
–Hamlet, *Hamlet* (III.i.57)
Ver **aquí**

Es un jardín descuidado
que se llena de malezas; las cosas más groseras y corruptas en la naturaleza
lo poseen por completo.

–Hamlet, *Hamlet* (I.ii.139–41)
Ver **aquí**

Así, la conciencia nos convierte en cobardes a todos.
–Hamlet, *Hamlet* (III.i.91)
Ver **aquí**

Que el cielo les dé muchos, muchos días felices.
–Mistress Page, *Las alegres comadres de Windsor* (V.v.248)
Ver **aquí**

Hamlet: Yo te amé una vez.
Ofelia: En verdad, milord, me hiciste creerlo.
Hamlet: No debiste haberme creído...
–*Hamlet* (III.i.125–27)
Ver **aquí**

¿No sería mejor,
ya que soy más alta que el promedio,
que me vista como un hombre en todos los sentidos?
–Rosalinda, *Como gustéis* (I.iii.121–23)
Ver **aquí**

¿Tú, un hombre? Careces del corazón de un hombre.
–Oliver, *Como gustéis* (IV.iii.174)
No es costumbre que la dama diga el epílogo,
pero no es menos decoroso que ver al caballero diciendo el prólogo.
–Rosalinda, *Como gustéis* (V.Epílogo.1–3)
Ver **aquí**

¿No sabes que soy mujer? Cuando pienso, debo hablar.
–Rosalinda, *Como gustéis* (III.ii.253–54)
Debí haber sido mujer por derecho.
–Rosalinda, *Como gustéis* (IV.iii.185–86)

Duque Vincentio: ¿Qué, estás casada?
Mariana: No, milord.

Duque Vincentio: ¿Eres doncella?
Mariana: No, milord.
Duque Vincentio: ¿Viuda, entonces?
Mariana: Tampoco, milord.
Duque Vincentio: Entonces, no eres nada, ni doncella, ni viuda, ni esposa.

–*Medida por medida* (V.i.197–206)
Ver **aquí**

¿A un día de verano he de compararte?
Eres más hermosa y apacible:
los vientos fuertes sacuden los tiernos brotes de mayo,
y el verano tiene un plazo demasiado corto;
a veces brilla con demasiado calor el ojo del cielo,
y a menudo su dorado rostro se aplaca;
y en todo lo bello alguna vez la belleza declina,
por azar o por el curso cambiante de la naturaleza;
pero tu verano eterno no se desvanecerá,
ni perderás la posesión de la belleza que te pertenece;
ni la muerte presumirá de que deambulas bajo su sombra,
cuando crezcas en eternas líneas hacia el tiempo:
mientras los hombres puedan respirar o los ojos puedan ver,
esto vivirá, y esto te dará vida.

–Soneto 18
Ver **aquí**

Da palabras al dolor: el pesar que no habla
susurra al corazón lleno y lo hace quebrarse.

–Malcolm, *Macbeth* (IV.iii.246–47)
Ver **aquí**

No hay nada ni bueno ni malo, pero el pensamiento lo hace así.

–Hamlet, *Hamlet* (II.ii.268–70)
Ver **aquí**

Es imposible que puedan ver esto,
si fueran tan ágiles como cabras, tan ardientes como monos,

tan salados como lobos en su orgullo, y necios tan groseros
como la ignorancia emborrachada. Pero aún así digo,
si la imputación y las fuertes circunstancias
que conducen directamente a la puerta de la verdad
les dan satisfacción, podrían tenerla.

–Iago, *Otelo* (III.iii.459–65)
Ver **aquí**

Mi orgullo cayó junto con mi fortuna.

–Rosalinda, *Como gustéis* (I.ii.252)
Ver **aquí**

Adiós (dulce Cooke-ham), donde por primera vez obtuve
gracia de esa gracia donde la gracia perfecta permaneció;
y donde las musas dieron su pleno consentimiento…

–Emilia Lanier, «Descripción de Cooke-ham», *Salve Deus Rex Judæorum*
Ver **aquí**

Pero ciertamente Adán no puede ser excusado.
Aunque la falta de Eva fue grande, la suya fue peor aún.
Lo que la debilidad ofreció, la fuerza podría haber rechazado,
siendo señor de todo, mayor fue su vergüenza.

–Emilia Lanier, «Una defensa de Eva», *Salve Deus Rex Judæorum*
Ver **aquí**

P. 493:
No llegaste al mundo sin nuestro dolor,haz de eso una barrera contra tu crueldad;si tu culpa es mayor, ¿por qué desdeñar que seamos tus iguales, libres de tiranía?

–Emilia Lanier, «Una defensa de Eva», *Salve Deus Rex Judæorum*
Ver **aquí**

Como lo que voy a decir debe contradecir mi acusación,
y no tengo testigos salvo a mí misma,
sería inútil decir «No soy culpable».
Mi integridad, siendo considerada falsedad,

será recibida como tal, sin importar cómo la exprese.
Pero, aun así: si los poderes divinos observan nuestras acciones humanas, como lo hacen,
no dudo de que la inocencia hará que la falsa acusación se sonroje y que la tiranía tiemble ante la paciencia.

–Hermione, *Cuento de invierno* (III.ii.23–33)
Ver **aquí**

La cualidad de la misericordia no se fuerza.

–Portia, *El mercader de Venecia* (IV.i.190)
Ver **aquí**

Lo que cambiamos
fue inocencia por inocencia. No conocíamos
la doctrina del hacer mal, ni soñábamos
con que alguien lo hiciera.

–Polixenes, *Cuento de invierno* (I.ii.86–89)
Ver **aquí**

Son todos solo estómagos, y nosotros solo comida;
nos devoran con ansias, y cuando están llenos
nos eructan.

–Emilia, *Otelo* (III.iv.121–23)
Ver **aquí**

Creo que es culpa de los maridos
si las esposas caen. Supongamos que descuidan sus deberes
y vierten nuestros tesoros en regazos ajenos;
o que, de lo contrario, estallan en celosos arranques,
imponiéndonos restricciones. O supongamos que nos golpean,
o nos niegan por despecho lo que antes nos daban.
Pues bien, tenemos agallas, y aunque tenemos algo de gracia,
también tenemos algo de venganza.
Que los maridos sepan
que sus esposas tienen sentido como ellos. Ven y huelen,
y tienen paladar tanto para lo dulce como para lo amargo,
igual que los maridos. ¿Qué es lo que hacen

cuando nos cambian por otras? ¿Es diversión?
Creo que sí. ¿Y lo provoca el afecto?
Creo que también. ¿Es fragilidad lo que yerra así?
También lo es. ¿Y no tenemos nosotras afectos,
deseos de diversión y fragilidad, como ellos?
Entonces, que nos traten bien. De lo contrario, que sepan
que los males que hacemos son instruidos por los suyos.

–Emilia, *Otelo* (IV.iii.97–115)

Ver **aquí**

Mi madre tenía una criada llamada Bárbara.
Estaba enamorada, y aquel a quien amaba enloqueció
y la abandonó. Ella tenía una canción del sauce,
era algo vieja, pero reflejaba su fortuna,
y murió cantándola. Esa canción esta noche
no se va de mi mente...
La pobre alma se sentó suspirando junto a un árbol de sicómoro,
cantando todo un sauce verde.
Su mano sobre el pecho, su cabeza sobre la rodilla,
Cantando «sauce, sauce, sauce».

–Desdémona, *Otelo* (IV.iii.28–33, 43–46)

Ver **aquí**

¿Qué presagiaba tu canción, dama?
Escucha, ¿puedes oírme? Yo seré el cisne
y moriré en música.

–Emilia, *Otelo* (V.ii.295–97)

Ver **aquí**

Esta figura, que aquí ves puesta,
fue hecha para el gentil Shakespeare,
en la que el grabador tuvo una lucha
con la naturaleza, para superar la vida.
¡Oh, si él hubiera podido dibujar su ingenio
tan bien en bronce como ha logrado captar
su rostro, la impresión entonces superaría

todo lo que alguna vez se escribió en bronce!
Pero como no puede, lector, no mires su imagen, sino su libro.
–Ben Jonson, Introducción al *Primer Folio*
Ver **aquí**

Para no despertar envidia (Shakespeare) con tu nombre
es que soy tan generoso con tu libro y tu fama;
mientras confieso que tus escritos son tales,
que ni hombre ni musa, pueden alabarlos en exceso.
Es cierto, y todos los hombres lo admiten. Pero estos caminos
no son los que pretendía usar para alabarte
pues la más simple ignorancia podría recaer en esto,
y, cuando mejor suenan, solo repiten lo correcto;
como el afecto ciego, que nunca hace avanzar
la verdad, sino que tantea y avanza al azar;
o la malicia astuta, que podría fingir esta alabanza
y pensar en arruinar donde parecía ensalzar.
Es como si alguna infame ramera o prostituta
elogiara a una matrona. ¿Qué podría dañarla más?
…
Mi Shakespeare, levántate; no quiero colocarte junto a
Chaucer o Spenser ni pedir a Beaumont
que se mueva un poco para hacerte espacio.
Eres un monumento, sin tumba,
y sigues vivo, mientras tu libro viva,
y tengamos ingenio para leer, y alabanzas para dar.
–Ben Jonson, «En memoria de mi querido,
el autor Sr. William Shakespeare: y lo que
nos ha legado» del *Primer Folio*

Ver **aquí**

Brindo por mi amor.
–Romeo, *Romeo y Julieta* (V.iii.119)
Ver **aquí**

Desde entonces tu recuerdo la muerte no podrá arrebatar

aunque en mí cada parte será olvidada.
Tu nombre, desde entonces, tendrá vida inmortal,
aunque yo, una vez que me haya ido, moriré para el resto del mundo.

–Soneto 81
Ver **aquí**

FUENTES Y RECURSOS

The Agas Map. https://mapoflondon.uvic.ca/agas.htm

Andrzejewski, Alicia. «Shakespeare Already Wrote About What Happens When Women Don't Have Bodily Autonomy». *Electric Literature,* agosto de 2022. https://electricliterature.com/shakespeare-abortion-bodily-autonomy-alicia-andrzejewski/

Andrzejewski, Alicia. «What Black Playwrights Taught Me About Shakespeare». *Huffington Post,* 2022.

Anónimo, *Arden of Feversham.* https://www.gutenberg.org/files/43440/43440-h/43440-h.htm

Beaumont, Francis. *The Knight of the Burning Pestle* (1613). Londres: Bloomsbury Methuen Drama, 1969.

Bensusan, S. L. William Shakespeare: *His Homes and Haunts*. Londres: T. C. y E. C. Jack. https://www.gutenberg.org/cache/epub/29611/pg29611-images.html

Blanding, Michael. *North by Shakespeare: A Rogue Scholar's Quest for the Truth Behind the Bard's Work.* Nueva York: Hachette, 2021.

Bradbeer, Mark. *Aemilia Lanyer as Shakespeare's Co-Author.* Oxon: Routledge, 2022.

Bryson, Bill. *Shakesepeare: The World as Stage.* Nueva York: HarperCollins, 2007.

De France, Marie; Shoaf, Judith P. (traducción). «Bisclavret». *The Lais of Marie De France.* https://people.clas.ufl.edu/jshoaf/marie_lais/

Delahoyd, Michael. «The Taming of a Shrew». Washington State University.
https://public.wsu.edu/~delahoyd/shakespeare/taming.html
Edmondson, Paul. «John Heminges and Henry Condell». *The Shakespeare Circle: An Alternative Biography* (ed. Paul Edmondson y Stanley Wells). Cambridge, 2015.
Gilvary, Kevin. «A Storm Called Emilia». www.deveresociety.co.uk, enero de 2020.
Herrick, Linda. «Outing the Dark Lady». *New Zealand Listener,* número 10, 2020.
Hodgson, Elizabeth M. A. «Prophecy and Gendered Mourning in Lanyer's *Salve Deus Rex Judaeorum*». SEL 43:1, invierno de 2002, 101-16.
Hudson, John. «A Midsummer Night's Dream: A Religious Allegory». *University of Birmingham Journal of Literature and Language.*
Hudson, John. *Shakespeare's Dark Lady: Amelia Bassano Lanier, The Woman Behind Shakespeare's Plays?* Stroud: Amberley Publishing, 2016.
Korda, Natasha. *Labors Lost: Women's Work and the Early Modern English Stage.* Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2011.
Lanier, Emilia; Rowse, A. L. (introducción). *The Poems of Shakespeare's Dark Lady.* Nueva York: Potter, 1969.
Lanyer, Aemilia; Woods, Susanna (editora). *The Poems of Aemilia Lanyer: Salve Deus Rex Judaeorum.* Oxford: Oxford University Press, 1993.
Lasocki, David. «The Bassano Family, The Recorder, and the Writer Known as Shakespeare». www.americanrecorder.org, invierno de 2015.
Lasocki, David; Prior, Roger. *The Bassanos.* Oxon: Routledge, 2016.
Orlin, Lena Cowen. *The Private Life of William Shakespeare.* Oxford: Oxford University Press, 2021.
Oxford Dictionary of National Biography. «Lanier [née Bassano], Emilia». Septiembre 2004. https://doi.org/10.1093/ref:odnb/37653
Posner, Michael. «Unmasking Shakespeare». *Reform Judaism,* verano de 2010, pp. 36-39, 46.

Price, Diana. *Shakespeare's Unorthodox Biography: New Evidence of an Authorship Problem.* Westport: Greenwood Press, 2001.
Rackin, Phyllis. «The Hidden Women Writers of the Elizabethan Theater». *The Atlantic,* junio de 2019. https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2019/06/shakespeares-female-contemporaries/590392/
Rebeck, Theresa. «A Racial Reckoning Is Underway in Theater. Where Is the Gender Reckoning?». *New York Times,* octubre de 2021.
Russ, Joanna. *How to Suppress Women's Writing.* Austin: University of Texas Press, 2018.
Schafer, Liz, Royal Holloway University of London. «A Shrew and the Shrew». https://www.bl.uk/treasures/shakespeare/shrew.html
Shahan, John M.; Waugh, Alexander. *Shakespeare Beyond Doubt? Exposing an Industry in Denial.* Claremont: Shakespeare Authorship Coalition, 2016.
Shapiro, James. *Contested Will: Who Wrote Shakespeare?* Nueva York: Simon & Schuster, 2010.
Shapiro, James. *A Year in the Life of William Shakespeare: 1599.* Nueva York: Harper, 2005.
Simon, Ed. «Amelia Lanyer, the First Female Jewish English Poet and Shakespeare's Dark Lady?». *Tablet Magazine,* abril de 2016. https://www.tabletmag.com/sections/arts-letters/articles/amelia-lanyer-english-poet
Whipday, Emma. «What If Shakespeare Had Been a Woman?». *Voices Magazine,* British Council, junio de 2016. https://www.britishcouncil.org/voices-magazine/what-if-shakespeare-had-been-woman
Winkler, Elizabeth. *Shakespeare Was a Woman and Other Heresies.* Nueva York: Simon & Schuster, 2023.
Woods, Susanne. *Lanyer: A Renaissance Woman Poet.* New York: Oxford University Press, 1999.
https://www.british-history.ac.uk/survey-london/vol22/pp94-100
https://elizabethan.org/compendium/home.html
https://folgerpedia.folger.edu/The_Elizabethan_Court_Day_by_Day
https://mapoflondon.uvic.ca/FALC1.htm

Othello, Folio 1, 1623: https://internetshakespeare.uvic.ca/doc/Oth_F1/index.html
Othello, Quarto 1, 1622: https://internetshakespeare.uvic.ca/doc/Oth_Q1/index.html
https://shakespearedocumented.folger.edu/resource/document/taming-shrew-first-edition

Índice

Melina. Mayo de 2013
Emilia. 1581
Melina. Julio de 2023
Emilia. 1582
Melina. Agosto de 2023
Emilia. 1588-1592
Melina. Septiembre de 2023
Emilia. 1592
Melina. Septiembre de 2024
Emilia. 1592-94
Melina. Septiembre de 2024
Emilia. 1596-1604
Melina. Septiembre de 2024
Emilia. 1604-1611
Melina. Junio de 2027
Emilia. 1618-1645
Melina. Diciembre de 2027
Nota de la autora
Agradecimientos
Referencias shakesperianas
Fuentes y recursos

Título original: *By Any Other Name*
Traducción del inglés: María Eugenia Blanco
Imágenes de cubierta: Stocksy/Amor Burakova (woman), Shutterstock/Somerset Grace (roses)
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: julio de 2025

© 2024, Jodi Picoult
© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición se publicó mediante acuerdo con Ballantine Books, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC

Ningún fragmento de este libro puede utilizarse ni reproducirse de ninguna manera con el fin de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Este trabajo está reservado a la minería de textos y datos (artículo 4, apartado 3, de la Directiva (UE) 2019/790).

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-47-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Jodi Picoult
Portada
Dedicatoria
Nota
Epígrafes
Melina. Mayo de 2013
Emilia. 1581
Melina. Julio de 2023
Emilia. 1582
Melina. Agosto de 2023
Emilia. 1588-1592
Melina. Septiembre de 2023
Emilia. 1592
Melina. Septiembre de 2024
Emilia. 1592-94
Melina. Septiembre de 2024
Emilia. 1596-1604
Melina. Septiembre de 2024
Emilia. 1604-1611
Melina. Junio de 2027
Emilia. 1618-1645
Melina. Diciembre de 2027
Nota de la autora
Agradecimientos
Referencias shakesperianas
Fuentes y recursos
Créditos



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456

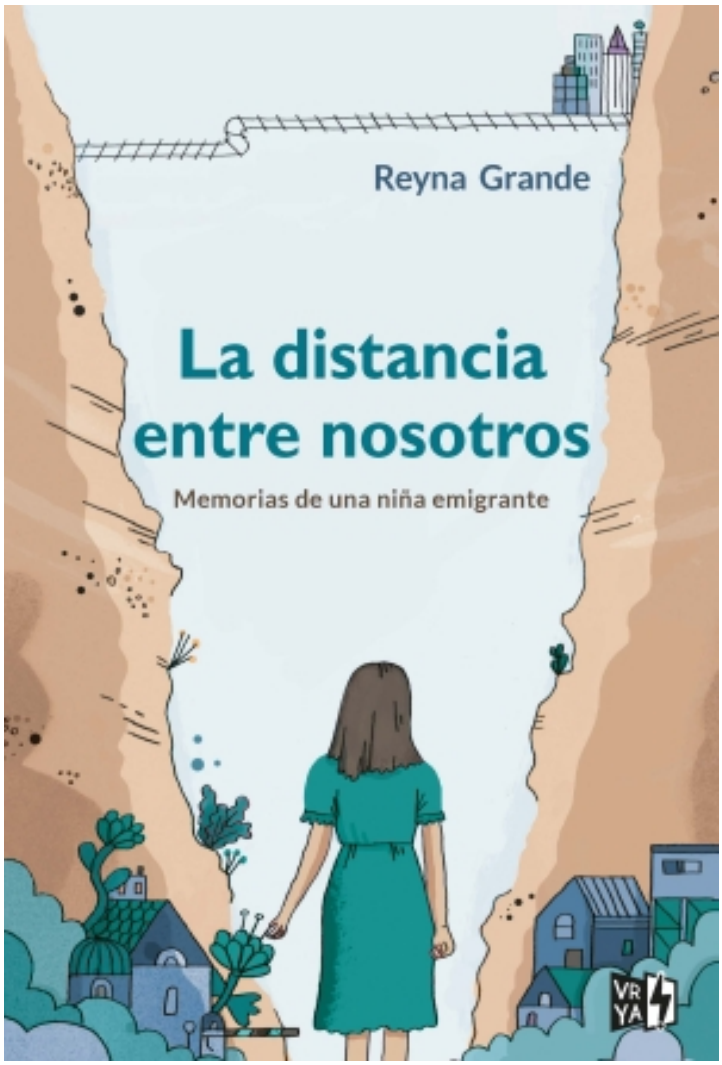
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de

aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320

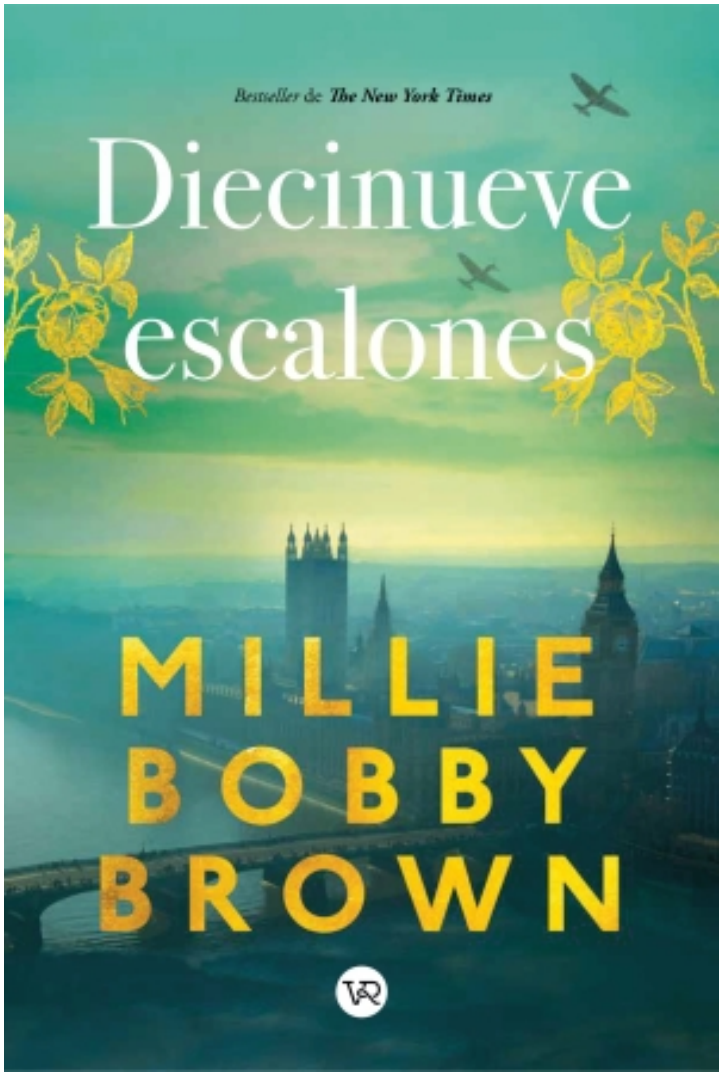
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Diecinueve escalones

Bobby Brown, Millie
9788419873767
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Segunda Guerra Mundial, 1942. Londres está bajo la constante amenaza de un ataque enemigo. En el barrio de Bethnal Green,

Nellie Morris se considera afortunada de poder conservar pequeños restos de normalidad: su familia está ilesa, trabaja como ayudante de la alcaldesa y puede salir con sus amigos. Pero después de un encuentro casual con Ray, un aviador estadounidense, decide ampliar sus horizontes y se lanza a ver mundo. Justo cuando la joven empieza esta nueva y emocionante vida, un terrible accidente en medio de un ataque aéreo pone su vida patas arriba. No solo se verá obligada a enfrentarse a las consecuencias, sino a todo lo que supondrá descubrir la verdad que se esconde detrás de esta tragedia. Cuando toda esperanza parezca perdida, Nellie descubrirá que, contra todo pronóstico, el amor y la justicia pueden triunfar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)